SHERRILYN KENYON

AQUERÓN

UNA NOVELA DE LOS CAZADORES OSCUROS

El dios del Destino Final y líder de los Dark-Hunter, Acheron Parthenopaeus, está acostumbrado a ser siempre el que da las órdenes… al menos en esta vida. No responde ante nadie y nadie le cuestiona.

Sí, claro… hasta que llega una mujer en una búsqueda prohibida que responde a un antiguo misterio que no aceptará un no por respuesta. Ni siquiera del mismísimo Acheron. A pesar de que él pone su reputación en entredicho y frustra sus intentos en todo momento, ella no dejará que la rechacen.

Pero cuando se ven amenazados por antiguos guardianes y viejos enemigos, su única esperanza es permanecer juntos o ser destruidos. El único problema es que Acheron no está seguro de poder confiar su pasado a nadie, pero tal como han predicho Las Parcas: «en tu pasado radica tu futuro». Ha llegado el momento de la verdad…

En este libro serás testigo del nacimiento de un dios de la Atlántida, de la destrucción de su panteón y del verdadero nacimiento de los Daimons y los Dark Hunters.

Sherrilyn Kenyon

Aquerón

Cazadores Oscuros 15

ePub r1.2
Fénix 11.11.15

Título original: *Acheron*
Sherrilyn Kenyon, 2008
Traducción: Ana Isabel Domínguez Palomo y M.ª del Mar Rodríguez Barrena

Editor digital: Fénix
ePub base r1.2

Para mi marido, que es mi puerto en cualquier tormenta.
Juntos hemos capeado muchos temporales, y aquí seguimos.
Gracias por ser mi luz en la oscuridad y por enseñarme en qué
consisten el amor y la lealtad. Eres esa brisa suave
que me permite ascender al cielo. Gracias.
Y para mis hijos, que nunca le hacen ascos a la pizza.
¡Sois los mejores!

AGRADECIMIENTOS

A todo el equipo de St. Martin’s Press por ser tan estupendo, sobre todo a Monique y Matthew, que no se desmayaron al ver lo largo que era este libro. Ningún escritor podría pedir mejor equipo. Gracias por vuestro duro trabajo.

A Dianna Love, por mantener mi cordura durante las largas jornadas laborales y el delirio posterior. Y, además, por convertirse en mi intrépida compañera de viajes. A Alethea Kontis, por cuidarme durante los fines de semana de encierro y por alimentarme. A Kim, Loretta y Tish, por todas sus palabras de aliento. A Pam y Kim, por ser mi escapatoria cómica. A Steven, por escribir la canción de Ash y por ser el mejor hermano que se puede tener. A Jack, Carl, Aimée, Ed, Alex, Soteria, Bryan, Judy y todo el equipo que colabora para que el sitio web funcione y que yo pueda trabajar. Y a Zenobia, por supuesto, que es la mejor adivina.

Gracias a Pam Gardner, por su acertada apuesta para ser la mejor amiga en el libro, y a Jessica Hayes, que también se ha ganado su puesto en los agradecimientos. Con vuestra ayuda conseguimos recaudar cuatro mil dólares para ayudar en la investigación sobre el autismo y la diabetes. ¡Gracias, señoras!

Y a todas las lectoras que adoran esta saga y sus personajes tanto como yo. A todas las personas que consideráis la web de los Cazadores Oscuros vuestro hogar y a todas las que os aventuráis en las páginas de MySpace y en YearofAcheron.com. Y a las chicas de RBL, que me habéis acompañado desde el principio, incluso antes de que hubiera una saga de los Cazadores Oscuros. Gracias a todas. ¡Sois geniales!

Por último, aunque no por ello menos importante, a Merrilee, por todo el trabajo que te has tomado por mí y por convertir la saga de los Cazadores Oscuros en… ¡un manga! Por fin se ha hecho realidad el sueño de mi vida.

Nota de la autora

Antes de nada, permitidme decir que soy muy consciente de que los calendarios antiguos difieren enormemente del que tenemos en la actualidad. Sin embargo, y dado que he elegido una época sobre la que no tenemos ningún dato histórico, he utilizado nuestro calendario para las fechas, de modo que el lector pueda hacerse una idea de cuándo están sucediendo las cosas. Espero que los más puntillosos con estos detalles entiendan la necesidad de hacerlo.

Una vez dicho esto, también me he tomado la licencia de alterar la vida en la Antigüedad al principio. He ambientado la Antigua Grecia y la Atlántida en una época más tardía a la original y les he conferido más avances tecnológicos de los que tenemos constancia según los archivos históricos.

En mi mundo tenían un montón de juguetitos interesantes hasta que la Atlántida desapareció en el fondo del mar y la ira de Apolimia devolvió a la humanidad al Paleolítico. Esto se explica con más detalle en la última parte del libro.

Tengo una sensación muy rara ahora que he escrito esta historia. Todavía recuerdo la primera vez que me senté a escribir una novela de los Cazadores Oscuros. Ash era uno de los personajes originales, pero en aquella época era el líder de los daimons, no el de los Cazadores Oscuros.

Ha cambiado mucho a lo largo de los años, pero mi amor por él ha permanecido inalterable.

A mis fieles lectoras quiero advertirles que la primera mitad del libro es muy distinta a las historias anteriores. La vida humana de Ash es dura y cruel. Os prometí contaros toda la cruda verdad, y eso es precisamente lo que he hecho. No he ocultado nada.

Yo misma fui víctima de abusos infantiles, de modo que sé muy bien el valor que se requiere para silenciar las voces que siguen gritando en tu cabeza mucho tiempo después de haber escapado. No es fácil, y justo cuando crees que has enterrado los demonios, vuelven con más fuerza que nunca.

Hace falta mucha fortaleza y mucho valor para confiar en un desconocido cuando la gente que más debería haberte protegido te ha hecho daño. Pero he aprendido que se puede hacer. Que todos somos dignos del amor y que todos somos importantes. En este sentido, nunca podré agradecerle lo bastante a mi marido que sea tal cual es, tanto por dentro como por fuera.

Como mi amiga Tish me enseñó a decir: *Dignus sum*. Gracias, Tish.

Así que si estáis buscando el humor característico de mis libros, lo encontraréis al llegar a la actualidad en Nueva Orleans, una vez que el pasado de Ash haya quedado atrás. Os aseguro que el sarcasmo y las pullas que han hecho famosa a la saga no han desaparecido.

Sin embargo, para comprender la personalidad de Ash y su forma de pensar, creo que es imperativo conocer su pasado.

Y por eso os lo presento. Sin cortes ni censura. Este es el acero forjado en los fuegos del infierno.

Una vez concluida esta línea argumental de la saga, nos adentraremos en el punto de vista de Stryker, que a su vez dará paso a la siguiente línea argumental, la de Jaden, que nos llevará hasta la resolución final. El mundo de los Cazadores Oscuros está evolucionando, pero Ash y los demás volverán a aparecer y seguirán teniendo su sitio en este complejo universo.

PRIMERA PARTE

9 de mayo, 9548 a. C..

—¡Matad a ese bebé!

La furiosa orden de Arcón reverberaba en los oídos de Apolimia mientras huía por las estancias de mármol de Katoteros. El fuerte viento que soplaba por el pasillo le pegaba el vestido negro al vientre y sacudía su larga melena de color rubio platino. Tras ella corrían cuatro de sus demonios, protegiéndola de los otros dioses que estaban más que dispuestos a cumplir las órdenes de Arcón. Junto con sus demonios carontes, Apolimia ya se había cargado a la mitad de su panteón. Y estaba lista para matar al resto.

¡No le quitarían a su hijo!

La traición que había sufrido pesaba en su corazón. Le había sido fiel a su marido desde el día de su unión. Lo había seguido amando aun después de descubrir sus infidelidades e incluso había acogido a sus bastardas en su hogar.

Y ahora quería matar a su hijo nonato.

¿Cómo podía hacerle algo así? Llevaba siglos intentando concebir un hijo de Arcón. Era lo único que había ansiado durante todo ese tiempo.

Tener un hijo.

Y por culpa de la profecía de tres niñas (las tres hijas bastardas de Arcón, corroídas por los celos) su hijo sería sacrificado, ejecutado. ¿Por qué? ¿Por las insidiosas palabras de esas mocosas?

Nunca.

Ese era su hijo. ¡Era suyo! Y mataría a todos los dioses atlantes con tal de que siguiera con vida.

—¡Basi! —gritó, llamando a su sobrina.

La aludida apareció frente a ella en el pasillo, tambaleándose de tal forma que se vio obligada a apoyarse en la pared. Puesto que era la diosa de los excesos, rara vez estaba sobria. Lo cual era perfecto para su plan.

Entre hipidos y risas tontas Basi le preguntó:

—¿Me has llamado, tía? Por cierto, ¿por qué están todos tan enfadados? ¿Me he perdido algo importante?

Apolimia la agarró por la muñeca y abandonó Katoteros, el lugar donde moraban los dioses atlantes, para materializarse de nuevo en Kalosis, el reino infernal gobernado por su hermano.

Fue precisamente en ese lugar húmedo y prohibido donde ella nació. Ese era el único sitio que Arcón temía de verdad. Porque sabía que, pese a todos sus poderes, ella ostentaba la supremacía en el reino de la oscuridad. Porque sabía que allí podía destruirlo.

Puesto que era la diosa de la muerte, la destrucción y la guerra, Apolimia contaba con sus propios aposentos en el suntuoso palacio de ébano de su hermano.

Y allí llevó a Basi.

Antes de convocar a sus dos demonios carontes de confianza, cerró puertas y ventanas.

—Xiamara, Xedrix, os necesito.

Los demonios, que residían en su propio cuerpo en forma de tatuajes, la abandonaron y se manifestaron frente a ella.

En esa ocasión, Xiamara eligió un tono rojo veteado de blanco para su piel. Su larga melena negra enmarcaba un rostro alargado con enormes ojos rojos que la observaron con preocupación. Xedrix, que era su hijo, había heredado sus rasgos faciales, pero su piel era naranja y roja, colores que delataban su nerviosismo.

—¿Qué necesitas, akra? —preguntó Xiamara, dirigiéndose a ella con el término atlante que significaba «dueña y señora».

En realidad no entendía la insistencia de Xiamara en llamarla de esa manera cuando su relación era más fraternal que otra cosa.

—Vigila que no entre nadie. Me da igual que sea el mismo Arcón quien exija entrar. Lo matas. ¿Me has entendido?

—Tus deseos son órdenes, akra. Nadie te molestará.

—¿Por qué siempre llevan los cuernos a juego con las alas? —preguntó Basi, que se mecía agarrada a uno de los postes de la cama—. En serio. No sé, con lo coloridos que son, podrían ser un poco más creativos. Creo que Xedrix estaría mucho más guapo con los cuernos de color naranja.

Hizo oídos sordos a sus comentarios, ya que no tenía tiempo para aguantar las tonterías de su sobrina. No si quería salvar la vida de su hijo.

Porque quería a ese niño y haría cualquier cosa por él.

Lo que fuera.

Con el corazón en la garganta, sacó la daga atlante de uno de los cajones de la cómoda y la sostuvo un momento entre sus manos. El oro de la empuñadura estaba frío. Las rosas negras y los huesos grabados en la hoja de acero resplandecían en la penumbra de la habitación. Era una daga pensada para matar.

Ese día, en cambio, salvaría una vida.

Se estremeció al pensar en lo que debía hacer, pero no había otra manera de salvarlo. Cerró los ojos y aferró con fuerza la fría empuñadura de la daga. Intentó no llorar, pero se le escapó una lágrima por el rabillo de un ojo.

«¡Ya está bien!», rugió para sus adentros mientras se la enjugaba con gesto furioso. No era momento para dejarse llevar por las emociones, sino para actuar. Su hijo la necesitaba.

Con la mano temblorosa por culpa de la ira y el miedo, se acercó a la cama y se tumbó. Se levantó el vestido para dejar su vientre expuesto, el cual acarició con una mano. Allí descansaba su hijo, protegido y al mismo tiempo amenazado. Jamás volvería a estar tan cerca de él como lo estaba en esos momentos. Jamás volvería a sentir sus patadas ni sus inquietos movimientos, que siempre lograban arrancarle una sonrisa paciente. Estaba a punto de separarse de él, a pesar de que todavía faltaba un tiempo para la fecha del nacimiento de Apóstolos.

Sin embargo, no le quedaba otra alternativa.

—Sé fuerte, hijo —susurró antes de abrirse el vientre con la daga, dejando a su hijo expuesto.

—¡Qué desagradable! —exclamó Basi—. Yo me v…

—¡No te muevas! —rugió Apolimia—. Si sales de aquí, te arranco el corazón.

Basi se quedó donde estaba, con los ojos desorbitados.

Como si supiera lo que acababa de suceder, Xiamara apareció junto a la cama. Su piel roja y blanca la convertía en el caronte más precioso de todo su ejército. Sin mediar palabra, Xiamara sacó al niño de su vientre y la ayudó a cerrarse la herida. Después de quitarse el chal de color rojo sangre que llevaba en torno al cuello, envolvió a Apóstolos en él y se lo ofreció con una reverencia.

Apolimia se desentendió del dolor físico en cuanto tuvo a su hijo en brazos por primera vez. La alegría la inundó al verlo sano y salvo. Era tan diminuto, tan frágil… Perfecto y precioso.

Pero, por encima de todo, era suyo y lo quería con toda el alma.

—Vive por mí, Apóstolos —dijo entre sollozos. Las lágrimas que resbalaban por sus frías mejillas como si fueran hielo relucían en la oscuridad—. Cuando llegue el momento preciso, volverás y reclamarás el lugar que te corresponde como regente de los dioses. Yo me aseguraré de ello. —Y le dio un beso en su frente azul.

Apóstolos abrió los ojos en ese momento y la miró. Tenía sus mismos ojos, de iris plateados y turbulentos. E irradiaban una sabiduría infinitamente mayor que la suya. Gracias a esos ojos, la humanidad reconocería su condición de dios y lo trataría en consecuencia. Uno de sus diminutos puños le acarició la mejilla, como si entendiera lo que el destino le tenía preparado.

El roce le arrancó un sollozo. ¡No era justo! Ese era su bebé. Había esperado toda una eternidad, y cuando por fin lo tenía…

—¡Maldito seas, Arcón! ¡Maldito seas! Jamás te lo perdonaré.

Abrazó a su hijo, renuente a separarse de él.

Aunque tenía que hacerlo.

—¿Basi? —llamó a su sobrina, que seguía meciéndose agarrada al poste.

—¿Mmm?

—Llévatelo. Ponlo en el vientre de alguna reina embarazada. ¿Lo has entendido?

Basi soltó el poste y se enderezó.

—Mmm, puedo hacerlo. ¿Y el niño de la reina?

—Vincula la fuerza vital de Apóstolos con la del niño de la reina. Que algún oráculo les informe de que si mi hijo muere, el suyo también morirá. —Esa sería la mejor forma de protegerlo.

Sin embargo, todavía le quedaba una cosa por hacer. Se quitó la esfora blanca que llevaba al cuello y la sostuvo contra el pecho de Apóstolos. Si alguien sospechaba que era su hijo o algún dios detectaba su presencia en el plano humano, lo matarían al instante.

Sus poderes debían permanecer sellados y ocultos hasta que fuera lo bastante mayor y fuerte como para defenderse. De modo que observó cómo la esfora absorbía su divinidad. Su diminuto cuerpo perdió el color azul y adquirió la pálida piel de un humano.

De esa forma estaría seguro. Ni siquiera los dioses sabrían lo que acababa de hacer.

Aferró con fuerza la esfora mientras volvía a besarlo en la frente antes de entregárselo a su sobrina.

—Llévatelo. Y no me traiciones, Basi. Si lo haces, Arcón será el menor de tus problemas. Si no me ayudas, no descansaré hasta revolcarme en tus entrañas.

Los ojos castaños de Basi se abrieron de par en par.

—Bebé en vientre. Plano humano. No se lo digas a nadie y no metas la pata. Lo tengo. —Se desvaneció al instante.

Apolimia siguió sentada en la cama, con la vista clavada en el lugar donde habían estado. Su corazón aullaba de dolor por la pérdida de su bebé.

Ojalá pudiera…

—Xiamara, síguela y asegúrate de que hace lo que se le ha ordenado.

El demonio le hizo una reverencia antes de desaparecer.

Se demoró un instante en la cama ensangrentada con el corazón destrozado. Quería llorar y patalear, pero ¿para qué? No le serviría de nada. Ni sus lágrimas ni sus súplicas impedirían que Arcón matara a su hijo. Sus mocosas lo habían convencido de que Apóstolos acabaría con su panteón y lo suplantaría como dios supremo.

Que así fuera.

Abandonó la cama pese a los dolores.

—¿Xedrix?

El hijo de Xiamara se materializó frente a ella.

—¿Sí, akra?

—Tráeme una roca del mar, por favor.

La orden pareció confundirlo, pero la obedeció sin rechistar.

Cuando volvió y le entregó la piedra, ella la envolvió en un arrullo. Débil por el parto, por la ira y por el miedo, se apoyó en Xedrix y lo tomó del brazo.

—Llévame con Arcón.

—¿Estás segura, akra?

Asintió con la cabeza.

El demonio la ayudó a volver a Katoteros. Aparecieron en el centro del salón donde se encontraba Arcón con sus hijas Chara y Agapa, que por ironías del destino eran las diosas de la alegría y del amor, respectivamente. Ambas habían nacido por partenogénesis la primera vez que Arcón miró a Apolimia. Las diosas salieron del pecho de su padre sin más. El amor que Arcón le profesaba era legendario. Hasta que lo destruyó al pedirle lo único que ella jamás le daría.

La vida de su hijo.

Las facciones de Arcón eran perfectas. Su complexión era alta y fuerte, y su pelo rubio brillaba en la penumbra. Ciertamente era el dios más guapo de todos. Lástima que la belleza solo fuera superficial.

Arcón entrecerró sus ojos azules al ver el bulto que ella llevaba en brazos.

—Ya era hora de que recuperaras el sentido común. Dame ese niño.

Apolimia se apartó de Xedrix y dejó el niño de piedra en brazos de su marido.

Arcón la fulminó con la mirada.

—¿Qué es esto?

—Es lo que te mereces, cabrón, y es lo único que conseguirás de mí.

A juzgar por el brillo de sus ojos, supo que quería golpearla. Pero no se atrevió. Ambos sabían quién era el más fuerte, y no era precisamente él.

Arcón regía sobre los demás solo porque ella estaba a su lado. Revolverse contra ella sería el último error de su vida.

Según la ley ctónica, los dioses tenían prohibido matar a otros dioses. El idiota que osara quebrantar la ley recibiría a cambio la ira de los ctónicos. El castigo por semejante acto era rápido, brutal e irreversible.

En ese preciso instante se aferraba a su mente racional y mantenía a raya sus turbulentas emociones a duras penas. Si Arcón la golpeaba, olvidaría la razón, y su marido era muy consciente de ello. El golpe haría que olvidara el miedo que le inspiraban los ctónicos y desataría toda su furia, que recaería sobre él. Ya no le importaría el castigo ni la muerte… aunque fuese ella quien los sufriera.

«La araña debe ser paciente», se dijo, recordando el dicho preferido de su madre.

Esperaría con paciencia hasta que Apóstolos creciera y pudiera defenderse. Llegado ese momento, él ocuparía el lugar de Arcón y le enseñaría al regente de los dioses lo que era el verdadero poder.

Por el bien de su hijo, no molestaría a los caprichosos dioses ctónicos que bien podrían aliarse con Arcón y matar a su bebé. Ellos eran los únicos que podían privarla de forma permanente de sus poderes y destruir a Apóstolos. Al fin y al cabo, las tres hijas bastardas de Arcón y Temis controlaban el destino de todos y de todo. Y por culpa de su estupidez y de su miedo, las Moiras habían maldecido sin querer a su hijo.

Solo por eso tenía ganas de matar a su marido, que la miraba con expresión confusa.

—¿Nos condenarás a todos por un niño? —le preguntó Arcón.

—¿Condenarás tú a mi hijo por tres bastardas medio griegas?

Arcón resopló.

—Sé razonable aunque solo sea por una vez. Las niñas no sabían que lo estaban condenando cuando hablaron. Todavía están aprendiendo a controlar sus poderes. Tenían miedo de que el niño les arrebatara nuestro cariño. Por eso estaban cogidas de las manos cuando pronunciaron en voz alta sus miedos. Y por eso su palabra es ley y no puede deshacerse. Si él vive, nosotros moriremos.

—Pues moriremos todos, porque él vivirá. Me aseguraré de que así sea.

Arcón aulló antes de lanzar la piedra envuelta en el arrullo contra la pared. Extendió las manos hacia Agapa y Chara y entonó un cántico.

Los ojos de Apolimia se volvieron rojos al ser testigo de lo que estaban haciendo. Era un hechizo de confinamiento.

Para ella.

Y puesto que habían unido sus poderes, serían capaces de obligarla a cumplir su voluntad.

No obstante, se echó a reír. Sin perder detalle de aquellos dioses que se sumaron a la traición de su marido.

—Algún día os arrepentiréis de lo que me habéis hecho. Cuando Apóstolos regrese, lo pagaréis caro.

Xedrix se interpuso entre ella y los demás. Apolimia le colocó una mano en el hombro para evitar que atacara.

—No nos harán daño, Xedrix. No pueden.

—No —convino Arcón con amargura—, pero permanecerás encerrada en Kalosis hasta que nos reveles dónde está Apóstolos o hasta que él muera. Solo entonces podrás regresar a Katoteros.

Apolimia siguió riendo.

—Cuando mi hijo alcance la madurez, tendrá el poder de venir a buscarme. Y cuando me libere, el mundo que conocéis llegará a su fin. Y yo os derrocaré a todos. A todos.

Arcón meneó la cabeza.

—Lo encontraremos. Lo mataremos.

—No lo conseguiréis. Y yo bailaré sobre vuestras tumbas.

El diario de Ryssa,
princesa de Dídimos

23 de junio, 9548 a. C..

Mi madre, la reina Aara, yacía en su cama dorada, con el cuerpo cubierto de sudor y el rostro ceniciento, mientras una sierva le quitaba el pelo rubio y húmedo de la cara para que no se metiera en sus ojos azules. A pesar del dolor, nunca vi a mi madre tan feliz como ese día, y me pregunté si habría sido igual de feliz el día de mi nacimiento.

La estancia estaba repleta de cortesanos, y mi padre, el rey, estaba a un lado de la cama con su consejero de Estado. Los enormes ventanales estaban abiertos para dejar que la brisa marina aliviara el calor del día estival.

—Es otro niño muy hermoso —anunció la partera con voz cantarina al tiempo que envolvía al recién nacido en un arrullo.

—¡Por la dulce mano de Artemisa! ¡Aara, me has llenado de orgullo! —exclamó mi padre mientras los presentes gritaban de júbilo—. ¡Unos gemelos para gobernar nuestras islas gemelas!

Como solo tenía siete años, empecé a dar saltos de alegría. Por fin, después de los numerosos abortos y bebés muertos, no solo tenía un hermano, sino dos.

Entre carcajadas, mi madre acunó al segundo niño nacido contra su blanco pecho mientras otra partera aseaba al primer bebé que había dado a luz.

Me colé por entre la multitud para verlo. Era pequeño y precioso, y no paraba de agitarse en su afán por respirar con sus pulmones de recién nacido. Acababa de tomar una buena bocanada de aire cuando escuché el grito alarmado de la partera que lo sostenía.

—Que Zeus se apiade de nosotros, el primer bebé está deforme, majestades.

Mi madre levantó la mirada con la frente arrugada por la preocupación.

—¿A qué te refieres?

La partera lo llevó hasta la cama.

La posibilidad de que algo estuviera mal me tenía aterrada. Desde mi punto de vista, el bebé parecía normal.

Esperé y vi que el primer bebé extendía el brazo hacia el hermano con quien había compartido vientre esos meses. Era como si buscara el consuelo de su gemelo.

Sin embargo, mi madre apartó al niño de su lado.

—No puede ser —sollozó mi madre—. Está ciego.

—No está ciego, majestad —señaló la más anciana de las curanderas al tiempo que daba un paso hacia delante para abrirse camino a través de la multitud. Su túnica blanca estaba bordada con hebras de oro y llevaba una recargada guirnalda dorada sobre el cabello canoso—. Os ha sido enviado por los dioses.

Mi padre, el rey, miró a mi madre con expresión furiosa.

—¿Me has sido infiel? —le preguntó con tono acusatorio.

—No, nunca.

—Entonces, ¿cómo es posible que ese crío haya salido de tus entrañas? Todos nosotros hemos sido testigos.

La habitación en pleno volvió la cabeza hacia la curandera, que miraba con expresión inescrutable al diminuto e indefenso bebé que lloraba para que alguien lo cogiera y le ofreciera consuelo, abrigo.

Sin embargo, nadie lo hizo.

—Este niño será un exterminador —anunció la curandera, y su anciana voz resonó alta y clara para que todos pudieran escuchar su proclamación —. Su mano traerá la muerte a muchos. Ni los propios dioses estarán a salvo de su ira.

Jadeé, aunque no terminé de comprender la importancia de sus palabras.

¿Cómo era posible que un simple bebé pudiera hacerle daño a alguien? Era muy pequeño. Estaba indefenso.

—En ese caso, matémoslo ahora —decidió mi padre, y ordenó a un guardia que sacara la espada y asesinara al bebé.

—¡No! —gritó la curandera, que detuvo al guardia antes de que pudiera llevar a cabo la voluntad del rey—. Si matáis a este infante, vuestro hijo morirá también, majestad. Sus fuerzas vitales están entrelazadas. Es la voluntad de los dioses que lo criéis hasta que se convierta en un hombre.

El heredero sollozó.

Yo también sollocé, ya que no comprendía el odio que sentían hacia un bebé.

—No criaré a un monstruo —rugió mi padre.

—No os queda más remedio. —La curandera cogió al bebé de los brazos de la partera y se lo ofreció a la reina.

Fruncí el ceño al ver la expresión satisfecha en los ojos de la partera, una mujer rubia muy guapa que en ese momento se abrió paso entre los testigos del parto y desapareció.

—Ha nacido de vuestro cuerpo, majestad —siguió la curandera, lo que me llevó a mirar otra vez a mi madre—. Es vuestro hijo.

El bebé empezó a llorar con más fuerza al tiempo que estiraba de nuevo los brazos hacia mi madre. Hacia la que también era su madre. Sin embargo, ella se apresuró a apartarse y a abrazar a su segundo hijo con más fuerza que antes.

—No pienso amamantarlo. No lo tocaré. Apártalo de mi vista.

La curandera le llevó el niño a mi padre.

—¿Y qué me decís vos, majestad? ¿Lo reconoceréis?

—Jamás. Ese niño no es hijo mío.

La curandera exhaló un profundo suspiro y mostró el niño a los reunidos en la sala. Lo sujetaba sin miramiento alguno, sin rastro de amor ni compasión.

—Entonces se llamará Aquerón, como el río de la aflicción. Al igual que el curso del río del Inframundo, su viaje será oscuro, largo e imperecedero. Tendrá el don de dar la vida y de quitarla. Caminará solo y abandonado… siempre buscando benevolencia, pero encontrando únicamente crueldad. —La curandera bajó la mirada hacia el niño que tenía entre las manos y murmuró la verdad que lo perseguiría durante el resto de

su existencia—: Que los dioses se apiaden de ti, pequeñín. Porque nadie más lo hará.

30 de agosto, 9541 a. C..

—¿Por qué me odian tanto, Ryssa?

Dejé mi labor para mirar a Aquerón, que se acercaba con timidez. A sus siete años era un niño increíblemente guapo. Su largo pelo rubio relucía en la habitación como si hubiera sido bendecido por los mismos dioses que parecían haberlo abandonado.

—Nadie te odia, *akribos*.

Sin embargo, en el fondo de mi corazón yo sabía la verdad.

Al igual que él.

Cuando se acercó más, vi la marca enrojecida de una mano en su rostro. No había lágrimas en sus turbulentos ojos plateados. Se había acostumbrado a los golpes de tal manera que ya no parecían afectarlo.

Al menos, no físicamente, solo en su corazón.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

Aquerón desvió la mirada.

Me aparté del bastidor y acorté la escasa distancia que nos separaba. Me arrodillé delante de él y le aparté el pelo con cuidado de la mejilla hinchada.

—Cuéntamelo.

—La vi abrazarlo.

No me hizo falta preguntarle a quién se refería. Había estado con nuestra madre. Nunca entendí cómo podía ser tan cariñosa con Estigio y conmigo y al mismo tiempo ser tan cruel con Aquerón.

—¿Y…?

—Yo también quería un abrazo.

En ese momento reparé en ellos. En los signos evidentes de un niño que solo quería el amor de su madre. Vi el ligero temblor de sus labios, el brillo de las lágrimas en sus ojos.

—¿Por qué si soy igual que mi hermano, yo soy antinatural pero él no? No entiendo por qué soy un monstruo. No me siento como un monstruo.

No podía explicárselo porque yo, a diferencia de los demás, nunca había visto esa diferencia. Habría dado cualquier cosa porque Aquerón conociera la misma faceta de nuestra madre.

Sin embargo, todos lo llamaban monstruo.

Yo únicamente veía a un niño pequeño. Un niño que solo quería que la misma familia que pretendía desterrarlo lo aceptara. ¿Por qué no podían mis padres mirarlo y ver lo cariñoso y bueno que era? Callado y tranquilo, nunca le hacía daño a nada ni a nadie. Jugábamos juntos, nos reíamos. Y, sobre todo, lo consolaba acunándolo entre mis brazos mientras lloraba.

Cogí una de sus manitas. Una mano suave. La de un niño. No tenía el menor rastro de malicia. No había matado a nadie.

Aquerón siempre había sido un niño dulce. Mientras que Estigio a menudo se quejaba por tonterías y me quitaba los juguetes (también se los quitaba a cualquier niño que estuviera cerca), Aquerón solo intentaba mediar entre todos. Consolar a quienes lo rodeaban.

Parecía tener más de siete años. En ocasiones me parecía incluso mayor que yo.

Sus ojos eran raros. Su turbulento color plateado desvelaba que su origen tenía algo de divino. Aunque eso debería hacerlo especial, no espantoso.

Le regalé una sonrisa con la esperanza de mitigar parte de su dolor.

—Algún día, Aquerón, el mundo sabrá lo especial que eres. Algún día no te tendrán miedo. Ya lo verás.

Hice ademán de abrazarlo y él se apartó de mí. Estaba acostumbrado a que la gente le hiciera daño y, aunque sabía que yo nunca se lo haría, le costaba aceptar mi consuelo.

Al ponerme en pie, la puerta de mi salita privada se abrió y entró un gran número de soldados.

Asustada, retrocedí un paso, ya que no sabía lo que querían. Aquerón se agarró con fuerza a la falda de mi túnica azul y se escondió detrás de mis piernas.

Mi padre y mi tío se abrieron paso entre los guardias hasta quedar delante de mí. Los dos eran casi idénticos. Tenían los mismos ojos azules, el mismo pelo rubio y ondulado, y la misma piel clara. Aunque mi tío era tres años menor que mi padre, a simple vista no lo parecía. Podrían pasar por gemelos.

—Ya te dije que estaría con ella —le dijo mi padre al tío Estes—. Ya está corrompiéndola de nuevo.

—No te preocupes —replicó Estes—, yo me encargo. Nunca más tendrás que preocuparte por él.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, aterrada por la siniestra nota de su voz. ¿Iban a matarlo?

—No es cosa tuya —masculló mi padre.

Jamás lo había escuchado hablar de forma tan desagradable. Se me heló la sangre en las venas.

Cogió a Aquerón y lo lanzó contra mi tío.

Mi hermano estaba aterrado. Intentó correr hacia mí, pero mi tío lo cogió del brazo sin miramientos y lo apartó de un tirón.

—¡Ryssa! —gritó Aquerón.

—¡No! —protesté yo mientras intentaba ayudarlo.

Mi padre me apartó y me sujetó para que no pudiera hacer nada.

—Va a un lugar mejor.

—¿Adónde?

—A la Atlántida.

Contemplé horrorizada cómo se lo llevaban mientras me pedía a gritos que lo salvara.

La Atlántida estaba muy lejos de casa. Demasiado lejos, y hasta hacía muy poco tiempo habíamos estado en guerra con ella. Lo único que sabía sobre ese lugar y sobre sus habitantes eran cosas terribles.

Miré a mi padre entre lágrimas.

—Estará asustado.

—Los de su clase no se asustan.

Los gritos y las súplicas de Aquerón desmentían esas palabras.

Mi padre es un rey poderoso, pero está equivocado. Yo conozco muy bien el miedo que anida en el corazón de Aquerón.

Y también conozco el miedo que anida en el mío.

¿Volveré a ver a mi hermano alguna vez?

3 de noviembre, 9532 a. C..

Han pasado nueve años desde la última vez que vi a mi hermano Aquerón. Nueve años. Y no ha habido ni un solo día sin que me pregunte qué estará haciendo. Cómo lo estarán tratando.

Durante las visitas de Estes siempre conseguía llevarlo a un aparte para preguntarle por él.

—Está bien y goza de buena salud, Ryssa. Lo trato como si fuera uno más de mi familia. Tiene todo lo que necesita. Estaré encantado de decirle que te has interesado por él.

Aun así, algo en mi interior no terminaba de conformarse con esas palabras. Le pedí una y otra vez a mi padre que mandara llamar a Aquerón. Que al menos lo llevara a casa por las fiestas. Como príncipe que era, no deberían haberlo alejado de casa. Sin embargo, residía en un país con el que estábamos al borde de la guerra. El hecho de que Estes fuera embajador no protegía a Aquerón de una muerte inminente si entrábamos en guerra con la Atlántida.

Pero mi padre rechazó todas mis peticiones.

Mantuve correspondencia con Aquerón durante años y por regla general me devolvía las cartas religiosamente. Las suyas siempre eran breves y concisas, pero aun así atesoraba todas y cada una de ellas.

Así que cuando me llegó la última hace unas semanas no sentí extrañeza.

Hasta que la leí.

Saludos, excelentísima princesa Ryssa:

Perdonad mi atrevimiento y perdonad también mi impertinencia, pero he encontrado una de sus cartas dirigidas a Aquerón y he decidido, con gran peligro para mi persona, escribiros. No puedo narrar qué infelicidades le han sucedido, pero si de verdad amáis a vuestro hermano como decís, os pido que vengáis a verlo.

No le hablé a nadie de la carta. Ni siquiera estaba firmada. Por lo que sabía, bien podría ser una trampa.

Sin embargo, no podía desterrar la idea de que no era así, de que Aquerón me necesitaba.

Durante días estuve meditando la posibilidad de ir, hasta que no pude aguantar más.

Me llevé a mi escolta personal, Boraxis, para que me protegiera, y me escabullí del palacio tras ordenarles a mis doncellas que le dijeran a mi padre que me encontraba de visita en casa de mi tía, en Atenas. Boraxis creía que estaba cometiendo una locura al viajar hasta la Atlántida por una carta anónima, pero me daba igual.

Si Aquerón me necesitaba, acudiría en su ayuda.

Sin embargo, mi voluntad empezó a flaquear unos días más tarde, cuando me encontré a las puertas de la mansión de mi tío en la capital de la Atlántida. El enorme y reluciente edificio rojo era mucho más intimidante que nuestro palacio en Dídimos. Parecía diseñado con el único propósito de inspirar miedo y asombro. Por supuesto, como embajador, a Estes le convenía impresionar a nuestros enemigos y causarles esa sensación.

La isla donde se emplazaba el reino de la Atlántida, muchísimo más adelantado que mi patria griega, resplandecía al sol. Había más actividad a mi alrededor de la que jamás había visto. Era una metrópolis muy bulliciosa, sí.

Me tragué el miedo que sentía y miré a Boraxis. Era fuerte y corpulento, más alto que la mayoría de los hombres y su abundante pelo trenzado le caía por la espalda. Su apariencia era letal. Y me era leal hasta la muerte, a pesar de ser un sirviente. Me protegía desde niña y sabía que podía confiar en él.

Nunca permitiría que me hicieran daño.

Tras recordarlo, subí la escalinata de mármol que conducía a la puerta dorada. Un sirviente abrió antes de que yo llegara a ella.

—Señora —me saludó con amabilidad—, ¿puedo ayudaros?

—He venido a ver a Aquerón.

El sirviente inclinó la cabeza y me indicó que lo siguiera. Me resultó raro que no preguntara mi nombre ni qué asunto quería tratar con mi hermano. En casa, nadie tenía permitido acercarse a la familia real sin ser interrogado antes.

Admitir a un desconocido en nuestra residencia privada era un crimen castigado con la muerte. Sin embargo, a ese hombre le parecía normal que entráramos sin más en casa de mi tío.

El sirviente se volvió hacia nosotros y miró a Boraxis al entrar en una estancia determinada.

—¿Vuestro escolta os acompañará durante el tiempo que paséis con Aquerón?

La pregunta me desconcertó.

—Supongo que no.

Boraxis siseó. Sus ojos castaños me miraron con preocupación.

—Princesa…

Le coloqué una mano en el brazo.

—No me pasará nada. Espera aquí, volveré enseguida.

Mi decisión no le gustó, y la verdad era que a mí tampoco me hacía mucha gracia, pero era imposible que me pasara nada en casa de mi tío. De modo que lo dejé allí y seguí por el pasillo.

A medida que caminaba, reparé en el extraño silencio que reinaba en casa de mi tío. No se oía ni un susurro. Nadie reía. Nadie hablaba.

Lo único que se escuchaban eran nuestros pasos por el largo y oscuro pasillo. A mi alrededor se alzaban unas negras paredes de mármol que reflejaban nuestras imágenes mientras caminábamos entre las opulentas estatuas desnudas y los macetones de plantas exóticas.

El sirviente me condujo a una habitación en el extremo más alejado de la mansión y abrió la puerta.

Entré, pero titubeé al darme cuenta de que era el dormitorio de Aquerón. Qué raro que me condujera hasta allí sin saber que yo era su hermana. Claro que tal vez lo supiera. Eso lo explicaría todo.

Sí, debía de ser eso. Seguro que el criado se había dado cuenta del gran parecido existente entre nosotros. Salvo por los ojos plateados de Aquerón, compartimos el mismo color de pelo y de piel.

Me relajé y eché un vistazo a mi alrededor. Era una estancia muy grande con una chimenea enorme. Había dos asientos delante del hogar con una extraña estructura de madera entre ellos. Me recordó a un cadalso para castigos, pero eso no tenía sentido. Tal vez fuera una curiosidad atlante. Me había pasado la vida escuchando que los atlantes tenían costumbres muy raras.

La cama era bastante pequeña para una habitación de ese tamaño y contaba con cuatro postes tallados en forma de pájaro. En cada uno de ellos la cabeza del pájaro estaba vuelta de forma que el pico quedara hacia arriba a modo de alzapaños para recoger los cortinajes del dosel; sin embargo, no había cortinajes.

Al igual que el pasillo que daba a esa habitación, las paredes eran de un reluciente mármol negro que reflejaba mi imagen a la perfección. Al mirar a mi alrededor, me di cuenta de que no había ventanas. Ni tampoco terraza. La única luz procedía de los candelabros de pared, y confería un aire tenebroso a la estancia.

Qué raro…

Tres criadas estaban haciendo la cama de Aquerón mientras una cuarta las supervisaba. La supervisora era una mujer de aspecto frágil que parecía rondar los cuarenta años.

—No es hora —le dijo al sirviente que me había conducido hasta allí—. Todavía se está preparando.

El sirviente la miró con el gesto torcido.

—¿Quieres que le diga a Gerikos que he hecho esperar a una cliente mientras Aquerón pierde el tiempo?

—Pero ni siquiera ha tenido tiempo de comer —insistió la mujer—. Ha trabajado toda la mañana sin tomarse un descanso.

—Ve a buscarlo.

Sus susurros y su comportamiento me hicieron fruncir el ceño. Algo malo pasaba. ¿Por qué iba a estar trabajando mi hermano, un príncipe?

La mujer se volvió hacia una puerta situada en el extremo más alejado de la estancia.

—Espera —dije, deteniéndola—. Yo iré. ¿Dónde está?

La supervisora miró al sirviente con temor.

—Es el tiempo de la dama —dijo el hombre con firmeza—. Que haga con él lo que le plazca.

La supervisora retrocedió un paso al tiempo que abría la puerta de una antesala. Entré mientras escuchaba que los sirvientes se marchaban.

Otro detalle que me pareció muy raro…

Con paso inseguro me interné en la antesala con la esperanza de encontrarme al hermano gemelo de Estigio. Un joven arrogante que creía que lo sabía todo del mundo. Un muchacho insultante y jactancioso. Un adolescente malcriado que se preguntaría por qué lo molestaba con mis tonterías.

No estaba preparada en absoluto para lo que encontré.

Aquerón estaba sentado en un baño enorme. Veía su inmaculada espalda, ya que se encontraba sentado pero con el cuerpo inclinado hacia un lateral, apoyando la cabeza en el borde como si estuviera demasiado cansado como para bañarse erguido. El pelo rubio le llegaba por debajo de los hombros; lo tenía húmedo, no empapado.

Con el corazón en la garganta, di unos pasos hacia el baño, momento en el que me percaté del intenso olor a naranja. En el suelo, a su lado, había una pequeña bandeja con pan y queso, pero ni siquiera la había tocado.

—¿Aquerón? —susurré.

Vi que se tensaba un momento antes de enjuagarse la cara. Salió del baño y se secó con movimientos rápidos, sin que pareciera importarle que lo hubiera interrumpido.

Lo rodeaba un aura de poder mientras se secaba con precisión. Cuando acabó, arrojó el paño sobre un montón de paños secos.

La belleza juvenil y masculina de su cuerpo me dejó subyugada un instante. Porque no hizo ademán alguno de vestirse. Lo único que cubría su cuerpo eran unos aros de oro. Llevaba uno muy delgado en el cuello, con

una especie de colgante. En los antebrazos tenía un par de brazaletes, otros dos adornaban sus bíceps y un par más en las muñecas. Una cadena de eslabones pequeños los unía. También tenía un aro con un pequeño eslabón en cada tobillo.

Petrificada, lo observé acercarse. Era el gemelo de Estigio y deberían ser iguales, pero vi pocas semejanzas entre ellos.

Estigio se movía deprisa. De forma impulsiva.

Aquerón se movía despacio. Metódicamente. Como una criatura seductora cuyos movimientos eran una sinfonía de músculos, fuerza y elegancia.

Era más delgado que Estigio. Muchísimo más, como si no comiera lo suficiente. A pesar de eso, sus músculos estaban muy bien definidos y perfectamente ejercitados.

Sus ojos seguían siendo turbulentos y plateados, pero apenas logré fijarme en ellos antes de que bajara la vista para clavarla en el suelo, delante de mí.

Me percaté de algo más. Lo rodeaba un aura de desesperada resignación. La misma que había visto en incontables ocasiones en los campesinos y los mendigos que acudían en busca de despojos a la cocina de palacio.

—Perdonadme, señora —me dijo en voz baja, con un tono curiosamente cautivador, a pesar de hablar entre dientes—. No sabía que vendríais.

El suave tintineo de las cadenas rompió el silencio cuando se colocó detrás de mí como un fantasma seductor y sigiloso. Me rodeó el cuello con los brazos para desabrocharme el himatión.

Aturdida por sus actos, ni se me ocurrió protestar cuando me quitó la prenda y la dejó caer al suelo. Solo cuando me apartó el pelo de la nuca e hizo ademán de besarme la piel desnuda me aparté de él.

—¿Qué haces? —le pregunté.

Parecía tan desconcertado como yo, pero siguió con la mirada fija en el suelo, a mis pies.

—Ignoro lo que habéis pagado —dijo él en voz baja—. Vuestra apariencia me hizo pensar que deseabais un trato delicado. ¿Me he equivocado?

Sus palabras me desconcertaron, al igual que me desconcertó su afán de hablar con los dientes apretados. ¿Por qué lo hacía?

—¿Lo que he pagado? Aquerón, soy yo, Ryssa.

Lo vi fruncir el ceño como si no recordara mi nombre. Hizo ademán de tocarme de nuevo.

Me aparté de él y recogí el himatión del suelo.

—Soy tu hermana, Aquerón, ¿no me reconoces?

La furia relampagueó en sus ojos un instante cuando me miró.

—No tengo ninguna hermana.

Empezó a darme vueltas la cabeza mientras intentaba entender lo que pasaba. Ese no era el mismo muchacho que me escribía cartas casi todos los días, el adolescente que me hablaba de sus días de asueto.

—¿Cómo puedes decir eso después de todos los regalos y de todas las cartas que te he enviado?

Su rostro se relajó como si por fin lo entendiera.

—¡Ah! Es un juego en el que queréis que participe. Deseáis que sea vuestro hermano.

Lo miré malhumorada, presa de la frustración.

—No, Aquerón, no es un juego. Eres mi hermano y te escribo casi todos los días. Y tú me has contestado.

Noté que quería mirarme a los ojos, pero no lo hizo.

—Soy analfabeto. No podré seguiros el juego.

La puerta que tenía detrás se abrió de golpe. Un hombre bajito y rechoncho, vestido con una larga *foremasta* atlante entró en la antesala. Estaba leyendo un pergamino y no reparó en nosotros.

—Aquerón, ¿por qué no estás en…? —dejó la frase en el aire cuando levantó la vista y me vio. Entrecerró los ojos—. ¿Qué es esto? —masculló. Su mirada furiosa se clavó en Aquerón, que retrocedió dos pasos—. ¿Estás aceptando clientes sin avisarme?

Vi el miedo que asomaba al rostro de mi hermano.

—No, *despotés* —contestó, utilizando el término atlante para «patrón»—. Nunca se me ocurriría hacer algo así.

Furioso, el hombre torció el gesto y cogió a Aquerón del pelo para obligarlo a arrodillarse en el duro suelo de mármol.

—Entonces, ¿qué es esto? ¿Te estás entregando de balde?

—No, *despotés* —repitió Aquerón al tiempo que apretaba los puños, como si intentara controlarse para no tocar al hombre que le estaba retorciendo el pelo—. Por favor. Juro que no he hecho nada malo.

—¡Suéltalo! —Cogí la mano del hombre e intenté apartarlo de mi hermano—. ¡Cómo te atreves a golpear a un príncipe! ¡Haré que te corten la cabeza por esto!

El hombre se rió en mi cara.

—No es un príncipe. ¿A que no, Aquerón?

—No, *despotés*. No soy nada.

El hombre llamó a sus guardias para que me sacaran de la antesala, y aparecieron enseguida.

—No pienso marcharme —le dije. Me encaré con los guardias y les lancé mi mirada más altiva—. Soy la princesa Ryssa de la casa de Aricles de Dídimos. Exijo ver a mi tío Estes. ¡Ahora mismo!

Por primera vez vi cierta reserva en sus ojos.

—Perdonadme, princesa —se disculpó, aunque no parecía en absoluto arrepentido—. Haré que os escolten al recibidor de vuestro tío —dijo al tiempo que les hacía una señal a los guardias.

Asombrada por su arrogancia, me volví para marcharme. Gracias al mármol negro, vi que le susurraba algo a Aquerón.

Y también vi que a mi hermano se le descomponía la cara.

—Idikos me prometió que nunca más tendría que verlo.

El hombre le dio un tirón de pelo.

—Harás lo que se te ordene. Ahora levántate y ve a prepararte.

Los guardias cerraron la puerta y me sacaron de la estancia. Me condujeron por el mismo pasillo hasta un pequeño recibidor sin más muebles que tres sillas.

No tenía la menor idea de lo que estaba pasando en esa casa. Si alguien nos hubiera tocado a Estigio o a mí de la manera que ese hombre había tocado a Aquerón, mi padre los habría hecho matar al punto.

Nadie podía hablarnos salvo con el más absoluto respeto y la mayor de las reverencias.

—¿Dónde está mi tío? —le pregunté a los guardias cuando vi que se marchaban.

—En la ciudad, alteza. Volverá enseguida.

—Enviad a alguien a buscarlo. Ahora mismo.

El guardia me saludó con una inclinación de cabeza antes de cerrar la puerta.

Llevaba muy poco tiempo allí cuando vi que al lado de la chimenea se abría una puerta secreta por donde entró una mujer. Era la supervisora que había visto en el dormitorio de Aquerón al llegar, la mujer de aspecto frágil que se había preocupado por su bienestar.

—Alteza —me dijo con aprensión—, ¿sois vos de verdad?

En ese momento supe quién era.

—¿Fuiste tú quien me escribió pidiéndome que viniera?

La mujer asintió con la cabeza.

Solté un suspiro aliviado. Por fin alguien podría explicarme lo que pasaba.

—¿Qué ocurre aquí?

La mujer inspiró hondo, como si lo que estaba a punto de decir le resultara muy doloroso.

—Están vendiendo a vuestro hermano, señora. Le hacen cosas que nadie debería padecer.

Se me formó un nudo en el estómago al escucharla.

—¿A qué te refieres?

La vi retorcerse las manos bajo las mangas del vestido.

—¿Cuántos años tenéis, señora?

—Veintitrés.

—¿Sois virgen?

Me ofendió que se atreviera a preguntar algo tan íntimo.

—Eso no es de tu incumbencia.

—Perdonadme, no era mi intención ofenderos. Solo intento averiguar si podréis entender lo que voy a explicaros. ¿Sabéis lo que es un *tsoulus*?

—Por supuesto que sé… —Me sentí embargada por el horror más absoluto.

Era un término atlante que no tenía traducción literal al griego, pero conocía la palabra. Eran hombres y mujeres jóvenes a los que se entrenaba como esclavos sexuales para los nobles y los ricos. A diferencia de las prostitutas y las cortesanas, o de sus equivalentes masculinos, los *tsoulus* eran aislados a una edad muy temprana para comenzar un cuidadoso entrenamiento.

La misma edad que mi hermano tenía cuando se lo llevaron de nuestra casa.

—¿Aquerón es un *tsoulus*?

La mujer asintió en silencio.

Empezó a darme vueltas la cabeza. Era imposible.

—Estás mintiendo.

Ella negó con la cabeza.

—Por eso os pedí que vinierais, señora. Sabía que no me creeríais a menos que lo vierais con vuestros propios ojos.

Seguía dudando de su palabra. Era simplemente imposible.

—Mi tío jamás permitiría algo así.

—Vuestro tío es quien lo vende. ¿Cómo creéis que sufraga los gastos de esta residencia?

Las noticias me espantaron, aunque parte de mí insistía en negar lo evidente.

—No te creo.

—En ese caso, acompañadme para que podáis comprobarlo con vuestros propios ojos.

No quería hacerlo, pero la seguí por los pasillos que utilizaba la servidumbre. Caminamos lo que me pareció una distancia interminable hasta llegar a la antesala donde vi a Aquerón tomar su baño.

La mujer se llevó un dedo a los labios para indicarme que guardara silencio.

Y entonces fue cuando lo escuché. A pesar de ser virgen, no era inocente. Había escuchado a las parejas copular en las fiestas a las que mi padre me prohibía asistir.

Sin embargo, peor que esos sonidos tan típicos eran los gritos de dolor que mi hermano profería. Le estaban haciendo daño y al culpable le

producía un inmenso placer.

Hice ademán de acercarme a la puerta, pero la mujer se interpuso en mi camino.

—Señora, si lo interrumpís, vuestro hermano sufrirá de un modo inimaginable —me advirtió en voz baja y mortalmente seria.

Sus palabras me atravesaron. Mi alma gritaba para que detuviera lo que estaba sucediendo. Sin embargo, la mujer había demostrado decir la verdad. Ella conocía a mi hermano y a mi tío mejor que yo.

Y nada más lejos de mi intención que causarle más sufrimiento a mi hermano.

Después de lo que me pareció una eternidad, se hizo el silencio.

Alguien atravesó la habitación, abrió la puerta y la cerró.

Yo era incapaz de respirar por el miedo. No podía moverme.

La criada abrió la puerta del dormitorio y vi que Aquerón estaba encadenado a la cama mediante los aros. Los que llevaba en torno a las muñecas y a los tobillos descansaban en los picos de los pájaros que decoraban los cuatro postes.

Y yo, tonta de mí, los había tomado por alzapaños.

«Ignoro lo que habéis pagado. Vuestra apariencia me hizo pensar que deseabais un trato delicado. ¿Me he equivocado?»

Las palabras de mi hermano me atravesaron mientras observaba cómo la mujer lo liberaba.

Fui incapaz de apartar la mirada de su cuerpo desnudo. Herido. Ensangrentado.

Mi hermano.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al recordar la última vez que lo había visto. Su carita regordeta con la huella de la bofetada, pero no herida de esa forma. Tenía los labios partidos, el ojo izquierdo hinchado y la nariz ensangrentada. Su cuerpo estaba cubierto de marcas rojizas y comenzaban a aparecer algunos moratones.

Nadie merecía sufrir así.

Di un paso para acercarme a él justo cuando la puerta se abría. La supervisora me sacó del dormitorio.

Aterrada, me apresuré a ocultarme entre las sombras, desde donde podría escuchar sin que me descubrieran.

Escuché un improperio.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó una voz que reconocí como la de mi tío Estes.

—Estoy bien, idikos —contestó Aquerón con evidente dificultad y voz pastosa.

El ruido que escuché me hizo pensar que había abandonado la cama y acababa de tropezar.

Aunque esperaba que mi tío se enfureciera por el daño que el hombre le había ocasionado a mi hermano, no fue así. Su ira recayó sobre Aquerón.

—¡Eres despreciable! —masculló Estes—. Mírate. Así no vales ni un sol de plomo.

—Estoy bien, idikos —repitió Aquerón con un tono tan servicial que me revolvió el estómago—. Puedo limpiarme las…

—Traed el poste y la vara —ordenó Estes, interrumpiéndolo.

Alcancé a escuchar las protestas de mi hermano, pero sus palabras se convirtieron en una especie de murmullo como si algo le impidiera hablar.

Ansiaba reunir el valor para irrumpir en el dormitorio y ordenarles que se detuvieran, pero no era capaz de lograr que mis pies me obedecieran. Estaba demasiado horrorizada para moverme siquiera.

Escuché el tintineo de unas cadenas y después el sonido de la madera al golpear un cuerpo.

Aquerón gritó, aunque lo hizo con voz sofocada.

El castigo prosiguió hasta que guardó completo silencio. Yo lo escuché sentada en el suelo, entre lágrimas, mordiéndome una mano para evitar que mis sollozos se oyeran al otro lado mientras me devanaba los sesos en busca de una solución. ¿Cómo podía ponerle fin a todo aquello?

¿Quién iba a creerme? Estes era el hermano a quien mi padre más amaba. Nunca antepondría mi palabra a la suya. Jamás.

—Metedlo en el cubículo —dijo Estes.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó otra voz masculina.

Mi tío suspiró como si le diera asco.

—A pesar de lo pronto que sana, tardará por lo menos un día en recuperarse lo suficiente como para atender clientes. Busca a Ores y que pague las pérdidas que nos ha provocado. Cancela las citas de Aquerón y déjalo en el cubículo hasta mañana por la mañana.

—¿Lo alimentamos? —preguntó la supervisora.

—Si no trabaja, no come —masculló Estes—. Y hoy no se ha ganado el pan.

Escuché que una puerta se abría y después se cerraba.

—A ver, ¿dónde está mi sobrina?

—En el recibidor —contestó la misma voz masculina de antes.

—Ya he estado allí, pero no la he visto.

—Dijo que iba a pasear por la ciudad —se apresuró a explicar la supervisora—. Estoy segura de que no tardará en volver.

—Avísame en cuanto lo haga —ordenó Estes de mal humor—. Dile que Aquerón ha salido, que está pasando unos días con unos amigos.

Los hombres abandonaron el dormitorio.

Yo seguí donde estaba, con la vista clavada en el baño. En el mármol pulido que recubría las paredes de la estancia.

¿Cuántos clientes había atendido mi hermano? ¿Cuántos días llevaba soportando lo que acababa de presenciar?

Hacía nueve años que nos habían separado. No siempre habría sido así… ¿verdad?

La idea me revolvió el estómago.

La supervisora regresó. Me percaté de su expresión horrorizada y me pregunté si la mía sería igual.

—¿Cuánto llevan haciéndole esto? —le pregunté.

—Yo llevo aquí casi un año, señora. Pero comenzó mucho antes de que yo llegara.

Intenté pensar en alguna solución. Pero solo era una mujer. Un ser insignificante en un mundo controlado por los hombres. Mi tío nunca me escucharía. Y, evidentemente, mi padre mucho menos.

Jamás creería que su hermano era capaz de hacer algo así. De la misma forma que yo tampoco podía creer que el tío al que siempre había adorado pudiera hacerlo.

Sin embargo, era imposible negar la evidencia.

¿Cómo era capaz de cenar con Estigio y conmigo en nuestro palacio mientras vendía a un muchacho que era idéntico a Estigio salvo por los ojos?

No tenía ningún sentido.

Sin embargo, tenía muy claro que no podía dejar a Aquerón allí. Y menos así.

—¿Puedes traer a mi escolta hasta aquí sin que os vean? —le pregunté.

La sirvienta asintió con la cabeza.

Cuando se marchó, seguí en el rincón, ya que estaba demasiado asustada como para moverme.

Encontré el valor para hacerlo cuando la mujer volvió con Boraxis, que me ayudó a ponerme en pie con el ceño fruncido.

—¿Estáis bien, señora?

Asentí de forma distraída.

—¿Dónde está Aquerón? —le pregunté a la supervisora, que me acompañó hasta el dormitorio de mi hermano.

La cama seguía estando revuelta y ensangrentada. Aparté la vista y la seguí hasta una puerta.

Cuando la abrió, vi a mi hermano dentro. Estaba arrodillado sobre una superficie llena de bultos que debían de clavársele en las rodillas. La estancia era tan diminuta que no me cupo la menor duda de que la habían diseñado con el fin de castigarlo. Estaba desnudo, con el cuerpo ensangrentado y cubierto de cardenales. Le habían inmovilizado las manos a la espalda, pero lo que más llamó mi atención fueron las plantas de sus pies.

Las tenía amoratadas.

Por fin comprendía lo que había escuchado. ¿Qué mejor lugar que las plantas de los pies para golpear a alguien sin que nadie se percatara de que era maltratado? Nadie se daría cuenta, nadie iría a mirárselas.

Con todo el cuidado del que fuimos capaces, la supervisora y yo lo sacamos de ese cubículo. Tenía una correa muy extraña alrededor de la cabeza. Cuando la mujer se la quitó, me di cuenta de que, pegada a la

correa, había una bola de considerable tamaño cubierta de púas que le habían metido bajo la lengua. Le sangraban las comisuras de los labios.

Di un respingo cuando la mujer le quitó el artilugio y lo escuché sisear de dolor.

—Llevadme dentro —dijo entre dientes mientras la supervisora le desataba las manos.

—No —lo contradije—. Voy a sacarte de aquí.

—Tengo prohibido marcharme, señora —replicó él con los dientes aún apretados—. Jamás podré hacerlo. Por favor, devolvedme al cubículo. Es mucho peor si lucho contra ellos.

Sus palabras me destrozaron el corazón. ¿Qué le habían hecho para que la simple idea de huir lo aterrara de ese modo?

Intentó volver a su sala de castigo, pero se lo impedí y lo obligué a quedarse donde estaba.

—No voy a permitirles que sigan haciéndote daño, Aquerón. Lo juro. Voy a llevarte a casa.

Me miró como si no conociera la palabra.

—Tengo que quedarme —insistió—. Fuera de aquí corro peligro.

Hice oídos sordos a lo que me decía.

—¿Dónde está su ropa? —le pregunté a la sirvienta.

—No tiene ropa, señora. No la necesita para lo que lo obligan a hacer.

Su respuesta me provocó un escalofrío.

—Está bien.

Lo envolví con mi himatión y, con ayuda de Boraxis, lo sacamos de la casa a pesar de que mi hermano protestó a cada paso que dimos. Me temblaban las manos y las piernas por el miedo a que Estes o cualquiera de sus criados nos descubrieran.

Por suerte, la supervisora se conocía todos los pasadizos que llevaban a la calle.

De alguna forma conseguimos salir y alquilar un *herio* cerrado en la parte posterior de la mansión. Boraxis se sentó junto al cochero y Aquerón y yo nos acomodamos en el interior. A solas.

Juntos.

No respiré hasta que la casa de Estes desapareció de la vista y estuvimos bien lejos de los muros de la ciudad, al otro lado del puente y de camino hacia los muelles.

Aquerón pasó todo el trayecto en silencio contemplando el exterior por las ventanillas.

Sus ojos parecían inertes. No había vida en ellos. Como si hubieran visto demasiados horrores.

—¿Necesitas un médico? —le pregunté.

Él negó con la cabeza.

Quería consolarlo y reconfortarlo, pero no estaba segura de que hubiera algo en la faz de la tierra capaz de lograrlo.

Viajamos sumidos en el silencio hasta que llegamos a una aldea. El conductor cambió el tiro de caballos mientras nosotros aguardábamos en una casa. Le había alquilado a la dueña de la misma una pequeña estancia donde asearnos un poco y descansar tranquilos.

Boraxis encontró o compró en algún sitio ropa para mi hermano. Le quedaba un poco pequeña y las telas eran bastas, pero él no se quejó. Se limitó a aceptarla y a vestirse en el interior de la habitación alquilada.

Cuando lo vi salir y acercarse a mí, que lo esperaba en un estrecho pasillo, me percaté de que cojeaba un poco. Se me encogió el corazón al pensar que caminaba con las plantas de los pies amoratadas sin emitir ni una sola queja.

—Ven, deberíamos comer ahora que tenemos la oportunidad.

El pánico pareció adueñarse de su mirada. Aunque pronto fue sustituido por una expresión resignada.

—¿Qué pasa? —quise saber.

Él no contestó. Se limitó a cubrirse la cabeza con la capucha como si quisiera ocultarse del mundo. Me siguió hasta el pequeño comedor de la planta baja con la cabeza gacha y los brazos cruzados por delante del pecho.

Elegí una mesa situada al fondo, cerca de la chimenea.

—¿A quién tengo que pagarle por la comida? —me preguntó en voz baja con la cara oculta por la capucha.

—¿Tienes dinero? —le pregunté yo, extrañada.

Mi pregunta pareció desconcertarlo tanto como a mí me había desconcertado la suya.

«Si no trabaja, no come. Y hoy no se ha ganado el pan.»

Se me hizo un nudo en el estómago al recordar las palabras de Estes. Las lágrimas amenazaron con ahogarme.

Mi hermano pensaba que yo quería que…

—Yo pagaré la comida, Aquerón. Con mi dinero.

El alivio que apareció en su rostro me conmovió hasta el alma.

Me senté. Mi hermano rodeó la mesa y se arrodilló en el suelo, a mi derecha, prácticamente detrás de mí.

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Qué estás haciendo?

—Perdonadme, señora. No pretendía ofenderos. —Se alejó un poco más, arrastrando las rodillas.

Totalmente asombrada, me volví para mirarlo.

—¿Por qué estás en el suelo?

—Os esperaré en la habitación —me contestó con la desilusión pintada en la cara mientras hacía ademán de marcharse.

—Espera —le dije al tiempo que lo agarraba del brazo—. ¿No tienes hambre? Me han dicho que hoy no has comido.

—Tengo hambre —afirmó él entre dientes.

—En ese caso, siéntate.

Y volvió a arrodillarse en el suelo.

Pero ¿qué estaba haciendo?

—Aquerón, ¿por qué estás en el suelo en lugar de compartir la mesa conmigo?

—Los putos no comparten la mesa con personas decentes —contestó con una mirada vacía y sin artificios. Habló sin inflexión alguna en la voz, como si se hubiera limitado a repetir una frase tan trillada que había perdido su significado.

Sin embargo, sus palabras me dolieron.

—Aquerón, tú no eres un puto.

Aunque no rechistó, la mirada de esos ojos claros y turbulentos me contradijo.

Alargué un brazo para acariciarle la cara, pero noté que se tensaba.

De modo que no lo toqué.

—Ven —dije en voz baja—. Siéntate a la mesa conmigo.

Me obedeció con manifiesta incomodidad, como si temiera que alguien pudiese apartarlo de la mesa agarrándolo del pelo en cualquier momento. No paraba de tirarse de la capucha como si quisiera protegerse.

En ese momento comprendí de qué otro modo se podía castigar a una persona sin que quedaran marcas visibles. Tirándole del pelo. ¿Cuántas veces se lo habrían hecho?

Se acercó un sirviente para atendernos.

—¿Qué quieres comer, Aquerón?

—Lo que vos deseéis, idika.

«Idika», «ama» en atlante: la manera en que un esclavo debía dirigirse a su dueña.

—¿Te apetece algo en concreto?

Lo vi negar con la cabeza.

Pedí la comida sin apartar la mirada de él, que mantuvo la cabeza gacha en todo momento mientras se abrazaba el torso.

De repente, tosió y vi algo extraño en su boca.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

Él alzó la mirada antes de volver a clavarla en la mesa.

—¿A qué os referís, idika? —preguntó él a su vez, hablando de nuevo entre dientes.

—Aquerón, soy tu hermana, puedes llamarme Ryssa.

No dijo nada.

Repetí la pregunta con un suspiro.

—¿Qué tienes en la boca? Enséñame la lengua.

Me obedeció y vi que en el centro de la lengua tenía una hilera de bolitas doradas que brillaban a la luz. Nunca había visto nada semejante en la vida.

—¿Qué es eso? —le pregunté, extrañada.

Aquerón cerró la boca y, a juzgar por el movimiento de su mentón, comprendí que estaba frotándose la lengua contra el paladar.

—*Erotiki sfairi*.

—No conozco ese término.

—Bolas eróticas, idika. Aumentan el placer que les proporciono a mis clientes cuando los acaricio con la lengua.

Ni un bofetón me habría sorprendido tanto como su respuesta. Porque hablaba como si tal cosa de un tema que en mi mundo era tabú.

—¿Duele? —le pregunté, sin poder contenerme y para mi absoluta sorpresa.

Él negó con la cabeza.

—Solo tengo que tener cuidado de no golpearme los dientes para no rompérmelos.

Por eso hablaba con los dientes apretados.

—Es un milagro que puedas hablar.

—Nadie espera que un puto use la lengua para hablar, idika.

—¡Tú no eres eso! —Varias cabezas se volvieron para mirarme, cosa que me hizo comprender que había hablado más alto de lo que había sido mi intención. Me ardían las mejillas, pero en la cara de mi hermano no había indicios de que se sintiera avergonzado. Se limitaba a aceptar la situación como si fuera la única verdad y lo único que se merecía—. Eres un príncipe, Aquerón. ¡Un príncipe!

—Entonces, ¿por qué me echasteis de casa?

Su pregunta me sorprendió. No solo por los términos que había empleado, sino por el sufrimiento que destilaba su voz al hablar.

—¿Qué quieres decir?

—Idikos me contó lo que decíais de mí.

«Idikos», el término atlante masculino para «amo».

—¿Te refieres a Estes?

Asintió con la cabeza.

—Es tu tío, no tu amo.

—No se discute con el látigo ni con la vara. Al menos, no por mucho tiempo.

Tragué saliva al escucharlo. No, supongo que era mejor no discutir en esas circunstancias.

—¿Qué te contó?

—Que el rey me quería muerto. Que solo me permite seguir con vida porque si muero, también lo hará el hijo al que ama.

—Eso no es cierto. Padre dijo que te envió lejos de casa porque tenía miedo de que alguien intentara hacerte daño. Eres su heredero.

Aquerón siguió mirando al suelo.

—Idikos me dijo que mi familia se avergüenza de mí. Que no soy digno de estar cerca de ella. Que por eso el rey me envió lejos y le dijo a todo el mundo que había muerto. Solo sirvo para una cosa.

No hacía falta que le preguntara para qué.

—Te mintió. —El peso de la verdad amenazaba con aplastarme el corazón—. Del mismo modo que nos ha mentido a padre y a mí. Nos dijo que eras feliz, que estabas bien. Que estabas recibiendo una buena educación.

Mis palabras le arrancaron una amarga carcajada.

—Me han educado bien, idika. Podéis creerme, soy el mejor en lo que me han enseñado a hacer.

¿Cómo era posible que algo así le hiciera gracia?, me pregunté.

Aparté la mirada de él cuando el sirviente nos trajo la comida. Estaba a punto de empezar a comer cuando noté que Aquerón no se había movido siquiera. Se limitaba a contemplar la comida con expresión hambrienta.

—Come —le dije.

—No me habéis dado mi porción, señora.

—¿A qué te refieres?

—Vos coméis y el placer que os reporte mientras lo hacéis será el que determine la ración que merezco.

—¿El placer que me…? No, espera. No me lo expliques. Creo que prefiero no saberlo. —Suspiré al tiempo que señalaba su plato y su vaso—. Eso es para ti. Puedes comer todo lo que quieras.

Miró la comida con recelo antes de clavar la vista en el suelo, al lado de mi silla.

En ese momento comprendí por qué se había arrodillado allí.

—Normalmente comes en el suelo, ¿verdad?

Como un perro o cualquier otro animal.

Asintió con la cabeza.

—Si idikos encuentra mi comportamiento especialmente placentero —confesó él en voz baja—, me da de comer de su propia mano.

Sus palabras me robaron el apetito.

—Come tranquilo, hermano —le dije con la voz quebrada por las lágrimas reprimidas—. Come todo lo que quieras.

Bebí un sorbo de vino con la intención de que me calmara el malestar del estómago mientras lo observaba comer. Sus modales eran exquisitos y me sorprendió lo despacio que comía. La meticulosidad de sus movimientos.

Cada gesto era elegante. Preciso.

Y pensado para seducir.

¡Se movía como un puto!

Cerré los ojos, presa del deseo de chillar por la injusticia de toda esa situación. Era el heredero al trono y lo que le habían hecho…

¿Cómo habían sido capaces?

Más importante aún, ¿por qué?

¿Porque sus ojos eran distintos? ¿Porque incomodaban a la gente?

No había nada amenazador en ese muchacho. No era como Estigio, famoso por ordenar que encerraran y golpearan a todo aquel que lo ofendía. Un pobre pastor había recibido una paliza por aparecer descalzo en palacio… cuando en realidad no podía permitirse un calzado.

Aquerón no me gastaba bromas pesadas ni se reía de los demás. No juzgaba a nadie ni lo denigraba.

Se limitaba a comer en silencio.

En ese momento llegó una familia que ocupó una mesa situada a nuestro lado. Aquerón dejó de comer al ver que había un muchacho y una joven. El chico debía de ser más pequeño que mi hermano, pero la muchacha parecía tener su misma edad. Al ver cómo los observaba, comprendí que nunca había visto una familia que comiera junta. Le resultó curioso.

—¿Puedo hablar, señora?

—Por supuesto.

—¿Estigio y vos compartís mesa con vuestros padres?

—También son tus padres.

Siguió comiendo sin hacer el menor comentario.

—Sí —contesté—. A veces cenamos con ellos.

Sin embargo, él nunca lo había hecho. Mientras vivió con nosotros, tuvo prohibido compartir la mesa con la familia.

A partir de ese momento no volvió a hablar. Tampoco miró más a la familia. Se limitó a comer con esos modales tan impecables.

Por mi parte, logré comer un par de bocados, pero descubrí que no tenía apetito.

Regresamos a nuestros aposentos para esperar que el conductor concluyera su descanso y terminara de alimentar a los caballos. El crepúsculo se acercaba y no sabía muy bien si debíamos continuar el viaje durante la noche o no.

Me senté en la silla pequeña y cerré los ojos para descansar. Había sido un día muy largo. Esa misma mañana había llegado a la Atlántida y en aquel momento no había esperado tener que regresar tan pronto. A lo que se sumaba el nerviosismo por haber arrancado a mi hermano de las garras de mi tío. Lo único que quería era dormir.

Sentí que Aquerón se acercaba a mí.

Al abrir los ojos lo vi desnudo salvo por los aros.

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Qué haces?

—Estoy en deuda con vos por la ropa y la comida. —Se arrodilló a mis pies y me levantó el bajo del himatión y de la túnica.

Me puse de pie de un salto y le agarré la mano.

—A los miembros de la familia no se les toca de esa forma, Aquerón. Está mal.

La confusión le hizo fruncir el ceño.

Y fue cuando descubrí la verdad más horrible.

—Estes… ¿Te ha…? ¿Tú y…? —Era incapaz de preguntárselo.

—Todas las noches le pago por la amabilidad que demuestra al alojarme bajo su techo.

En la vida había sentido tantas ganas de llorar, pero descubrí que tenía los ojos secos por extraño que pareciera. Lo que le habían hecho a mi

hermano me provocaba ira y asco. ¡Si en ese momento hubiera tenido a mi tío delante…!

—Ponte la ropa. No hace falta que me pagues por nada.

Aquerón se alejó para obedecerme.

Me pasé el resto de la tarde observándolo. Se mantuvo sentado en un rincón sin mover un solo músculo. Era obvio que también lo habían entrenado para eso. Rememoré los horrores que había descubierto a lo largo del día.

El horror que debía de haber sido su vida.

Mi pobre Aquerón.

Le dije que mi padre lo acogería con los brazos abiertos. Le aseguré que mi madre se alegraría muchísimo de verlo.

Le conté historias del palacio y de lo suntuosos que serían sus aposentos.

Me escuchó en silencio, aunque sus ojos me dejaron muy claro que no se creía ni una sola palabra.

Los putos no vivían en palacios, me decía su mirada.

Y, a decir verdad, yo misma comenzaba a dudar de mis propias palabras.

4 de noviembre, 9532 a. C..

Aquerón se sumió en un silencio tan absoluto durante el resto del viaje hasta el puerto que comencé a preocuparme. No tenía buen aspecto. De hecho, de vez en cuando sufría temblores y comenzaba a sudar copiosamente sin motivo alguno. Tenía muy mal color de cara.

Le pregunté si le pasaba algo, y me dijo que era algo que solía pasarle de vez en cuando.

Su inquietud fue en aumento conforme el tráfico de personas hacia el puerto se iba intensificando.

—Estes no va a encontrarte —le dije con la esperanza de tranquilizarlo.

No funcionó. En todo caso, solo sirvió para ponerlo más nervioso.

Boraxis volvió con nuestros pasajes para la travesía por el Egeo que nos llevaría a Dídimos. Sabía que mis temores no se calmarían hasta que nos hubiéramos hecho a la mar.

Tenía miedo de que mi tío apareciera en cualquier momento y se llevara a Aquerón.

Nos permitieron embarcar a mediodía. Boraxis iba en cabeza de nuestro grupo, yo en el centro y Aquerón nos seguía.

El ayudante del capitán cogió los pasajes que le entregó Boraxis y le dio las indicaciones precisas para llegar a nuestros camarotes. Sin embargo, detuvo a Aquerón cuando pasó por su lado.

—Quítate la capucha.

Vi el pánico en los ojos de mi hermano antes de que obedeciera la orden. Tan pronto como su rostro quedó al descubierto, sentí que una

extraña corriente afectaba a los que estábamos cerca. Todos los ojos se clavaron en él.

El ayudante del capitán meneó la cabeza y chasqueó la lengua.

—Señora, no se permiten esclavos en los camarotes principales.

Le lancé una mirada desdeñosa.

—No es un esclavo.

El hombre tuvo el descaro de echarse a reír. Alargó el brazo y agarró el colgante con forma de sol ardiente que mi hermano llevaba en torno al cuello.

Aquerón se mantuvo inmóvil y en silencio, con los ojos clavados en el suelo.

El ayudante del capitán me miró.

—Señora, entiendo que queráis tener cerca a vuestro *tsoulus*, pero tendrá que viajar en la bodega, con el resto de los esclavos.

No se me había ocurrido quitarle los brazaletes. En Grecia los esclavos no llevaban oro, así que ni siquiera se me había ocurrido que ese detalle pudiera delatarlo.

—¡Nexus! —El ayudante del capitán llamó a un marinero—. Lleva a este a la bodega.

Aquerón me lanzó una mirada aterrada.

—Por favor, idika, no lo permitáis. No me dejéis solo. No podéis hacerlo.

—Pagaré más —le dije al marinero.

—Lo siento, señora. Nuestra política al respecto es muy estricta. El resto de los pasajeros se ofendería mucho si quebrantáramos esa regla.

Me sentía fatal por mi hermano.

—No pasará nada, Aquerón. Serán muy pocos días y dentro de nada estaremos en casa.

Mis palabras parecieron asustarlo más. Sin embargo, se sumió en el silencio cuando Nexus se acercó a él para llevárselo.

Volvió a subirse la capucha y echó un vistazo a su alrededor con manifiesto nerviosismo.

—Alteza, estará bien —me aseguró Boraxis—. Su alojamiento no será lujoso, pero sí sencillo y limpio.

Boraxis sabía de lo que hablaba. En otro tiempo fue un esclavo. Hasta que mi padre lo liberó.

—Gracias —le dije.

Con el corazón en un puño, me dirigí a mi camarote y desde entonces no paro de preguntarme qué hará Aquerón durante los próximos cuatro días.

8 de noviembre, 9532 a. C..

Pasé un buen rato en cubierta conteniendo el aliento, a la espera de ver aparecer a Aquerón. Aunque he hecho todo lo posible para verlo durante estos cuatro días, no me lo han permitido. Al parecer, los pasajeros tienen prohibido bajar a la bodega del barco al igual que los esclavos tienen prohibido subir a cubierta.

Casi todo el mundo se había ido ya, incluso los marineros, pero Boraxis y yo seguíamos esperando.

Por fin vi aparecer a Aquerón. Al igual que el día que lo llevaron a la bodega, llevaba la capucha puesta y la cabeza gacha.

No se podía ver ni un trocito de su piel.

—¡Ya estás aquí! —exclamé con alegría al verlo.

Él no me dijo nada. Quise abrazarlo, pero se apartó de mí. Cuando intenté mirarlo a los ojos, pasó por mi lado.

Su actitud me molestó. ¿Así me agradecía que lo hubiera salvado de la locura que reinaba en casa de mi tío? Por muy tosco que fuera el espacio reservado para los esclavos, seguro que merecía la pena con tal de verse libre de los maltratos.

—Deja de comportarte como un niño, Aquerón. No tuve alternativa.

Siguió sin hablarme.

Quería zarandearlo. Era la primera vez que su comportamiento me recordaba al de Estigio.

—Quiero volver a casa.

Me quedé de piedra al escuchar su voz, que apenas había sido un susurro, pero que de todas formas destilaba rabia.

—¿Te has vuelto loco? ¿Por qué quieres volver a la Atlántida?

No me respondió.

Con un suspiro frustrado, lo conduje al muelle. Una vez que desembarcamos, Boraxis se alejó en busca de un *herio* cerrado para regresar a casa.

Aquerón permaneció en silencio. No miró a su alrededor ni mostró el menor interés por el hecho de saberse libre de las garras de Estes.

—Ya estamos en Grecia. No muy lejos de casa.

Como tampoco comentó nada, suspiré. Me sentí aliviada al ver que un *herio* se acercaba a nosotros. Tal vez eso lo animara y aliviara su malhumor.

El vehículo se detuvo delante de nosotros y un noble se dirigió a mí.

—¿Señor? —le pregunté mientras se acercaba.

No era mucho mayor que yo. Sus ropas y su porte indicaban que estaba bien situado, aunque no lo reconocí como miembro de la nobleza ni como parte de una embajada de otro reino.

Apenas me miró. Aquerón era el objeto de su interés. Pero mi hermano se apartó de él.

—¿Es vuestro, señora?

Titubeé, no muy segura de cómo responder.

—¿Por qué lo preguntáis?

—Quiero comprarlo. Decidme un precio y lo pagaré.

La furia se apoderó de mí.

—No está a la venta.

El hombre por fin me miró a la cara. La locura ensombrecía sus ojos azules.

—Pagaré lo que queráis por él.

Boraxis volvió y fulminó al hombre con la mirada.

—Entra en el *herio*, Aquerón.

Mi hermano no dijo nada mientras se apresuraba a obedecer.

Cuando hice ademán de seguirlo, el hombre se atrevió a detenerme.

—Por favor, señora. Debo tenerlo. Os daré cualquier cosa que me pidáis.

Boraxis obligó al hombre a apartarse.

Subí al *herio* mientras el hombre seguía intentando que le vendiera a Aquerón.

—No puedo creerlo —susurré—. ¿Esto pasa muy a menudo?

—Sí —respondió Aquerón con un hilo de voz.

Boraxis cerró la portezuela.

—Yo viajaré con el cochero, señora. —Me tendió un odre de vino y una hogaza de pan envuelta en un paño—. Si necesitáis algo, avisadme.

—Gracias, Boraxis.

Lo vi asentir con la cabeza antes de que se subiera al pescante.

Como había desayunado en el barco, no tenía hambre. Sentí la mirada penetrante de Aquerón, pero seguía cubierto por la capucha.

—¿Quieres un poco? —le pregunté al tiempo que le ofrecía la comida.

Cuando el *herio* se puso en marcha, mi hermano se abalanzó sobre el pan como un animal hambriento. En cuanto se movió, su brazo quedó al descubierto.

Tenía sangre pegada al brazalete de oro de la muñeca. Sin embargo, no pareció reparar en ella mientras comía a dos carrillos.

—¿Estás bien, Aquerón?

Siguió comiendo sin apenas pararse a respirar.

Cuando dio buena cuenta del pan, atacó el odre con el mismo fervor. Pasó un buen rato antes de que se lo apartara de la boca con lo que me pareció un suspiro aliviado.

Extendí la mano para tocar su brazo herido.

No se movió cuando me incliné hacia él y le aparté el brazalete, dejando al descubierto una fea herida. Mientras examinaba la muñeca ensangrentada, me percaté de los moratones de su antebrazo.

Y en ese momento le vi el rostro.

Jadeé alarmada. Antes de pensar siquiera en lo que estaba haciendo, le aparté la capucha. Su piel seguía teniendo ese tono macilento y apagado, y su pelo todavía estaba sucio y enredado.

Sin embargo, lo que me impresionó fue su cara: unas enormes ojeras, como si no hubiera dormido; los labios agrietados le sangraban, y las mejillas amoratadas, como si lo hubieran abofeteado repetidamente. Tenía un derrame en un ojo.

Su ropa estaba desgarrada y sucia.

—¿Qué te ha pasado?

Me lanzó una mirada insolente que me llegó al alma.

—Soy un *tsoulus* entrenado al que dejasteis desprotegido durante cuatro días, idika. ¿Qué creéis que me han hecho?

Espantada, llamé a Boraxis a gritos mientras Aquerón se cubría de nuevo con la capucha.

El *herio* se detuvo al punto. Boraxis bajó de un salto y abrió la portezuela.

—¿Queríais algo, alteza?

—Tenemos que volver al barco.

—¿Puedo preguntaros por qué, alteza?

—Lo han… lo han… —Ni siquiera era capaz de decirlo—. ¡Quiero que todos los que le han puesto un dedo encima a Aquerón tengan su merecido!

Boraxis frunció el ceño.

Volví a retirarle la capucha a Aquerón para que Boraxis pudiera ver su magullado rostro.

—Mira lo que le han hecho.

Hubo una mirada extraña entre Aquerón y Boraxis que no supe identificar.

—Alteza —dijo Boraxis con voz sosegada y razonable—, os llevaré de vuelta si lo deseáis, pero solo el verdadero dueño de Aquerón puede exigir una compensación por el daño a su propiedad.

Apreté los dientes.

—No es un esclavo.

—Está marcado como tal, alteza. Eso es lo único que cuenta.

—¿Y eso les da derecho para abusar de él?

—Alteza, os repito de nuevo que solo su verdadero propietario puede exigir una compensación. La ley solo os da el derecho a reclamar una retribución económica por su uso. Ningún hombre libre será castigado por usar a un esclavo.

—¡Pero sí pueden azotar a los esclavos que le hayan hecho daño! Y quiero que los castiguen.

—Alteza, un esclavo jamás se habría atrevido a hacerle algo así.

Tragué saliva.

—¿Qué quieres decir?

Boraxis miró a Aquerón.

—¿Aquerón? ¿Quién te ha hecho daño?

—Los marineros, y cuando se hartaron de mí, me vendieron a los nobles que bajaban a la bodega.

Boraxis volvió a mirarme a los ojos.

—Aunque aristócrata, sois una mujer, y yo, vuestro siervo. Nuestra opinión es tan irrelevante para ellos como el daño que se le ha hecho a un esclavo.

En ese momento el miedo se apoderó de mí.

—¿Sabías que le harían esto?

—No, alteza. Creí que lo dejarían tranquilo con los otros esclavos. De haberme imaginado que le harían daño, os habría avisado.

Lo creí.

A pesar de eso, jamás me había sentido tan furiosa. Si estuviera en el reino de mi padre…

El problema era que no estábamos allí. Boraxis tenía razón. Allí, fuera de los dominios de mi padre, mi voz no sería escuchada.

Espantada por toda la situación, asentí con la cabeza.

—Busca un sitio donde podamos quitarle los brazaletes.

—No podéis quitarlos —dijo Aquerón, aterrado—. Me condenarán a muerte, porque solo mi idikos tiene derecho a quitarme los brazaletes.

—¡No eres un esclavo y no permitiré que sigas marcado como tal!

Se encogió.

Con un suspiro, me volví hacia Boraxis.

—Aquerón necesita más comida y un lugar seguro donde descansar y darse un baño. También le vendría bien ropa limpia.

—Le preguntaré al cochero, alteza.

Incliné la cabeza y Boraxis regresó a su lugar. Un momento después reemprendimos la marcha.

—Nadie va a volver a hacerte daño, Aquerón.

Vi que se le llenaban los ojos de lágrimas antes de que volviera a cubrirse el rostro con la capucha.

—Háblame, hermanito. Dime lo que estás pensando.

—Vuestros deseos son órdenes, idika.

—¡Deja de llamarme así! Soy Ryssa. No soy tu dueña.

Volvió a guardar silencio.

Molesta, lo dejé sumido en sus pensamientos hasta que Boraxis dio con una hospedería donde alquilé una habitación para que Aquerón pudiera bañarse y descansar.

Poco tiempo después, Boraxis llevó consigo a un herrero.

Llamé a la puerta de Aquerón y cuando la abrí, lo encontré desnudo en la cama. Le hice un gesto a Boraxis para que me esperase con el herrero en el pasillo mientras yo entraba.

—Aquerón —dije en voz baja al tiempo que extendía una mano para despertarlo.

Me detuve al ver la enorme cantidad de arañazos y moratones que desfiguraban esa piel tan perfecta. Todavía se veían las marcas de los dedos por el abuso sufrido. ¡Por los dioses! Debía de haber sufrido un horror en la bodega del barco.

Me dio un vuelco el estómago al pensar que había fallado en mi intención de protegerlo. ¿Por qué era tan inútil? Lo cubrí con una manta antes de despertarlo con mucha ternura, mientras me prometía a mí misma que jamás volverían a hacerle daño de esa manera.

Se despertó sobresaltado.

—No pasa nada —lo tranquilicé.

Miró a nuestro alrededor como si no acabara de creerme.

—¿Boraxis? —dije, para que entrara.

Lo hizo seguido del herrero. En cuanto Aquerón vio las herramientas que llevaba el herrero, se dejó llevar por el pánico e intentó huir.

—Detenlo.

Boraxis me obedeció. Lo atrapó y lo inmovilizó contra el suelo mientras el herrero sacaba unas cizallas para cortar los brazaletes.

Aquerón gritó y se debatió como si le estuvieran cortando los brazos.

—¡Por favor, no lo hagáis! —suplicó con voz ronca—. ¡Por favor!

Sus súplicas me destrozaron el alma, pero era necesario hacerlo. No quería que nadie más lo tomara por un esclavo.

—No pasa nada, Aquerón. Eres libre.

Aun así, se debatió hasta que le quitaron el último brazalete, tras lo cual se quedó inmóvil con la mirada perdida.

—Quédate con el oro —le dije al herrero, que me dio las gracias antes de marcharse.

Miré a Boraxis, sorprendida por la actitud de mi hermano.

—¿Por qué no quería que se los quitáramos?

—Le habéis quitado la protección de su registro. Si ahora lo encuentra un tratante de esclavos, no tendrá que devolverlo a su dueño. Cualquiera puede reclamarlo.

Gruñí al escuchar unas palabras que no quería oír.

—No es un esclavo.

—Tiene la marca en la mano, alteza. Si alguien la ve, sabrá que no es un hombre libre.

Fruncí el ceño.

—¿Qué marca?

Boraxis levantó la mano derecha de Aquerón para enseñarme la marca irregular que tenía en la palma, una especie de X en el centro de una pirámide. Era raro que hasta el momento no la hubiera visto. Aunque para mí no tenía importancia.

—Nadie lo sabrá.

—El herrero lo sabe, alteza. Por ese motivo os sugiero que nos vayamos de aquí lo antes posible y que lleguemos al reino de vuestro padre antes de que alguien nos detenga.

Me quedé de piedra.

—¿Lo dices en serio?

Su expresión lo confirmó.

—Por favor, alteza, hacedme caso. No quiero que os hagan daño a ninguno de los dos. Tenemos que irnos.

—¿Por qué no me dijiste lo de la marca antes de que el herrero le quitase los brazaletes?

—Alteza, soy un liberto. No estoy acostumbrado a llevarle la contraria a los que están por encima de mí. Os quiero y os sirvo, y si así lo disponen los dioses, daré mi vida por vos.

Tenía razón. Había visto a mi padre y a Estigio golpear a muchos sirvientes que no habían cumplido obedientemente con las órdenes que se les daban.

Asentí con la cabeza y me acerqué a Aquerón, que seguía sin moverse.

—Vamos, Aquerón, tenemos que darnos prisa.

Me lanzó una mirada desesperada.

—Idikos me castigará por esto. ¿Sabéis lo que habéis hecho?

—Estes no volverá a hacerte daño en la vida. Soy tu hermana y te juro por mi honor que estás a salvo.

Lo vi negar con la cabeza.

—Me encontrará. Siempre lo hace.

—¿Cuántas veces te has escapado?

—Las suficientes para saber que no merece la pena.

—Esta vez la merecerá.

Al menos eso esperaba. Y bien sabían los dioses que tenía toda la intención de que fuera así. Nadie se merecía vivir con miedo. Nadie se merecía que se burlaran de él ni que abusaran de él. Mucho menos un niño que había nacido para ser príncipe.

Sin embargo, mientras me hacía el juramento de protegerlo, una parte de mí dudaba de mi habilidad para hacerlo.

Al igual que Aquerón y Boraxis, yo también soy prisionera de mi posición. Y en más de una ocasión me cortan las alas incluso en contra de mi voluntad.

15 de noviembre, 9532 a. C..

Ya hace una semana que dejamos la Atlántida. Una semana durante la que he viajado al lado de mi hermano, un muchacho incapaz de reír o sonreír. E incapaz de expresar una opinión personal. Si le pregunto algo, siempre obtengo la misma respuesta: «Vuestros deseos son mis deseos, idika».

Me saca de quicio.

La última etapa de nuestro viaje era otro trayecto en barco, pero en esta ocasión alquilamos una pequeña embarcación para llegar a la isla donde reina mi padre. No quería arriesgar la seguridad ni la integridad física de mi hermano otra vez. Cuanto más tiempo paso a su lado, más cosas comprendo. Posee un magnetismo sexual poco común.

Todo aquel que lo ve quiere tocarlo. Poseerlo. De ahí que oculte por completo su cuerpo cuando estamos en público. Que se encoja cuando alguien se le acerca. Ni siquiera yo soy inmune a esa terrible atracción y me repugna sentir algo así por mi propio hermano. Aunque lo peor es la certeza de que Aquerón sabe lo que me pasa. Y se tensa como si temiera que pudiera abalanzarme sobre él.

A pesar de que jamás podría tocarlo ni herirlo de esa forma, mi hermano no confía en mí y la verdad, después de lo que le ha pasado, no puedo culparlo por ello.

Según él, Estes lo protegía. Pero se equivoca. Lo que mi tío ha hecho no tiene nada que ver con la protección, lo único que hacía era controlar el número de personas que lo atacaban.

¡Ojalá los dioses le den su merecido!

¿Cómo es posible que semejante monstruo me haya mantenido engañada durante tantos años?

¿Cómo es posible que mi padre haya permitido algo así? Prefiero pensar que lo ignoraba todo. Es la única forma de poder seguir adelante. Espero no tener que ver a mi tío en la vida.

El quinto día de nuestro viaje Boraxis me explicó la causa de la palidez de Aquerón, de ese extraño sudor y de sus vómitos.

Las culpables son las drogas que Estes ha usado para mantenerlo controlado. El olor a naranja que percibí en sus aposentos se debía al afrodisíaco que utilizaban para aumentar su apetito sexual y la otra droga que le administraban servía para doblegarlo y que aceptara cualquier cosa que le hiciesen.

Aquerón estaba tan débil que me asustaba. Necesitábamos encontrar un médico que pudiera ayudarlo. Boraxis insistía en que lo mejor sería que nos hiciéramos con esas mismas drogas para volver a administrárselas. Pero yo era incapaz de hacerle eso a mi hermano. Necesitaba vivir libre de esas sustancias.

Porque su debilidad pasaría con el tiempo. Si era capaz de eliminarlas de su organismo. Sin embargo, con el paso de los días parecía más y más extenuado.

Aunque por fin habíamos llegado a casa.

El palacio se alzaba frente a nosotros mientras nos acercábamos en un carruaje cubierto. No me atrevía a viajar con mi hermano al descubierto, por temor a que el aire le quitara la capucha y lo expusiera. La gente se ponía muy violenta al verlo y Boraxis ya había tenido que intervenir en varias ocasiones para apartar a los más persistentes.

Tragué saliva cuando entramos por las puertas del palacio y nos acercamos a la entrada principal. A pesar de la vehemencia de mis palabras cuando le aseguré a Aquerón que sería bien recibido, en ese momento las dudas me hicieron flaquear.

¿Y si mi hermano tenía razón? ¿Y si padre no quería saber nada de él? Tal vez estuviera al tanto de lo que Estes estaba haciendo. Tal vez incluso lo aprobara. La simple idea era repulsiva, pero tenía que estar preparada. Porque cabía la posibilidad de que fuese así.

Aquerón había sufrido tanto que me daba miedo hacerle más daño. La confianza era un vínculo muy frágil, y él estaba comenzando a confiar en mí. No quería que ese vínculo sufriera ningún daño.

Como tampoco quería que lo sufriera mi hermano.

De modo que entré en el palacio por la entrada lateral y lo llevé hasta mis aposentos, donde nadie lo molestaría.

—Voy a ver a padre. Tú espera aquí. Volveré pronto.

Aquerón no dijo nada. Volvía a sufrir unos terribles temblores. Así que se limitó a asentir con la cabeza antes de dirigirse a un rincón para sentarse en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Estaba tan bien cubierto que desde lejos parecía un saco de grano.

Cogí una vasija de cerámica que había cerca de la chimenea y la coloqué a su lado.

—Por si vomitas.

Siguió manteniendo un silencio absoluto.

Entristecida por su falta de reacción, le dije a Boraxis:

—Quédate con él y asegúrate de que nadie lo molesta.

—Sí, alteza.

Los dejé en mis aposentos con la esperanza de que todo saliera bien y fui en busca de mi padre.

Lo encontré en el patio con Estigio. Estaban reclinados en un par de divanes, disfrutando de un ligero almuerzo consistente en pan untado con miel y mi padre instruía a mi hermano en cuestiones de Estado. Los sirvientes esperaban en las cercanías para satisfacer todas sus necesidades. La estampa no podía ser más lujosa.

La melena rubia de mi hermano brillaba bajo la luz del sol. Su piel tenía un color saludable. No estaba apagada a causa de las drogas. Nadie abusaba de él. Incluso a esa distancia se percibía su arrogancia, ya que daba órdenes a diestro y siniestro.

Pensé en Aquerón, y la injusticia de la situación me dejó al borde del grito.

—Vaya, si es nuestra ovejita —dijo Estigio al verme. El pequeño tirano siempre se había burlado de mi pelo rizado—. ¿Dónde has estado?

—De visita —contesté. No tenía por qué enterarse de mis cosas—. Padre, ¿puedo hablar contigo a solas?

Mi padre miró a Estigio con expresión ufana.

—Cualquier cosa que quieras decirme puede escucharla tu hermano. Algún día será tu rey y tendrás que responder ante él.

La simple idea me heló la sangre en las venas.

—Cierto —replicó mi hermano con desdén—. Eso significa que tendrás que postrarte ante mí como todos los demás.

Mi padre soltó una carcajada.

—Eres un bribón.

Me mordí el labio inferior para no decir nada. ¿Cómo era posible que mi padre no viera al tirano consentido e insoportable que era mi hermano? Tenía una venda en los ojos que le impedía percibirlo tal cual era.

—¿Qué quieres, tesoro? —me preguntó mi padre—. ¿Un nuevo baúl de ropa?

Siempre me había consentido. En cualquier cosa salvo en lo referente a Aquerón.

—No. Quiero que Aquerón vuelva a casa.

Mi petición lo hizo farfullar.

—A ver, a ver… ¿qué se te ha metido ahora en la cabeza? Ya te he dicho muchas veces lo que opino sobre el tema. Ese monstruo no tiene nada que hacer aquí.

Estigio puso cara de asco.

—¿Por qué quieres traerlo? Es un peligro para todos.

—¿En qué sentido? —pregunté, aunque el argumento estaba ya tan manido que sabía de antemano lo que iban a contestar.

Mi padre también puso cara de asco.

—No sabes de lo que es capaz un semidiós. Podría matar a tu hermano mientras duerme. Matarme a mí. Matarnos a todos.

¿Cómo podía pensar algo así? Aquerón jamás me había hecho daño. Ni siquiera levantaba la voz.

—¿Y por qué no temes por la vida de Estes?

—Porque él lo mantiene controlado.

Con drogas. Así que mi padre estaba al tanto de eso. Tuve que hacer un gran esfuerzo para dominar la furia que me embargaba. Me pregunté qué más sabría sobre el trato que había recibido mi hermano.

—El lugar de Aquerón está aquí, con nosotros.

Mi padre se puso en pie.

—Ryssa, eres una mujer, una mujer joven además. Es mejor que te preocupes por la ropa y por la casa. Piensa en el vestido que te pondrás para la próxima fiesta. Aquerón no pertenece a esta familia. Nunca formará parte de ella. Y ahora ve en busca de tu madre y entreteneos compartiendo chismes. Tengo cosas importantes que discutir con Estigio.

Como por ejemplo, cuál sería la siguiente sirvienta que mi hermano se llevaría a la cama… Cosas más importantes que la vida de su primogénito.

Lo miré furiosa.

—¿Cosas más importante que tu propio hijo?

—¡No es mi hijo!

Meneé la cabeza, incapaz de comprender su rechazo. Así que Aquerón había estado en lo cierto. Mi padre lo había desterrado de casa y jamás le permitiría regresar. ¿Por qué no me había dado cuenta antes de ello? Porque quería a mi padre. Siempre había sido bueno y cariñoso conmigo.

Al menos había descubierto la verdad.

Lo veía tal cual era. Un hombre despiadado.

—Así que aquello que me contaste sobre que debíamos proteger a Aquerón era mentira, ¿no?

—¿De qué estás hablando?

Ni siquiera recordaba sus propias mentiras.

—Cuando se llevaron a Aquerón, me dijiste que lo hacías para protegerlo. Me dijiste que no podías criar a dos herederos juntos porque eso los convertiría en objetivos fáciles para cualquier enemigo. Me dijiste que lo traerías de vuelta cuando fuera mayor. Nunca tuviste ninguna intención de hacerlo, ¿verdad?

—¡Fuera de mi vista!

Lo obedecí. En ese momento la imagen de mi padre y de Estigio me revolvía el estómago. A medida que me alejaba de mi padre, el respeto que sentí por el hombre al que adoraba fue desvaneciéndose.

¿Cómo había sido capaz de hacer algo semejante? ¿Cómo era posible que fuera tan cruel? ¿Cómo era posible que el mismo hombre que nos mimaba a Estigio y a mí le diera la espalda a su heredero?

Volví a mis aposentos y descubrí a Aquerón sentado en la terraza. Tenía las rodillas levantadas, la barbilla apoyada en ellas y se abrazaba las piernas.

Estaba sudando otra vez. Sus ojos tenían una mirada vacía, distante. Su aspecto era tan frágil, parecía tan enfermo, que me pregunté cómo era posible que mi padre temiera a un muchacho incapaz de enfrentar una simple mirada.

Me arrodillé a su lado y alargué un brazo para acariciarlo. Se tensó, como de costumbre.

No le gustaba que lo tocasen. Bastante lo habían tocado ya.

—Padre no está —mentí con un nudo en la garganta.

¿Cómo iba a decirle la verdad? Le había suplicado que confiara en mí y acababa de descubrir lo tonta que había sido.

¿Cómo iba a decirle que si fuera por su padre, lo enviaría de vuelta con Estes para que siguiera entregándoselo al mejor postor?

No podía decirle la verdad y tampoco podía permitir que volviera a la Atlántida.

—Lo esperaremos en el palacio de verano.

Al ver que no desconfiaba de mi palabra, la culpa me inundó el corazón. Aunque, ¿qué más daba? Iba a llevarlo a un sitio seguro. Donde estaría a salvo. A un sitio donde nadie le haría daño ni lo humillaría.

Me puse en pie y le indiqué con un gesto que me siguiera, cosa que hizo sin rechistar.

Salimos del palacio por los pasillos secundarios por los que habíamos entrado, como si fuéramos dos ladrones temerosos en lugar del heredero y la princesa de ese reino. Aquerón no sabía que estábamos huyendo ni que yo estaba aterrada por lo que nos sucedería si nos veían.

Por fortuna, nadie nos vio y volvimos a ponernos en camino al poco rato.

Sin embargo, me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que mi padre reclame mi presencia en palacio.

¿Qué le pasará entonces a Aquerón?

18 de noviembre, 9532 a. C..

El palacio de verano suele estar vacío en esta época del año. Solo lo habita un pequeño número de sirvientes. Petra, nuestra cocinera, su hija y su esposo, que también es el encargado de los jardines. Una supervisora y su ayudante completan el reducido número.

Por suerte, todos me son leales y jamás le contarían a mi padre que estoy aquí con un invitado que se parece muchísimo al heredero del trono. No les he explicado el motivo de la presencia de Aquerón y ellos no han hecho ninguna pregunta. Se han limitado a aceptarlo y a prepararle una habitación, situada en el mismo pasillo que la mía.

Aquerón entró en su habitación con paso titubeante. Su forma de observarlo todo me indicó que estaba recordando su antiguo dormitorio, donde mi tío lo había vendido.

—¿Puedo hablar, idika?

Detestaba que me llamase así.

—Te he dicho muchas veces que no tienes que pedirme permiso para hablar, Aquerón. Puedes decir lo que te apetezca.

Nuestro tío lo había azotado tantas veces por hablar sin que nadie se lo ordenara que no era capaz de acostumbrarse a lo contrario.

—¿Con quién compartiré esta habitación? —susurró.

Se me partió el corazón al escucharlo. Aún le costaba creer que no tendría que vender su cuerpo para pagar la estancia y la comida.

—Es tu dormitorio, Aquerón. No tienes que compartirlo con nadie.

El alivio que vi en sus ojos plateados me formó un nudo en la garganta.

—Gracias, idika.

No supe qué fue lo peor, si su insistencia en llamarme así o que me diera las gracias por no vender su cuerpo.

Suspiré y le di unas palmaditas afectuosas en el brazo.

—Ordenaré que te traigan ropa de Estigio.

Se apartó antes de hablar.

—Se enfadará cuando se entere de que las he tocado.

—No se enfadará, Aquerón, créeme.

—Como gustéis, idika.

Apreté los dientes al escuchar su servilismo. Estigio era horriblemente dominante y solía obligar a los demás a repetir las tareas por el simple hecho de regodearse en el poder que tenía sobre ellos; Aquerón, en cambio, aceptaba cualquier cosa que le hicieran sin rechistar.

Lo dejé en su habitación y fui a descansar a la mía mientras intentaba pensar alguna forma de hacerlo sentirse seguro. De todas maneras, necesitaba un breve respiro, dejar de preocuparme por él todo el tiempo. Los criados eran en su mayor parte ancianos y ya me había dado cuenta de que las personas mayores parecían más inmunes al efecto que tenía Aquerón sobre los demás. Tal vez «inmune» no fuera la palabra adecuada, pero sí que eran menos proclives a dejarse llevar por esa atracción.

Además, siendo un miembro de la familia lo dejarían tranquilo.

O eso esperaba.

Cansada, me acerqué a mi escritorio y le escribí una breve misiva a mi padre para hacerle saber que necesitaba alejarme de Dídimos un tiempo. Ya está acostumbrado a mis viajes, puesto que es normal que visite a mi tía viuda en Atenas o me traslade al palacio de verano para estar a solas. Al igual que Aquerón, valoro mucho mi intimidad. Mientras tuviera a Boraxis conmigo y mantuviera a mi padre al tanto de mi bienestar y mi paradero, me permitía mis impulsivos viajes.

El único lugar que me había prohibido visitar era la Atlántida. Y ya sabía el motivo. Me irritaba pensar que había creído sus palabras cuando me decía que estaba demasiado lejos y que era un viaje demasiado peligroso para una muchacha como yo, que solo podría hacerlo con una escolta adecuada. Ni por asomo me había imaginado que era para proteger a su hermano y sus vicios.

Terminé la misiva en la que le comunicaba a mi padre que estaba en Atenas, me levanté y me quedé de piedra. Vi movimiento al otro lado de mi ventana, en el jardín. Al principio no di crédito a lo que veían mis ojos.

Era Aquerón.

Era muy impropio de él hacer algo sin pedir permiso expreso. Ni siquiera se movía si no se lo ordenaban. Tuve que parpadear un par de veces para asegurarme de que no era un sueño. Pero no, se trataba de él sin lugar a dudas…

A pesar de que el invierno todavía no había llegado, el frío hacía necesario el abrigo de un manto para estar en el exterior. Sin embargo, allí estaba mi hermano, caminando descalzo sobre la hierba alrededor de la fuente. Tenía la cabeza gacha y parecía estar flexionando los dedos de los pies sobre la hierba. Daba la sensación de que estaba disfrutando de su tacto, pero como nunca sonreía, me costaba asegurarlo.

¿Qué estaba haciendo?

Cogí mi manto y salí al jardín para ver cómo estaba.

En cuanto me vio aparecer, se apartó de mí y se pegó al muro de piedra más alejado. Al verse acorralado, se postró de rodillas y levantó los brazos para protegerse la cara y la cabeza.

—Perdonadme, idika. Por favor, yo… yo… no pretendí ofenderos.

Me arrodillé a su lado y tomé su rostro entre mis manos para tranquilizarlo. Se tensó tanto al sentir mis caricias que podría haberse roto como la cuerda de un arco.

—Aquerón, no pasa nada. Nadie está enfadado contigo. No has hecho nada malo. Tranquilo…

Tragó saliva cuando su miedo se convirtió en confusión. ¡Por todos los dioses! ¿Qué abusos había sufrido para que se echara a temblar de miedo por cualquier cosa?

—Tenía curiosidad por saber por qué habías salido descalzo. Hace frío y no quería que enfermaras.

Mi preocupación lo desconcertó tanto como su miedo me desconcertaba a mí.

Señaló su habitación, que al igual que la mía, tenía una pequeña terraza que daba al jardín. La puerta estaba entreabierta.

—No vi a nadie aquí fuera, así que creí que estaba a salvo. Solo quería sentir la hierba. No iba a hacer nada malo, idika. Iba a volver a mi habitación en cuanto terminara. Lo juro.

—Lo sé —dije, y le acaricié la cara una vez más antes de soltarlo. Se relajó un poco cuando dejé de tocarlo—. De verdad que no pasa nada. No quería asustarte. Pero no entiendo por qué quieres sentir la hierba con este frío. Está seca en esta época del año.

Lo vi pasar la mano por encima de la hierba.

—¿No está siempre así?

Fruncí el ceño al escuchar su pregunta.

—¿Nunca has tocado la hierba?

—Creo que lo hice de pequeño. Pero no me acuerdo. —Repitió el gesto con tanta ternura que me dio un vuelco el corazón—. Solo quería tocarla una vez. No volveré a salir de mi habitación, idika. Debería haberos pedido permiso antes. Perdonadme. —Agachó la cabeza.

Quería extender la mano y acariciarlo una vez más, pero sabía lo mucho que detestaba que lo tocasen.

—No tienes que pedirme permiso, Aquerón. Puedes salir al jardín cuando te apetezca. Ahora eres libre.

Se miró la marca que tenía en la mano antes de apretar el puño.

—Idikos dijo que el rey le hizo prometer que nunca saldría de la casa.

Jadeé al escucharlo.

—¿Llevas encerrado en tu habitación desde que llegaste a la Atlántida?

—No siempre. Cuando idikos vuelve de un viaje, lo recibo en el salón. Siempre soy el primero a quien quiere ver. En algunas ocasiones idikos me encadena por los tobillos en su gabinete privado o a su cama. Y por la noche voy al comedor y al salón donde celebra banquetes.

Y todas las noches dormía en la cama de Estes. Ya me lo había dicho.

—Pero ¿nunca has estado en el exterior?

Me miró un instante, pero después apartó la vista. Era lo que Estes le había dicho que hiciera porque a mucha gente le daban miedo sus turbulentos ojos plateados.

—Me está permitido sentarme en el balcón entre cliente y cliente para que mi piel no sea tan pálida. Meara incluso me deja comer allí algunas

veces.

Ya me había contado que Meara era la sirvienta que me escribió y que lo había ayudado a escapar. Había sido la más amable de sus guardianes y la única que se había asegurado de que comía y de que estaba cómodo… cuando no estaba con ningún cliente. Otra cosa que había descubierto por lo que me había contado era que Estes usaba la comida para controlarlo.

Aquerón solo comía cuando complacía a los demás. La cantidad dependía del número de clientes que hubiera atendido y de lo satisfechos que hubieran quedado con él.

La simple idea me provocaba arcadas.

—Quieres a Meara, ¿verdad?

—Siempre ha sido amable conmigo. No me hace daño aunque me haya portado mal.

«Aunque me haya portado mal.» Entendiendo como mal el hecho de que a un cliente se le fuera la mano con él y le dejara marcas en el cuerpo. Aquerón tenía la obligación de complacer los deseos de los clientes, pero si querían golpearlo y él los dejaba, lo castigaban por ello. Si no les permitía que le hicieran daño, se quedaban descontentos y Estes lo castigaba con dureza por no haberles dado lo que habían pagado. Aquerón se encontraba en esos casos entre la espada y la pared.

Apreté los puños para contener las ganas de tocarlo. Me moría por estrecharlo entre mis brazos y acunarlo hasta que la pesadilla que había sido su vida hasta entonces se desvaneciera para siempre de su memoria.

La pregunta era cómo hacerlo. Y cómo hacerle entender que ya estaba a salvo. Que nadie volvería a tocarlo sin que él lo invitara de manera explícita. Que era libre para tomar sus propias decisiones y que nadie volvería a darle una paliza por expresar su opinión.

Ni por salir al jardín para sentir la hierba bajo los pies.

Llevaría tiempo.

—Voy a regresar a mi habitación. —Señalé las puertas que daban a mis aposentos—. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. Cuando tengas hambre, díselo a Petra, la mujer alta que conociste al llegar, y ella te preparará lo que desees. Si me necesitas, no dudes en entrar en mi

dormitorio. Puedes hacer lo que quieras con tu tiempo, hermanito. Lo único que te pido es que te pongas los zapatos para que no enfermes.

Lo vi asentir con la cabeza, pero no se movió hasta que me alejé lo bastante como para dejarle claro que no iba a hacerle daño. Me entraron ganas de echarme a llorar.

Sin embargo, lo único que podía hacer era demostrarle que estaba hablando en serio. Su vida era suya.

Me retiré a mis aposentos, desde donde lo observé ponerse los zapatos, que llevaba ocultos bajo el manto. Se pasó el resto del día explorando el pequeño jardín. Estoy segura de que lo tocó todo, de que memorizó todas las texturas y los olores.

Regresó a su habitación cuando el sol comenzó a ponerse. Esperé un momento antes de bajar a la cocina y ordenarle a Petra que le preparase una bandeja con comida.

—¿Alteza? —dijo la cocinera cuando hice ademán de irme.

—¿Sí, Petra?

—Vuestro invitado… ¿se encuentra bien?

—Se encuentra bien. Pero es muy tímido y callado.

La vi asentir con la cabeza antes de salir llevando la bandeja con la comida de Aquerón. Su hija, de cuyo nombre no podía acordarme, me sonrió desde el lugar donde jugaba delante de la chimenea.

—Vuestro amigo parece perdido, alteza. Como el cachorro que encontré el verano pasado. Al principio tenía miedo de todos los que se le acercaban, pero yo no dejé de hablarle y de darle comida. —Señaló el perro que dormía a unos pasos de ella—. Ahora es el mejor perro del mundo. Y nunca se aleja de mí.

—Todo el mundo necesita un poco de ternura, pequeña.

La niña asintió con la cabeza y siguió jugando.

La observé durante un buen rato mientras los recuerdos me asaltaban. Aquerón nunca había tenido juguetes antes de que Estes se lo llevara. Por aquel entonces yo compartía los míos con él, pero solo tuvo esos.

La niña tenía razón. Mi hermano está muy perdido. Ojalá que con el tiempo se sienta tan cómodo como ese perro. Ojalá que con el tiempo aprenda a sentirse acogido en un mundo que parece odiarlo.

19 de noviembre, 9532 a. C..

Hoy se me han pegado las sábanas. Casi era mediodía cuando desperté. Y lo que me despertó fue algo sorprendente.

Risas infantiles.

Me levanté y me puse mi himatión rojo de lana antes de acercarme a la ventana para echar un vistazo al exterior.

Allí en el jardín estaba Aquerón con la hija de la cocinera. Estaban sentados en una manta y tenían platos con pan, carne, aceitunas e higos. Charlaban mientras jugaban a los dados. No alcanzaba a escuchar la conversación, pero la niña reía a carcajadas de vez en cuando.

En un momento dado la niña quiso ponerse en pie y se apoyó en el hombro de Aquerón. Mi hermano no se apartó ni se encogió. Para mi sorpresa, la ayudó a enderezarse para que corriera al interior.

Parecía relajado por primera vez desde que lo encontré. Comía sin miedo y no había ni rastro de tensión en su cara. Miraba a su alrededor sin disimulo y era capaz de enfrentar la mirada de la niña.

Su amiga volvió con una muñeca que le ofreció. Aquerón la cogió y fingió darle una aceituna para que se la comiera. La niña chilló de alegría.

Encantada con sus juegos, me encaminé al exterior para unirme a ellos. Tan pronto como Aquerón me vio, la luz abandonó sus ojos. Lo vi retraerse al instante a causa del miedo.

—Deberías irte, Maia —le susurró a la niña.

—Pero me gusta jugar contigo, Aquerón. No te enfadas si hago tonterías o si te pregunto demasiadas cosas.

—Puede quedarse —me apresuré a decir—. No quería molestaros.

Aquerón mantuvo la vista clavada en el suelo.

Suspiré antes de mirar a la niña.

—Maia, ¿me traes un cáliz de vino de la cocina?

—Sí, alteza, ahora mismo.

En cuanto se fue, me volví hacia Aquerón, cuya actitud volvía a ser retraída y huidiza.

—¿Has estado cerca de algún niño?

Negó con la cabeza.

—Está prohibido.

—Pero pareces estar muy a gusto con Maia. ¿Por qué?

Se arrebujó con el manto antes de contestar:

—No quiere nada de mí salvo que juegue con ella. A sus ojos solo soy un adulto como cualquier otro. Le da igual el color de mis ojos y no es consciente de mi naturaleza sobrenatural.

—No eres sobrenatural, Aquerón.

Me miró con esos ojos tan espeluznantes.

—Tú también notas mi magnetismo. Todavía no has hecho nada al respecto, pero lo sientes igual que todos los demás. Tu corazón se acelera cuando me ves moverme. Se te seca la garganta y se te dilatan las pupilas. Conozco las señales. Las he visto demasiadas veces como para no reparar en ellas.

Era cierto, y detestaba el hecho de que pudiera leer tan bien mis reacciones.

—Nunca te tocaría de esa forma.

Antes de que desviara la vista, me percaté de que tenía un tic nervioso en el mentón.

—Gerikos también me dijo lo mismo, al igual que otros. Y cuando no pueden resistirlo, me aborrecen y me castigan como si yo fuera el culpable, como si yo lo controlara. Como si yo los obligara a desearme. —Esa vez, cuando me miró a los ojos, vi la furia que ardía en sus profundidades—. Tarde o temprano, todo aquel que se acerca a mí acaba jodiéndome, idika. Todos.

Su furia despertó la mía.

—¡Nunca te tocaré de ese modo, Aquerón!

La duda que vi en sus ojos me llegó al alma.

—¿Y Meara? —le pregunté, intentando demostrarle que no todo el mundo era un animal presto a montarlo—. Nunca te ha tocado de esa forma, ¿verdad?

Su mirada bastó para que conociera la respuesta. Se me cayó el alma a los pies.

—Ella fue más cariñosa que los demás.

Con razón no confiaba en mí. ¡Por los dioses del Olimpo! ¿Qué podía hacer para convencerlo de que yo no era de esa manera cuando todos los demás lo habían utilizado? Sí, sentía el magnetismo sobrenatural del que hablaba. Pero yo no era ningún animal incapaz de controlar mis impulsos. Pensar que los demás carecían del control necesario para no aprovecharse de él me revolvió el estómago.

—Te lo demostraré, Aquerón. Puedes confiar en mí. Te lo prometo.

Antes de que pudiera replicar, Maia volvió con el vino. Cogí la copa con una sonrisa cariñosa.

—Seguid jugando. Yo voy a darme un baño y a vestirme.

Me puse en pie y regresé a mis aposentos. Me detuve en la puerta para volverme a mirarlos.

Aquerón estaba lanzando el dado mientras Maia acunaba su muñeca. Mi hermano tenía razón. Había algo sobrenatural en él que me afectaba físicamente. Pese a su aspecto enfermizo, era muy guapo. Irresistible.

Me miró y me apresuré a desviar la vista antes de entrar en mis aposentos.

—Eres mi hermano, Aquerón —susurré—. Nunca te haré daño.

Una promesa tanto para él como para mí misma.

15 de diciembre, 9532 a. C..

El tiempo sigue igual. Algunos días han sido lo bastante cálidos como para salir sin nuestros mantos.

Ya ha pasado casi un mes desde que me escapé con Aquerón. Las cartas que le he estado enviando a mi padre con falsos paraderos nos han ayudado a seguir a salvo. Al igual que los hombres y las mujeres a los que he sobornado para que asegurasen habernos visto en otras ciudades. Espero que siga tragándose mis mentiras hasta que llegue la primavera y podamos viajar con seguridad.

Las drogas han desaparecido del cuerpo de Aquerón y ya casi no queda rastro del muchacho al que encontré encadenado a una cama.

Tiene el pelo brillante, ha ganado peso y se le podría confundir con Estigio. Salvo por sus turbulentos ojos plateados y por su callada y tímida personalidad. Tampoco tiene su actitud prepotente, ni es bravucón e insolente como mi otro hermano.

Aquerón es considerado y respetuoso. Agradece cualquier muestra de amabilidad que se le dispensa. Es capaz de quedarse sentado muchísimo tiempo sin moverse ni hablar. Su actividad preferida es sentarse en la terraza que da al mar y contemplar las olas que rompen en la orilla, o la salida y la puesta del sol, con una fascinación que me asombra.

También le gusta jugar al gato y al ratón con Maia. Los dos han establecido un vínculo que me conmueve hasta lo más hondo. Aquerón nunca le hace daño ni le levanta la voz. Casi nunca la toca. Y cuando se enfrenta a sus incesantes preguntas, tiene más paciencia que ninguna otra persona a quien yo haya conocido. Incluso Petra me ha comentado lo

agradecida que está porque Maia haya encontrado un compañero de juegos tan bueno.

Esta mañana hemos ido a la huerta en busca de manzanas, aunque ya ha pasado la temporada. Aquerón ha admitido por fin que le gustan mucho. He tardado semanas en convencerlo para que admitiera sentir preferencia por algo.

—¿Crees que padre vendrá pronto? —me preguntó.

Tragué saliva, asustada. Todavía no sé por qué sigo con la mentira. Salvo para evitarle a mi hermano la verdad acerca de los sentimientos de nuestro padre. Es más sencillo decirle que su familia lo quiere, que todos sienten por él lo mismo que yo.

—Tal vez.

—Me gustaría verlo —dijo él mientras pelaba una manzana con la navaja. Era la única que habíamos encontrado y aunque ya estaba un poco pasada, a Aquerón no parecía importarle—. Pero sobre todo quiero ver a Estigio. Apenas lo recuerdo de antes.

«De antes.»

Así es como se refiere al tiempo que pasó en la Atlántida.

Ya ha dejado de referirse a sí mismo como «puto», y no menciona las torturas ni los abusos, aunque yo le pida los detalles. Porque cuando lo hago, su mirada se ensombrece y agacha la cabeza. Así que he aprendido a no preguntarle nada, a no recordarle nada de los años que ha pasado con nuestro tío.

La única reminiscencia de esa etapa es su modo de moverse. Despacio, con ademanes seductores. Se han esmerado tanto en inculcarle cómo debe comportarse un prostituto que incluso aquí en el palacio es incapaz de librarse de esos movimientos.

En realidad, queda otro indicio de su pasado: las bolas que tiene en la lengua y que se niega a quitarse, y también la marca de su mano.

—Me dolió mucho cuando me las pusieron —me contestó cuando le pregunté por ellas—. Se me hinchó tanto la lengua que no pude comer durante varios días. No quiero tener que pasar por eso otra vez.

—Pero no tendrás que hacerlo, Aquerón. Ya te he dicho que no dejaré que vuelvas allí.

Me miró con la misma paciencia con la que miró a Maia el día que le dijo que los caballos podían volar. Con la misma expresión de un padre renuente a arrebatarle a su hijo la ilusión si le contaba la verdad.

De modo que las bolas se quedaron.

Como también se quedó Aquerón.

20 de enero, 9531 a. C..

Hoy me he pasado horas sentada, observando a Aquerón. Se levantó temprano, como suele ser habitual en él, y se fue a la playa para dar un paseo. Hacía tanto frío que temía que enfermara, pero no quería coartar su libertad. Ha vivido tanto tiempo pensando y actuando según las normas que le han dictado, que no quiero imponerle ningún tipo de restricción.

A veces la salud de la mente es más importante que la del cuerpo. Y creo que le hace muchísima más falta sentirse libre que evitar contraer una fiebre sin importancia.

Me mantuve entre las sombras en todo momento, porque quería observarlo. Caminó casi durante una hora por la espuma de la orilla. Me resultaba imposible entender cómo soportaba el frío del agua, pero a mi hermano parecía resultarle placentero el dolor.

Si se encontraba alguna criatura marina que la corriente había arrastrado hasta la orilla, la devolvía al agua con mucho cuidado.

Cuando se cansó de caminar, trepó por las rocas y se sentó en una con las rodillas levantadas y la barbilla apoyada sobre ellas. Su mirada se clavó en el horizonte como si esperase la llegada de algo. El viento le agitaba el pelo y la ropa, y tenía el vello rubio de las piernas pegado a la piel por efecto del agua.

Sin embargo, parecía inmune al frío.

Era casi mediodía cuando regresó. Entró en el comedor para almorzar conmigo. Nos estaban sirviendo la comida cuando reparé en el corte que tenía en la mano izquierda.

—¡Aquerón! —exclamé, preocupada porque parecía una herida profunda. Le cogí la mano para poder examinarlo de cerca—. ¿Qué te ha pasado?

—Me caí en las rocas.

—¿Y qué hacías allí arriba?

Apartó la mano, incómodo.

Su reacción aumentó mi preocupación.

—Aquerón, ¿qué pasa?

Lo vi tragar saliva al tiempo que clavaba la mirada en el suelo.

—Si te lo cuento, me tomarás por loco.

—No, no lo haré. Jamás pensaría algo así de ti.

Su incomodidad se hizo más evidente.

—A veces oigo voces, Ryssa —me confesó con un hilo de voz—. Cuando estoy cerca del mar son más fuertes.

—¿Qué voces?

Cerró los ojos e intentó alejarse.

Lo agarré con suavidad por el brazo y lo mantuve a mi lado.

—Aquerón, contéstame.

Cuando me miró a los ojos, descubrí la angustia y el miedo que lo embargaban. Saltaba a la vista que era otra de las cosas que había motivado más de una paliza en el pasado.

—Son las voces de los dioses atlantes.

Aturdida por su inesperada respuesta, lo miré en silencio.

—Me llaman. Incluso ahora mismo escucho sus voces en mi cabeza.

—¿Qué te dicen?

—Que vaya a la morada de los dioses donde me recibirán con los brazos abiertos. Todos salvo uno. Una diosa más fuerte que los demás, que insiste en que me mantenga alejado. Me dice que los otros quieren matarme y que no debo escuchar sus mentiras. Que ella vendrá a por mí algún día y me llevará al lugar al que pertenezco.

Sus palabras me hicieron fruncir el ceño. Los ojos de mi hermano delataban su naturaleza de semidiós, pero era la primera vez que oía decir que los semidioses escuchaban las voces de otros dioses. Al menos de la manera en que lo hacía Aquerón.

—Madre dice que debes de ser hijo de Zeus —le dije—. Dice que debió de visitarla alguna noche, disfrazado como padre, y que no supo de su visita hasta que naciste. Así que ¿por qué vas a escuchar las voces de los dioses atlantes si somos griegos y tu padre es o bien Zeus o bien un rey griego?

—No lo sé. Idikos me droga cuando los oigo hasta que me siento tan entumecido y mareado que no puedo oírlos. Dice que son imaginaciones mías. Dice… —Apartó la mirada con la cara descompuesta.

—¿Qué es lo que dice?

—Que los dioses me han maldecido. Que es su deseo que sea lo que soy. Que por eso nací de una forma tan sobrenatural y que por eso todo el mundo quiere acostarse conmigo. Que los dioses me odian y quieren castigarme por haber nacido.

—Aquerón, los dioses no te odian. ¿Cómo van a odiarte?

Se zafó de mi mano con tal brusquedad y me miró con tanta insolencia que me dejó anonadada. No sabía que tuviera tanto temperamento.

—Si no me odian, ¿por qué soy así? ¿Por qué reniega mi padre de mí? ¿Por qué no quiere verme mi madre? ¿Por qué me han mantenido encadenado toda la vida como un animal cuyo único fin es servir a su amo? ¿Por qué no puede mirarme la gente sin atacarme?

Le tomé la cara entre las manos, agradecida por que ya no se alejara de mí cuando lo tocaba.

—Eso no tiene nada que ver con los dioses. Es la estupidez de la gente, nada más. ¿Nunca te has parado a pensar que los dioses me enviaron a liberarte porque no querían verte sufrir más?

Clavó la mirada en el suelo.

—No puedo pensar eso, Ryssa.

—¿Por qué no?

—Porque la esperanza me asusta. ¿Y si esto es lo que soy? Un puto para vender al mejor postor. Los dioses hacen reyes y hacen putos. Y el papel que me han asignado a mí está muy claro.

Sus palabras me dolieron. Sinceramente, prefería la época en la que no hacía mención alguna de su etapa como esclavo sexual. Aborrecía cualquier cosa relacionada con lo que le habían hecho en contra de su voluntad, sobre

todo las bolas que llevaba en la lengua y que veía cada vez que abría la boca para hablar.

—¡No te han maldecido!

—Entonces, ¿por qué no pude arrancarme los ojos cuando lo intenté?

Paralizada por su pregunta, me quedé sin respiración unos instantes.

—¿Cómo?

—He intentado arrancarme los ojos tres veces para que no ofendan a nadie más, y siempre han vuelto a colocarse en su sitio. Si no estoy maldito, ¿por qué lo hacen? —Levantó la mano para enseñarme que el corte había comenzado a sanar por sí mismo—. Las heridas que normalmente tardan semanas en curarse, en mi caso solo tardan días en sanar.

El dolor que irradiaba su voz hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas. No supe qué decirle.

—Pero también enfermas. Yo lo he visto.

—Ninguna enfermedad dura mucho tiempo. Ninguna me afecta como a las personas normales. Puedo pasarme tres semanas sin llevarme nada a la boca, ni comida ni agua, y sin morir por ello.

El hecho de que supiera exactamente el tiempo que podía sobrevivir sin agua y sin comida puso de manifiesto la tortura a la que lo habían sometido. Sin embargo, aunque fuera capaz de sobrevivir, el hambre y la sed lo afectaban como al resto de las personas. Lo sabía por todo el tiempo que llevaba a su lado.

Le agarré las manos.

—Aquerón, desconozco la voluntad de los dioses. Es un misterio para todos. Pero me niego a creer que su deseo sea hacerte sufrir. Eres un regalo valioso despreciado por aquellos que debieron protegerte. Una tragedia humana de la que no hay que responsabilizar a los dioses. Los sacerdotes suelen decir que los regalos divinos son difíciles de aceptar, incluso de identificar, pero en lo más profundo de mi corazón sé que tú eres especial. Que eres un regalo para la humanidad. Ten siempre presente que llegaste a este mundo con un fin muy importante, con un fin que no era el sufrir maltratos ni abusos. —Tragué saliva y le besé la mano herida—. Te quiero, hermanito. Y solo veo en ti bondad, inteligencia, compasión y ternura. Espero que algún día tú también seas capaz de verte así.

Colocó su otra mano sobre la mía.

—Ojalá pudiera, Ryssa. Pero lo único que veo es un puto cansado de que lo utilicen.

15 de febrero, 9531 a. C..

El tiempo ha pasado volando mientras observaba cómo Aquerón pasaba de ser un muchacho tímido y asustado a convertirse en un hombre seguro y capaz de expresar sus opiniones. Ya no se sobresalta ni agacha la cabeza. Cuando le hablo, me mira a los ojos. Su transformación ha sido lo más hermoso que he visto en la vida.

No sé si he sido la artífice de dicha transformación o ha sido Maia quien por fin le ha llegado al corazón y ha conseguido sacar ese lado de su personalidad. Mi hermano y la niña son uña y carne.

Hoy estábamos en la cocina mientras Petra cocinaba y los he observado un rato desde la puerta.

—Tienes que amasar el pan así. —Maia estaba amasando con sus manitas, arrodillada en un taburete alto para llegar bien a la mesa—. Imagínate que es alguien que no me cae bien —le dijo intentando que fuera un susurro como si le estuviera contando un secreto, aunque la escuchamos todos.

Aquerón la miraba con cariño.

—No creo que haya alguien que no te caiga bien.

—Bueno, a mí no, pero seguro que hay alguien que a ti no te cae bien.

Alcancé a ver el tormento que ensombreció sus ojos antes de que apartara la mirada. Me pregunté quién estaría a la cabeza de su lista. ¿Nuestro padre o nuestro tío?

—Necesitamos más leche.

Aquerón se la pasó.

Petra les echó una mirada, sonrió y meneó la cabeza al ver que Maia añadía mucha más sal de la necesaria.

Maia se limpió los mocos con el dorso de una mano antes de seguir amasando. Di un respingo y me dije que no debía comer nada de lo que cocinaran ese día, aunque Aquerón no sería tan quisquilloso. Hace unos días lo vi probar un pastel de barro para que Maia estuviera contenta.

—Ahora tenemos que cortar la masa en hogazas. Que sean pequeñitas, porque son las que más me gustan.

Aquerón obedeció sin rechistar.

El perro empezó a ladrar.

—¡Calla! —le ordenó Maia al tiempo que separaba un trozo de la masa y se la daba a Aquerón para que pudiera darle forma—. Estamos trabajando.

El perro empezó a brincar y golpeó el taburete de Maia. Aquerón la abrazó al mismo tiempo que el perro le golpeaba la pierna, haciendo que él también perdiera el equilibrio. En un abrir y cerrar de ojos, estaban los dos en el suelo, Aquerón debajo y Maia contra su pecho. El perro siguió ladrando y dando brincos a su alrededor, hasta que golpeó la mesa.

El cuenco con la harina que habían estado usando cayó por el borde de la mesa, sobre ellos. Me tapé la boca mientras los miraba allí tendidos, cubiertos de harina, leche y la masa del pan. Solo se libraron sus ojos, abiertos de par en par.

Maia soltó una carcajada y para mi más absoluto asombro Aquerón la imitó.

Su sonido, junto con esa sonrisa sincera, me sorprendió. Era guapísimo cuando sonreía… aunque estuviera cubierto de masa y harina.

Le brillaban los ojos mientras se quitaba la harina de la cara y ayudaba a Maia a limpiarse las mejillas.

Petra resopló disgustada al tiempo que echaba al perro de la cocina.

—Parecéis dos fantasmas que quieren matarme antes de tiempo. ¡Qué desastre!

—Ahora lo limpiamos, Petra, lo prometo —dijo Aquerón, que ayudó a Maia a ponerse en pie—. ¿Te has hecho daño?

Maia negó con la cabeza.

—Pero creo que nuestro pan se ha estropeado.

Su voz era muy seria.

—Es verdad. Pero podemos hacer más.

—Pero no estará tan bueno.

Contuve una carcajada. Sí, era cierto, porque los mocos de Maia eran el condimento indispensable para un buen pan. Sin ellos, estaba convencida de que la siguiente hornada no tendría ni punto de comparación. No obstante, me reservé el comentario mientras Aquerón consolaba a la pequeña.

Se la llevó al exterior para sacudirse la harina de la ropa y del pelo mientras Petra empezaba a limpiar la cocina. Al poco tiempo, regresaron para ayudarla.

Me quedé asombrada al ver que un príncipe fuera tan considerado. Claro que Aquerón siempre estaba dispuesto a ayudar a Petra en la cocina. Así era él.

Además, consentía a Maia como un paciente hermano mayor.

—¿Aquerón? —dijo Maia mientras él sacaba otro cuenco—. ¿Por qué tienes esas cositas doradas en la lengua?

Lo vi apartar la mirada.

—Me las pusieron cuando tenía más o menos tu edad.

—¿Por qué?

—Para asustar a las niñitas que me molestaban —contestó con una mueca feroz.

Maia se echó a reír cuando empezó a hacerle cosquillas.

—No creo que puedas asustar a nadie en la vida. Eres demasiado bueno.

Aquerón no dijo nada mientras la ayudaba a medir la harina.

La niña se rascó la cabeza mientras lo observaba con inocente curiosidad.

—¿Te hacen daño las bolas?

—No.

—Ah. —Ladeó la cabeza para mirarle los labios—. ¿Te las has quitado alguna vez?

—Maia —la regañó Petra con suavidad mientras volvía a atender el guiso de cordero que estaba preparando—, no creo que Aquerón tenga ganas de hablar de ellas.

—¿Por qué no? Creo que son bonitas. ¿Puedo tener yo unas?

—No —respondieron Aquerón y Petra al unísono.

La niña resopló.

—No sé por qué no. La princesa Ryssa tiene esas bolitas de plata en las orejas y las de Aquerón también son muy bonitas.

Aquerón le dio un golpecito en la punta de la nariz.

—Duelen mucho cuando te las ponen, *akribos*. No te gustaría nada sufrirlo y por eso yo no me las quito. No quiero que nadie vuelva a hacerme tanto daño.

—Ah. ¿Es como la quemadura que tienes en la mano?

Petra se giró hacia ellos.

—¿Qué quemadura?

—La que Aquerón se hizo cuando era pequeño. También es muy bonita, como una pirámide. Me dijo que se la hizo porque no obedeció a su madre. Que por eso debo hacerte caso siempre y obedecerte en todo lo que me digas.

La expresión de Petra me indicó que había llegado a la conclusión correcta. Y Aquerón también se percató, ya que bajó la cabeza con sumisión mientras se disculpaba con Maia en voz baja antes de marcharse.

Lo seguí.

—¿Aquerón?

Se detuvo para mirarme.

—¿Sí?

—No ha querido molestarte con sus preguntas.

—Lo sé —murmuró—. Pero eso no las hace menos dolorosas, ¿verdad?

Ansiaba abrazarlo con desesperación. Ojalá me lo permitiera. Pero solo Maia, con su inocencia, era capaz de llegar hasta él.

—Puedes quitarte las bolas y también podemos ocultar la marca de tu mano. Nadie lo sabrá nunca.

—Pero yo sí lo sabré. —Soltó una carcajada amarga—. No puedes deshacer el pasado, Ryssa. Con marcas o sin ellas, siempre estará ahí y siempre será brutal. —Sus ojos me abrasaron cuando me miró a la cara, y en ellos vi una angustia que ningún niño debería padecer jamás—. Me curo

muy rápido, ¿sabes cuántas veces y a qué profundidad tuvieron que quemarme la mano para que se quedara la cicatriz?

Me subió la bilis a la garganta. Era algo que jamás se me había pasado por la cabeza.

—Tu pasado ha quedado atrás, Aquerón. Salvo por esas dos cosas de las que no quieres deshacerte.

Meneó la cabeza antes de señalar el palacio con el brazo.

—Esto… Esto solo es un sueño, lo sé. Un día, muy pronto, despertaré y se acabará. Volveré al lugar donde estaba antes. Volveré a hacer cosas que no quiero hacer. Volverán a tocarme, a manosearme y a golpearme. No tengo por qué fingir lo contrario.

¿Qué podía hacer para que se sintiera a salvo?

—¿Por qué no me crees cuando te doy mi palabra? El pasado ha quedado atrás. Ahora tienes un futuro por delante. Boraxis va de camino a Sumeria para entregarle una carta a mi mejor amiga. En cuanto reciba noticias suyas, tendremos un lugar seguro al que puedas ir, y nadie más volverá a hacerte daño.

—No sé cómo confiar, Ryssa —me confesó con expresión desolada y fría—. Ni en ti ni en nadie. La gente es impredecible. Y los dioses, más todavía. Suceden cosas que se escapan a nuestro control. Quiero creerte, de verdad. Pero luego escucho las voces de los dioses… y la tuya. Y veo cosas… cosas que no quiero ver.

—¿Qué clase de cosas?

Dio media vuelta y echó a andar hacia su habitación.

Corrí tras él y lo obligué a detenerse.

—Dímelo. ¿Qué ves?

—Me veo suplicando una clemencia que nunca llega. Me veo tirado en la calle sin un lugar al que ir y sin que nadie me ayude a menos que pague un precio que no quiero pagar.

¡Ojalá pudiera convencerlo de que confiara en mí y en el futuro que estaba dispuesta a darle!

—No es un sueño, Aquerón. Es real. Y no voy a permitir que vuelvas a la Atlántida. Te encontraremos un hogar seguro.

Apartó la mirada con una expresión atormentada.

—¿Por qué no ha venido padre? Si me quiere tanto como dices, ¿por qué no ha venido en todos estos meses a verme? ¿Y por qué estás intentando buscarme otro hogar?

—Está ocupado. —Ni siquiera en ese momento era capaz de contarle la cruda realidad.

—Insistes en repetir lo mismo y quiero creerte. Pero ¿sabes lo que recuerdo de él?

Me daba miedo preguntarle.

—¿El qué?

—Lo recuerdo apartándote de mí mientras idikos me sacaba de la habitación. Nunca he olvidado el odio que brillaba en los ojos de padre ese día. Durante años he visto esa mirada en mis pesadillas. Y ahora me dices que lo ha olvidado todo. —Le apareció un tic nervioso en el mentón—. ¿Cómo voy a creerte?

No, no debería creerme. Porque estaba mintiendo, pero no podía contarle la verdad.

—Algún día me creerás, Aquerón.

—Eso espero, Ryssa. De verdad. Quiero creerte con desesperación, pero no puedo permitirme más desengaños. Estoy harto.

Dio media vuelta y me dejó en el pasillo. Era guapísimo. Alto. Orgulloso. A pesar de todo, seguía conservando una dignidad que me resultaba incomprensible.

—Te quiero, Aquerón —susurré, deseando no ser la única de mi familia que sintiera eso.

¿Por qué los demás no ven lo mismo que yo?

En el fondo de mi corazón sé que mi hermano está en lo cierto. Sé que tarde o temprano nuestro padre vendrá. Cuando lo haga, padre no me perdonará que haya sacado a Aquerón de la Atlántida. Nunca me perdonará las cartas falsas que le he escrito sobre mis viajes, ni todos los sobornos que hemos ido repartiendo por ahí para mantenerlo engañado. Sé que padre y el tío Estes nos están buscando en este mismo momento, mientras Boraxis intenta buscarle un refugio a Aquerón en otra nación o en otro reino.

Sin embargo, estoy haciendo lo que creo que es mejor para mi hermano. Solo espero poder garantizar su libertad y su felicidad… poder mantener las

promesas que le he hecho. Una vez que esté a salvo, regresaré a Dídimos para enfrentarme a mi padre y a su ira.

Por Aquerón, soy capaz de cualquier cosa, incluso de sacrificar mi propia libertad. Ojalá Boraxis regrese antes de que a mi padre se le ocurra venir a buscarnos.

Que los dioses se apiaden de nosotros si eso sucede.

18 de marzo, 9531 a. C..

El buen tiempo ha llegado milagrosamente, señal de que Perséfone está de nuevo en brazos de su madre. Siempre me ha encantado la primavera. El renacimiento de la tierra y de la belleza. Nuestra isla está especialmente bonita en estas fechas gracias a los campesinos y sus canciones mientras siembran los campos.

Sin embargo, este año no tengo cabeza para apreciar la belleza, impaciente como estoy por recibir noticias de Boraxis. Me mandó una misiva hace escasos días en la que me informaba de que tal vez hubiera sitio para Aquerón en el reino de Kiza. Se rumorea que su reina es mayor y compasiva. Como sus hijos han muerto, cabe la posibilidad de que acoja con los brazos abiertos a un príncipe exiliado.

Espero de todo corazón que sea así.

A medida que pasan los días, me temo que padre irrumpirá en nuestro paraíso cuando menos lo esperemos. Sin embargo, tal vez me encuentre un marido que acepte la presencia de Aquerón en nuestra casa de modo que podamos brindarle protección. Así escapará para siempre de las garras de mi padre o de mi tío.

De momento prefiero no pensar en eso.

Lo mejor de estar aquí ha sido la buena disposición de los sirvientes hacia Aquerón y sus rarezas. Hemos formado una especie de familia muy bien avenida. En Aquerón he encontrado el hermano que siempre he deseado, porque Estigio es repelente. Aquerón ha aprendido por fin a reírse sin temor a despertar la indeseada atención de los demás.

Hoy me lo he encontrado con Maia en el jardín. La niña estaba escribiendo letras en la tierra para que Aquerón aprendiera.

En ese momento recordé que era analfabeto, tal como me dijo en la Atlántida. Y recordé la vergüenza que le produjo esa confesión.

—¿Puedo ayudar? —les pregunté mientras me acercaba.

Maia se inclinó hacia mi hermano para susurrarle prácticamente a pleno pulmón, un rasgo muy suyo increíblemente entrañable.

—Será mejor maestra que yo. Ella sabe todas las letras y sabe unirlas para hacer palabras. Yo me sé muy pocas.

Aquerón me sonrió.

—¿No te importa?

Su petición me dejó asombradísima. Era la primera vez que pedía algo.

—Desde luego que no. —Acepté el palo que me ofreció Maia y comencé a impartir una clase para que ambos aprendieran a leer.

Aquerón era un estudiante avispado que asimilaba todo lo que le enseñaba con una rapidez asombrosa.

—¿Las letras atlantes son distintas de las griegas? —me preguntó a medida que iba enseñándole el alfabeto.

—Unas cuantas. Tienen ciertos diptongos que nosotros no tenemos.

Maia frunció el ceño.

—¿Hablan como nosotros?

Sonreí al escuchar la inocente pregunta.

—Su idioma es muy parecido al nuestro. Tanto que a veces podemos entenderlos aunque no sepamos exactamente el significado de las palabras. Pero son dos lenguas distintas. Yo sé muy poco, pero Aquerón lo habla perfectamente.

La expresión de la niña se iluminó al volverse hacia mi hermano.

—¿Puedes enseñarme?

—Si quieres… —contestó él con evidente reserva—. Pero no es una lengua bonita.

No podía estar más en desacuerdo con mi hermano. A diferencia del griego, el atlante poseía tal musicalidad que sus hablantes parecían cantar en vez de hablar. Al oído era una lengua preciosa, pero dada la experiencia

de mi hermano en la Atlántida, era comprensible que viera la lengua y a sus hablantes de forma negativa.

Aquerón se volvió para mirarme.

—¿Los atlantes y los griegos también comparten los mismos dioses?

Maia se echó a reír.

—¿No sabes nada sobre los dioses, Aquerón? —le preguntó ella a su vez.

Mi hermano negó con la cabeza.

—Solo sé que hay uno que se llama Zeus porque muchos lo nombran. Y también conozco a Arcón y a Apolimia.

Fruncí el ceño al escuchar los nombres de los regentes del panteón atlante.

—¿Cómo es que sabes sus nombres?

No me contestó, pero su expresión me hizo sospechar que debían de ser sus voces las que escuchaba.

—Bueno —dije, en un intento por aliviar la repentina seriedad del momento—, Zeus es el regente de los dioses olímpicos y su reina es Hera.

—A mí me gusta Artemisa —señaló Maia—. Es la diosa de la caza y de los partos. Ella le salvó la vida a mi madre cuando yo nací y estuvimos tan enfermas. La partera decía que íbamos a morir, pero mi padre hizo un sacrificio y varias ofrendas en honor a Artemisa y ella nos salvó.

Aquerón sonrió.

—Debe de ser una buena diosa y le agradezco mucho que te permitiera nacer.

Maia sonrió de oreja a oreja al escucharlo.

A lo largo de la tarde impartí una rápida lección sobre los dioses griegos, pero a diferencia de lo sucedido con la escritura, Aquerón parecía tener dificultades para retener sus nombres y sus títulos. Como si le fueran tan extraños que no pudiera distinguir uno de otro. No paraba de confundirlos.

Pasamos tanto tiempo de esa manera que Maia acabó durmiéndose sentada al lado de Aquerón.

Vi cómo la miraba con ternura mientras la cogía en brazos.

—Esto le pasa mucho. Estamos hablando tranquilamente y de repente se queda dormida. Nunca había visto nada semejante.

Sonreí al tiempo que me inundaba la ternura. La imagen de mi hermano, acunando a Maia como si fuera un padre cariñoso, me resultó muy dulce. Dada la brutalidad de su pasado, la compasión y la ternura que era capaz de demostrar eran sorprendentes.

—La quieres, ¿verdad?

Su expresión se tornó espantada justo antes de que lo invadiera la furia.

—¡Nunca la tocaría de esa forma!

Semejante estallido me dejó desconcertada, hasta que comprendí por qué estaba tan enfadado. En su mundo, el verbo «querer» se aplicaba al acto físico, no al sentimiento. La simple idea me destrozó el corazón.

—El amor no tiene por qué ser sexual, Aquerón. En su forma más pura, no tiene nada que ver con el acto físico.

La confusión se apoderó de su rostro.

—¿Qué quieres decir?

Hice un gesto hacia la niña que acunaba de forma protectora entre sus brazos.

—Cuando miras a Maia se te derrite el corazón, ¿a que sí?

Él asintió con la cabeza.

—Cuando la miras, lo único que quieres hacer es protegerla de todo daño y cuidarla.

—Sí.

Le sonreí.

—No esperas nada de ella, solo quieres que sea feliz.

Ladeó la cabeza y me miró con curiosidad.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque eso es lo que yo siento por ti, hermanito. El amor que sientes por ella es el mismo que yo siento por ti. Si alguna vez me necesitas, sería capaz de cualquier cosa con tal de acudir en tu ayuda.

Lo vi tragar saliva mientras esos turbulentos ojos plateados me observaban con pesar.

—¿Me quieres?

—Con toda mi alma. Haría cualquier cosa para mantenerte a salvo.

Sentí que por fin habíamos conectado. Y en ese momento sucedió algo milagroso.

Aquerón me cogió de la mano.

—Entonces, te quiero, Ryssa.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y la emoción me provocó un nudo en la garganta.

—Yo también te quiero, *akribos*. No lo dudes nunca.

—No lo haré. —Me dio un apretón en la mano—. Gracias por rescatarme.

Nada me había llegado tan hondo en la vida como esas palabras. Tenía tal nudo en la garganta que no fui capaz de decir nada. Aquerón soltó mi mano y se puso en pie con Maia en brazos para llevársela a su madre. Lo seguí con la mirada mientras se alejaba y deseé con toda mi alma que sus sentimientos hacia mí no cambiaran nunca.

Sé que sería capaz de soportar cualquier cosa salvo el odio de mi hermano.

19 de marzo, 9531 a. C..

Hoy he decidido que enseñaré a leer a Aquerón con la ayuda de unos pergaminos que tengo en mi habitación. Nada más comenzar, me he dado cuenta de que había algo distinto en él.

Las bolas de su lengua habían desaparecido.

—¡Te las has quitado! —exclamé, incapaz de creer lo que veían mis ojos.

Su expresión era una mezcla de timidez y orgullo.

—Me he obligado a confiar en ti. Dices que estoy a salvo aquí y que nadie volverá a llevarme a ningún sitio. Quiero creerlo. Así que me las he quitado y voy a confiar en los dioses para que me dejen aquí contigo.

Tomé su cara entre mis manos, encantada al ver que no se tensaba, y lo acerqué a mi cuerpo para abrazarlo con fuerza.

—Aquí estás a salvo, hermanito. Te lo juro.

Por primera vez me devolvió el abrazo.

Nada me ha conmovido tanto en la vida.

Escuché que alguien carraspeaba. Me aparté y vi que Petra estaba en la puerta con vino y queso.

—Supuse que os gustaría comer algo.

Asentí con un gesto antes de soltar a Aquerón.

—Sería estupendo. Gracias.

Petra inclinó la cabeza y luego dejó la bandeja en una mesa baja.

Aquerón guardó silencio hasta que volvimos a quedarnos a solas.

—¿Alguna vez has pensado en casarte, Ryssa?

Titubeé antes de servir el vino.

—Algunas veces, y me pregunto por qué padre no me ha buscado ya un esposo. Las princesas suelen casarse mucho antes de llegar a mi edad. Pero padre dice que no encuentra a nadie a quien considere digno. —Sonreí—. La verdad es que no tengo mucha prisa. He visto que muchas de mis amigas se han casado con ogros, así que si padre desea tomarse su tiempo para encontrarme un esposo considerado, estoy encantada de esperar. ¿Por qué lo preguntas?

—Estaba pensando en Petra y en su esposo. ¿Has visto cómo se ríen cuando están juntos? Y cuando están separados, la tristeza los invade. Es como si no soportaran estar alejados el uno del otro durante mucho tiempo.

Asentí con la cabeza.

—Se quieren muchísimo. Es una lástima que no todos los matrimonios sean así.

—¿Y el de nuestros padres?

Aparté la vista cuando los recuerdos asaltaron mi mente. Vi a mis padres tal cual eran antes del nacimiento de Estigio y de Aquerón. En aquel tiempo se querían con locura. Apenas se separaban el uno del otro, y mi padre atendía a mi madre con un amor que parecía eterno.

Después nacieron sus hijos. Desde aquel fatídico día mi padre no soporta estar cerca de mi madre. Le echa la culpa del nacimiento de Aquerón.

«Te has acostado con un dios. No lo niegues. Solo así pudo salir eso de tus entrañas.»

Cuanto más defendía mi madre su inocencia, más parecía odiarla mi padre. A la postre, mi madre aseguró que Zeus la había engañado y que no se había percatado de su presencia en la cama.

En vez de aplacar a mi padre, su confesión lo alejó todavía más de ella, tanto que todavía hoy rehúye su contacto.

—No, Aquerón —dije en voz baja al tiempo que le daba un cáliz con vino—. Apenas se ven, salvo que sea por razones de Estado. Padre siempre está en compañía de Estigio y de sus senadores mientras que madre pasa casi todo el tiempo sumida en el estupor que le confiere el vino.

Detesto en lo que se ha convertido mi madre con todas mis fuerzas. En otro tiempo fue maravillosa. Hoy siempre está embriagada y rezuma

amargura.

Mis palabras lo dejaron lívido, como si entendiera el motivo.

—¿Crees que alguna vez me querrá una mujer?

—Claro que sí. ¿Por qué lo dudas?

Tragó saliva antes de contestar con un hilo de voz:

—¿Cómo va a quererme nadie? Idikos dice que las personas decentes se avergüenzan de lo que sienten por mí. Soy un bastardo huérfano y un puto que no vale nada. Es imposible que una mujer decente acepte a alguien como yo.

—¡Eso es mentira! —exclamé—. Vales más que todo este mundo y te aseguro que ahí afuera habrá una mujer, sin contarme a mí, que vea lo maravilloso que eres de verdad.

Volvió a tragar saliva.

—Si alguna vez tengo esa suerte, juro que jamás dudará de mi amor por ella.

—Tendrás esa suerte y más.

Me sonrió, pero fue una mueca forzada. Además, la duda que vislumbré en sus ojos hizo que los míos se llenaran de lágrimas.

Carraspeé y busqué la manera de distraerlo.

—Bueno, vamos con las letras, ¿sí?

Se concentró una vez más en los pergaminos y lo observé durante horas mientras se aplicaba con un fervor que no había visto nunca. Cada vez que lo escuchaba hablar sin las bolas en su lengua, la alegría me inundaba.

Es una gran victoria, y pronto llegará el día en el que gane la guerra y por fin olvide su pasado.

9 de mayo, 9531 a. C..

Estaba sola en mis aposentos cuando Maia abrió la puerta.

—¿Está enfermo Aquerón?

Solté la pluma para mirarla con el ceño fruncido.

—No lo he visto hoy. ¿Por qué lo preguntas?

La niña se rascó la nariz. Parecía perpleja.

—Fui en su busca para amasar el pan, pero tenía muy mal aspecto. Me dijo que le dolía la cabeza y me habló de forma muy desagradable. Nunca es descortés conmigo. Después le llevé un poco de vino para el dolor de cabeza, pero no estaba en su dormitorio. ¿Debo preocuparme?

—No, *akribos* —contesté, fingiendo una sonrisa—, tú vuelve a la cocina que yo lo buscaré.

—Gracias, princesa. —Me devolvió la sonrisa y se marchó.

Preocupada por mi hermano, abrí las puertas que daban al patio. Aquerón pasaba mucho tiempo fuera, entre la hierba y las flores. Pero hoy no estaba allí.

Mi siguiente parada fue en la huerta. Pero tampoco lo encontré.

Después de una rápida búsqueda por el palacio, comencé a preocuparme de verdad. Era muy raro que pasara tanto tiempo solo. Y mucho más que evitara a Maia.

Presa de un pánico atroz, salí del palacio para buscarlo de nuevo por los alrededores.

¿Dónde estaría?

Si fuera Estigio, lo encontraría retozando con alguna sirvienta en sus aposentos. Pero sabía que en el caso de Aquerón eso era imposible.

Y en ese momento lo comprendí.

El mar…

No había vuelto a la playa desde el invierno, pero no se me ocurría ningún otro lugar donde no lo hubiera buscado. Era el único sitio donde podía estar. Susurré una apresurada oración a los dioses para pedirles su ayuda y me encaminé hacia la playa, hacia las rocas donde solía sentarse.

Tampoco estaba allí.

Sin embargo, trepé por ellas y lo vi tumbado de espaldas en la orilla, azotado por las olas que rompían en la arena. Me quedé sin aliento al ver que no se movía.

Estaba empapado de agua y tenía los ojos cerrados.

Aterrada, bajé de las rocas y corrí a su lado. La palidez de su hermoso rostro era evidente aun en la distancia.

—¡Aquerón! —grité con los ojos llenos de lágrimas por culpa del miedo. Creía que estaba muerto.

El alivio me inundó cuando lo vi abrir los ojos. Pero no se movió.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté cuando me arrodillé a su lado.

El agua salada me mancharía el vestido de forma irrecuperable, pero me daba igual. Mi vanidad era lo de menos. Lo importante era mi hermano.

Lo vi cerrar los ojos con fuerza antes de que me contestara tan bajo que apenas pude escucharlo por encima de las olas.

—No me duele tanto si estoy aquí tumbado.

—¿Qué es lo que te duele?

Extendió un brazo para cogerme de la mano. La suya temblaba tanto que mi miedo se multiplicó por diez.

—Las voces que escucho. Todos los años me pasa lo mismo. Este día. Son insoportables.

—No lo entiendo.

—No paran de decir que es el aniversario de mi nacimiento y que debería volver con ellos. Pero Apolimia me grita que siga escondido, que no los escuche. Cuanto más grita, más lo hacen los demás. Es insoportable. Solo quiero que se callen. Estoy volviéndome loco, ¿verdad?

Apreté su mano con fuerza mientras le apartaba el pelo húmedo de la frente y en ese momento me di cuenta de que no se había afeitado. Tenía

barba de un día, cosa que jamás permitía. Mi hermano siempre iba perfectamente limpio y arreglado.

—Hoy no es el aniversario de tu nacimiento. Naciste en junio.

—Lo sé, pero ellos insisten. Me caí mientras intentaba subir a las rocas, pero descubrí que en la orilla las voces son más soportables.

Eso no tenía mucho sentido para mí.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero así es.

Una ola bastante grande rompió en la orilla y el agua lo cubrió por completo. Aquerón ni siquiera se movió, aunque a mí me desestabilizó y me lanzó a la arena. Me enderecé y lo vi toser para expulsar el agua. Sin embargo, siguió tal cual estaba.

—Vas a pillar una pulmonía.

—No me importa. Prefiero estar enfermo que escuchar sus gritos.

Desesperada por ayudarlo, me acerqué a él, me senté con las piernas cruzadas y coloqué su cabeza en mi regazo.

—¿Mejor así?

Él asintió y entrelazó los dedos con los míos antes de llevarse mi mano al corazón. A tenor de la fuerza con la que me sujetaba, el dolor debía de ser horrible.

Perdí la noción del tiempo que pasamos sin hablarnos, con mi mano sobre su pecho. Se me entumecieron las piernas, pero me dio igual. Llevábamos tanto tiempo fuera del palacio que Petra salió a buscarnos. La explicación de Aquerón le resultó tan desconcertante como a mí, pero se marchó obedientemente y nos trajo vino y comida.

Mi hermano sufría demasiado como para comer, aunque intenté obligarlo a tragar un poquito de pan.

Al atardecer las voces habían disminuido hasta un nivel soportable, de modo que Aquerón se sentó. Sin embargo, al ponerse de pie descubrí que no era capaz de guardar el equilibrio.

—¿Estás bien? —le pregunté, preocupada.

—Un poco mareado por culpa de las voces, pero ya no gritan tanto. —Me pasó un brazo por los hombros y juntos regresamos a su dormitorio.

Le ordené a Petra que le preparara un baño caliente mientras yo lo envolvía en una toalla. Seguía muy pálido y tenía muy mala cara.

Maia llegó corriendo con dos vasos de leche caliente.

—Estaba preocupada por ti, Aquerón —le recriminó.

—Lo siento, chiquitina. No era mi intención preocuparte.

—¿Estás mejor?

Asintió con la cabeza.

—Maia —dijo Petra desde la puerta—, ven conmigo para que Aquerón pueda darse un baño tranquilo.

—He endulzado un poco la leche —señaló la niña antes de obedecer a su madre—. Espero que te pongas bueno pronto.

Conmovida por el gesto, la seguí para salir del dormitorio de mi hermano.

—¿Ryssa?

Me detuve en la puerta para mirarlo. Aquerón seguía envuelto en la toalla.

—¿Qué?

—Gracias por preocuparte por mí y por quedarte hoy conmigo. Sécate antes de que pilles una pulmonía.

—Sí, señor —repliqué con una sonrisa.

Me fui y cerré la puerta antes de encaminarme a mis aposentos. Las puertas del jardín seguían abiertas, de modo que las cerré. Cuando lo hice, sucedió algo muy extraño.

Escuché un susurro en el viento.

—Apóstolos…

Fruncí el ceño y eché un vistazo a mi alrededor, pero no vi a nadie. ¿De dónde había salido esa voz? Además, no conocía a nadie llamado así.

Meneé la cabeza para despejarme.

—Ahora soy yo la que oye las voces de Aquerón.

Era rarísimo, la verdad.

Y, a pesar de que en su momento decidí restarle importancia, en el fondo sigo preocupada. Y no dejo de preguntarme si no será otra amenaza para mi hermano.

El tiempo lo dirá.

23 de junio, 9531 a. C..

Por fin han llegado noticias. La reina de Kiza ha accedido a acoger a Aquerón. El mensajero llegó ayer con las noticias de que Boraxis regresaba para acompañar a Aquerón hasta el que sería su refugio. Debería llegar en cuestión de tres días.

Aliviada, he planeado contárselo a Aquerón durante la fiesta sorpresa que estoy preparando para celebrar el aniversario de su nacimiento.

Mi hermano estará a salvo. Para siempre.

Hemos pasado una alegre mañana en la huerta, riéndonos y probando las mejores frutas seleccionadas por el hortelano. La huerta está preciosa. Es un remanso de paz. Sus hojas relucen con un verde intenso salpicado por el tono amarillo de las manzanas cuyo sabor es dulce y sabroso. Incluso la antigua cerca de piedra transmite una sensación de sosiego gracias a las enredaderas en flor.

No es de extrañar que de todo el palacio sea el lugar preferido de Aquerón. Esta mañana soplaba una brisa cálida y me habría pasado horas y horas observando a mi hermano disfrutar con algo tan simple como el roce del sol en la piel. O la caricia de la hierba en la planta de los pies.

Por supuesto, su vida ha carecido de ambas cosas. Ojalá pudiera cambiarla. Darle otra mejor. La vida que se merece. Una vida en la que nadie le haga daño por cosas que se escapan a su control. Una vida en la que la gente vea en él la misma belleza que yo y alcance a apreciar el alma tan hermosa que posee.

Me quedé de piedra al reparar en el enorme cambio que ha sufrido durante estos meses mientras lo observaba oler una manzana que arrojó a la

cesta donde las iba recolectando.

Por primera vez vi a un muchacho de diecisiete años y no a un anciano cínico del que habían abusado. Había aprendido a confiar en mí. A confiar en el hecho de que estaba a salvo. De que nadie le tenía miedo ni intentaba seducirlo. Podía ser él mismo sin tener que ser servicial y sin temor a que alguien intentara abrazarlo o hacerle daño. Y recé para que encontrase la misma paz en Kiza.

El dolor me abruma cada vez que pienso en su vida en la Atlántida. ¿Cómo ha podido tratarlo nuestro tío de esa manera? Todavía recuerdo a mi hermano encadenado. Recuerdo el enorme vacío de su mirada la primera vez que nuestros ojos se encontraron, cuando no sabía quién era yo.

Quién era él.

Tal vez le haya fallado antes, pero me he jurado que no volveré a hacerlo. En el palacio de verano ha descubierto lo que son la paz y la felicidad. Haré todo lo que esté en mi mano para mantenerlo alejado de un mundo que ni lo entiende ni soporta su presencia.

Me recordó a un pajarillo buscando alimento mientras lo veía recoger manzanas de árbol en árbol. Es guapísimo. En el fondo de mi corazón sé que es el gemelo de Estigio, pero mientras lo observaba, las diferencias entre ellos me dejaron sin aliento.

Aquerón se mueve con muchísima más elegancia. Con agilidad. Es más delgado, su pelo es un poco más dorado y sus músculos están más definidos. Su piel es más suave.

Y sus ojos…

Son hechizantes y aterradores a la vez.

Nada más terminar, me llevó su tesoro y lo dejó a mis pies para que eligiera qué manzanas quería comerme. Siempre es así de considerado. Siempre piensa en los demás antes que en él mismo.

—¿Crees que padre vendrá pronto a visitarnos? —me preguntó cuando se tendió a mi lado y observó cómo me comía una manzana.

Supe que estaba poniéndome a prueba para ver si le mentía. Sus turbulentos ojos plateados resultan muy inquietantes cuando me miran con esa expresión tan penetrante. Con razón nuestro tío lo golpeaba por mirar a la gente. Verse bajo semejante escrutinio desconcierta, incluso asusta.

Sin embargo, no se merece que lo golpeen por algo que no puede evitar.

—Creo que tú y yo deberíamos hacer un viajecito para visitar a una reina.

Desvió la mirada, decepcionado, mientras jugaba con su manzana.

Dispuesta a tranquilizarlo y hacer que se sintiera bien, extendí el brazo para apartarle un mechón de pelo dorado de los ojos.

—¿Esta es la ternura de la que me hablas, la que proviene del verdadero afecto? —me preguntó con voz titubeante—. ¿La ternura que mueve a la gente a tocarte sin pedirte nada a cambio?

—Sí —respondí.

Me sonrió con la misma sinceridad y alegría que un niño.

—Creo que me gusta.

Y en ese momento escuché un sonido que me paró el corazón.

Se acercaban pasos. Unos pasos que no deberían irrumpir en nuestro paraíso temporal. Petra y Maia estaban ocupadas en la cocina. El marido de Petra había ido al pueblo y el resto de los sirvientes estaba ocupado con sus quehaceres.

Solo había dos personas que podían acudir juntas.

Supe que se trataba de padre cuando Aquerón se sentó con una expresión radiante en la cara.

Cerré los ojos y me estremecí de miedo mientras me obligaba a levantarme y a enfrentarlo. Padre estaba entre las antiguas columnas de piedra que señalaban la entrada a la huerta, con Estigio a su lado y una expresión furibunda.

Se me heló la sangre en las venas.

Quería decirle a Aquerón que huyera, pero ya era demasiado tarde. Ya estaban demasiado cerca.

Habrían bastado tres días más para que hubiera estado a salvo, lejos de allí. Quise echarme a llorar.

—Padre —dije en voz baja—, ¿por qué has venido?

—¿Dónde has estado? —exigió saber al tiempo que se acercaba—. Te he buscado por todas partes hasta que se me ha ocurrido venir aquí.

—Ya te dije que necesitaba tiempo…

—¿Padre? —La voz ilusionada de Aquerón asaltó mis oídos. Era la primera vez que veía a su padre desde que lo desterró.

Espantada, lo vi correr para abrazarlo. A diferencia de Aquerón, yo sabía muy bien cuál sería su reacción.

Como de costumbre, padre no me decepcionó y lo apartó de un empujón sin miramientos antes de lanzarle una mirada ponzoñosa.

Aquerón frunció el ceño, confundido, y me miró en busca de una explicación.

Fui incapaz de hablar. ¿Cómo decirle que le había mentido en mi afán por conseguirle una vida mejor?

—¿¡Cómo te atreves a sacarlo de la Atlántida!? —rugió padre.

Abrí la boca para explicarme, pero reparé en la forma en la que los gemelos se observaban. Su mutua curiosidad me resultó fascinante. Aunque sabían de la existencia del otro, llevaban casi una década separados. Ninguno de los dos recordaba lo que era verse o interactuar con el otro.

La alegría se reflejaba en el rostro de Aquerón. Sabía perfectamente que quería abrazar a Estigio, pero después del recibimiento de padre no se atrevía.

Estigio, en cambio, no estaba tan contento. Miraba a Aquerón como si fuera una pesadilla hecha realidad.

—¡Guardias! —gritó padre.

—¿Qué haces? —pregunté, incapaz de comprender que mi padre pudiera llamar a los guardias para apresar a su propio hijo.

—Lo voy a mandar de vuelta a donde pertenece.

Aquerón me miró asombrado y muy asustado.

El miedo de que lo llevaran de vuelta a la Atlántida me desbocó el corazón.

—No puedes hacer eso.

Padre me fulminó con una mirada tan cargada de odio que me hizo retroceder.

—¿Has perdido la cabeza, muchacha? ¿Cómo has podido cuidar a semejante monstruo?

—Padre, por favor —suplicó Aquerón al tiempo que se postraba de rodillas delante de él. Le abrazó los tobillos con el gesto más servil que lo

había visto hacer desde que abandonamos la Atlántida—. Por favor, no me enviéis de vuelta. Haré todo lo que me pidáis. Seré bueno. No miraré a nadie. No le haré daño a nadie. —Besó sus pies con reverencia.

—No soy tu padre, despojo —dijo padre con crueldad al tiempo que lo apartaba de una patada. Me fulminó con una mirada cargada de ira—. Ya te dije que no pertenece a esta familia. ¿Por qué me desafías?

—Es hijo tuyo —respondí llorando por la furia y la frustración—. ¿Cómo puedes rechazarlo? Tiene tu misma cara. Tiene la cara de Estigio. ¿Cómo es posible que quieras a uno y no al otro?

Padre extendió un brazo y cogió a Aquerón por la mandíbula con más fuerza de la necesaria. Supe que le estaba clavando los dedos en las mejillas cuando lo obligó a levantarse de un tirón para que me mirase a la cara.

—Esos no son mis ojos. ¡Esos no son los ojos de un humano!

—Estigio —dije, segura de que si lograba ponerlo de mi parte, él haría cambiar de opinión a padre—. Es tu hermano. Míralo.

Estigio meneó la cabeza.

—No tengo ningún hermano.

Padre apartó a Aquerón de un empujón.

Aquerón se quedó de pie en silencio, con los ojos vidriosos por la realidad de su situación. A juzgar por su expresión, supe que estaba reviviendo todas las pesadillas que había vivido en la Atlántida. Todas las degradaciones.

Lo vi apagarse delante de mis ojos.

El muchacho que tras meses de paciente esfuerzo había aprendido a sonreír y a confiar en los demás había desaparecido, y en su lugar estaba la carcasa vacía y desahuciada que había encontrado en la Atlántida.

Sus ojos estaban apagados, sin vida. Le había mentido y acababa de descubrirlo. Había confiado en mí, pero ese frágil vínculo acababa de romperse.

Aquerón agachó la cabeza y se abrazó el cuerpo como si así pudiera protegerse de la brutalidad de un mundo que lo despreciaba.

Cuando los guardias llegaron a la huerta y mi padre les ordenó que se lo llevaran a la Atlántida, los siguió sin protestar. Volvía a ser un esclavo sin

opinión ni voluntad. Ya no tenía opinión, ni siquiera voz. Volvía a ser lo que fue antes.

Con unas pocas palabras crueles, padre había pisoteado la ternura con la que lo había cuidado durante meses.

Fulminé a mi padre con la mirada, odiándolo por lo que estaba haciendo.

—Estes abusa de él, padre. Constantemente. Vende a Aquerón al mejor post…

Mi padre me abofeteó.

—Estás hablando de mi hermano. ¿¡Cómo te atreves!?

Me ardía la cara, pero me daba igual. No podía quedarme de brazos cruzados mientras ellos destrozaban el alma de un muchacho inocente que debería ser protegido, no rechazado como si fuera un despojo.

—Y es a mi hermano a quien estás echando a los lobos. ¿¡Cómo te atreves tú!?

No me quedé a escuchar lo que tenía que decirme. Corrí en pos de Aquerón, a quien los guardias ya se habían llevado.

Lo vi esperando a la entrada del palacio, mientras les acercaban los caballos. Tenía la cabeza tan agachada que me recordó a una tortuga que quisiera encerrarse en su caparazón para que nadie pudiera verlo. Se apretaba los brazos con tanta fuerza que tenía los dedos blancos.

Estaba tan inmóvil como una estatua.

—¿Aquerón?

Se negó a mirarme.

—Aquerón, por favor. No sabía que vendrían hoy. Creía que estábamos a salvo.

—Me mentiste —me dijo sin más, con la vista clavada en el suelo—. Me dijiste que mi padre me quería. Que nadie me obligaría a irme de aquí. Me lo juraste.

Empecé a llorar.

—Lo sé, Aquerón.

En ese momento levantó la cabeza y me miró con expresión atormentada.

—Hiciste que confiara en ti.

Avergonzada hasta lo más profundo de mi alma, busqué algo, cualquier cosa, que pudiera decirle. Pero no se me ocurrió nada.

—Lo siento.

La disculpa sonó inadecuada incluso a mis oídos.

Lo vi menear la cabeza.

—Tenía prohibido salir de mis aposentos sin escolta. Tenía prohibido salir de la casa. Idikos me castigará por haberme marchado. Me… —El horror inundó su mirada al tiempo que se abrazaba con más fuerza todavía.

Yo ni siquiera alcanzaba a imaginar lo que le esperaba en la Atlántida.

Trajeron los caballos.

Cuando Aquerón volvió a hablar, sus palabras fueron un susurro desgarrador.

—Ojalá me hubieras dejado como estaba.

Tenía razón, y en lo más profundo de mi alma lo sabía. Con mi estupidez solo había conseguido hacerle más daño. Le había mostrado una vida mejor, una vida en la que lo respetaban y le permitían elegir.

Pero ahora no tendría ni voz ni voto. Sería menos que nada en la Atlántida.

Sollocé cuando un guardia lo cogió con fuerza del brazo y lo obligó a subirse a una cuadriga. Aquerón no me miró. Comprendí que debía de odiarme por lo que le había hecho, y era normal.

Apesadumbrada, me quedé allí mientras los veía alejarse.

—¡Aquerón! —gritó Maia, que salió corriendo por la puerta.

Solo en ese momento miró mi hermano hacia atrás. Su cara tenía una expresión estoica, pero vi que se le llenaban los ojos de lágrimas mientras se despedía de la niña con un gesto de la mano.

Me arrodillé y abracé a Maia con fuerza mientras la niña sollozaba, presa de la misma tristeza que me corroía el alma.

Aquerón se había ido, y no había esperanza alguna de volver a liberarlo. Padre se aseguraría de ello.

Entonces recordé lo que la curandera dijo el día que nació.

«Que los dioses se apiaden de ti, pequeñín. Porque nadie más lo hará.»

En ese momento supe lo acertadas que fueron sus palabras. Aquerón tiene razón, los dioses lo han maldecido.

Porque en caso contrario nos habrían concedido esos tres días…

23 de junio, 9530 a. C..

Ha pasado un año desde la última vez que vi a Aquerón. Maia y yo nos hemos pasado toda la tarde sentadas en la huerta del palacio, recordándolo. Preguntándonos qué estaría haciendo. Qué le habría pasado. Le he dicho a Maia que estaba bien, pero en el fondo de mi corazón sé que no es así. Sé que no está bien. Es imposible saber las barbaridades de las que estará siendo objeto mientras nosotras comemos aceitunas y queso sentadas al solecito.

Le he escrito muchas cartas a la Atlántida sin obtener respuesta. Nadie quiere decirme nada sobre él. La sirvienta que se puso en contacto conmigo ha muerto en extrañas circunstancias. Me enteré por una conversación que mantuvieron mi padre y mi tío poco después de que Aquerón volviera a la Atlántida.

Estes no me ha dirigido la palabra desde entonces.

He intentado preguntarle por mi hermano durante su última visita. Pero me ha dado largas sin miramientos. Sabe que sé lo que está haciendo y ya no quiere ni mirarme.

Para él, estoy muerta. Aunque a estas alturas, me da lo mismo. Él también murió para mí cuando vi a mi hermano atado a una cama para satisfacer su avaricia.

Sin embargo, me pregunto qué sentirá Aquerón por mí. Si alguna vez pensará en mí. ¿Me odiará por lo que pasó? ¿O lo mantendrán tan drogado que ya ni siquiera recuerda mi nombre?

Es imposible saberlo.

Igual de imposible que salvarlo. Porque, desde que hice lo que hice, padre me mantiene bajo extrema vigilancia en todo momento. Ya no tengo la libertad para viajar sin su permiso. Boraxis se encarga ahora de la limpieza de los establos y a mí me acompaña otro soldado que se niega incluso a dirigirme la palabra.

Ni siquiera Estigio me hace caso.

—¿Cómo es posible que permitas que tu hermano gemelo sufra de esa forma? —le pregunté poco menos de una semana después de que se llevaran a Aquerón.

—Estes jamás haría algo así. Es otra de tus mentiras, ideada para obligarnos a liberar a Aquerón. Alégrate de que todavía no sea rey. Porque te habría mandado azotar por semejante traición.

Me dieron ganas de estrangularlo por su ceguera y su terquedad.

Sin embargo, lo que más me inquieta son los rumores que empiezan a correr sobre las relaciones entre Grecia y la Atlántida. La tregua parece pender de un hilo. ¿Qué le pasará a Aquerón si estalla la guerra de nuevo? Aunque padre y Estigio lo nieguen, Aquerón es un príncipe griego. Podrían hacerlo prisionero y ejecutarlo.

Me pregunto si padre habrá considerado la posibilidad de que si Aquerón muere, también morirá su precioso Estigio. Es muy posible que haya olvidado esa parte de la profecía.

Aunque yo no dejo de recordar y de sufrir por un hermano al que dudo mucho que vuelva a ver algún día.

He perdido a Aquerón para siempre.

Ojalá pudiera verlo aunque fuera una vez más.

21 de septiembre, 9530 a. C..

Estes murió hace dos días, mientras estaba de visita en Dídimos. Estigio y mi padre están destrozados, como era de esperar. Pero a mí no me ha afectado demasiado. Aunque una parte de mí se ha entristecido por su muerte, otra parte se ha alegrado. Estes era demasiado joven como para sufrir el repentino ataque que le ha quitado la vida, pero me pregunto si no habrá sido un castigo divino por todo lo que le ha hecho a Aquerón. Tal vez sea cruel por mi parte. Pero me es imposible no pensarlo.

Ahora mismo nos dirigimos a la Atlántida para recoger a Aquerón y llevarlo a casa de una vez por todas.

A casa, donde está su sitio.

Debido a la inminente guerra con la Atlántida, padre quiere cerrar la casa de Estes y venderla. La idea no podía alegrarme más. Y estoy segura de que a Aquerón le encantará saberlo. Seguro que está deseando que desaparezca, tanto o más que yo.

Antes de partir se ha preparado una habitación para Aquerón en el palacio. Me muero de ganas de verlo. Lo que me resulta casi gracioso es que, después de evitarme durante tanto tiempo, padre y Estigio me han permitido acompañarlos. Es evidente que solo lo hacen para no tener que tratar con Aquerón. Pero me da lo mismo siempre y cuando vuelva a verlo.

Dentro de unos días llegaremos a la Atlántida. En esta ocasión, cuando recoja a Aquerón, estará a salvo para siempre.

26 de septiembre, 9530 a. C..

Fui incapaz de contener la emoción en cuanto vi de nuevo la casa de Estes. Apenas había cambiado nada desde mi anterior visita. Incluso el sirviente que abrió la puerta era el mismo. Pareció sorprendido de vernos, sobre todo a mi padre.

—He venido en busca de Aquerón —anunció—. Llévame con él.

Sin mediar palabra, el siniestro sirviente nos guió por el mismo pasillo que yo ya conocía. De camino a los aposentos que se habían convertido en motivo de mis pesadillas y de mis preocupaciones.

La emoción murió en cuanto llegamos y la realidad cayó sobre mí con toda su fuerza.

Nada había cambiado.

Nada.

Lo supe antes de que el sirviente abriera la puerta.

Cuando entramos, mis peores temores se confirmaron hasta el más ínfimo detalle.

—¿¡Qué es esto!? —bramó mi padre.

Me cubrí la boca con una mano al ver que Aquerón estaba en la cama con un hombre y una mujer. Los tres estaban desnudos y se retorcían entre las sábanas. Ver lo que le estaban haciendo a Aquerón, lo que mi hermano les estaba haciendo a ellos a la vez, me resultó horrible.

Jamás había visto semejante depravación.

El hombre se apartó de mi hermano y soltó una horrible maldición.

—¿¡Qué significa esto!? —exigió saber con voz imperiosa. Su porte delataba que se trataba de un atlante con poder y riqueza—. ¿¡Quién osa

interrumpirnos!?

Aquerón se apartó del cuerpo de la mujer tras un último envite y un lametón, y se giró para quedar tumbado de espaldas sobre el colchón. Nos miró con descaro, desnudo y con una sonrisa burlona.

—Príncipe Ydorus —le dijo al hombre furioso que le había hablado a mi padre—, os presento al rey Jerjes de Dídimos.

Sus palabras apaciguaron un tanto al príncipe, pero no lograron aplacar del todo su furia.

—¡Dejadnos! —ordenó mi padre.

Ofendido, el príncipe recogió su ropa y a su acompañante antes de hacer lo que mi padre había ordenado.

Aquerón se limpió la boca con la sábana. Su piel volvía a tener un tono grisáceo y apagado. Estaba incluso más delgado que la última vez que lo vi en esa misma habitación. Tenía la cara demacrada. Volvía a tener los brazaletes de oro en el cuello, en los brazos, en las muñecas y en los tobillos.

Y lo peor de todo: al hablar, distinguí el brillo de las bolas en su lengua. Ya no hablaba sin separar los labios. Ya no parecía avergonzado de ser lo que era. Ahora parecía enorgullecerse de ello.

—¿Qué os trae por aquí, majestad? —preguntó Aquerón con voz burlona y fría—. ¿También deseáis pasar un ratito conmigo?

En ese momento comprendí que el muchacho herido que yo rescaté había dejado de existir. El hombre que estaba en la cama era un cínico. Estaba furioso. Y nos lanzaba un desafío.

Ese no era el muchacho que había salido a escondidas de su dormitorio para poder sentir la hierba en los pies.

Era un hombre que había sufrido demasiados abusos. Y quería que el mundo y sus habitantes supieran cuánto los odiaba.

—Levántate —masculló mi padre—. Y vístete.

Vi que esbozaba una sonrisa torcida. Un gesto burlón.

—¿Por qué? La gente paga quinientas monedas de oro por verme desnudo. Deberíais sentiros honrado por haberme visto sin pagar.

Padre se acercó a él, lo agarró sin muchos miramientos de un brazo y lo sacó de la cama.

Aquerón le cubrió la mano con la suya y señaló con desdén:

—Si queréis hacerme algún moratón, el precio sube a mil monedas.

Sentí que la bilis ascendía hasta mi garganta.

Padre le cruzó la cara con tanta fuerza que Aquerón cayó al suelo, donde quedó tendido de espaldas.

Sin embargo, se rió a carcajadas mientras se lamía la sangre de los labios antes de limpiársela con el dorso de una mano.

—La sangre sube el precio a mil quinientas monedas.

Mi padre puso cara de asco.

—Eres despreciable.

Con una sonrisa irónica, Aquerón se puso en pie demostrando una exquisita elegancia en sus movimientos.

—Cuidado, padre, podríais herir mis sentimientos. —Se acercó a él y lo rodeó para examinarlo como si fuera un león orgulloso al acecho mirándolo de arriba abajo—. Ah, esperad. Se me olvidaba. Los putos no tienen sentimientos. Carecemos de dignidad a la que ofender.

—No soy tu padre.

—Sí, me conozco la historia. Me la inculcaron hace años a latigazos. No sois mi padre y Estes no es mi tío. Eso mantiene a salvo su reputación, ya que la gente piensa que soy un pobre huérfano que recogió de la calle para darle cobijo. No pasa nada si se vende a un pobre sin hogar, a un bastardo despreciable. Eso sí, la aristocracia mira mal a quienes venden a sus parientes.

Padre volvió a cruzarle la cara.

Aquerón se echó a reír, impávido ante el hecho de que le sangrara la nariz además de los labios.

—Si de verdad queréis hacerme daño, llamaré para que traigan los látigos. Pero si continuáis golpeándome en la cara, Estes se enfadará. No le gusta que estropeen mi belleza.

—¡Estes está muerto! —rugió mi padre.

Aquerón se quedó petrificado. Después, parpadeó como si no diera crédito a lo que acababa de escuchar.

—¿Estes está muerto? —repitió, asombrado.

Mi padre lo miró con desdén.

—Sí. Ojalá hubieras muerto tú en su lugar.

Aquerón tomó una honda bocanada de aire. El alivio que lo invadió fue manifiesto.

Casi escuchaba sus pensamientos en mi cabeza.

«Ha acabado. Por fin ha acabado.»

El evidente alivio de mi hermano enfureció a mi padre.

—¿¡Cómo te atreves a no derramar ni una sola lágrima por él!? Te dio protección y cobijo.

Mi hermano le lanzó una mirada mordaz.

—Ya he pagado con creces su protección y su cobijo. Todas las noches, en su cama. Y todos los días, cuando me vendía al mejor postor.

—¡Mientes!

—Padre, soy un puto, no un mentiroso.

Y en ese momento mi padre se lanzó sobre él. Le asestó puñetazos y patadas que Aquerón no esquivó. Ni siquiera intentó defenderse. Saltaba a la vista que lo habían aleccionado bien. Corrí para ayudarlo y me planté delante de él.

Estigio aferró a mi padre para alejarlo de Aquerón.

—Padre, por favor —le dijo—, ¡cálmate! Tanta agitación no es buena para tu corazón. No quiero verte morir como Estes.

Aquerón volvía a estar en el suelo. Tenía la cara llena de sangre y los lugares donde mi padre lo había golpeado comenzaban a hincharse.

—No —dijo, al tiempo que me apartaba de él.

Escupió la sangre, que cayó al suelo dejando una brillante mancha roja.

—Fuera —masculló mi padre—. No quiero volver a verte jamás.

Aquerón soltó una carcajada y miró a Estigio.

—Un poco difícil, ¿no creéis?

Padre se lanzó de nuevo a por él, pero Estigio se interpuso en su camino.

—¡Guardias! —gritó.

Aparecieron de inmediato.

Estigio señaló a Aquerón con un gesto de la cabeza.

—Arrojad a esta inmundicia a la calle, donde debe estar.

Aquerón se puso en pie sin la ayuda de nadie.

—No hace falta que me ayuden. Puedo caminar solo hasta la puerta.

—Necesitas ropa y dinero —le dije.

—No necesita nada —me contradijo mi padre—. Solo recibirá nuestro desprecio.

La magullada cara de Aquerón mantuvo en todo momento su expresión estoica.

—En ese caso, me considero un hombre rico, porque me lo habéis entregado en abundancia. —Se detuvo en la puerta y se volvió para burlarse de nuevo de mi padre—: He tardado mucho en comprender por qué me odiáis tanto. —Su mirada se clavó en Estigio—. Aunque en realidad no es a mí a quien odiáis, ¿verdad? Lo que de verdad os enfurece es lo mucho que queréis follaros a vuestro propio hijo.

Mi padre soltó un alarido rabioso.

Y Aquerón se marchó con la cabeza bien alta.

—¿Cómo has podido hacerlo? —le pregunté a mi padre—. Hace más de un año que te conté lo que Estes estaba haciéndole y tú te negaste a creerme. ¿Cómo puedes culpar a Aquerón por esto?

Mi padre me miró con expresión furiosa.

—Estes no tiene nada que ver con esto. Aquerón es el responsable de todo. Estes me contó cómo se pavoneaba delante de la gente, tentándolos a todos. Es un destructor, tal como se predijo el día de su nacimiento. No descansará hasta ver arruinado a todo aquel que tenga a su alrededor.

Me quedé espantada. ¿Cómo era posible que un hombre conocido por su ecuanimidad y su sentido común estuviera tan ciego?

—Padre, solo es un muchacho confundido. Necesita una familia.

Como de costumbre, mi padre no me escuchó.

Disgustada con él y con Estigio, salí de la habitación en pos de Aquerón.

Lo alcancé justo cuando salía de la casa y lo detuve. El dolor y el tormento que iluminaban esos ojos plateados me llegó a lo más hondo. Esta vez no había ruegos por su parte. No había preguntas. Se limitaba a aceptar lo sucedido tal como aceptaba todo lo que le pasaba.

—¿Adónde vas a ir? —le pregunté.

—Eso no es de tu incumbencia.

Pero sí que lo era. Aunque se negara a contestarme.

Me quité el himatión y se lo coloqué sobre los hombros para que al menos cubriera su desnudez. Levanté la capucha para ocultar su cabeza, para ocultar su belleza, consciente de que no lograría protegerlo en el mundo que nos rodeaba.

Aquerón me aferró las manos antes de llevarse la derecha a los labios ensangrentados para darme un beso en los nudillos.

Después y sin mediar palabra, se dio la vuelta y se marchó.

Permanecí en la puerta viendo cómo se alejaba entre la multitud y me di cuenta de que se había equivocado en una cosa. Sí que tenía dignidad. Caminaba por la calle con el orgulloso porte de un rey.

17 de mayo, 9529 a. C..

Hoy estaba en la plaza del mercado, comprando con Sera, mi doncella, cuando un hombre altísimo pasó junto a mí. Al principio creí que era Estigio, ya que una ráfaga de viento le quitó la capucha que le cubría la cabeza y vi su precioso rostro.

Sin embargo y antes de que lo llamara por su nombre, reparé en que llevaba el quitón escarlata de un prostituto. Las personas que se prostituyen tienen prohibido por ley aparecer en público con otra ropa y siempre deben llevar la cabeza cubierta. Si alguna vez son descubiertas ataviadas con otro tipo de ropa que no advierta a la gente «decente» de su profesión, pueden ser ejecutadas en el acto.

Aquerón se apresuró a cubrirse la cabeza mientras se internaba entre la multitud.

Tenía mucho mejor aspecto que la última vez que lo vi. Su piel estaba bronceada por el sol y ya no estaba demacrado. El quitón le cubría un hombro y dejaba el otro al descubierto. Un brazalete de oro grabado le rodeaba el bíceps izquierdo, y sus brazos por fin tenían músculos.

¡Por todos los dioses! Era sin duda alguna el hombre más apuesto del mundo… aunque fuera mi hermano. Tendría que estar ciega para no haberme dado cuenta.

Dejé a Sera, que estaba examinando un trozo de paño, y lo seguí, dando gracias a los dioses por que estuviera sano y salvo.

Aunque me partió el corazón ver que seguía prostituyéndose.

Se detuvo en uno de los puestos al lado de una mujer atractiva que le tendió un anillo.

—¿Te queda bien? —le preguntó.

Aquerón se lo devolvió.

—No quiero un anillo, Catera. Pero te agradezco la intención.

La mujer le devolvió el anillo al vendedor antes de acariciarle el brazo desnudo con un gesto muy íntimo.

Era la caricia de una amante.

Aquerón no reaccionó.

—Mi precioso Aquerón —dijo la mujer con una carcajada—. Eres muy distinto a todos mis empleados. Solo aceptas lo que te ganas, nada más, y les das propinas a los sirvientes del prostíbulo, razón por la que todos son amables contigo. No creo que llegue a entenderte en la vida. —Lo cogió de la mano y lo condujo entre los puestos—. Deja que te dé un consejo, *akribos*. Tienes que aprender a aceptar regalos.

Lo vi resoplar al escucharla.

—Los regalos no existen. Si acepto lo que me ofreces, tarde o temprano me pedirás un favor a cambio. En la vida no te dan nada sin esperar algo a cambio.

Catera chasqueó la lengua.

—Eres demasiado joven para ser tan cínico. ¿Qué te han hecho para que seas tan receloso?

No le contestó.

Pero yo sí conocía la pesadilla de su pasado. Sabía cómo le habían arrebatado la capacidad de confiar en los demás. Y estaba segura de que yo había contribuido a convertirlo en ese desconocido amargado al que apenas reconocía.

Siguieron caminando mientras la mujer parloteaba e intentaba que Aquerón se fijara en alguna fruslería. Pero él se limitaba a mirarlo todo en silencio antes de darle la espalda.

Me quedé rezagada para asegurarme de que no me veían. Tampoco me resultó difícil. Aquerón mantenía la mirada clavada en el suelo, como si no quisiera mirar a las personas que lo rodeaban, y Catera solo tenía ojos para él.

Un hombre se acercó a ellos y se llevó a la mujer a un aparte.

Aquerón se alejó un poco mientras los dos hablaban. Me dolía mirarlo. Me dolía ver cómo los vendedores torcían el gesto al verlo acercarse. Me dolía ver cómo la gente «decente» desviaba la vista o miraba su ropa con desdén.

Sin embargo, era mucho peor ser testigo del cambio en sus expresiones cuando se fijaban en su cara. La lujuria que los asaltaba era innegable. Y su intensidad daba miedo.

No tenían ni idea de que Aquerón habría sido el heredero al trono de no ser por un capricho de la naturaleza y por el injustificado odio de mi padre.

Aunque me encendía la sangre, al mismo tiempo sabía que no podía hacer nada para remediar la situación.

Odiaba con todas mis fuerzas haber nacido mujer en un mundo donde las mujeres éramos prácticamente esclavas.

Catera regresó junto a él.

Aquerón miró al hombre que continuaba observándolo con cara de deseo.

Mi hermano lo miró con indiferencia.

—Quiere comprarme.

Era una afirmación, como si estuviera acostumbrado.

La mujer se echó a reír.

—Todos quieren comprarte, *akribos*. Si alguna vez quisiera venderte como esclavo, sería más rica que todos los reyes juntos.

El dolor ensombreció la mirada de Aquerón.

—Debería volver y prepararme…

—No —lo interrumpió la mujer—. Es tu día libre y puedes hacer lo que se te antoje. Trabajas demasiado. No puedes pasarte tanto tiempo encerrado.

Lo vi apretar los dientes.

—No me gusta estar rodeado de gente.

—Pero no te importa acostarte con ella. No te entiendo.

Mi hermano hizo ademán de alejarse.

—Aquerón —lo llamó Catera—. Lo siento. Es que… —Hizo una pausa y le frotó la mano—. No puedes seguir así. Nadie atiende clientes desde que se levanta hasta que se acuesta, día tras día, sin descanso. No me

malinterpretes, me encanta el dinero que me haces ganar, pero al paso que vas acabarás muerto antes de llegar a los veintiún años.

Aquerón soltó una carcajada amarga.

—Ya te he dicho que estoy acostumbrado.

—Y yo te he dicho que no dejaré que nadie te haga daño en mi casa. Yo me encargo de proteger a los míos, sobre todo si son tan populares como tú. —Le colocó una bolsita en la mano—. Tómate el resto del día libre y disfrútalo. Ve a jugar. Emborráchate. Disfruta de tu juventud mientras puedas. Nos veremos esta noche.

La mujer se alejó.

Aquerón cerró el puño y apretó la bolsita antes de guardársela entre la ropa y alejarse en dirección contraria.

Me quedé plantada, sin saber a cuál de los dos seguir.

Envié a mi guardia tras la mujer. Sabía que no podía acercarme a ella por temor a que alguien nos viera y se lo contara a mi padre. De modo que le ordené que la invitara a reunirse conmigo en una hospedería.

Le pagué al propietario para que me cediera el uso de una habitación en la parte posterior, donde podría hablar con Catera sin ser vista.

Mi guardia personal apareció con Catera al cabo de un momento. Nos dejó a solas y se colocó al otro lado de la puerta para que no entrara nadie.

—Señora —me saludó Catera, algo temerosa—, ¿qué puedo hacer por vos?

—Por favor, siéntate. —Señalé el asiento que estaba delante de mí.

Me obedeció con evidente nerviosismo.

Dulcifiqué mi expresión con la esperanza de tranquilizarla.

—Quería hablarte sobre… —titubeé a la hora de decir «mi hermano». El hecho de que esa mujer se enterase podría perjudicarlo—. De Aquerón —dije por fin—. ¿Dónde lo encontraste?

La mujer esbozó una sonrisa astuta.

—Es guapo, ¿verdad? Pero, por desgracia, no está a la venta. Si estáis interesada en contratar sus servicios…

—¡No! —exclamé, anonadada por su sugerencia. Aunque llegué a la conclusión de que no era raro que pensara algo así—. Me… me recuerda a alguien.

Asintió con la cabeza.

—Sí, es casi idéntico al príncipe Estigio. Muchos de mis clientes también se han dado cuenta. Ha sido muy lucrativo para él.

Esa mujer no podía ni imaginarse que eso era lo peor que le podía haber pasado a mi hermano.

—¿Dónde lo encontraste? —volví a preguntarle.

—¿Por qué queréis saberlo?

No me atreví a contarle la verdad.

—Por favor —le supliqué en voz baja—. Puedo pagarte lo que me pidas, solo necesito que me contestes unas cuantas preguntas sobre él.

Coloqué un puñado de soles de oro en su mano y ella se los guardó.

—No sé de dónde proviene. Se niega a hablar de eso. Pero por su acento diría que es de la Atlántida.

—¿Fue él quien te buscó?

La mujer asintió con la cabeza.

—Se presentó en la puerta trasera de mi establecimiento hace unos meses. Vestía harapos e iba descalzo. Parecía un pordiosero más, pero iba afeitado y daba la impresión de que se había esforzado por mantener limpia su ropa. Estaba muy pálido y delgado, y parecía tener tanta hambre que casi no se tenía en pie.

Esas palabras me horrorizaron.

—Dijo que estaba buscando trabajo y quería saber si tenía algo para él. Le dije que no necesitaba a nadie, pero él insistió en que se había enterado en otro burdel de que buscaba un prostituto. Estuve a punto de reírme de él en su cara. Me resultaba inimaginable que alguien pagara por los servicios de semejante criatura. Mi primer impulso fue echarlo a la calle.

—¿Por qué no lo hiciste?

—No puedo explicarlo. Aunque su apariencia era lamentable, tenía un aura especial. Algo fascinante que me excitó. Me sentía impulsada a tocarlo a pesar de que estaba muy delgado y su aspecto era muy frágil. Después me dijo algo de lo más asombroso. Me aseguró que si le concedía el tiempo que tardaba normalmente en descalzarme, me proporcionaría tres orgasmos seguidos.

Jadeé al escucharla.

La mujer se rió al ver mi expresión.

—Yo también me quedé sorprendida. A lo largo de mi vida me han soltado suficientes fanfarronadas como para no echarles cuentas. Pero me quedé intrigada al escuchar algo así de boca de un muchacho tan joven. Al principio creí que era uno de tantos jovenzuelos sin experiencia que me buscan porque creen que la prostitución es un modo fácil de ganar dinero. No tienen ni idea de lo duro que es físicamente. Ni del tremendo sacrificio que supone espiritualmente. Supuse que procedía del campo y que acababa de llegar a la ciudad en busca de fortuna.

Tragué saliva asustada por la respuesta a la pregunta que pensaba formularle a continuación.

—¿Lo obligaste a demostrar sus palabras?

Soltó una carcajada.

—Señora, a estas alturas de mi vida ya es un milagro conseguir tres orgasmos en un año. Así que le dije que si era tan bueno como afirmaba, lo contrataría. Descubrí que incluso medio muerto de hambre era muchísimo mejor de lo que proclamaba. He estado con los mejores, y sus habilidades no tienen parangón.

Se me formó un nudo en el estómago. Sabía muy bien lo mucho que había practicado para perfeccionar sus habilidades.

—Así que lo aceptaste.

Volvió a asentir con la cabeza.

—Una decisión de la que no me he arrepentido. No sabía que resultaría tan guapo cuando comiera como es debido y descansara un poco. Ni tampoco que sería tan parecido al príncipe Estigio. Lo estuve alimentando tres semanas antes de dejarlo trabajar. Desde la primera noche que empezó a aceptar clientes se volvió tan popular que tuve que hacer una lista. Si estáis interesada en comprar sus servicios, puedo añadir vuestro nombre, pero tal como están las cosas pasarán al menos diez semanas antes de que haya un hueco.

Sus palabras me sorprendieron, de la misma forma que me sorprendió el destino de aquel niño al que hacía cabalgar en mis rodillas hasta que se echaba a reír.

¿Qué le habían hecho? ¿Cómo era posible que esa fuera su vida? No era justo. Estaba a punto de llorar.

—¿Hay alguna manera de que pueda hablar con él en privado?

Catera no parecía muy convencida.

—Prefiere no hablar con sus clientes.

—No quiero ser una cliente —puntualicé con seriedad—. Resulta que nos conocemos.

Enarcó una ceja al escucharme.

—¿Sois su amiga?

—Algo parecido —contesté, renuente a confesarle nuestra verdadera relación. Saqué más dinero y se lo di—. Por favor, te pagaré lo que me pidas si me puedes conceder un momento a solas con él.

Tardó un instante en decidirse.

—Muy bien. Si podéis ir a mi prostíbulo esta noche…

—No pueden verme en un lugar así.

—Lo entiendo, pero dudo mucho que salga para veros. Se niega a ver a nadie fuera del prostíbulo. Hoy ha sido el primer día que he conseguido que salga desde que llegó. Pero —continuó con voz pensativa— si venís justo al amanecer… en ese momento apenas habrá nadie. Los sirvientes estarán limpiando y los clientes se habrán ido ya. Puedo dejaros entrar para verlo.

Le sonreí aliviada.

—Gracias. Te veré al amanecer.

18 de mayo, 9529 a. C..

Hacía frío al amanecer y yo estaba helada por culpa del miedo. Me escabullí a solas del palacio y atravesé la ciudad con sigilo, siguiendo las indicaciones de Catera hasta dar con su prostíbulo.

Tal como había predicho, no había nadie.

Me invitó a pasar a través de la puerta trasera y me guió en silencio por el establecimiento hasta una habitación situada al fondo. Llevaba la cabeza y el rostro cubiertos, y mantuve la mirada apartada de aquellas pobres almas con las que nos cruzamos.

Catera abrió una puerta.

Entré con paso inseguro, esperando encontrarme con Aquerón. Pero no lo vi. En cambio, escuché el chapoteo del agua en la estancia contigua y supuse que estaba dándose un baño.

El olor almizcleño del sexo flotaba en el aire e intenté no mirar hacia la cama, que estaba recién hecha. Cerré los ojos al pensar en Estigio y en el estilo de vida placentero y tranquilo que llevaba mientras que Aquerón se veía obligado a eso.

Ni siquiera alcanzaba a imaginar la degradación que Aquerón debía de sufrir todos los días. El dolor.

Entró en el dormitorio totalmente desnudo, secándose el pelo. Al verme junto a la puerta, se detuvo.

—Perdonadme, señora —dijo con esa voz ronca y sensual aderezada con un leve acento atlante. Me alegré de que al menos ya no tuviera las bolas en la lengua—. Creí que mi jornada nocturna había acabado.

Me bajé la capucha.

En cuanto me reconoció, me miró con los ojos entrecerrados.

—Vaya, la hermana Ryssa ha venido a verme. ¿Para salvarme o para joderme? ¿Qué va a ser? No, espera, que se me había olvidado. Tú eres capaz de hacer las dos cosas a la vez, ¿verdad?

Su desdeñosa hostilidad hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas. Pero claro, ¿cómo culparlo?

—No hace falta que seas tan burdo.

—Perdóname por mis toscos modales. Los putos no sabemos conversar como lo hace la gente decente. Solo hablan conmigo para instruirme en la forma más placentera de follarlos.

Soltó la toalla en la cama y caminó hasta la silla que había junto a la ventana. Se sentó sin mirarme siquiera y abrió la caja que descansaba en la mesa. Lo observé en silencio mientras depositaba unas semillas y flores extrañas en el interior de una vasija de barro. Después de encenderlas, tapó la vasija un instante y, acto seguido, la destapó, se la acercó a la nariz e inhaló.

—¿Qué estás haciendo?

Tomó unas cuantas bocanadas más del humo que ascendía de la vasija antes de alejársela de la nariz.

—Estoy inhalando xecnobia.

Al ver que lo miraba sin comprender, me lo explicó:

—Es una droga.

—¿Te duele algo?

Mi pregunta le arrancó una carcajada antes de que se inclinara para inhalar un poco más.

—En cierto modo —contestó al cabo de un rato. Me miró fijamente y me di cuenta de que volvía a tener el tic en el mentón—. La inhalo para olvidarme de todas las manos que me han tocado durante un solo día. Me ayuda a dormir en paz.

Había oído hablar de ese tipo de drogas, pero en mi mundo no existían. Sin duda fue Estes quien le enseñó a usarla. Al ver en lo que se había convertido el Aquerón que amasaba pan y jugaba con Maia, me entraron ganas de llorar.

—Dime, princesa, ¿a qué has venido? —me preguntó.

—Solo quería verte.

—¿Para qué?

—Estaba preocupada por ti. Ayer te vi en el mercado y quería saber cómo te iba.

Aquerón añadió unas cuantas flores secas más a la vasija y sopló para que prendieran.

—Me va bien. Ya puedes irte a casa para seguir durmiendo en la opulencia y con la conciencia tranquila. —El sarcasmo desdeñoso de sus palabras me desgarró el alma.

Meneé la cabeza mientras se me llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Por qué te haces esto?

Lo vi enarcar una ceja en un gesto burlón.

—Ryssa, soy un perro entrenado para esto. Me limito a seguir haciendo aquello para lo que me han educado.

—Pero es degradante. ¿Por qué has vuelto a esta vida?

Mi pregunta despertó su furia y me miró echando chispas por los ojos.

—¿Que por qué he vuelto a esta vida? Hermanita, hablas como si esto fuera algo malo. Pero para mí, es el paraíso. Solo tengo que follarme a diez o doce clientes en una noche, normalmente de uno en uno. Por fin me permiten comer sentado a la mesa y no en el suelo ni en el regazo de nadie. Nadie me obliga a suplicar por la comida, ni me castigan los escasos días que suelo enfermar y no puedo aceptar clientes. Si alguien me hace daño o lo intenta siquiera, Catera lo echa del prostíbulo y le prohíbe la entrada. Incluso me paga por mi trabajo y tengo un día libre a la semana. Y lo mejor de todo es que duermo solo. Nunca me habían tratado tan bien.

El horror de lo que me describía me dejó al borde del grito. Y saber que era cierto hacía que sus palabras fueran más dolorosas todavía.

—¿Te gusta vivir así?

Soltó la vasija de arcilla en la mesa y volvió la cabeza para atravesarme con esos ojos plateados.

—¿Tú qué crees, princesa?

—Creo que mereces muchísimo más que esto.

—En fin, eres la única que me ve como algo más que un puto. Pero voy a explicarte lo que ve el resto del mundo. Cuando me marché de la

Atlántida, me pasé semanas enfermo por culpa de las drogas que Estes me había obligado a tomar.

En ese momento recordé lo mal que lo había pasado precisamente por eso cuando lo rescaté.

—Solo tenía el himatión que me diste. No tenía ni dinero ni ropa. Nada.

—¿Y volviste a prostituirte?

—¿Qué otra alternativa me quedaba? Viajé de un lado para otro, tratando de encontrar cualquier otro empleo, pero nadie quería contratarme para trabajar. Cuando la gente me ve, solo quiere una cosa de mí y resulta que soy bueno en ello. Dime, princesa, si padre te arrojara mañana desnuda a la calle, ¿qué harías? ¿Qué sabes hacer para ganarte la vida?

Levanté la barbilla.

—Me las apañaría.

—Te desafío a que lo hagas, princesa. —Me señaló la puerta que estaba detrás de mí—. Vamos. Yo ni siquiera sé barrer. Lo único que sé hacer es utilizar mi cuerpo para proporcionar placer a los demás. Estaba enfermo, solo y no tenía referencias, amigos, familia ni dinero. Estaba tan débil por culpa de la falta de comida que incluso un mendigo me robó tu himatión mientras estaba tendido en el suelo esperando que me llegara la muerte. Fui incapaz de impedírselo. Así que no vengas aquí a mirarme por encima del hombro. No necesito tu caridad ni tu lástima. Sé muy bien lo que ves cuando me miras.

—¿Ah, sí?

Se puso en pie y levantó los brazos en cruz para mostrarme su magnífico cuerpo desnudo.

—Lo veo muy claro en tu cara. Lo que ves es el patético muchacho que le besaba los pies a su padre mientras le suplicaba que no volviera a enviarlo a un lugar donde lo obligarían a prostituirse. Lo que ves es al puto que complacía a un príncipe y al que echaron de su casa.

Negué sus palabras meneando la cabeza.

—No, Aquerón. Lo que veo es al niño que venía corriendo a por mí para preguntarme por qué sus padres no lo querían. A aquel niñito rubio que perseguía los rayos del sol en mi dormitorio y que se reía cuando creía cogerlos. Eres mi hermano y nunca veré nada malo en ti.

Su expresión se tornó tan furiosa que temí que me cruzase la cara.

—Lárgate.

Después de colocarme la capucha, me volví y salí de la habitación.

Esperé que me detuviera, pero no lo hizo.

Mis lágrimas aumentaban con cada paso que me alejaba de él. Lloraba por lo que acababa de descubrir: mi precioso Aquerón ha desaparecido y en su lugar hay un hombre que no quiere saber nada de mí.

Y lo peor es que no puedo culparlo. ¡Qué injusto es todo! Debería estar en sus aposentos reales, con criados a su disposición para satisfacer cada uno de sus caprichos.

En cambio, está encerrado en una pesadilla de la que no podemos liberarlo. Su destino no puede ser este. Aquerón debe estar destinado a otra vida mucho mejor.

Sin embargo, ¿cómo negar lo que he visto con mis propios ojos? Mi hermano tiene razón. La gente solo quiere una cosa de él. Y si mi padre se niega a darle su protección, la de Catera es mejor que ninguna.

Mi hermano se prostituye. Ya es hora de que acepte la realidad.

23 de mayo, 9529 a. C..

El día ha amanecido con la peor de las noticias. Me han comunicado que mi padre y sus senadores han decidido intentar aplacar al dios Apolo con un sacrificio humano.

Yo.

Desde que estallara la guerra entre Grecia y la Atlántida, los reyes griegos han estado intentando encontrar el modo de ponerle fin. Pero los apolitas que rigen la Atlántida nos odian y están decididos a convertir toda Grecia en una provincia atlante.

Temerosas de convertirse en esclavas de la tecnología superior de los atlantes, las ciudades estado griegas han luchado con todo lo que tienen a su alcance.

Por desgracia, no parece ser suficiente. Apolo favorece a los atlantes y a los apolitas que él mismo ha creado, los cuales habitan también en la isla. Tanto es así que mientras luchen a la luz del día, son invencibles.

Con los reyes griegos al límite de sus fuerzas, los sacerdotes y los oráculos se han reunido para recuperar, si es posible, el favor del dios Apolo de modo que vuelva a apoyar al pueblo que fue el primero en adorarlo.

—El dios solo puede ser distraído y conquistado por la más hermosa de las princesas —proclamó el Oráculo de Delfos ante todos.

Algún loco me endilgó a mí dicho papel.

En este momento sería capaz de matarlo.

—Padre, por favor —supliqué mientras lo seguía de camino al Senado. Estigio estaba hablando con él y no parecían tener tiempo para mí. Como de costumbre.

—Ya basta, Ryssa —me cortó con sequedad—. Ya hemos tomado una decisión. Serás la ofrenda a Apolo. Lo necesitamos de nuestro lado si queremos ganar esta guerra contra los atlantes. Mientras sigua favoreciéndolos y prestándoles su ayuda, estaremos perdidos. Si te conviertes en su amante, tratará con más benevolencia a nuestro pueblo, incluso puede que se ponga de nuestra parte.

Me enfurecía la idea de ser utilizada como moneda de cambio, de que me vendieran como a una… Me estremecí al pensar en Aquerón.

Por fin entiendo cómo se siente. Por fin entiendo lo que es no tener ni voz ni voto en lo que van a hacer con mi cuerpo.

Es una idea repugnante. Con razón me echó de su habitación. No me cabe la menor duda de que en mi desconocimiento le parecí una mojigata, hablando de un tema que ignoraba por completo.

Sin embargo, no había terminado con ellos. Decidida, seguí a padre y a Estigio por un pasillo secundario.

A medida que nos acercábamos al salón principal, la conversación de unos senadores que estaban en el atrio hizo que me detuviera de golpe.

—Es igual que Estigio.

Mi padre y mi hermano se detuvieron también al escucharlo.

—¿Qué dices? —preguntó otra voz.

—Es verdad —dijo el primer senador—. Ni siendo gemelos podrían parecerse más. La única diferencia es el color de sus ojos.

—Tiene unos ojos muy raros —interrumpió un tercer senador—. Es evidente que es el hijo de un dios, pero se niega a decir de cuál.

—¿Y dices que está en un prostíbulo?

—Sí —contestó el segundo hombre—. Krontes, hazme caso, tienes que ir a verlo. Fingir que es Estigio me ha ayudado enormemente a lidiar con el insoportable principito. Pásate un buen rato con Aquerón de rodillas y ya verás cómo la próxima vez que te encuentres con Estigio lo ves con otros ojos.

Se echaron a reír.

Me quedé blanca, pero padre y Estigio se pusieron rojos de la ira.

—Deberías haber asistido al banquete que celebramos anoche —dijo el primero—. Lo vestimos con ropas de príncipe y nos lo fuimos pasando de

unos a otros como si fuera una perra en celo.

Se me revolvió el estómago.

Padre se abalanzó sobre el grupo mientras les ordenaba a sus guardias que los arrestaran por difamar a Estigio de esa manera.

Por difamar a Estigio.

Una risa histérica me formó un nudo en la garganta al tiempo que me doblaba de dolor. Que Zeus no permita que insulten a Estigio. Eso sí, da igual que a Aquerón lo sometan a semejante degradación y que esté obligado a servirlos.

Aquerón no importa en lo más mínimo.

Al menos no le importa a nadie más que a mí.

23 de junio, 9529 a. C..

Salí sola del palacio al amanecer. Mi propósito era absurdo, pero debía hacerlo. Aquerón cumple hoy diecinueve años.

Sabía que nadie le había regalado nunca nada el día del aniversario de su nacimiento. Y me preguntaba si sabría exactamente qué día era. Recordé la celebración que había planeado para él y que mi padre arruinó al enviarlo de vuelta a la Atlántida.

Atravesé las desiertas calles de la ciudad en dirección al prostíbulo que ya visité anteriormente con su regalo aferrado bajo mi himatión.

Llamé a la puerta trasera y pregunté por Catera. Tras una breve espera, apareció y me miró con el ceño fruncido.

—Señora, ¿qué hacéis aquí?

Le sonreí con afabilidad.

—Quería ver otra vez a Aquerón. Será solo un momento.

La tristeza inundó sus ojos.

—Ojalá pudiera ayudaros, señora, pero ya no está aquí.

El miedo me heló el corazón.

—¿Cómo? ¿Adónde ha ido?

—No sé adónde se lo han llevado.

—¿Se lo han llevado? —repetí, pronunciando las palabras con mucho cuidado con la esperanza de haberla entendido mal.

Por desgracia, la había entendido a la perfección.

—Lo arrestaron hace un mes. Los soldados de la guardia real vinieron a por él una tarde. Irrumpieron por la puerta principal y exigieron ver al impostor que se hacía pasar por el príncipe. Lo sacaron de la cama mientras

dormía, lo encadenaron y se lo llevaron a rastras. No he vuelto a saber nada de él desde entonces.

Noté que se me caía el regalo al suelo porque se me habían entumecido los dedos, pero estaba tan petrificada que no podía moverme.

¿Mi padre se lo había llevado?

Por supuesto. Debería haberlo previsto. Seguro que envió a sus hombres el mismo día que escuchó la conversación entre los senadores. ¿Cómo había podido ser tan tonta como para pasarlo por alto?

Sin embargo, mis pensamientos habían estado centrados en mi inamovible destino con Apolo.

Catera recogió el regalo del suelo y me lo devolvió.

Le di las gracias sin darme cuenta de lo que hacía y me marché.

Me merecía cualquier cosa que me pasase por no haber antepuesto la seguridad de Aquerón a todo lo demás.

A saber lo que le habrán hecho.

Mi único consuelo es la certeza de que padre no puede ordenar su muerte. No sin matar a Estigio en el proceso.

Aquerón debe de estar en algún lugar del palacio. Y estoy dispuesta a dar con él y a liberarlo. Cueste lo que cueste.

23 de junio, 9529 a. C..

Cuando por fin averigüé el paradero de Aquerón ya era mediodía. Sabía que no tenía que preguntarle a mi padre, porque con eso solo conseguiría enfurecerlo y no me diría nada nuevo, de modo que me decanté por sobornar a los guardias de palacio.

Claro que es más fácil decirlo que hacerlo, porque la mayoría no sabe nada de nada y los que sí están al tanto temen la ira de mi padre y prefieren callar.

No obstante, a la postre conseguí las respuestas que buscaba. Mi hermano estaba en los subterráneos del palacio, donde se retenía a los criminales de peor calaña: violadores, asesinos, traidores…

Y un joven príncipe a quien su padre odiaba por la única razón de haber nacido.

No me apetecía bajar a un lugar donde se escuchaban los gritos y los lamentos de los condenados, donde se olía el hedor de su carne putrefacta a causa de las torturas. Solo la certeza de que Aquerón estaba allí me dio el valor necesario para hacerlo.

Estaba convencida de que si le hubieran dado la oportunidad de escoger, él tampoco estaría allí.

Descendí por tortuosos pasillos, arrebujada con el manto para mantener el calor. Allí abajo reinaban la humedad y el frío. La oscuridad. El rencor. La antorcha que llevaba conmigo apenas podía luchar contra la humedad.

A medida que pasaba por las celdas, aquellos que veían mi luz me pedían clemencia. Sin embargo, mi clemencia no les daría la libertad. Eso solo podía hacerlo la de mi padre.

Por desgracia, el rey desconocía el significado de esa palabra.

El capitán de la guardia me condujo hasta una portezuela situada al final del pasillo, pero se negó a abrirla. Desde el interior me llegaba el incesante goteo del agua, pero nada más. El olor nauseabundo que flotaba en el ambiente casi no me dejaba respirar. No tenía ni idea de dónde provenía. Era un lugar escalofriante.

—Dame las llaves. Te juro que nadie se enterará.

El guardia se quedó blanco.

—No puedo, alteza. Su majestad dejó muy claro que cualquiera que abriese esta puerta sería sentenciado a muerte. Tengo hijos a los que alimentar.

Entendía su miedo y no me cabía la menor duda de que mi padre lo mataría por la desobediencia. Bien sabían los dioses que había matado por mucho menos. De modo que le di las gracias y esperé hasta que se alejó para arrodillarme en el frío y húmedo suelo. Una vez así, abrí la trampilla diseñada para introducir comida en la celda desde el pasillo.

—¿Aquerón? —lo llamé—. ¿Estás ahí?

Me tumbé en el sucio suelo para echar un vistazo por la abertura, pero no veía nada. Ni a él ni a su ropa. Ni un rayo de luz.

Al cabo de un rato escuché un leve movimiento en el interior.

—¿Ryssa? —Su voz sonaba débil y ronca, pero el sonido me inundó de alegría.

Estaba vivo.

Metí la mano por la trampilla para tocarlo.

—Soy yo, *akribos*.

Sentí que me cogía la mano. Le temblaba un poco. Tenía los dedos muy delgados, casi esqueléticos, y su apretón era muy débil.

—No deberías estar aquí —me dijo con esa voz ronca—. Nadie tiene permiso para hablar conmigo.

Cerré los ojos al escuchar esas palabras e inspiré hondo para serenarme. Quería preguntarle si estaba bien, pero habría sido absurdo. ¿Cómo podía estar bien encerrado en una celda diminuta como un animal?

Le apreté la mano.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—No lo sé. No soy capaz de distinguir el día de la noche.

—¿No hay ventana?

Soltó una carcajada amarga.

—No, Ryssa. No hay ventana.

Su situación me dejó al borde de las lágrimas.

Me soltó la mano.

—Tenéis que iros, princesa. No pertenecéis a este lugar.

—Ni tú tampoco. —Intenté cogerle la mano una vez más, pero solo alcancé a tocar el suelo—. ¿Aquerón?

No me respondió.

—Aquerón, por favor. Solo necesito escuchar tu voz. Necesito saber que estás bien.

El silencio fue su respuesta.

Me quedé tendida en el suelo un buen rato, con la mano metida en la celda y con la esperanza de que volvería a cogérmela. Mientras esperaba seguí hablándole, a pesar de que se negaba a contestarme. Claro que no podía culparlo.

Tenía todo el derecho del mundo a estar enfadado. Ni siquiera alcanzaba a imaginarme el horror que debió de sufrir cuando lo arrastraron por las calles para encerrarlo en ese lugar.

¿Y por qué?

¿Por alguna afrenta imaginaria a ojos de mi padre? ¿Porque Estigio necesitaba restaurar su dignidad? Me daban asco.

No me marché hasta que un sirviente bajó para llevarle la cena. Un cuenco de sopa aguada y agua maloliente. La miré espantada.

Esa misma noche Estigio cenaría sus platos preferidos y comería hasta saciarse mientras los nobles se congregaban a su alrededor para desearle lo mejor y para complacer todos sus caprichos. Padre lo cubriría de regalos y lo bañaría con su amor y sus buenos deseos.

Mientras Aquerón seguía encerrado en una celda inmunda. Solo. Hambriento. Encadenado.

Con los ojos llenos de lágrimas observé que el sirviente cerraba la trampilla y nos dejaba a solas de nuevo.

—Feliz cumpleaños, Aquerón —susurré, a sabiendas de que él no podía escucharme.

22 de octubre, 9529 a. C..

Llevo preparando mi unión con Apolo unos cuantos meses. He tomado la costumbre de ir a visitar a Aquerón a su celda todas las mañanas, mucho antes de que comience la actividad en el palacio. Apenas habla, pero de vez en cuando logro arrancarle alguna que otra palabra.

Y para mí son un tesoro.

Ojalá pudiera mantener una conversación de verdad con mi hermano. Confieso con tristeza que a veces he sido muy brusca con él, incluso me he enfadado. Bajar a verlo me supone un gran esfuerzo y corro un gran riesgo al llevarle pan y dulces. Lo menos que podía hacer era tratarme con un mínimo de cordialidad.

Pero tal parece que le pido demasiado.

Esta tarde he mantenido una discusión con mi padre, Estigio y el sumo sacerdote en el gabinete del rey. Hemos hablado sobre mi vestimenta para la ceremonia que me unirá a Apolo.

En un principio el Consejo quería ofrecerme totalmente desnuda. Por suerte, el sacerdote los ha convencido de que no era una buena idea, de modo que ahora todo el mundo discute sobre el vestido adecuado y las joyas que debo llevar.

Mientras el escriba anotaba, Estigio cayó repentinamente enfermo. Se desplomó como si se hubiera quedado sin fuerzas y comenzó a temblar. Su cuerpo sufrió una repentina palidez y pareció debilitarse con cada latido de su corazón.

Aterrada, observé cómo padre lo cogía en brazos y lo trasladaba a sus aposentos. Los seguí, asustada por la causa de su desfallecimiento. Aunque

las peleas entre nosotros son habituales, quiero mucho a mi hermano y lo último que me apetece es verlo sufrir.

Padre lo dejó en la cama y llamó a un médico. Me acerqué para intentar ayudar, pero no había nada que pudiera hacer. Estigio ni siquiera hablaba. Respiraba como si tuviera la garganta seca y los pulmones dañados. Me miró a los ojos, aterrado por lo que le estaba pasando.

Le cogí una mano y comencé a rezar por él, tal como hacía con Aquerón. Era extraño que Estigio tolerara mis caricias, un claro indicio de lo mal que se encontraba.

Cuando los médicos llegaron, mi hermano estaba muy blanco y demacrado.

Me alejé para que pudieran examinarlo y me limité a observarlos, presa del nerviosismo.

—¿Qué tiene? —preguntó mi padre con manifiesta preocupación.

Los médicos parecían anonadados.

—Nunca he visto nada semejante, señor.

—¿Cómo? —pregunté con un hilo de voz.

El médico que estaba al cargo suspiró.

—Es como si estuviera a punto de morir por culpa del hambre y la sed, a pesar de estar bien alimentado. A tenor de su aspecto, morirá a lo largo del día. No tiene sentido. ¿Cómo es posible que el príncipe presente estos síntomas?

Se me paralizó el corazón al escucharlo y supe al instante la causa de la enfermedad de Estigio.

—Aquerón —le dije a mi padre—. Se está muriendo.

Él no me escuchó. Estaba demasiado ocupado exigiéndoles a los médicos que salvaran a su heredero.

—¡Padre! —grité al tiempo que lo zarandeaba de un brazo para que me hiciera caso—. Estigio se está muriendo porque Aquerón se está muriendo. ¿No recuerdas lo que dijo la curandera cuando nacieron? Si Aquerón muere, Estigio muere también. Aquerón es quien se muere de hambre en la celda. Si lo sanamos, Estigio se salvará.

Mi padre convocó a su guardia con gesto colérico y les ordenó que llevaran a Aquerón a la sala del trono.

Corrí tras ellos mientras atravesaban el palacio en dirección a las celdas subterráneas para liberarlo. Como siempre, el lugar estaba a oscuras y apestaba. Detestaba ese sitio y me sacaba de quicio que mi hermano llevara meses encerrado en él.

Con el corazón desbocado, me mantuve alejada mientras abrían la puerta de la celda. Por fin iba a volver a verlo.

Los guardias se alejaron y vi a mi hermano.

En la vida había utilizado ninguna maldición, pero solté la más profana que conocía nada más ver cómo lo habían tratado.

La celda era tan pequeña que Aquerón se había visto obligado a permanecer sentado. Era incluso más pequeña que el cubículo de castigo que Estes utilizaba en la Atlántida. Mi hermano yacía acurrucado en el suelo. No había luz en el interior de la celda.

Había vivido en una completa oscuridad y rodeado por la inmundicia varios meses. Sin poder moverse, ni estirarse, ni siquiera aliviar sus necesidades en otro lugar. Ni a los animales los trataban con tanta crueldad. ¿Por qué no me había dicho mi hermano lo que había al otro lado de la puerta de la celda?

Uno de los guardias intentó sacarlo tirando de él. Aquerón acabó tendido en el pasillo, demasiado débil como para moverse. El hedor que desprendían tanto él como el cubículo era tan insoportable que me revolvió el estómago. Tuve que taparme la nariz para no vomitar.

Me di cuenta de que respiraba de forma superficial y trabajosa. Estaba tan delgado que ni siquiera me parecía real. Estaba en los huesos. Le había crecido la barba y el pelo caía sobre sus hombros como si fuera una frágil telaraña. Parecía un anciano, no un muchacho de diecinueve años.

Me arrodillé a su lado y me coloqué su cabeza en los muslos.

—¿Aquerón?

No me contestó. Al igual que Estigio, estaba demasiado débil y era incapaz de hacer otra cosa que no fuera mirarme.

—Llevadlo a mis aposentos —le ordené a uno de los guardias.

—Señora —protestó con cara de asco—, está cubierto de suciedad.

—Si no lo llevas hasta mi cama ordenaré que te azoten por tu insolencia.

Titubeó antes de obedecer. Le ordené a otro que fuera en busca de comida y bebida, mientras lo llevábamos hasta mis aposentos.

Cada paso me parecía eterno. Me resultaba increíble que el despojo humano que el guardia llevaba en brazos fuera el mismo muchacho que había jugado con Maia en el jardín. ¿Cómo podía haberle hecho eso mi padre?

¿Cómo podía haberlo permitido Aquerón?

Una vez en mis aposentos, el guardia lo dejó en mi cama y salió a toda prisa. Ordené a mis sirvientas que trajeran agua y paños limpios para poder asearlo un poco.

Era horrible verlo así. Tan débil, y con ese hedor… ¿Cómo era posible que alguien sufriera tanto? No sabía qué hacer.

Usé la sábana para limpiarle la cara.

Mis sirvientas regresaron al mismo tiempo que llegaba la comida.

Acuné la cabeza de mi hermano mientras intentaba darle trocitos de pan. Sin embargo, él no parecía dispuesto a masticarlos. Tal vez estuviera demasiado débil como para hacerlo o tal vez ni siquiera supiera lo que tenía en la boca.

—Señora —me dijo Cassandra—, os arruinaréis la ropa si lo sostenéis así.

—No me importa. —Y era cierto. Lo único que importaba era salvarle la vida a mi hermano. Vertí un poco de vino en su boca—. Come, Aquerón —susurré.

Él volvió la cabeza muy despacio.

—Por favor —suplicó con un hilo de voz—, déjame morir.

Las lágrimas me provocaron un nudo en la garganta al comprender que debía de haber llegado a ese estado a propósito. Había rechazado la comida y el agua, ansiando la muerte que lo liberaría de ese agujero donde lo habían encerrado.

Lo más piadoso era dejarlo marchar.

Pero me resultó imposible. Porque no solo lo perdería a él, también perdería a Estigio, y los quería a ambos.

—Quédate conmigo, Aquerón —murmuré.

Sin embargo, no quiso hacerlo. Se aferró durante días a la muerte mientras yo contemplaba con impotencia cómo los médicos de mi padre lo obligaban a tragarse la comida que él intentaba escupir. Atendieron todas sus necesidades con implacable crueldad.

Lo mantuvieron atado a mi cama mientras lo obligaban a separar los labios para que bebiera leche, vino y miel. Él intentaba rechazarlo todo, pero lo único que lograba era que lo golpearan, que le inmovilizaran la cabeza y que le taparan la nariz hasta que se veía obligado a tragar.

Los maldijo a todos y me maldijo a mí.

Claro que no podía culparlo.

Cada día era una pesadilla para él, mientras que Estigio recuperaba sus fuerzas rodeado de todas las comodidades, arrullado por las alabanzas de todos aquellos que lo atendían y satisfacían sus necesidades. Aquerón estaba cubierto de moratones, sobre todo en la cara, debido a la fuerza con la que le sujetaban la mandíbula inferior. Los médicos insistían en «alimentarlo» al menos cada dos horas.

Cada vez que aparecían los guardias y los sirvientes con la comida, se tensaba y su furiosa mirada se clavaba en mí, culpándome por todo lo que le pasaba.

A medida que se recuperaba, los forcejeos fueron aumentando hasta que llegó un momento en el que dejó de debatirse. Las miradas furiosas fueron reemplazadas por una resignada desesperación que me resultaba muchísimo más dolorosa. No obstante, al ver que lo han dejado atado, me he dado cuenta de que no he logrado mejorar su situación.

Lo único que he hecho es llevarlo a un lugar más cómodo.

Pero su realidad sigue siendo la misma.

1 de noviembre, 9529 a. C..

Padre ha ordenado hoy que trasladen a Aquerón a una nueva habitación, situada en el mismo pasillo que la mía. Otra vez está encadenado a una cama, con los brazos y las piernas inmovilizados, pero al menos está vestido. Continúan alimentándolo a la fuerza, pero ahora solo lo hacen cinco veces al día.

Me aseguro de pasar con él todo el tiempo que puedo, y siempre que lo veo mi corazón se rompe un poquito más.

Aquerón nunca se mueve ni habla durante mis visitas. Se limita a guardar silencio con la vista clavada en el techo, indiferente a todo lo que pasa a su alrededor.

—Ojalá me hablaras, Aquerón.

Se comporta como si ni siquiera estuviera en la habitación.

—Te quiero. Lo sabes, ¿verdad? No quiero verte de esta manera. Por favor, hermanito. ¿Por qué no me miras?

Ni siquiera parpadea.

Su falta de respuesta me exaspera, y una parte de mí quiere desahogarse insultándolo. Pero me muerdo la lengua. Bastantes insultos recibe de parte de mi padre, de los guardias y de los sirvientes que lo obligan a comer.

No puedo hacer nada más por él. Derrotada por esa idea, siempre acabo saliendo de su habitación con impotencia y sigo con mis preparativos para recibir a Apolo.

20 de noviembre, 9529 a. C..

Aquerón sigue acostado y sin moverse, con la vista clavada en el techo como de costumbre y sin mirarme siquiera mientras yo le hablo. ¿Qué tengo que hacer para que al menos me mire? No puede seguir ahí acostado sin hacer nada. Claro que después de haber pasado meses acurrucado en el suelo de un agujero, estará acostumbrado a no moverse.

—Ojalá hablaras conmigo, Aquerón. Echo de menos nuestras conversaciones. Eras mi mejor amigo. La única persona con la que puedo hablar sin que luego le cuente a padre lo que le he dicho —le reproché.

No obtuve ninguna reacción por su parte, como de costumbre.

Sufriendo por él, me puse en pie para alejarme de la cama y noté algo raro. Fruncí el ceño y me acerqué a los pies de la cama para inspeccionar uno de los grilletes que tenía en torno a los tobillos. Tardé un momento en reconocer lo que estaba viendo. Sangre. Seca en algunos sitios pero fresca en otros. En el metal.

Di un respingo al ver la piel herida y ensangrentada que prácticamente quedaba oculta por el grillete. Así que Aquerón no siempre estaba tan inmóvil. A tenor de las heridas que tenía en los tobillos y en las muñecas, luchaba con todas sus fuerzas para liberarse cada vez que se quedaba solo.

Al ver la sangre, comencé a verlo todo rojo. Ya no aguantaba más abusos.

Hirviendo de furia, salí de su habitación y fui en busca de mi padre.

Tras una breve búsqueda, me informaron de que estaba en la zona de prácticas mientras Estigio se ejercitaba con la espada.

—¿Padre?

La mirada irritada que me lanzó me dejó claro que no le gustaba que lo interrumpiera mientras animaba a Estigio.

—¿Algún problema?

—Pues sí, la verdad. Quiero que liberes a Aquerón. Lo exijo.

Mi orden le resultó graciosa.

—¿Por qué? ¿Qué va a hacer una vez libre?

Quería hacerle entender que estaba torturando a alguien que nunca le había hecho daño. Alguien que era carne de su carne y sangre de su sangre.

—No puedes tenerlo atado a la cama como si fuera un animal, padre. Es una crueldad. Ni siquiera puede atender sus propias necesidades.

—Ni tampoco puede humillarnos.

—¿Humillarnos?

—Mujeres… —masculló—. Qué ciega estás. ¿Es que no ves lo que es?

Por supuesto que sabía exactamente quién y qué era mi hermano.

—Solo es un muchacho, padre.

—Es un puto —replicó con tanto veneno como el que había en el foso de las serpientes donde arrojaba a sus enemigos.

Eso avivó mi ira.

—Era un esclavo torturado al que arrojaste a la calle. ¿Qué se suponía que debía hacer?

Su respuesta fue un gruñido furioso, pero no me amilané.

—No toleraré esto, padre. No pienso aguantarlo más. Así que como no le quites esos grilletes, me raparé la cabeza y me desfiguraré la cara de modo que ni Apolo ni nadie me quiera.

—No serás capaz.

Lo miré de igual a igual por primera vez en mi vida. Albergaba la certeza de que sería más que capaz de llevar a cabo dicha amenaza.

—Lo haré por la vida de Aquerón. Se merece mucho más que mantenerlo encadenado de esa forma.

—No se merece nada.

—En ese caso, busca a otra que se prostituya para Apolo.

Vi que sus ojos se oscurecían de tal forma que supe que iba a abofetearme.

Sin embargo, se contuvo y a la postre gané la batalla.

Esta misma tarde lo liberaron de los grilletes. Sin embargo, él siguió quieto en la cama, observándolo todo con recelo. Esperando la siguiente tortura.

Una vez que le quitaron los grilletes, ordené a los soldados que se marcharan de la habitación. Aquerón no se movió hasta que nos quedamos solos. Poco a poco y con evidente furia, se incorporó y me lanzó una mirada asesina. Sus músculos estaban debilitados por la falta de uso.

Tenía el pelo sucio y enredado. La piel, pálida por la oscuridad en la que había vivido. La cara, cubierta por una espesa barba. Tenía unas profundas ojeras, sin embargo ya no estaba demacrado. La comida que le habían obligado a tragarse de forma tan atroz le había ayudado a ganar algo de peso, de modo que volvía a parecer humano.

—No puedes salir de la habitación —le advertí—. Padre fue muy explícito en los términos de tu liberación. Podrás moverte con libertad siempre y cuando te mantengas oculto.

Mis palabras lo dejaron petrificado y sus ojos me atravesaron con una mirada gélida.

—Al menos ya no estás encadenado.

No me habló. Como de costumbre. Fueron esos ojos turbulentos los que me hablaron. A gritos. De su dolor, de la agonía que conformaba su vida. Sus ojos delataban su sufrimiento y me acusaban.

—Mis aposentos están en este mismo pasillo, la segunda puerta a la…

—No puedo salir de aquí —masculló—. ¿No es eso lo que acabas de decir?

Abrí la boca, pero la cerré al punto. Tenía razón. Se me había olvidado.

—En ese caso, vendré a visitarte.

—No te molestes.

—Aquerón…

Me interrumpió con una mirada cortante.

—¿Recuerdas lo que me dijiste la última vez que fuiste a verme a mi celda?

Intenté hacer memoria. Estaba enfadada con él por su mutismo, pero no recordaba nada más.

—No.

—«Me da igual si mueres. Ya no pienso preocuparme más por ti.»

Di un respingo al escuchar esas palabras que jamás debí haber pronunciado. Me llegaron al alma, pero comprendí que la herida tuvo que ser muchísimo peor para él. Ojalá hubiera sabido la verdad de lo que había en la celda…

—Estaba enfadada.

Lo vi torcer el gesto.

—Y yo estaba demasiado débil como para contestarte. Es difícil hablar cuando llevas meses con la única compañía de las ratas y la oscuridad. Pero claro, tú no sabes lo que es que te muerdan las ratas o te piquen las pulgas, ¿verdad? No sabes lo que es estar acostado sobre tu propia mierda.

—Aquerón…

Lo vi resoplar por la nariz.

—Déjame, Ryssa. No necesito tu caridad. No necesito nada de ti.

—Pero…

Me sacó de la habitación a empujones y me cerró la puerta en las narices.

Me quedé un rato mirando la puerta hasta que noté un movimiento. Los guardias. Mi padre había dispuesto que vigilaran la habitación para asegurarse de que se cumplían sus órdenes.

Así que ese es su destino. Mis esfuerzos solo han conseguido cambiar la ubicación de su cárcel. Sigue sin ser libre.

Mi alma sufre por él. Está vivo, pero ¿qué sentido tiene estarlo así? Tal vez hubiera sido más caritativo dejarlo morir. Claro que nunca habría sido capaz de hacerlo. Es mi hermano y lo quiero, aunque él me odie.

He regresado a mis aposentos con el estómago revuelto, pero tampoco aquí he hallado la paz. No pensé en el bienestar de Aquerón. Fui desconsiderada con él. Cruel. Con razón no quería hablar conmigo…

Sin embargo, no puedo dejar las cosas así. Le daré un poco de tiempo. Tal vez acabe superando el rencor.

O al menos tal vez logre perdonarme por haberme comportado con él como todos los demás. Por haberle hecho daño en vez de luchar por él.

1 de diciembre, 9529 a. C..

Conforme han pasado los días, he ido descubriendo cuáles son las órdenes de mi padre con respecto al trato que debe recibir Aquerón. Nadie tiene permitido entrar en su habitación, solo yo y eso que ni siquiera me mira, y todo lo que mi hermano toca debe acabar en el fuego.

Todo.

Sus platos, sus sábanas… Incluso su ropa. Es la humillación pública de mi padre hacia mi hermano.

La idea me revuelve el estómago… Pero hay otra cosa peor que acabo de descubrir.

Hace poco fui con unas amigas a ver una obra de teatro a plena luz del día. No es habitual, pero Zateria está enamorada de uno de los actores e insistía en que le diera mi opinión.

Estábamos riéndonos cuando me percaté de alguien sentado dos filas por debajo de nosotras, en la zona de la plebe. Estaba solo y vestido con un peplo. Tenía la capucha echada sobre la cabeza, de modo que su rostro estaba oculto. Aun así, me resultaba familiar.

Cuando terminó la representación y el hombre se levantó, comprendí el porqué de esa sensación.

Era Aquerón.

Lo vi cubrirse todavía más con la capucha, pero ya había visto su apuesto rostro. Además, sabía que Estigio nunca se rebajaría a asistir a algo tan vulgar como una representación teatral diurna. Aunque lo hubiera hecho, nunca se habría sentado en ese lugar.

Me disculpé con mis amigas para seguirlo.

—¿Aquerón?

Lo vi titubear un instante antes de cubrirse todavía más con la capucha y continuar caminando.

Corrí para alcanzarlo y lo obligué a detenerse.

Me miró con frialdad.

—¿Vas a decírselo?

—No —susurré, a sabiendas de que se estaba refiriendo a nuestro padre —. ¿Por qué iba a hacerlo?

Hizo ademán de alejarse, pero volví a detenerlo.

Me miró con expresión exasperada.

—¿Qué quieres, Ryssa?

—¿Cómo has conseguido salir? Los guardias…

—Los he sobornado —me interrumpió con voz cortante.

—¿Con qué? No tienes dinero.

La mirada que me lanzó fue suficiente respuesta. Se me revolvió el estómago al pensar en lo que tenía que hacer para salir del palacio.

Entrecerró los ojos.

—No pongas esa cara, Ryssa. Me han vendido por muchísimo menos que una tarde de libertad. Al menos no me hacen daño.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—No puedes seguir haciendo esto.

—¿Por qué no? Parece que es para lo único que me quieren.

—Eso no es verdad.

—¿No?

Lo observé quitarse la capucha con brusquedad. Y también me percaté del cambio que se obró en todos aquellos que estaban cerca nada más verlo.

El repentino silencio resultó ensordecedor. La tensión era sofocante. Además, Aquerón se había convertido en el centro de atención.

Todos los ojos estaban clavados en él.

Las mujeres empezaron a cuchichear en corrillos mientras intentaban mirarlo con disimulo. Los hombres no eran tan sutiles. Era evidente que todos lo miraban con anhelo. Con deseo.

Yo no era inmune a ese magnetismo sobrenatural, pero al menos su efecto quedaba mitigado por nuestra relación familiar.

—¿Quieres saber cuál es la razón por la que nuestro padre me odia?

Negué con la cabeza. Ya conocía la respuesta. Él mismo lo dijo el día que padre lo desterró. Porque nuestro padre también se sentía atraído por él y lo despreciaba por ello.

Aquerón pasó por mi lado y salió del teatro. A cada paso que daba le llovían las ofertas y las invitaciones. Incluso después de volver a cubrirse con la capucha, la gente siguió llamándolo y persiguiéndolo por la calle.

Yo también corrí tras él.

—No seas así —le dijo un hombre—. Seré un benefactor de lo más generoso.

—No necesito un benefactor —replicó Aquerón sin detenerse.

El hombre lo agarró con muy malos modos.

—¿Qué quieres?

—Quiero que me dejen tranquilo.

—Dime tu precio —insistió mientras le quitaba la capucha—. Te pagaré lo que me pidas.

Los ojos de mi hermano adquirieron esa mirada vidriosa al tiempo que se zafaba del desconocido con un empujón.

—¿Qué pasa aquí?

Se me heló la sangre en las venas al reconocer la voz imperiosa y hostil de mi padre. Estaba tan pendiente de Aquerón y del desconocido que no me había dado cuenta de que padre y su séquito estaban cerca.

En ese momento padre tenía la vista clavada en Aquerón, cuya expresión se había tornado pétrea.

Padre le subió la capucha con un ademán furioso antes de empujarlo hacia los guardias, que recibieron la orden de apresarlo. Aquerón fue escoltado de vuelta al palacio, donde padre mandó azotarlo por su desobediencia.

Intenté mitigar el castigo, pero padre no me hizo caso. Arrastraron a Aquerón al patio situado junto a la sala del trono, un lugar reservado para los castigos. Los guardias lo desnudaron y le dieron sesenta y cinco azotes en la espalda. Fui incapaz de mirar, pero escuché el látigo sisear en el aire y golpearlo una y otra vez.

Aquerón gruñó un par de veces y en varias ocasiones cayó al suelo, pero mi padre les ordenaba siempre a los guardias que lo obligaran a levantarse. No soltó ni un solo grito.

Cuando por fin terminó el castigo, me volví y vi a mi hermano contra el poste, sangrando y con las manos todavía atadas. Los guardias lo cubrieron con un tosco manto antes de cortar las cuerdas y llevarlo a rastras a su habitación, donde lo encerraron.

Lo único que pude hacer fue abrazarlo. Y en esa ocasión, no me rechazó. Apoyó la cabeza en mi regazo como acostumbraba a hacer cuando éramos niños. Cuando me suplicaba que le explicara por qué sus padres lo odiaban tanto.

Esperé a que alguien fuera a curarle las heridas de la espalda.

Nadie se presentó.

Después me enteré de que padre lo había prohibido.

De modo que me quedé un buen rato con él, abrazándolo, sujetándole la cabeza mientras lloraba por el dolor.

Aunque no supe si el dolor se debía a las heridas de la espalda o a las que había sufrido en el corazón. ¡Por los dioses, cómo deseaba volver a aquel día en la huerta, cuando solo existíamos Maia, Aquerón, yo y nuestras risas! Cómo deseaba llevármelo a un lugar donde pudiera ser libre, donde pudiera mostrarse despreocupado y donde pudiera ser el muchacho normal de diecinueve años que debería ser.

Cuando por fin se quedó dormido, seguí acariciándole su pelo dorado con la vista clavada en las heridas de su espalda. Ni siquiera alcanzaba a imaginar lo que debía de dolerle.

—Te quiero, Aquerón —susurré, deseando que mi amor bastara para librarlo de todo ese sufrimiento.

10 de diciembre, 9529 a. C..

No le he dicho a nadie que Aquerón sigue escabulléndose del palacio para asistir a las representaciones teatrales. Casi siempre lo sigo para asegurarme de que nadie lo molesta. De que nadie descubre lo que hace.

Se mantiene oculto entre las sombras, resguardando su belleza y su identidad con celo. Camina entre la multitud con la cabeza gacha y la mirada clavada en el suelo.

Se arriesga demasiado. Y ambos lo sabemos. El otro día le pregunté por qué lo hacía y me dijo que era su único consuelo. Que le gustaba ver a los actores representar sus personajes. Que le gustaba fingir que era uno de ellos.

¿Cómo voy a culparlo cuando hay tan pocas alegrías en su vida?

Ahora que el día de mi unión con Apolo se acerca, suelo pasar más tiempo en la habitación de Aquerón. Es el único que no ve ese acontecimiento como un momento mágico que yo debería desear con alegría y entusiasmo.

Lo ve tal como es: algo horrible.

Yo también voy a prostituirme. Pero a ojos de mi padre, el hecho de convertirme en una puta es algo noble y maravilloso.

—¿Me dolerá mucho cuando me posea? —le pregunté a Aquerón mientras estábamos sentados en su terraza, contemplando el mar a nuestros pies.

Yo en el suelo y él en la balaustrada, como de costumbre, a pesar de la precaria posición y del mar embravecido.

Las alturas me dan pánico, pero él parece ajeno al peligro.

—Depende de Apolo y del humor que tenga ese día. Siempre depende del otro y de la fuerza que emplee. De la satisfacción que le cause verte sufrir.

Eso no me tranquilizó en absoluto, ya que es imposible controlar el estado de ánimo de otra persona.

—¿Fue dolorosa tu primera vez?

Lo vi asentir con la cabeza de forma casi imperceptible y con la mirada perdida.

—Al menos tú no tendrás espectadores cuando te viole.

—¿Tú los tuviste?

No me contestó, pero ni falta que hacía. Me bastó con ver su expresión.

Me compadecí del horror que debió de sufrir y clavé la mirada en el cordoncillo que tenía en las manos, el cual no paraba de retorcer.

—¿Crees que Apolo me hará daño?

—No lo sé, Ryssa —me contestó con impaciencia.

No le gusta hablar de sexo. En realidad, no le gusta hablar. Punto.

Sin embargo, necesitaba saber lo que me iba a pasar y nadie quería hablarme de esas cosas. Enfrenté su turbulenta mirada.

—Pero ¿me dolerá mucho?

Volvió la cabeza y clavó la vista en el mar.

—Intenta no pensar cuando llegue el momento. Cierra los ojos e imagina que eres un pájaro. Que vives ahí arriba, entre las nubes, y que nada puede tocarte. Que eres libre para ir adonde te apetezca.

—¿Eso es lo que tú haces?

—A veces.

—¿Y las otras veces?

No me contestó.

Así que seguimos sentados en silencio, escuchando las olas romper contra las rocas, bajo nosotros. Por fin comprendo parte de su dolor. Parte de la humillación a la que lo han sometido. Yo no quiero el futuro que han decidido para mí y, sin embargo, no puedo hacer nada para evitarlo.

Mientras escuchaba el rumor de las olas, recordé los días que pasamos juntos en el palacio de verano. Recordé su costumbre de sentarse en las rocas para escuchar el mar y las voces que lo llamaban.

—¿Sigues escuchando las voces, Aquerón?

Asintió con la cabeza.

—¿Las oyes ahora mismo?

—Sí.

Los dioses, que lo llamaban, me había dicho en aquel entonces. Que le decían que volviera a casa.

—¿Alguna vez has pensado en obedecerlos?

Negó con la cabeza.

—No quiero volver a la Atlántida. La odio.

Es comprensible, pero su respuesta hizo que me preguntara hasta qué punto odia nuestra isla. El sufrimiento lo persigue allí donde vaya, y él no tiene la culpa. Qué horrible debe de ser no poder mostrar tu cara por temor a que la gente se abalance sobre ti. Allá donde va, si alguien se acerca a él, sufre un violento deseo de poseerlo que desafía la lógica.

Hasta yo lo deseo. Menos mal que Aquerón no puede leer mis sucios pensamientos, los cuales me asaltan cuando menos lo espero y en los peores momentos.

Sin embargo y al contrario que todos los demás, nunca me he dejado llevar por el deseo y nunca lo haré. Es mi hermano y solo quiero protegerlo. A diferencia del resto de mi familia él me ve tal como soy y me quiere pese a mis defectos. De la misma forma que yo lo quiero pese a los suyos.

—¿Me acompañarás mañana al templo? —le pregunté en voz baja.

La pregunta pareció sorprenderlo.

—Por favor, Aquerón. Estoy muy asustada por todo esto. No quiero ser la concubina de un dios. Nunca me ha tocado ningún hombre. Nunca me han besado. No sé si tengo el valor para seguir adelante con esto.

—No es difícil, Ryssa. Limítate a tumbarte y a fingir que te gusta.

—¿Y si no me gusta?

—Finge. Apolo estará tan pendiente de su propia satisfacción que no notará si tú te encoges o lloras. Alaba su maestría y dile que has disfrutado mucho. Así lo contentarás.

Alargué un brazo y lo cogí de la mano. Contemplé la fuerza de sus tendones bajo la piel morena. Había sufrido tanto que me pareció ridículo

quejarme por el destino que me aguarda. A él no lo ha consolado nadie en ningún momento de su terrible vida.

—Por favor, ven conmigo.

Me miró con expresión reticente. No quería hacerlo, pero acabó accediendo.

Agradecida, le besé la mano y le di un fuerte apretón.

Solo él comprende mis temores. Solo él sabe lo que se siente cuando te venden en contra de tu voluntad.

En ese sentido somos almas gemelas.

11 de diciembre, 9529 a. C..

Aunque intenté dormir con todas mis fuerzas, no pude conciliar el sueño. Iba a ser el peor día de toda mi vida. Mi padre iba a entregarme a un dios…

Cuando llegó el momento de irnos al templo, encontré a Aquerón en el pasillo, delante de la puerta de mis aposentos, ataviado con el peplo de color claro con el que solía ir al teatro. Como de costumbre, llevaba la cabeza cubierta para protegerse de los demás.

Le agradecí enormemente que accediera a ir conmigo porque sabía que no quería hacerlo. Quería cogerle la mano para armarme de valor, pero no lo hice por miedo a llamar la atención sobre su persona. Lo último que quería era que le hicieran daño por mi culpa.

Sin mediar palabra nos siguió a mí y a mis doncellas fuera del palacio. Creía que padre me esperaría en el exterior, pero me dijeron que ya se encontraba en el templo.

Titubeé al llegar a la calle, ya que el valor me abandonó y el miedo me aflojó las rodillas.

Me volví para mirar a Aquerón a los ojos.

—¿Debería huir?

—Cada vez que yo lo intenté, me encontraron y acabé arrepintiéndome por haber tratado de escapar.

Se me formó un nudo en el estómago al recordar nuestra huida de la Atlántida. Me contó que lo habían castigado por mi culpa, pero no quiso entrar en detalles.

—¿Qué te hizo nuestro tío después de que yo te sacara de…?

Me colocó los dedos en los labios y meneó la cabeza.

—Es mejor que no lo sepas.

Clavé la mirada en sus ojos plateados y vi el dolor que se reflejaba en ellos, y por fin entendí por qué nunca había dejado atrás la vida que nuestro tío le había enseñado. También recordé lo que me había dicho en el prostíbulo.

Como ninguno de los dos sabía un oficio, no podíamos hacer nada. No teníamos medios para valernos por nosotros mismos.

«Viajé de un lado para otro, intentando encontrar cualquier otro empleo, pero nadie quería contratarme para trabajar.»

Sus palabras me atormentaron en ese momento.

Aquerón tenía razón. Me encontrarían y me castigarían.

Inspiré hondo para armarme de valor, me di la vuelta y eché a andar hacia el templo.

Había una multitud congregada, vitoreando porque iban a venderme en contra de mi voluntad a un dios. Seis muchachas me esperaban con cestos llenos de pétalos de rosas blancas y rojas, que empezaron a esparcir a mis pies mientras me dirigía al templo de Apolo.

Mi padre estaba en la puerta del templo. Me sonreía, pero cuando su mirada recayó en mi alto «guardia», la sonrisa se esfumó.

Una mueca asqueada apareció en su rostro.

—¿Qué hace aquí?

—Le he pedido que venga.

Padre apartó a Aquerón de un empujón.

—Tiene prohibida la entrada. Es impuro.

—Quiero que me acompañe.

—¡No!

Cuando miré a Aquerón, vi que levantaba la barbilla como si esas palabras no lo afectaran, pero también vi el dolor en sus ojos.

—Te esperaré fuera, Ryssa.

Padre emitió un resoplido asqueado, y supe que solo el miedo a causar una escena delante de Apolo evitó que tomara represalias. No obstante, Aquerón recibiría su castigo más tarde. No me cabía la menor duda.

Extendí la mano hacia él, pero padre me empujó hacia la puerta. Se me formó un nudo en la garganta y se me llenaron los ojos de lágrimas. Quería

gritarle a Aquerón que me acompañase, pero no me salía la voz.

Aquerón se alejó entre la multitud.

Quería verlo. Necesitaba su fuerza, pero no podía hacer nada.

En contra de mi voluntad me metieron en el templo, empujándome hacia un destino del que no quería formar parte…

Aquerón

9529 a. C. — 7382 a. C.

11 de diciembre, 9529 a. C..

Aquerón se alejó del templo de Apolo, consumido por la furia y la impotencia. Estaba harto de que le recordaran constantemente su sitio en el mundo.

De que le recordaran que no era nada.

Sabía a ciencia cierta que su padre lo castigaría luego. Aunque le daba igual.

Ya no sentía el dolor físico como el resto de las personas. Después de tantos abusos y torturas, estaba vacío por dentro y solo sentía ira y odio.

Dos emociones que ardían de forma constante en su interior.

Lo habían obligado a prostituirse y para colmo se lo reprochaban como si la decisión hubiera sido suya. Como si le gustara que lo manosearan y lo sometieran.

Que así fuera.

Mientras pensaba en algún modo de vengarse de aquellos que lo habían condenado a semejante destino, se descubrió caminando en dirección al templo situado frente al de Apolo.

Estaba vacío. Seguro que los sacerdotes y los sirvientes de ese templo estaban al otro lado de la calle, disfrutando del sacrificio de su hermana.

Putos cerdos.

No había nada con lo que la gente disfrutase más que con la humillación del prójimo, sobre todo si era un miembro de la realeza. Porque eso les otorgaba una falsa sensación de poder. De superioridad. Sin embargo, en el fondo todos eran conscientes de la verdad. En realidad, lo que sentían era un profundo agradecimiento porque no eran ellos los degradados.

Entró en el templo y caminó por la nave central, flanqueada por las gigantescas columnas que se alzaban hacia el cielo. El fondo de la nave estaba presidido por la estatua de una mujer. Esa era la primera vez que pisaba el interior de un templo. Los putos tenían prohibida la entrada porque los dioses los habían abandonado y el resto de la humanidad los había condenado por ello.

Se quitó la capucha con gesto desafiante mientras contemplaba la imagen de la diosa. La estatua era de oro macizo y la mujer que representaba era muy hermosa. Su peplo parecía agitarse a causa de una brisa invisible. Llevaba un arco en una mano y un carcaj con flechas a la espalda. Su mano izquierda descansaba sobre la cabeza de un ciervo que le acariciaba la pierna.

Clavó la vista en la tablilla situada a los pies de la diosa, pero no pudo leerla.

Tenía un vago recuerdo de aquella ocasión en la que Ryssa intentó enseñarle a leer, cuando lo rescató. Desde entonces no había vuelto a ver un pergamino ni una palabra.

Mientras acariciaba con un dedo la primera letra del nombre de la diosa, creyó reconocerla.

Era una A. Ryssa le había dicho que su propio nombre comenzaba con esa letra.

Repasó el limitado conocimiento que poseía sobre los dioses y lo poco que recordaba de cada uno de ellos en busca de un nombre que resultara similar al suyo.

—Debes de ser Atenea —dijo en voz alta.

Tenía sentido, ya que Atenea era la diosa de la guerra y la estatua portaba un arco.

—¿Cómo has dicho? ¿¡Atenea!?

La furiosa voz hizo que se diera la vuelta al punto. Detrás de él había una pelirroja increíblemente voluptuosa, con una larga melena rizada y los ojos verdes. Su belleza era arrebatadora. Si tuviera la capacidad de sentirse sexualmente atraído por alguien, tal vez esa mujer hubiera despertado su deseo. Pero, la verdad fuera dicha, había follado con tanta gente que bien

podía pasarse el resto de la vida sin acercarse a otra persona por delante, por detrás ni por ningún sitio.

La desconocida llevaba una vaporosa túnica blanca y lo miraba con los brazos en jarras. Tenía unas generosas caderas.

—¿Estás ciego o es que eres tonto?

Los insultos le arrancaron un gruñido.

—Ninguna de las dos cosas.

La mujer se acercó y entrecerró los ojos al tiempo que señalaba la estatua que se alzaba tras él.

—En ese caso, ¿cómo es que no reconoces la imagen de Artemisa cuando la ves?

Aquerón puso los ojos en blanco al escuchar el nombre de la hermana gemela de Apolo. Debería haberlo supuesto por la proximidad entre ambos templos.

—¿Es tan inútil como su hermano?

La mujer lo miró boquiabierta. Su pregunta parecía haberla dejado estupefacta.

—¿Cómo has dicho?

Aquerón sintió que la ira lo abrasaba al ver sobre el altar las ofrendas dedicadas a la diosa. Levantó los brazos y las arrojó al suelo. Las fuentes se hicieron añicos mientras las flores, los juguetes y el resto de las ofrendas quedaban diseminados y rodaban por el mármol.

—¿Por qué se molestan cuando no hay nadie en el Olimpo que los escuche? Aunque lo hubiera, tampoco les harían caso.

—¿Estás loco?

—Sí —contestó entre dientes—. Loco y furioso con los dioses para los que no somos nada. Furioso con las Moiras que nos trajeron aquí sin más propósito que el de divertirse jugando con nosotros. Ojalá todos los dioses estuvieran muertos y enterrados.

La mujer se abalanzó sobre él con una especie de gruñido. Aquerón le agarró la mano antes de que pudiera abofetearlo.

La desconocida chilló y algo lo golpeó con tanta fuerza que cayó al suelo. Le dolía todo el cuerpo.

Una fuerza invisible lo levantó y lo lanzó contra la pared. El golpe lo dejó sin aire. Estaba a unos tres metros del suelo.

—Debería matarte —dijo la mujer.

—Cuando quieras.

Artemisa contuvo la última descarga astral que habría enviado al humano directamente al Tártaro, donde debía estar, y lo dejó caer al mármol. Ese era el primer humano que no la reconocía nada más verla. Ese era el primer humano que no reaccionaba a su presencia sobrenatural ni a sus poderes divinos; de hecho, parecía inmune a ambas cosas.

Lo observó con detenimiento mientras lo veía ponerse en pie y plantarse delante de ella con gesto desafiante. Era un muchacho guapo. No podía negarlo. Sus rasgos eran perfectos. Tenía las cejas de un tono rubio más oscuro que el pelo y sus ojos, plateados y turbulentos, la miraban con un odio abrasador. Nadie había osado mirarla jamás de esa forma. Su pelo era rubio, ondulado y lo llevaba largo, de forma que enmarcaba su cara a la perfección. Parecía muy suave y eso aumentaba su atractivo.

En cuanto a su cuerpo… era esbelto y atlético. Bronceado. Espléndido. Había algo en él que le hacía la boca agua solo con mirarlo. Nunca había sentido semejante atracción por un hombre.

Pero por si eso fuera poco, además era más alto que ella. Una peculiaridad que le gustaba mucho, y que era rarísima entre los humanos.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó.

—Teniendo en cuenta el arranque de furia y lo que acabas de hacerme, yo diría que eres Artemisa.

Así que después de todo no era imbécil.

—En ese caso, inclínate y pídeme perdón.

En vez de hacerlo, el muchacho siguió mirándola con tal intensidad que sintió una especie de cosquilleo en el estómago. Lo vio acercarse a ella con unos andares arrogantes que la llevaron a compararlo con una pantera. Su cuerpo se estremeció, presa de un doloroso y extraño anhelo. No entendía lo que le estaba pasando, pero fuera lo que fuese, le había robado el aliento y aflojado las rodillas.

—Así que eres una diosa —dijo el muchacho con voz ronca al tiempo que le ponía una cálida mano en la mejilla y la observaba con esos ojos que

parecían hipnotizarla. Se percató de que se le dilataban las pupilas durante el descarado escrutinio…

Y el cosquilleo de su estómago se intensificó. Su proximidad le resultaba abrasadora. Sus ojos, fascinantes.

Nunca había sentido nada igual.

El desconocido la abrazó y la besó de forma tan intempestiva que no pudo reaccionar.

Su sabor la dejó sin aliento. En parte se sentía ultrajada por semejante atrevimiento, pero otra parte de sí misma, una parte desconocida, estaba encantada con la extraña sensación que le causaban sus besos. Con la extraña sensación que le causaba su lengua mientras exploraba el interior de su boca. Y con la que le causaban sus brazos, que la estrecharon con más fuerza.

Comenzó a darle vueltas la cabeza cuando el muchacho se apartó un poco y sus labios se trasladaron de la boca al cuello. Sintió un repentino escalofrío y un extraño calor que se fue extendiendo por todo su cuerpo. Lo único que quería era sentirlo más cerca…

Pegarlo a ella.

Lo escuchó gruñir contra su cuello y el sonido intensificó el anhelo.

—Tu sabor es divino —dijo antes de arrodillarse a sus pies.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó ella cuando vio que le levantaba un pie y se lo colocaba en las palmas de las manos.

No entendía lo que estaba sucediendo. Tenía la impresión de que se le escapaba el control de su propio cuerpo. El magnetismo de ese muchacho, de esa… criatura, era totalmente sobrenatural.

Lo vio alzar la cabeza para mirarla a los ojos y le dio un vuelco el estómago.

—Besándote los pies, diosa. ¿No es eso lo que se supone que debo hacer?

Sí, la verdad, pero sus besos en el empeine, por no hablar de sus mordiscos, le arrancaron un ronco gemido de placer. Encantada con la magia que su boca estaba obrando, se apoyó contra la pared.

Nunca había experimentado ese anhelo tan profundo y tan intenso que parecía correr como la lava por sus venas. Y el desconocido no se detuvo en

el pie, sus labios ascendieron por su pierna poco a poco al tiempo que la instaba a separarse de la pared para tener acceso a su espalda. Notó el roce de sus labios en la parte posterior de la rodilla y comenzó a respirar con dificultad.

Pero en ese momento sus labios subieron un poco más.

—¿Qué estás haciendo ahora? —susurró al sentir el cálido roce de su aliento en el trasero.

—Besándote el culo. ¿No es eso lo que la gente hace?

—No de forma literal —respondió antes de soltar un gemido. Acababa de darle un mordisquito en una nalga.

Debería pararle los pies. No tenía ningún derecho a tocarla de esa forma, pero no quería que se detuviera. Era maravilloso.

En ese momento volvió a girarla y se encontró pegada de espaldas a la pared. Miró hacia abajo al notar que intentaba separarle los muslos. Sus piernas lo obedecieron como si tuvieran voluntad propia. La estaba acariciando con los ojos cerrados. Y de repente, la tocó allí donde ningún hombre la había tocado nunca. Sus dedos le acariciaron la entrepierna, provocándole una sensación abrasadora. Que empeoró al sentir sus besos.

Incapaz de resistirse, se aferró con las manos a su cabeza y lo dejó hacer.

Con los sentidos saturados, se entregó a sus besos y a las caricias de su lengua que la transportaron hasta una cumbre de placer inimaginable. Cada lametón la impulsaba un poco más. Notó que se le secaba la garganta y en ese mismo instante creyó morir y gritó.

Era su primer orgasmo.

Aterrada y avergonzada, desapareció del plano humano.

Aquerón se quedó sentado en el suelo, estupefacto. Sus sentidos estaban saturados por el olor y el sabor de Artemisa. Ardía de deseo.

Nunca lo había experimentado. Su cuerpo siempre reaccionaba cuando lo estimulaban con caricias o con alguna droga, pero nunca había deseado tocar a otra persona.

Hasta ese momento.

Porque en ese momento deseaba a una mujer. No… deseaba a una diosa, pero no alcanzaba a entender el motivo.

Soltó una amarga carcajada.

—¡Deberías haberme matado, Artemisa! —gritó.

Eso era lo que buscaba cuando se abalanzó sobre ella.

Sin embargo, nada más tocarla el deseo se apoderó de él.

Incapaz de hallar una explicación lógica, se limpió la boca con el dorso de una mano y se puso en pie. Echó un vistazo a su alrededor y clavó la vista en la estatua. No se parecía en nada a la diosa. Se despidió de ella con un gesto burlón.

Salió del templo abrumado por un deseo voraz y emprendió la larga caminata hasta el palacio. Su furia se fue incrementando con cada paso que daba.

Cuando llegó al palacio, comenzó a vagar por los desiertos pasillos de mármol sin rumbo fijo. Reinaba un extraño silencio. Todos habían ido al templo para presenciar el sacrificio de Ryssa. Se preguntó si funcionaría. Si los griegos podrían arrebatarles a los atlantes el favor de Apolo.

En realidad, le importaba poco. Ni los atlantes ni los apolitas lo habían tratado mejor que los griegos.

Todos tenían un deseo común: follar con él.

Suspiró al llegar al inmenso salón del trono de su padre. Era la primera vez que entraba por su propio pie, ya que en las anteriores ocasiones lo había hecho encadenado y arrastrado por los suelos.

Entrecerró los ojos al reparar en los dos tronos dorados situados en el extremo más alejado de la estancia. Dos tronos que deberían pertenecer a su padre y a su madre; pero desde que su madre quedó excluida de la vida pública tras traerlos al mundo a él y a Estigio, era su hermano quien ocupaba el segundo trono.

Era una lástima que la vieja bruja hubiera muerto de soledad. Le habría encantado ver la coronación de su precioso Estigio.

Estigio… su hermano.

Soltó una maldición. De no ser por sus ojos, él ocuparía el lugar a la diestra de su padre.

Nadie se atrevería a burlarse de él. Nadie lo obligaría a ponerse de rodillas para…

Los recuerdos le arrancaron un gruñido.

Era tan injusto…

Él no pidió nada. No pidió nacer. No pidió ser un semidiós.

Escuchó la voz de Estes en la cabeza: «Miradlo, es un semidiós. Hijo de un dios olímpico. ¿Cuánto pagaríais por disfrutar de un dios griego?».

Ni siquiera sabía quién era su padre. Su madre siempre había proclamado su inocencia desde que nació y ningún dios había aparecido reclamándolo como hijo.

Enfurecido por ello, atravesó el salón del trono y se sentó en el lugar de su padre. Si lo viera, a Jerjes le daría un ataque y caería fulminado. Una idea muy gratificante. Aunque era capaz de mandarlo a la hoguera si llegaba a enterarse.

Tal vez debiera dejar que lo descubriera. Nada sería más ofensivo para el rey que el hecho de que un puto hubiera mancillado su amado trono.

Un puto… se encogió solo de pensarlo.

Por nacimiento, todo lo que tenía delante debería pertenecerle. Cerró los ojos e intentó imaginar cómo sería el mundo si hubiera nacido con los ojos azules como Estigio.

La gente lo respetaría.

Respeto.

La palabra resonó en su cabeza. Eso era lo único que siempre había deseado.

—¿No deseas que te quieran?

Abrió los ojos y descubrió que Artemisa estaba en el centro del salón, observándolo.

—Todo el mundo afirma quererme. —Al menos mientras se aprovechaban de él. Por desgracia, el amor acababa con el orgasmo—. Ya he tenido bastante amor en mi vida. Me vendría bien pasar una temporada sin ninguno.

Artemisa frunció el ceño. La expresión le resultó muy tierna.

—Eres un humano extraño —replicó la diosa.

—Soy un semidiós —la corrigió con voz burlona—. ¿No lo has notado?

La perplejidad de Artemisa aumentó a medida que se acercaba a él.

—¿De qué dios eres hijo?

—Dicen que de Zeus.

Artemisa lo negó con la cabeza.

—No eres hijo de ningún dios olímpico. Si así fuera, yo lo sabría. Siempre reconocemos a los que llevan nuestra sangre.

Sus palabras lo atravesaron como una daga.

—Entonces, ¿de quién soy hijo?

La diosa le cogió la barbilla con una mano cálida y suave para que levantara la cabeza mientras lo miraba a los ojos. Unos ojos espeluznantes que había odiado toda su vida. Unos ojos que lo habían traicionado.

—Eres humano.

—Pero mis ojos…

—Son raros, pero este tipo de defectos físicos son normales entre los humanos. No tienes poderes divinos. No hay nada que te identifique como dios. Eres humano.

Aquerón cerró los ojos, asaltado por el dolor. Así que después de todo era hijo del rey.

Eso era lo último que le apetecía escuchar. Un defecto de nacimiento. Un simple defecto físico lo había privado de todo. Tenía ganas de ventilar su furia a gritos.

—¿Por qué has venido? —le preguntó a Artemisa cuando abrió los ojos y la vio observándolo.

—¿Por qué no me tienes miedo? —quiso saber ella a su vez, pasando por alto su pregunta.

—¿Debería?

—Podría matarte.

—Antes en tu templo te pedí que lo hicieras, pero no me hiciste caso.

La vio ladear la cabeza como si su actitud la confundiera.

—Eres muy guapo para ser humano.

—Ya lo sé.

Esas palabras desconcertaron a Artemisa, que frunció el ceño. No eran fruto de la arrogancia. El muchacho las había dicho furioso, como si su apostura lo ofendiera. No se parecía a ningún otro humano que hubiera conocido nunca.

De estar completamente segura, diría que su afirmación de ser hijo de un dios era cierta. Había algo sobrenatural en el deseo que despertaba en

ella.

Sin embargo, tanto los dioses como sus vástagos poseían una esencia inconfundible. Y en el interior de ese muchacho solo había percibido odio y desesperación. Guardaba un sufrimiento tan grande que le resultaba casi doloroso estar tan cerca de él.

—¿Por qué estás tan triste?

—No lo entenderías.

Seguro que no. La tristeza era una emoción extraña para ella. En cuanto a la desesperación…

Ni siquiera sabía lo que era.

Nunca había querido consolar a un humano. Hasta ese momento. Y no sabía por qué.

—¿Sonríes alguna vez? —le preguntó.

Él negó con la cabeza.

—¿Nunca?

—No. Si sonrío, atraigo a la gente. Me desean más.

—¿No es eso lo que quieren todos los humanos?

El muchacho resopló.

—¿Sabes lo que es un *tsoulus*? Es una palabra atlante.

—Un esclavo sexual, ¿no?

La miró con expresión imperturbable.

Artemisa jadeó al comprender lo que quería decir.

—¿Tú eres un *tsoulus*?

—Lo era.

Saberlo la enfureció.

—¿¡Y has osado tocarme!?

—¿Vas a matarme por fin?

Su pregunta la confundió al tiempo que se evaporaba su furia. ¿Quién era ese muchacho, capaz de enfrentarse a ella cuando nadie lo había hecho antes?

—Si deseas tanto la muerte, ¿por qué no te has suicidado?

Lo vio torcer el gesto mientras la rabia relampagueaba en sus ojos.

—Porque siempre que lo he intentado, lo han evitado y me han castigado por ello. Parece que los dioses no quieren mi muerte, así que he

llegado a la conclusión de que si muero a manos de uno de ellos, tal vez consiga la paz de una vez por todas.

—Eso quiere decir que las Moiras no quieren que mueras.

El muchacho se puso en pie con un gruñido tan feroz que la obligó a retroceder un paso, asustada.

—¡No te atrevas a mencionarlas en mi presencia! Me niego a creer que este era mi destino. No estaba destinado a ser esto. Nunca lo estuve… No nací solo para esto.

El dolor que asomó a sus ojos hizo que Artemisa sintiera una lacerante punzada.

—El destino de la humanidad es sufrir. ¿Por qué iba a ser el tuyo diferente?

Aquerón se quedó sin aliento al escuchar esas mordaces palabras. Rememoró su vida, su pasado. Los horrores y las humillaciones que había padecido.

Pero lo más aterrador era el futuro. Se veía siempre solo sin más compañía que el desprecio y el abuso. Lo obligarían a comer en contra de su voluntad. O peor aún, comerciarían con él como si solo fuera un saco de grano.

Salió en tromba del salón del trono, demasiado enfadado como para hablar, y se encaminó a su «prisión». Sí, era mejor que el agujero donde su padre lo había arrojado en un principio, pero no dejaba de ser una prisión.

Era lo único que conocería en la vida y si su padre se salía con la suya, lo mantendría encerrado en ella hasta su muerte.

Al menos ese día no había ningún guardia en la puerta. Incluso ellos tenían el día libre. Un día para hacer lo que quisieran.

—¿Por qué te has ido?

Se detuvo en seco cuando Artemisa apareció frente a él.

—¿Por qué me sigues?

—Por curiosidad.

—¿Qué te resulta tan curioso?

—Tú.

Su respuesta le arrancó una risotada. Las diosas no se diferenciaban mucho de los humanos que lo perseguían.

—¿Quieres que me desnude para echarme un buen vistazo?

La vio ruborizarse, pero el deseo que iluminó sus ojos fue innegable.

Además, no lo contradijo. De modo, que…

Artemisa observó cómo el humano se quitaba el broche que cerraba su peplo muy lentamente. Debería hacer que se detuviera. Sin embargo, era incapaz de ordenárselo.

La emoción de verlo desnudo la hacía temblar. Con razón su hermano pasaba tanto tiempo entre las humanas. Si eran la mitad de seductoras que sus congéneres masculinos…

Lo vio soltar el peplo, que cayó al suelo.

Perdió el hilo de sus pensamientos al verlo desnudo. Era mucho más apuesto de lo que había sospechado.

El tono bronceado de su piel resultaba muy tentador. Su cuerpo era atlético y fuerte.

Su mirada descendió en contra de su voluntad hacia la parte más masculina de su anatomía. Estaba muy bien dotado y mientras lo observaba, vio cómo su miembro reaccionaba y se iba agrandando a medida que se alzaba. Sus testículos se tensaron.

Nunca había visto a un hombre en las garras del deseo. Nunca había visto a un hombre tan descarado, tan desinhibido delante de ella. Porque todos se asustaban de ella.

—¿No quieres tocarme? —le preguntó mientras acortaba la distancia que los separaba.

Sí, quería hacerlo, pero era incapaz de moverse. No podía respirar. Percibía el calor que irradiaba ese cuerpo masculino, el roce ardiente de su aliento en la mejilla.

Su proximidad era embriagadora.

El humano le cogió una mano y se la colocó sobre su miembro. La sujetó con fuerza mientras se frotaba contra su palma. Era suave, pero duro al mismo tiempo. Después siguió bajando y se detuvo al llegar a los testículos. Eran blandos, descubrió. Se mordió el labio al sentir su roce en la palma. Ese cuerpo masculino era muy distinto al suyo. Era increíblemente tentador.

De repente, apartó la mano de la suya.

Su primer impulso fue dejar de tocarlo, pero nunca había sido tímida. Así que acarició lentamente la parte inferior de sus testículos con el dorso de los dedos. La anatomía masculina le resultaba extraña.

Su silenciosa exploración la llevó hasta el abdomen y de allí siguió hasta su torso.

Él no hizo ademán de tocarla. Se limitó a mirarla en silencio mientras ella satisfacía su curiosidad. Esos escalofriantes ojos plateados eran increíbles. Nunca había visto nada parecido. Nunca había sentido nada tan placentero como el roce de su piel en la palma de la mano.

¡Estaba para comérselo!

—¿Quieres que te folle?

La pregunta la estremeció en vez de ofenderla. Tal vez por el matiz ronco de su voz. El deseo la consumía hasta hacerla enloquecer.

Ojalá pudiera permitírselo.

—No —le contestó en voz baja mientras lo miraba a los ojos. Su mirada era abrasadora—. Quiero que me hagas lo mismo que antes. Quiero sentir lo mismo que antes.

La cogió de la mano y la llevó hasta el interior del dormitorio, hasta la cama. Allí nadie los molestaría.

No debería estar haciendo eso. Era una diosa virgen. Ningún dios la había tocado nunca. Mucho menos un humano.

Hasta ese día.

Nadie la había besado nunca. Ningún hombre la había tocado donde él lo había hecho. En alguna ocasión incluso había matado a algunos por haberla visto desnuda. Sin embargo, con ese estaba dispuesta a dejarse seducir.

No entendía el motivo, ni tampoco entendía el apremiante impulso de estar con él.

Solo sabía que a su lado se sentía feliz. Contenta. Deseada. Desenfrenada.

Aquerón dejó a Artemisa sobre el colchón. Sabía que la diosa estaba nerviosa, era algo normal entre las mujeres que carecían de experiencia. Era preciosa. Su melena pelirroja se extendió sobre la almohada, incrementando el deseo que sentía por ella. No estaba acostumbrado a sentirse así.

Su piel olía a rosa. La besó con delicadeza en los labios mientras deslizaba una mano por una de sus piernas, alzándole el bajo de la túnica. La notó tensarse, pero no tardó en relajarse de nuevo. Era tímida.

Puesto que no quería avergonzarla, se apartó de sus labios y descendió por su cuerpo.

Artemisa no sabía muy bien qué hacer mientras lo observaba desaparecer bajo los pliegues de su túnica. Notó sus caricias. El roce áspero de su mejilla en un muslo mientras la besaba en dirección a ese lugar que más lo deseaba.

En cuanto sus labios y su lengua llegaron al sitio preciso, soltó un gemido. Se llevó una mano a la boca y se mordió la parte inferior del pulgar mientras se entregaba al placer que ese hombre le proporcionaba. Un placer embriagador y fascinante. Por fin comprendía por qué se arriesgaban dioses y humanos por igual para experimentarlo.

En esa ocasión sabía muy bien qué iba a pasar cuando llegara al orgasmo. O eso pensó hasta que él comenzó a provocarle uno tras otro.

Aquerón gruñó, encantado con el sabor de la diosa. Encantado al escuchar sus gritos. Le encantaban sus gemidos. Le encantaba sentir su mano en el pelo, acariciándolo.

En ese momento notó que golpeaba el colchón con la otra mano.

—Tienes que parar. Por favor. No puedo más.

Le dio un último lametón antes de apartarse de ella.

—¿Estás segura?

La vio asentir con la cabeza.

La obedeció a regañadientes y se tumbó a su lado, aunque su cuerpo no estaba ni mucho menos saciado.

Artemisa se apoyó en el pecho del humano y se percató de que respiraba con dificultad. Todavía la tenía dura y grande.

—¿No te duele? —le preguntó mientras se la acariciaba con la palma de la mano.

Lo escuchó contener el aliento como si sus caricias le hubieran hecho daño.

—Sí.

—¿No puedes satisfacerte solo?

—Sí —respondió él, mirándola a los ojos—. ¿Quieres mirar mientras lo hago?

Ni siquiera esperó a que ella contestara. Agarró la mano que lo acariciaba y comenzó a moverla sobre su miembro.

Cerró los ojos al sentir el roce abrasador de esa mano. El sexo no significaba nada para él. Lo hacía porque era lo que se esperaba de él. No porque le gustara.

Se había masturbado delante de audiencias, delante de amantes, muchas veces. Tantas que había perdido la cuenta. Por alguna razón que no alcanzaba a entender, la gente parecía encontrar placentero el hecho de ver cómo se corría. Ya ni siquiera sentía el alivio del orgasmo. Solo era un momento efímero de placer.

Hacía mucho que dejó de desear algo distinto a la realidad.

Porque no era eso lo que estaba escrito en su destino y de todas formas no sabía exactamente qué era lo que anhelaba. Artemisa estaba ahí como tantos otros lo habían estado: porque sentía curiosidad por él. A lo mejor volvía a visitarlo más adelante. O a lo mejor no.

En cierta época de su vida, le habrían dado una paliza si uno de sus amantes se negaba a volver.

Porque en la Atlántida todo dependía de su habilidad para lograr que la gente lo deseara. Las horas de sueño. La cantidad de comida.

La dignidad.

Si sus amantes no se sentían suficientemente satisfechos después de dejarlo, lo azotaban.

Y en ese momento su padre lo mandaría azotar si se enteraba de lo que estaba haciendo. El rey exigía el celibato a un hombre que ni siquiera entendía el significado de esa palabra. Aunque, a decir verdad, le gustaba estar con Artemisa. Sus caricias eran tiernas. Su piel, delicada y suave.

Contuvo el aliento al imaginar qué sentiría si la penetrara lentamente. Aunque le habría gustado muchísimo más que lo abrazara como si de verdad sintiera algo por él. La simple idea de que alguien lo quisiera, de que alguien lo quisiera de verdad, le gustaba tanto que lo dejaba al borde de la sonrisa. Aunque no era tan idiota, claro.

Ese sueño solo era una ridiculez alentada por Ryssa y por Maia en la época en la que todavía había cabida para la esperanza en su vida. Hacía mucho que esas ilusiones se hicieron añicos.

Artemisa era una diosa. Tendría suerte si alguna vez se dignaba a volver a aceptarlo en la misma habitación donde ella estuviera. La complacería porque eso era lo que le habían enseñado a hacer.

Entre ellos nunca podría haber ningún tipo de relación. Estaba seguro de que le exigiría apartarse de su vista en cuanto acabaran. Y volvería a quedarse solo.

Su vida nunca cambiaba.

Artemisa observó la cara del humano mientras guiaba su mano para seguir acariciándolo. Era raro tocar a un hombre de esa forma y se preguntó qué estaría pensando en esos momentos. Por regla general, era capaz de leer los pensamientos de los humanos cuando le apetecía, pero en su caso era imposible.

Qué raro…

En ese instante lo notó tensarse un poco y sintió la humedad de su semen en la mano. En vez de gritar como ella había hecho, se limitó a suspirar y a soltarle la mano.

Intrigada, pasó los dedos por el viscoso fluido.

—Así que esto es lo que deja embarazada a las mujeres.

—En la mayoría de los casos.

—¿Cómo dices?

Lo vio encogerse de hombros.

—El mío es inofensivo.

—¿Por qué?

—Porque me esterilizaron cuando llegué a la pubertad, divina Artemisa. Es lo que hacen con los *tsoulus*. Ninguna mujer quiere tener un hijo de un puto.

Artemisa enarcó las cejas al escucharlo.

—¿Los humanos pueden hacer eso?

—No, pero los atlantes sí. Y les han enseñado el método a los apolitas.

—Es una pena que te hicieran algo así —dijo en voz baja mientras estudiaba de nuevo su semen—. Eres demasiado guapo como para

esterilizarte. ¿Quieres que lo arregle?

—No. No hace falta. Ya te he dicho que nadie querría un niño concebido por mí.

Fue el dolor que vislumbró en esos ojos plateados lo que le provocó a Artemisa un extraño anhelo en el corazón.

Pobre humano.

Allí tendido sobre las sábanas blancas estaba espectacular, ya que el color resaltaba el tono bronceado de su magnífico cuerpo. Un cuerpo que era un estudio perfecto de la anatomía masculina. Tentador. Cálido. Y lo mejor era que no parecía avergonzado en absoluto por mostrarle su desnudez. No parecía avergonzado por lo que acababan de hacer. Pero tampoco se mostraba insolente o arrogante por haberla tocado.

La trataba como si fuera…

¡Humana!

La mayoría de su familia no la soportaba. Los humanos le tenían miedo. Sus doncellas reían y compartían secretos, pero se tensaban en cuanto ella se acercaba.

Pero ese humano…

Era distinto. No tenía miedo de nada ni de nadie. Era como un animal poderoso y salvaje: desafiante y arrojado. Obstinado. En ese instante se mostraba dócil, pero su poder era innegable. Hasta ella se sentía intimidada.

—¿Tienes amigos? —le preguntó.

Él negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

—Supongo que no soy digno de tenerlos.

Su razonamiento hizo que frunciera el ceño.

—No puede ser por eso. Yo tampoco tengo y nadie se cuestiona mi dignidad. Tal vez tengamos un defecto. —Guardó silencio mientras meditaba sobre el tema—. No, eso tampoco puede ser. Yo carezco de defectos, pero estoy tan sola como tú.

Esa era la primera vez que se percataba de lo sola que estaba. Su hermano gemelo tenía amigos. Tenía amantes. Apolo era lo más parecido a un amigo que había tenido en la vida, pero incluso él mantenía las distancias. Nunca la invitaba a hacer cosas juntos a menos que fuera para

destruir algo o para castigar a alguien. No se reía con ella, ni la llevaba a divertirse, ni a jugar.

Enfrentada con la realidad en ese preciso momento, comprendió lo sola que estaba.

—¿Quieres ser mi amigo?

La inesperada pregunta dejó a Aquerón estupefacto.

—¿Quieres mi amistad?

La diosa lo miró y ladeó la cabeza. Su divino ceño estaba fruncido. Estaba rodeada por un halo resplandeciente y etéreo… muy lejos del alcance de alguien como él.

—Bueno, sí. A ver, no podemos dejar que los demás se enteren, pero me gusta lo que me has enseñado. Quiero aprender más sobre este mundo y sobre ti. —Le sonrió con dulzura, como si su oferta fuera sincera.

Y eso lo llevó a recordar que la sinceridad era algo poco común. En cuanto a la amistad, mejor no hablar.

Era un sueño inalcanzable. La gente como él no tenía amigos. Ni tampoco tenía amor. Ni ternura. Sin embargo, una parte desconocida de sí mismo anhelaba todo eso.

Más aún, la anhelaba a ella.

—Entonces, ¿qué me dices? ¿Amigos? Te prometo que no te arrepentirás.

Ese debía de ser el momento más extraño de toda su vida y eso que su vida ya era bastante extraña de por sí. ¿Cómo iba un puto a convertirse en el amigo de una diosa?

—Creo que te arrepentirás de ser mi amiga —acabó por contestar al tiempo que se limpiaba con la sábana.

Artemisa se encogió de hombros.

—No creo. Eres humano. Solo vivirás… ¿Cuánto? ¿Unos veinte años más? Es tan poco tiempo que apenas cuenta, y dudo mucho que siga siendo tu amiga cuando seas un viejo sin atractivo. Además, un dios olímpico no se arrepiente nunca. —Sonrió mientras trazaba el contorno de sus labios con un dedo—. Bésame. Bésame para que sepa que somos amigos.

La idea era ridícula, pero no pudo evitar obedecerla.

Amigos.

Artemisa y él. Le daban ganas de echarse a reír solo con pensarlo. En cambio, cerró los ojos e inhaló su olor. El roce de sus manos en el pelo era sublime. Y mientras se besaban, descubrió que anhelaba su amistad con una desesperación rayana en el dolor. Ojalá fuera digno de ella.

13 de diciembre, 9529 a. C..

—¿Qué haces?

Cuando Aquerón abrió los ojos, se encontró a Artemisa en su terraza, a unos pasos de él. Aunque hacía muchísimo frío, estaba sentado en la balaustrada, con la espalda apoyada en una de las columnas mientras escuchaba el furioso batir de las olas.

—Tomando el fresco. ¿Y tú?

La diosa hizo un puchero adorable.

—Estaba aburrida.

Eso le hizo gracia.

—¿Cómo se puede aburrir una diosa?

La vio encogerse de hombros.

—Tampoco es que tenga tantas cosas que hacer. Mi hermano está con tu hermana. Zeus está presidiendo su Consejo, y a mí nunca me invita. Hades está con Perséfone. Como mis *korai* se están bañando y divirtiéndose entre ellas, no me prestan atención. Por eso estoy aburrida. Así que pensé que a lo mejor a ti se te ocurría algo que pudiéramos hacer juntos.

Soltó un suspiro hastiado. Sabía lo que buscaba, pero aun así se sintió obligado a hacer la pregunta.

—¿Podemos entrar en la habitación, donde no hace frío, antes de quitarme la ropa?

Artemisa frunció el ceño.

—¿Es lo que hacen los humanos cuando se aburren?

—Es lo que hacen conmigo.

—¿Y te gusta?

—No mucho —respondió con sinceridad.

—Ah. —La diosa hizo una breve pausa antes de continuar—. Bueno, ¿y qué haces para divertirte?

—Voy a las representaciones teatrales.

Con los brazos cruzados por delante del pecho, la diosa se acercó a él.

—Esas historias inventadas donde la gente finge ser otra gente, ¿no?

Asintió con la cabeza.

La expresión de Artemisa puso de manifiesto que no entendía por qué le gustaban las representaciones.

—¿Y te gusta más que estar desnudo?

Nunca se había parado a pensarlo de esa forma, pero…

—Sí. Durante un rato me ayudan a olvidar lo que soy.

Eso pareció desconcertarla todavía más.

—¿Te gusta olvidarte de quién eres?

—Sí.

—Pero ¿no te resulta confuso?

Ni la mitad que esa conversación.

—No.

Artemisa se dio golpecitos en los brazos con los dedos.

—Supongo que si no fuera una diosa, yo tampoco querría recordar quién soy. Ahora entiendo que la gente piense de esa manera. Bueno, ¿hay alguna representación a la que podamos ir hoy?

—Hay una todas las tardes. En la ciudad.

—Pues vayamos —propuso ella con seriedad.

Resopló al escucharlo, deseando que fuera tan sencillo como ella parecía creer.

—No puedo ir.

—¿Por qué no?

Miró hacia la puerta cerrada, una puerta a la que le habían echado la llave la última vez que lo arrojaron al dormitorio para que se pudriera en él. Vaya, pero si fue el día anterior…

—Mis anteriores guardias fueron decapitados por permitirme salir. Los nuevos son mucho más precavidos. Si intento hablar con ellos, sacan sus espadas, me meten en la habitación a empujones y cierran la puerta.

La vio encogerse de hombros.

—No son un problema para mí. Puedo llevarte a la ciudad.

Bajó las piernas al suelo al tiempo que la esperanza se apoderaba de él. Detestaba estar encerrado como un animal rabioso. Siempre lo había detestado. Durante los dos días que llevaba encerrado, se había pasado el tiempo soñando con escapar aunque fuera un instante. Sin embargo, solo había dos modos de salir del dormitorio: por la puerta que estaba detrás de Artemisa o arrojándose desde el balcón hacia el acantilado situado a una aterradora distancia.

—¿De verdad?

La vio asentir con la cabeza.

—Si quieres ir, sí.

Tuvo la sensación de que le levantaban una losa del pecho al escuchar esas palabras. Le dieron ganas de besarla.

—Cogeré mi manto.

Artemisa siguió a su nuevo amigo de vuelta a la habitación y lo vio sacar un manto de debajo del colchón de paja.

—¿Por qué tienes el manto debajo de la cama?

Lo vio sacudirlo antes de contestarle:

—Tengo que esconderlo o las sirvientas me lo quemarán.

—¿Por qué?

La miró con expresión vacía.

—Ya te he dicho que no puedo salir de esta habitación.

No lo entendía. ¿Por qué mantenerlo encerrado en ese diminuto cubículo?

—¿Has hecho algo malo para que te encierren?

—Mi único crimen es haber nacido con unos padres que no me quieren. Mi padre no quiere que nadie se entere de que el mayor de sus gemelos sufre una deformación, por eso tengo que quedarme aquí hasta que muera de viejo.

Un dolor desconocido hasta entonces le provocó un nudo en el estómago, y descubrió que se sentía triste por sus circunstancias. En ocasiones ella también se sentía una prisionera, aunque nadie había conseguido que se viera como una monstruosidad.

Miró sus musculosas piernas.

—¿Por eso vas descalzo?

Lo vio asentir con la cabeza al tiempo que se cubría el cuerpo con el manto y se tapaba la cabeza con la capucha.

—Estoy listo.

—¿Qué me dices de tus pies?

La pregunta pareció desconcertarlo.

—No tengo zapatos. Ya te he dicho que tengo prohibido salir.

Al pararse a pensarlo, Artemisa recordó que cuando fue a su templo, tampoco llevaba zapatos.

—¿No se te enfrían los pies?

—Estoy acostumbrado.

Encogió los dedos dentro de sus zapatos mientras intentaba imaginar lo que sería caminar descalza en invierno sobre las frías piedras. Seguro que era una sensación espantosa que ni siquiera un humano debería experimentar. Meneó la cabeza e hizo aparecer un par de zapatos de piel en sus pies.

—Así está mucho mejor.

Aquerón se miró los pies con sorpresa al ver los zapatos marrones ribeteados en piel. Su roce le resultaba extraño. Pero eran muy calentitos y suaves.

—Gracias.

Artemisa le sonrió como si los zapatos la complacieran tanto como a él.

—De nada.

Acto seguido, se descubrió en el centro de la ciudad. Se quedó boquiabierto al ver que estaban junto a un pozo. Ni una sola de las personas que atestaban la plaza pareció darse cuenta de que acababan de aparecer de la nada. Se cubrió la cara todavía más con la capucha para asegurarse de que nadie lo veía.

—¿Qué haces? —preguntó Artemisa.

—No quiero que nadie me vea.

—Ah, muy buena idea. —Un instante después la diosa llevaba un grueso manto de lana con el que se cubrió la cara, al igual que él—. ¿Qué tal estoy?

Antes de poder evitarlo se encontró sonriendo por la inocente pregunta. Se apresuró a desterrar la expresión. Sabía que no debía sonreír. Las sonrisas siempre lo metían en problemas.

—Estás preciosa.

—¿Por qué te incomoda decirlo?

Apretó los dientes antes de soltar la verdad que lo llevaba atormentando toda la vida.

—La gente destruye la belleza cuando la encuentra.

La diosa ladeó la cabeza.

—¿Por qué dices eso?

—Por naturaleza, las personas son mezquinas y celosas. Envidian todo lo que no tienen, y como no saben cómo conseguirlo, intentan destruir a todo aquel que lo tenga. La belleza es una de las cosas que más odian en los demás.

—¿En serio lo crees?

—Me han atacado muchas veces por ese motivo. Si la gente no puede poseer algo, intentan destrozarlo.

Artemisa se quedó de piedra por su cinismo. Había escuchado comentarios semejantes en boca de algunos dioses. Su padre, Zeus, siempre hacía comentarios parecidos. Pero de boca de un humano tan joven…

Aquerón era muy astuto a veces. Casi parecía cierto que fuera hijo de un dios, pero sabía que era imposible. Solo era un poco más perceptivo que la mayoría de los humanos.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella, cambiando así de tema.

—La puerta de la plebe está allí. —La condujo a una portezuela donde se congregaba un grupo de humanos sucios y zarrapastrosos.

Hizo una mueca de asco al tiempo que lo obligaba a detenerse.

—¿Tenemos que entrar por la puerta de la plebe, por donde entran los plebeyos?

—Cuesta dinero entrar por las otras.

¿Y eso era un problema?

—¿No tienes dinero?

La miró con el ceño fruncido.

—No.

Con un suspiro hizo aparecer una bolsita y se la ofreció.

—Toma. Consíguenos asientos decentes. Soy una diosa. No me siento con la plebe.

Aquerón titubeó antes de obedecerla. ¡Titubeó! Nadie hacía eso. Sin embargo, ese muchacho parecía indiferente al hecho de que fuera una diosa. La indiferencia con que la trataba le resultaba ofensiva por un lado, y enigmática por otro. Le gustaba la sensación de ser solo una mujer en compañía de un hombre.

Sobre todo de uno tan guapo.

No obstante, tenía que aprender a respetar su divinidad. Al fin y al cabo, era la hija de Zeus. Podía matarlo si quería.

«¿Y por qué no lo hiciste?» Su desafiante pregunta reverberó en su cabeza al recordar el porte orgulloso y desafiante de Aquerón en su templo. Era un humano muy raro, no cabía la menor duda.

Y eso le gustaba casi tanto como su belleza.

Artemisa se mantuvo a su lado mientras él compraba las entradas y la conducía a la zona separada de la plebe. Los asientos no estaban tan juntos y las filas estaban atestadas de aristócratas y de miembros de las familias de los senadores. Pagó un poco más para conseguirle un cojín a la diosa, que dejó sobre la fría piedra para que estuviera más cómoda.

—¿No quieres otro para ti? —le preguntó ella al sentarse.

—No me hace falta. —Le devolvió la bolsa.

Artemisa torció el gesto con la vista clavada en la dura piedra sobre la que él se sentaba, ajeno por completo al frío.

—¿No estás incómodo?

—No mucho. Estoy acostumbrado.

Aquerón estaba acostumbrado a un montón de cosas que no eran normales. Algo raro le atravesó el pecho al pensar en el humano. Ese afán por castigarse era indignante. No debería vivir sin ciertas cosas, mucho menos cuando estaba con ella. Chasqueó los dedos e hizo aparecer un cojín bajo él.

La miró con una expresión tan sorprendida que casi resultaba graciosa.

—No deberías sentarte en la fría piedra.

Aquerón tocó el cojín azul que tenía debajo sin dar crédito. Solo Ryssa se había preocupado por su comodidad. Bueno, Catera también lo había hecho en ocasiones. Pero en el caso de Catera era por el deseo de conseguir más dinero. A Artemisa no tenía por qué importarle que se hiciera daño o que pasara frío. No era nada para ella y, sin embargo, había sido muy amable con él. El gesto estuvo a punto de arrancarle una sonrisa, pero no terminaba de confiar en la diosa. Se había dejado engañar demasiadas veces por la generosidad de la gente, una generosidad motivada por el egoísmo.

Se le formó un nudo en el pecho cuando los recuerdos de la época posterior a que su padre lo echara de la casa de Estes acudieron en tropel a su cabeza.

«Yo te daré trabajo, muchacho…»

Apretó los ojos con fuerza en un intento por desterrar el horror que siguió a su ciega confianza. Detestaba de todo corazón a la gente. Usaban a los demás y eran crueles los unos con los otros.

Y todos eran crueles con él.

—Señor, señor, ¿una copa de vino?

Tardó un momento en comprender que el viejo vendedor se estaba dirigiendo a él. Anonadado por la muestra de respeto, fue incapaz de responder.

—Sí —contestó Artemisa con voz cortante. Le dio una moneda y el vendedor le entregó a cambio dos cálices de vino.

El anciano les hizo una reverencia antes de despedirse.

—Gracias, señora. Señor. Que disfruten de la representación.

Incapaz de hablar, aceptó el cáliz que le ofrecía Artemisa. Nadie lo había tratado con tanto respeto desde la época que pasó con Ryssa y Maia en el palacio de verano. Y nadie le había hecho una reverencia jamás.

Absolutamente nadie.

Con un nudo en la garganta, se obligó a beber despacio.

Artemisa lo miró con detenimiento.

—¿Pasa algo?

Negó con la cabeza, sin terminar de creerse que estuviera sentado junto a una diosa. En público. Vestido. ¡Las vueltas que daba la vida!

Artemisa bajó la cabeza en un intento por mirarlo a los ojos.

La costumbre le hizo apartar la mirada.

—¿Por qué no me miras? —preguntó la diosa.

—Sí que te miro.

—No, no lo haces. Siempre desvías la mirada cuando se acerca alguien.

—Pero te veo. Hace mucho que aprendí a ver sin tener que mirar directamente las cosas.

—No lo entiendo.

Suspiró mientras hacía girar el cáliz entre sus manos.

—Mis ojos incomodan tanto a la gente que intento mantenerlos ocultos todo lo posible. Así no se enfadan conmigo.

—¿Se enfadan porque los miras?

Asintió con la cabeza.

—¿Qué se siente?

Tragó saliva, asaltado por una nueva oleada de recuerdos.

—Duele.

—Pues deberías decirles que no lo hagan.

Ojalá fuera tan sencillo.

—No soy un dios, Artemisa. Nadie me escucha cuando hablo.

—Yo te escucho.

Eso le parecía y significaba mucho para él.

—Tú eres única.

—Cierto. Tal vez deberías pasar más tiempo con los dioses.

Resopló ante la idea.

—Odio a los dioses, ¿no te acuerdas?

—Pero no me odias a mí, ¿verdad?

—No.

Artemisa sonrió. Su negativa fue todo un alivio, aunque no entendía el motivo. Intrigada, extendió la mano para tocarle la espalda. En cuanto lo hizo, Aquerón siseó de dolor y se apartó.

—¿Qué pasa?

—Todavía me duele la espalda.

—¿Te duele? ¿Por qué?

De algún modo, Aquerón se las apañó para lanzarle una mirada insolente sin mirarla directamente a los ojos.

—Ya te dije que tenía prohibido salir de mi habitación. Tuve que pagar por la estancia en tu templo.

—¿En qué sentido?

Lo oyó suspirar justo cuando comenzaba la obra.

—Por favor, concentrémonos en la representación.

Artemisa se volvió hacia los actores y los escuchó recitar una insípida historia que no le interesaba en lo más mínimo. Sin embargo, el humano que tenía al lado… era harina de otro costal. Un enigma irresistible.

Todos los humanos a los que se había acercado se limitaban a rebajarse ante ella, a intentar ganarse su beneplácito fuera cual fuese su posición social. Incluso los reyes. O si no, la miraban como si fuera una criatura sublime, algo que era, por supuesto. No obstante, ese humano no hacía nada de eso. Parecía ajeno al hecho de que podría matarlo con la mirada. En ese momento no le prestaba la menor atención.

Qué raro.

—¿Por qué no deja de cantar ese grupo de allí?

—Es el coro —susurró él, concentrado por completo en los actores.

—Están desafilados.

La miró con el ceño fruncido.

—¿Desafilados?

—Su tono… no está bien.

—Desafinados —la corrigió al tiempo que se volvía de nuevo hacia el escenario—. Y no lo están. Cantan bien.

Arqueó una ceja por el deje irritado de su voz.

—¿Estás discutiendo conmigo?

—No, intento no discutir contigo, divina Artemisa. Intento escuchar lo que dicen los actores. Chitón.

No… No se lo podía creer. ¡Era imposible que se hubiera atrevido a mandarla callar! La furia se apoderó de ella.

—¿¡Cómo que chitón!?

Aquerón la miró a los ojos por primera vez y se percató de la inquietud que asomaba a esos turbulentos ojos plateados.

—Yo no soy quien está hablando, Artemisa. —Se concentró de nuevo en el escenario.

Furiosa con él, le bajó la capucha de un tirón para hacerse con su atención. En cuanto lo hizo, comprendió que había cometido un error. Todas las personas que los rodeaban quedaron fascinadas al punto por Aquerón, cuyo rostro se puso blanco.

Sin mediar palabra, volvió a ponerse la capucha y echó a correr hacia la salida. Varias personas fueron en su persecución.

Presa de la curiosidad, los siguió escaleras arriba hacia la salida, donde encontró a Aquerón rodeado. El pánico parecía haberse apoderado de él mientras intentaba abrirse paso entre una multitud que no dejaba de detenerlo.

Uno de los hombres lo cogió del brazo sin muchos miramientos.

—Suéltame —rugió él al tiempo que empujaba al desconocido.

El hombre lo apretó con tanta fuerza que él dio un respingo.

Enfurecida por el maltrato que estaba recibiendo su amigo, Artemisa clavó las uñas en la mano del hombre, que gimió de dolor antes de soltar a Aquerón. En cuanto lo liberó, cogió a Aquerón de la mano y los teletransportó a su habitación.

Seguro que se había ganado su agradecimiento.

Pero se llevó una decepción. Porque en vez de darle las gracias, la encaró con una furia terrible.

—¿¡Cómo te atreves a hacerme algo así!?

—Te he salvado.

Aunque mantuvo los ojos clavados en sus pies, sabía que la estaba mirando con el mismo reproche que destilaban sus palabras.

—¡Me has expuesto!

No entendía por qué le echaba la culpa por algo que se escapaba a su control.

—Me estabas dando de lado.

—Intentaba ver la representación. Para eso estábamos allí, ¿no?

—No. Estábamos allí para que yo no me aburriera. ¿No te acuerdas? Y me estaba aburriendo de nuevo.

Eso no lo tranquilizó ni mucho menos. Todo lo contrario, pareció enfurecerlo todavía más.

—Pues vete a aburrirte a otro sitio.

Se quedó de piedra al escucharlo.

—¿Me estás echando de tu dormitorio?

—Sí.

La furia le nubló la vista. Nadie le había hablado de esa manera jamás.

—¿Quién te crees que eres?

—La persona a la que casi asaltan por tu desconsideración.

—No soy desconsiderada.

Le señaló la puerta que tenía detrás.

—Vete. No me gusta estar acompañado. Prefiero estar solo.

Lo miró con el ceño fruncido.

—Estás enfadado de verdad conmigo, ¿no?

Aquerón se atrevió a poner los ojos en blanco como si estuviera exasperado con ella.

Estupefacta, lo miró con la boca abierta.

—Los humanos no se enfadan conmigo.

—Pues este sí. Ahora te pido que te vayas.

Debería hacerlo, pero le resultaba imposible. Se sentía demasiado atraída por ese hombre con el que debería estar furiosa pero no lo estaba. Una parte de ella estaba incluso tentada de pedirle disculpas. Pero las diosas no se disculpaban con los humanos.

—¿Por qué te ha rodeado la gente de esa manera? —preguntó, ya que quería comprenderlo a él y esa inmerecida hostilidad que sentía hacia ella.

—Tú eres la diosa. Dímelo tú.

—La gente no suele hacerle eso a sus congéneres sin un motivo. ¿Estás maldito o algo así?

Aquerón soltó una amarga carcajada.

—Salta a la vista que sí.

—¿Qué hiciste?

—Venir a este mundo. Al parecer eso es lo único que les hace falta a los dioses para arruinar una vida. —Se quitó los zapatos y se los dio—. Coge tus zapatos y vete.

—Son tuyos.

—No quiero tu regalo.

—¿Por qué no?

Aunque tenía la vista clavada en el suelo, era imposible pasar por alto su rabia y su desdén.

—Porque llegará el momento en el que me hagas pagar por ellos y ya estoy cansado de tener que pagar por las cosas. —Dejó caer los zapatos al suelo, dio media vuelta y salió a la terraza.

Artemisa lo siguió sin reparar en los zapatos.

—Nos estábamos divirtiendo. Y me lo estaba pasando bien hasta que me enfureciste.

Vio que volvía a clavar la vista en el suelo al tiempo que la ira abandonaba su rostro.

—Perdonadme, señora. No quise ofenderos.

Se postró de rodillas delante de ella.

—¿Qué haces?

—Vuestros deseos son mis deseos, akra.

Artemisa le quitó el manto de un tirón, pero él ni siquiera se movió. Se quedó donde estaba como un sirviente sumiso.

—¿Por qué estás haciendo esto?

Su mirada no se movió del suelo.

—Es lo que queréis, ¿no? Un siervo que os entretenga.

Sí, pero no era lo que quería de él.

—Ya tengo siervos. Creía que éramos amigos.

—No sé cómo ser un amigo. Solo sé cómo ser un esclavo o un amante.

Estaba a punto de replicarle, pero antes de que pudiera hacerlo la puerta se abrió de par en par. Se volvió invisible al instante y se internó en las sombras.

Entraron dos guardias en el dormitorio.

En cuanto Aquerón los vio, se puso en pie y retrocedió hasta llegar casi a la balaustrada mientras los guardias avanzaban. Su rostro adoptó una expresión fría y estoica.

Sin mediar palabra, los guardias lo agarraron y lo sacaron al pasillo. Intrigada por la causa de ese comportamiento, los siguió, asegurándose de que nadie pudiera verla.

Llevaron a Aquerón al salón del trono donde ella se manifestó dos días antes para hablar con él. Los guardias lo obligaron a arrodillarse delante de

los tronos ocupados por un anciano y un joven que tenía el mismo rostro que Aquerón. Solo se diferenciaban por los ojos y porque carecía de su magnetismo. El humano que estaba en el trono era como un humano cualquiera, y le desagradó al punto.

—Como nos ordenó, sire, no ha salido de su habitación —dijo el guardia que estaba a la izquierda de Aquerón con voz firme—. Nos hemos asegurado de ello.

Los ojos azules del rey tenían una expresión penetrante.

—¿No estabas en la plaza hace un rato, *teritos*?

Artemisa puso los ojos como platos al escuchar la palabra que los griegos usaban para «despojo».

Aquerón miró al rey con expresión desafiante.

—¿Por qué iba a estar en la plaza, padre?

El rey torció el gesto.

—Treinta y seis latigazos por su insolencia. Después devolvedlo a su habitación.

Aquerón cerró los ojos mientras los guardias lo levantaban del pelo y lo arrastraban hasta salir por una puerta que daba a un pequeño patio.

Artemisa frunció el ceño mientras veía cómo lo desnudaban antes de atarlo a un poste. Su perfecta espalda estaba llena de moratones, verdugones enrojecidos y cortes. Con razón se había apartado de ella y había siseado de dolor cuando le tocó la espalda. Tenía que dolerle muchísimo.

Incapaz de verla, el guardia más joven pasó junto a ella y cogió uno de los látigos que había en la pared antes de volver junto a Aquerón.

Vio cómo Aquerón se tensaba y se aferraba al poste como si supiera lo que iba a suceder a continuación.

El látigo restalló en el aire y después golpeó su magullada espalda.

Aquerón jadeó y se agarró con tanta fuerza al poste que todos sus músculos se tensaron por el esfuerzo. Daba la sensación de que quisiera fundirse con la madera…

Hechizada por el espectáculo, contempló cómo los latigazos llovían sobre su espalda. Ni una sola vez lo oyó gritar ni pedir clemencia. En todo caso, se limitó a jadear o a echar pestes sobre los guardias y sus familias.

Cuando todo hubo terminado, los guardias lo liberaron. Con el rostro ceniciento, Aquerón recogió su quitón de donde lo habían dejado los guardias, pero no tuvo tiempo de ponérselo antes de que lo llevaran de vuelta a su habitación y lo obligaran a entrar con un empujón. El portazo que dieron al cerrar reverberó en el dormitorio.

Artemisa atravesó la puerta cerrada y descubrió a Aquerón tirado en el suelo, en el mismo sitio donde lo habían dejado los guardias. Su pelo rubio, revuelto y manchado de sangre, le cubría las heridas de la espalda, que seguían sangrando. No hizo ademán alguno de cubrirse ni de llorar. Siguió tumbado en el suelo, con la mirada perdida.

—¿Aquerón?

No le contestó.

Se apareció delante de él y se arrodilló a su lado.

—¿Por qué te han azotado?

Lo vio inspirar con dificultad al tiempo que apretaba con fuerza el arrugado quitón.

—Deja de hacerme preguntas que no quiero responder.

Con el corazón desbocado, extendió la mano para tocar la herida sangrante que tenía en el hombro derecho. Aquerón siseó de dolor, de modo que apartó la mano con el ceño fruncido. Su sangre, cálida y espesa, le manchaba la punta de los dedos. Se apartó y contempló su cuerpo desnudo. Por primera vez sintió una punzada de culpabilidad en el pecho.

Ella era la causante de su castigo. Si no lo hubiera sacado de esa habitación, no le habrían hecho eso. Una parte de ella incluso estaba furiosa porque le hubieran hecho daño.

—No me gusta verte así —susurró.

—Pues déjame solo.

No podía hacerlo, ese era el problema. Con la intención de reconfortarlo, le colocó una mano en el hombro y cerró los ojos antes de curar sus heridas.

Aquerón jadeó al sentir que un intenso ramalazo de dolor le atravesaba todo el cuerpo. Al cabo de un momento, el dolor había desaparecido. Se tensó a la espera de su regreso.

Pero no volvió.

—¿Estás mejor?

Miró a la diosa sin dar crédito.

—¿Qué has hecho?

—Soy una diosa de la sanación, así que he curado tus heridas.

Se tendió de espaldas, sorprendido al darse cuenta de que el dolor no regresaba. Esos últimos tres días lo habían estado azotando de manera continuada por haberse atrevido a acompañar a Ryssa hasta el templo. A decir verdad, empezaba a temer que su piel nunca volvería a sanar.

Sin embargo, Artemisa lo había ayudado.

—Gracias.

La diosa le sonrió al tiempo que le apartaba el pelo de la cara.

—No era mi intención que te hicieran daño.

Aquerón le cubrió la mano con la suya y le besó la palma, que sabía a miel y a rosas. Para su más absoluta sorpresa, sintió que su cuerpo se excitaba. Y eso le hizo temer que Artemisa se abalanzara al instante sobre él.

Sin embargo, la diosa se limitó a mirar su erección, que seguía creciendo.

—¿Siempre hace eso?

—No.

Rara vez se excitaba, a menos que se lo ordenasen o lo drogaran.

Artemisa frunció el ceño mientras le acariciaba el pecho. Estaba acostumbrado a que la gente sintiera curiosidad por él. Dado que todos suponían que era el hijo de un dios, querían tocarlo, explorar su cuerpo.

No obstante, ella titubeaba. Su mano bajó por su abdomen poco a poco, como si le diera miedo tocar esa parte de su cuerpo que estaba mirando.

—No haré nada que no quieras que haga —le dijo en voz baja.

Los ojos de la diosa relampaguearon.

—Claro que no. Te mataría si lo hicieras.

Nadie había sido tan directo con él en la vida, aunque la amenaza siempre había estado presente. Después de abandonar la Atlántida, numerosos clientes lo habían amenazado por un sinfín de razones. La mayoría por motivos políticos o por celos. Algunos tenían miedo de que los

delatara por lo que deseaban hacerle al príncipe Estigio. Otros no querían compartirlo con nadie más.

En tres ocasiones estuvieron a punto de matarlo.

No sabía por qué la gente reaccionaba de esa manera con él. Nunca lo había entendido. Ni siquiera Artemisa, con su condición divina, parecía inmune a ese efecto.

Salvo por el hecho de que sus caricias lo excitaban.

Cerró los ojos cuando su mano le acarició la punta de su miembro. El deseo lo asaltó de forma imprevista y desconcertante. Debería estar enfadado con ella por lo que le había hecho, pero en ese preciso momento era incapaz de sentir rabia alguna. Solo sentía un impulso de complacerla que no alcanzaba a entender.

Se escuchó un ruido en el pasillo.

Artemisa se apartó con un jadeo.

—Podrían vernos.

En un abrir y cerrar de ojos, Aquerón se encontró en un reluciente dormitorio de mármol blanco. Se puso en pie de un salto y recorrió con la mirada la estancia mientras intentaba comprender dónde estaban.

Junto a una de las paredes había una enorme cama. Las sábanas y las cortinas eran tan blancas como todo lo demás. El único toque de color eran los ribetes de oro.

—¿Dónde estoy?

—En el monte Olimpo.

Se quedó boquiabierto.

—¿Qué has dicho?

—Te he traído a mi templo. No te preocupes. Nadie entra nunca en mi dormitorio. Es un lugar privado.

Artemisa se acercó a él con una sonrisa en los labios. Le frotó la mejilla con la suya y antes de que se apartara, un quitón rojo apareció sobre su cuerpo.

—Aquí podemos estar a solas.

Mientras contemplaba el esplendor que lo rodeaba, Aquerón ni siquiera era capaz de pensar. El techo que cubría la estancia era de oro macizo con relieves que representaban escenas de la naturaleza. ¿Cómo era posible?

¿Cómo era posible que un puto estuviera en el dormitorio de una diosa conocida por su virginidad? La mera idea era ridícula.

Sin embargo, allí estaba…

Artemisa lo cogió de la mano y lo condujo a su terraza, que daba a un jardín cuajado de flores. El despliegue de color era casi tan hermoso como la diosa que tenía a su lado.

—¿Qué te parece? —le preguntó Artemisa.

—Es maravilloso.

Ella sonrió.

—Ya sabía yo que te iba a gustar.

La miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo es posible que te aburras aquí?

La diosa apartó la mirada y tragó saliva. Una profunda tristeza empañó sus ojos verdes.

—Me siento sola. Muy pocas personas quieren hablar conmigo. A veces voy al bosque y un ciervo se me acerca, pero los ciervos no son muy habladores.

Aquerón soltó un suspiro, asombrado por la increíble escena.

—Yo podría perderme en ese bosque y no volver a hablar con nadie en la vida.

—Pero a ti te quedan pocos años más de vida. No tienes ni idea de lo que es la eternidad. El tiempo pierde su significado. Se limita a seguir su curso, invariable, sin cambiar nunca.

—No sé. Creo que me gustaría la eternidad… si pudiera vivirla según mis reglas.

La diosa le sonrió.

—Te veo dentro de mil años como estás ahora mismo. —Un brillo alegre apareció en sus ojos—. ¡Ah, hay una cosa que quiero enseñarte!

Desconcertado, ladeó la cabeza mientras ella chasqueaba los dedos. En su mano apareció un extraño paquetito marrón que le ofreció al instante.

—¿Qué es?

—Chocolate —susurró—. Hershey’s. Tienes que probarlo.

Lo aceptó y se lo acercó a la nariz para olerlo. Su olor era dulzón, pero no imaginaba cuál podría ser su sabor. Fue a darle un mordisco, pero

Artemisa se lo quitó de las manos.

—Tonto, primero tienes que desenvolverlo. —Entre carcajadas, le quitó el envoltorio, hecho de un papel marrón y de un extraño material plateado. Después, cortó un trocito y se lo ofreció.

Lo probó con recelo. En cuanto se derritió en su lengua, creyó estar en la gloria.

—Está buenísimo.

Artemisa le dio el resto de la tableta.

—Lo sé. Es del futuro… Se supone que no debemos visitarlo, pero no puedo evitarlo. Hay cosas por las que me niego a esperar, y el chocolate es una de ellas.

—¿Puedes llevarme al futuro? —le preguntó él mientras se relamía los dedos.

La diosa negó con la cabeza al instante.

—Mi padre me mataría si llevo a un mortal.

—Un dios no puede matar a otro.

—Claro que puede. De verdad. Se supone que no deben, pero a veces lo hacen.

Aquerón le dio otro mordisco a la tableta mientras sopesaba sus palabras. Le encantaría dejar esa época atrás. Viajar a un lugar donde nadie lo conociera, ni conociera a su hermano. Donde fuera libre de su pasado y pudiera vivir sin que todo el mundo intentara poseerlo.

Sería maravilloso. Pero había aprendido por las malas que ese lugar no existía.

Artemisa le arrebató la tableta y le dio un mordisco. Le cayó un trocito en la barbilla.

Él extendió la mano para limpiárselo.

—¿Cómo haces eso? —le preguntó la diosa.

—¿El qué?

—Tocarme sin miedo. Todos los humanos se echan a temblar delante de los dioses, pero tú no. ¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Seguramente porque no me da miedo morir.

—¿No?

—No. Me da miedo revivir mi pasado. Al menos muerto sabría que todo eso ya ha quedado atrás. Creo que la muerte sería un alivio.

Ella meneó la cabeza.

—Eres un hombre muy raro, Aquerón. Distinto a todos los que he conocido. —Echó a andar de espaldas, lo cogió de la mano y tiró de él hacia el dormitorio.

Se dejó guiar sin protestar.

Artemisa no habló mientras se arrodillaba en la cama antes de volverse hacia él. Lo abrazó con fuerza y le dio un beso increíblemente erótico.

Cerró los ojos y aspiró su aroma mientras sus lenguas se encontraban. Qué raro, con ella no se sentía como un puto. Tal vez porque solo quería su compañía. No había ningún pago. Lo único que querían era olvidar la soledad de sus propias vidas.

¿Era eso lo que se sentía al ser normal? Siempre se lo había preguntado.

Artemisa se apartó para mirarlo.

—Prométeme que nunca me traicionarás, Aquerón.

—Nunca haría nada que te hiciera daño.

La diosa esbozó una sonrisa deslumbrante antes de arrojarlo sobre la cama, donde lo tumbó de espaldas. Se sentó a horcajadas sobre él antes de apartarle el pelo del cuello.

—Eres tan guapo… —susurró.

Aquerón no dijo nada. Esos relucientes ojos verdes y esa piel tan suave lo tenían hipnotizado. Al menos hasta que vio sus colmillos.

Al instante sintió un horrible dolor en el cuello. Intentó moverse, pero no pudo. Estaba inmovilizado por completo.

Se le desbocó el corazón hasta que el dolor dio paso a un placer inimaginable. Solo cuando el placer reemplazó por completo al dolor pudo volver a moverse. Le sujetó la cabeza con las manos mientras ella seguía succionando y lamiéndolo, hasta que lo catapultó al orgasmo más intenso que había experimentado en la vida.

En cuanto los espasmos cesaron, se le cerraron los ojos como si un peso invisible le tirara de los párpados. Intentó luchar para no sumirse en la oscuridad, pero fue en vano.

Artemisa se apartó y se relamió la sangre de los labios mientras observaba a Aquerón perder el conocimiento. Jamás había probado la sangre humana… Era increíble. Con razón su hermano repetía la experiencia. Poseía una vitalidad de la que carecían los inmortales. Era tan embriagadora que le costó la misma vida dejar de beber. Pero si no se detenía, podría matarlo.

Y eso era lo último que quería hacer. Aquerón le resultaba fascinante. No se asustaba ni la adulaba. Aunque era mortal, se enfrentaba a ella de igual a igual.

Encantada con su nueva mascota, se acostó a su lado y se pegó a su cuerpo.

Definitivamente ese era el comienzo de una gran amistad…

14 de diciembre, 9529 a. C..

Aquerón se despertó con un punzante dolor de cabeza. Al abrir los ojos, descubrió que estaba desnudo en su cama. Cuando se percató de que al moverse no le dolía nada, recordó todo lo que había sucedido el día anterior.

Todo.

Se llevó una mano al cuello y contuvo el aliento al descubrir el hilillo de sangre seca en el lugar donde Artemisa le había mordido. Sin embargo, esa era la única marca que tenía en todo el cuerpo. De los latigazos no quedaba ni rastro.

¿Qué era un pequeño mordisco comparado con eso?

Echó un vistazo por la habitación.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

No recordaba esa parte. Lo último que recordaba era el mordisco de Artemisa y el agotamiento que se apoderó de él después.

Alguien llamó a la puerta antes de abrirla. No le hizo falta mirar para saber que era Ryssa. Su hermana, bajita y rubia, era la única que llamaba antes de entrar en su habitación.

Se limpió rápidamente la sangre del cuello y se cubrió el mordisco con el pelo antes de que Ryssa se acercara.

Su hermana tenía las mejillas sonrojadas y llevaba una túnica de color púrpura. Era la primera vez que la veía desde que Apolo la reclamó.

Antes de que pudiera abrir la boca siquiera, Ryssa se lanzó a sus brazos entre sollozos.

La acunó y la estrechó con fuerza contra su cuerpo.

—¿Qué pasó? ¿Te hizo daño?

—No, fue considerado —contestó entre lágrimas—. Pero me asustó y sí, me dolió un poco. —Se pegó más a él—. ¿Cómo lo soportas?

Esa era la pregunta que él mismo se había hecho en incontables ocasiones.

—Todo saldrá bien, Ryssa.

—¿De verdad? —Se apartó un poco para mirarlo a la cara, como si no acabara de creerse sus palabras—. ¿Y si quiere que vuelva otra vez?

Él le tomó la cara entre las manos.

—Lo soportarás y sobrevivirás.

Ryssa apretó los dientes antes de decir algo que Aquerón entendería muy bien.

—No quiero volver con él. A su lado me siento desnuda y expuesta, aunque la verdad es que no ha sido cruel ni desconsiderado en ningún momento. Pero tenías razón. No le importaron ni mis sentimientos ni mi opinión. Lo importante era su propia satisfacción. —Meneó la cabeza. Por fin comprendía a su hermano. Como nunca antes lo había hecho.

Ella había sufrido una humillación efímera. Aquerón había sufrido incontables momentos de humillación. Era horrible saberse a merced de otra persona. Saber que podían hacer lo que quisieran con su cuerpo sin contar con su opinión. Se sentía tan usada…

—Quiero huir de todo esto.

Aquerón la cogió de la mano.

—Lo sé. Pero todo saldrá bien, ya lo verás. Te acostumbrarás. De verdad.

Ella no estaba tan segura. Se sentía muy dolorida y todavía sangraba por culpa de la penetración de Apolo. Sí, había sido cuidadoso, pero en ciertos momentos se había mostrado insensible. No le apetecía en absoluto volver a estar a su merced.

—¡Ryssa!

Dio un respingo al escuchar el grito de su padre.

Aquerón se tensó.

—Deberías irte.

No quería hacerlo, pero le daba miedo causarle algún problema a su hermano. Se sorbió la nariz, se apartó de él y vio lástima en esos

turbulentos ojos plateados.

—Te quiero, hermanito.

Aquerón guardó esas palabras en su corazón como si fueran un tesoro. Ryssa era la única persona que lo había querido en la vida. A veces odiaba ese amor, porque la impulsaba a hacer cosas que acababan perjudicándolo, pero a diferencia de lo que ocurría con los demás, las decisiones de su hermana se basaban en el cariño.

Ryssa se bajó de la cama y atravesó la habitación a la carrera para salir al pasillo.

La furibunda maldición de su padre atravesó las paredes de sus aposentos.

—¿¡Qué estabas haciendo ahí dentro!?

Aquerón dio un respingo. Al menos Ryssa estaba a salvo de los latigazos. Según tenía entendido, su padre no le había dado ni siquiera una bofetada en la vida.

—Ahora eres la concubina de un dios. No está bien visto que te acerques a ese tipo de gente. ¿Lo entiendes? ¿Qué pensaría Apolo si se enterara? ¡Te echaría de su templo y te escupiría a la cara!

No alcanzó a escuchar la réplica de su hermana, porque habló en voz baja.

Sin embargo, las palabras de su padre lo atravesaron como un puñal. Así que no era digno de estar en presencia de Ryssa, pero sí podía estar junto a Artemisa. Se preguntó cómo reaccionaría el rey si lo descubriera. Si lo miraría con otra emoción que no fuese desprecio.

Seguramente no.

La puerta de su habitación se abrió de golpe, estampándose contra la pared. El rey entró en sus aposentos caminando con gesto furioso. Aquerón apartó la mirada y se obligó a relajarse para no delatar sus emociones.

«¡Me importa una puta mierda!», pensó.

Si su padre quería odiarlo, que lo odiara. Ya estaba cansado de esconderse y de acobardarse. Prefería los insultos y los latigazos.

Resopló por la nariz y enfrentó la furiosa mirada de su padre sin titubear.

—Buenos días, padre.

El rey le cruzó la cara con tal fuerza que notó el regusto de la sangre en la boca al tiempo que el dolor se extendía por todo el cráneo. Apenas sin aliento, sacudió la cabeza para despejarse y después enfrentó la furibunda mirada de su padre.

—No soy tu padre.

—¿Hay algo que pueda hacer por vos? —le preguntó al tiempo que se limpiaba la sangre de los labios con el dorso de una mano.

—Padre, por favor —intercedió Ryssa, que atravesó el dormitorio a la carrera. Agarró a su padre del brazo para evitar que volviera a golpearlo—. He sido yo quien ha venido a verlo nada más llegar. Aquerón no ha hecho nada malo. Yo soy la culpable, no él.

El rey lo señaló con un dedo acusador.

—Aléjate de mi hija. ¿Me has oído bien? Si vuelvo a descubrirte cerca de ella, desearás no haber nacido jamás.

Aquerón soltó una amarga carcajada.

—¿Y en qué se diferenciaría eso de un día normal y corriente?

Ryssa se interpuso entre ellos cuando el rey hizo ademán de golpearlo una vez más.

—Basta, padre. Por favor. Querías preguntarme ciertas cosas sobre Apolo. ¿No deberíamos concentrarnos en ello?

Jerjes lo miró con desprecio antes de soltar con arrogancia:

—No eres digno de mi tiempo. —Y con esas palabras sacó a Ryssa de la habitación—. Cerrad esta puerta. Hoy puede pasar sin comer.

Aquerón se apoyó en el cabecero de la cama y meneó la cabeza. Si su padre esperaba controlarlo con la comida, debería haber pasado más tiempo con Estes. Ese cabrón sí que sabía utilizar la comida para hacerlo bailar al son que él tocaba.

Se le contrajo el estómago al recordar el día que le suplicó a Estes una gota de agua para aliviar la sed.

«No te has ganado nada, de modo que eso es lo que obtendrás… nada. Y ahora, arrodíllate a ver si eres capaz de ganarte algo.»

Cerró los ojos con fuerza y se obligó a desterrar las imágenes. Detestaba suplicar y arrastrarse. De repente, se le ocurrió la mejor forma de olvidarlo: la diosa que había reclamado su amistad.

—¿Artemisa? —susurró, temeroso de que alguien pudiera escucharlo.

A decir verdad, lo normal sería que la diosa le diera la espalda como todos los demás.

Pero no fue así.

Cuando Artemisa apareció frente a él, la sorpresa lo dejó boquiabierto. Su larga melena pelirroja parecía brillar en la penumbra. Sus ojos tenían una mirada alegre y tierna, como si estuviera encantada de verlo. No lo condenaba ni se burlaba de él, o al menos su comportamiento no delataba ninguna de las dos cosas.

—¿Cómo estás? —le preguntó la diosa.

—Ahora que has venido, mejor.

La vio esbozar una sonrisilla.

—¿De verdad?

Asintió con la cabeza.

La sonrisa de la diosa se ensanchó mientras se acercaba a la cama para gatear sobre él.

Cerró los ojos al inhalar el dulce olor de su piel. Se pasaría la vida oliéndola, con la nariz enterrada en su pelo. Artemisa se sentó a horcajadas sobre sus caderas y le apartó el pelo del cuello antes de acariciar el lugar donde le había mordido.

—Eres fuerte para ser humano.

—Me entrenaron para ser resistente.

La diosa pasó por alto el comentario y frunció el ceño.

—No estás mirándome.

—Pero te veo. —Era cierto. Veía hasta el detalle más pequeño de su cara, veía todas y cada una de las curvas de su voluptuoso cuerpo.

Artemisa le colocó las manos en las mejillas y lo obligó a mirarla a los ojos. Sin embargo, él mantuvo la vista clavada en sus rodillas, desnudas porque se le había subido la túnica.

—Mírame.

Se sentía tan acorralado que deseó poder huir. Se había pasado la vida entera sin mirar a la gente a los ojos, salvo cuando quería mostrarse beligerante. Y siempre que lo había hecho, el castigo había sido brutal.

—Aquerón. Mírame —repitió la diosa, enfatizando cada sílaba.

Se preparó para el ataque y la obedeció. El corazón se le desbocó mientras su cuerpo se tensaba en previsión del dolor que estaba por llegar.

Artemisa se acomodó sobre él con la satisfacción pintada en la cara.

—Muy bien. No ha sido tan difícil, ¿verdad?

Ni se imaginaba cuánto. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo y no lo abofeteaba por mirarla, comenzó a relajarse.

La vio sonreír.

—Me gustan tus ojos. Son raros, pero muy bonitos.

¿Bonitos? ¿¡Sus ojos!? Eran desagradables. Asustaban a todo el mundo, incluso a Ryssa.

—¿No te importa que te mire?

—En absoluto. Al menos así sé que me estás prestando atención. No me gusta esa costumbre que tienes de observarlo todo mientras hablamos como si estuvieras distraído.

Menuda novedad.

—¿Cómo voy a distraerme si estás conmigo? Te juro que cuando te tengo cerca, solo tengo ojos para ti.

Artemisa esbozó una sonrisa deslumbrante.

—Dime, ¿por qué me has llamado?

—No estoy seguro. En realidad, pensaba que no aparecerías. Solo susurré tu nombre con la esperanza de que me contestaras.

—Qué tonto eres. ¿Hoy también estás encerrado?

Asintió con la cabeza.

—No podemos permitirlo. Ven conmigo.

Antes de que Artemisa hubiera acabado de hablar, se descubrió en el dormitorio de la diosa, en el Olimpo. Volvía a estar vestido de rojo, cosa que le resultó extraña ya que todo lo que había a su alrededor era blanco o dorado.

—¿Por qué me vistes de rojo?

Artemisa se mordió el labio inferior mientras caminaba trazando un círculo a su alrededor y lo acariciaba con un dedo.

—Me gusta cómo te sienta. —Se detuvo frente a él, se puso de puntillas y le dio un beso.

Aquerón accedió y le dio lo que quería. Lo habían entrenado para satisfacer los deseos de aquel con quien estuviera. Para dar, no para recibir. Sus necesidades no importaban. Solo era un objeto de usar y tirar.

Sin embargo, con Artemisa no se sentía así. Al igual que sucedía con Ryssa, la diosa lo hacía sentirse humano. Con ella podía expresar su voluntad siempre que quisiera, no era una falta merecedora de castigo. Podía mirarla sin que lo maldijera.

Artemisa suspiró y se dejó abrazar. Le encantaba cómo Aquerón la estrechaba entre sus brazos. Le encantaba sentir el movimiento de sus músculos contra su cuerpo. Era tan guapo y tan fuerte… Tan tentador… Le encantaría pasarse el día a solas con él. Sintiendo los latidos de su corazón en el pecho.

Sus alientos se mezclaron. Sintió que le crecían los colmillos a medida que el deseo por él iba aumentando.

Se apartó un poco y lo miró a los ojos para que contemplara su verdadero aspecto. Aquerón ni siquiera parpadeó al ver sus colmillos. Se limitó a ladear la cabeza para ofrecerle lo que más ansiaba. Nadie se había mostrado nunca tan complaciente. Normalmente se alimentaba de su hermano o de una de sus doncellas. Pero lo hacían porque no les quedaba más remedio.

Con el corazón acelerado, le acarició el cuello antes de clavarle los colmillos.

Aquerón siseó cuando el dolor se apoderó de su cuerpo. Sin embargo, pronto fue reemplazado por una oleada de placer tan intensa que se le puso dura al instante. Se tambaleó hacia atrás cuando se le aflojaron las rodillas. Artemisa lo siguió, aferrándolo con más fuerza.

Todo comenzó a dar vueltas a su alrededor y su visión cambió. Lo veía todo mucho más claro, mucho más nítido. Sentía el aliento de Artemisa en su piel, escuchaba la sangre correr por sus venas. Sus sentidos parecían haber despertado a una nueva vida. Su cuerpo era fuerte aunque al mismo tiempo se sentía muy débil. Volvió a tambalearse y en esa ocasión se apoyó en la pared que tenía a la espalda.

—¿Aquerón?

Escuchó que la diosa lo llamaba, pero fue incapaz de responder.

Artemisa se lamió la sangre de los labios al ver el tinte azulado que había adquirido la piel de Aquerón. Respiraba de forma tan superficial que parecía al borde de la muerte.

—¿Aquerón?

Tenía los ojos entrecerrados. No parecía ver nada, ni tampoco parecía escucharla.

Temerosa de haberle hecho daño, usó sus poderes para trasladarlo a la cama y lo dejó con cuidado en el colchón. Le cogió una mano y comenzó a frotársela.

—Aquerón, por favor, dime algo.

Lo escuchó susurrar algo en atlante, pero no pudo entenderlo. Acto seguido, soltó una bocanada de aire y perdió el conocimiento. De repente, su cuerpo adquirió un color azul intenso salvo los labios, las uñas y el pelo, que se volvieron negros.

Artemisa se apartó de la cama con un respingo. Sin embargo, Aquerón recuperó su forma normal al cabo de un instante.

¿Qué había pasado? En la vida había visto nada semejante. ¿Habría sido culpa suya por alimentarse de él?

Tragó saliva y volvió a acercarse a la cama. Le dio un toquecito con un dedo. Seguía inconsciente.

Hizo aparecer una piel gruesa, lo tapó con ella y lo observó respirar de forma superficial. Mientras dormía, trazó con un dedo el contorno de sus labios y ascendió por su nariz. Sus rasgos eran tan perfectos que parecían esculpidos. Al igual que su cuerpo. No comprendía por qué le resultaba tan irresistible. Por temor a verse sometida, cuando era pequeña le pidió a su padre que la inmunizara contra el amor y que le concediera una eterna virginidad. Zeus la había complacido. Sin embargo, mientras contemplaba a Aquerón decidió analizar las emociones que la embargaban. No se parecían a nada que hubiera sentido antes.

Le gustaba la forma en que se dirigía a ella. Su forma de abrazarla y los gritos que lograba arrancarle cuando la satisfacía con sus dedos y su boca. Pero lo que más le gustaba era el sabor de su sangre.

«Solo es una mascota», se dijo.

Sí, exacto. No albergaba ningún sentimiento real por él. Solo era como los ciervos que vivían en el bosque. Algo precioso que admirar y acariciar. Los ciervos también la acariciaban y le lamían la mano. Y, al igual que había sucedido con ellos, estaba segura de que acabaría aburriéndose de Aquerón a la larga. Porque eso era lo que pasaba siempre con todo.

De momento, su intención era disfrutar de su mascota todo el tiempo posible.

Aquerón se despertó muerto de hambre. Le dolía tanto el estómago que en un primer momento creyó que estaba otra vez en el oscuro agujero subterráneo del palacio de su padre. Sin embargo, cuando abrió los ojos y vio el techo dorado, recordó que estaba con Artemisa.

Se incorporó despacio y vio que estaba solo en la cama. Al otro lado de la puerta del dormitorio se escuchaban voces. Estaba a punto de levantarse para salir, pero se lo pensó mejor. Artemisa lo había dejado solo por alguna razón. Si abría esa puerta, cometería un error.

Así que siguió sentado en la cama, con el estómago dolorido por el hambre mientras escuchaba una conversación cuyas palabras no alcanzaba a comprender. El oro y la piedra de las paredes las amortiguaban. No sabía qué momento del día era en el exterior ni cuánto tiempo había dormido.

Después de lo que le pareció una eternidad, Artemisa apareció ante él. Al verlo, le sonrió un tanto sorprendida.

—Estás despierto.

Asintió con la cabeza.

—No quería molestarte. Parecías ocupada.

La diosa acortó la distancia que los separaba para acariciarle una mejilla.

—¿Tienes hambre?

—No sabes cuánta.

Artemisa extendió los brazos y de repente apareció una mesa atestada de comida junto a la cama.

El festín lo dejó boquiabierto.

—Si quieres algo más, solo tienes que decírmelo.

—No, esto es maravilloso.

Salió de la cama y le dio un buen mordisco a una rebanada de pan. Cuando lo probó, se le abrieron los ojos de par en par. Era el mejor pan que había comido en la vida, calentito y bañado en miel.

Artemisa le sirvió un cáliz de vino.

—Sí, parece que tienes hambre.

Agradecido, cogió el cáliz con el vino y se lo llevó a los labios para disfrutar del intenso sabor.

—Gracias, Artie.

Ella enarcó una ceja al escuchar el diminutivo de su nombre.

—¿Artie?

Aquerón dio un respingo al darse cuenta del desliz.

—Artemisa. Quería decir Artemisa.

Se acercó a él y le frotó el cuello con la nariz.

—Creo que Artie me gusta. Es la primera vez que alguien me llama así.

Aquerón inclinó la cabeza para besarle la mano.

El roce de sus labios fue tan electrizante que la dejó sin respiración. ¿Qué tenía ese humano para que estallara en llamas cada vez que lo veía? Quería abrazarlo y protegerlo. Quería devorar lentamente ese delicioso cuerpo.

Cerró los ojos, se apoyó en él e inhaló su olor, embriagador, masculino y personal.

—Come, Aquerón —susurró—. No quiero que pases hambre.

En ese momento se apartó de ella y el frío que dejó su ausencia fue como un puñetazo en el estómago. Observó que mojaba el pan en la miel antes de llevárselo a los labios. Su sabor le arrancó una sonrisa tan preciosa que la alegría le inundó el corazón.

Volvió a hacer lo mismo con otro trozo de pan, pero esa vez se giró hacia ella.

—¿Quieres un poco?

Asintió con la cabeza. Aquerón se lo acercó a la boca. Ella separó los labios y además de aceptar el pan, le lamió los dedos. Tenían un delicioso sabor. Salado y dulce. La mezcla de sabores despertó su apetito.

Lo miró a los ojos y el deseo la abrasó cuando vio la lujuria reflejada en ellos. Aquerón metió el dedo índice en la miel y se lo pasó por los labios antes de pegarla a su cuerpo para darle un beso ardiente. El sabor de sus labios mezclado con el de la miel era irresistible.

Lo acercó a la cama, se tumbó en el colchón y tiró de su mano hasta tenerlo sobre ella.

—Eres tan hermosa que me parece increíble —lo escuchó decir con voz ronca.

Fue incapaz de responderle con palabras. La ternura de su mirada la tenía cautivada. Nadie la había mirado nunca así. En cuanto comenzó a besarle el cuello, las llamas de la pasión la abrasaron.

Nunca había estado completamente desnuda delante de otra persona. Sin embargo, no protestó cuando él le quitó la túnica. Con una lentitud exasperante, fue bajando la prenda por su cuerpo hasta dejarla expuesta. A pesar de todo, le extrañó que no hiciera ademán alguno de quitarse su propia ropa.

En cambio, cogió uno de sus pies y lo levantó para mordisquearle el empeine. La exquisita tortura hizo que se mordiera el labio mientras lo observaba subir poco a poco por su cuerpo.

Al llegar a la cara interna del muslo se detuvo después de darle un lametón.

—¿Quieres que pare? —le preguntó.

Negó con la cabeza.

—Me encanta que me toques.

Le lanzó una mirada tórrida antes de separarle los muslos y tocarla allí donde más lo deseaba.

Movida por el deseo, le enterró los dedos en el pelo y se aferró a él.

Aquerón se apartó y siseó como si le hubiera hecho daño.

La reacción la dejó perpleja.

—¿Qué pasa?

—No me tires del pelo, por favor. Lo odio.

—¿Por qué?

—Porque hace que me sienta como un animal.

Era imposible pasar por alto la nota dolorida de su voz.

—No lo entiendo.

—La gente me tira del pelo para controlarme o para mantenerme postrado a sus pies. O cuando me están violando y humillándome. No me gusta.

Le acarició una mejilla para consolarlo.

—Lo siento, Aquerón. No lo sabía. ¿Hay algo más que no te guste?

La pregunta lo dejó petrificado. Ningún amante le había preguntado eso antes. Ni siquiera acababa de creerse que le hubiera dicho que no le gustaba que le tocaran el pelo. No era algo que acostumbrara a hacer, pero puesto que le había preguntado, se sentía obligado a contestarle:

—No me gusta sentir el aliento de la gente en el cuello. Me hace sentir como un esclavo sin voluntad propia y me da mucho asco.

—Entonces nunca te lo haré.

Esas palabras le llegaron tan hondo que sintió los ojos llenos de lágrimas. Tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta antes de acariciarle el cuello a Artemisa con la nariz. Haría cualquier cosa por complacer a esa diosa. Artemisa era la personificación de la bondad. No alcanzaba a entender por qué quería la amistad de un ser tan insignificante como era un antiguo esclavo, pero se sentía muy agradecido por su compañía.

Deseoso por complacerla porque le apetecía hacerlo, no porque se sintiera obligado, se demoró a placer acariciándola hasta que la escuchó gritar su nombre. Fiel a su palabra, no le agarró el pelo al correrse. Le clavó las uñas en los hombros.

Agradecido por ello, gateó sobre su cuerpo y cuando estuvo a su altura, se tendió a su lado y tiró de ella para abrazarla.

Artemisa suspiró cuando estuvo tendida sobre Aquerón, que seguía vestido.

—¿Por qué nunca exiges nada para ti?

—Porque el sexo no me resulta placentero.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo es posible que no te guste?

Ni siquiera encontraba las palabras para explicarle que el sexo en sí mismo lo incomodaba. Le gustaba tocarla, sí, pero a la inversa, si ella lo

tocaba a él, el efecto no era tan agradable. Sí, los orgasmos eran placenteros, pero le daba igual tenerlos que no tenerlos.

—Me gusta —mintió para satisfacerla.

Mantendría la verdad oculta en su interior. En realidad, le encantaba estar con ella. Cuando estaban juntos se sentía como un hombre sin pasado. Artemisa lo veía como a un amigo, y si su amistad complacía a una diosa, eso quería decir que no era tan repulsivo como su padre y su hermano le habían hecho creer.

Artemisa se restregó contra él.

Cerró los ojos para disfrutar de la tibieza de su cuerpo.

—Ojalá pudiera quedarme aquí contigo para siempre.

—Si fueras una mujer, podrías hacerlo. Pero, salvo mi hermano, los hombres tienen prohibida la entrada en mi templo.

—Pero yo he entrado.

—Lo sé y es nuestro secreto. No puedes contárselo a nadie.

—No lo haré.

Artemisa se incorporó y lo miró con una expresión severa.

—Lo digo en serio, Aquerón. No puedes decir ni una palabra sobre mí ni siquiera en sueños.

—Confía en mí, Artie. Guardar secretos fue una de las primeras cosas que aprendí a hacer. Sé mantener la boca cerrada. Además, de todas formas nadie quiere hablar conmigo.

—Bien. Ahora, vete a casa.

En un abrir y cerrar de ojos pasó de la cama de Artemisa a su propia cama. Desnudo. Cayó en la cuenta, demasiado tarde, de que no había comido nada. Se maldijo por ello. Aunque al ver que comenzaba a oscurecer, comprendió que había pasado fuera la mayor parte del día. Si su padre no había enviado a su guardia para que lo castigara, nadie se habría enterado de su ausencia.

Suspiró y se colocó un brazo sobre los ojos. Tal vez pudiera pasarse todo el rato dormido hasta que Artemisa volviera a reclamarlo.

Sin embargo, era consciente de que eso no podía durar. En la vida real un puto no se hacía amigo de una diosa. Era imposible. Tarde o temprano, Artemisa demostraría ser como todos los demás.

Aunque en el fondo de su corazón ardía una llamita de esperanza. Tal vez, solo tal vez, Artemisa sería distinta debido a su naturaleza divina.

—Vendería mi alma con tal de mantenerte cerca y de protegerte, Artemisa —musitó, preguntándose si lo habría escuchado.

Ojalá fuera hijo de un dios, porque así podría…

Meneó la cabeza, poco dispuesto a olvidar la cruda realidad que tan bien conocía.

—Si los deseos se hicieran realidad, habría muerto hace mucho.

No. Eso era lo único a lo que podía aspirar. Lo que tenía que hacer era asegurarse de que nadie lo descubriera. Porque, en caso contrario, que los dioses se apiadaran de él.

12 de enero, 9528 a. C..

Aquerón estaba sentado en la balaustrada de su terraza, echando de menos a Artemisa. La diosa estaba en un festival que se celebraba en su honor, para espiar a los humanos en persona. Tenía esas rarezas, le gustaba ver cómo la gente la adoraba mientras fingía ser mortal.

Ese rasgo le resultaba encantador, y tenía que admitir que esas últimas semanas habían sido las mejores de su vida.

Artemisa era la única persona que le permitía ser él mismo. Si no le gustaba alguna actitud por su parte, se lo decía y ella se aseguraba de no volver a repetirla.

La diosa nunca rompía sus promesas. Y eso, por encima de todo lo demás, era un sueño hecho realidad. Además, como pasaban tanto tiempo juntos y ya no creaba problemas en palacio ni salía a hurtadillas de su dormitorio burlando la vigilancia de los guardias, su padre ni se acercaba. No recordaba ninguna época de su vida, salvo los meses que pasó con Ryssa, en la que hubiera pasado tanto tiempo libre de palizas y de azotes.

El respiro era maravilloso.

De repente, la puerta de su dormitorio se abrió de par en par.

Se le revolvió el estómago. Se aferró a la piedra de la balaustrada, presa del pánico por la posibilidad de que fuera su padre.

No lo era. Ryssa entró en el dormitorio con la sonrisa más radiante que le había visto en la vida.

—¡Buenos días, hermanito!

—Buenos días —la saludó con cautela, preguntándose la causa de su felicidad y el motivo por el que había dejado la puerta abierta—. ¿Pasa

algo?

A lo mejor su padre había muerto por fin. Sería una bendición. Tras detenerse delante de él, Ryssa le ofreció la bolsita que llevaba escondida a la espalda.

—Eres libre.

¡Su padre tenía que estar muerto!

Se bajó de la balaustrada.

—¿Qué quieres decir?

—Acabo de descubrir uno de los beneficios de acostarme con Apolo. Padre ahora me presta atención. Tus guardias han desaparecido y tendrás una asignación mensual para gastártela como quieras. —Le colocó la bolsita en las manos—. También he ordenado que te reserven un asiento en el teatro para cuando quieras asistir. Solo tú podrás ocuparlo. Nadie más.

No daba crédito a lo que escuchaba.

—¿Con qué condiciones?

La sonrisa de su hermana desapareció al apretar los dientes. Parecía ofendida.

—Ya sabes, lo típico en padre. No puedes avergonzarlo de ninguna de las maneras. Ni a la familia. No ha entrado en detalles, pero mientras no te líes con nadie, creo que estarás a salvo.

La simple idea le arrancó un resoplido.

—No tengo intención de liarme con nadie. —Al menos en público. Hacía mucho que se había cansado de eso. No le gustaba ser el centro de atención.

Ryssa se inclinó hacia él.

—¿Te gustaría ir al teatro conmigo?

—¿Y Apolo?

—Se ha ido con su hermana. Tengo casi todo el día para mí sola. —Le tendió una mano—. ¿Qué me dices, hermanito? ¿Te apetece celebrar nuestra libertad?

Recibió su invitación con una sonrisa sincera, un gesto raro en él.

—Gracias, Ryssa. No sabes lo mucho que esto significa para mí.

—Creo que me hago una idea.

Aquerón fue en busca del manto que guardaba bajo la cama… y de los zapatos que Artemisa le había dado. Cuando cogió los zapatos, la añoranza lo asaltó con más fuerza. Ojalá pudiera celebrar su libertad con ella, pero eso tendría que esperar.

Tras vestirse a toda prisa, siguió a Ryssa al pasillo. Una vez allí, titubeó con la vista clavada en las relucientes paredes. A excepción del día que Ryssa fue ofrecida a Apolo, no había atravesado la puerta de su dormitorio sin tener que sobornar con sexo a los guardias.

En ese momento se percató del cambio tan radical que acababa de sufrir su vida. Ya no era un esclavo. Ya no era un prisionero. Era libre.

Levantó la barbilla con gesto orgulloso al pensar que tenía dinero y que no había tenido que acostarse con nadie para conseguirlo. Y lo mejor era que tenía una amiga y una amante que lo trataba como si fuera importante.

Por primera vez en la vida se sentía un ser humano, no una posesión ni un objeto. Era una sensación maravillosa y no quería que se acabara nunca.

Ryssa lo cogió de la mano y lo guió por los pasillos hasta salir del palacio por la puerta principal, como si no la avergonzara en lo más mínimo el hecho de que la vieran con él. Sin embargo y mientras se internaban entre la multitud, descubrió que una cosa no había cambiado.

La reacción de los demás a su belleza. Se cubrió la cara con la capucha y mantuvo la vista clavada en el suelo, junto a los pies de Ryssa. Había pasado tanto tiempo con Artemisa que se le había olvidado la rareza de sus ojos y la repulsión que provocaban en la gente normal.

Mientras atravesaban la plaza de la ciudad, se detuvo. Había un grupo de niños, acompañados de su maestro, delante de uno de los templos. Un niño de unos siete años estaba leyendo el texto grabado en la base de la estatua de un dios.

—«Todo con moderación. La clave del futuro se encuentra en la comprensión del pasado.»

—¿Aquerón?

Parpadeó al escuchar la voz de Ryssa y se volvió hacia ella, que lo miraba con el ceño fruncido.

—¿Todos los niños saben leer?

Su hermana miró a los estudiantes.

—No todos. Esos son hijos de los senadores. Vienen con sus maestros para aprender cosas sobre el panteón y ver cómo los sacerdotes sirven a los dioses mientras sus padres crean las leyes con las que gobernar al pueblo.

Clavó la mirada en las palabras que no significaban nada para él. Estaba demasiado avergonzado como para admitir ante su hermana que no recordaba nada de las lecciones que ella les impartió a Maia y a él en el palacio de verano.

—Todos los nobles saben leer, ¿verdad?

Ryssa tiró de su mano sin contestarle.

—Vamos a llegar tarde al teatro.

—¿Sabes algo de Maia? —preguntó él, que la siguió.

Ryssa sonrió.

—Se casó el año pasado y ya está esperando su primer hijo.

Las noticias lo dejaron de piedra. No le gustaba la idea de que un hombre le hiciera daño a la niñita de la que tanto se había encariñado. Esperaba que quien se hubiera casado con ella la tratara con el respeto que se merecía.

—¿No es demasiado joven?

—La verdad es que no. Casi todas las muchachas se casan a su edad. Yo soy una excepción, pero padre rechazó a todos los pretendientes que pidieron mi mano.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea. Nunca me ha explicado nada. Supongo que debería estarle agradecida a Apolo, porque de no ser por él, estoy segura de que me habría quedado soltera.

A él se le ocurrían cosas mucho peores que ese destino. Sin embargo, supuso que su hermana tenía derecho a conservar sus ilusiones.

—¿Apolo te hace feliz?

—Es amable conmigo casi todo el tiempo. —Sus hermosos ojos azules estaban empañados por una tristeza que desmentía esas palabras.

—Pero…

Ryssa se tocó el cuello con nerviosismo y él frunció el ceño al adivinar el motivo.

—No tengo permiso para hablar de lo que hacemos cuando estamos juntos.

De modo que Apolo se alimentaba de ella de la misma manera que Artemisa se alimentaba de él. Ese hecho lo llevó a preguntarse si todos los dioses hacían lo mismo o si era una característica que solo compartían Artemisa y Apolo.

—Te mereces ser feliz, Ryssa. Más que ninguna otra persona que conozco.

Su hermana le sonrió.

—No es verdad. Tú eres quien se merece ser feliz. No sabes las ganas que me entran a veces de estrangular a padre por su ceguera.

—Ya no me molesta tanto —reconoció con sinceridad—. Prefiero que me dejen tranquilo a que abusen de mí.

La vio menear la cabeza antes de dejar atrás la multitud para mostrarle la entrada especial que el propietario del teatro había hecho para los asientos reales reservados para ellos.

Titubeó al verlos. Estaban separados del resto por un cordón y cada uno de los diez asientos tenía su propio cojín. Sin embargo, lo que menos le gustaba era que esa zona estuviera por encima de las demás, porque de esa forma la gente no paraba de mirarlos. Detestaba ser el centro de atención.

No obstante, tampoco quería rechazar el regalo de Ryssa. Se cubrió todavía más con el manto y la siguió hasta los asientos.

Ninguno de los dos habló mientras duró la actuación. Aquerón observó a los actores mientras pensaba en los niños a los que había visto en la plaza. Quería leer al igual que ellos. Artemisa se merecía un consorte que tuviera educación.

Tal vez si supiera leer, la diosa no tendría que esconder su amistad…

Artemisa sintió la presencia de su hermano como si la hubiera tocado. Al ser gemelos, compartían un vínculo muy especial.

Y también un odio muy especial.

No tenía muy claro cuándo se habían convertido en enemigos cordiales, pero esa era la cruda realidad. Aunque harían cualquier cosa el uno por el

otro, apenas soportaban estar en la misma habitación.

Dejando a un lado el odio, no podía negar que Apolo era uno de los dioses más apuestos. Su pelo era corto, lustroso y rubio. Llevaba una perilla que resaltaba los afilados rasgos de su rostro. En sus ojos azules brillaban la inteligencia, el poder y un atisbo de crueldad.

La miró con una ceja enarcada.

—Me sorprende verte aquí.

—Podría decir lo mismo. Ya era hora de que salieras de la cama de tu mascota humana. Empezaba a creer que es ella la que te controla.

La mirada de Apolo se tornó gélida.

—¿Y qué te ha mantenido a ti tan ocupada? Padre me ha dicho que llevas semanas sin aparecer por su templo.

Se encogió de hombros.

—Allí me aburro.

—Eso no te ha impedido ir antes.

Puso los ojos en blanco al escucharlo.

—¿Te importa? Estoy intentando ver cómo me adoran los humanos.

Antes de que pudiera apartarse, Apolo la cogió del brazo y la acercó a él para susurrarle al oído:

—Llevas un tiempo sin alimentarte de mí. ¿De quién te has estado alimentando?

—¿Y a ti qué te importa?

La cogió del cuello al tiempo que aparecían sus colmillos.

—No puedes pasar mucho tiempo alimentándote solo de un humano porque tu cuerpo te pedirá algo un poco más sustancioso. —Inclinó la cabeza hacia su cuello.

Se apartó de él.

—No me interesa.

Los ojos de Apolo adoptaron un brillo rojizo.

—¿Recuerdas lo que le pasó al último hombre con el que te enredaste?

Su pregunta le hizo dar un respingo. Orión. Se encaprichó de él, pero antes de que pudiera acercarse siquiera, Apolo la engañó, guiado por los celos, para que ella misma lo matara con una de sus flechas. Acto seguido,

su hermano colocó su imagen en el firmamento para recordarle que él era el único hombre del que podía alimentarse.

—No me enredé con Orión.

La obligó a mirarlo a la cara.

—Tienes que alimentarte.

Sí, pero no quería alimentarse de su hermano. Quería a Aquerón.

Apolo la llevó a la fuerza hasta las sombras de su propio templo mientras los humanos se congregaban a las puertas del suyo para rendirle tributo. No quería seguirlo. Pero si no lo hacía, sabría que había estado con otra persona, y que Zeus se apiadara de Aquerón si llegaba a enterarse. Su hermano lo haría pedazos.

Con el corazón destrozado, intentó no estremecerse cuando Apolo la pegó contra él y le ofreció su cuello. Aceptó el ofrecimiento, pero imaginó que estaba bebiendo de Aquerón. No obstante, la diferencia era notable. La sangre de Apolo no tenía la misma energía. No corría por sus venas mientras la saboreaba. Carecía del fuego que la llevaba a abrazarlo con fuerza.

Solo era sangre.

Cuando bebió la suficiente para aplacarlo, se apartó y se relamió los labios.

Apolo se lanzó a por ella. Sus colmillos le atravesaron la piel del cuello, provocándole una punzada de dolor. Le dieron ganas de abofetearlo tal y como había hecho en muchas ocasiones. ¡Maldita fuese Hera por su maldición! Esa zorra celosa había intentado matarlos al nacer, y como ella ayudó a su madre a dar a luz a Apolo, ese era su castigo. No había nada peor que tener que alimentarse de tu propia sangre. Era una lección que tanto Apolo como ella habían aprendido muy pronto.

Algo mareada, intentó pensar con claridad. Apolo estaba bebiendo demasiada sangre. Era lo que siempre hacía cuando estaba enfadado con ella.

Apretó los dientes y le clavó la rodilla en la entrepierna. Apolo se apartó con una maldición y le provocó un desgarro. Ella también maldijo al tiempo que se cubría la herida con la mano.

—Eres un cabrón.

Apolo la cogió del brazo con tanta fuerza que le hizo daño.

—Que no se te olvide lo que te he dicho. Como te pille con un mortal, lo mato.

Se zafó de un tirón de su mano.

—Vete a jugar con tus humanos y déjame tranquila.

Puesto que la alegría del festival había quedado empañada, se teletransportó a su templo. Pero allí se sentía muy sola, ya que sus *korai* no estaban ese día.

Echó un vistazo a su cama y se imaginó a Aquerón allí tendido, complaciéndola con sus besos y sus dulces caricias, y con una sonrisa enternecedora.

Presa de un repentino deseo de verlo, se teletransportó a su dormitorio. En cuanto lo vio sentado en el suelo, con las piernas cruzadas y de espaldas a ella, la alegría le inundó el corazón. Sin pensar corrió hacia él y lo abrazó.

Aquerón se quedó de piedra al sentir que Artemisa se abalanzaba sobre él por la espalda y lo abrazaba con fuerza. Su aroma se le subió a la cabeza.

—Te he echado de menos hoy —le susurró ella al oído, provocándole un sinfín de escalofríos.

—Yo también te he echado de menos.

Artemisa le dio un último apretón antes de aflojar los brazos y colocarle la barbilla sobre el hombro.

—¿Qué haces?

Él recogió el pergamino del suelo y lo enrolló a toda prisa para que no pudiera ver lo que estaba haciendo.

—Nada.

—Estabas haciendo algo… —Le quitó el pergamino de las manos antes de que pudiera impedírselo y lo desenrolló. Frunció el ceño al ver los garabatos infantiles—. ¿Qué es?

Aquerón sintió que se ruborizaba.

—Intentaba aprender a escribir.

—¿Por qué?

—Porque no sé y quiero aprender.

Artemisa soltó el pergamino y lo miró con incredulidad.

—¿No sabes leer?

Agachó la cabeza, consumido por la vergüenza.

—No.

La diosa le levantó la barbilla con delicadeza para que la mirase a los ojos. La amabilidad que vio en sus ojos lo conmovió.

—Pues ahora ya sabes.

Jadeó al sentir una punzada de dolor. Acto seguido, Artemisa le dio el pergamino.

—Escribe tu nombre.

Desconcertado por lo que acababa de sucederle, cogió la pluma y descubrió que sabía cómo escribir las letras. Escribió su nombre sin un solo error.

—No lo entiendo.

—Aquerón, soy una diosa. Y no quiero que vayas agachando la cabeza avergonzado. ¿Estás contento?

—Muchísimo.

La sonrisa de la diosa lo deslumbró.

—Ven conmigo. Tengo ganas de ir a cazar.

—No sé cazar.

—Eso va a cambiar.

Fiel a su palabra, en cuanto llegaron al bosque le dio un arco y una flecha y, al igual que había sucedido con la escritura, supo qué hacer.

¡Qué sensación más maravillosa la de hacer algo sin tener que pasar años de aprendizaje! Sin embargo, había otra cosa que deseaba mucho más que ser capaz de leer y de cazar.

—¿Puedes enseñarme a pelear?

Artemisa lo miró sorprendida.

—¿Qué has dicho?

—Quiero saber cómo pelear.

La diosa frunció el ceño antes de hacer su pregunta preferida:

—¿Por qué?

—Estoy harto de que me peguen. Quiero aprender a defenderme.

La inesperada petición de Aquerón la dejó de piedra. La imagen de Apolo golpeándola acudió a su mente con tanta claridad que dio un respingo. Al igual que la mayoría de los hombres a los que conocía, Apolo

era un cabrón controlador. Lo último que quería era ser vulnerable ante Aquerón. Enseñar a un hombre a pelear nunca conllevaba nada bueno.

—No creo que sea necesario. No dejaré que nadie te haga daño. Soy la única protección que necesitas.

—¿Y qué pasa si te aburres de mí?

Le tomó la cara entre las manos.

—¿Cómo voy a aburrirme de ti?

Aquerón le sonrió, aunque sus ojos siguieron mirándola con tristeza.

—Deseo que me enseñes.

Su insistencia la molestó.

—Te he dicho que no —replicó con sequedad.

Aquerón se tensó al escuchar su tono hostil. Conocía muy bien esa furia y el origen de la misma.

—¿Quién te maltrata?

Artemisa bajó el arco.

—Creo que allí hay un ciervo.

—Artie… —La obligó a detenerse—. Conozco muy bien ese tono de voz. Yo mismo lo he empleado muchas veces como para no saber lo que quiere decir. ¿Quién te ha hecho daño?

Pasó tanto tiempo hasta que le contestó que creyó que no iba a hacerlo, pero cuando habló, lo hizo en voz tan baja que apenas alcanzó a escucharla.

—Otros dioses.

Su respuesta lo dejó de piedra.

—¿Por qué?

—¿Por qué pega la gente? —Su mirada volvía a ser furiosa—. Para sentirse poderosa. No permitiré que me pegues. Nunca.

—Y yo nunca lo haría —le aseguró él con seriedad—. Prefiero arrancarme el corazón antes que hacerle a otra persona lo que me han hecho a mí. Lo único que quiero es aprender a defenderme.

—Ya te he dicho que yo te protegeré.

Le acarició el brazo antes de soltarla y alejarse de ella.

—En ese caso confiaré en ti, Artie. Pero quiero que sepas que no es fácil ganarse mi confianza. Por favor, no hagas como todos los demás, no rompas las promesas que me has hecho. Odio que me mientan.

La diosa le dio un beso en la mejilla.

—Vamos a cazar.

Asintió con la cabeza antes de coger otra flecha y aplacar a la única amiga de verdad que había tenido en la vida. Ella no lo rechazaba y él no tenía que acobardarse en su presencia. Sin embargo, los sentimientos que lo embargaban cuando estaba con ella le resultaban aterradores.

Se estaba enamorando de una diosa, y sabía la tremenda estupidez que eso suponía. Y aunque tenía muchos defectos, la estupidez no era uno de ellos.

Hasta ese momento.

Ella hacía que se sintiera completo. Feliz. Y no quería que esos sentimientos se esfumaran.

Desterró esos pensamientos y apuntó a un ciervo. Mientras tensaba el arco, Artemisa se acercó a él y empezó a hacerle cosquillas. La flecha salió disparada en otra dirección y fue a clavarse en un árbol, molestando a una ardilla que le tiró una nuez.

Soltó una carcajada antes de clavar la vista en Artie. Tiró el arco al suelo y echó a andar hacia ella.

—Me has hecho fallar un tiro perfecto. Vas a pagármelas.

Artemisa también soltó el arco antes de salir corriendo.

Corrió tras ella mientras la diosa intentaba perderse en el bosque. Su risa lo desafiaba pero también le arrancaba una sonrisa deslumbrante. La atrapó justo cuando llegaban a un arroyo.

Abrazó a la diosa por la cintura y la levantó del suelo.

Artemisa se quedó sin aliento cuando Aquerón chocó contra ella. Ver su sonrisa, la dicha que inundaba esos ojos tan mágicos…

Hizo que le entraran ganas de gritar de alegría.

Aquerón la hizo girar en el aire mientras los pájaros componían una melodía solo para ellos. Estaba perdida en ese momento, en ese lugar, con él. Eso era lo que siempre había querido. Lo que siempre había necesitado.

A Aquerón le daban igual sus excentricidades y sus cambios de humor. Y no se acobardaba a la hora de darle su sangre. La aceptaba tal como era, la abrazaba a pesar de todo. A diferencia de su propia familia, no la

humillaba ni le decía que tenía muy pocos adoradores. A él no le importaba eso.

Quería perderse en ese momento, perderse con él, para toda la eternidad.

—Hazme el amor.

Aquerón se quedó helado y su sonrisa desapareció.

—¿Qué has dicho? —La dejó en el suelo.

Ella le apartó un mechón de ese precioso pelo de la cara.

—Quiero conocerte como mujer. Quiero sentirte en mi interior.

Él la soltó y se apartó de ella con expresión reticente.

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué no?

Lo vio tragar saliva y también vio el miedo en sus ojos plateados.

—No quiero que las cosas cambien entre nosotros. Me gusta ser tu amigo, Artie.

—Pero ya me has tocado donde nadie me había tocado antes. ¿Por qué no quieres estar dentro de mí?

—Eres virgen.

—Solo en el sentido más estricto de la palabra. Por favor, Aquerón. Quiero compartir mi cuerpo contigo.

Asaltado por las emociones, apartó la mirada de la diosa. Lo que le ofrecía era impensable. Aun así, muchas princesas y aristócratas habían buscado sus servicios para que las desflorara con delicadeza y así estuvieran preparadas para mantener relaciones con otros hombres.

«Partenopaeo… el que perfora el himen», así era como Estes y Catera habían anunciado sus servicios a la clientela femenina. Su delicadeza era legendaria. El hecho de que estuviera magníficamente dotado y aun así fuera tan cuidadoso con las mujeres también había ayudado bastante.

En ese momento una diosa se ofrecía a él. Cualquier otro hombre habría aprovechado la oportunidad de inmediato. De hecho, cualquier otro hombre ya estaría desnudo.

Pero a diferencia del resto, él conocía a la perfección la complejidad de la intimidad física. Algunas mujeres habían llorado al perder la inocencia a pesar de haber buscado sus servicios y de haberle pagado por ellos. Otras lo

habían maldecido, y también se habían maldecido a sí mismas. En ciertos casos la pérdida de la virginidad les había provocado violentos estallidos de furia. Muy pocas se habían alegrado.

El problema era que sabía en qué grupo encajaría Artemisa.

—No quiero hacerte daño.

La diosa se acercó a él y lo abrazó.

—Por favor, Aquerón… Quiero sentirte dentro mientras me alimento de ti.

—De verdad creo que no deberíamos hacerlo.

Lo miró echando chispas por los ojos.

—Muy bien. Vete. Fuera de mi vista.

—Artie…

Demasiado tarde. Ya estaba de vuelta en su dormitorio. Solo.

—Lo siento —susurró con la esperanza de que ella lo escuchase.

Si así fue, no se lo hizo saber.

«Deberías haberte acostado con ella.» ¿Qué más daba? Ya se había acostado con todo el mundo. Sin embargo, solo habían sido cuerpos a los que tenía que complacer. Artemisa era distinta.

La quería.

No, no era tan sencillo. Lo que sentía por ella… desafiaba el amor. La necesitaba de un modo que nunca habría creído posible. Y acababa de enfurecerla.

Con el corazón en un puño, deseó encontrar el modo de recuperarla y de que lo perdonara.

26 de enero, 9528 a. C..

Habían pasado casi dos semanas desde la última vez que Aquerón vio a Artemisa y su abatimiento aumentaba con el paso de los días. La diosa se negaba a responderle.

Ya ni siquiera le apetecía asistir a las representaciones teatrales. Nada aliviaba el dolor que sentía en su interior al no poder estar con ella. Lo único que quería era volver a verla.

Echó la cabeza hacia atrás y apuró el vino de la botella de la que había estado bebiendo. Enfadado y herido, la tiró por encima de la balaustrada para que se estrellara en las rocas. Alargó el brazo para coger otra botella e intentó quitarle el tapón. Sin embargo, estaba demasiado borracho.

—¿Aquerón?

La voz que llevaba tantos días anhelando escuchar lo dejó petrificado.

—¿Artie?

Intentó levantarse, pero acabó en el suelo. Levantó la cabeza y la vio en las sombras de su dormitorio.

Cuando se acercó a él, se percató de que estaba muy pálida y demacrada. Tenía el ojo izquierdo hinchado y la marca de un guantazo en la mejilla.

La furia se apoderó de él.

—¿¡Quién te ha pegado!?

Artemisa retrocedió, asustada por el hombre que tenía delante. Nunca había visto a Aquerón borracho, pero cuando Apolo bebía, se volvía violento.

—Volveré…

—No —la interrumpió él en voz baja y ronca—. Por favor, no te vayas. —Le tendió la mano.

Su primer impulso fue salir corriendo, pero tragó saliva y se recordó que era una diosa. Aquerón era un humano y por tanto no podría hacerle daño. Cuando extendió el brazo despacio para aceptar su mano, le temblaban las piernas a causa de la incertidumbre.

Aquerón se llevó su mano a la mejilla y cerró los ojos como si ya pudiera morirse después de ese momento, como si tocarla fuera lo más maravilloso que pudiera imaginar. Giró la cabeza para enterrar la nariz en la palma de su mano e inspiró hondo.

—Te he echado tanto de menos…

Ella también. Todos los días se había jurado no volver a buscarlo, pero lo que había pasado…

Después del ataque de Apolo, necesitaba que la abrazara alguien que no pudiera hacerle daño.

—Tienes un aspecto horrible —le dijo al percatarse de la áspera barba que se había dejado crecer—. Y hueles mal.

Sus críticas le arrancaron una carcajada.

—Tú tienes la culpa de que esté así.

—¿Por qué?

—Porque creí que te había perdido.

La angustiosa confesión le llegó tan adentro que sintió los ojos llenos de lágrimas. Se postró de rodillas mientras lo negaba con la cabeza.

Antes de que pudiera hablar, él le susurró al oído:

—Te quiero, Artie.

Sus palabras la dejaron sin aliento.

—¿Qué has dicho?

—Que te quiero. —Se acercó a ella y le echó los brazos al cuello justo antes de que cayera al suelo, inconsciente.

Artemisa se sentó y lo sostuvo sobre su regazo mientras sus palabras resonaban en su alma. Aquerón la quería…

Miró ese rostro que a pesar del desaliño seguía siendo increíblemente apuesto. La quería. Eso hizo que llorara como no lo hacía desde que era una

niña. Detestaba que tuviera ese tipo de poder sobre ella. Detestaba que sus palabras significaran tanto cuando en realidad no deberían importarle.

Pero la verdad era la verdad y no podía negarla.

—Yo también te quiero —murmuró, a sabiendas de que se lo decía porque no podía escucharla. Si lo hiciera, le otorgaría demasiado poder sobre ella. Y era una diosa.

Sin embargo, en ese instante, podía confesarle una verdad que ansiaba negar con todas sus fuerzas. ¿Cómo era posible que una diosa estuviera enamorada de un hombre? Sobre todo, tratándose de ella. Debería ser inmune al amor. No obstante, ese mortal había conseguido colarse en su corazón.

Ojalá fuese un dios.

Pero no lo era, y tampoco estaba destinado a serlo. Era un humano y no un humano cualquiera. Era un esclavo. Un puto del que habían abusado brutalmente. Se burlaban de él y se burlarían de ella por estar a su lado. La verdad hizo que se encogiera. Bastantes problemas tenía ya para mantener la credibilidad delante del resto de los dioses. Si alguna vez se enteraban de eso, la despojarían de sus poderes y la desterrarían al plano humano.

No podía permitirlo.

Ni siquiera por Aquerón. No podía llegar a ese extremo. No podría soportarlo. Había sido testigo de la crueldad del ser humano contra sus semejantes. Lo último que deseaba era encontrarse desnuda en ese mundo, a merced de esa gente sin corazón. Solo había que ver lo que le habían hecho a Aquerón. Ni siquiera podía caminar por la calle sin que le hicieran daño.

No quería ni imaginarse lo que le harían a ella si descubrieran que había sido una diosa.

La desmembrarían.

Entre sollozos, lo abrazó con fuerza y lo apartó de ese mundo cruel e insensible.

Una vez en su cama, recorrió su cuerpo con una mano y usó sus poderes para asearlo de forma que volviera a ser el Aquerón que amaba. Su pelo volvió a estar limpio y desenredado. Sus mejillas, suaves. Lo observó allí tendido en su colchón de plumas, desnudo. Sus músculos parecían esculpidos. Esos abdominales…

¿Cómo no iba a enamorarse una mujer de una cara y un cuerpo tan perfectos?

Deseosa de estar todo lo cerca de él que le fuera posible, se desnudó y se metió en la cama con él. Hizo aparecer una piel que los cubriera y se acurrucó a su lado para escucharlo respirar.

Mientras dormía, le pasó una mano por los pectorales. Sí, su cuerpo era perfecto. Atlético y musculoso. Irradiaba poder a pesar de estar dormido. Le acarició un pezón y notó que un extraño calor se apoderaba de ella. El pezón se endureció en respuesta a sus caricias, arrancándole una sonrisa.

Se preguntó a qué sabría. Aquerón no dudaba en lamerla por todos sitios, pero ella no lo había hecho todavía. Verlo desnudo le daba vergüenza. Pero como estaba dormido, decidió correr el riesgo.

Inclinó la cabeza y pasó la lengua sobre el endurecido pezón. «¡Mmm!», exclamó para sus adentros. Era delicioso. Su piel tenía un regusto salado y ese olor tan característico. Torturada por el deseo, exploró su torso con la lengua y los labios, saboreándolo a placer.

Pero se apartó en cuanto llegó al abdomen. No tenía vello en el torso, pero sí en el abdomen, donde descubrió una delgada línea que descendía desde el ombligo y se unía al vello púbico. Al pasar los dedos por encima, se sorprendió por su aspereza. A diferencia del pelo de la cabeza, tan suave, el vello púbico era más basto. Estaba acariciándoselo cuando se percató de su incipiente erección.

Se la tocó con recelo. Esa parte de su anatomía, tan diferente al cuerpo femenino, le resultaba fascinante. Cuando la tocó al principio, descubrió que podía moverla, pero al cabo de un ratito estaba tan dura y grande que lo único que podía hacer era acariciarla de arriba abajo, logrando que de vez en cuando se moviera sola como si ansiara que siguiese tocándola.

Qué raro…

Aunque más raro todavía era el líquido que le humedecía la punta. Se incorporó un poco para asegurarse de que seguía inconsciente. Cuando lo confirmó, se mordió el labio inferior y volvió a inclinarse sobre él. Con el corazón desbocado por la curiosidad y el miedo, se la acarició con los labios.

Y soltó un gemido de placer en cuanto probó su sabor. Era absurdo tener miedo. Sobre todo porque se trataba de Aquerón. Sonrió y apartó la cabeza para volver a acariciársela con la mano.

Él seguía dormido, ajeno por completo a su exploración.

Dejó un reguero de besos por su abdomen y fue subiendo hasta llegar a los labios que la habían atormentado en sueños durante los últimos días. Ya no podía aguantar más.

—Despierta, Aquerón, yo te lo ordeno.

Aquerón se despertó desorientado y en un primer momento no pudo pensar con claridad. Lo único que veía era la imagen de Artemisa. Estaba inclinada sobre él y la pasión que ardía en esos ojos verdes lo abrasaba.

—Me dejas sin aliento —susurró.

Ella le sonrió con dulzura antes de darle un mordisco en la barbilla.

Descubrió que estaba tan excitado que incluso le dolía. ¿Sería un sueño? No acababa de despejarse y era incapaz de distinguir la realidad de la imaginación. Todo parecía estar envuelto en una especie de bruma.

—Demuéstrame tu amor —la escuchó decirle al oído.

Eso era lo que más deseaba y, con Artemisa sobre su cuerpo, las objeciones quedaron relegadas al olvido. Volvió la cabeza y la besó con pasión. Nunca había querido hacerle el amor a nadie, pero en ese momento deseaba hundirse en ella con tal desesperación que no acertaba a pensar en otra cosa.

Aturdido, giró sobre el colchón para colocarse sobre ella y bajó la cabeza para lamerle el pezón derecho.

Artemisa jadeó al notar el roce húmedo de su lengua. Cada lametón le provocaba un delicioso espasmo en el vientre… y para su sorpresa acabó por correrse.

Jadeando, se aferró a su cabeza mientras los espasmos la sacudían con cada oleada de placer. ¡Era increíble que Aquerón poseyera semejante habilidad!

Lo escuchó gruñir de repente y vio que se apartaba de sus pechos para descender por su cuerpo. Le separó los muslos para contemplarla con un deseo tan feroz que le provocó un escalofrío.

—Tócame, Aquerón. Demuéstrame lo que sabes hacer.

Él pasó un dedo sobre su sexo, logrando que se estremeciera en respuesta, y antes de que se diera cuenta inclinó la cabeza y comenzó a acariciarla con la boca. El primer roce de su lengua le arrancó un grito. El placer era casi insoportable.

Pero quería más.

En ese instante, Aquerón la penetró con un dedo sin apartar la boca de ella. Era la primera vez que lo hacía. La invasión la tomó por sorpresa, pero le resultó muy agradable. No obstante, se tensó al notar que un segundo dedo se unía al primero.

—¿Qué estás haciendo?

Aquerón la miró antes de darle otro exquisito lametón.

—Preparando tu cuerpo para no hacerte daño cuando te penetre. —Se apartó—. ¿Has cambiado de opinión?

Negó con la cabeza.

—Te deseo.

Sin dejar de acariciarla con la mano, fue subiendo por su cuerpo dejando una lluvia de besos a su paso.

Artemisa volvió a aferrarse a él con fuerza cuando experimentó un segundo orgasmo. En cuanto comenzó, Aquerón se hundió hasta el fondo en ella. Lo hizo tan rápido y de forma tan delicada que en vez de hacerle daño, la llevó hasta un éxtasis glorioso. Echó la cabeza hacia atrás y arqueó el cuerpo mientras intentaba asimilar lo que estaba pasando. Pero era imposible. Él comenzó a moverse muy despacio, saliendo de su cuerpo y volviendo a entrar de una forma tan exquisita que sus gemidos reverberaron por las paredes.

Aquerón se dejó llevar por los gemidos extasiados que surgían de la garganta de Artemisa. Lo abrazaba como nadie lo había abrazado nunca.

Como si significara algo para ella.

Se hundió hasta el fondo en su cuerpo y notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. Ya no estaba borracho, estaba en la gloria. Lo único que veía era su hermoso rostro.

Vio que se le dilataban las pupilas un instante antes de que le apartara el pelo del cuello para hincarle los colmillos. En cuanto lo hizo, volvió a correrse.

Saber que estaba bebiendo de él mientras su cuerpo lo aprisionaba lo catapultó al orgasmo. Incapaz de resistirse, el éxtasis lo engulló con una poderosa oleada.

Se desplomó sobre ella y dejó que siguiera alimentándose. Entre el orgasmo y la pérdida de sangre, se sentía débil, pero saciado. Artemisa lo instó a tumbarse de espaldas sobre el colchón antes de colocarse sobre él para estar más cómoda.

En ese momento le habría dado a la diosa cualquier cosa que le pidiera. Incluida la vida.

Artemisa se apartó de Aquerón al rozar algo húmedo con la pierna. Al bajar la mirada, vio su sangre sobre las sábanas, mezclada con semen. La enormidad de lo que acababa de hacer la asaltó de repente con tal fuerza que destruyó la felicidad que la había invadido hasta entonces.

Ya no era virgen.

Si Apolo o los demás lo descubrieran…

Estaría arruinada. La ridiculizarían. La humillarían.

¿¡Qué había hecho!?

«Acabas de ser mancillada por un humano… por un puto…», pensó.

Aquerón alargó un brazo para acariciarla con los ojos entrecerrados. Sin embargo, ella se retiró con el corazón en la garganta. Era terrible. Aquello era espantoso. Aterrada por lo que le había permitido hacer, salió de la cama presa de las náuseas.

Aquerón la siguió.

—¿Artemisa?

—¡No me toques! —masculló cuando intentó tocarla. Lo alejó de un empujón.

—¿Te he hecho daño?

La preocupación que destilaba su voz le agujereó el corazón. Pero esa pequeña herida no era nada si la comparaba con la vergüenza y el miedo que sentía.

—Me has arruinado.

En ese momento lo odiaba por lo que habían hecho. ¿¡Cómo se atrevía a despertar su deseo de esa manera!? ¿¡Cómo se atrevía a hacerle olvidar no

solo lo que era sino también el motivo por el que su virginidad era tan importante!?

¿¡Qué había hecho!?

Quería matarlo, pero no era capaz. ¿Cómo era posible que lo deseara aun odiándolo?

—¿Por qué me has tocado?

Aquerón pareció sorprendido por la pregunta.

—Porque tú me lo pediste.

—Yo no te pedí que me besaras en el templo —le recriminó—. Nunca me habían besado hasta ese momento. Y después me tocaste… —Lo abofeteó con fuerza por su atrevimiento.

Se tambaleó hacia atrás, petrificado y con la mejilla ardiendo. Antes de que pudiera recuperarse, Artemisa se abalanzó sobre él con saña. Cuando los bofetones y los puñetazos dejaron de satisfacerla, usó sus poderes para estamparlo contra la pared y lo sostuvo en alto.

«Yo te protegeré…»

La promesa de la diosa resonaba en sus oídos mientras la miraba desde arriba, a la espera de que le asestara el golpe de gracia. La verdad era que prefería la muerte al espantoso dolor que le estaba destrozando el corazón al verla hacer lo que estaba haciendo.

Artemisa le había mentido.

De repente, cayó al suelo. La misma fuerza invisible que lo había mantenido contra la pared, lo hizo rodar por el mármol y lo inmovilizó mientras Artemisa se acercaba con una mirada asesina.

—Te juro que como digas una sola palabra de esto a alguien haré que te maten de una forma tan dolorosa que tus súplicas pidiendo clemencia resonarán por toda la eternidad.

Sus palabras le llenaron los ojos de lágrimas porque le recordaron a tantas otras amenazas de aquellos que lo despreciaban por desearlo. ¿Cuántos dignatarios, cuántos nobles, habían buscado sus servicios y después lo habían maldecido en cuanto obtuvieron el placer que buscaban?

Vivían con el miedo de que un puto arruinara sus valiosas reputaciones. Lo habían echado de sus camas a patadas o lo habían tirado al suelo

mientras lo maldecían por la lujuria que despertaba en ellos como si lo hiciera a propósito.

¿Cómo había podido pensar que Artemisa sería distinta?

A fin de cuentas, él era lo que era.

Nada.

—¿Estás escuchándome? —masculló Artemisa, que se acercó para hablarle en la cara.

—Te escucho.

—Te arrancaré la lengua.

Tuvo que contenerse para no soltar una carcajada al escuchar la conocida amenaza. Siempre supo que jamás la llevarían a cabo. La lengua era lo más valioso de su persona, ya que era la parte de su anatomía que más placer provocaba.

—Como deseéis, akra.

Lo agarró por el pelo y le dio un tirón para obligarlo a mirarla.

—Soy la diosa Artemisa.

Y él era Aquerón Partenopaeo. Un puto maldecido por los dioses. Un esclavo despreciado. Incapaz de ganarse el amor de nadie.

Qué tonto había sido al dejarse engañar por sus mentiras. Al pensar por un solo instante que podía convertirse en algo importante para una diosa.

Artemisa vio el sufrimiento reflejado en esos ojos plateados y sintió que se le desgarraba el corazón. No quería hacerle lo que estaba haciendo, pero no tenía alternativa. Aquerón solo viviría unas décadas más, pero su humillación sería eterna si el resto de los dioses llegara a enterarse alguna vez de lo sucedido.

No se podía confiar en los humanos. En ninguno de ellos.

—Recuerda que mi ira será descomunal. —Le retorció el pelo a modo de advertencia antes de devolverlo a su mundo.

Destrozado, Aquerón se quedó sentado en el suelo de su dormitorio. Se sentía entumecido por el rechazo y por el ataque. Salió gateando a la terraza y se sentó con la cabeza apoyada en la balaustrada. Escuchaba a los dioses atlantes llamándolo sin cesar.

Y se sentía más tentado que nunca de obedecerlos. ¿Qué más daba si lo mataban?

Si supiera que de esa forma no volvería a sufrir ningún tipo de abuso, los complacería. Sin embargo, en el fondo de su corazón estaba el temor de que solo lo llamaban para torturarlo también. Inclinó la cabeza y rompió a llorar. Su odio por Artemisa fue en aumento con cada lágrima que derramaba.

Nadie lo había hecho llorar de esa forma desde hacía años. Desde el día que Estes vendió su virginidad al mejor postor y después celebró una fiesta para que todos los asistentes presenciaran la brutal violación que lo dejó herido, ensangrentado y dolorido durante días. Los vítores y las carcajadas todavía resonaban en su cabeza.

«¡Somete a ese puto por todos nosotros!»

Estrelló el puño contra la piedra, deseoso de que el dolor desterrara la vergüenza que lo quemaba por dentro. Pero no hubo alivio. No hubo clemencia. Nada podría desterrarla jamás.

El puto se había rendido. Lo habían doblegado. Y no lo había logrado ni su amo ni un cliente.

Había sido la única persona que había amado en la vida. Derrotado y perdido, se tumbó en el frío suelo de la terraza y cerró los ojos, rezando para que la muerte por fin lo reclamara y la pesadilla que era su vida llegase a su fin.

28 de enero, 9528 a. C..

Ryssa estaba en el salón del trono. Ni su padre ni Estigio ni Apolo le prestaban atención mientras reían entre ellos. Como de costumbre. Sin embargo, detestaba la idea de que Apolo exigiera tenerla a su lado cada vez que iba al palacio. La trataba como a una posesión cuyo único fin era sonreír y agasajarlo. Esa conclusión la llevó a preguntarse si así era como Aquerón se había sentido cuando estuvo en casa de Estes.

¿Qué más daba que el dios fuera guapísimo? Esa actitud de obviar incluso su presencia como si fuera insignificante la sacaba de quicio. Aunque lo peor era escuchar a su padre decir que debería sentirse honrada por estar en presencia del dios.

Si eso era una bendición, mejor no descubrir cómo sería una maldición.

Volvió la cabeza al ver que una sirvienta titubeaba en la puerta. La muchacha, bonita y tímida, era un par de años menor que Estigio.

—¿Pasa algo, Hestia? —le preguntó.

Hestia les lanzó una mirada temerosa a los hombres antes de acercarse a ella para poder contestarle en voz baja:

—Su Majestad me encargó comunicarle si… —Guardó silencio para mirar al rey antes de seguir—: Si el prisionero real dejaba de comer.

El prisionero real. Aquerón. El miedo le desbocó el corazón.

—¿Está enfermo?

La sirvienta carraspeó.

—No lo sé, alteza. Hace días que no lo veo. Dejo la comida y cuando recojo la bandeja, no la ha tocado. Nadie duerme en su cama.

—¿¡Qué!? —El rugido del rey hizo que las dos dieran un respingo—. ¡Guardias, acompañadme! —ordenó, y abandonó el salón del trono hecho una furia en dirección al ala del palacio donde estaban sus aposentos.

Aterrada por lo que pudiera pasarle a su hermano, Ryssa corrió tras él.

—¿Qué pasa? —le preguntó Apolo a Estigio, que también los siguieron.

Estigio soltó un gruñido asqueado.

—Aquerón. Es un esclavo insignificante que solía ser un *tsoulus*. Por desgracia, su vida está ligada a la mía, de modo que tenemos que mantenerlo con vida. Como me encuentro perfectamente, supongo que solo quiere llamar la atención. No vaya a ser que nos olvidemos de su presencia en palacio…

Ryssa apretó los dientes. Lo último que quería Aquerón era llamar la atención de Estigio o de su padre. En la mente egoísta de Estigio no tenía cabida la idea de que Aquerón no quisiera alabar sus excelsas presencias.

Su padre entró en tromba en la habitación de Aquerón y se detuvo en seco. Ella lo siguió hacia el interior y echó un vistazo. No había ni rastro de Aquerón.

Su padre la miró furioso.

—Ya te dije que no era de fiar.

En vez de hacerle caso, caminó hacia el lugar preferido de su hermano. La terraza.

Al principio no lo vio. Sin embargo, siguió andando bajo el tejadillo que la protegía de la tormenta que rugía en el exterior y vio una figura con el rabillo del ojo. Aquerón estaba sentado en un rincón, abrazándose las rodillas. Estaba desnudo y tenía la mirada perdida, como si no reparara en el frío ni en la lluvia que lo azotaba. Tenía el pelo pegado a la cabeza y una barba de unos cuantos días en el mentón.

Sin apartarse de la protección del tejadillo, se acercó a él muy despacio.

—¿Aquerón?

Su hermano no le respondió. Parecía no encontrarse bien. Era como si hubiera muerto, pero su alma no hubiera abandonado aún su cuerpo.

Se arrodilló junto a él.

—¿Hermanito?

Esos ojos plateados la miraron con una furia que no había visto desde la mañana que la echó del prostíbulo donde trabajaba.

—Déjame tranquilo —masculló con tanta saña que le dio miedo.

Con el rabillo del ojo vio que su padre se tensaba, furioso.

—¡No te atrevas a hablarle en ese tono!

—¡Que te jodan, cabrón!

Estigio gruñó y se abalanzó sobre él.

Ryssa cayó de espaldas cuando Aquerón se puso en pie de un salto y salió al encuentro de su gemelo, hirviendo de furia. Con las manos en la boca, los observó enzarzarse en una pelea bajo la lluvia. Era la primera vez que veía a Aquerón golpear a otra persona. Sin embargo, se estaba enfrentando a su hermano con todo lo que llevaba dentro.

Apolo la apartó para que no pudieran golpearla por accidente.

Estigio llevaba entrenándose en la lucha desde los cinco años, con los mejores instructores que podía pagar su padre. De modo que le estaba dando una paliza a Aquerón bajo la lluvia. Aun así, este se defendía como podía.

Sin embargo, al final resultó no ser rival para su gemelo. Estigio le dio una patada en las costillas.

—Das pena.

Aquerón se giró en un charco y se levantó. Cuando se abalanzó de nuevo contra Estigio, él lo tiró al suelo de una patada. La lluvia le corría por la cara, mezclándose con la sangre que manaba de su ojo, su nariz y su boca. A pesar de eso, siguió lanzándose a por Estigio una y otra vez, como si creyera que a fuerza de voluntad podría derrotar a su hermano.

—¡Guardias, lleváoslo! —ordenó su padre.

Aquerón intentó desembarazarse de los guardias cuando lo rodearon para reducirlo, pero Estigio lo había debilitado mucho. Lo metieron a rastras en su habitación, donde esperaba su padre.

El rey lo agarró por el pelo empapado y le echó la cabeza hacia atrás para que contemplara el intenso odio que sentía por él.

—Azotadlo hasta que no le quede piel en la espalda. Si se desmaya, espabiladlo y empezad de nuevo.

Aquerón soltó una carcajada desdeñosa.

—Yo también os quiero, padre.

El rey le cruzó la cara.

—Sacadlo de aquí.

—¿Padre? —repitió Apolo con expresión ladina.

Jerjes resopló.

—Así me llama, pero no es hijo mío. Mi difunta reina se prostituyó y engendró esa abominación.

Ryssa empezó a llorar al escuchar las duras palabras de su padre.

—Es un ser humano, padre.

Todos se rieron de ella. Incapaz de soportar la humillación, siguió a los guardias para intentar reconfortar a Aquerón.

Cuando llegó al patio donde lo estaban azotando, ya sangraba. Sin embargo y a diferencia de las otras ocasiones en las que lo habían castigado, estaba debatiéndose contra las cuerdas.

—¡Otra vez! —le gritó Aquerón al guardia—. ¡Más fuerte!

La rabia que destilaban sus palabras la desconcertó por completo. Se estaba riendo de los guardias, como si le complaciera lo que estaban haciéndole.

¿Se había vuelto loco?

¿Qué le había pasado?

Siguió provocándolos hasta que perdió el conocimiento por el dolor. Los guardias se miraron sin saber muy bien qué hacer hasta que el más alto cogió un cubo de agua para reanimarlo.

Ryssa le colocó una mano en el brazo.

—Por favor, no lo hagas —le rogó.

—Alteza… vuestro padre se enfadará si se entera de que no hemos cumplido sus órdenes.

—No se lo diré si vosotros guardáis silencio. Por favor. Ya ha sufrido bastante.

El guardia asintió con la cabeza antes de proceder a cortar las cuerdas. Vio la lástima reflejada en sus ojos cuando llevaron a Aquerón de vuelta a su dormitorio. Lo dejaron en la cama boca abajo, siguiendo sus instrucciones. Acto seguido, salieron del dormitorio y la dejaron a solas con

su hermano, que parecía tan vulnerable como un recién nacido allí tendido en la cama, sangrando.

No sabía dónde estaban Apolo, su hermano y su padre. Y la verdad era que tampoco le importaba. Si de ella dependiera, los mandaría al infierno por su crueldad.

Con las manos temblorosas por la lástima que le inspiraba la situación de su hermano, le apartó el pelo de la mejilla. Estaba ardiendo de fiebre.

—No te preocupes. Cuidaré de ti.

—Eso sí que ha sido divertido.

Artemisa apartó la mirada del lugar donde sus *korai* nadaban en la fuente situada frente a su templo y vio a su hermano junto a ella.

—¿El qué?

—Mi mascota tiene un hermano bastardo al que odian.

Se le detuvo el corazón al darse cuenta de que se refería a Aquerón.

—¿En serio? —preguntó con la esperanza de que Apolo no detectara el temblor de su voz.

Su hermano asintió con la cabeza antes de sentarse junto a ella.

—Nunca había visto nada parecido. Estaba sentado bajo la lluvia, completamente desnudo, sin meterse con nadie, y le han dado una paliza brutal antes de llevárselo para azotarlo.

Se obligó a no reaccionar por las noticias.

—¿Por qué?

—Ni idea. Pero te juro que el príncipe heredero la tenía bien dura cuando lo sujetó contra el suelo y empezó a pegarle.

Apartó la mirada al recordar las numerosas ocasiones en las que Apolo la había tratado de la misma manera. Era curioso que no viera sus propios actos reflejados en los humanos. Su pobre Aquerón. Quería correr a su lado, pero no se atrevía.

Apolo soltó una carcajada.

—Pero el humano tenía mérito, porque se debatió como un león. Incluso se atrevió a gritarles que le dieran más fuerte.

Las lágrimas le provocaron un nudo en la garganta. Se apresuró a parpadear para contenerlas.

—Nunca entenderé a los humanos.

—Por eso mis apolitas los someterán a todos algún día. Los humanos son demasiado imperfectos.

Meneó la cabeza al escuchar el plan de su hermano de derrocar al pueblo que su padre había creado.

—¿Saben los griegos que no los apoyas en su guerra contra los apolitas y los atlantes?

—¿Estás loca? Claro que no. Que me sigan ofreciendo a sus hijas y hagan sacrificios en mi nombre. A mí me da lo mismo.

Arqueó una ceja al escucharlo.

—No te importa nada tu mascota, ¿verdad?

Apolo se encogió de hombros con indiferencia.

—De vez en cuando me entretiene. Pero hay mujeres muchísimo más exquisitas en el mundo. Además, acabará envejeciendo, y cuando eso pase, la rechazaré.

—Envejecen demasiado deprisa. —Lo dijo más para sí misma que para Apolo. Seguramente Aquerón no la atraería tanto cuando su belleza se marchitara. Su hermano no dijo nada—. ¿Por qué no estás con tu mascota? —le preguntó, ya que no entendía qué hacía en el jardín de su templo.

—Porque está con el esclavo, cuidándolo. Cuando lo azotaron, se puso de los nervios. No la soporto cuando está así.

—¿Y lo has tolerado?

Apolo volvió a encogerse de hombros.

—Creo que su hermano bastardo le ha dado unos consejillos para complacerme. Es demasiado complaciente y experta para una virgen. Estigio me dijo que solían vender al bastardo al mejor postor para que se acostaran con él. Parece que es una tradición familiar.

Eso la sorprendió. Por regla general, su hermano le daba la espalda a cualquiera que no fuera casto.

—¿Ryssa ha tenido otros amantes?

—No. La mataría si lo hiciera. Cuando no estoy con ella, la vigilan con celo. Pero me resulta fascinante que me la hayan ofrecido de este modo.

Nunca le haría algo así a una hija mía.

Al escuchar ese comentario, Artemisa miró a Satara, la hija pequeña de su hermano, que estaba bailando en la fuente con otra de sus *korai*.

—No, tú te has limitado a entregármela para que me sirva.

—Te entregué a mi hija para que te alimente cuando yo no esté disponible y para mantenerte alejada de los humanos. Jamás la tocará un hombre.

—Todavía es joven. ¿Qué pasará cuando crezca y decida tomar a un consorte?

La ira relampagueó en los ojos de Apolo.

—Los mataré a los dos.

Esas palabras la dejaron boquiabierta.

—¿Matarías a tu propia hija?

La mirada de su hermano la atravesó.

—Mataría a mi propia gemela si alguna vez se acuesta con un hombre. Satara es una más de los numerosos hijos que tengo. Pero ninguno de ellos me avergonzará sin que recaiga sobre ellos toda mi cólera.

—¿Aunque lo amara?

Apolo torció el gesto.

—¿Quién eres? ¿Afrodita? No me hables de amor. Eres una diosa. El amor no existe en nuestro mundo. Solo la lujuria, y se desvanece con el tiempo. Un hombre puede tener amantes, pero que lo haga una mujer…

Eso la convertiría en una puta. Ya conocía la opinión de su hermano al respecto.

Como si supiera que estaban hablando de ella, Satara dejó de jugar y miró a su padre.

—Me voy —dijo Apolo, que se esfumó.

Artemisa se percató de la decepción de Satara al ver que su padre no se había dignado a hablar con ella. En ese momento empujó a la *koré* que estaba a su lado y se fue hecha una furia.

Meneó la cabeza al verlo. Tal parecía que la violencia era una característica familiar.

Volvió a pensar en Aquerón y la asaltó la culpabilidad. Sabía muy bien que lo que le había hecho estaba mal. Sin embargo, ¿cómo iba a mirarlo a la

cara después de haberse comportado así?

«Eres una diosa. Debería estar agradecido solo porque te hayas fijado en él.»

Así era como la habían educado. No obstante, Aquerón era distinto. No se trataba de un humano más. Eran amigos.

Y el miedo la había llevado a hacerle daño. Le había hecho cosas que juró que nunca haría. Cosas que sabía que le harían daño y lo humillarían.

¿Por qué?

Cerró los ojos y lo vio corriendo detrás de ella por el bosque. Escuchó su risa mientras jugaban juntos.

Nadie más la había hecho sentir así. Nadie.

Y lo había arruinado todo con su estupidez.

«Es humano, ¿qué más da?» Esa sería la postura de Apolo. Ojalá pudiera compartirla. Sin embargo, en el fondo de su corazón sabía la verdad. Lo echaba de menos y le dolía que su padre le hubiera vuelto a hacer daño.

«Ni se te ocurra…»

Aunque ya era demasiado tarde. Ya se había teletransportado desde su jardín al dormitorio de Aquerón, y estaba oculta entre las sombras, viendo cómo su hermana se inclinaba sobre él.

—Aquerón, por favor, come —susurró Ryssa—. No quiero que te hagan más daño. Padre dice que si sigues negándote a comer, te alimentarán por la fuerza de nuevo. —Le acercó un trocito de pan a la boca.

Aquerón volvió la cabeza.

Artemisa vio el sufrimiento que se reflejaba en el rostro de su hermana.

—Vale. No permitiré que nadie más te haga daño. —La princesa se metió el pan en la boca y se lo comió todo. Después siguió con el resto de la comida de la bandeja. Con los ojos llenos de lágrimas, se puso de pie—. Les diré que te lo has comido todo.

Hizo ademán de tocarle el brazo, pero Aquerón la apartó de un manotazo.

—Descansa, hermanito —dijo con expresión afligida y un suspiro—. Me aseguraré de que nadie te moleste.

Artemisa no se movió hasta que Ryssa los dejó solos. Se materializó y salió de entre las sombras.

Aquerón la miró con una mueca desdeñosa.

—Vete.

—No deberías hablarme en ese tono.

Él soltó una carcajada e hizo un gesto de dolor.

—¿Crees que me importa lo que puedas hacerme? Vete a la mierda y déjame solo.

—Aquerón…

—¡Vete! —gritó antes de sisear, como si estuviera sufriendo un dolor atroz—. Ya me has dejado muy claro lo que soy para ti. Como puedes ver, no hace falta que me pegues. Hay muchos que están deseando tener el honor.

Artemisa se arrodilló junto a la cama y se le partió el corazón al ver los moratones que tenía en la cara y las heridas que le desfiguraban la espalda.

—Puedo curarte.

—No quiero que me cures. Lo único que quiero de ti es que te vayas.

—No seas así.

—Estoy harto de pedir clemencia —masculló él, tras soltar una maldición—. De todas maneras, nadie me hace caso. Prefiero morir de pie con la dignidad de un puto antes que arrastrarme de rodillas como un esclavo indigno.

La diosa meneó la cabeza mientras intentaba explicarle lo que había pasado.

—Me dio miedo lo que hicimos.

Su mirada la atravesó como un puñal.

—Yo ya me he cansado de que todo el mundo se arrepienta de estar conmigo. Mi madre murió avergonzada porque me había dado a luz. Mi padre y mi hermano me desprecian, y mi hermana casi no es capaz de mirarme a los ojos. Y tú… tú me hiciste creer en algo. Confié en ti, pero me mentiste.

—Lo sé. Y lo siento mucho. —Le tocó la mejilla, áspera por la barba, con la esperanza de que viera que decía la verdad—. Pero ahora estoy aquí,

y no como una diosa, sino como tu amiga. Te echo de menos cuando no estás conmigo.

Aquerón quería apartarla de él, pero la verdad era que no podía. Por mucho que intentara odiarla, no sabía cómo hacerlo.

La mirada de esos ojos verdes lo atravesó antes de que se cerraran mientras las heridas de su cuerpo sanaban. Cuando el dolor desapareció y volvió a sentirse bien, soltó un suspiro.

—No esperes que te lo agradezca.

—No seas así. No me disculpo con los humanos. Nunca. Pero me he disculpado contigo…

Entendía lo que la diosa le estaba diciendo, pero eso no mitigaba el dolor que sentía en el corazón, justo donde ella lo había apuñalado.

—Ya no quiero ser tu amigo, Artie. Vas a tener que buscarte a otro puto para que te entretenga.

Antes de que pudiera parpadear siquiera, Artemisa se abalanzó sobre él y lo tumbó de espaldas. Le clavó los colmillos en el cuello, dejándolo sin aliento. En esa ocasión no sintió placer alguno. Solo un dolor que lo consumía con cada gota que ella tragaba. Y lo peor era que lo mantenía paralizado para que no pudiera moverse ni forcejear.

Tenía muy claro que era una violación. Después de los ataques que había sufrido por parte de tanta gente que intentaba demostrar así su poder sobre él, era imposible que no reconociera lo que le estaba pasando.

«Pídeme clemencia, puto. Dime cuánto te gusta.»

Luchó para mantenerse consciente mientras las voces del pasado resonaban en su cabeza. El dolor y la frustración crecieron en su interior, al mismo tiempo que lo hacía una rabia feroz.

Artemisa se apartó por fin. La expresión sorprendida de su rostro puso de manifiesto que no esperaba encontrarlo despierto.

Tragó saliva al tiempo que la miraba con desdén.

—¿Ya estamos en paz? ¿O quieres violar mi cuerpo como has violado mi alma?

El dolor lo inundó cuando sus heridas volvieron a aparecer. Un dolor tan atroz que le arrancó un grito, ya que era mucho peor que antes.

Artemisa se levantó y lo fulminó con la mirada.

—No volverás a reírte de mí, humano. Ya me he cansado de tus burlas.

Y con eso desapareció.

Aquerón cerró los ojos, aliviado. A lo mejor por fin lo dejarían tranquilo.

Sin embargo, mientras buscaba consuelo en su mente, no vio la huerta en la que había jugado en el palacio de verano aquel día primaveral, sino la imagen de Artemisa. La imagen de su breve amistad, antes de que ella lo atacara con saña.

Echaba de menos esa época fugaz.

—Se ha acabado —susurró.

Se acabó lo de ser su juguete. Su vida había estado en manos de los demás durante demasiado tiempo. Ya era hora de que dejara de intentar complacer a los demás y aprendiera a vivir para él. Jamás permitiría que alguien volviera a tener semejante poder sobre él.

Mucho menos los dioses.

13 de febrero, 9528 a. C..

Aquerón caminaba por el centro de la ciudad en dirección al teatro para asistir a la nueva representación. Al entrar en el mercado, vio una sombra con el rabillo del ojo y se detuvo. Se volvió con rapidez, pero no vio nada. Temiendo que fuera Artemisa que lo seguía, se ocultó detrás de un pequeño grupo de personas.

Se sentía vacío por dentro. Usado. A decir verdad, no quería volver a verla en la vida. El simple hecho de pensar en ella hacía que le hirviera la sangre, pero al mismo tiempo lo invadía una enorme tristeza por la pérdida de lo que habían podido tener.

No quería que siguieran usándolo. Ni siquiera en nombre del amor.

«¿Por qué no? Ya te han vendido en nombre de todo lo demás», se dijo.

Apretó los dientes y desterró de su pensamiento la cruda verdad que prefería no analizar.

—Abuela, nos está estafando —denunció una voz infantil que le llamó la atención.

Un niño y una anciana canosa con el pelo trenzado estaban comprando en uno de los puestos cercanos. Los iris de la mujer eran blancos. Se apoyaba en el hombro del niño, que no tendría más de siete u ocho años. Era moreno de pelo y su expresión era tan inocente que resultaba enternecedora. Aunque sus ropas estaban desgastadas por el uso, ambos iban limpios de la cabeza a los pies.

El vendedor levantó las manos de forma amenazante como si tuviera la intención de golpear al pequeño.

El niño se puso blanco y retrocedió.

—¿Meros? —susurró su abuela—. ¿Qué pasa?

—Na… nada, abuela. Me… me he confundido.

Aquerón no supo bien por qué, pero ver al niño tan asustado lo hirió en lo más hondo. ¿Cómo se atrevía ese hombre a aprovecharse de una anciana y de su nieto cuando saltaba a la vista que eran pobres?

Sin pararse a pensar lo que iba a hacer, se adelantó.

—Tienes que darle la cantidad que te han pagado.

El hombre estaba a punto de discutir cuando se percató de su altura. Le sacaba una cabeza. Aunque era esbelto, sus músculos bastaban para intimidar a cualquiera. Por suerte, el vendedor ignoraba su incapacidad para luchar. Al ver la calidad de su ropa, el hombre puso los ojos como platos. Llevaba el quitón real que Ryssa insistía en que se pusiera para ir al teatro.

—No los estaba estafando, señor.

Aquerón miró al niño, que lo observaba boquiabierto por su altura.

—¿Qué has visto, pequeño?

Meros tragó saliva antes de hacerle un gesto con un dedo para que se agachara.

Aquerón lo obedeció después de componer una expresión más tranquila, ya que no quería asustarlo más de lo que ya estaba.

—Ha puesto el dedo en la balanza. Mi abuelita quiere que se lo diga si veo que alguien lo hace. Dice que así nos estafan.

—Tiene razón. —Le dio unas palmaditas en el brazo antes de enderezarse para mirar al vendedor—. ¿Cuánta harina le has pedido, Meros?

—Un kilo.

—En ese caso yo vigilaré mientras este hombre vuelve a pesarla.

El vendedor se puso colorado mientras colocaba de nuevo la harina en la balanza y demostraba así que, efectivamente, había menos de un kilo. Rezongando entre dientes, el hombre añadió más harina hasta alcanzar el peso indicado. Una vez que el saquito tuvo la cantidad correcta, se lo dio a Meros con muy malos modos y miró al niño con un brillo malévolo en los ojos.

—¿Meros? —dijo Aquerón sin dejar de mirar al vendedor, que no podía verle la cara a causa de la capucha.

El niño levantó la cabeza para mirarlo.

—¿Sí, señor?

—Si alguna vez descubres que están estafando a tu abuela o si alguna vez alguien te hace daño, ve al palacio y pregunta por la princesa Ryssa. Dile que te envía Aquerón y ella se asegurará de que no te engañen y de que castiguen como se merece a aquel que te haga daño.

La mirada del vendedor se tornó sombría al tiempo que la del niño se iluminaba.

—Gracias, señor.

La abuela del niño le colocó una mano en el brazo.

—Que los dioses os bendigan por vuestra bondad, señor. Sois un regalo para este mundo. Gracias.

Las palabras de la anciana le llegaron al corazón y le provocaron un nudo en la garganta. Ojalá fueran ciertas. Pero no lo eran, y sabía que la anciana se apartaría horrorizada de él si supiera la naturaleza de la criatura cuyo brazo estaba tocando.

—Que los dioses os acompañen —murmuró antes de alejarse de ellos.

No había caminado mucho antes de que Meros lo alcanzara.

—¿Señor?

Era raro que alguien se dirigiera a él de esa forma.

—¿Qué?

—Sé que estamos muy por debajo de vos, pero mi abuela me ha pedido que os pregunte si os dignaríais a compartir nuestro pan en agradecimiento por vuestra amabilidad. Está ciega, pero es una maravillosa cocinera. Amasamos el pan para el panadero que vende sus productos al rey y su corte.

Aquerón miró por encima del hombro hacia el lugar donde la anciana aguardaba con porte orgulloso a pesar de su incapacidad para ver la actividad que se desarrollaba a su alrededor.

«Muy por debajo de vos…», repitió para sus adentros.

Si el niño supiera de verdad lo que era, le daría la espalda como todos los demás.

Al igual que haría su abuela.

Sin embargo, titubeó antes de aceptar la invitación. Debería marcharse antes de que descubrieran la verdad, pero no quería ofenderlos ni humillarlos como la gente hacía con él.

Así que aceptó.

—Me encantaría, Meros. Gracias por la invitación.

El niño sonrió y lo acompañó de vuelta hacia el otro extremo del mercado, donde los aguardaba su abuela.

—Aquí lo traigo, abuela.

El agradable rostro de la anciana se arrugó un poco más al esbozar una sonrisa mientras miraba en la dirección contraria al lugar donde se encontraba él.

—Gracias, señor. No será nada tan elaborado como a lo que estáis acostumbrado, pero os aseguro que nunca habéis probado nada tan sabroso.

—Abuela, estamos aquí.

Las mejillas de la anciana se sonrojaron.

—Perdonadme, señor. Me temo que soy un poco torpe para orientarme.

—No importa —la tranquilizó él al tiempo que cogía los paquetes que llevaba Meros—. Yo llevo los paquetes para que tú ayudes a tu abuela. —Las compras pesaban demasiado para un niño tan pequeño.

Meros sonrió de oreja a oreja y cogió a su abuela de la mano antes de internarse entre la multitud.

—Me llamo Eleni, señor.

—Por favor, llámame Aquerón. Vivo en el palacio, pero no soy importante.

—Abuela, parece importante. Va muy bien vestido, muy bien calzado y es altísimo.

Eleni chasqueó la lengua.

—Meros, no es de buena educación contradecir a los adultos. Recuerda lo que te he dicho siempre. Las apariencias engañan. Un pobre puede llevar las vestiduras de un príncipe y un príncipe puede estar descalzo en la calle. Hay que juzgar a las personas por sus actos, no por la ropa que lleven. —Su sonrisa era serena—. Y, a juzgar por los actos de lord Aquerón, es un hombre noble y amable.

Aquerón se detuvo, conmovido por esas palabras. Nunca se había sentido otra cosa que no fuera un puto y, sin embargo, con esas personas harapientas se sentía como un rey. Era una sensación tan extraña que incluso se atrevió a levantar un poquito la cabeza con orgullo.

Meros abrió la puerta de una casita situada en mitad de una hilera de viviendas. Tuvo que inclinarse para poder entrar y seguirlos hasta el interior. El lugar era pequeño y estaba atestado de cosas, pero resultaba acogedor. La felicidad de Meros y Eleni era evidente nada más echarle un vistazo a su casa.

Sin embargo, para su altura resultaba incómoda. El techo era muy bajo, de modo que se dio un buen golpe en la cabeza nada más entrar.

—¿Señor, estáis bien? —le preguntó Meros.

Asintió sin apartar la mano de la frente, que le palpitaba después del golpe con la viga de madera.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Eleni, que parecía muy preocupada.

—Ya te he dicho que lord Aquerón es altísimo. Se ha golpeado la cabeza con el techo.

Eleni abrió los ojos de par en par y se acercó a Aquerón con el brazo extendido por delante.

Aquerón la cogió de la mano, la cual se colocó en el hombro para que la anciana comprobara su altura.

—¡Por los dioses! —exclamó en voz baja—. Sois enorme. Sí, como uno de los dioses del Olimpo.

Otro rasgo que lo hacía destacar demasiado entre la gente. Y que les había proporcionado mucho dinero a Estes y a Catera, ya que a los más bajitos les encantaba la sensación de poder que obtenían al someter a alguien tan alto como él.

Eleni atravesó la estancia con una elegancia admirable, como si pudiera ver exactamente donde estaba cada cosa, y le ofreció una silla para que tomara asiento.

—Será mejor que os sentéis, señor. Supongo que nuestro pequeño hogar os resultará sofocante.

—En absoluto —le aseguró con sinceridad. Aunque temía volver a golpearse con algo, la acogedora casita le encantaba.

—Meros, trae la leche.

El niño salió corriendo.

Aquerón observó a Eleni, que se acercó a la cocina para avivar el fuego sin aparente dificultad. Le sorprendía muchísimo que la anciana supiera exactamente dónde estaba cada cosa. No se tropezaba ni tampoco se quemaba.

—¿Señor? —la escuchó decir mientras sacaba un cuchillo—. ¿Os puedo hacer una pregunta?

—Como gustes.

—¿Por qué estáis tan triste?

Estaba a punto de corregir su impresión, pero ¿para qué? La anciana no lo conocía y él tampoco la conocía a ella. Le resultó sorprendente que la mujer fuera tan perceptiva teniendo en cuenta su ceguera.

—¿Cómo lo has sabido?

—Por vuestra voz. Percibo vuestra tristeza y también percibo un fuerte acento atlante.

Escuchó sus acertadas impresiones mientras la veía cortar el pan en rebanadas que después fue poniendo a calentar.

—¿Estáis triste por la pérdida de un ser querido?

Sintió un nudo en el estómago al pensar en Artemisa.

—De una amiga.

—En ese caso, os acompaño en el sentimiento —dijo la anciana con voz compasiva—. He perdido a muchos amigos a lo largo de los años, y también a mis hijos. Es muy duro. Pero tengo a Meros y me enorgullece mucho verlo crecer. Es un muchacho estupendo. Los hijos son un orgullo para sus padres. Estoy segura de que los vuestros deben de sonreír cada vez que os miran.

Incapaz de soportar el dolor de las heridas que la anciana acababa de abrir, Aquerón se puso de pie.

—Debería marcharme.

Eleni parecía horrorizada.

—¿He dicho algo malo?

—No. —No quería que la mujer se sintiera mal cuando su única intención había sido la de consolarlo. Ella no tenía la culpa de que la única

persona que lo quería fuera su hermana ni de que sus padres lo hubieran maldecido desde el día que nació—. Iba de camino al teatro, pero me detuve en el mercado. Debería marcharme para no perderme la representación completa.

Eleni le cogió una mano y se quedó petrificada al tocar la marca que lo identificaba como un esclavo. La mujer le dio un apretón.

—¿Eres un esclavo?

Aquerón sintió que le ardía la cara por la humillación. Estuvo a punto de soltar una maldición por el fortuito descubrimiento que había hecho Eleni.

—Lo era. Lo siento. No debería haber venido.

Sin embargo, la anciana no lo soltó. Le colocó la otra mano encima de la suya y le ofreció una sonrisa amistosa.

—Quítate el manto y siéntate, Aquerón. No has hecho nada para que tengas que disculparte. Ahora te admiro incluso más por haberte detenido para ayudarnos. Aunque para un noble no supone ningún esfuerzo, es raro que se preocupen por ayudar a lo más desafortunados. Pero en el caso de un liberto se requiere mucho valor y carácter para salir en defensa de otro. Lo que has hecho es un gesto noble y amable, y me considero honrada de que te sientes a mi mesa con nosotros.

Aquerón era incapaz de respirar por culpa del nudo que tenía en la garganta. No estaba acostumbrado a que lo halagaran fuera de la cama.

—Gracias.

Eleni esbozó una sonrisa y le dio unas palmaditas en el dorso de la mano antes de soltarlo.

—Mi padre solía decirme cuando era una niña que es muy difícil que recordemos lo que ha dicho una persona o cuál era su aspecto físico después de verla por primera vez. Según él, lo que siempre recordamos es la sensación que esa persona nos provoca. Tú has hecho que mi nieto se sienta importante al haberlo defendido y en mi caso, has logrado que me sienta agradecida por tu generosidad. Gracias, muchacho.

Y a su lado, Aquerón había sentido una gran dignidad. La anciana tenía razón. Nunca lo olvidaría.

Meros volvió jadeando con una jarra de leche.

—Abuela, traigo mucha leche. ¿Ya está el pan?

—Casi, cariño. —Le quitó la jarra de arcilla y sirvió la leche en los cuencos.

Meros colocó uno de ellos frente a Aquerón.

—Señor, ¿habéis participado en muchas batallas?

Antes de contestar la inocente pregunta, se bajó la capucha.

—No, Meros, en ninguna. Y llámame por mi nombre, por favor.

—*Akribos* —dijo Eleni con voz cariñosa—, a Aquerón no le gustan los honores.

Meros cogió su cuenco y volvió a la mesa sin pérdida de tiempo. Se sentó en una silla al lado de Aquerón.

—¿Sabes luchar con espada?

—No.

—Oh… —La respuesta parecía haberlo decepcionado—. ¿Qué haces entonces?

—Meros —dijo su abuela con voz severa—, no se interroga a los invitados. —Meneó la cabeza—. Perdónalo, Aquerón. Solo tiene siete años y le queda mucho por aprender.

—No me molesta. Yo tengo diecinueve y también me queda mucho por aprender todavía.

Meros soltó una carcajada.

Eleni llevó el pan a la mesa y lo colocó delante de Aquerón, junto con una jarrita de miel y un cuenco con mantequilla.

—Tienes un alma generosa. Es muy raro en los tiempos que corren.

Meros se rascó una oreja como si las palabras de su abuela lo confundieran.

—Pero ¿y si no es lo que parece? Siempre dices que la gente a veces se pone máscaras y que no sabemos lo que hay detrás de ellas.

Eleni le alborotó el pelo.

—Tienes razón, tunante. Nunca sabemos lo que hay en el corazón de los demás. Cuando era pequeña, más o menos como tú ahora mismo, mi padre exigía un pago a mis hermanos a cambio de su manutención. Todos pensaban que era cruel por exigirles eso a sus propios hijos. Mis hermanos lo odiaban.

—¿Por ser pobres? —preguntó Aquerón.

La mujer negó con la cabeza.

—No. En realidad, mi familia tenía dinero, porque mi padre era muy tacaño. La gente también lo odiaba por su tacañería, pero no sabían que, cuando era pequeño, lo echaron junto con su familia de la casa donde vivían porque no tenían para pagarla. Su hermana pequeña, la persona que más quería en el mundo, enfermó por vivir a la intemperie. Murió de hambre en sus brazos y juró que nunca más vería morir a otro ser querido de esa manera.

Aquerón se compadeció del pobre hombre. Después de haber conocido la pobreza en sus propias carnes, comprendía su actitud. No había nada peor que pasar hambre. Nada peor que vivir en la calle, sin poder guarecerse de los elementos… ni de las personas.

Meros ladeó la cabeza.

—Pero ¿por qué obligaba a tus hermanos a pagar si tenía tanto dinero?

La expresión de Eleni se suavizó mientras acariciaba una de las regordetas mejillas de su nieto.

—Estaba guardando el dinero para cuando se casaran.

—¿Por qué, abuela?

Sus preguntas no parecían impacientarla.

—Porque un hombre no se puede casar hasta disponer de una cierta cantidad de dinero y de una casa a la que llevar a su mujer. Cuando mis hermanos conocieron a las mujeres con las que querían casarse, mi padre les entregó el dinero que ellos mismos le habían estado dando a lo largo de los años. Lo había guardado para que cada uno de ellos dispusiera de una pequeña fortuna cuando quisiera fundar un hogar propio. Al final resultó que no era tan cruel como todos creían que era. Hizo lo que hizo por el bien de mis hermanos, porque sabía que de otra forma habrían malgastado ese dinero en tonterías. Y esto sirve para ilustrar que nunca sabemos lo que hay en el corazón de las personas. A veces la gente no es tan cruel como sus actos nos hacen pensar. Más bien toman esas decisiones en beneficio de sus seres queridos, a los que protegen sin que ellos lo sepan.

Meros le ofreció a Aquerón el plato con el pan.

—La abuela siempre dice que los invitados primero.

Aquerón sonrió antes de coger una rebanada que procedió a untar con mantequilla.

—Gracias, Meros.

El niño se sirvió antes de pasarle el plato a su abuela. La normalidad del momento fue como un mazazo para él. Estaba sentado a la mesa con la cabeza descubierta y ni Eleni ni Meros parecían horrorizados. No había miradas furtivas, ni tampoco ninguna mirada lujuriosa. No parecían nerviosos.

Para ellos era una persona normal y corriente. ¡Por los dioses, cuánto lo apreciaba!

—Tenías razón, Meros —comentó después de haber probado el pan—. Es el mejor que he comido en la vida.

Eleni levantó la barbilla con orgullo.

—Gracias. Aprendí a amasar con mi madre. Era la mejor panadera de toda Grecia.

Aquerón sonrió.

—De todo el mundo, diría yo. No me imagino nada mejor que esto.

—Pues sus dulces… Mmmm —murmuró Meros, que tenía la boca llena —. Se te saltarán las lágrimas si los pruebas.

Aquerón se echó a reír.

—Creo que sería un poco raro ver a un hombre llorar mientras come.

Meros se relamió los labios.

—Merece la pena soportar la humillación, te lo aseguro.

Eleni le alborotó el pelo.

—Come, niño. Tienes que ponerte grande y fuerte, como nuestro invitado.

Aquerón guardó silencio mientras apuraba el pan. Se demoró todo lo que pudo, pero a la postre acabó de comer y no le quedó más remedio que marcharse.

—Gracias de nuevo —les dijo.

Eleni se levantó para acompañarlo.

—Ha sido un placer, Aquerón. Vuelve cuando te apetezca probar mis dulces.

Meros le sonrió.

—Tendré preparado un pañuelo.

—Seguro que sí. —Aquerón se colocó la capucha y se aseguró de que lo cubría por completo—. Que tengáis un buen día.

—Que los dioses te acompañen.

No sabía la mujer hasta qué punto lo acompañaban. Se agachó para pasar por debajo del dintel de la puerta y volvió a la colina donde se alzaba el palacio. Era raro. Había salido con la intención de evadirse gracias a un mundo de fantasía y había acabado alegrando su espíritu gracias a la inesperada compañía de dos personas de carne y hueso. Eleni y Meros lo habían ayudado a hacer mucho más que evadirse.

Le habían ofrecido un rato de normalidad. Aunque hubiera sido solo un ratito. Y eso significaba mucho para él. Hacía tiempo que no se sentía tan bien.

Claro que la cosa cambió cuando llegó a casa.

Titubeó al entrar en el vestíbulo, porque vio un gran número de nobles y senadores, acompañados por sus familiares. Se sorprendió porque nadie le había informado de que se celebraba una fiesta.

De haberlo sabido, se habría quedado encerrado en su dormitorio. Su experiencia en las fiestas nunca había sido agradable. Claro que en el pasado él siempre había sido la atracción principal para los asistentes. Sintió un escalofrío al recordar las numerosas ocasiones en las que lo habían exhibido para que lo manosearan antes de que alguien lo arrojara al suelo y…

Se bajó la capucha todavía más y se mantuvo oculto entre las sombras de camino a la escalinata. Con suerte, nadie repararía en él.

Sin embargo, estaba a punto de pasar junto al salón de baile cuando la voz de su padre lo detuvo en seco.

—Os agradezco que hayáis venido para celebrar conmigo las buenas nuevas. Un rey no recibe todos los días noticias tan afortunadas.

Se acercó con sigilo a la puerta del salón del baile y vio a su padre en un estrado. Ryssa estaba de pie a su izquierda, junto con Apolo. El dios tenía el brazo por encima de los hombros de su hermana en actitud posesiva. Estigio estaba a la diestra de su padre, y llevaba de la mano a una mujer muy hermosa, alta y de pelo oscuro.

—Brindemos en honor de mis dos hijos. De Ryssa, la consorte humana del dios Apolo, que espera su primer hijo. Y de Estigio, que va a casarse con la princesa egipcia Nefertari. ¡Que los dioses los bendigan y bendigan nuestra tierra!

Los celos se apoderaron de él al escuchar las palabras de su padre. Le horadaron el corazón de tal manera que estuvo a punto de quitarse la capucha y de gritarle a su padre que tenía otro hijo. Pero ¿de qué le habría servido?

Su padre lo despreciaría y lo mandaría azotar por la afrenta y la humillación.

La rabia se superpuso a los celos cuando vio a su padre besar a Ryssa y después a Estigio.

—Por mis amados hijos —volvió a decir—. Que vivan muchos años.

La multitud estalló en vítores. El único que se mantuvo en silencio fue él, que ni siquiera podía respirar a causa del sufrimiento y del rechazo.

«Soy el primogénito…», se dijo.

«Eres un puto deforme y un esclavo.» La voz de Estes resonó desde el pasado. «No hablarás a menos que se te ordene. No mirarás a nadie a la cara. Deberías agradecer que te tolere en mi casa. Y ahora ponte de rodillas y compláceme.»

La vergüenza era tan grande que quiso morirse en ese mismo momento. Su padre tenía razón. No había nada en él digno de amar, nada de lo que estar orgulloso. Con la cabeza gacha, subió la escalinata de camino a su dormitorio.

Una vez en el interior y con el alma en los pies, se quitó la capucha y agradeció que no hubiera ningún espejo que le recordase por qué se merecía el desprecio de la gente decente.

—¿Aquerón?

El susurro que escuchó a su espalda lo sobresaltó.

—¿Qué quieres, Artemisa?

—Quiero recuperar a mi amigo.

Cerró los ojos para luchar contra las lágrimas que intentaba ocultar. Deseaba con todas sus fuerzas que alguien lo valorara. Cualquier persona. Y no por los beneficios que obtuviera de él, sino porque lo apreciara.

Artemisa se acercó hasta colocarse tras él. Tan cerca que sintió su presencia como si se estuvieran rozando.

—Te he echado de menos.

Le habría encantado contradecirla. Gritarle lo mucho que le había dolido lo que le había hecho.

Suplicarle que no volviera a hacerle daño nunca más.

Pero ¿para qué? Los humanos eran juguetes en manos de los dioses. En su caso, esa realidad era bastante más notoria.

—Entonces, ¿me perdonas? —le preguntó, despreciándose por parecer tan sumiso.

—Sí. —La diosa lo abrazó por la espalda y se pegó a él.

Apretó los dientes y se obligó a no apartarse, a no empujarla.

—Gracias.

Artemisa sintió ganas de llorar de alegría. Había recuperado a Aquerón. No podía creer lo mucho que lo había echado de menos. Lo mucho que había temido su rechazo.

Quería dejarle claro lo contenta que estaba por haber recobrado su amistad.

—Te prometo que nunca volveré a hacerte daño.

No la creyó ni por asomo. Había destrozado su confianza en ella en cuanto lo agarró del pelo después de haberle confesado lo mucho que odiaba que lo trataran así. Después de haberle confesado que le resultaba degradante.

Habría preferido que le arrojara unas cuantas monedas a la cara antes de marcharse.

Artemisa lo instó a darse la vuelta para besarlo con pasión. Él le devolvió el beso con el ardor que se esperaba de un prostituto. Era triste que la diosa no distinguiera la diferencia entre un beso sincero y un beso obligado. Aunque claro, él era el mejor puto que el dinero podía comprar.

Cuando Artemisa se apartó, vio sus ojos relucientes de alegría. Ojalá él también estuviera tan contento.

—Nunca volverás a dudar de mi afecto —susurró la diosa contra sus labios.

Se mantuvo en silencio mientras la observaba arrodillarse a sus pies. Frunció el ceño, extrañado, hasta que Artemisa se la acarició y se metió la punta en la boca. Jadeó por la sorpresa y el placer, y estuvo a punto de retroceder. Nadie le había hecho eso nunca.

Su trabajo era complacer a los demás. No que los demás lo complacieran, y mucho menos si se trataba de una diosa. La rabia que hervía en su interior se evaporó bajo el asalto de esa lengua. Nunca había sentido nada parecido. Nunca había imaginado que pudiera ser tan maravilloso. Además de las caricias de su boca, una de sus manos le rozaba los testículos y sentía su aliento abrasándole la piel. El amor que sentía por ella, el que había enterrado en el fondo de su corazón para olvidarlo, regresó con tal intensidad que le provocó un orgasmo instantáneo.

Artemisa se apartó de inmediato y comenzó a escupir mientras lo tapaba con el quitón.

—¡Qué asco! ¿¡Cómo es posible que a la gente le guste hacer algo así!?

No pudo contestarle, ya que estaba ocupado acabando por sí mismo lo que la diosa había comenzado.

Artemisa echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara mientras se lamía los labios.

—Te ha gustado, ¿verdad?

—Sí —contestó él con la voz entrecortada.

—¿Me has perdonado?

Aquerón le pasó el pulgar por el labio inferior, donde aún tenía rastros de su semen. Sin dejar de mirarlo a los ojos, ella le lamió el dedo para saborearlo. Verla hacer eso, junto con la húmeda caricia de su lengua en el dedo, fue lo más increíble que había experimentado en la vida.

Satisfecho y agotado, lo único que alcanzó a hacer fue asentir con la cabeza.

La sonrisa de Artemisa se ensanchó mientras se ponía de pie y tiraba de él para volver a besarlo. Cuando abrió los ojos de nuevo descubrió que estaba en el templo de la diosa, completamente desnudo.

—Hazme el amor, Aquerón —le suplicó ella mientras le mordisqueaba los labios y le acariciaba el pecho.

Sus palabras fueron como un jarro de agua fría.

—No quiero otra paliza hoy, Artie. Ya me han humillado bastante.

Artemisa soltó una carcajada y tiró de su cabeza para besarlo con todas sus fuerzas, de tal forma que temió acabar sangrando.

—No te pegaré. Te lo prometo.

Lo cogió de una mano y lo llevó hasta la cama, donde se tumbó de espaldas antes de darle un tirón para que se colocara sobre su cuerpo desnudo.

No acababa de decidirse.

Artemisa giró hasta dejarlo de espaldas en la cama y se colocó sobre él. Fue muy exigente a la hora de comunicar sus necesidades, de modo que su cuerpo hizo lo que le habían enseñado a hacer: tener una erección.

Cerró los ojos y deseó que lo hubieran castrado de pequeño. Su vida habría sido muchísimo más sencilla.

Mientras Artemisa lo tomaba en su interior, se preguntó cómo era posible que una diosa no fuera capaz de percibir lo que estaba pensando. Que no fuera capaz de percibir lo poco que le apetecía lo que ella estaba haciendo. Sin embargo, el miedo a la represalia y al castigo que podía sufrir si no la complacía cuando acabara, lo llevó a emplearse a fondo.

Cuando la diosa estuvo satisfecha, se sentía dolorido. Se apartó de él con un suspiro de contento. La vio levantar un brazo y apartó la cara rápidamente por temor a que lo abofeteara.

—¿Qué te pasa?

Tragó saliva al comprobar que Artemisa solo quería coger uno de los almohadones para colocárselo bajo la cabeza.

—Nada —contestó.

—Creo que esta noche te retendré aquí a mi lado —dijo la diosa, que se incorporó de costado para acariciarle la cara con las yemas de los dedos.

Antes de que pudiera decir nada, apareció un grillete de oro en torno a uno de sus tobillos, unido por una cadena a uno de los postes de la cama.

—¿Para qué es esto?

—Para asegurarme de que no sales mientras yo duermo.

Movió el pie, haciendo que los eslabones tintinearan. Le costó la misma vida disimular la furia y contener el grito de frustración.

—Artemisa, no me gusta esto. No soy un perro que puedas encadenar en la puerta de tu casa por temor a que me mee en tu alfombra.

La diosa chasqueó la lengua.

—No seas tan rezongón. Lo hago por tu bien.

El mismo motivo por el que lo habían alimentado a la fuerza. Por su bien. No soportaba que lo encadenaran. Porque aparte de cualquier otra objeción, hacía que volviera a sentirse como un puto.

—Por favor, no me hagas esto. Te prometo que no saldré de tu cama mientras duermes.

Artemisa sopesó sus opciones. No sabía si seguía tan enfadado como para vengarse de ella o no. ¿Cómo podía estar segura de que no iba a plantarse en mitad del Olimpo a modo de venganza?

Los humanos eran criaturas traicioneras.

Sin embargo, decidió confiar en él. La cadena desapareció.

—Aquerón, como me traiciones…

—Te asegurarás de que me pase toda la eternidad sufriendo. Lo sé. Te escuché perfectamente cuando me amenazaste la primera vez.

—Bien. Y ahora sé bueno y ofréceme tu cuello.

Con gesto obediente, se apartó el pelo del cuello, dejando expuesta la belleza de su piel bronceada y la deliciosa curva de su garganta.

Artemisa sintió que se le hacía la boca agua mientras inclinaba la cabeza para probarlo. En esa ocasión no lo privó del placer de su mordisco. Dejó que lo experimentara en su totalidad. Mientras le acunaba la cabeza y bebía de él, lo sintió correrse.

Una vez satisfecha, se apartó y lo vio cerrar los ojos.

—Serás mío mientras tu belleza persista, Aquerón. No te compartiré con nadie. Nunca.

Antes prefería verlo muerto.

3 de abril, 9528 a. C..

Aquerón estaba recuperando la confianza en Artemisa poco a poco. O eso o simplemente se estaba convirtiendo en una mascota más obediente. En ocasiones no sabía ni lo que era.

La diosa acudía a él cuando se aburría o tenía hambre, y lo dejaba solo si tenía otras obligaciones que atender.

Sin embargo, al menos había cumplido su promesa de no volver a pegarle. De hecho, nadie le había hecho daño desde hacía varias semanas, ya que Artemisa lo mantenía bien apartado de su padre.

En ese momento estaba sentado en su templo del Olimpo, en un diván blanco situado en mitad de la sala de recepción. Una de sus doncellas había reclamado su presencia, y Artemisa lo había dejado allí encerrado. Aburrido como una ostra, echó un vistazo por la estancia y reparó en la cítara de oro que descansaba sobre un cojín en el suelo, en un rincón.

Hechizado por el instrumento, lo cogió con gran reverencia. No había tocado desde que dejó la Atlántida. La música era una de las muchas cosas que le habían enseñado, aunque en su caso tenía un talento natural.

Lo que más le gustaba eran las emociones que le provocaba. Al igual que sucedía con las representaciones teatrales, era capaz de dejarse llevar por las canciones y las notas.

Rasgó las cuerdas y dio un respingo al escuchar lo desafinada que estaba la cítara. Solucionó el problema en un abrir y cerrar de ojos. Satisfecho, comenzó a tocar.

Artemisa se quedó de piedra al regresar a su templo. Al principio creyó que su sobrina Satara estaba tocando la cítara que utilizaba para entretenerla a ella y a las otras *korai*. Hasta que escuchó la maravillosa voz masculina que acompañaba la melodía. La canción, tan dulce y sentida, hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas.

El talento de Aquerón fue toda una sorpresa. Ni las musas podrían competir con él.

Se materializó en el interior del templo, a su espalda, y lo escuchó tocar.

—Eres increíble —susurró al tiempo que se sentaba detrás de él.

Aquerón dejó de tocar al instante.

Estaba a punto de soltar el instrumento, pero ella se lo impidió.

—Por favor, sigue tocando.

—Solo me gusta tocar cuando estoy solo.

—¿Por qué?

—Porque todos quieren follarme si me escuchan tocar.

Chasqueó la lengua al escuchar la vulgaridad.

—No deberías utilizar ese lenguaje delante de mí, Aquerón. Soy una diosa. Tienes que demostrarme más respeto.

—Perdonadme, akra.

Se apartó un poco de él con un suspiro al escuchar su servilismo. Detestaba que usara ese tono. Lo que le gustaba de él era su fuego y su rebeldía. Una faceta de su carácter que aparecía cuando estaba relajado. Sin embargo, en cuanto le regañaba, adoptaba la actitud sumisa que tenía en ese momento.

Y lo detestaba con todas sus fuerzas.

Le ofreció el instrumento.

—¿Quieres tocar para mí? Solo estamos nosotros dos, y me encantaría escuchar tu voz.

Aquerón se colocó de nuevo la cítara en el regazo y comenzó a tocar.

Ella se pegó a su espalda y lo abrazó mientras tocaba.

—¿Qué otros talentos me has estado ocultando?

—Estoy versado en cualquier arte que sirva para entretener a los demás.

—¿Como cuáles?

—Sé tocar varios instrumentos musicales, cantar, contar historias, dar masajes, bailar y follar.

—¡Aquerón! —Ocultó su sonrisa tras su hombro. Bueno, no era tan sumiso como parecía…

—Me he limitado a responder tu pregunta.

Claro que sí… Su Aquerón podía ser bastante díscolo, y en más de un sentido.

—¿Bailas tan bien como tocas?

—Mejor.

Eso le resultó increíble.

—Demuéstramelo.

—No habrá música si dejo de tocar para bailar.

Le quitó la cítara de las manos.

—La habrá. —Utilizó sus poderes para que el instrumento siguiera produciendo música—. Ahora demuéstrame lo que sabes hacer.

Aquerón se levantó y se volvió hacia ella. Le ofreció la mano y esperó a que ella la aceptase antes de ayudarla a ponerse en pie. Como bien le había dicho, era muy buen bailarín. Se movía con una elegancia innata, casi divina.

Cuanto más bailaban, más se moría por saborearlo. Con el cuerpo en llamas, lo abrazó con fuerza, dispuesta a desnudarlo.

—¡Artemisa! —El grito de Apolo la sobresaltó.

Aquerón vio cómo se abrían de par en par las puertas del templo de Artemisa y, acto seguido, se dio un costalazo contra el suelo de su propio dormitorio. El golpe contra la piedra le hizo daño en la espalda y lo dejó sin aliento.

—Podrías haberme dejado de pie o en la cama —masculló.

De repente, se produjo un brillante destello justo antes de que la cítara le cayera con fuerza en el estómago. Dolorido, soltó una maldición. Había sido todo un detalle, pero, joder, cualquiera diría que era una diosa famosa por su puntería…

Apenas si se había puesto en pie cuando su propia puerta se abrió de golpe para dejar entrar a Ryssa.

—¿Dónde has estado? —le preguntó su hermana con una voz que rara vez utilizaba con él. Era una mezcla de furia y preocupación.

Dejó la cítara en la cama antes de responder:

—No sé a qué te refieres.

—Te he estado buscando. Llevas horas ausente.

Era extraño, pero el tiempo en el Olimpo pasaba a diferente velocidad que en la tierra. En ese caso, tenía la sensación de que había pasado muy poco rato con Artemisa.

—No he estado en ningún sitio interesante.

Su hermana lo miró con los ojos entrecerrados al tiempo que se acercaba. Lo miraba como si intentase resolver un misterio.

—Tienes algo distinto.

—Sigo igual que siempre.

—No, has cambiado. Ya no te encoges como solías hacer. Me miras cuando te hablo. Tienes una confianza y una serenidad de la que antes carecías. ¿Qué ha provocado el cambio?

—No sé de lo que estás hablando.

Ryssa se acercó más, pero no tardó en detenerse. Vio que le miraba el cuello fijamente y antes de que pudiera impedírselo le apartó el pelo del hombro. La escuchó jadear.

—Has estado con Artemisa.

El pánico lo consumió, pero consiguió disimular maldiciendo para sus adentros.

—No he estado con nadie.

—No soy tonta, Aquerón. Conozco las marcas que dejan los dioses. —Miró la cítara—. Conozco sus regalos.

«¡Maldita sea!», exclamó para sí. Debería haber pensado en eso. Pero ya era demasiado tarde. Solo podía mentirle y rezar para que creyera sus palabras.

—No he estado con nadie.

—¿Por qué no se lo dices a padre? —Ryssa se giró para marcharse.

La cogió del brazo.

—Escúchame bien, Ryssa. No he estado con nadie. ¡Con nadie! No sé de lo que estás hablando. Si me quieres un poco, te olvidarás de lo que ha

pasado y fingirás que no has visto nada… Por favor.

Ryssa le acarició la mejilla con ternura.

—Te quiero, hermanito. Nunca te traicionaría. Si no quieres que se lo cuente a padre, no lo haré.

Giró la cara para que su mano acabara en los labios y le dio un beso en señal de gratitud.

—Bueno, ¿por qué querías verme?

—Quería ir al mercado, pero no me apetecía que me acompañara una sirvienta. Supuse que te apetecería dar un paseo.

—¿Por qué no me lo has pedido a mí?

Aquerón miró hacia la puerta y vio a Estigio en el vano, observándolos con una expresión furibunda.

Ryssa se volvió para mirarlo con el ceño fruncido.

—No pensé que quisieras acompañarme. Es muy vulgar para ti, ¿no?

Estigio torció el gesto.

—¿Prefieres la compañía de una abominación a la mía?

—Aquerón no es una abominación.

Fue imposible pasar por alto la expresión dolida de Estigio, y Aquerón se quedó de piedra porque su hermano se sintiera desplazado cuando había tantísima gente que lo quería, lo respetaba y lo admiraba.

—¿Por qué siempre lo defiendes? —le preguntó Estigio a Ryssa, con una mezcla de dolor y furia en la voz—. Cada vez que nos damos la vuelta, te escabulles para estar con él.

Ryssa no daba crédito a lo que oía.

—Es imposible que estés celoso.

—¿De ese despojo? ¡En la vida!

Pero lo estaba. Incluso Aquerón se daba cuenta.

Estigio se dio media vuelta y se fue hecho una furia. Ryssa corrió tras él y lo obligó a detenerse en mitad del pasillo. Aquerón se acercó a la puerta para observar la escena.

—Estigio… ¿qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? Resulta que mi hermana se pasea por ahí con un puto y se humilla pidiéndole consuelo, mientras que al hermano que la quiere ni siquiera le dedica una mirada.

—Nunca has querido estar conmigo. Siempre me has menospreciado y has ridiculizado cualquier cosa que hacía, como ahora.

Estigio meneó la cabeza.

—No te acuerdas de nada, ¿verdad?

—Acordarme… ¿de qué?

—Cada vez que Aquerón y yo nos peleábamos, tú corrías hacia él y lo abrazabas mientras que a mí me dabas la espalda. Cada vez que quería estar contigo, me rechazabas. Aquerón es lo único que te importa.

Ryssa meneó la cabeza con la misma incredulidad que sentía Aquerón.

—Es imposible que estés celoso de él.

—¡No te atrevas a reírte de mí! —Estigio entrecerró los ojos con expresión furiosa—. Soy el príncipe heredero. Puedo ordenar tu muerte por muy hermana mía que seas.

Aquerón vio las lágrimas en los ojos de Ryssa y la furia lo consumió. Se alejó de la puerta para defenderla.

—No te atrevas a hablarle en ese tono.

Estigio le dio un revés tan fuerte que le rompió el labio y la nariz.

—No vuelvas a hablarme, puto asqueroso. Solo los dioses saben las humillaciones que me has causado. Cada vez que entro en algún sitio, todos me miran de reojo y se ponen a cuchichear y a burlarse de mi «gemelo» y de su incomparable talento. Por tu culpa no conocí a mi madre. Apenas si conozco a mi hermana. Te odio con tanta fuerza que no puedes ni imaginarte lo mucho que me gustaría matarte. Ojalá los dioses me concedan ese deseo.

—¡Estigio! —gritó Ryssa—. ¿¡Cómo te atreves a decir algo así!?

Estigio la miró con el gesto torcido.

—¿¡Y tú cómo te atreves a reprenderme!? Sois iguales. Los dos os prostituís. No me llegáis ni a la suela de los zapatos. —Y se marchó.

A Aquerón se le rompió el corazón al ver las lágrimas que resbalaban por las mejillas de su hermana. La abrazó.

—No eres una puta, Ryssa.

—¿Ah, no? ¿Y qué diferencia hay entre tú y yo?

—Tú te acuestas con alguien que te quiere y te reconoce. La diferencia es enorme, te lo digo yo.

Su hermana era un alma noble, una aristócrata. Era una dama. Estigio era un cerdo. Y si había algún despojo en la familia, era él: Aquerón.

23 de junio, 9528 a. C..

—Feliz cumpleaños, Aquerón.

La voz de su hermana hizo que Aquerón se diera la vuelta en la cama. Estaba dolorido y un poco desorientado después de haber pasado la noche en el Olimpo. Se había quedado dormido en la cama de Artemisa, pero en algún momento la diosa debió de mandarlo de vuelta a su dormitorio.

—Buenos días, hermana.

Ryssa parecía más contenta de lo normal ese día. Llevaba el pelo recogido en multitud de trencitas sujetas en la coronilla por las peinetas de plata que le había regalado pocos días antes, cuando fueron juntos al mercado. El azul claro de su túnica resaltaba el color de sus ojos mientras se acariciaba el vientre. Comenzaba a notársele el embarazo.

—Levántate y vístete. Le he ordenado a la cocinera que nos prepare un desayuno especial para celebrar tu cumpleaños. Están sirviendo la comida ahora mismo.

Miró por encima del hombro de su hermana, pero no vio nada.

—¿Dónde?

—Abajo.

—No se me permite comer en el comedor —le recordó, meneando la cabeza—. Lo sabes muy bien.

Ryssa restó importancia a sus objeciones con un gesto de la mano.

—Padre se acostó anoche tarde, igual que Estigio. Todavía falta mucho para que se despierten. Quiero regalarte un poco de normalidad, hermanito. Te lo mereces. Así que vístete rápido y ven conmigo.

No quería hacerlo. Nunca había puesto un pie en las estancias de la planta baja donde su familia le había dejado claro que no era bien recibido. Sin embargo, Ryssa se había tomado muchas molestias para contentarlo. Lo menos que podía hacer era complacerla.

Salió de la cama, se vistió deprisa y la alcanzó en el pasillo. Ella lo cogió del brazo y sonrió.

—Es la primera vez que vamos a celebrar juntos el aniversario de tu nacimiento. Ya tienes veinte años. Uno más y alcanzarás la mayoría de edad.

Como si eso pudiera cambiar algo en su vida…

—¿Están preparando un banquete para Estigio?

Ryssa apartó la mirada con evidente preocupación.

—Sí. Esta noche. Como todos los años.

—En ese caso, me aseguraré de quedarme en mi dormitorio.

La pena que asomó a los ojos de Ryssa era la misma que él sentía en su interior. Sin embargo, ambos sabían que su presencia en la celebración de Estigio sería tan bien recibida como una plaga de sapos. Ryssa lo llevó en silencio hasta el comedor, donde había dispuesto todo un festín.

Nada habría podido conmoverlo más.

—Gracias.

La siguió mientras ella le iba explicando qué era cada plato.

Cuando alargó el brazo para coger una pieza de fruta, Ryssa se lo impidió con una carcajada.

—Eso no se come. Es para decorar. —Le dio unos golpecitos a la fruta con un dedo—. ¿Ves? Es escayola.

Y se echaron a reír por su ignorancia.

—¡Vaya, vaya! Para un padre es una alegría escuchar que sus hijos ríen juntos.

Aquerón se quedó de piedra al escuchar a su padre entrar en el comedor. Un terror gélido se apoderó de él.

Ryssa disimuló el pánico con una sonrisa deslumbrante.

—Buenos días, padre. Me habían dicho que hoy pensabas levantarte tarde.

—Todavía quedan muchas cosas que hacer para la fiesta de Estigio. —Le dio una afectuosa palmada en el hombro a Aquerón antes de darle un beso en la mejilla.

Mientras disfrutaba y maldecía el gesto, él cerró los ojos y contuvo el aliento. Sus ojos lo delatarían. Siempre lo delataban.

—Me sorprende verte, bribón. Me han dicho que anoche te llevaste a tres mujeres a la cama. Espero que te complacieran como es debido.

Ryssa carraspeó.

—Padre, ¿podría hablar contigo fuera?

—Por supuesto.

Aquerón soltó el aire despacio, aliviado al ver que su padre se alejaba de él. Acababa de dejar el plato en la mesa para salir discretamente cuando sucedió algo inimaginable.

Estigio entró en el comedor acompañado por uno de sus amigos.

—¿Qué es esto? ¿Qué estás haciendo aquí?

Jerjes se volvió y soltó una maldición antes de lanzarle a Ryssa una mirada furiosa.

—¿¡Me has engañado!?

—No exactamente.

Con el rostro demudado por la ira, el rey atravesó el comedor y le cruzó la cara a Aquerón con tanta fuerza que este perdió el equilibrio. Cayó al suelo, desorientado por el golpe, que le había aflojado un diente y roto la nariz.

—¿¡Cómo te atreves a mancillar mi mesa!?

Ryssa se adelantó.

—¡Padre, por favor! Yo lo he traído al comedor. Fue idea mía.

Jerjes se volvió hacia ella y le dijo con voz malévola:

—No te atrevas a defenderlo. Él sabe muy bien lo que debe hacer y lo que no. —Levantó a Aquerón por el pelo y lo lanzó contra la pared—. Quiero que quemen todo lo que haya tocado. ¡Ahora mismo! —rugió, dirigiéndose a la servidumbre—. Y tirad toda la comida.

Aquerón se echó a reír.

—Os debe repatear el hígado el hecho de no poder deshaceros de mí tan fácilmente.

Su padre le asestó un puñetazo en el estómago.

—Padre, por favor —intervino Estigio—, tu corazón.

Jerjes arrojó a Aquerón al suelo, arrancándole un mechón de pelo en el proceso.

—¡Sacad a esta inmundicia de mi vista!

—¡Guardias! —bramó Estigio—. ¡Llevaos a este bastardo para azotarlo!

Aquerón se enderezó y se acercó a su hermano gemelo.

—Dime una cosa, hermano. ¿Qué es lo que más detestas de mí? ¿El hecho de que compartamos la misma cara o el de que sepa perfectamente qué es lo que quiere hacerte… tu mejor amigo… varias veces? —Desvió la mirada de forma elocuente hacia el hombre que aguardaba detrás de Estigio y que en ese momento estaba muy colorado—. Me alegro de volver a veros, lord Doros, sobre todo vestido —lo saludó con una sonrisa.

Estigio soltó un alarido justo antes de abalanzarse sobre él. Aunque intentó defenderse, fue en vano. Su hermano pasaba horas entrenando para ser un buen guerrero. Solo acertó a cubrirse la cabeza en un intento por protegerse la cara. Estigio le asestó un sinfín de puñetazos en las costillas, antes de que los guardias se lo llevaran.

—¡Quiero que sienta hasta el último latigazo!

—Feliz cumpleaños a ti también —le dijo Aquerón después de escupir la sangre a sus pies.

Cuando por fin se calmó el rugido de la sangre en sus oídos y los improperios de Estigio cesaron, escuchó los sollozos de Ryssa suplicándole a su padre una clemencia que el rey no estaba dispuesto a conceder.

Uno de los guardias lo agarró brutalmente por el pelo y lo sacó a rastras del comedor en dirección al patio que había llegado a conocer tan bien. Deberían trasladar su cama a ese lugar, así se ahorrarían mucho tiempo.

Apretó los dientes mientras le ataban las manos y le arrancaban la ropa. Maldijo a los dioses al sentir el primer latigazo en la espalda. ¡Malditos fueran por eso! Por si no hubieran tenido bastante despreciándolo, para colmo le habían concedido el don de curarse rápido, lo que empeoraba los castigos. En lugar del tejido cicatrizado que habría disminuido la

sensibilidad de la piel, sus heridas se curaban perfectamente, de forma que cada castigo encontraba una piel inmaculada.

Y dolía horrores.

Perdió la cuenta de los latigazos mientras intentaba concentrarse en cualquier otra cosa. El sudor que le caía por la cara se mezclaba con la sangre y hacía que las heridas le escocieran todavía más. Los guardias no parecían dispuestos a detenerse.

—Ya basta.

Frunció el ceño a pesar del dolor al escuchar la voz de Estigio. No comprendía por qué detenía el castigo que él mismo había ordenado.

Con la respiración entrecortada, vio que su hermano se plantaba frente a él y lo miraba a los ojos con tal odio que lo atravesó.

—Dejadnos a solas —les ordenó a los guardias.

Escuchó cómo los soldados cerraban la puerta. Acababa de abrir la boca para burlarse de su hermano, pero antes de que pudiera hacerlo Estigio le asestó un golpe en las costillas con una barra de hierro que lo levantó del suelo y lo dejó sin aire en los pulmones.

—Te crees muy listo, cabrón —masculló—. A ver lo listo que eres ahora.

Se apartó de su vista y volvió al cabo de un momento con un hierro al rojo vivo. El pánico se apoderó de él. Intentó liberarse de las ataduras con todas sus fuerzas, pero los latigazos lo habían debilitado y no pudo hacer nada.

Con un brillo sádico en los ojos, Estigio le plantó el hierro candente en la cara. Aunque intentó apartarse entre alaridos, le fue imposible. Olió el olor de su carne al quemarse mientras un agónico dolor lo recorría por entero.

Estigio le apartó el hierro con una sonrisa y volvió a desaparecer tras él.

Dejó de forcejear, incapaz de hacer otra cosa que no fuera llorar por el dolor que sentía en la cara. Cuando su hermano volvió, el hierro volvía a estar al rojo.

—Por favor, ten piedad —suplicó—, por favor… hermano.

—No somos hermanos, ¡bastardo! —gritó Estigio antes de acercarle el hierro candente a la entrepierna.

Aquerón soltó un alarido. Las lágrimas caían sin control por sus mejillas mientras imploraba que la muerte acabara con esa tortura.

—¿Ya no te ríes? —le preguntó Estigio mientras arrojaba el hierro al suelo—. No vuelvas a burlarte de mí en la vida, cerdo asqueroso.

En ese momento sintió un repentino dolor en el costado. Al mirar, vio que tenía incrustada la daga de su hermano en las costillas. Volvió a notar el regusto de la sangre en la boca y estuvo a punto de ahogarse por culpa de una arcada. El dolor era insoportable.

—No te preocupes —escuchó que decía Estigio mientras recuperaba la daga—. Vivirás. —Levantó el arma y le hizo un profundo corte en la mejilla que no le había marcado con el hierro. Lo liberó de las ataduras y se marchó sin mirar atrás ni una sola vez.

Él se quedó inmóvil en el suelo, presa de un dolor atroz.

—Por favor —les rogó a los dioses—, por favor, dejadme morir.

Soltó una última bocanada de aire y se dejó llevar por la oscuridad.

Artemisa intentaba ser paciente mientras contemplaba las ofrendas que los humanos colocaban en su altar. Sin embargo, ninguna le interesaba.

Llevaba dos días sin ver a Aquerón y sabía que era el aniversario de su nacimiento. Un detalle que habría ignorado si Apolo no le hubiera hablado de la fiesta planeada para esa misma noche. No sabía por qué Aquerón no lo había mencionado siquiera, pero era un poco raro en ese aspecto.

Apolo no pensaba asistir a la fiesta pero su mascota sí.

Lo que quería decir que ella podría visitar a Aquerón tranquilamente.

De momento seguía en el templo, como era su obligación. El sol se había puesto hacía ya un buen rato y a medida que el atardecer daba paso a la noche, las ganas de que las ofrendas llegaran a su fin se incrementaban.

En ese momento vio que se adelantaba un anciano con una cabra.

¡Uf, menuda tontería! ¿Para qué quería ella una cabra? Chasqueó los dedos y le concedió el deseo sin saber siquiera qué iba a pedirle.

Cogió el anillo que había mandado hacer para Aquerón y dejó que los humanos siguieran haciéndole ofrendas que ni siquiera le interesaban. A

diferencia de los demás mortales, todos patéticos y llorones, Aquerón la complacería.

La complacía aun cuando no estaban en la cama.

Sonrió mientras se materializaba en su terraza, ya que esperaba encontrarlo sentado en la balaustrada, como era su costumbre.

Pero no lo vio allí. Frunció el ceño y miró hacia abajo. Los nobles y los dignatarios de la Corte estaban de celebración. Aquerón no podía estar allí abajo. Ese tipo de reuniones no le gustaban.

Atravesó la puerta del dormitorio sin abrirla siquiera. Su ceño fruncido desapareció en cuanto vio a Aquerón en la cama. El sitio perfecto para acompañarlo.

Sin embargo, al acercarse notó algo raro y aminoró el paso. Aquerón respiraba de forma superficial, como si le costara trabajo hacerlo. Estaba tumbado de costado, dándole la espalda, y al acercarse más vio las manchas rojizas en las sábanas.

Sangre. La sangre de Aquerón.

En gran cantidad.

Aterrada, rodeó la cama y lo descubrió llorando en silencio. Sin embargo, su llanto no fue lo que la dejó sin habla. Fue el estado de su precioso rostro. Lo que le habían hecho.

En un lado tenía un profundo corte que dejaba el hueso a la vista y en el otro, una quemadura que le había cerrado el párpado, achicharrado la piel y torcido la boca.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó, consumida por la ira.

En vez de contestar, Aquerón la miró con expresión avergonzada. El dolor que se reflejaba en sus ojos le desgarró el corazón. Se arrodilló en el suelo y le colocó una mano en la mejilla quemada.

—Mátame —lo escuchó susurrar—. Por favor.

La sentida súplica hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. Dispuesta a averiguar lo que había pasado, utilizó sus poderes para ver qué le habían hecho. A medida que las escenas se sucedían en su mente, su cólera fue en aumento.

¿¡Cómo se atrevían a hacerle eso!?

Sus colmillos se alargaron al instante, presa de la sed de venganza.

Aquerón gritó cuando Artemisa comenzó a curarle las heridas. Si eran graves, el proceso de sanación resultaba tremendamente doloroso.

Una vez que volvió a ser el de siempre, la diosa lo abrazó y lo estrechó contra su cuerpo como nunca nadie lo había hecho. Como si le importara.

—Lo siento mucho, Aquerón. ¿Por qué no me llamaste?

—Porque no habrías venido.

—Sí lo habría hecho.

Él estaba convencido de lo contrario. Artemisa jamás se arriesgaría a que la vieran.

—Ahora estás aquí. Con eso me basta.

La notó asentir con la cabeza mientras le apartaba el pelo de la cara.

—Esos malnacidos van a arrepentirse de esto. No voy a permitir que te traten de esta forma sin que reciban castigo alguno. —Lo cogió de la mano y lo obligó a levantarse.

Sin embargo, en cuanto echó a andar hacia la puerta, Aquerón se detuvo en seco.

—¿Qué haces? —lo escuchó preguntar.

—Voy a darles el castigo que se merecen.

—¿Cómo?

Artemisa soltó una carcajada malévola.

—Confía en mí, amor mío. Te va a encantar.

En un abrir y cerrar de ojos estaban en el salón de baile, invisibles a los ojos de los invitados. Artemisa se acercó a Estigio, que estaba con su prometida, burlándose junto a un grupo de amigos de una mujer poco agraciada que permanecía apartada del resto en un rincón. La pobre tenía los ojos llenos de lágrimas mientras intentaba hacer caso omiso de sus carcajadas y de sus crueles comentarios.

Artemisa se inclinó y le susurró a Estigio al oído:

—¿Te gusta humillar a los demás, imbécil? Yo te enseñaré la mejor forma de hacerlo para que aprendas la lección.

Estigio estaba sonriendo de oreja a oreja cuando, de repente, se dobló por la cintura y comenzó a vomitar sobre Nefertari y sus amigos. Las arcadas eran tan fuertes que perdió el control de la vejiga y se meó encima.

Intentó alejarse a la carrera, pero solo consiguió resbalarse y caer sobre su propio vómito.

Aquerón desvió la mirada, tan asqueado como el resto de los presentes.

Sin embargo, Artemisa no había acabado aún. Levantó una mano y la puerta de doble hoja a través de la cual se accedía al jardín se abrió de par en par. Unos cuantos perros furiosos entraron en tromba a por Estigio.

Jerjes corrió para ayudar a su heredero, que seguía en el suelo pidiendo ayuda a gritos.

Artemisa miró a Aquerón con una sonrisa torcida antes de que el resto de los presentes, salvo Ryssa y la pobre mujer que había sido objeto de las burlas, fueran víctimas de una repentina indisposición. Los guardias intentaron proteger a Estigio de los perros, pero acabaron vomitando encima del príncipe.

Aquerón observaba a Artemisa, que cruzó la distancia que los separaba mientras aplaudía, satisfecha con su venganza.

—No sé tú —le dijo con un brillo malévolo en sus ojos verdes—, pero yo me siento mucho mejor. —Echó un vistazo a su alrededor con evidente orgullo—. Por la mañana estarán todos bien, pero no podrán salir de la cama. En cuanto a Estigio, seguirá padeciendo las consecuencias de su crueldad durante unos cuantos días más.

Deseó poder alegrarse del sufrimiento que veía a su alrededor, pero no era así. Nadie merecía lo que Artemisa había hecho, de la misma forma que él no había merecido el castigo impuesto por Estigio.

La vio ladear la cabeza.

—¿No estás contento?

—Gracias por vengarme —dijo mientras observaba a los pobres desgraciados congregados en el salón de baile—. Significa mucho para mí, Artie. De verdad. Pero después de haber sufrido en mis propias carnes la crueldad de los demás durante toda mi vida, no me satisface torturar a otros. Así que no, no me alegra verlos así. Sobre todo a los que no me han hecho nada.

—Pues eres tonto. Te lo digo en serio. Ellos no se compadecerían de ti.

Sabía por experiencia que la diosa tenía razón. De todas formas, no era capaz de reírse de la humillación ni del sufrimiento ajenos.

Artemisa soltó un suspiro asqueado.

—Eres un humano muy raro. —Le acarició una mejilla—. Pero te lo advierto, como vuelva a hacerte alguna herida en la cara, lo castigaré de tal forma que jamás volverá a recuperarse.

La ira y la sinceridad que vio en esos ojos verdes lo abrasaron. Solo Ryssa se había sentido así de indignada por los castigos que le imponían. El hecho de que Artemisa se preocupara por él ayudó en gran medida a que se disipara el odio que les profesaba a los dioses.

Porque de momento estaba manteniendo su palabra y no había vuelto a hacerle daño.

«No te fíes de ella», le advirtió la voz de su conciencia.

Sin embargo, en el fondo de su corazón ansiaba creer que en cierto modo Artemisa lo amaba. Que se preocupaba por él.

La vio ponerse de puntillas para besarlo. En cuanto sus labios se rozaron, la diosa usó sus poderes para trasladarse a su templo y en ese instante sintió que algo extraño sucedía en su interior.

—¿Qué está…?

Los ojos de Artemisa relucían de una forma peculiar.

—Te he concedido el poder de luchar para que puedas defenderte. Tenías razón. No siempre puedo estar a tu lado cuando me necesitas. Pero… —le colocó un dedo en los labios— no podrás usar ese poder para luchar contra los dioses. Solo contra los humanos.

—¿Por qué iba a querer enfrentarme a un dios?

Artemisa apoyó la cabeza en su hombro y aspiró el olor masculino de su piel. Adoraba que fuese tan inocente como para no imaginarse siquiera haciéndole daño.

—Algunos hombres lo hacen.

—Los hombres hacen muchas cosas con las que no estoy de acuerdo.

—De ahí que te haya dado los poderes que necesitas. No quiero que vuelvan a hacerte tanto daño nunca más.

Aquerón intentó luchar contra el amor que amenazaba con inundarlo. Pero no pudo. No cuando Artemisa le había dado tanto. No cuando lo tocaba de esa forma y hacía que se sintiera puro y querido.

La diosa le dio un fuerte apretón antes de apartarse y ofrecerle una cajita.

—¿Qué es esto?

—Mi regalo de cumpleaños. Ábrelo.

Aturdido, la miró con la boca abierta. No tenía ni idea de lo que podía contener la cajita.

—¿Me estás dando un regalo?

—Por supuesto.

Sin embargo, las cosas nunca eran tan fáciles. Nada era tan fácil.

—¿Qué quieres a cambio?

Artemisa lo miró con el ceño fruncido.

—No quiero nada, Aquerón. Es un regalo.

—En este mundo nadie te da nada sin pretender algo a cambio —insistió él meneando la cabeza.

La diosa le colocó una mano sobre la que sujetaba la cajita y le acarició los dedos.

—Es un regalo que yo te hago, *akribos*. Y quiero ver cómo lo abres.

Seguía sin comprenderlo. ¿Por qué le daba Artemisa un regalo?

Con el corazón en la garganta, abrió la cajita y descubrió un anillo en su interior. Cuando lo cogió, vio que tenía grabado un arco doble y una flecha. Sin embargo, al moverlo, el grabado cambió y apareció la imagen de Artemisa con un ciervo.

La diosa esbozó una alegre sonrisa.

—Es mi emblema. Solo se lo concedo a mis adoradores, y con él pueden invocarme. Los demás deben encontrar un árbol adecuado para llevar a cabo el ritual y la invocación, pero tú, vida mía, podrás hacerlo en cualquier momento.

Estaba a punto de ponérselo en el dedo cuando ella lo detuvo.

—Debes llevarlo sobre el corazón.

De repente, apareció una cadena de oro de la nada, y cuando la diosa se la colocó en torno al cuello, comprendió algo. No solo debía llevarlo sobre el corazón. De esa forma nadie podría ver el anillo.

«Al menos ella te valora lo bastante como para hacerte un regalo», se dijo.

Eso era indiscutible.

Lo besó en la mejilla y volvió a usar sus poderes para materializar una espada. Se la entregó mientras le guiñaba un ojo.

—Demuéstrame lo que sabes hacer.

—¿A qué te refieres?

La vio señalar con la cabeza en dirección a los dos guerreros incorpóreos que habían aparecido tras ella.

—Enfréntate a ellos, Aquerón. Necesites lo que necesites para vencerlos, lo encontrarás dentro de ti.

Se alejó de la diosa con escepticismo, pero en cuanto los guerreros se acercaron, descubrió que su cuerpo sabía cómo luchar de forma instintiva.

Artemisa sonrió satisfecha mientras observaba a Aquerón luchar a espada contra las Sombras. Había hecho una buena obra con su humano. Mientras lo miraba, el deseo se apoderó de ella. Aquerón se movía como el mercurio. Sus músculos se tensaban, se abultaban, se flexionaban y se marcaban a medida que lanzaba mandobles y desviaba estocadas. Observarlo le hizo la boca agua y se preguntó por qué su sangre era tan adictiva. Mucho más que la de Apolo.

¿Por qué lo deseaba tanto?

Fuera cual fuese la respuesta, no podía negar su magnetismo. En ese mismo momento estaba deseando arrojarlo a la cama y mantenerlo en ella durante el resto de la eternidad.

La sonrisa que le regaló después de vencer a sus oponentes la derritió.

—Te lo dije —comentó mientras se acercaba a él.

Aquerón sostenía la espada con una seguridad que nunca había sentido fuera de una cama. Le resultaba increíble saberse capaz de luchar con la misma pericia con la que usaba su cuerpo para satisfacer a los demás. Era una sensación embriagadora.

El poder que ostentaba…

Agradecido, arrojó la espada a un lado y estrechó a Artemisa entre sus brazos. Algo extraño sucedió en su interior. Como si acabara de liberarse una parte de sí mismo y sus cimientos se hubieran agitado.

Artemisa se estremeció al ver que los ojos de Aquerón adquirían un brillo rojizo al tiempo que sus labios se volvían negros. Fue tan rápido que

no supo si había sido producto de su imaginación.

Sin embargo, en ese momento la besó con tal ardor que el mundo comenzó a girar a su alrededor. El poder que irradiaba su cuerpo le provocó un escalofrío. Se rindió con el corazón desbocado. Aquerón la inmovilizó contra la pared que tenía a su espalda. El roce de sus labios y de su lengua era abrasador, y en ese momento supo lo mucho que se había contenido con ella desde que se conocieron.

Porque estaba viendo otra faceta de su mascota. Cuando la penetró, estuvo a punto de desmayarse por la intensidad del placer.

Aquerón se mostraba tan salvaje y fiero como un animal en la naturaleza. Sus jadeos y gruñidos de placer prendieron fuego a su alma. Sintió que la risa afloraba desde su garganta. De haber sabido que sería así, le habría dado su regalo mucho antes.

Soltó un grito al llegar al orgasmo y le clavó las uñas en la piel. Sin embargo, él no se detuvo, siguió penetrándola cada vez más hondo y con más fuerza. No lo habría creído posible, pero el placer aumentó y experimentó otro orgasmo.

Cuando Aquerón se corrió, ella estaba agotada y saciada. Tan exhausta que se dio cuenta de que ni siquiera se había alimentado.

¿¡Cómo era posible!?

Aquerón la cogió en brazos como si no pesara nada y la llevó al interior del templo, a su dormitorio.

—¿Cómo es posible que puedas moverte después de lo que acabas de hacer?

—Divina Artemisa, ahora mismo sería capaz de volar si me lo pidieras.

Se dejó tumbar en la cama entre carcajadas y notó que su cuerpo todavía se estremecía de placer con el simple recuerdo de lo que acababa de pasar.

Aquerón se acostó a su lado y dejó una lluvia de besos en sus labios y en sus pechos.

—Hoy estás pletórico de energía.

Sus palabras hicieron que se detuviera para no delatarse. No estaba pletórico de energía exactamente. La verdad era que sus actos habían hecho que volviera a enamorarse de ella. Le habían hecho recordar por qué le

abrió su corazón en un primer momento. Porque Artemisa era generosa cuando quería.

Si no sintiera nada por él, le habría dado igual verlo tan malherido. Ni siquiera Estes había mostrado tanta preocupación cuando le hacían daño. Las heridas solo significaban una pérdida de ingresos para él. En el caso de Artemisa, verlo así había despertado su cólera.

Le cogió una mano y se la llevó a los labios para besarle la palma.

—Siempre seré tu sirviente, oh, diosa. Estaré eternamente a tu disposición.

La diosa se echó a reír entre dientes.

—Vida mía, ¿qué sabrás tú de lo que es la eternidad?

—Entonces me pongo a tu disposición hasta el día que muera.

Artemisa le apartó el pelo de la cara.

—Acepto tu servicio. Es la mejor ofrenda que he recibido hoy. Y ahora dame tu sangre. Me has provocado un hambre atroz.

Aquerón ascendió por su cuerpo para ofrecerle el cuello. En cuanto notó el dolor provocado por sus colmillos, se encogió porque le recordó el momento en el que Estigio le colocó el hierro al rojo vivo en la cara.

Siseó y se apartó sin pensar. El brusco movimiento le provocó un desgarrón y su sangre comenzó a brotar a borbotones por la herida. Intentó tapársela, pero la sangre siguió manando entre sus dedos, cubriéndolos y manchando las sábanas blancas.

Artemisa contuvo el aliento al ver lo que acababa de hacer su humano. Ambos estaban cubiertos por su sangre. Le agarró el cuello y lo inmovilizó mientras le sanaba la herida. Lo notó temblar bajo su mano.

—No hagas eso nunca más, Aquerón.

Después de lo ocurrido, estaría demasiado débil como para alimentarse de él. Se obligó a aplacar la furia. En otro momento lo habría castigado, pero ese día ya había sufrido bastante. Lo limpió y lo dejó en la cama para que descansara.

Observó sus esfuerzos por mantenerse despierto, pero al final el sueño lo venció. De modo que ella aprovechó la tesitura para comérselo con los ojos. Sus extremidades eran largas y elegantes, muy bien formadas. Sus

abdominales estaban tan marcados que parecían esculpidos por un cincel. Al recordar cómo le había hecho el amor, creyó arder.

—Deberías tocarme siempre así.

Ojalá pudiera escucharla.

Alargó un brazo para acariciarle el pelo y en cuanto su mano lo rozó, su melena se volvió negra como el azabache. Se alejó con un respingo y vio cómo su piel adquiría unas vetas azules como las del mármol.

Aterrada, bajó de la cama y se alejó de él. El número veintiuno apareció brevemente en su espalda y cuando desapareció, su piel recuperó el color normal.

Frunció el ceño sin comprender lo que estaba pasando. ¿Sería una reacción al regalo que le había concedido o más bien a la extenuación provocada por la pérdida de sangre? Aquerón era el primer humano del que se alimentaba. ¿Les pasaría a todos?

Volvió a escucharlo susurrar en atlante.

«No ha sido un cumpleaños feliz. Quiero volver a casa.»

—¿Aquerón? —Se acercó despacio a la cama y lo zarandeó para despertarlo.

Abrió los ojos y en vez de ser plateados eran tan negros que ni siquiera se distinguían las pupilas de los iris. Acto seguido cerró los ojos y volvió a dormirse.

Eso no era normal.

—¿Qué eres, Aquerón?

Sus poderes divinos le decían que era humano. Pero lo que acababa de ver no era normal en esa especie.

—¡Artemisa!

Se apartó de la cama de un brinco al escuchar el grito de su hermano. Dejó a Aquerón dormido en su cama y se materializó en el centro de su salón de recepciones, donde Apolo la aguardaba con gesto furioso.

—¿Pasa algo?

—Necesito comida.

—¿Y por qué estás tan enfadado? —le preguntó ella mientras cruzaba los brazos por delante del pecho.

—Porque quería alimentarme de mi humana, pero con el embarazo es imposible.

—No es la única que tienes, ¿no?

—No quiero a nadie más. —La agarró de malos modos y en cuanto la tocó, se acercó para olerle el pelo—. ¿Has estado con un hombre?

El corazón le dio un vuelco. Renuente a traicionar la presencia de Aquerón, se zafó de la mano de su hermano dándole un guantazo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque hueles raro. Y es un olor masculino.

Puso los ojos en blanco para disimular el pánico.

—Me he pasado todo el día entre humanos, recibiendo sus ofrendas. Seguro que apesto a ellos.

Apolo le cogió un mechón de pelo y el gesto hizo que se encogiera. Por fin comprendía por qué le resultaba tan ofensivo a Aquerón. Su hermano le pasó un dedo por detrás del lóbulo de la oreja y se miró la yema.

—¿Sangre? ¿Te has alimentado de otro?

Artemisa se armó de valor para mirarlo a los ojos sin acobardarse.

—No sabía cuándo ibas a volver y tenía hambre.

—¿Te has buscado una mascota masculina? —le preguntó Apolo, que entrecerró los ojos.

—Eres mi hermano, no mi amante —le recordó ella al tiempo que le clavaba las uñas en la mano que le tiraba del pelo—. Suéltame ahora mismo o la fuerza de mi ira recaerá sobre ti.

Apolo la apartó con un empujón.

—Hermanita, será mejor que recuerdes quién soy yo y quién eres tú. —Puso cara de asco, como si el simple hecho de verla lo repugnara—. Prefiero alimentarme de cualquier otra.

Artemisa no volvió a respirar hasta que su hermano hubo desaparecido. Temblaba de pies a cabeza, aterrada porque conocía sus estallidos de cólera.

La puerta de su dormitorio se abrió. Al volverse, descubrió que Aquerón la miraba en silencio. Tenía un brazo extendido para apoyarse en la jamba. La mezcla de poder y debilidad que irradiaba resultaba muy atractiva.

—De no ser por la deshonra que te acarrearía, me enfrentaría a él.

Sus palabras le llegaron al corazón.

—Aquerón, nunca podrás enfrentarte a él. No tienes poder suficiente para enfrentarte a un dios. Te mataría sin despeinarse siquiera. —Acortó la distancia que los separaba y le pasó un brazo por su estilizada cintura—. Ven, tesoro. Necesitas descansar.

Sin embargo, mientras lo llevaba de vuelta a la cama, el miedo se apoderó otra vez de ella. Si Apolo llegara alguna vez a enterarse de lo suyo con Aquerón, no habría poder en el Olimpo que pudiera salvar la vida de su humano.

25 de agosto, 9528 a. C..

Aquerón estaba tumbado en la cama, y añoraba a Artemisa. Tenía su anillo junto al corazón y sonreía mientras recordaba la noche anterior. Durante esas últimas semanas había sido muy amable y generosa con él. Nadie, ni siquiera su hermana, le había demostrado nunca tanta consideración.

Cerró los ojos y la volvió a ver riendo mientras corría hacia él en el jardín. Pasaban horas cazando, practicando el tiro con arco y tumbados en la hierba mientras él tocaba la cítara y ella le leía.

Ojalá pudieran estar así para siempre.

Por desgracia, la reputación de Artemisa no podía sufrir ningún daño, cosa que comprendía aunque detestara la situación.

Alguien llamó a su puerta.

Se volvió y vio que era Ryssa quien entraba en el dormitorio. Después de cerrar la puerta, corrió hacia él. A pesar de su abultado vientre, se movía con agilidad.

—¿Vas a venir?

Esa era una pregunta que su hermana no solía hacerle.

—¿Adónde?

—Al templo de Artemisa.

La respuesta lo tomó por sorpresa.

—¿De qué estás hablando?

—Es su celebración anual. Habrá juegos y ofrendas en su templo durante todo el día. Padre ya ha enviado sus ofrendas y está supervisando las que han hecho llegar los demás, pero supuse que te gustaría ir.

No con su padre. ¿Estaba loca? Se había esforzado mucho por evitar cualquier contacto con el rey o con Estigio.

Negó con la cabeza.

—Creo que no debería.

Ryssa lo miró boquiabierta.

—¿Te has vuelto loco? ¿No crees que Artemisa se ofendería si alguien tan cercano a ella no le presentara sus respetos?

Frunció el ceño al escuchar el comentario. ¿Se ofendería? Artemisa podía tomárselo de esa manera.

Le había dicho que estaría en su templo todo el día pero que lo vería después, y también que deseaba no tener que esperar tanto para verlo.

¿Habría sido una invitación velada?

No, Artie era incapaz de ser sutil.

—No tengo nada para ofrecerle.

Ryssa le dio un empujoncito.

—Pues hazle una ofrenda de corazón. No le importará lo que le lleves. Pero tienes que mostrar tu aprecio por los dioses, Aquerón. Es una insensatez no honrarlos, sobre todo a una diosa que te ha demostrado cierto favoritismo. —Le sonrió—. Ahora, vístete. Tengo que irme y no puedo esperarte. Pero te veré en el templo… No tardes.

No se movió de la cama hasta que su hermana se fue. Aún no tenía muy claro que fuera una buena idea. Sin embargo y mientras mantuviera su presencia en secreto, no pasaría nada malo. Podría ir, hacer su ofrenda y marcharse.

Nadie, salvo Artemisa, sabría que había estado allí. Y si eso la complacía…

¿Cómo no honrarla en el día dedicado a ella después de todo lo que le había dado? Quería que supiera lo mucho que la quería. Quería que se diera cuenta de que estaba dispuesto a arriesgar su vida por ella.

La mera idea de hacerla feliz le arrancó una sonrisa. Saltó de la cama mientras pensaba qué la complacería más. Le gustaba escucharlo tocar y también le encantaba su cuerpo y su sangre. Sin embargo, si le ofreciera algo de eso en público, la enfurecería…

Pétalos de rosas blancas… por su pureza y su elegancia. Y perlas. A la diosa le encantaban. En un par de ocasiones lo había llevado a la costa y se habían sumergido en busca de perlas.

Eso era, sería el regalo perfecto para demostrar lo puro que era su amor y la admiración que le profesaba.

Se vistió a toda prisa antes de salir hacia el mercado para comprar lo que necesitaba.

Por la tarde se presentó en su templo, que estaba repleto de gente. Los nobles y los funcionarios entraban por otro lugar y sus ofrendas eran bendecidas por los sacerdotes. Aunque lo lógico sería pensar que él debería utilizar esa entrada, se quedó en la cola de la plebe. No quería llamar la atención sobre su persona ni arriesgarse a despertar la ira de su padre, que estaba sentado en un trono a la derecha de la estatua de Artemisa, contemplándolo todo. Apolo, Estigio y Ryssa estaban con él.

Observó al rey con recelo mientras les rogaba a los dioses que no reparara en su presencia. Haría su ofrenda y se marcharía enseguida.

Nadie se enteraría.

Con el rostro cubierto en todo momento, le entregó sus ofrendas al sacerdote para que este las colocara en el altar.

—¿Qué le pides a la diosa, *paidi*?

Meneó la cabeza.

—Nada, *papas*. Solo le ofrezco a la diosa mi respeto y mi amor.

El sacerdote aprobó sus palabras con un asentimiento de cabeza antes de aceptar el cuenco con pétalos de rosa y perlas. Cuando se alejó del altar, alguien entre la multitud lo empujó, haciendo que perdiera el equilibrio y chocara contra una mujer que llevaba un bebé en brazos. La mujer gritó al trastabillar.

Aquerón se quedó helado al darse cuenta de que el niño caería al suelo si no soltaba su manto para cogerlo. Pero si lo hacía, quedaría expuesto, y tan cerca como estaba de su padre, sería imposible que no lo viera.

Sin embargo, no le quedaba otra alternativa.

Cogió al niño y se lo llevó al pecho mientras la madre caía al suelo. En su caída, la mujer se agarró a su manto y se lo arrancó.

Aquerón dio un respingo cuando todas las miradas se clavaron en él. Siempre había detestado ser el centro de atención y siempre intentaba pasar desapercibido en la medida de lo posible. Pero era imposible hacerlo en ese momento.

Su padre se puso en pie de un salto con un rugido furioso.

Con el estómago revuelto, ayudó a la mujer a ponerse en pie antes de devolverle el bebé.

La mujer lloraba de alivio.

—Gracias por tu ayuda. Bendito seas por haber salvado a mi hijo.

—¡Apresadlo! —les ordenó su padre a los guardias.

Miró a su hermana y vio el horror que él estaba sintiendo reflejado en su rostro cuando los guardias lo cogieron de los brazos y lo arrastraron hacia el rey. Pensó en luchar, pero ¿para qué? Los soldados solo cumplían órdenes. Además, la muchedumbre que los rodeaba estaba compuesta por inocentes que podrían resultar heridos en una refriega.

Se enfrentó a la furia de su padre sin acobardarse.

—¿¡Cómo te atreves a deshonrar este templo!? —Jerjes se giró hacia los guardias—. Encerradlo en su dormitorio hasta que yo termine con mis asuntos.

Aquerón sonrió con desdén. Qué dulce promesa de labios de su padre. Se moría de ganas de que llegara la noche.

Por primera vez miró a Apolo, cuyo desprecio por su persona era evidente. Si el dios supiera la verdad…

Tomó una entrecortada bocanada de aire y vio que los sacerdotes apartaban su ofrenda del altar mientras lo sacaban del templo.

Artemisa levantó la vista de la cítara cuando Apolo se presentó en su salón de recepciones. Estaba intentando tocar con la misma maestría que Aquerón, pero carecía de su talento. Frustrada como estaba, la presencia de su hermano solo empeoró su malhumor.

—¿Qué haces aquí?

Apolo sonrió con sorna.

—¿Por qué no has ido a Dídimos?

—Dijiste que irías en mi lugar. No tenía sentido que estuviéramos los dos presentes. —Aunque la verdad era que no quería relacionarse con la familia de Aquerón. Le daban asco. Si hubiera asistido, Estigio habría padecido muchísimo más que un problemilla estomacal. Claro que eso habría alertado a Apolo sobre los sentimientos que albergaba hacia Aquerón, de modo que decidió mantenerse alejada de todos ellos—. ¿Por qué? ¿Me he perdido algo?

Apolo le lanzó una sarta de perlas perfectas. Estaban cubiertas de pétalos de rosas blancas. Frunció el ceño al cogerlas.

—¿Qué es esto?

—El príncipe puto te las ha ofrecido.

Se le paró el corazón.

—¿Qué has dicho?

—Ha sido graciosísimo. Entró en el templo con el resto del populacho y le dio eso al sacerdote diciendo que no te pedía nada a cambio de su ofrenda, pero descubrieron su presencia. Según tengo entendido la afrenta va a costarle muy cara.

Le costó la misma vida no delatarse. Tenía un ardiente nudo en la garganta por culpa de las lágrimas y hervía de furia al pensar que iban a hacerle daño de nuevo. Quería besar las perlas que le había regalado porque sabía que, a diferencia de otras ofrendas, eran un regalo hecho de corazón. Pero, por encima de todo, quería acudir al lado de Aquerón y ayudarlo.

Ojalá pudiera.

Se tranquilizó y tiró las perlas al suelo.

—¿Por qué me las has traído?

—Supuse que te gustaría saber que un puto ha mancillado tu templo. Bien sabe Zeus que yo jamás toleraría a semejante criatura en el mío. ¿Quieres que vayamos a vengarnos de ese puto?

Cogió de nuevo la cítara y empezó a tocar.

—No pienso perder el tiempo por alguien que no lo merece.

—¿Desde cuándo no tienes tiempo para la venganza?

—Desde que prefiero quedarme aquí a tocar la cítara. Vete en busca de una de tus mascotas. No quiero que me molestes.

—Lo que tú digas.

No se movió hasta que su hermano desapareció. En cuanto lo hizo, extendió la mano y las perlas volaron por el aire hasta llegar a sus dedos. Se las llevó al pecho y las sostuvo sobre el corazón mientras iba a ver si podía hacer algo por Aquerón.

Aquerón estaba en el patio con las manos atadas por encima de la cabeza. Ya le sangraba el labio y la nariz debido a los golpes que Estigio le había propinado con saña. Escupió sangre antes de fulminar a su hermano con los ojos entrecerrados.

—¿No deberías seguir en el templo?

Estigio le cruzó la cara y comenzaron a pitarle los oídos.

Soltó una carcajada ante el patético bofetón.

—Tienes la misma fuerza que una vieja.

Estigio hizo ademán de golpearlo de nuevo, pero la repentina aparición de su padre en la puerta lo detuvo. La expresión de su rostro era de desprecio absoluto.

—Sé que no debería haber ido —reconoció él con un suspiro—. ¿No podemos empezar ya con la paliza para que vuelva a mi dormitorio?

Su padre lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿A qué se debe ese afán por recibir el castigo?

—Es la única atención que me prestáis, padre. Al igual que sucedía con Estes. Así que, que comiencen los golpes.

Su padre le aferró la cara, clavándole los dedos con fuerza, mientras el odio relampagueaba en sus ojos azules.

—Te tengo dicho que no quiero escuchar el nombre de mi hermano en tu sucia boca. —Miró el colgante que llevaba al cuello.

Aquerón contuvo el aliento al darse cuenta de que se le había olvidado quitarse el regalo de Artemisa antes de ir a su templo. Se le paró el corazón y por primera vez sintió miedo, ya que su padre le soltó la cara para coger el anillo.

—¿Qué es esto?

Se obligó a conservar la calma y a responder como si nada:

—Una baratija que me he comprado.

Estigio miró por encima del hombro de su padre.

—Es el mismo anillo que los sacerdotes de Artemisa llevan para poder invocarla. —Su expresión se crispó—. ¡Lo has robado!

Su padre se lo arrancó de un tirón y la cadena se le clavó en el cuello antes de partirse.

—¿Crees que les importas a los dioses?

Por regla general, no, pero Artemisa era diferente.

Estigio cogió el anillo y un cazo de agua.

—Deberíamos darle una lección al ladrón.

Antes de que pudiera moverse, Estigio le metió el anillo en la boca y se la llenó de agua, obligándolo a tragar.

Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando el anillo le hizo daño en la garganta. Se atragantó con el anillo y con el agua, pero Estigio no lo soltó hasta que estuvo convencido de que se lo había tragado.

Tosió y escupió en un intento por recuperar el aliento.

Estigio le tiró del pelo.

—Un puto ha deshonrado a nuestra querida diosa virgen precisamente el día que la honramos. Creo que deberíamos castrarlo públicamente.

Puso los ojos como platos al escuchar la sentencia.

Su padre soltó una carcajada satisfecha antes de cortar las cuerdas.

—Creo que eso complacerá a Artemisa.

Intentó huir, pero su padre lo atrapó y lo tiró al suelo.

—Dime por qué has ido al templo —exigió saber su padre.

Cuando se incorporó, vio que Ryssa se había unido a ellos. Su padre volvió a pegarle y le dio la vuelta para poder estamparlo contra la pared, aplastándole la garganta con el antebrazo.

—Explícate, puto. ¿Qué te ha llevado al templo?

Ryssa corrió a su lado.

—Díselo. Tienes que decírselo.

Meneó la cabeza, consumido por el miedo.

—¿Qué tienes que decirnos? —preguntó el rey.

—No lo hagas, Ryssa —susurró él como pudo al tiempo que intentaba apartar el brazo de su padre—. Te lo ruego. Si me quieres aunque sea un poco, no me traiciones.

—Van a castrarte. Si se enteran de la verdad, te dejarán tranquilo.

—Me da igual.

Ryssa consiguió apartar a su padre.

—¡Basta ya, padre! Es inocente. Está con Artemisa. Díselo, Aquerón. ¡Por todos los dioses! ¡Si le dices la verdad, dejará de pegarte!

Su padre lo tiró al suelo, donde empezó a darle patadas en la espalda antes de ponerlo boca arriba para pisarle el cuello, de modo que la bilis se le subió a la garganta.

—¿Qué mentiras le has estado contando, despojo?

Intentó librarse del pie, pero su padre hizo más fuerza contra su garganta. Le resultó casi imposible hablar.

—Nada, por fa… fa… vor…

—Blasfemo. —Su padre retrocedió en ese momento y dejó que intentara recuperar el aliento, después de haber estado a punto de aplastarle la garganta—. Desnudadlo y arrastradlo hasta el templo de Artemisa. Que la diosa contemple su castigo. Y si de verdad estaba con ella, seguro que saldrá en su defensa. —Miró a Ryssa con expresión ufana.

Los guardias hicieron ademán de cumplir sus órdenes, pero Ryssa se interpuso entre ellos. La única manera que tenían de apresarlo era haciéndole daño a ella y, posiblemente, al bebé que llevaba en su seno.

—Padre, no puedes hacer eso.

—No es de tu incumbencia.

—Si le haces daño a Aquerón, la ira de Artemisa caerá sobre ti.

Su padre se echó a reír.

—¿Te has vuelto loca?

—No, Ryssa, ¡ya basta! —le rogó él—. ¡No sigas!

—Aquerón es su consorte.

Las palabras de ella lo dejaron sin aliento. Ryssa lo había traicionado. Claro que en el mundo que Ryssa habitaba los dioses protegían a sus mascotas. Lo normal para ella era creer que Artemisa lo salvaría, lo mismo que haría Apolo con ella. Lástima que Artemisa no fuera como su hermano. Cerró los ojos y deseó la muerte.

Cuando volvió a abrirlos, vio la silueta de Artemisa recortada contra las sombras. Tenía sus perlas en la mano.

La risa de su padre se mezcló con la de Estigio.

—¿Eres el consorte de Artemisa?

Fue incapaz de responder al ver la expresión horrorizada del rostro de Artemisa. Una expresión que fue reemplazada por una cólera abrasadora.

Su padre hizo una mueca burlona.

—¿De verdad quieres que me crea que una diosa iba a rebajarse a estar contigo?

No podía hablar. Ni siquiera era capaz de negarlo. Artemisa había paralizado sus cuerdas vocales.

«Cree que yo se lo he dicho…», pensó.

Meneó la cabeza para decirle que no había sido él, para que entendiera que él no se lo había dicho a nadie.

Su padre volvió a cogerlo de la garganta.

—Muy bien. Veamos lo que la diosa piensa de ti. —Se giró hacia los guardias—. Llevadlo al templo de Artemisa. —Lo miró con desdén—. Si eres tan importante para la diosa, aparecerá para salvarte. Si no, la gente verá cómo tratamos a un puto blasfemo como tú. Azotadlo sobre el altar hasta que Artemisa se presente.

—¡No! —gritó Ryssa.

Demasiado tarde. Completamente desnudo, lo sacaron del palacio y lo arrastraron por las concurridas calles.

Su cuerpo ya sangraba antes de llegar al templo. La multitud dejó paso para que los guardias lo llevaran al altar y lo ataran entre dos columnas.

—¿A qué viene esto? —preguntó el sumo sacerdote.

—Por orden del rey, el blasfemo tiene que ser castigado hasta que la diosa se sienta vengada. Debemos azotarlo en su nombre hasta que aparezca para detener el castigo.

Aquerón miró a Artemisa a los ojos y la satisfacción que vio en sus ojos verdes lo destrozó.

—*Te dije lo que pasaría si alguna vez me traicionabas* —le susurró ella en su mente.

Se atragantó con las lágrimas cuando el primer latigazo le hirió la piel de la espalda.

—No te he traicionado —le aseguró en un susurro—. Lo juro.

Artemisa se acercó a él y le golpeó la cara con las perlas que le había ofrecido.

—Golpéalo más fuerte —le dijo al hombre que blandía el látigo—. Que sienta cada uno de los latigazos.

Los azotes se hundieron aún más en su carne, arrancándole un grito.

La multitud vitoreó mientras lo castigaban. Los recuerdos que había reprimido acudieron en tropel a su mente con muchísima más fuerza que los latigazos. Volvía a estar en casa de Estes, rodeado de gente que lo empujaba, que lo tocaba, que le exigía sumisión y que lo humillaba. ¿Cuántas veces lo habían insultado? ¿Cuántas veces se habían mofado de él?

«Pídeme clemencia, puto…» Escuchó la voz de su tío como si lo tuviera al lado.

Clavó la mirada en los ojos de Artemisa. ¿Cómo podía hacerle eso? ¿Cómo?

Artemisa sintió una punzada de arrepentimiento al ver el tormento y el dolor en esos turbulentos ojos plateados. Esos ojos la acusaban, como si ella estuviera equivocada. Le había advertido lo que pasaría si llegaba a contárselo a alguien. ¿Acaso había creído que estaba bromeando?

—Te lo he dado todo —masculló, asegurándose de que solo Aquerón la escuchara—. ¡Todo!

Lo vio agachar la cabeza al tiempo que susurraba:

—Te quería.

Gritó, enfurecida por el atrevimiento de que hubiera dicho algo así después de lo que acababa de hacerle. Si alguien descubría que le había permitido tocarla, estaría arruinada. ¿Qué creía, que su estúpido amor aliviaría la humillación? ¿La perdición? ¿Eso era el amor, arrastrarla con él para que la ridiculizaran?

—¡Más fuerte! —instó al guardia—. Quiero su sangre cubriendo el suelo de mi templo. —¡Así aprendería la lección!—. No eres nada para mí, humano —se burló junto a su oído—. Nada.

Aquerón dejó que las lágrimas cayeran cuando Artemisa lo abandonó. No tenía sentido suplicarle clemencia ni perdón cuando saltaba a la vista que no le concedería ninguna de esas dos cosas. Sin embargo, lo peor de

todo fue sentir que le quitaba su habilidad para luchar. La diosa se lo había quitado todo.

Incapaz de soportar el dolor, se rindió a la inconsciencia. Aunque el respiro fue breve, ya que lo reanimaron para continuar con la paliza.

En la tercera sesión abrió los ojos y vio a su padre y a Estigio delante de él.

—¿Dónde está tu diosa, despojo?

Miró a Ryssa, que lo contemplaba con el rostro demudado y ceniciento. La culpa que la embargaba era evidente en sus ojos y en sus lágrimas.

—No tengo ninguna diosa. —No tenía a nadie, lo sabía perfectamente —. Castradme y acabad de una vez.

Sin embargo, no lo hicieron. Se limitaron a seguir azotándolo hasta que perdió la cuenta de los latigazos. Perdía el conocimiento y lo recuperaba, de modo que no supo con claridad cuándo dejaron de golpearlo. Lo único que sentía era el lacerante dolor de su espalda.

Sin embargo, no se compadecieron de él. Lo dejaron atado delante del altar a fin de que la gente pudiera golpearlo a su antojo para defender así a su amada diosa.

Durante tres días estuvo atado de esa manera, sin comida ni consuelo. Solo vio un rayito de luz cuando Meros se acercó a él.

El niño se detuvo delante de él con el ceño fruncido.

—Creía que eras un noble. Nos has mentido. —Y con expresión furiosa cogió una piedra del suelo y se la tiró, golpeándole el pecho.

Tras echar la cabeza hacia atrás, Aquerón clavó la vista en el techo dorado.

—¿¡Por qué!? —les gritó a los dioses. ¿Por qué le hacían eso? ¿Por qué era ese su destino?

Había nacido como un príncipe. Deberían honrarlo como tal, pero no era nada. Sin duda alguna, estaba maldito. No había otra explicación posible para semejante existencia. No había otra explicación posible para semejante sufrimiento. Y en ese momento odió todo lo que había sobre la faz de la tierra. Y a todos.

Con un alarido que brotó de la desesperación y el tormento, se debatió contra las cadenas. Sin embargo, a nadie le importó y no tenía forma de

liberarse. Solo consiguió reabrir las heridas de la espalda y empeorar las que tenía en las muñecas. Al final, solo consiguió hacerse más daño.

De modo que se quedó quieto hasta la tarde del tercer día. Los guardias volvieron para liberarlo, pero antes de hacerlo le raparon la cabeza y le grabaron a fuego el símbolo de Artemisa en la cabeza, el doble arco y la flecha.

La ironía de la situación le arrancó una carcajada. Ya llevaba su nombre grabado a fuego en su corazón y a partir de ese momento también llevaría en su cuerpo el símbolo de una diosa que no quería saber nada de él. Era de una crueldad insoportable.

Cuando terminaron, lo sacaron a la calle donde esperaba un caballo. Le ataron las manos por delante, de modo que el caballo lo arrastrase de vuelta al palacio. Cuando llegaron a él, no le quedaba piel sobre el cuerpo.

Apenas consciente, lo llevaron a su dormitorio y lo arrojaron al interior. Dio un paso antes de caer de rodillas. Demasiado débil como para moverse, se quedó tirado en el suelo. Al menos la piedra estaba fría contra sus heridas, aunque el frío le provocara escozor.

En esa ocasión Artemisa no lo ayudaría. No aparecería ninguna diosa para ofrecerle ayuda ni consuelo.

«No eres nada para mí, humano», recordó. Esas palabras se le habían grabado a fuego en el corazón para toda la eternidad.

Que así fuera.

Cerró los ojos, consciente de que no tenía esperanza de futuro. Ni tampoco voluntad para recuperarse de sus heridas y seguir adelante. Su hermana y su amante lo habían destrozado por última vez. Algunas traiciones no se podían olvidar por muchas disculpas que se pidieran, y por fin había alcanzado su límite.

Ya no podían hacer nada más para herirlo. Con el alma destrozada, se encerró en sí mismo y juró que jamás volvería a abrirse a otra persona.

2 de septiembre, 9528 a. C..

Artemisa estaba a solas en su diván, al borde de las lágrimas. Apolo les había contado a todos los dioses del Olimpo que Aquerón afirmaba ser su consorte.

Desde entonces no paraban de reírse de ella.

—Deberías abrirlo en canal delante del altar de tu templo —le había dicho Zeus la noche anterior cuando fue a visitarlo.

—No puede —se burló Apolo—. Su vida está ligada a la de su hermano gemelo y ambos morirían, fastidiándome a mí en el proceso. De todas formas, las mentiras que sueltan estos humanos son hilarantes.

Afrodita puso los ojos en blanco.

—No me imagino a ningún puto afirmando tener una relación precisamente con Artemisa. ¿No estará mal de la cabeza?

—Está como una cabra —respondió Apolo—, no cabe duda. Lo supe en cuanto lo vi por primera vez.

Después de esa conversación, Artemisa se negó a acercarse a los demás. Sin embargo, lo peor no fueron sus risas, sino saber que Aquerón estaba sufriendo. Esa información le provocó un nudo en el estómago.

«Se lo merece», le dijo la voz de su conciencia.

Sí, era cierto. Su traición merecía una muerte dolorosa y, sin embargo, lo único que quería hacer era abrazarlo. Añoraba la emoción que sentía a su lado. Añoraba el sabor de sus labios…

Cuando estaban juntos, no podía evitar sonreír. Había algo en él que la hacía feliz. Nada importaba salvo lo que había entre ellos.

«Te ha traicionado», se recordó.

Y no podía perdonárselo. La había convertido en el hazmerreír del Olimpo. Lo único que la salvaba del ridículo más horroroso era que ninguno de los dioses daba por ciertas sus palabras.

No obstante, ansiaba ir a ayudarlo…

—Artemisa, os invoco en forma humana. —Ryssa contuvo el aliento. Estaba en el templo de Artemisa y temía que la diosa hiciera oídos sordos a sus súplicas. Echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que seguía sola—. Divina Artemisa, os suplico que me escuchéis y me honréis con vuestra presencia. Necesito veros.

Vio que un suave destello aparecía en la parte derecha del altar y sonrió al contemplar cómo la brillante neblina se transformaba en una hermosísima pelirroja. Artemisa se parecía mucho a Apolo, salvo por la estructura ósea de su cara, más alargada y delicada que la de su hermano.

—¿Qué quieres, humana?

—He venido en nombre de Aquerón.

La ira relampagueó en los ojos de la diosa.

—No conozco a nadie llamado así. —Comenzó a desaparecer.

—No, por favor… no fue culpa suya. Él no se lo dijo a nadie. Fui yo.

Artemisa volvió a materializarse al escucharla. Sus palabras la atravesaron como un cuchillo. Miró furiosa a la minúscula pero preciosa criatura que llevaba en su vientre al hijo de su hermano.

—¿Cómo?

Ryssa dio un paso al frente con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Aquerón nunca ha dicho ni una sola palabra sobre vos a nadie, ni siquiera a mí. Pero vi la marca que tenía en el cuello y supe que era vuestra. Por favor, si me equivoqué os pido disculpas. Pero si no es así, no quiero que estéis enfadada con él por algo que no ha hecho.

Artemisa lanzó una mirada furibunda al abultado vientre de la humana.

—Alégrate de llevar al hijo de mi hermano en tu interior. Es la única razón por la que sigues con vida. Como vuelvas a relacionar mi nombre con el de Aquerón, te juro por el río Estigio que colgaré tu pellejo en la puerta de mi templo.

Y con esas palabras desapareció del templo, aunque hizo una pausa antes de volver a materializarse en el Olimpo. A decir verdad, tenía el corazón rebosante de felicidad porque Aquerón no la había traicionado. Su Aquerón le había sido fiel…

Ansiaba volver a verlo.

Estaba desnudo en el suelo, delante de su cama. Al reparar en su cabeza rapada y en las terribles heridas que desfiguraban su cuerpo, frunció el ceño. Sin embargo, una de ellas le pareció mucho más dolorosa que las demás. Le habían grabado a fuego su símbolo, el doble arco y la flecha, en la parte posterior del cráneo y la herida seguía sin cicatrizar.

—¿Aquerón?

Lo vio abrir los ojos, pero no dijo nada.

Alargó el brazo para sanarlo. Sin embargo, antes de que pudiera tocarlo siquiera, él la detuvo agarrándola por la muñeca. Su fuerza la sorprendió. Dada su condición, lo normal era que estuviera débil.

—No quiero nada de ti.

—Creí que me habías traicionado.

—Artemisa, yo nunca rompo mis promesas. Jamás.

—¿Cómo iba a saberlo yo?

Su pregunta le arrancó una amarga carcajada.

—¿Qué pasa? ¿Pensabas que con unos cuantos latigazos iban a doblegarme? Eres una diosa. ¿Cómo es posible que seas tan ignorante?

—No sabes lo duro que es ser una diosa. Las súplicas constantes de la gente que te solicita ayuda por tonterías. «Quiero unos zapatos nuevos. Quiero que la próxima cosecha sea más abundante.» Al final aprendes a no prestarles atención.

—Tal vez sean tonterías para ti, pero para algunos humanos algo tan simple como un momento de paz puede significar la misma vida. O una sonrisa. O un pequeño acto de generosidad. Es lo único que pedimos.

—Bueno, en ese caso, mi generosidad está a tu disposición.

Aquerón resopló.

—Estoy cansado de ser tu mascota, Artemisa. Ya no tengo nada que ofrecerte.

Su ira despertó la cólera de la diosa.

—Eres un humano. No tolero que me hables así.

La advertencia lo ayudó a entrar en razón y suspiró. ¿Quién era él, un despojo despreciable, para echarle algo en cara a una diosa? Además, no estaba en condiciones de seguir discutiendo.

—Perdonadme, akra. No volveré a extralimitarme.

Artemisa sonrió y le pasó una mano por el cráneo afeitado.

—Ese es el Aquerón que conozco.

No, pensó él. Eso no era cierto. El Aquerón que había hablado era al que vendían y compraban. El cascarón vacío que obedecía para divertimiento de los demás, pero que no sentía nada. Qué triste que su corazón fuera tan insignificante para el resto del mundo que Artemisa ni siquiera reparara en su ausencia. Soltó la muñeca de la diosa y esperó sin moverse a que lo sanara. Toleró el dolor con resignación.

Una vez que sus heridas desaparecieron, Artemisa se sentó para observarlo y puso cara de asco.

—¡Uf! No me gustas con la cabeza rapada. Te prefiero con pelo.

Siguió sin moverse mientras su pelo volvía a crecer.

Indignada por su indiferencia, Artemisa cruzó los brazos por delante del pecho.

—¿No puedes darme por lo menos las gracias por haberte curado?

Teniendo en cuenta que ella había sido la responsable de la espantosa paliza que había sufrido, la simple idea de darle las gracias estuvo a punto de ahogarlo. Pero ya estaba acostumbrado a ese tipo de cosas.

—Gracias, akra.

La diosa sonrió satisfecha, como una niña que no se había dado cuenta de que acababa de romper su juguete preferido.

—Hoy iremos de caza.

Aquerón no dijo nada mientras ella lo trasladaba a su bosque y lo vestía con un manto rojo como si fuera un muñeco en vez de un hombre de carne y hueso. Le ofreció un arco y un carcaj con una sonrisa deslumbrante. Después de colocarse el carcaj a la espalda, la siguió en busca de algún ciervo.

Artemisa se pasó todo el rato hablando de cosas sin importancia mientras él cumplía sus órdenes e intentaba con todas sus fuerzas no sentir

nada.

—Estás demasiado callado —protestó la diosa cuando por fin se dio cuenta de que estaba hablando sola.

—Perdonadme, akra. ¿Qué queréis que os diga?

—Lo primero que se te pase por la cabeza.

—No se me ocurre nada.

—¿Nada? —rezongó ella—. ¿No estás pensando en nada?

Aquerón negó con la cabeza.

—¿Cómo es posible? —le preguntó la diosa, enfurruñada, al tiempo que hacía un mohín—. Estás intentando castigarme, ¿verdad?

—Jamás se me ocurriría castigaros, divina Artemisa —respondió él con mucho tiento para no delatar sus emociones, sobre todo la furia—. No soy nadie para castigaros.

Artemisa lo agarró por el pelo haciéndole daño y lo obligó a mirarla a los ojos.

—¿Qué te pasa?

Respiró hondo y se preparó para lo que sabía que iba a pasar. Si algo había aprendido a manos de su tío era que la lujuria siempre era más fuerte que la ira. Artemisa podía castigarlo más tarde, pero si la satisfacía plenamente, tal vez el castigo fuera menos severo.

Así que se acercó a ella y la besó.

Efectivamente, la mano que lo agarraba del pelo lo soltó poco a poco y la diosa acabó derretida entre sus brazos. En ese momento y por extraño que pareciera, se sintió humillado. Nunca había sido tan consciente de su condición de puto en la vida, aunque no alcanzaba a entender el motivo.

Tal vez porque no debería estar obligado a usar su cuerpo para negociar con la mujer a la que le había entregado el corazón. Sin embargo, ahí estaba, usando sus caricias para aplacar su ira… como siempre.

Asqueado consigo mismo, le ofreció el cuello y se sintió morir como un cobarde cuando ella aceptó el ofrecimiento.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer? La disyuntiva siempre era la misma: follar o sufrir una paliza. Y la verdad fuera dicha, ya no sabía cuál de las opciones le resultaba más dolorosa. Una le dejaba cicatrices en el cuerpo.

Y la otra, en el alma.

14 de septiembre, 9528 a. C..

Aquerón estaba sentado en la balaustrada de su terraza, bebiendo. Estaba desconcertado por la capacidad de Artemisa para hacer que se sintiera tan sucio, aunque conforme iban pasando los días era consciente de que volvía a ser la criatura que había creado su tío.

—¿Hermano?

Giró la cabeza para mirar a Ryssa, que se acercaba a él.

—¿Qué?

—Siento molestarte, pero el bebé está provocándome un dolor espantoso. ¿Podrías hacer eso que sabes para que me sienta mejor?

Resopló al escuchar esas palabras, ya que no sería difícil malinterpretarlas. Menos mal que su padre no las había escuchado.

—Es un masaje.

—¿Puedes hacerlo?

—Claro.

Al igual que había sucedido con el resto de sus habilidades, le habían enseñado con esmero a reconocer todos y cada uno de los músculos humanos, y todos y cada uno de los métodos para relajarlos y proporcionar placer. Se bajó de la balaustrada y la ayudó a sentarse en el suelo, tras lo cual hizo que se inclinara hacia delante para aliviarle la tensión de la espalda.

—Mmm —murmuró ella—. Tienes unos dedos mágicos.

No era verdad. Pero se alegraba de poder usar esa habilidad con alguien que no se abalanzaría sobre él para violarlo.

—Estás muy tensa.

—No consigo encontrar una postura cómoda. Me duele todo el cuerpo.

—Pues respira hondo. En cuanto consiga deshacer los nudos de tensión, te sentirás mucho mejor.

Hizo fuerza sobre uno de los puntos de presión con las uñas.

Ryssa soltó un gemido satisfecho.

—¿Cómo lo haces?

—A fuerza de práctica. —Y muchas palizas cada vez que no lo conseguía.

—Te juro que deberíamos enmarcar tus manos.

La mayoría de la gente era de la misma opinión, aunque por otros motivos.

Ryssa lo miró por encima del hombro.

—¿Tienes pensado seguir escondido hasta que te vuelva a crecer el pelo?

Dejó las manos quietas, embargado por el dolor. Solo volvía a tener pelo cuando Artemisa se aparecía. Aunque la diosa era la culpable de su estado, detestaba verlo rapado. En cuanto desaparecía, volvía a recuperar su aspecto real.

—En realidad no salgo porque no tengo motivos para hacerlo.

—Creía que te gustaba ir al teatro. Pero llevas mucho tiempo sin ver una representación.

Ni siquiera las obras teatrales conseguían mitigar el dolor que lo consumía. La traición. De hecho, las representaciones lo sumían más en la depresión si cabía.

—Prefiero quedarme en mi dormitorio, eso es todo.

Su hermana estaba a punto de decirle algo, pero en vez de hablar soltó un chillido como si le doliera algo.

—¿Ryssa?

—Es el bebé… ¡ya viene!

Se le desbocó el corazón al tiempo que se ponía en pie y la cogía en brazos. La llevó a sus aposentos antes de ir en busca de sus sirvientas, para que ellas avisaran a las parteras y al rey.

—Aquerón —lo llamó su hermana cuando se apartó de ella—. Por favor, no me dejes. Tengo miedo. Sé que puedes aliviar el dolor. Por

favor…

—Padre me dará una paliza si me quedo.

Ryssa gritó con la llegada de otra contracción.

Incapaz de verla en ese estado, se acercó a la cama y retomó el masaje.

—Respira, Ryssa —le dijo con voz calmada al tiempo que combatía la tensión que se había apoderado de su cuerpo.

—¿Qué está pasando aquí?

Dio un respingo al escuchar la pregunta furiosa de su padre. Ryssa lo miró.

—Padre, por favor. Aquerón me puede ayudar con el dolor.

Su padre lo apartó de un empujón.

—¡Fuera!

Aquerón no protestó, se limitó a obedecer. Pasó junto a Estigio y un grupo de senadores que se agolpaban en el pasillo para presenciar la culminación de la unión de su hermana con Apolo. Algunos lo miraron con expresión desdeñosa y lo insultaron por lo bajo. Otros incluso le hicieron proposiciones.

No les prestó atención. Se marchó directamente a su dormitorio y cerró con llave para asegurarse de que nadie entraba.

Ojalá pudiera ayudar a su hermana, pero como no podía, tuvo que conformarse con sentarse en la cama mientras escuchaba sus gritos, sus sollozos y su llanto durante horas. ¡Por todos los dioses! Si los alumbramientos eran así, era un milagro que las mujeres accedieran a pasar por ello.

¿Por qué lo hacían?

Claro que, después de haber soportado algo tan doloroso, ¿cómo podía una madre rechazar a la criatura que tanto le había costado traer al mundo?

Se esforzó por evocar el rostro de su madre. Solo recordaba el intenso odio de sus ojos azules.

«Eres repulsivo», le decía ella. Y cada vez que se acercaba, lo alejaba de un bofetón.

Sin embargo, no todas las madres eran así. Las había visto en el mercado y en las gradas durante las representaciones teatrales. Había visto a

madres que sostenían a sus hijos con amor, como la mujer con la que se dio de bruces en el templo de Artemisa. Su bebé lo era todo para ella.

Se acarició la mejilla con el dorso de los dedos. Cerró los ojos y fingió que era la caricia de una madre que lo tocaba con ternura. Después resopló por su estupidez. ¿Quién necesitaba la ternura? Le bastaba con acercarse a cualquier humano para tener todas las caricias del mundo.

No obstante, nunca eran cariñosas y nunca las recibía sin condiciones ni sin tener que pagar un alto precio.

—¡Es un varón! —Escuchó el grito de su padre en la distancia y al instante comenzaron los vítores.

Sonrió, feliz por su hermana. Le había dado un hijo a Apolo. A diferencia de lo que había sucedido con su propia madre, a Ryssa la honrarían por ello.

Pasaron horas mientras esperaba a que la dejaran sola.

Cuando lo creyó oportuno, fue a los aposentos de su hermana, pero los guardias que había apostados en su puerta le impidieron el paso.

—Nos han ordenado que te mantengamos alejado. No se te permite ver a la princesa bajo ninguna circunstancia.

Había sido una estupidez por su parte pensar lo contrario. Sin mediar palabra, dio media vuelta y regresó a su dormitorio. Y como no tenía otra cosa que hacer, se acostó.

—¿Aquerón?

Se despertó sobresaltado al escuchar su nombre. Abrió los ojos y vio a Ryssa arrodillada junto a la cama.

—¿Qué haces aquí?

—Escuché cómo te negaban el paso, así que he esperado hasta que he podido venir a verte. —Le acercó el bultito que llevaba en brazos para que lo observara—. Te presento a mi hijo, Apolodoro.

Sus labios esbozaron una sonrisa al ver al diminuto bebé. Tenía la cabeza cubierta por una pelusilla negra, y los ojos azules.

—Es precioso.

Ryssa le devolvió la sonrisa antes de pasarle al bebé.

—No puedo, Ryssa. Le haré daño.

—No vas a hacerle daño, Aquerón —lo contradijo al tiempo que le enseñaba a sujetarle la cabeza.

El amor que lo inundó de repente lo dejó asombrado.

Ryssa sonrió.

—Le gustas. Lleva toda la noche lloriqueando y protestando cada vez que las niñeras o yo lo cogemos, pero mira lo tranquilo que está contigo.

Era cierto. El bebé soltó un suspiro y luego se durmió como si nada.

Aquerón se echó a reír mientras examinaba esos diminutos dedos que ni siquiera parecían reales.

—¿Estás bien?

—Solo cansada y dolorida. Pero no quería dormirme sin haberte visto. Te quiero, Aquerón.

—Yo también te quiero. —Le devolvió a Apolodoro a regañadientes—. Será mejor que vuelvas antes de que se den cuenta de dónde estás. Padre se pondrá furioso si nos descubre.

La vio asentir con la cabeza antes de marcharse.

El olor del bebé permaneció con él, al igual que la imagen de la inocencia. Le costaba creer que él también había sido tan pequeño, y que había logrado sobrevivir dada la hostilidad de su familia.

Mientras intentaba conciliar el sueño, se preguntó qué se sentiría al tener a una mujer que acunara a su hijo con tanto amor y orgullo. Se imaginó el rostro de una mujer rebosante de felicidad porque había traído al mundo a una parte de él…

Claro que eso nunca sucedería. Los médicos de su tío se habían encargado de que así fuera. Sintió una dolorosa punzada en la entrepierna al recordar la operación.

«Es lo mejor.»

Por espantoso que fuera que el resto del mundo lo odiase, no se imaginaba nada peor que el desprecio de un hijo. Que su propio hijo le diera la espalda.

Claro que de tener uno, jamás le daría motivos para odiarlo. Lo acunaría y lo amaría por encima de todas las cosas.

«Duérmete, Aquerón. Olvídate de todo lo demás», se dijo.

Cerró los ojos, soltó un suspiro cansado e intentó dormirse de nuevo.

—¿Qué haces?

Volvió a abrir los ojos y se encontró a Artemisa en la cama, tumbada a su lado.

—Intento dormir.

—Ah… ¿Te has enterado ya del nacimiento de nuestro sobrino?

—Sí. Ryssa acaba de venir a verme con el bebé.

La diosa torció el gesto.

—¿No crees que los bebés son muy desagradables y asquerosos?

—No, creo que mi sobrino es precioso.

La oyó resoplar.

—Cómo no. Pues yo creo que los bebés apestan y son muy ruidosos. Nunca están contentos. Siempre te piden más. No me entra en la cabeza que haya que pasar tanto sufrimiento para que una criatura tan asquerosa acabe pegada a ti como una lapa.

Puso los ojos en blanco al pensar en los pobres niños que le ofrecían a Artemisa. Saltaba a la vista que la diosa se los daba a otra persona con un instinto maternal más desarrollado.

—Creo que los dioses griegos deberían haber estado al tanto de tu opinión antes de declararte la diosa de los partos.

—Bueno, me concedieron el título porque ayudé a mi madre a dar a luz a Apolo. Nada más. —Extendió la mano para acariciarle el miembro—. ¿Qué tenemos aquí?

—Si todavía no lo sabes a estas alturas, no lo entenderás nunca por mucho que te lo explique.

La diosa soltó una carcajada ronca cuando sus caricias lo excitaron todavía más.

—Tenía la esperanza de encontrarte despierto.

Guardó silencio mientras Artemisa se inclinaba para tomarlo en la boca. Con la vista clavada en el techo, aguantó las caricias de su lengua. Seguramente disfrutaría más de la experiencia si no tuviera que concentrarse para mantener el control. Sin embargo, sabía que no debía correrse de esa manera. A Artemisa le gustaba lamerlo, pero detestaba que se corriera a menos que estuviera dentro de ella.

Y ni siquiera en ese caso le hacía mucha gracia.

En ese momento la diosa le dio un mordisco bastante fuerte al tiempo que enterraba los dedos en su vello púbico. Dio un respingo y suspiró mientras deseaba poder volver al principio de su relación. A la época en la que lo que estaba haciendo era mucho más que una simple mamada.

Artemisa le dio un último lametón antes de apartarse. Se preparó para recibir sus besos en la boca; pero, sin embargo, le clavó los colmillos en el muslo, a escasa distancia de sus testículos.

Gritó de dolor y se obligó a no apartarla de un tirón, ya que de esa forma solo conseguiría hacerse más daño.

El dolor no tardó en convertirse en un intenso placer. Aunque Artemisa no le permitió correrse todavía.

—Te quiero dentro de mí, Aquerón.

La obligó a ponerse boca abajo, le colocó un cojín bajo las caderas y obedeció. Se aferró a sus caderas con ambas manos antes de hundirse en ella. La penetró una y otra vez, hasta que le provocó tantos orgasmos que le suplicó que se detuviera. Cuando salió de ella, Artemisa se dio la vuelta en el colchón y soltó una carcajada satisfecha.

Suspiró, contenta, pero en ese momento se percató de que él seguía muy excitado.

—¿Por qué no has terminado?

Aquerón se encogió de hombros.

—Tú ya lo habías hecho.

—Pero tú no.

—Sobreviviré.

Artemisa resopló, disgustada.

—¿Aquerón? ¿Qué te pasa últimamente?

Apretó los dientes, a sabiendas de que no debía responderle. La diosa solo quería escuchar lo maravillosa que era.

—No quiero discutir, Artemisa. ¿Qué más da? Te has quedado satisfecha, ¿no?

—Sí.

—Entonces todo va bien.

—No consigo entenderte —replicó ella, que se colocó de costado con la cabeza apoyada en una mano para mirarlo a la cara.

—No soy difícil de entender.

Solo pedía dos cosas que ella nunca podría darle.

Amor y respeto.

Le acarició el cuello con una larga uña.

—¿Dónde está el anillo que te regalé?

Aquerón dio un respingo al recordar cómo lo obligaron a tragárselo.

—Se ha perdido.

—¿Cómo has podido ser tan cruel?

¿Él? ¿Cruel? En su caso, no le había tirado el regalo a la cara ni había hecho que la azotaran después.

—¿Dónde están las perlas que te regalé?

Artemisa se puso roja.

—Muy bien. Te daré otro anillo.

—No. No me hace falta.

Su respuesta hizo que la ira ensombreciera su mirada.

—¿Estás rechazando mi regalo?

Como si fuera a aceptar otro regalo semejante de ella… Ya lo habían golpeado bastante.

—No estoy rechazando nada. Es que no quiero correr otra vez el riesgo de avergonzarte. Con todo lo que ha pasado, no creo que sea sensato tener algo procedente de ti.

—Tienes razón. —Le sonrió—. Siempre piensas en mí primero, ¿verdad?

—Sí.

Artemisa le besó la mejilla.

—Será mejor que me vaya. Buenas noches.

Después de que se fuera, Aquerón se tendió de espaldas. Cerró los ojos y dejó que sus pensamientos vagaran. En su mente vio a una mujer de mirada tierna. Una mujer que lo tomaba de la mano en público, que estaba orgullosa de que la vieran con él.

Se imaginó el olor de su pelo, la expresión alegre de sus ojos cada vez que lo miraba. Las sonrisas que compartían. Después se la imaginó

descendiendo por su cuerpo mientras lo besaba y lo miraba a los ojos al tiempo que lo complacía con la boca.

Con la respiración entrecortada, se llevó la mano a la entrepierna y comenzó a moverla mientras fingía que le hacía el amor a esa mujer imaginaria.

«Te quiero, Aquerón…», le diría ella con voz dulce y serena… y, sobre todo, sincera.

Jadeó cuando se corrió en su mano y su semen se filtró entre sus dedos en vez de inundar el interior de una mujer que lo quisiera.

Tembloroso y saciado solo en parte, abrió los ojos a la cruda realidad de lo que era su vida.

Estaba solo.

Y ninguna mujer, ya fuera mortal o de otra condición, proclamaría públicamente que era suya.

23 de octubre, 9528 a. C..

Aquerón se giró en el colchón, mientras intentaba conciliar el sueño. Apolodoro estaba llorando con tanta fuerza que lo escuchaba incluso él. Llevaba horas sin parar.

Aunque tenía prohibido acercarse al bebé, no podía seguir escuchando su furioso llanto. Incapaz de seguir de brazos cruzados, se levantó y se vistió.

En silencio para que no lo descubrieran, enfiló el pasillo en dirección a los aposentos de Ryssa. Abrió la puerta y vio que su hermana estaba acompañada por la niñera, con la que se turnaba para mecer a Apolodoro.

—¿Por qué está llorando tanto? —preguntó su hermana al borde de las lágrimas.

—No lo sé, alteza. A veces los niños lloran sin motivo.

Ryssa meneó la cabeza mientras le hablaba a su hijo, que en ese momento estaba en los brazos de la sirvienta.

—Por favor, compadécete de tu madre y duérmete. Ya no lo aguanto más.

Aquerón entró con sigilo en la estancia.

—Yo lo cojo.

La niñera se quedó blanca y le dio la espalda.

—No pasa nada, Delia. A ver si Aquerón puede calmarlo.

La mujer no parecía muy convencida, pero al final obedeció.

Cuando cogió a su sobrino, lo colocó cómodamente en sus brazos.

—Hola, pequeñín. No irás a llorar también conmigo, ¿verdad?

Apolodoro inspiró hondo como si estuviera a punto de soltar otro berrido, pero acabó abriendo los ojos. Lo miró en silencio un ratito y al final acabó dedicándole un gorgorito antes de quedarse dormido.

—Eso es un milagro —susurró Delia—. ¿Qué has hecho?

Aquerón se encogió de hombros al tiempo que cambiaba a Apolodoro de postura.

Ryssa sonrió.

—Tengo una idea. A partir de ahora, tú serás su niñera.

Las palabras de su hermana le arrancaron una carcajada por lo ridículas que parecían.

—Vete a la cama, hermana, estás agotada.

Ella asintió y se dio media vuelta para obedecerlo. La niñera extendió los brazos para coger al niño. En cuanto se lo devolvió, Apolodoro se despertó y comenzó a llorar otra vez.

Ryssa dio un respingo.

—¡Por los dioses del Olimpo! Deja que Aquerón lo coja un rato. No lo soporto más.

La sirvienta la obedeció al instante.

Apolodoro volvió a tranquilizarse en cuanto estuvo de nuevo en brazos de su tío.

—¿Dónde lo llevo? —preguntó él.

Ryssa sopesó las opciones.

—Es mejor evitar la habitación infantil. Padre y Estigio podrían ir a verlo. Creo que lo mejor es que te lo lleves a tu dormitorio. —Miró a la sirvienta—. Y tú te vas a la habitación infantil para encubrirnos en caso de que alguno de los dos aparezca.

—Sí, alteza —replicó la mujer antes de hacer una reverencia y marcharse.

Ryssa le dio unas palmaditas de agradecimiento en el brazo a Aquerón.

—Despiértame cuando tenga hambre. Voy a dormir hasta entonces.

Él le dio un beso en la mejilla.

—Descansa. Volveremos cuando te necesite. —La observó meterse en la cama y después se llevó a su sobrino a su dormitorio—. Bueno,

pequeñín, parece que nos hemos quedado solos. ¿Qué te parece si nos desnudamos, nos tomamos algo y buscamos un par de muchachas?

El niño le sonrió como si entendiera lo que le estaba diciendo.

Aquerón asintió con la cabeza.

—Ajá, así que esas tenemos, ¿no? Solo llevas un mes en este mundo y ya tienes ganas de juerga. Igualito que tu padre.

Se sentó en la cama y apoyó la espalda en el cabecero al tiempo que levantaba las rodillas para colocar a Apolodoro contra sus muslos. Le hizo cosquillas en la barriguita, y el niño comenzó a darle patadas en el vientre entre carcajadas.

Esa criatura tan diminuta le resultaba sorprendente. Nunca había estado tan cerca de un niño. Apolodoro le cogió un dedo, se lo llevó a la boca y comenzó a chuparle el nudillo. Era raro sentir esas encías sin dientes, aunque el gesto pareció calmarlo.

¿Cómo era posible que alguien pudiera odiar a un ser tan inocente, tan indefenso?

Su mente siguió por esos derroteros mientras pensaba en sus padres e intentaba comprenderlos. A esas alturas entendía parte de la ira de su padre. La verdad era que desde que estaba en el palacio no se había esforzado mucho por complacerlo.

Pero cuando era un niño…

¿Cuántas veces le había pegado solo por atreverse a mirar a alguien? ¿Cuántas veces le había atado Estes las manos a la espalda y le había cruzado la cara por hacer una simple pregunta?

No obstante, el miedo a que alguien pudiera hacerle daño a Apolodoro de esa forma era mucho peor que sus recuerdos.

—Mataré a cualquiera que te haga daño, Apolodoro. Te prometo que nadie te hará llorar nunca.

El bebé bostezó y sonrió antes de cerrar los ojos. Se quedó dormido aferrado a su dedo. Una extraña ternura lo invadió de repente. Su sobrino no lo juzgaba, ni tampoco lo miraba con ira. Lo aceptaba sin malicia ninguna.

Sonrió mientras dejaba a Apolodoro en la cama para que estuviera más cómodo y lo arropó con una manta.

Pasó horas observándolo dormir plácidamente hasta que, agotado, acabó por dormirse también.

—¿Aquerón?

Despertó cuando lo llamó Ryssa. Estaba tendido de costado con la mano sobre la barriguita de su sobrino, que seguía durmiendo a pierna suelta a juzgar por su suave respiración.

—¿Qué hora es?

—Bien entrada la mañana. —Ryssa parecía anonadada—. ¿Cómo has conseguido que duerma toda la noche sin despertarse?

—No lo sé. Estábamos hablando de mujeres y se quedó dormido.

Su hermana soltó una carcajada.

—No me lo creo. ¿De verdad?

—Fui yo quien sacó el tema y a él le gustó. Por desgracia, carece de aguante.

Ryssa volvió a reír.

—No te atrevas a pervertir a mi chiquitín, sinvergüenza.

Apartó la mano para que su hermana pudiera coger al bebé. Apolodoro abrió los ojos y le sonrió a su madre antes de llevarse una mano a la boca para chupársela.

—Que los dioses te bendigan por haberlo hecho dormir toda la noche de un tirón. Es la primera vez que descanso tan bien desde hace meses. —Echó un vistazo hacia la puerta—. Y ahora me voy antes de que padre descubra que estamos aquí.

«Sí, por favor», pensó él. Solo faltaba que los descubrieran.

Se incorporó mientras se desperezaba. No solía levantarse tan tarde. Prefería hacerlo antes de que los demás comenzaran con sus quehaceres para atender sus necesidades sin cruzarse con nadie.

Sin embargo, a esas alturas todo el mundo estaría de un lado para otro.

Cogió la ropa, la navaja de afeitar y se encaminó a los baños. Por suerte, la enorme estancia estaba vacía. Como era su costumbre, soltó la navaja en la palangana y colgó la ropa.

Una vez desnudo, bajó los peldaños para sumergirse en el agua caliente cuyo contacto resultaba maravilloso. A menos que se sentara, el agua lo cubría hasta la cintura. La longitud del estanque igualaba la de una mesa de banquetes. Se arrodilló y se echó hacia atrás para humedecerse el pelo y lavárselo. Cerró los ojos con un suspiro de contento. Esa era la mejor parte del día.

Cuando se puso en pie para coger el jabón descubrió que no estaba solo y se quedó petrificado.

Nefertari lo estaba mirando con una expresión lujuriosa que le resultaba demasiado familiar.

Aquerón retiró la mano y se internó en el agua.

—Perdonadme, señora. No pretendía importunar la hora de vuestro baño.

La muchacha lo miró como un gato que contemplara un ratón y cuando alargó el brazo para coger una toalla, lo detuvo.

—¿Cómo es posible que seas más guapo que tu hermano si sois gemelos? —Se quitó el broche que le cerraba la túnica y la prenda cayó en torno a sus pies.

Tenía un cuerpo hermoso, pero la oferta no le interesaba en lo más mínimo.

Aunque salió corriendo del agua, ella le bloqueó el camino hacia la puerta.

—Tengo que irme, señora.

Nefertari soltó una carcajada y se pegó a él.

—Ni hablar —lo contradijo antes de mordisquearle la barbilla.

—Estoy con otra mujer.

—Y yo con otro hombre.

Intentó zafarse de ella, pero como no quería hacerle daño, no logró quitársela de encima. Cuando por fin lo consiguió, dio un paso hacia atrás y acabó pisando el trozo de jabón que había dejado en el borde de la piscina. El golpe contra el suelo fue tan fuerte que lo dejó sin aliento.

Nefertari aprovechó las circunstancias para colocarse sobre él.

—Hazme el amor, Aquerón.

Rodó por el suelo para ponerse en pie, llevándosela consigo, y en ese momento la puerta de la sala de baños se abrió.

Se quedó blanco al ver a Estigio con todo su séquito. Se detuvieron para contemplar la escena al detalle.

Maldijo para sus adentros, consciente de que iban a malinterpretarlo todo. Y de que él saldría muy mal parado.

Nefertari comenzó a chillar y a abofetearlo.

—¡No me violes, por favor!

Se alejó de ella con el estómago revuelto. Nefertari se levantó con torpeza y corrió hacia Estigio, junto al que comenzó a llorar como si acabaran de romperle el corazón.

—¡Los dioses os han enviado en el momento oportuno! ¡Ha sido terrible!

Estigio se la pasó a los guardias.

Aquerón se levantó despacio para enfrentar a su gemelo, cuyas mejillas estaban enrojecidas por la cólera. Ni siquiera intentó explicarse. Estigio nunca lo creería.

Así que se dejó apresar. Lo llevaron a las celdas situadas en los subterráneos del palacio y se encogió cuando lo dejaron en un agujero del que tan «buenos» recuerdos conservaba. Se abrazó con fuerza en un intento por luchar contra el frío. Sin embargo, nada podía mitigar el frío que el miedo le había dejado en el alma porque imaginaba cuál iba a ser el castigo.

—¿Artemisa? —susurró.

Sintió la presencia de la diosa aunque no pudo verla.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Me han acusado de cometer una violación.

Sintió una repentina presión en el cuello, como si alguien estuviera estrangulándolo.

—¿Has violado a alguien?

—Deberías conocerme mejor —respondió después de toser.

La presión desapareció.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—No creerán en mi inocencia y te juro por mi alma que no la he tocado. Yo… necesito tu ayuda.

—¿Qué quieres que haga?

Miró hacia el lugar donde una tenue silueta delataba la presencia de la diosa, y pronunció el deseo que llevaba acompañándolo toda la vida:

—Mátame.

—Sabes que no voy a hacerlo.

—Van a castrarme, Artemisa. ¿Lo entiendes?

—Luego te arreglaré.

La respuesta le arrancó una amarga carcajada.

—Luego me arreglarás… ¿Esa es tu solución?

—Bueno, ¿qué quieres que haga?

—¡Matarme! —gritó.

—No seas tan exagerado.

—¿Exagerado? Van a inmovilizarme, a rajarme el escroto, a quitarme los testículos y a obstaculizar el conducto. Todo ello mientras me entero de todo lo que hacen, y te aseguro que no van a ir con cuidado. ¿¡Te resulta exagerada ahora mi reacción!?

—Pero es que yo lo repararé todo luego —insistió la diosa con un resoplido—. Así que no es necesario que te preocupes por nada.

Notó que Artemisa se desvanecía, dejándolo horrorizado por su actitud y por su negativa. Comenzó a golpearse la cabeza contra el muro. ¡Ojalá pudiera matarlos a todos!

«Debería haber luchado contra ellos», se dijo.

Claro que, ¿de qué le habría servido? Lo superaban en número, de modo que le habrían dado una paliza hasta dejarlo sin fuerzas para seguir luchando. Y después lo habrían arrastrado hasta ese mismo agujero.

Un repaso a su vida lo dejó asqueado. Cuando los guardias regresaron a por él, había perdido la noción del tiempo. Lo sacaron a rastras de la celda, le pusieron unos grilletes y lo llevaron a la sala del trono de su padre. Desnudo, lo obligaron a arrodillarse frente al estrado donde estaban su padre, Estigio y Nefertari, que no paraba de llorar.

El rey le lanzó una mirada furibunda y cruel.

—Me encuentro en un dilema. El crimen que has cometido se castiga con la muerte. Sin embargo y puesto que no puedo matarte, hemos decidido castrarte. Sin duda, deberíamos haberlo hecho el día que naciste.

La ironía de la situación le arrancó una carcajada.

—Habría sido un acto demasiado piadoso para vos. Además, vuestro hermano se habría indignado muchísimo si hubierais castrado a su juguete preferido.

Su padre bajó del estrado con un rugido.

Aquerón no movió un solo músculo.

—Padre, no te pongas tan furioso. Sabías perfectamente lo que me estaba haciendo Estes. Por si lo ignoráis, el sueño de su vida era veros muerto para convertirse en el tutor de Estigio y así tenernos a los dos en su cama a la vez.

Las maldiciones de su padre reverberaron en sus oídos mientras se abalanzaba sobre él con la ira de las Erinias. El primer golpe le alcanzó el mentón. El siguiente le rompió la nariz, que comenzó a palpitarle con un dolor atroz. Los puñetazos llovieron sin cesar sobre él.

Y los recibió con gusto mientras seguía provocándolo. En el mejor de los casos, su padre acabaría matándolo. En el peor, lo dejaría inconsciente y así no tendría que sufrir la tortura de lo que pensaban hacerle.

—¡Padre, por favor! —gritó Estigio, que se apresuró a alejarlo de él. Su hermano se volvió para contemplarlo mientras seguía tendido de costado en el suelo—. Eres una inmundicia.

Le asestó una patada tan brutal que notó cómo le rompía las costillas. El dolor le llegó a la espalda. La siguiente patada le dio de lleno en la entrepierna.

El dolor fue tan insoportable que gritó mientras su hermano seguía golpeándolo en el mismo sitio con tal saña que creyó que la castración sería innecesaria.

—¡Traed al médico! —rugió su padre—. Acabemos con este malnacido.

Mientras jadeaba en un intento por recobrar el aliento, lo colocaron en una fría losa de piedra, con los brazos levantados por encima de la cabeza y las piernas abiertas e inmovilizadas a la altura de los tobillos. Arqueó el cuello y soltó una carcajada.

—Padre, si lo que queréis es una fiesta, deberíais encadenarme boca abajo primero.

—¡Amordazad a ese despojo!

Uno de los guardias le metió un trapo en la boca. Con el rabillo del ojo vio que el médico se acercaba. Se aferró con todas sus fuerzas a las cadenas que le inmovilizaban los brazos y se preparó para lo que iba a suceder.

Sin embargo, era imposible prepararse para el dolor que sintió a continuación. Gritó, incapaz de soportar la brutal tortura, hasta que tuvo la garganta tan irritada y ensangrentada como el resto de su cuerpo.

Cuando lo arrojaron a su habitación de nuevo, su alma estaba entumecida. Ojalá le hubiera sucedido lo mismo al resto de su persona. Incapaz de ponerse en pie, se arrastró por el suelo hasta la mesita donde la noche anterior había dejado el cuchillo de la cena. Alargó el brazo y lo cogió con una temblorosa mano.

Estaba cansado de suplicar y estaba cansado de sufrir. Incapaz de soportarlo ni un solo día más, se cortó las venas y contempló cómo brotaba la sangre.

25 de octubre, 9528 a. C..

Aquerón soltó una horrible blasfemia cuando se despertó consumido por el dolor. ¿Por qué no estaba muerto? Claro que ya conocía la respuesta. Mientras su vida estuviera ligada a la de Estigio, nadie se apiadaría de él. Jamás. Abrumado por la desesperación, intentó moverse, pero descubrió que volvía a estar encadenado a la cama.

Gritó, frustrado por la ira, antes de golpearse la cabeza contra el colchón de paja.

Un movimiento a su derecha le llamó la atención y se quedó de piedra al ver a la persona que había en el rincón. Era Ryssa, vestida de púrpura y oro.

Se acercó a él mirándolo con expresión compasiva y culpable, logrando que se le llenaran los ojos de lágrimas.

—Yo no les dije nada —le aseguró—. Estigio se desmayó y padre te encontró. —Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas—. No puedo creer que te hayan hecho esto. Sé que no tocaste a Nefertari. Jamás le harías algo así a otra persona, y no me he cansado de repetírselo. Pero nunca me escuchan… Sé que no te sirve de consuelo, pero Estigio ha roto su compromiso y la ha enviado de vuelta a Egipto. Lo siento, Aquerón. — Apoyó la cabeza sobre la suya y lloró en silencio.

Él se guardó sus lágrimas. No había motivo para llorar. Esa era su vida y, por mucho que lo intentase, nunca mejoraría.

Además, Artemisa lo arreglaría…

La despreocupación de la diosa era tan indignante que le daban ganas de gritar su frustración, su amargura y su furia a los cuatro vientos.

Ryssa le acarició la mejilla.

—¿No quieres hablar conmigo?

—¿Qué quieres que diga, Ryssa? Creo que mis actos hablan por sí solos de forma tan clara que hasta un sordo oiría lo que quiero decir. Pero a mí tampoco me escucha nadie.

Su hermana se tragó las lágrimas al tiempo que le acariciaba el pelo.

—Es tan injusto…

—La vida no tiene por qué ser justa —susurró—. La vida y la justicia van por caminos separados. La vida consiste en aguantar y sufrir todo lo que podamos.

Estaba muy cansado. Pero nadie le permitía dormir.

A través de las paredes les llegó el llanto de Apolodoro.

—Tu hijo te necesita, princesa. Vete con él.

—Mi hermano también me necesita.

Soltó un suspiro cansado.

—No, no te necesito. De verdad, no necesito a nadie.

Ryssa le besó la mejilla.

—Te quiero, Aquerón.

La observó marcharse en silencio. En ese preciso momento el amor no tenía cabida en su interior. Solo era capaz de sentir angustia, desesperación y furia. Giró la cabeza y contempló la venda blanca que tenía en la muñeca. Le habían protegido la herida para impedir que volviera a abrírsela y lograra así su objetivo.

Eso era lo que había conseguido.

Cerró los ojos y pensó en su futuro. Nada cambiaría. Viviría atado y recibiendo palizas… para siempre.

Ventiló la impotencia a gritos y comenzó a debatirse contra las ataduras con todas sus fuerzas. Pero no logró soltarse.

Él nunca lograba nada.

Gritó con más fuerza si cabía y se consoló con el dolor de sus heridas.

Ryssa regresó corriendo a la habitación.

Sin embargo, no le hizo ningún caso y siguió con sus intentos de soltarse de las cadenas que lo retenían.

—¡Ya he tenido bastante y quiero que acabe!

Su hermana lo abrazó. Intentó zafarse de sus brazos, pero no pudo.

—Lo sé, Aquerón, lo sé.

No, no lo sabía. Les agradeció a los dioses que no supiera lo espantosa que era su vida. Que no conociera el dolor con el que tenía que convivir. Ni los desplantes.

Empezó a darse cabezazos contra el cabecero de la cama hasta que por fin se permitió llorar. A pesar de ser un hombre, se sentía como un niño pequeño al que su madre recibía con un bofetón cuando iba a pedirle consuelo.

—Emborráchame, Ryssa.

Su hermana se apartó un poco.

—¿Qué?

—Por todos los dioses, dame algo para que no me duela tanto. Alcohol o drogas, me da igual. Solo haz que pase todo… Por favor.

Ryssa quería negarse. No creía que la solución fuera huir de los problemas, pero al ver la sangre que brotaba de las heridas que tenía por todo el cuerpo y las lágrimas en sus ojos, fue incapaz de negarse.

Nadie debería padecer semejante tormento. Nadie.

En contra de su voluntad, bajó la vista hasta su entrepierna. La sangre le revolvió el estómago. La crueldad de lo que le habían hecho no tenía nombre… y el hecho de que tanto su padre como Estigio se hubieran regodeado por sus actos la enervaba hasta unos extremos insospechados. Jamás volvería a mirarlos con los mismos ojos.

—Volveré enseguida.

Corrió a su habitación y cogió la única botella de vino que tenía.

—¿Nera? —le dijo a la sirvienta que estaba limpiando las sillas—. ¿Puedes conseguir más vino y llevármelo a la habitación de Aquerón?

La muchacha la miró, confusa, pero sabía que no estaba en posición de cuestionar las órdenes de su señora.

—¿Cuánto, princesa?

—Todo el que puedas llevar.

Regresó corriendo a la habitación de su hermano con la botella. Aquerón estaba tumbado en la cama, cubierto solo por una sábana fina.

Tenía el cuerpo prácticamente cubierto de sangre seca y moratones, y el dolor que asomaba a esos ojos la dejó sin aliento.

Destrozada por lo que le habían hecho, le limpió las lágrimas antes de levantarle la cabeza para que pudiera beber.

—Que los dioses te bendigan por tu bondad —susurró él antes de apurar el vino.

Nera apareció con más botellas. Ryssa cogió una de las manos de la sirvienta y se la acercó a Aquerón a los labios. Hicieron falta tres botellas para que se emborrachara.

—¿Aquerón? —dijo, temerosa de haberle dado demasiado.

Su hermano suspiró antes de lanzarle una mirada atormentada.

—Prométeme una cosa, Ryssa.

—Lo que me pidas.

—Nunca odies a tu hijo. Por favor. —Esos ojos plateados se cerraron cuando perdió el conocimiento.

Se echó a llorar, consumida por la pena. Mataría a cualquiera que le hiciera algo así a su hijo. Incluso a su propio padre. Sin embargo, Aquerón nunca había conocido un amor así, ni nadie lo había cuidado de esa manera. Esa idea empeoró todavía más su sufrimiento.

—Duerme tranquilo, hermanito. Duerme tranquilo.

Se secó las lágrimas antes de marcharse para ir en busca de Apolodoro. Se pasó el resto del día al lado de su hijo, prometiéndole que nunca lo dejaría solo en el mundo. Prometiéndole que siempre lo querría y que lo protegería de cualquiera que quisiera hacerle daño.

Ojalá su madre le hubiera prometido lo mismo a Aquerón.

27 de octubre, 9528 a. C..

Aquerón estaba en la cama y le picaba tanto la nariz que ni siquiera sentía el dolor del resto del cuerpo. Habría vendido su alma con tal de poder rascarse. De repente, vio un deslumbrante destello blanco a su izquierda.

Era Artemisa. Estaba tan guapa como siempre, ataviada con su peplo blanco, y eso aumentó el odio que sentía por ella.

La furia le revolvió las entrañas. ¡Por fin se acordaba de él!

—¿Qué haces aquí?

—Estaba aburrida.

El tono repelente de su voz y el hecho de que hubiera tardado tanto en ir a verlo le arrancaron un resoplido.

—Me temo que ya no podré seguir entreteniéndote. Me han arrebatado esa habilidad.

Artemisa apartó la sábana y contempló lo que le habían hecho a sus órganos sexuales.

—¡Uf! ¿Qué han hecho?

Aquerón cerró los ojos, mortalmente humillado.

—Me han castrado. ¿No te acuerdas? Cometí la estupidez de pedirte ayuda.

—¡Ah, sí, ahora me acuerdo! —Chasqueó los dedos.

Un dolor aún más fuerte se apoderó de él, arrancándole un jadeo. Le dolía tanto la entrepierna que ni siquiera podía respirar y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Ves? Como nuevo.

Siguió respirando superficialmente. Aún le dolía.

—Tienes el pelo más largo.

¿Eso era lo único que le importaba? ¿Que le había crecido el pelo? Menos mal que no podía moverse, porque de lo contrario habría intentando estrangularla en ese mismo momento.

—¿Por qué estás encadenado?

Como volviera a hacerle otra pregunta tonta, acabaría estrangulándola.

—Para evitar que intente suicidarme.

—¿Por qué vas a suicidarte?

Apretó los dientes. ¿De qué le serviría explicárselo? Artemisa no le haría ni caso. No se lo había hecho cuando le suplicó que lo matara. Solo se acordaba de él cuando se aburría y nunca lo mataría porque eso supondría pasar por el tedioso proceso de buscarse otro hombre al que tirarse. Que no permitieran los dioses que algún día encontrara a otro cuya verga la satisficiera, pensó con ironía.

—En ese momento me pareció una buena idea. Ahora ya no tanto.

La diosa le lanzó una mirada irritada.

—Tendré que conseguir que te liberen. Te juro que me das más problemas que satisfacciones. Espérame aquí.

Como si tuviera la opción de largarse…

—¡Tranquila! —gritó después de que Artemisa se desvaneciera—. Ni siquiera puedo levantarme para orinar.

Y le seguía picando la nariz.

Su padre entró en su dormitorio poco después y lo miró con desprecio. Nada nuevo bajo el sol.

Como siempre, la apariencia del monarca era impecable. Iba bien peinado y su túnica blanca relucía a la luz del sol.

Aquerón enfrentó su desprecio sin flaquear.

—¿Puedo ayudaros en algo?

La ira relampagueó en los ojos azules de su padre.

—¿Qué más hay que hacerte para que aprendas cuál es tu sitio?

«¿Mi sitio?», repitió para sus adentros.

Su sitio estaba a la diestra de su padre, como heredero al trono. Como príncipe reverenciado por sus súbditos.

En cambio, se encontraba encadenado y desnudo. Lo único que lo tapaba era la sábana ensangrentada que Artemisa había vuelto a dejar sobre él para no seguir viendo el trabajo del carnicero. Estaba sucio porque nadie iba a asearlo y no le cabía la menor duda de que tenía el pelo tan asqueroso como la barba.

Apartó la mirada del rey.

—Sé cuál es mi sitio.

Jerjes le asestó una patada a la cama. Sí, buen trabajo el de Artemisa para que lo liberasen.

—Las sirvientas están hartas de limpiarte la mierda, aunque no las culpo. Por ese motivo, serás liberado. Pero si vuelves a cometer otra estupidez, te juro por todos los dioses que te encadenaré a una pared en los subterráneos y dejaré que te pudras allí abajo.

Como si no lo hubiera hecho ya.

—No os preocupéis, padre. Me mantendré bien alejado de vos.

—Procura que así sea. —Les hizo un gesto a los guardias para que le quitaran los grilletes.

Por fin pudo rascarse la nariz. Ni siquiera había apartado la mano cuando Estigio entró en el dormitorio y le arrojó una túnica de color azul claro.

Aquerón frunció el ceño cuando se dio cuenta de que se trataba de una de las túnicas de Ryssa.

—Se me ocurrió que querrías algo apropiado a tu nuevo yo —se burló Estigio entre carcajadas.

La furia hizo que lo viera todo rojo.

Antes de ser consciente de lo que iba a hacer, saltó de la cama, arrojó a su hermano al suelo y comenzó a golpearle la cabeza contra la piedra en su afán de abrírsela como si fuera un melón. Logró asestarle seis buenos porrazos antes de que los guardias lo apartaran de él. Por mucho que forcejó para librarse de ellos, los soldados lo retuvieron doblándole los brazos a la espalda, de modo que lo único que pudo hacer fue maldecirlos.

«Artemisa, gracias por quitarme el regalo.»

Estigio se levantó del suelo y soltó una furiosa maldición. Agarró la espada de su padre y lo habría ensartado con ella de no ser porque el rey lo

detuvo.

—Llevadlo al patio y azotadlo —masculló su padre.

—¡No!

Aquerón levantó la cabeza y vio a Ryssa en la puerta.

Su padre no parecía dar crédito a lo que acababa de suceder.

—¿Qué has dicho? —preguntó el rey, dirigiéndose a su hija.

Ella cruzó los brazos por delante del pecho y se mantuvo firme y erguida en mitad del vano de la puerta.

—Ya me has oído, padre. He dicho que no.

La cólera enrojeció el rostro del rey.

—¡No me des órdenes, muchacha!

—Tienes razón —replicó ella con serenidad—. No puedo darte órdenes. No tengo ningún tipo de poder sobre ti. Pero, como su concubina que soy, Apolo me pide opinión a la hora de tomar ciertas decisiones y de favorecer a ciertas personas, sobre todo si se trata de los miembros de mi familia… —Le lanzó una mirada muy elocuente a Estigio antes de volver a mirar a su padre—. Estoy harta de que abuséis de Aquerón. Hasta aquí hemos llegado.

El rey señaló a Estigio.

—¿Has visto a tu hermano? ¡Está sangrando!

Ryssa miró a Aquerón y asintió con la cabeza.

—Ya ha sangrado bastante, sí.

—¡Me refiero a Estigio!

La mirada de Ryssa se clavó en la túnica azul que había caído al suelo.

—Y por su crueldad creo que el castigo se ha quedado corto.

Estigio la miró furioso.

—Ryssa, algún día seré tu rey. Tenlo muy presente.

—Y yo soy la madre de un semidiós —replicó ella, que enfrentó su desdeñosa mirada sin titubear—. Tenlo muy presente, hermano.

Estigio la apartó de un empujón y salió al pasillo. Jerjes meneó la cabeza.

—Mujeres… —rezongó mientras salía del dormitorio.

Ryssa se acercó para coger la túnica del suelo y la arrugó entre sus manos.

—Me disculparía en su nombre, pero no tiene ninguna excusa. —Resopló—. Ojalá hubiera utilizado ese mismo argumento para salvarte la otra vez. Ni se imaginan lo poco que le importa a Apolo mi opinión. Pero ese será nuestro secretillo, ¿verdad?

Aquerón se encogió de hombros mientras caminaba hacia la cama y cogió la sábana para ocultar su desnudez a ojos de su hermana.

—Me sorprendería mucho que padre me mostrara otra cosa que no fuera desprecio.

Ryssa exhaló un suspiro largo y apesadumbrado.

—¿Quieres que te mande una bandeja con comida a la sala de baños?

—No pienso volver a poner un pie en ese sitio —contestó él, meneando la cabeza.

—Tendrás que bañarte alguna vez, digo yo.

No. Si mantenía el hedor de la suciedad, tal vez lo dejaran tranquilo. Sin embargo, no pensaba discutir con su hermana.

—Deberías descansar mientras Apolodoro no reclame tu presencia.

Antes de marcharse, su hermana le dio un cariñoso abrazo.

Ni siquiera había cerrado la puerta cuando Artemisa surgió de entre las sombras con una sonrisa.

—Y ahora di: «Gracias, Artemisa».

—Si no te importa que lo diga entre dientes…

La diosa lo miró boquiabierta como si no entendiera el porqué de su enfado.

—¿No estás agradecido?

Aquerón levantó las manos en un gesto de rendición.

—Artie, no quiero pelear contigo. De verdad. Lo único que me apetece es lamerme un rato las heridas a solas.

Ella usó sus poderes y se colocó a su espalda para abrazarlo por la cintura.

—Prefiero ser yo quien te las lama. —Bajó una mano por su abdomen y comenzó a acariciarle la entrepierna.

Asqueado por sus caricias, le apartó la mano.

—Teniendo en cuenta que hace menos de una semana que me cortaron las pelotas, no estoy de humor para esto, Artemisa.

La diosa soltó un suspiro disgustado.

—No seas tonto. Vuelves a estar como antes. Vamos a celebrarlo dándole un buen uso a esas pelotas. —Le sopló en una oreja.

Se apartó de ella con un respingo, pero Artemisa lo siguió… ¡Cómo no!

«Dale lo que quiere y ya está», se dijo.

Si seguía rechazándola, acabaría enfadada y atacándolo.

«Antes prefiero que me saquen los ojos.»

Claro que volverían a crecerle y eso lo llevó a preguntarse si habría sucedido lo mismo con sus testículos aun sin contar con la intervención de Artemisa.

A decir verdad, no tenía sentido luchar contra ella. No era la primera vez que lo obligaban a mantener relaciones sexuales con gente a la que odiaba. Lo único que conseguiría con una discusión sería retrasar lo inevitable y acabar dolorido de nuevo.

«Mejor que acabes con esto lo antes posible.»

Se volvió para mirarla.

—¿Dónde quieres hacerlo?

Ni siquiera había acabado de hablar cuando se encontró desnudo en la cama de la diosa, con ella desnuda y sentada a horcajadas sobre sus caderas.

—Te he echado de menos, Aquerón.

Apretó los dientes cuando notó que le clavaba los colmillos en el cuello y después hizo lo que siempre hacía: complacerla sin preocuparse por su propia satisfacción.

Ella ni siquiera reparaba en la diferencia, salvo para comentar que de esa forma, sin que eyaculara, no acababan tan pringosos.

Estaba tendido en la cama, con Artemisa satisfecha entre sus brazos, pero seguía vacío.

La diosa se sentó de repente y se cubrió con una sábana.

—Será mejor que te vayas. Hades celebra una fiesta esta noche en el templo de Zeus y tengo que asistir.

Ni siquiera tuvo tiempo para rechistar, porque lo envió de inmediato a su dormitorio. Como si fuera un mueble al que de momento no le encontrara utilidad. Se acercó al lavamanos y vertió un poco de agua en la palangana para lavarse y afeitarse. Después, se vistió.

Con el alma derrotada, sopesó la idea de asistir al teatro, pero ¿para qué? Necesitaba mucho más que una simple obra para aliviar el dolor que llevaba dentro. En ese momento echó un vistazo por el dormitorio y su mirada se clavó en el vino que le había llevado Ryssa. Por desgracia, no era tan fuerte como para aliviar el sufrimiento que lo carcomía.

Después de coger una bolsa con dinero y el manto, salió del palacio y se encaminó a la calle donde se encontraban todos los prostíbulos de la ciudad. No tardó mucho en encontrar a su antiguo proveedor. El hombre era bajo, gordo y calvo, y tenía todos los dientes podridos. Estaba en una esquina, cerca del peor prostíbulo de la ciudad.

Euclides sonrió nada más ver que se acercaba.

—Aquerón, hace mucho que no nos vemos.

—Saludos. ¿Tienes raíz de Morfeo?

El mercader se relamió los labios con avaricia.

—Por supuesto que tengo. ¿Cuánto quieres?

—Todo lo que tengas.

Euclides enarcó una ceja.

—¿Tienes suficiente dinero?

Aquerón le ofreció la bolsa entera.

Impresionado, el mercader sacó un arca pequeña de madera de la carreta que a ojos de cualquier inocente o ignorante transeúnte parecía contener trapos. Le pasó el arca para que la examinara. Él la abrió y se llevó la hierba a la nariz. El penetrante olor a lavanda no conseguía disimular el de la hierba que lograría aliviar su estado.

—Gracias —le dijo después de cerrarlo—. También necesitaré una vasija de arcilla.

Euclides se la pasó a cambio de más monedas.

—Dentro de unos días tendré más. Cuando necesites, házmelo saber y si no tienes dinero suficiente, estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo satisfactorio para los dos —concluyó al tiempo que le pasaba un dedo muy sucio por la mejilla.

No supo muy bien por qué le ofendió el gesto. Al fin y al cabo, era una práctica común entre aquellos que se prostituían la de usar sus cuerpos

como moneda de cambio por cualquier cosa. Sin embargo, en ese momento se sintió ofendido hasta lo más hondo.

—Gracias, Euclides.

Se colocó bien la capucha y regresó al palacio a través del laberinto de oscuros callejones.

Una vez en su dormitorio y al abrigo de la oscuridad, abrió el arca y mezcló las hierbas. Le resultó extraño recordar con tanta precisión la cantidad exacta que debía utilizar de cada una de ellas.

«Huélelo, muchacho. Con esto, será mucho más placentero.»

La voz de Estes en su cabeza le provocó un espasmo en las entrañas. La primera vez que probó la droga, su tío lo inmovilizó en el suelo para obligarlo a inhalar el humo. A partir de ese momento no tuvieron que obligarlo. Su tío le había dicho la verdad. Gracias a la sustancia, todo era más llevadero, ya que le robaba tanto la razón como las ganas de luchar. Lo convertía en una marioneta sin voluntad encantada de realizar cualquier perversión que se les ocurriera practicar con él.

Prendió las hierbas y sopló un poco para quemarlas hasta el punto justo, de forma que el humo resultara efectivo. Cerró los ojos, colocó la tapa con los orificios sobre el cuenco e inhaló hasta que el dolor desapareció por completo.

Se tumbó en la cama y se quedó boca arriba con la vista clavada en el techo mientras el mundo daba vueltas a su alrededor.

«Apóstolos, ¿dónde estás?»

—Hola, voces —musitó. Bajo los efectos de la droga, las escuchaba con mucha más nitidez.

«Queremos que vuelvas a casa, Apóstolos. Dinos dónde estás para ir a buscarte.»

Le echó un vistazo al dormitorio y suspiró.

—En una habitación oscura.

«¿Dónde?»

Se echó a reír y rodó sobre el colchón para ponerse boca abajo. El áspero roce del lino le arrancó un gemido y tomó aliento de forma entrecortada cuando notó que comenzaba a ponérsele dura. Artemisa lo había echado demasiado pronto. La droga lo estaba excitando muchísimo.

Claro que a la diosa no le gustaba que la dejara pegajosa… Siempre que se corría en su cama, ponía cara de asco y arrugaba la nariz. Por eso le resultaba más sencillo tirársela y satisfacerse a solas más tarde.

Contuvo el aliento al notar el roce de las sábanas en los pezones. El placer era insoportable. Pero se negaba a tocarse.

No quería satisfacción ninguna. No quería placer. Solo quería paz.

Y que lo tocase alguien que lo quisiera. Y como él no se quería…

12 de noviembre, 9528 a. C..

Aquerón estaba sentado en la balaustrada de su terraza, dejando que las gélidas rachas de viento lo congelaran, cuando se dio cuenta de que su hermana lo observaba desde la ventana. Le hizo un gesto para que se reuniera con él.

Ryssa empezó a tiritar en cuanto salió.

—Hace un frío espantoso.

—A mí me gusta. —La verdad era que estaba sudando.

Su hermana lo miró con los ojos entornados y una expresión recelosa.

—¿Qué has hecho?

—No he hecho nada. Nada de nada. —Apenas tenía fuerzas para comer.

—Has vuelto a tomar esas drogas, ¿verdad? —le preguntó al tiempo que meneaba la cabeza, furiosa.

Apartó la vista.

Ryssa le cogió la cara entre las manos para obligarlo a mirarla.

—¿Por qué lo haces?

—No empieces, Ryssa.

—Aquerón, por favor —le suplicó con la voz quebrada al tiempo que le soltaba la cara—. Te estás matando poco a poco.

«Ojalá», pensó. Bajó la mirada y giró el brazo para ver la inmaculada piel de su muñeca. No quedaba ni rastro de su intento por cortarse las venas.

—No puedo matarme. Bien saben los dioses que lo he intentado. Y como no me queda otra salida, aquí estoy sentado, esperando que los dioses acaben con mi vida e intentando mantenerme alejado de todo el mundo.

Su hermana le apartó el pelo de los ojos.

—Tienes un aspecto horrible. ¿Cuándo fue la última vez que te diste un baño?

La apartó con malos modos, molesto por la pregunta.

—La última vez que me bañé, me acusaron de violación y me castraron. No te ofendas, pero prefiero oler mal.

La vio menear la cabeza.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

—No lo sé. —Se rascó las mejillas, ásperas por la barba—. ¿Qué más da? Tampoco es que padre vaya a dejar que me muera de hambre. Comeré cuando tenga que hacerlo. Cuando me obliguen.

Ni siquiera había acabado de hablar cuando Ryssa lo agarró con fuerza de una oreja.

—Vas a comer ahora mismo.

—¡Oye! —protestó él, pero su hermana se negó a soltarlo.

Con gesto decidido, tiró de él y lo obligó a seguirla hasta sus aposentos. Como era tan bajita, caminaba casi doblado por la cintura y le costaba seguir sus pasos.

—Sabes que soy mucho más grande que tú, ¿verdad? —le dijo.

—Cierto, pero yo soy más retorcida y estoy más loca. —Le soltó la oreja, no sin antes darle un buen pellizco que le dejó el lóbulo dolorido.

Se frotó la oreja con el ceño fruncido.

Ryssa señaló la mesa, sobre la que había un plato con fruta, pan y queso.

—Siéntate y come. ¡Ahora mismo!

—Sí, Majestad.

Aquerón alargó el brazo para coger un trozo de queso y en ese momento reparó en su imagen. Tenía los ojos hundidos y enrojecidos, y su aspecto era el de un hombre desarrapado. Tenía barba y greñas. Parecía un viejo en vez de un hombre joven.

Eso no le molestaba en absoluto, ya que se sentía muchísimo mayor de lo que aparentaba. Apartó la mirada y se metió el queso en la boca mientras Ryssa le servía un cáliz de vino.

La vio acercarse a la puerta que comunicaba con la habitación de su sirvienta.

—¿Nera? Haz que preparen un baño en mi habitación. Y búscame una navaja.

Aquerón no pronunció palabra alguna mientras comía. A decir verdad, se moría de hambre. Las sirvientas no le habían llevado comida y él no se había atrevido a salir a buscarla, mucho menos después de la reacción que tuvo su padre cuando lo vio en el comedor.

Ryssa regresó con Apolodoro en brazos. El bebé sonrió en cuanto lo vio y extendió los bracitos hacia él.

Incapaz de rechazarlo, lo cogió.

—Hola, pequeñín. ¿Qué tal te ha ido?

El bebé chilló en respuesta.

Miró a su hermana mientras esta doblaba un paño con el que hacer un pañal.

—Ha crecido mucho desde la última vez que lo vi.

—Cierto.

Volvió a mirar al bebé y se percató de que se le estaba cayendo el pelo.

—Te vas a quedar calvo.

Ryssa soltó una carcajada.

—A ti te pasó lo mismo. Se te cayó todo el pelo negro y luego volvió a crecer, pero rubio.

Apolodoro extendió una manita y le cogió la barba.

—Estoy demasiado sucio para tenerlo en brazos —dijo al tiempo que se lo ofrecía a Ryssa.

—No le importa. Se alegra muchísimo de volver a ver a su tío. Te ha echado de menos.

Él también lo había echado de menos.

Abrazó al bebé contra su cuerpo y fulminó a su hermana con la mirada.

—No eres justa conmigo, Ryssa. Sabes lo que me pasará si padre llega a encontrarme aquí. Y si alguna vez me ve cerca de Apolodoro…

Su hermana le colocó una mano en el hombro.

—Lo sé, Aquerón.

La puerta se abrió en ese instante y aparecieron varios sirvientes con una enorme tina y cubos de agua caliente. Ryssa cogió al bebé en brazos mientras él seguía comiendo.

En cuanto el baño estuvo dispuesto, lo dejó solo.

Con más entusiasmo del que le habría gustado, se metió en la humeante bañera y suspiró. Había pasado tanto tiempo desde su último baño que casi se le había olvidado lo maravillosa que era esa sensación. Aunque no merecía la pena correr el riesgo que suponía.

—Te quiero, Ryssa —susurró.

Era la única persona que realmente se preocupaba por él. Artemisa quería amarlo, pero era una diosa, por lo que el suyo era un amor egoísta. Muy parecido al amor de Estes. Mientras la complaciera, era amable. Cierto que era más generosa de lo que Estes fue jamás, pero su amabilidad tenía un límite.

Lo que más le dolía al estar con ella era el recuerdo de los primeros momentos de su relación. Añoraba la inocencia que lo había invadido en aquel entonces. La sensación de que era importante para ella…

En un intento por no pensar en ese asunto, cogió la navaja para afeitarse la barba. Cuando terminó, salió de la bañera y se puso ropa limpia.

Una vez vestido, llamó a la puerta de la habitación de la sirvienta.

—He terminado. Gracias.

Ryssa volvió y cerró la puerta para que la sirvienta no pudiera escucharlos.

—Por favor, no consumas más drogas, Aquerón. No me gusta lo que te hacen. —La preocupación que asomaba a esos claros ojos azules lo conmovió.

—Dejaré de tomarlas.

—¿Me lo prometes?

Asintió con la cabeza.

—Pero solo porque me lo pides tú.

Ryssa le sonrió.

—Tienes muchísimo mejor aspecto. Cuando quieras un baño, ven aquí y haré que te preparen uno. —Se puso de puntillas para abrazarlo.

Le devolvió el abrazo con rapidez antes de apartarse. Ya se había demorado más de la cuenta. Estar en los aposentos de Ryssa a plena luz del día era demasiado arriesgado y ambos eran conscientes de ese hecho.

Regresó a su dormitorio y clavó la mirada en la raíz de Morfeo que tenía en la mesa.

«Tírala», le dijo la voz de su conciencia.

No, no podía. Enfermaría de nuevo si dejaba de usarla de golpe. Y su existencia ya era bastante lamentable como para añadirle eso. Haría lo que le había prometido a Ryssa. La dejaría poco a poco.

—¿Aquerón?

Se tensó al escuchar la voz de Artemisa. Su capacidad para aparecer siempre en el momento oportuno era asombrosa.

Claro que era una diosa…

—Hola, Artie.

La diosa apareció detrás de él y lo abrazó por la cintura.

—Mmm, hueles muy bien.

Era por la mezcla del jabón y las drogas.

—Acabo de bañarme.

Artemisa se apartó de él y lo miró a la cara con el ceño fruncido.

—Estás raro. ¿Estás enfermo?

—No.

—Pues ven conmigo. Me apetece bailar.

Como si pudiera negarse… Aunque no estaba de humor para desafiarla. De hecho, estaba aprendiendo a evitar las palizas, y le gustaba la nueva sensación.

Artemisa lo llevó a su templo. Al ver lo que la diosa había hecho, se quedó de piedra. Había velas por todas partes y la música flotaba en el aire con suavidad. Alguien había dispuesto un pequeño festín.

La miró con el ceño fruncido.

—¿A qué viene esto?

La diosa le sonrió con ternura.

—Hace mucho que no estamos juntos. Quería que esta noche fuera especial. ¿Te gusta?

La sorpresa le hacía imposible pensar con claridad.

—¿Lo has hecho por mí?

—Bueno, la verdad no he encendido todas estas velas románticas para mi hermano ni para mis *korai*. —Se acercó a la mesa y cogió una caja—. Y

le he pedido a Hefesto que te haga esto.

Aquerón contempló la caja sin terminar de creerse lo que eso significaba. Era un gesto tan impropio de Artemisa que por un momento se preguntó si alguien le habría dado un golpe en la cabeza.

—¿Es un regalo para mí?

—Bueno, quería darte algo con lo que reemplazar el anillo. No puedes llevártelo de vuelta, pero puedes dejarlo aquí y usarlo cuando estés conmigo.

Presa de la curiosidad, abrió la cajita y vio un par de guardabrazos de oro.

Artemisa le dio un apretón.

—Para cuando vayamos de caza. Nunca te quejas, pero sé que la cuerda del arco te roza las muñecas. Así podrás protegerte la piel y también nos aseguraremos de que la flecha va siempre hacia donde apuntas.

Era un regalo muy considerado y le hizo recordar la facilidad con la que le había entregado el corazón. ¿Por qué no podía ser siempre así?

—Gracias, Artie.

—¿Te hace feliz?

Ese deseo por complacerlo resultaba casi infantil. Le apartó el pelo de la cara para besarla en la mejilla.

—Muchísimo.

—Bien. Últimamente has estado muy triste, y no me gusta cuando estás triste.

Si era así, ¿por qué hacía cosas que lo molestaban? No lo entendía, pero al menos se estaba esforzando. No pensaba echarle en cara el pasado.

Le tendió la mano.

—¿Bailamos?

Ella aceptó con una sonrisa y se dejó llevar. La hizo girar, y su risa le inundó los oídos.

Aquerón ansiaba compartir su alegría con desesperación. Sin embargo, solo sentía un efímero alivio por el hecho de que no lo tirase al suelo para montarlo. Claro que todavía estaba bajo los efectos de la raíz de Morfeo que había aspirado esa mañana. Su cuerpo estaba relajado y podía comportarse con normalidad, sin estar excitado ni enfermo.

Artemisa apoyó la cabeza en su pecho y suspiró mientras se movían al lento compás de la música.

¡Cuántas ganas tenía de volver a amarla! Pero le daba miedo. Cada vez que bajaba la guardia, Artemisa le hacía daño. Si al menos fuera capaz de reconocer su relación, aunque fuera de amistad, ante el mundo… O de decirle claramente que significaba algo para ella.

—¿Artie? —dijo después de tragar saliva. Quería recuperar su amistad.

—Dime.

—¿Te apetece pasar mañana todo el día conmigo?

Ella esbozó una sonrisa radiante.

—Iré a buscarte por la mañana.

—Aquí no. En Dídimos.

Artemisa se apartó de él al escucharlo.

—No sé, Aquerón. Alguien podría vernos.

La misma excusa de siempre.

—Puedes adoptar otra forma. No tienes por qué mantener tu aspecto real.

Artemisa soltó un suspiro frustrado.

—¿Por qué es tan importante para ti? ¿Por qué no nos quedamos aquí?

«No contestes…», le advirtió su conciencia.

Sin embargo, fue superior a sus fuerzas. Las drogas le impidieron morderse la lengua.

—Aquí no me siento humano.

—¿Cómo? —preguntó ella con el ceño fruncido.

Se apartó de la diosa con paso incierto. Una parte de él no quería contarle la verdad, pero la otra estaba harta de escondérsela.

—Estar aquí hace que me sienta como una mascota. Es como vivir en casa de mi tío en la Atlántida. Tengo prohibido salir de tu dormitorio a menos que estés conmigo. No puedo salir al exterior sin tu permiso. Es humillante.

—¿Humillante? —Lo miró con los ojos entornados—. Estás en el templo de una diosa, en el Olimpo. En nombre de Zeus, ¿cómo puedes sentirte humillado?

«Tú, un puto.» Su tono dejó muy claro que esas palabras habían quedado en el aire. Se le clavaron en el corazón como un puñal.

—Perdonadme, akra. No estoy en posición de haceros petición alguna.

Artemisa lo miró con el gesto torcido.

—¡Deja de hablar con ese tono tan sumiso! Detesto que hagas eso. Vete.

Volvió a su dormitorio al instante. Echó un vistazo por la habitación, reparando en los muebles sencillos y en las densas sombras.

—Estoy harto de esto.

Desesperado por algún cambio, cogió su manto y salió del palacio en dirección a la ciudad. No se detuvo hasta llegar a la casa de Meros y de Eleni. A través de contraventanas cerradas se distinguía el brillo del hogar, y se imaginó a los dos en el interior, riéndose.

Una familia.

Conocía la palabra, pero no la entendía. No sabía lo que se sentiría al ser bien recibido en casa. Al saber que en el mundo había otra persona capaz de morir por él.

«Nunca lo encontrarás ahí.»

Echó un vistazo a la calle desierta y recordó el día que su padre lo había echado de la casa de Estes. Estuvo deambulando durante meses en busca de un lugar donde descansar. En busca de un trabajo. Todo el mundo se negó a contratarlo. A menos que fuera para acostarse con ellos.

«Qué guapo eres… Vamos a darle un buen uso a ese cuerpo…»

Los amargos recuerdos lo torturaban sin cesar.

«Quiero que acabe.»

Ya lo había intentado. Había ido de una ciudad a otra, de un pueblo a otro, pero en todos los sitios había sucedido lo mismo. No tenía ningún lugar al que ir y nadie lo quería salvo el tiempo justo para tirárselo. Solo había vuelto a Dídimos por el recuerdo de su hermana y del verano en el que por primera vez se sintió como una persona y no como un objeto.

Con el estómago revuelto, levantó la vista hacia la colina donde el palacio brillaba como una estrella mágica.

Las voces atlantes seguían hablándole sin cesar.

«Ven con nosotros, Apóstolos. Vuelve a casa…»

Soltó una carcajada amarga.

—¿Para qué? ¿Para que me jodáis como todos los demás?

Solo había un sitio al que podía ir. No había escapatoria para su tormento. Su único motivo para seguir viviendo era la felicidad de las dos únicas personas que no lo juzgaban.

Ryssa y Apolodoro. Que los dioses se apiadaran de él si alguna vez los perdía. No podría continuar viviendo si dejaban ese mundo antes que él.

18 de febrero, 9527 a. C..

—No sé qué hay entre el niño y tú, pero eres la mejor niñera del mundo.

Aquerón se echó a reír al escuchar el comentario de Ryssa mientras le quitaba a Apolodoro de los brazos. Él tampoco entendía por qué su presencia tranquilizaba a su sobrino, pero no podía negar que era el único capaz de calmar al bebé cuando estaba molesto. De hecho, Ryssa había tomado la costumbre de llevárselo todas las noches para poder dormir tranquila.

—Sabes que puedes dejármelo siempre que lo necesites. Creo que nos llevamos bien porque funcionamos al mismo nivel. —Acarició el pelo suave de su sobrino.

Ryssa lo tapó mejor con la manta.

—Menos mal que me ayudas. No sé qué haría sin ti.

En ese momento, la puerta del dormitorio de Aquerón se abrió de repente y ambas hojas se estamparon contra la pared, dando paso a seis guardias que lo arrojaron de inmediato al suelo.

—¿¡Qué significa esto!? —exigió saber Ryssa.

No respondieron. Aquerón forcejeó contra ellos, pero al final lograron reducirlo mientras Apolodoro comenzaba a llorar.

—¡No ha hecho nada! —gritó Ryssa mientras los seguía por el pasillo.

No se detuvieron hasta llegar al salón del trono, donde lo obligaron a arrodillarse frente a su padre y Estigio, ambos sentados muy ufanos en sus respectivos tronos, desde donde lo miraban con desprecio.

Aquerón les devolvió la mirada, furioso.

—¿Por qué estoy aquí?

Su padre se levantó y rugió:

—¡No consiento que cuestiones mis órdenes, traidor!

Anonadado, no fue capaz ni de parpadear.

—¡Padre! —exclamó Ryssa—. ¿Te has vuelto loco?

En respuesta, Jerjes le dio un revés a Aquerón.

—¿Dónde estuviste anoche?

El dolor que se extendió por la mejilla y el ojo le arrancó un jadeo. Había pasado la noche con Artemisa, pero no se atrevía a decírselo a su padre.

—En mi dormitorio.

Su padre volvió a abofetearlo.

—Mentiroso. Hay testigos que aseguran haberte visto en un prostíbulo, tramando mi asesinato.

Anonadado, no supo ni qué replicar. Solo alcanzó a mirar a Estigio y el miedo que atisbó en sus ojos le dejó muy claro quién había estado en el prostíbulo.

—Yo no he sido.

Su padre le asestó un nuevo revés antes de decirles a los guardias:

—Torturadlo hasta que decida confesar la verdad.

Aquerón comenzó a negar la acusación a gritos mientras luchaba contra los guardias que lo tenían sujeto.

—¡Padre, no! —Ryssa se adelantó.

El rey la miró con gesto feroz.

—Esta vez no podrás salvarlo. Es culpable de traición y no permitiré que eluda el castigo.

Aquerón, de nuevo reducido por los guardias, enfrentó la mirada de Estigio con la respiración alterada. ¿Cómo era posible que su hermano estuviera tramando la muerte del hombre que adoraba el suelo que pisaba? Él vendería su alma por tener una mínima fracción del amor que Estigio despreciaba.

Pero suplicar clemencia sería en vano. Su padre ya había tomado una decisión. Solo el bastardo, Aquerón, podía ser culpable de semejante traición. Estigio, jamás. La única persona que podría respaldar su palabra

era Artemisa. Y la diosa preferiría la muerte antes que admitir que había pasado la noche con él en su templo.

Lo sacaron a rastras de la sala del trono y lo llevaron a las celdas subterráneas.

Aunque se debatió con todas sus fuerzas contra los guardias, no pudo evitar que lo desnudaran y lo encadenaran a la losa de torturas, un bloque de granito rectangular que le heló la sangre en las venas. La piedra estaba manchada de sangre, y sabía que la suya no tardaría en mezclarse con la de todos los que habían sido torturados y asesinados en ella.

Cerró los ojos e intentó pensar en algo, en cualquier cosa que lo protegiera de lo que estaba a punto de pasar. Pero cuando vio acercarse al interrogador, supo que era inevitable.

Nada lo salvaría.

—El rey quiere los nombres de todos aquellos con los que te citaste anoche.

El miedo de lo que le pasaría si confesaba la verdad le provocó un escalofrío.

—No me cité con nadie.

El interrogador le colocó un hierro candente en el pecho y él soltó un alarido al comprender que la situación era imposible.

Ryssa estaba aterrada cuando volvió a sus aposentos. Dejó a Apolodoro en brazos de la niñera, pero su hijo siguió llorando.

¿Qué podía hacer? A diferencia de su padre, ella sabía muy bien quién era el verdadero traidor. Si había testigos que aseguraban haber visto a un hombre alto, rubio e igualito que Aquerón, era evidente que se trataba de Estigio. Aquerón no ganaría nada asesinando al rey, a no ser que lo hiciera por venganza, pero su hermano no era de esa clase de persona.

Además, jamás se expondría en público y mucho menos en un prostíbulo. De haberlo hecho, a esas alturas seguiría todavía quitándose a la gente de encima.

—¿Qué has hecho, Estigio? —musitó, aunque apenas podía hablar por el nudo que tenía en la garganta.

¿Por qué tramaba su hermano la muerte de su padre? Aunque claro, la historia de la humanidad estaba plagada de hijos ansiosos por obtener más poder y dispuestos a hacer cualquier cosa para lograr su objetivo. No obstante, le resultaba difícil creer que Estigio hubiera caído tan bajo. ¿Quién lo habría manipulado hasta esos extremos?

—Tengo que encontrar a Artemisa. —Nadie más podría salvar a Aquerón.

Corrió hacia la puerta para salir, pero antes de que llegara, los mismos guardias que se habían llevado a Aquerón entraron en sus aposentos.

—Alteza, el rey requiere vuestra presencia para interrogaros.

El corazón le dio un vuelco al escucharlo.

—¿Interrogarme? No puede ser.

Pero se equivocaba. La rodearon y la llevaron al gabinete donde su padre celebraba los consejos de guerra. El rey la esperaba acompañado por Estigio.

Los miró con gesto gélido.

—¿Qué significa esto, padre?

Nunca lo había visto tan envejecido como en esos momentos. Su apuesto rostro estaba demudado por la tristeza.

—¿Por qué me has traicionado, hija?

—Nunca he hecho nada para traicionarte, padre. Jamás.

El rey meneó la cabeza.

—Según un testigo que acaba de aparecer, anoche estabas con Aquerón.

Le lanzó una mirada asesina a Estigio.

—En ese caso, miente de la misma forma que mienten al afirmar que vieron a Aquerón. Anoche estuve con Apolo. Invócalo si quieres confirmarlo.

Estigio se quedó blanco.

Así que también quería librarse de ella. No comprendía la ceguera de su padre en lo referente a Estigio.

El alivio relajó la tensión del rostro de su padre.

—Me alegro de que se hayan equivocado, tesoro. —Le acarició la cara con ternura—. La idea de que mi preciosa hija se revuelva contra mí…

¿Y tan descabellado le resultaba que lo hiciera su precioso hijo?

Miró de nuevo a Estigio, que tenía la vista clavada en el suelo.

—Aquerón es inocente.

—No, niña. Esta vez no. Hay muchos testigos que aseguran haberlo visto.

¿Por qué era incapaz de entender lo que intentaba decirle?

—Aquerón jamás iría a un prostíbulo.

—Por supuesto que iría. Trabajó en uno. ¿Qué mejor sitio para él?

Cualquiera menos ese. Su hermano detestaba el tiempo que se vio obligado a vivir en esos sitios.

—Padre, por favor. Ya lo has torturado suficiente. Libéralo.

El rey negó con la cabeza.

—Hay un nido de víboras a mi alrededor y no me detendré hasta averiguar quiénes son.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar en los horrores que debía de estar soportando su hermano. Por enésima vez.

—Los sacerdotes dicen que Hades tiene reservado un lugar especial en el Tártaro para los traidores. Estoy segura de que el nombre del verdadero traidor ya está grabado en la piedra.

Estigio siguió eludiendo su mirada.

Así que Ryssa miró a su padre otra vez.

—A lo largo de todos estos años el único objetivo de Aquerón ha sido ganarse tu cariño, padre. Su única pretensión es que lo mires sin desprecio aunque solo sea una vez. O que le dediques una palabra amable. Sin embargo, solo ha conseguido tu desdén y tu crueldad. Has destrozado a un hijo que siempre quiso amarte. Por favor, te lo suplico, libéralo antes de que ocasiones un daño irreparable.

—Es la última vez que me traiciona.

—¿¡Que te traiciona!? —repitió, horrorizada por la conclusión a la que había llegado su padre—. ¿Eso es lo que crees? Lo único que Aquerón ha intentado hacer es mantenerse alejado de ti. No cruzarse en tu camino. Se encoge cada vez que se pronuncia tu nombre. Si se te cayera la venda que llevas en los ojos, te darías cuenta de que jamás se mezcla con la gente y de que jamás te ha traicionado.

—¡Se prostituía! —bramó su padre.

—Era un muchacho que tenía que comer, padre. Repudiado por su propia familia. Traicionado por aquellos que debieron amarlo. Yo estaba allí el día que nació y recuerdo muy bien cómo todos le disteis la espalda. ¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas cuando le rompiste el brazo? Solo tenía dos años y ni siquiera hablaba todavía. Levantó los brazos para abrazarte y tú lo apartaste con tanta fuerza que le rompiste el brazo como si fuera una rama. Y para colmo, cuando gritó de dolor, lo abofeteaste y lo dejaste allí tirado.

—Y por eso precisamente está tramando tu muerte, padre —intervino por fin Estigio—. No permitas que una mujer te aparte del camino correcto. Las mujeres son nuestra debilidad. Se aprovechan de nuestro sentimiento de culpa y del amor que les profesamos. ¿Cuántas veces me has dicho eso? No debemos escucharlas. Porque piensan con el corazón, no con la cabeza.

La expresión de su padre se tornó pétrea.

—Esta vez no permitiré que se salga con la suya.

La ceguera de su padre hizo que al final las lágrimas resbalaran por sus mejillas.

—¿Esta vez? ¿Cuándo has permitido que Aquerón se salga con la suya en algo? —Parpadeó para librarse de las lágrimas mientras intentaba hacerlo entrar en razón—. Cuídate de la víbora que vive en tu propio patio. ¿No es otro de tus dichos, padre? —Le lanzó una mirada elocuente a Estigio—. La ambición y los celos son la base de la traición. Aquerón solo aspira a mantenerse alejado de ti, y en caso de que estuviera celoso de alguien, no sería de ti. Pero sí sé de otro que ganaría muchísimo con tu muerte.

Su padre le asestó un revés.

—¿¡Cómo te atreves a implicar a tu hermano!?

—Te lo dije, padre. Me odia. No me sorprendería nada que ella también se hubiera acostado con ese puto.

Ryssa se limpió la sangre de los labios.

—En mi familia solo hay una persona que utilice ese tipo de servicios: tú, Estigio. Me pregunto si el prostíbulo en el que vieron a Aquerón anoche no sería tu preferido… —Con eso, se dio media vuelta, abandonó la estancia y salió del palacio.

—¡Dejadnos a solas!

Aquerón apenas reconoció la voz de su padre debido al espantoso dolor que lo embargaba. No había ni una sola parte de su cuerpo que se hubiera librado de la violación y la tortura. Le dolía incluso pestañear.

Una vez que los guardias se marcharon, su padre se acercó hasta la losa donde estaba inmovilizado.

Para su más completo asombro, el rey le llevó un cazo de agua.

Se encogió, pensando que iba a golpearlo con él.

Sin embargo, no lo hizo. Le levantó la cabeza y lo ayudó a beber. De no ser porque eso pondría en peligro a Estigio, sospecharía que pudiera estar envenenada.

—¿Dónde estuviste anoche?

Aquerón sintió que una solitaria lágrima le resbalaba desde el rabillo de un ojo al escuchar la pregunta que le habían hecho una y otra vez. La lágrima aumentó el escozor de las heridas que tenía en la cara y le arrancó un jadeo entrecortado.

—Decidme lo que debo contestar, akri. Decidme lo que debo confesar para que no me hagan más daño.

Su padre estampó el cazo contra la piedra, al lado de su cabeza.

—Quiero los nombres de los hombres con los que te citaste.

Ignoraba los nombres de los senadores. Rara vez se los decían antes de acostarse con él.

Aquerón negó con la cabeza.

—No me cité con nadie.

El rey lo agarró del pelo y lo obligó a mirarlo a los ojos.

—¡Maldito seas, dime la verdad!

Abrumado por el dolor, se devanó los sesos en busca de una excusa que a su padre le resultara convincente, pero al igual que le había sucedido con el interrogador, solo se le ocurría la verdad.

—Yo no he hecho nada. No estuve allí.

—Entonces, ¿dónde estabas? ¿Te vio alguien para que pueda confirmar tu paradero?

Sí, pero jamás hablaría. Si él fuera Estigio… pero Artemisa nunca se pondría de parte de un puto despreciable.

—Solo tengo mi palabra.

Su padre soltó un furioso alarido. Alargó los brazos hacia él, pero antes de que pudiera tocarlo, se quedó petrificado.

Contuvo el aliento mientras intentaba comprender lo que acababa de pasar. Al cabo de un momento, Artemisa apareció a su lado.

El asombro le impidió hacer otra cosa que no fuera mirarla.

—Tu hermana me ha explicado las acusaciones que pesan en tu contra. No te preocupes, tu padre no recordará nada de esto. Ni tu hermano.

Tragó saliva e intentó comprender lo que le estaba diciendo.

—¿Me estás protegiendo?

Artemisa asintió con la cabeza. En un abrir y cerrar de ojos, se encontró en su dormitorio, curado por completo. Se quedó tendido en la cama, incapaz de expresar con palabras el inmenso agradecimiento que sentía. Sin embargo, nada mitigaba el dolor del calvario que había sufrido. Ni tampoco eliminaba el hecho de que Estigio estuviera planeando derrocar a su padre.

¿Qué iba a hacer?

Artemisa se materializó a su lado. Le apartó el pelo de la cara con una expresión apesadumbrada en el rostro.

—¿Lo recordará Ryssa? —le preguntó.

—No. De ahora en adelante no recordará que tú y yo nos conocemos. Tal vez debería haber intervenido antes para borrar ese recuerdo de su memoria, pero como parecía capaz de guardar el secreto… De todas formas, ya no tendré que preocuparme.

Era lo mejor, sí, se dijo.

Contempló a la diosa, asombrado por lo que había hecho. Ciertamente no había dado la cara por él, pero lo había salvado. Era un avance significativo desde la última vez que «intervino para ayudarlo».

—Gracias por intervenir.

La diosa le acarició una mejilla.

—Ojalá pudiera llevarte lejos de aquí.

Era la única que podría hacerlo, pensó él. Pero el miedo la paralizaba. Tal vez tuviera razón. ¿Por qué arriesgarse a la ruina por su culpa?

Él no merecía la pena.

La besó en los labios, a pesar del frío que lo consumía por dentro. No tenía ningún sitio adonde ir y estaba cansado de estar con gente que lo odiaba.

En cuanto a Estigio…

De repente, vio clara la solución a todos sus problemas. ¿Por qué no se le había ocurrido antes?

Se apartó de Artemisa y la cogió de la mano.

—Vete antes de que alguien entre y te descubra.

—Hasta mañana.

No, si se salía con la suya, no habría mañana.

—Hasta mañana.

Su padre se negaba a dejarlo morir mientras que su vida estuviera ligada a la de Estigio. Y Estigio estaba tramando la muerte de su padre.

La solución era muy sencilla. Si mataba a Estigio, su padre estaría a salvo y él sería libre.

Paz. Por fin tendría paz.

19 de febrero, 9527 a. C..

Aquerón esperó hasta que el palacio se quedó en absoluto silencio. Faltaba muy poco para la salida del sol…

Y tanto Estigio como él estarían muertos. La mera idea le provocó más alegría que cualquier otra cosa que pudiera imaginar.

Incapaz de reprimir la ansiedad, sostuvo la daga con fuerza mientras se escabullía entre los guardias y entraba en la habitación de Estigio. Cerró la puerta sin hacer ruido. Al igual que lo haría una sombra, cruzó la estancia hasta colocarse junto a la mullida cama donde dormía su hermano. Unas gruesas cortinas protegían al heredero de la ligera brisa.

Sin embargo, no podrían protegerlo de él.

Con una siniestra mirada, descorrió las cortinas. Estigio, que estaba desnudo salvo por el emblema real que llevaba al cuello, dormía de costado y era vulnerable a cualquier ataque.

Los abusos que había sufrido a lo largo de los años y las burlas de Estigio pasaron por su mente, al igual que lo hizo el deseo de Estigio de endilgarle el castigo por la traición que él había cometido.

Levantó la daga. Un corte… Una sola herida…

Paz.

«¡Hazlo!», le ordenó su mente.

Empezó a bajar el arma, pero se detuvo justo antes de llegar a la garganta del príncipe.

Maldijo en silencio al darse cuenta de una terrible verdad sobre sí mismo. Era incapaz de hacerlo. No podía matarlo a sangre fría. De forma tan calculadora.

Asqueado, se apartó de la cama al caer en la cuenta de que era un cobarde.

No, no era un cobarde. Sin importar lo que hubiera pasado, seguían siendo hermanos. Gemelos. No podía matar a su propio hermano. Aunque ese cabrón se lo mereciera.

«Tu dolor no cesará hasta que lo hagas. Él no te demostraría la misma compasión», se dijo.

Cierto. Estigio había presenciado alegremente sus palizas, su castración e incluso habría presenciado su muerte si su padre hubiera encontrado la manera de hacerlo.

Estigio no tenía misericordia para él, ni lástima ni compasión; y si dejaba que siguiera viviendo, los abusos continuarían. Seguramente empeorarían una vez que Estigio matara a su padre. Y en cuanto el rey estuviera muerto, Estigio le haría daño a Ryssa.

Ya había amenazado con hacerlo. En numerosas ocasiones.

A ella podía matarla con total impunidad. Se le heló la sangre en las venas al darse cuenta de la realidad. No por él, pero sí tenía que hacerlo para proteger a su hermana y a su sobrino.

Estigio tenía que morir.

—Perdóname, hermano —susurró justo antes de clavarle la daga en el corazón.

Estigio jadeó al tiempo que abría los ojos. Él se internó en las sombras mientras su hermano salía a rastras de la cama y caía al suelo, donde la sangre que manaba de la herida empapó las piedras.

Aquerón esperó la llegada de la muerte con la respiración entrecortada.

Pero no llegó y con cada latido de su corazón, el pánico se extendió por su cuerpo.

Estaba igual que siempre. ¿Cómo era posible?

Tal vez Estigio no estuviera muerto. Aterrado por la posibilidad de que solo lo hubiera herido, se acercó a él y le colocó una mano en el cuello. No había pulso. No se movía ni veía indicio alguno de vida. Lo puso de espaldas. Su piel y sus labios tenían un tinte azulado y sus ojos estaban vidriosos.

Estigio había muerto.

Y sin embargo él seguía vivo.

Espantado, corrió hacia la puerta, pasó junto a los guardias dormidos y no se detuvo hasta llegar a su propia habitación al final del pasillo. «¡No!», exclamó una y otra vez en su cabeza mientras intentaba encontrarle sentido a lo que había pasado. Si él moría, Estigio moría. Si Estigio moría…

A él no le pasaba nada. ¿Cómo era posible?

¿Por qué habrían hecho los dioses algo así? No tenía sentido.

«Has matado a tu propio hermano. A tu gemelo.»

Se apoyó en la puerta cerrada, consumido por el horror más absoluto. Lo matarían si llegaban a enterarse de la verdad. Su padre no le perdonaría algo así. Lo desmembrarían…

De repente, sonó la alarma por todo el palacio y los guardias comenzaron a gritar y a llenar el pasillo.

«Ya han encontrado el cuerpo. ¡Que lo dioses me ayuden!»

Alguien llamó a su puerta.

—¿Aquerón?

Era Ryssa. Le abrió la puerta y vio que tenía el rostro ceniciento y el pelo revuelto. Llevaba un manto rojo sobre un camisón azul.

—Quería asegurarme de que estabas bien. Alguien ha intentado matar a Estigio.

¿Solo intentado? No, lo había conseguido.

—¿Qué quieres decir?

Antes de que pudiera responderle, vio a Estigio detrás de su hermana con el rostro rojo por la furia mientras les ordenaba a los guardias que registrasen las habitaciones.

—¡Encontrad a mi atacante! Lo quiero ahora mismo. ¿Me habéis oído? ¡Buscad por todas partes hasta dar con él!

Parpadeó sin dar crédito a lo que estaba viendo.

¿Estigio estaba vivo? No estaba preparado para lo que eso significaba. Habían resucitado a Estigio.

¿Por qué?

Ryssa meneó la cabeza.

—¿Has visto a alguien?

—No, estaba en mi habitación —mintió.

Como si hubiera presentido su presencia, Estigio se quedó inmóvil y se volvió para mirarlo. Aunque estaba cubierto de sangre, no había ni rastro de la herida que lo había matado.

—¡Guardias! —rugió.

Aquerón retrocedió por el miedo.

Estigio lo señaló con el dedo.

—Protegedlo. Es posible que mi atacante esté al tanto de que debe matarlo primero para matarme a mí. Quiero que alguien lo proteja todo el tiempo.

Si su hermano supiera la verdad… Gracias a los dioses que no la sabía.

—Qué noche más espantosa —dijo Ryssa—. Será mejor que vaya a ver cómo está Apolodoro. Seguro que todo este jaleo lo ha asustado.

Aquerón la observó alejarse sin moverse de la puerta. A través de la rendija vio cómo los guardias se movían por el pasillo y registraban las habitaciones. Su hermano estaba vivo. Era incapaz de pensar en otra cosa.

De modo que sus vidas no estaban del todo ligadas. Al menos no como creía la gente. Si él moría, Estigio moría. Si Estigio moría… no tenía el menor efecto sobre él.

Su padre tenía razón. Era antinatural.

¿Por qué los dioses lo protegían a él y no a Estigio? No tenía ningún sentido.

Cerró la puerta de su dormitorio y decidió esperar hasta que la búsqueda hubiera terminado, hasta que el palacio hubiera recuperado la calma. En cuanto creyó que podría marcharse sin que lo vieran, se arrebujó con el manto y se internó en las calles oscuras.

Permaneció entre las sombras mientras recorría los callejones hasta llegar al templo de Apolo. Una vez allí, llamó a la puerta.

—Está cerrado.

—Vengo del palacio —dijo él con voz firme—. Es imperativo que vea al Oráculo.

La puerta se abrió un poco, de modo que el viejo sacerdote pudiera verle la cara. En cuanto lo vio, la actitud del sacerdote se tornó servil.

—Príncipe Estigio, perdonadme. No sa… sabía que erais vos.

No se molestó en corregirlo. Por una vez agradeció el hecho de ser gemelos.

—Llévame ante el Oráculo.

Sin más dilación, el sacerdote lo condujo por un pasillo flanqueado por columnas hasta la parte trasera del templo, donde estaban las pequeñas estancias dedicadas a los sacerdotes y sus ayudantes. La habitación del Oráculo era algo más grande que las demás. No tenía muebles, salvo por una pequeña cama con dosel.

—¿Señora? —dijo el sacerdote al tiempo que se dirigía a la cama—. El príncipe desea hablar con vos.

Una muchacha rubia que no podía tener más de quince años se sentó en la cama y se puso en pie con la ayuda del sacerdote, antes de echar a andar hacia él. A juzgar por sus andares, supo que estaba drogada. Y mucho.

El sacerdote la condujo hasta una silla alta situada junto a un cuenco con incienso. Por el olor, supuso que contenía una mezcla de raíz de Morfeo y Risi Opsi, un compuesto alucinógeno muy potente. Él solo lo había probado en una ocasión, después de que Euclides cantara sus alabanzas, pero no había vuelto a tocarlo. Había pasado dos días enteros delirando con pesadillas.

—Déjanos —le ordenó la muchacha al sacerdote—. Ya conoces la ley.

La obedeció de inmediato.

La muchacha se cubrió la cabeza con la capucha al tiempo que añadía un poco de agua a la mezcla de hierbas encendidas para aumentar el humo.

—No eres el príncipe.

La miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo lo sé todo —respondió con desdén—. Soy el Oráculo y tú eres el hijo maldito de quien el rey reniega.

Esa última parte no era de conocimiento general, de modo que le dio confianza en sus habilidades como Oráculo.

—Dime por qué estoy aquí.

La vio aspirar el humo y retorcerse en la silla como si escuchara las mismas voces que lo atormentaban a él. Cuando abrió los ojos de nuevo, su mirada lo atravesó como una lanza.

—No puedes matarlo. Tienes prohibido morir.

—¿Por qué?

Volvió a inhalar humo. Sus ojos adquirieron un reluciente tono dorado.

—En la marca del sol yace un rayo de plata. No una vez, ni dos, sino tres. La marca del padre a la derecha, la de la madre a la izquierda y en el centro la que las une. Tres vidas entrelazadas. Tú eres lo que eras, aunque todavía no lo sepas. Lo sabrás. Tu destino se hará pronto manifiesto. Sigue adelante con valor y presta atención. Tu alumbramiento será doloroso, pero necesario. *Akri di diyum*.

«El amo y señor dominará…»

La muchacha extendió la mano para tocarle el hombro.

—Tu voluntad será la voluntad del universo.

—¿Qué quieres decir?

—Aquel que lucha contra el destino pierde. Abraza tu destino, Aquerón. Cuanto más luches, más doloroso será tu nacimiento —contestó y se desplomó.

La atrapó justo antes de que se golpeara contra el suelo. La cogió en brazos y la dejó sobre la cama. Mientras tanto, ella siguió musitando cosas sin sentido sobre pájaros y demonios que irían a por él.

Más confuso que antes, la dejó al cuidado de los sacerdotes y emprendió el camino de vuelta al palacio.

Su profecía no era más que una sarta de tonterías.

Tenía que serlo. ¿Por qué iban los dioses a elegir a un puto para sus propósitos? ¿Por qué iba a ser su voluntad la voluntad del universo?

«Está drogada…»

Él mejor que nadie sabía lo desconcertante que era esa sensación. Solo eran alucinaciones, como las que él mismo había tenido. Él no era nada.

Sin embargo, en el fondo de su mente flotaban dos palabras que se negaban a abandonarlo.

«¿Será posible?»

3 de marzo, 9527 a. C..

Aquerón estaba en la habitación infantil, dándole de comer a su sobrino un puré de carne. Habían pasado casi toda la mañana a solas, ya que Ryssa sufría de un terrible dolor de cabeza. Seguía sin comprender por qué Apolodoro lo adoraba, pero el niño lo seguía allá donde iba.

Era lo único bueno que había en su vida.

Su sobrino soltó un eructo, seguido de una risilla.

Aquerón enarcó las cejas.

—Creo que estáis satisfecho, señor.

El niño estalló en carcajadas. Aquerón lo cogió en brazos y se lo apoyó en un hombro.

Acababa de dejar a su sobrino en la cuna para que durmiera una siesta cuando la puerta de la habitación se abrió. En un primer momento temió que pudiera ser el rey o Apolo, pero por suerte era Ryssa, acompañada de una joven rubia muy bajita.

Tardó un momento en reconocerla.

Era Maia.

—¡Aquerón, mira quién ha venido con su madre!

La alegría lo inundó mientras se acercaba para saludarla.

—Me alegro mucho de volver a verte —le dijo al tiempo que la abrazaba.

Maia se apartó para observarlo con una sonrisa en los labios.

—Aquerón… ha pasado mucho tiempo. Pero no has cambiado nada.

Ella sí lo había hecho. Cuando notó que le acariciaba el brazo de forma extraña, se le heló la sangre en las venas. Más aún al reparar en la expresión

tan familiar que asomó a sus ojos. Como si no pudiera controlarse. ¡Era una maldición!

«Maia no, por favor…», suplicó.

Retrocedió un paso para poner cierta distancia entre ellos.

—¿Qué te trae por aquí?

—He venido con mi madre.

Ryssa lo miró con una sonrisa forzada, lo que puso de manifiesto que seguía doliéndole la cabeza.

—Se quedarán una semana.

Las noticias deberían ser motivo de alegría. En cambio, lo llenaron de pesar.

—¿De verdad?

Maia se acercó a él despacio, como una leona hambrienta que lo acechara para darle un bocadito.

—Tenemos que retomar nuestra amistad.

Antes de que pudiera replicar, una sirvienta llamó a Ryssa.

Su hermana dio un respingo por culpa del dolor y se llevó una mano a la sien antes de mirarlos.

—Volveré enseguida.

Maia se acercó un poco más.

—Se me había olvidado lo guapo que eres.

Aquerón le colocó las manos en los hombros para detenerla.

—Me han dicho que tienes esposo.

—No ha venido conmigo. —Se inclinó hacia él de forma sugerente.

—No —la rechazó con firmeza—. No voy a hacer esto contigo.

Ella se humedeció los labios mientras lo contemplaba con los ojos entrecerrados.

—Aquerón, ya no soy una niña. Soy una mujer hecha y derecha con un hijo.

—Pero no me interesas de esa forma.

La vio hacer ademán de acariciarle la entrepierna, pero la aferró a tiempo por la muñeca.

—Maia, te cuidé cuando eras una niña.

—Y ahora quiero que me cuides como a una mujer.

—Por favor, detente.

—¿Por qué? Eres más joven que mi esposo. —Intentó liberar el brazo que le había inmovilizado—. ¿No te resulto atractiva?

Ryssa volvió en ese momento.

Él aprovechó para soltar a Maia y se alejó de ella deprisa.

—Tengo que irme.

—¿Ha pasado algo? —preguntó su hermana.

Desde luego que había pasado, pero no pensaba contárselo.

—No, estoy bien. Es que tengo que irme.

Salió prácticamente corriendo de la habitación y no se detuvo hasta estar a salvo, encerrado en su dormitorio.

Apoyó la cabeza en la puerta y comenzó a echar pestes por lo que acababa de pasar. ¿Qué maldición llevaba consigo para que toda la gente quisiera follar con él en cuanto pasaban de la pubertad?

Estaba cansado de que todos lo manosearan, le guiñaran el ojo y le lanzaran miradas sugerentes. No era normal, y en ese momento, después de haber visto a Maia, acababa de comprender algo terrible.

Nunca podría tener una relación normal con nadie.

Ni con su padre, ni con su hermana, ni siquiera con una amiga de la infancia.

En cuanto pasaban de la pubertad, algo parecía afectarlos. Asqueado por el descubrimiento, se deslizó hasta el suelo sin separarse de la puerta mientras maldecía a los dioses por lo que fuera que le hubieran hecho.

22 de junio, 9527 a. C..

Faltaba un día para que Aquerón cumpliera la mayoría de edad. Veintiún años. Debería estar encantado, pero las palabras del Oráculo lo atormentaban. Aunque peor era la expresión de Maia cuando había intentado agarrarlo.

—Algo tiene que cambiar —dijo con un suspiro.

Su hermano seguía planeando el asesinato de su padre, pero él estaba allí sentado, sin hacer nada salvo mantenerse lejos de los demás con la esperanza de que no reparasen en él.

—¿Aquerón?

Movió la cabeza y vio que Ryssa salía a la terraza. Su hermana lo miró con los ojos entornados.

—Estás tomando otra vez esa porquería, ¿verdad?

—Solo los últimos dos días —admitió en voz baja.

—¿Por qué?

Porque Artemisa le había arrancado el corazón y no le quedaban fuerzas para superar esos dos días sin nada.

El motivo había sido el de siempre. Había pedido a la diosa que reconociera su relación o que, por lo menos, fuera a verlo el día de su aniversario, pero ella se había reído en su cara. Estaba harto de ver los preparativos para las celebraciones con las que se honraría el nacimiento de Estigio. Unas celebraciones planeadas por un hombre cuya vida acabaría pronto a manos del mismísimo hijo al que quería tanto. Era irónico, aunque no por eso menos doloroso.

—Aquerón, ¿me estás escuchando? —preguntó Ryssa al tiempo que le cogía la barbilla y lo obligaba a mirarla.

—No mucho.

Vio la frustración en su mirada.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—Azotarme como todos los demás.

Su hermana lo fulminó con la mirada.

—No tiene gracia.

No quería que la tuviese. Solo constataba la realidad de su vida: su simple presencia despertaba en los demás una violencia extrema.

Ryssa meneó la cabeza mientras se alejaba de él.

—Sabes que no permitiré que estés con Apolodoro en este estado.

Esa era la única desventaja del uso de las drogas.

—Lo sé. No serías muy buena madre si lo permitieras. Claro que yo no tengo ni idea de cómo se comportan las madres con sus hijos. Creo que una vez lo vi en una obra, pero la madre echaba a su bebé a un león. Lástima que mi madre no fuera tan misericordiosa, ¿no crees?

Ryssa volvió a cogerle la cabeza entre las manos, se la llevó al hombro y le dio un beso detrás de la oreja antes de revolverle el pelo.

—Tienes el pelo más rubio que antes. Me gusta cómo lo llevas. ¿Te lo has cortado?

Negó con la cabeza.

—Si me corto el pelo, el barbero querrá acostarse conmigo. He pensado en dejármelo largo hasta que me llegue al suelo o hasta que padre se enfade lo bastante como para raparme de nuevo la cabeza. A lo mejor debería hacerles otra ofrenda a los dioses. Tengo entendido que dentro de poco se celebrará el día dedicado a Atenea.

Ryssa soltó un suspiro contrariado.

—Hoy estás de un humor rarísimo.

Eran las drogas mezcladas con su frustración. Siempre había detestado esa sensación en la Atlántida. Su sarcástica insolencia nunca había sido bien recibida. Lo que más aborrecía era el hecho de que le dieran las drogas para después castigarlo por los efectos que estas tenían sobre su cuerpo y su mente.

Artemisa sentía una extraña mezcla de amor y odio por ese estado de ánimo. En ocasiones le gustaba, mientras que otras veces lo castigaba por ello. El problema era que nunca sabía qué iba a hacer la diosa hasta que era demasiado tarde.

Ryssa se apartó de él a regañadientes. El dolor de su hermano era tan evidente que casi lo podía tocar, pero no podía hacer nada para aliviarlo. La impotencia, la imposibilidad de no poder cambiar la situación de su hermano, la dejaba al borde de las lágrimas.

Lo peor de todo era que algo había pasado entre Maia y él, pero Aquerón se negaba a hablar del tema. Suponía que Maia había sucumbido al mismo hechizo que todos los demás sentían. Debía de ser algo relacionado con la pubertad. Antes de alcanzar la plenitud sexual, los niños no se percataban de nada. Pero una vez pasada esa etapa…

Su pobre Aquerón.

Ojalá otras personas supieran controlarse cuando estaban con él.

«Yo soy la única.»

No se tenía por especial ni mucho menos. Sin embargo, eso no cambiaba el hecho de que Aquerón estuviera solo. Siempre estaría solo. Su padre nunca le permitiría casarse y, después del intento de asesinato que había sufrido Estigio, los guardias volvían a vigilar las puertas de su dormitorio. Había perdido la poca libertad que tenía.

Ojalá pudiera hacer algo para mejorar su vida.

Al caer la noche Aquerón se dispuso a observar las actividades que se desarrollaban en el exterior. Lo que más le llamó la atención fue la larguísima procesión que anunció la llegada de la princesa de Tebas. La nueva prometida de Estigio. Se casarían dentro de dos semanas.

En esa ocasión tenía pensado mantenerse bien lejos de la mujer de su hermano. Como si fueran conscientes del peligro, sus testículos se contrajeron de repente ante la posibilidad de que volvieran a cortarlos.

Dio un respingo y maldijo a su hermano por su castración. Estigio sabía lo que su prometida había hecho, pero al cabrón le había dado lo mismo.

¿Qué más daba? ¿Qué importaba lo humillado que él se sintiera? Lo único importante era Estigio y su dignidad.

Con un suspiro, recordó las palabras del Oráculo. «*Akri di diyum*.»

¿Qué querría decir con eso?

«El amo y señor dominará…», significaba. Ya dominaba en el dormitorio, ¿qué otra cosa le quedaba?

«Solo son los desvaríos de un Oráculo drogado, Aquerón, olvídalo», se dijo. Siempre soltaban acertijos incomprensibles. Y no era de extrañar. Porque esa zorra estaba más drogada que él en ese momento. Tal vez debería empezar a pronunciar sus propias profecías.

Mmmm, un momento, ya sabía una…

Artemisa no iría a verlo ni ese día ni al siguiente, pero al tercero se abalanzaría sobre él y no lo soltaría hasta dejarlo seco.

No había ningún misterio… Era todo un profeta. Conocía el futuro mejor que el Oráculo.

Con una carcajada amarga se bajó de la balaustrada y se encaminó a su dormitorio.

En un abrir y cerrar de ojos, antes de saber lo que estaba pasando, se encontró en el templo de Artemisa, tirado a los pies de la diosa.

—No estaría de más que me avisaras antes, Artemisa.

Con una carcajada, la diosa le echó los brazos al cuello antes de frotárselo con la nariz.

—Tenía ganas de un aperitivo.

Debería haberlo imaginado.

—Me dijiste que no podrías verme hasta pasado mañana.

La diosa le acarició el cuello con las uñas, provocándole una miríada de escalofríos.

—La cosa estaba tranquila y te he hecho un hueco. Un poco de gratitud por tu parte no vendría mal.

Echó la cabeza hacia atrás para mirarla con sorna.

—¿No ves cómo sale la gratitud por todos los poros de mi cuerpo?

Artemisa le mordisqueó la punta de la nariz.

—El sarcasmo no te sienta nada bien.

—Pero a ti te excita mucho.

La vio sonreír.

—¿Cómo es posible que me conozcas tan bien?

No era tan complicado. Lo que le gustaba de él era su falta de respeto. El hecho de que se le dilataran las pupilas y se le acelerara la respiración lo dejaba bien claro.

Artemisa le mordisqueó los labios.

—Te he echado de menos.

De repente, escucharon un jadeo.

Aquerón se quedó petrificado al ver que la diosa se levantaba del diván con un rugido furioso. Delante de ellos había una muchacha alta y delgada, con el pelo rubio cobrizo. El pánico había hecho que abriera los ojos de par en par.

—¿Qué haces aquí, Satara?

—Yo… No… no he visto nada, tía Artemisa. Perdóname.

Artemisa la cogió del pelo y le dio un tirón.

—Mírame. —Le habían crecido los colmillos y tenía los ojos rojos con vetas anaranjadas—. Si le dices a alguien lo que acabas de ver, no habrá poder en el universo capaz de salvar tu vida ni tu alma. ¿Me has entendido?

Satara asintió fervientemente con la cabeza.

La diosa la apartó de un empujón.

—Vete y no te atrevas a volver hasta que te lo ordene.

La muchacha desapareció al instante.

En ese momento Artemisa se volvió hacia él furiosa.

—¡Es culpa tuya!

«¡Cómo no!»

—Tú has sido la que me ha traído aquí.

—¡Silencio! —Le dio una bofetada.

Aquerón gruñó al notar el regusto de la sangre en la boca. Quería devolverle el golpe, pero sabía lo que eso le acarrearía. Era mortal y ella, una diosa. Sin embargo, las diferencias iban algo más allá. Por mucho daño que la bofetada le hubiera hecho a su alma, no se la devolvería. Nadie debería sangrar por haber demostrado un comportamiento amable.

Y mucho menos por amar.

—¿Ya has terminado?

Artemisa se abalanzó sobre él y le clavó los colmillos.

Siseó mientras la diosa ventilaba su enfado con él. Sintió que la sangre resbalaba por los labios de Artemisa y descendía por su pecho. El dolor lo consumió mientras ella se alimentaba sin preocuparse por él.

Cuando terminó, lo apartó de un empujón.

Debilitado por la pérdida de sangre, cayó de rodillas.

Artemisa lo cogió del pelo y lo pegó a su cuerpo. En su mano apareció un puñal que colocó justo encima de su corazón.

Él la miró a los ojos y esperó.

—Mátame, Artie. Acaba con esto de una vez.

Los ojos de Artemisa se oscurecieron de tal forma que creyó que lo mataría, pero justo cuando el puñal descendía hacia su corazón, cambió de trayectoria y acabó clavado en la pared. La diosa lo abrazó con fuerza y se echó a llorar.

—¿Por qué haces que te desee?

La pregunta le arrancó una amarga carcajada.

—Yo no tengo nada que ver. De verdad. —Si pudiera salirse con la suya, nadie más volvería a desearlo.

Artemisa lo apartó.

—Vete.

Como si la decisión fuera suya…

Al menos en esa ocasión lo dejó sobre la cama. Aunque seguía sangrando después de haberle servido de cena a la diosa. Con un suspiro, se levantó para curar la herida.

—Eres el único varón que ha entrado en su templo… con excepción de mi padre.

Se volvió de golpe y vio a Satara junto a la cama.

—¿Qué haces aquí?

—Quería conocer al hombre por el que Artemisa lo ha arriesgado todo.

Contuvo el aliento, presa del pánico.

—Nos destruirá a los dos si se entera de que has estado aquí.

Satara se encogió de hombros con despreocupación.

—No le presta mucha atención al plano humano. Créeme.

Siguió donde estaba mientras ella acortaba la distancia que los separaba, observándolo con el ceño fruncido como si fuera una curiosidad deforme.

—Sí que eres guapo. Tal vez yo también arriesgue mi divinidad por ti. —Levantó una mano para tocarle la cara.

Él se lo impidió aferrándole la muñeca.

—Tienes que irte.

—Yo sería una amante muchísimo más cariñosa que Artemisa.

Lo que le faltaba.

—A ver —siguió Satara con voz firme—, tus ojos me dicen que eres un semidiós como yo… y el hecho de que tu sangre la alimente es prueba de ello. También he visto cómo te trata Artemisa. Te prometo que yo no seré tan insensible como ella. Además, con mis poderes, tú y yo podríamos apoderarnos de los suyos. Imagina lo que podrían hacer dos semidioses con el poder de un dios. Seríamos invencibles.

—Nadie es invencible. Todos los seres, por muy poderosos que sean, tienen una debilidad… Tú sabes perfectamente que en el caso de Artemisa su debilidad soy yo. Alguien descubrirá la tuya, y también darán con la mía. De forma acertada o no, me comprometí con ella y no renegaré de mi palabra.

Satara lo miró con desdén, como si tuviera un retraso mental.

—Pues eres imbécil.

—Me han llamado cosas peores.

La vio menear la cabeza.

—¿Y te gusta ser su perrito faldero?

No, no le gustaba. Pero ¿qué otra alternativa tenía?

—Te repito que le di mi palabra, y no quedaré por mentiroso.

Ella resopló.

—Pues siento mucho haberte juzgado mal. Aunque ahora me encuentro en un dilema. Si mi tía se entera alguna vez de esto, me matará, sin importarle nuestro parentesco. Pero como pareces ser un hombre de palabra… ¿me prometes que nunca le dirás a Artemisa lo que hemos hablado hoy?

—No me gusta planear la caída de otra persona, ni siquiera la tuya. Dicho lo cual, si alguna vez intentas algo contra Artemisa, le diré lo que me

has dicho hoy. Mientras ella esté a salvo, también lo estarás tú. Lo juro.

Satara ladeó la cabeza, como si su amenaza la hubiera desconcertado.

—¿Estás negociando conmigo la seguridad de una cerda que prefiere darte una paliza a tratarte con la misma lealtad que tú le demuestras a ella?

La pregunta hizo que se encogiera de hombros.

—Solo estoy protegiendo a mi mejor amiga. Esté bien o mal. Siempre estaré de su lado.

Satara meneó la cabeza.

—Pues tenemos trato. Espero que mi tía se merezca tu lealtad.

Ya eran dos. Sin embargo y al igual que Satara, lo dudaba mucho.

Tras lanzarle una última mirada de advertencia, Satara se fue.

Aquerón se pasó una mano por el pelo mientras intentaba entender la situación. De modo que Artemisa tenía tantos enemigos como Jerjes planeando su derrocamiento. ¡Joder! ¿Qué tenía el poder para que tanta gente lo anhelara? ¿Por qué no se contentaban con lo que tenían? ¿Por qué los familiares y los amigos se volvían los unos contra los otros por algo tan estúpido e insignificante? Algo que a la larga no importaría lo más mínimo…

¿Cómo era posible que mancillaran el amor que se les ofrecía por culpa de la envidia y de la avaricia? No lo entendía.

El amor era puro e inocente cuando se entregaba, sobre todo cuando se entregaba sin condiciones. ¿Por qué los que lo recibían no se daban cuenta del regalo tan grande que era? ¿Por qué tenían que usarlo como una herramienta contra aquel que se lo entregaba?

Como Artemisa hacía con él.

Como Estigio hacía con su padre.

Por eso quería tanto a Apolodoro. Su sobrino solo exigía atención, y cuando lo abrazaba y le daba un beso baboso en la mejilla, no era más que un gesto de amor puro y alegre. No había subterfugios. Ni exigencias de recibir algo a cambio.

¿Por qué el mundo no podía ser siempre así?

Claro que ¿quién era él para hacer semejantes preguntas? Su propia madre había sido incapaz de demostrarle un mínimo de compasión.

El amor, por desgracia, era una debilidad malgastada en personas que no se lo merecían.

Cogió la botella de vino que había en la mesa y la abrió. No encontraría mucho consuelo en ella, pero era mejor que nada. Bien sabían los dioses que no encontraría consuelo en ninguna parte. Tal vez debería haber aceptado la oferta de Satara.

Pero ¿qué le habría pedido a cambio? En la vida todo tenía un precio. Podría incluso darle las gracias a Estes por esa perla de sabiduría.

En el mundo no había nada gratuito.

Nada.

—¿Aquerón?

Se tensó al escuchar la voz de Artemisa. No la veía por ninguna parte. Sin embargo, sentía su presencia como un susurro en su alma.

La diosa apareció a su espalda.

—Lo siento. No debería haberte tratado así.

—¿Y por qué lo has hecho?

Sin hacerse visible, le acarició el hombro con la nariz.

—Tenía miedo y me dejé llevar por él.

—Eres una diosa.

—Una entre tantas divinidades, y no tan poderosa como las demás. ¿Sabes lo que les pasa a las diosas cuando las despojan de sus poderes? Las arrojan a la Tierra para que convivan con los humanos, que abusan de ellas y las ridiculizan. ¿Es lo que quieres que me pase?

¿Por qué no? Era lo que ella le haría a él.

Por desgracia, no era tan cruel.

—No, solo quiero lo mejor para ti, Artie. Pero estoy harto de que siempre la pagues conmigo. No soy un muñeco sin voluntad al que puedes golpear cada vez que te sientes frustrada.

Artemisa se materializó para que pudiera ver la expresión sincera de sus ojos verdes.

—Lo sé, y me estoy esforzando. De verdad. Solo te pido un poco de impaciencia.

—¿Impaciencia?

La vio fruncir el ceño.

—No es la palabra adecuada, ¿verdad? No sé por qué siempre me confundo.

Eran precisamente esos momentos, cuando la diosa se permitía ser vulnerable, los que hacían que le tuviera tanto cariño. Por esos momentos se había enamorado de ella.

Tomó su cara entre las manos y la besó con ternura.

Artemisa suspiró, aliviada. Lo quería muchísimo, pero también le tenía mucho miedo a lo que ese amor significaba. En realidad, no le hacía daño a propósito. Aquerón era el único con el que podía mostrarse tal como era. Con los otros dioses tenía que ser implacable y estar a la defensiva, y con los mortales tenía que ser divina e intolerante.

Aquerón era la única persona que le permitía reír. Era la única persona que la abrazaba y le daba ternura. El problema era que cada vez que se abría, sentía la frialdad que él guardaba en su interior, y sabía que aunque siempre le sería fiel, jamás sería feliz a su lado. Eso le dolía muchísimo. El dolor que llevaba Aquerón en su interior y que ella era incapaz de aliviar la llevaba a descargar su ira contra él, la obligaba a hacerlo sufrir por no abrirse de la misma forma que lo hacía ella.

¿Por qué no podía sentir lo mismo que ella?

Incluso en ese momento la acariciaba con cierta reserva. Con incertidumbre, y no entendía el motivo.

¿Cómo podía conseguir que la quisiera otra vez como al principio?

Quería castigarlo por no quererla como ella lo quería. Obligarlo a que le suplicara por su amor. Pero ¿cómo?

Al apartarse de él, se fijó en su cuello y dio un respingo por la herida que le había hecho mientras se alimentaba. Lo mismo que Apolo le habría hecho a ella.

—No quería hacerte daño.

Aquerón contuvo el aliento al escuchar unas palabras que le habían repetido hasta la saciedad. ¿Por qué no lo pensaban antes?

—Estoy bien. —Aunque no era verdad. El dolor no lo hacía sentirse bien. Simplemente se había acostumbrado a él.

Artemisa le apartó el pelo de la cara.

—Pareces cansado. No debería haber bebido tanta sangre. —Le dio un tirón del brazo para conducirlo a la cama—. Deberías descansar.

Cierto. A saber los horrores que le esperaban llegada la mañana. Una segunda castración u otra paliza, o algún que otro mazazo emocional de los que tan bien se le daban a la diosa.

Tenía unas ganas locas de averiguarlo…

—¿Vendrás a verme mañana? —volvió a preguntarle, desesperado por no estar solo mientras el mundo entero le deseaba lo mejor a su gemelo.

Artemisa titubeó. Quería ir a verlo, pero Apolo estaría presente durante las celebraciones en honor de Estigio. Tenía que ser cuidadosa. Dada su condición divina y el hecho de que eran gemelos, podía sentir su presencia.

—Sabes que tengo que asistir a un festival. No puedo faltar.

Vio que Aquerón apartaba la mirada, y el dolor que lo invadió también atravesó su propio corazón.

—Vendré pasado mañana.

Aquerón controló sus emociones.

—Te estaré esperando con ansia.

—¿Estás enfadado conmigo?

—No. —Estaba dolido—. Espero que te lo pases bien en el festival.

Artemisa le acarició el pelo.

—¿Pensarás en mí mientras estemos separados?

—Siempre lo hago.

La diosa se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Siempre haces que me sienta muy especial.

Y ella siempre lograba que se sintiera como una mierda. Artemisa lo cogió del brazo para poder agarrarle la mano. Él se la llevó al corazón y soltó un largo suspiro.

Al hacerlo, tuvo un mal presentimiento. Algo pasaría al día siguiente. Lo tenía clarísimo. Fuera lo que fuese, estaba seguro de que los cambiaría a Artemisa y a él para siempre.

Akri di diyum.

23 de junio, 9527 a. C..

Aquerón estaba sentado en la balaustrada de su terraza, borracho en la oscuridad y con la vista clavada en la fastuosa apariencia de los invitados que iban llegando para asistir a la fiesta de cumpleaños. Estaba apoyado en la pared, pero había dejado las piernas colgando, ajeno al peligro. A esas alturas no estaba seguro de la cantidad de vino que había tomado.

Por desgracia, no la suficiente como para matarlo. Aunque si tenía suerte, tal vez se cayera y acabara estrellándose contra las rocas donde encontraría una muerte espantosa.

Eso sí que jodería por completo la fiesta de su hermano. Por primera vez desde hacía días, soltó una carcajada al imaginar que Estigio caía fulminado al suelo delante de todos los aristócratas y dignatarios.

Se lo tendrían bien merecido.

—¡También es mi cumpleaños! —gritó a sabiendas de que nadie podría oírlo. Y, aunque lo hicieran, le daba igual.

Giró la cabeza e hizo una mueca de dolor al sentir una repentina punzada. Detestaba la capacidad de Artemisa para angustiarlo. Normalmente era capaz de eludir la crueldad de los demás, pero la diosa conseguía siempre darle donde más le dolía.

Y, como a todos los demás, le importaba muy poco el sufrimiento que le provocaba.

Aunque en realidad debería estar agradecido. En esa ocasión no estaba celebrando el aniversario de su nacimiento encerrado en una celda…

Ni en un prostíbulo.

Eso sí, seguía solo. Como siempre. Aunque estuviera rodeado de gente, estaba solo.

Y estaba cansado. Nadie lo quería. El único motivo de que su «familia» lo tolerase era evitar la muerte de Estigio.

—Ya no aguanto más.

Aunque solo tenía veintiún años, estaba tan cansado como un anciano. Su experiencia superaba con creces la de una persona de su edad y ya no quería seguir sufriendo. Ya no quería seguir solo.

Había llegado el momento de acabar con todo.

Las voces de su cabeza eran mucho más fuertes. Lo animaban a volver a casa…

Se puso de pie en la balaustrada. El viento lo azotó desde abajo y le levantó el pelo mientras contemplaba el mar oscuro que lo tentaba como un amante. Soltó el cáliz y lo observó caer al vacío hasta que desapareció de su vista.

Un paso.

Y adiós al dolor.

Todo acabaría.

—Ha llegado el momento —musitó.

No había nadie que lo detuviera. Ryssa no podría evitarlo. Su padre no podría atarlo para prevenirlo. Estes no llamaría a ningún médico.

«La libertad», se dijo.

Cerró los ojos, se inclinó hacia delante y se dejó caer.

El miedo y el alivio lo inundaron mientras descendía. En unos instantes habría logrado la paz que llevaba ansiando durante tanto tiempo.

De repente, notó un fuerte golpe en el estómago. Jadeó y abrió los ojos por puro reflejo.

En lugar de caer, estaba subiendo y alejándose del mar. El sonido de las olas al romper en las rocas quedaba mitigado por el batir de unas gigantescas alas. Se giró y vio al demonio que lo aferraba. Tal como había predicho el Oráculo.

—¡Suéltame! —gritó mientras forcejeaba para liberarse.

No lo hizo. No hasta que lo dejó de nuevo en la terraza, donde estaba antes.

Retrocedió cuando el demonio se colocó en la balaustrada sin quitarle la vista de encima. Tenía una larga melena negra y su cuerpo estaba cubierto por vetas blancas y rojas. Le brillaban los ojos en la oscuridad. Sus iris eran blancos y estaban rodeados por sendos círculos rojos. Al igual que el pelo, sus alas y sus cuernos eran negros.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Aquerón con voz ponzoñosa.

—Akri debería tener más cuidado —susurró la criatura con voz amable —. Si Xiamara hubiera tardado un poco más en aparecer, habrías muerto.

—Quiero morir.

La vio ladear la cabeza y el gesto le recordó a un pájaro.

—¿Por qué, akri? —El demonio echó un vistazo por encima del hombro hacia el lugar donde se congregaban los invitados según llegaban—. Mucha gente ha venido a celebrar tu nacimiento humano.

—No han venido por mí.

Xiamara lo miró con el ceño fruncido.

—Pero eres el príncipe. El heredero.

Sus palabras le arrancaron una amarga carcajada.

—Soy el heredero de una mierda y el príncipe de la nada.

—No. Eres Apóstolos, hijo de Apolimia, adorado por todos.

—Soy Aquerón, hijo de nadie. Adorado solo dentro de los confines de un dormitorio.

Xiamara bajó despacio de la balaustrada y se colocó frente a él. Sus alas se plegaron en torno a su cuerpo, musculoso y atlético.

—No recuerdas tu nacimiento. Lo entiendo. Tu madre me ha enviado para darte su regalo.

Aunque intentaba comprender lo que le estaba diciendo, el alcohol le nublaba la mente. Ese demonio no estaba bien de la cabeza. Seguro que lo había confundido con otro.

—Mi madre está muerta.

—La reina humana, sí. Pero tu verdadera madre, la diosa Apolimia, está viva y te envía todo su amor. Yo soy Xiamara, su fiel sirvienta, y he venido a protegerte como la he protegido a ella.

Aquerón meneó la cabeza. Estaba borracho. Sufría una alucinación. Tal vez hubiera muerto.

—Aléjate de mí.

El demonio no lo obedeció. Antes de que pudiera escapar, Xiamara le colocó una bolita contra el pecho.

El dolor que lo asaltó de repente lo hizo gritar. En la vida había sentido nada parecido a pesar de todas las torturas que había sufrido. Era como si por sus venas corriera sangre envenenada que estuviera desgarrándole el cuerpo.

Partiendo del centro del pecho, allí donde descansaba la bolita de piedra, su piel dejó de ser morena y comenzó a volverse azul con vetas…

A medida que el dolor y el color se extendían, lo invadió un tropel de imágenes y voces atronadoras. Percibió un sinfín de olores. El roce de la ropa era insoportable. Cayó al suelo y se encogió mientras sus sentidos sufrían el terrible asalto.

—Eres el dios Apóstolos. El Heraldo. El hijo de Apolimia, la Destructora. Tu deseo es el deseo del universo. Eres el destino final de todos…

Él seguía negándolo todo con la cabeza. No. Era imposible.

—No soy nada. No soy nada.

El demonio le levantó la cabeza.

—¿Por qué no estás contento? Ahora eres un dios.

La ira lo poseyó al tiempo que cogía con fuerza la mano de Xiamara. No comprendía los poderes que parecía tener ni nada de lo que le estaba sucediendo, pero de repente las humillaciones y los horrores que había padecido a lo largo de su vida lo desgarraron. De modo que los canalizó hasta la mente del demonio.

Xiamara gritó y zarandeó la cabeza.

—¡*Ni*! Esto no debía pasarte, akri. No…

Aquerón la agarró de nuevo y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Ya fue bastante malo cuando me creían el bastardo humano de un dios. ¿Te imaginas lo que querrán hacerme ahora? Líbrame de estos poderes.

—No puedo. Te pertenecen por nacimiento.

Se dejó caer contra el suelo, golpeándose con fuerza la cabeza.

—¡No! —rugió—. ¡No los quiero! ¡Solo quiero que me dejéis tranquilo!

Xiamara intentó abrazarlo.

La apartó de un empujón.

—No quiero nada de ti. Ya me has hecho bastante daño.

—Akri…

—¡Fuera de mi vista!

Los ojos del demonio relampaguearon, dejando clara su renuencia.

—Tus deseos son órdenes. —La bolita que le había pegado al pecho apareció de nuevo, colgada de una cadena en torno a su cuello—. Si me necesitas, llámame y acudiré.

Aquerón se apretó el cráneo con fuerza. Las nuevas voces y las nuevas sensaciones le estaban provocando un dolor lacerante. Tenía la impresión de que se estaba volviendo loco, y tal vez estuviera en lo cierto. Tal vez la crueldad con la que lo habían tratado había acabado con su cordura.

Escuchó que el demonio se marchaba entre los gritos y las nuevas voces que resonaban en su cabeza. Era como si pudiera oír a todos los habitantes del mundo a la vez. Conocía cada pensamiento, cada deseo, cada uno de sus temores.

Intentó silenciarlo todo con la respiración entrecortada. Tiró del colgante que tenía al cuello, pero fue incapaz de romper la cadena. En cambio, comenzó a brillar en la palma de su mano.

Soltó un alarido. Ojalá pudiera saltar otra vez, pero no podía. Por desgracia, ni siquiera era capaz de mantenerse en pie. Estaba muy mareado. Tenía el estómago revuelto…

¿Qué más le habían hecho?

Apolimia se paseaba de un lado para otro de su jardín en Kalosis mientras esperaba el regreso de Xiamara.

—¿Dónde está la *matera* de Simi?

Se volvió un poco y vio que la hija pequeña de su demonio estaba en el vano de la puerta. La criatura también se llamaba Xiamara. «Simi» significaba «bebé» en caronte. Tenía casi tres mil años, aunque no aparentaba más de tres o cuatro en términos humanos. A diferencia de los humanos y de los dioses, los demonios carontes crecían muy lentamente.

La diosa se arrodilló y extendió los brazos hacia la pequeña.

—Todavía no ha vuelto, preciosa. Vendrá pronto.

Simi hizo un puchero antes de correr hacia ella y echarle los brazos al cuello. Se metió un pulgar en la boca y con la otra mano la aferró del pelo.

Apolimia cerró los ojos mientras acunaba al pequeño demonio. Ojalá hubiera podido acunar así a su hijo. Una vez al menos. En cambio, tenía que conformarse con entregar todo su amor a la simi de Xiamara mientras esperaba que su hijo fuera lo suficientemente mayor como para liberarla.

Simi apoyó la cabeza en su hombro mientras ella le cantaba.

—¿Por qué está triste akra?

—No estoy triste, estoy impaciente.

—¿Impaciente es como se pone Simi cuando come mucho y le duele la barriga?

Apolimia sonrió y la besó en la coronilla.

—No exactamente. Es cuando estás deseando que pase algo.

—¡Aaaah! Como cuando Simi tiene hambre y está esperando que *matera* le dé de comer.

—Más o menos.

Apolimia sintió que el aire se movía. Entre las sombras apareció la silueta de Xiamara. Los nervios la paralizaron mientras esperaba a que su amiga se acercara.

Sin embargo, al percibir cierta incertidumbre en Xiamara, el corazón le dio un vuelco.

—¿Qué pasa?

Xiamara extendió las manos para coger a Simi, que se fue con su madre, encantada. La acunó con fuerza mientras comenzaba a llorar.

Apolimia sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y que la invadía el miedo.

—¿Xi? Dímelo.

—No sé cómo decírtelo, akra —replicó con los ojos cerrados y sin dejar de acunar a su hija.

Cuanto más dudaba, más aumentaba la preocupación de Apolimia.

—¿No se encuentra bien? Todavía sigo encerrada aquí, así que sé que está vivo.

—Vive, sí.

—Pero no me… ¿no me quiere?

Xiamara meneó la cabeza antes de dejar a Simi en el suelo.

—Ve a buscar a tu hermana, Simi. Necesito hablar con akra a solas.

Simi se alejó de ellas dando saltitos y chupándose el pulgar.

Cuando la caronte la miró, Apolimia sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—¿Qué me estás ocultando?

Xiamara sorbió por la nariz y le colocó una mano en el hombro para transferirle las imágenes que Apóstolos le había permitido ver. La diosa contempló, horrorizada y sin dar crédito, lo que le habían hecho a su hijo.

Sin embargo, la cólera no tardó en sustituir al resto de las emociones. Una cólera tan inmensa que le arrancó un grito. Su voz reverberó en el Palacio de la Muerte y llegó hasta Katoteros, donde moraba el resto de los dioses.

Toda actividad quedó paralizada en cuanto los dioses atlantes escucharon el agónico grito.

Uno a uno, se volvieron hacia Arcón, que acababa de quedarse blanco.

—¿Se ha liberado Apolimia? —preguntó Epitimia, la diosa del deseo.

Arcón negó con la cabeza.

—De haberlo hecho, ya estaría aquí. No. Ha sucedido algo. De momento, estamos a salvo.

O al menos eso esperaba…

Apolimia se apartó de Xiamara mientras las imágenes iban grabándose a fuego en su mente. Lo que le habían hecho los humanos a su hijo…

—Los mataré a todos —masculló entre dientes—. Todo aquel que le haya puesto un dedo encima morirá abrasado por las llamas, suplicando una clemencia que no les concederé. ¡No tendré piedad! —rugió antes de mirar a Xiamara—. Sobre Arcón recaerá todo el peso de mi ira. Ya no siento nada por él.

Xiamara plegó las alas en torno a su cuerpo.

—Pero Apóstolos se niega a aceptar lo que le corresponde. Me echó de su lado.

—No importa, Xi, ve con él. Consuélalo y ayúdalo a comprender lo que tiene que hacer. Dile que cuando venga a buscarme, todo se arreglará.

—Lo intentaré, akra.

Aquerón yacía en la oscuridad de su dormitorio, intentando respirar mientras temblaba por el inmenso dolor que le había provocado la saturación sensorial. De repente, escuchó una voz dulce y melodiosa en su cabeza que silenció todas las demás. Era la voz más exquisita que había oído en la vida.

El dolor desapareció y volvió a respirar con normalidad.

—*Ya estoy contigo, Apóstolos*.

—¿Quién eres?

—Es la voz de tu madre.

Escudriñó la oscuridad y descubrió que el mismo demonio de antes estaba arrodillado a su lado. Se encogió para apartarse de ella.

—No tengo madre. Me apartó de su lado cuando nací.

—No, akri —lo contradijo el demonio en voz baja—. Fui yo quien te apartó de los brazos de tu madre mientras ella lloraba por ti. Porque tenía miedo de que te pasara algo. Apolimia, tu madre, te ocultó en el plano humano para protegerte de los dioses que querían matarte. Te lo juro por mi vida. Ninguna de las dos queríamos que sufrieras. Pensábamos que crecerías como un príncipe. Mimado. Amado. No habíamos previsto nada de esto.

Las afirmaciones le resultaban muy difíciles de creer.

—No lo entiendo. ¿Por qué querían matarme los dioses?

—Porque se profetizó que tú ocasionarías el fin del panteón atlante. Tu madre te quiere muchísimo. Arriesgó su vida y desafió a todos los demás para salvarte y mantenerte oculto hasta que fueras lo bastante mayor como para luchar contra ellos con tus poderes. Ahora mismo está encerrada, esperando que vayas a liberarla. Si lo haces, ella se encargará de vengar todo el mal que te han hecho.

—¿Cómo?

—Destruirá a todos los que te han hecho daño. —El demonio le acarició el pelo como si fuera la madre que le había descrito—. Ninguna otra madre ama tanto a su hijo como Apolimia te ama a ti. Desde que se separó de ti, la he visto llorar día tras día por el dolor de la separación, por la añoranza. Vuelve conmigo a casa, Apóstolos. Vuelve con tu madre.

Quería hacerlo. Pero…

—¿Cómo sé que puedo fiarme de ti?

—¿Por qué iba a mentirte?

Porque todo el mundo mentía, sobre todo a él.

—Por un sinfín de razones.

—*Xiamara*, *ya vienen. ¡Apártate de él*, *rápido*!

El demonio se alejó de él.

—Los dioses no pueden saber que estoy a tu lado porque descubrirán quién eres y sabrán tu paradero. Escucha la voz de tu madre. Yo volveré tan pronto como pueda. Sigue oculto, cariño. —Y se desvaneció al instante.

Aquerón siguió en el suelo, escuchando las voces que se mezclaban en su cabeza. Escuchaba risas y llantos, maldiciones y gritos.

Hasta que la voz de su madre volvió a silenciarlas todas y lo tranquilizó. Se concentró en esa voz y cerró los ojos, aliviado a medida que el palpitante dolor de cabeza desaparecía junto con las voces.

¿Le habría dicho el demonio la verdad? ¿Podía creer que su madre realmente lo quería?

Porque le parecía ridículo.

Cogió la bolita que llevaba al cuello y la analizó con detenimiento. Era algún tipo de mineral, translúcido e iridiscente. En ese momento se percató de algo concerniente a la marca que lo identificaba como un esclavo. Había desaparecido sin dejar rastro. ¿Cómo era posible?

«Soy un dios que antes fue un esclavo», pensó.

Y no un esclavo cualquiera, sino un esclavo perteneciente a la clase más despreciada.

Se tapó los ojos con las manos, embargado por la vergüenza. En ese momento las imágenes lo asaltaron de golpe. Imágenes del pasado, del

presente y del futuro correspondientes a las vidas de miles de personas. Escuchaba sus esperanzas y sus temores. La esencia misma del universo.

Por primera vez vio las vidas de aquellos que habían sufrido mucho más que él. Y de otros que habían tenido vidas mucho más fáciles. Escuchó los gritos de las madres que habían perdido a sus hijos. De los niños huérfanos. De mendigos y de reyes…

Comprendió por fin a lo que se refería Artemisa cuando decía que no le prestaba atención al mundo humano. Era agobiante. Espantoso. Todas esas personas necesitaban ayuda; y al imaginarse ayudándolas, vio numerosas posibilidades derivadas de su intervención.

Lo único que no veía era su propia vida.

Ni la de Ryssa.

Tampoco la de Artemisa. ¿Por qué? No tenía sentido.

«Sí, claro…», pensó.

Nada de lo que le había pasado tenía sentido. Se echó a reír por lo absurdo que parecía todo.

Al abrir los ojos descubrió que ya no estaba en el suelo. Estaba flotando en el aire. Jadeó y cayó de golpe. El dolor del impacto lo invadió al mismo tiempo que su cuerpo volvía a adquirir las vetas azules. Vio que tenía las uñas negras y muy largas.

Algo no iba bien. Su cuerpo le resultaba extraño. Contempló su piel veteada mientras intentaba averiguar por qué era azul.

¿Cómo iba a mantener algo así oculto a los ojos de su familia?

«¿Eso quieres hacer?», le preguntó la voz de su conciencia.

Soltó una carcajada cruel al pensar en la cara de su «padre» cuando le dijera quién era y lo que era.

«Soy un dios.»

Nada de semidiós. Un dios de la cabeza a los pies. Un dios amenazado al que buscaba todo un panteón para matarlo. Era ridículo. Desafiaba a la lógica. Y no obstante… era azul.

Intentó levantarse, pero el movimiento le provocó un repentino mareo que lo postró de rodillas. Miró hacia la cama y deseó poder llegar hasta ella. Al instante estaba en ella, arropado con la sábana.

Abrió los ojos de par en par cuando entendió lo que había pasado. Era un dios con los mismos poderes que Artemisa.

O tal vez no. ¿Cómo funcionaban los poderes de los dioses?

—¿Aquerón?

Se tensó al escuchar la voz de Ryssa. Había entrado en el dormitorio. Se echó un vistazo y comprobó que su aspecto había vuelto a la normalidad. Aunque de todas formas, agradeció el hecho de estar cubierto por la sábana.

—¿Qué?

—¿Estás enfermo?

Pues no. En realidad, ya ni siquiera estaba borracho.

—No, estoy descansando, nada más.

Sintió que su hermana se sentaba en el borde del colchón y que le daba un tirón a la sábana.

—Anda, mírame.

Aterrado por lo que pudiera suceder mientras estuviera con él, se destapó la cabeza.

La vio sonreír.

—No te he visto en todo el día y quería darte esto. —Le ofreció una cajita.

Su regalo le provocó un nudo en la garganta.

—Gracias.

Le devolvió la sonrisa y abrió la cajita. En su interior descubrió un brazalete con un pequeño grabado. Un sol atravesado por tres rayos. Frunció el ceño al ver el emblema, ya que le resultaba familiar.

—Sé que es extraño, pero lo vi en el mercado y me acordé de ti. El artesano me dijo que simbolizaba la fuerza.

—Es atlante. —El sol era el símbolo de Apolimia… su madre.

«*Mi regalo lo ha entristecido. ¿Por qué habré cogido ese brazalete? ¡Ay, no…!*»

Esos eran los pensamientos de Ryssa, que él escuchaba perfectamente en su cabeza.

—Es precioso, gracias —le dijo.

Su hermana hizo ademán de arrebatárselo.

—Si quieres…

Él se lo impidió cubriéndole la mano con la suya.

—Ryssa, me encanta.

«*Lo dice para contentarme. Lo siento mucho, Aquerón. No quería elegir algo atlante. ¿Cómo he podido ser tan tonta?*»

Le resultaba desconcertante escuchar los pensamientos de su hermana mientras la veía sonreír para disimular.

—Bueno, si estás seguro…

Asintió con la cabeza.

—Estoy seguro, gracias —repitió.

«*Qué tonta soy. Le compro un regalo para que por lo menos tenga algo y lo arruino todo con mi estupidez.*»

El amor tan sincero que sintió en sus pensamientos hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. Su hermana lo quería de verdad. Más de lo que había imaginado.

Se llevó su mano a los labios para besársela.

—Ryssa, te quiero muchísimo. Lo sabes, ¿verdad?

—Yo también te quiero.

«*Y me encantaría que este día fuera tan especial para ti como te mereces. No es justo que estés aquí solo.*»

—¡Ryssa! —La voz estentórea de su padre hizo que Aquerón le lanzara una mirada furibunda a la puerta.

Ryssa lo miró con el ceño fruncido.

«*¿Qué le pasa en los ojos?*»

Aquerón ladeó la cabeza para ocultar los ojos, asustado por la posibilidad de que hubieran cambiado de algún modo. Su cuerpo continuaba siendo normal, pero ¿les habría pasado algo a sus ojos?

La puerta se abrió de repente para dejar paso a su padre.

—¿¡Qué estás haciendo aquí!? Ha llegado el momento de brindar por tu hermano.

Ryssa se levantó y alzó la barbilla.

—Le estaba dando un regalo a mi hermano.

—Déjate de impertinencias. Se requiere tu presencia en la fiesta. Ahora mismo.

—Vete, Ryssa —murmuró Aquerón—. Tu padre te necesita.

«*Puto asqueroso, hasta los dioses te dan la espalda.*»

Los pensamientos del rey le arrancaron una carcajada. Si Jerjes supiera…

Nada más lejos de la realidad. Lo que sobraba en su vida eran dioses.

El rey no se movió hasta que Ryssa salió al pasillo. Aguardó de pie junto a la puerta, mirándolo furioso.

—¿Por fin has dejado de llamarme «padre»?

Se encogió de hombros antes de responder:

—Sé que no sois mi padre. Y estoy seguro de que vuestro hijo os espera abajo ansioso por escuchar la preciosa oda que habéis compuesto en su honor.

«*Debe de estar borracho.*»

—No te atrevas a salir de aquí.

—Podéis estar tranquilo. No tengo la menor intención de joderos la fiesta.

Aunque claro, si su plan original hubiera funcionado, el rey estaría lamentando la muerte de su amado hijo en ese preciso instante.

«*Debería mandarlo azotar. Pero eso empañaría la fiesta de Estigio. Insolente…*»

El rey salió y cerró la puerta.

Aquerón meneó la cabeza en un intento por borrar los pensamientos del rey. Cogió el regalo de Ryssa para examinarlo de cerca. Qué ironía que se lo hubiera regalado precisamente esta noche. Era como si su madre la hubiera guiado hacia el brazalete.

—¿*Apóstolos*?

La suave voz que había oído tantas y tantas veces a lo largo de su vida hasta el punto de pensar que se estaba volviendo loco lo dejó petrificado.

—¿*Matera*?

—*Hijo mío… Te juro que me vengaré de todos los que te han hecho daño. Pero debemos ser muy cuidadosos. Xiamara volverá a tu lado para enseñarte a usar tus poderes. De momento, no los utilices para que Arcón no te descubra. Sigue escondido y cuando los demás dejen de tramar en nuestra contra, Xiamara te ayudará a llegar a mi lado y yo me aseguraré de que nadie vuelva a hacerte daño jamás. Te lo juro por mi vida.*

Sintió que el aire se agitaba suavemente cerca de su mejilla. Como si fuera una especie de caricia muy breve.

Apretó los dientes y sintió una oleada de dolor. Su madre lo amaba… su verdadera madre.

Ansiaba verla con desesperación. Ansiaba experimentar, aunque solo fuera por una vez, lo que se sentía al tener a una madre que lo miraba como el rey miraba a Estigio y a Ryssa. Con orgullo. Con amor.

«Alguien me quiere.»

Y lo más importante: Artemisa ya no tendría que avergonzarse de él. Aunque para una diosa estar con un puto suponía una degradación, no había nada de lo que avergonzarse si estaba con otro dios.

Podría demostrarle su amor abiertamente.

Sintió deseos de gritar de alegría. Se llevó el brazalete de Ryssa al pecho y sonrió al imaginarse el momento de decirle a Artemisa lo que le había pasado. Seguro que se alegraría tanto como él.

¿Cómo no iba a alegrarse?

Sin embargo, en ese instante tuvo un mal presentimiento. Algo le dijo que debería temer lo que el mañana pudiera depararle.

24 de junio, 9527 a. C..

Aquerón se paseaba de un lado para otro de su dormitorio, impaciente porque Artemisa apareciera y así poder sorprenderla con su recién adquirido papel. La mañana había sido muy interesante, ya que había descubierto muchas cosas sobre sí mismo. Podía mover objetos con el pensamiento. Al igual que Artemisa, podía teletransportarse de un lado a otro. Cierto que su madre le había dicho que no debía utilizar esos poderes, pero la verdad era que no podía resistirse. En realidad los poderes parecían controlarlo a él y no al contrario.

Todavía seguía escuchando en su cabeza las voces de la gente que lo rodeaba y de otras que se encontraban en tierras lejanas. En ocasiones hablaban tan alto que el dolor lo postraba de rodillas. Escuchaba todos y cada uno de los pensamientos. El mundo entero estaba desnudo ante él.

Su único remanso de paz era Apolodoro, cuyos deseos eran muy sencillos. Comer, dormir, que lo abrazaran y que lo quisieran. Era tal el consuelo que encontraba al abrazarlo que el simple gesto acallaba todas las voces que gritaban en su cabeza y le permitía recuperar el control.

—¿Aquerón?

Se volvió para ver a su hermana, que había entrado en tromba en su habitación con Apolodoro en brazos.

«*Apolo es un imbécil. Estoy harta de ser su juguete y su comida. Cree que mi único objetivo en la vida es ir corriendo a su lado en cuanto chasquea los dedos.*»

—Tengo que irme un momento. ¿Podrías cuidar de Apolodoro? Su niñera no es capaz de tranquilizarlo y yo no puedo encargarme de él ahora

mismo. —«*Su padre es un cerdo egoísta que me tiene por su perra en celo particular*»—. Espero que no te importe.

Negó con la cabeza mientras intentaba separar lo que su hermana le decía de verdad y lo que estaba pensando. Era muy desconcertante.

—No me importa. —Cogió a Apolodoro.

«*¿Mamá? Abrázame…*»

Abrazó con más fuerza a su sobrino.

—Yo me quedo con él. No te preocupes.

—Gracias. —«*No sé qué haría sin ti*, akribos. *Eres la única persona en quien puedo confiar. Los demás son unos inútiles*»—. Volveré en cuanto pueda. —Le dio un beso fugaz a su hijo en la cabeza y salió corriendo de la estancia, maldiciendo a Apolo a cada paso.

Aquerón miró a su sobrino, que lo observaba con curiosidad.

—No sabía que tu madre tenía un vocabulario tan colorido.

Apolodoro se echó a reír como si entendiera lo que le estaba diciendo.

«Theios… *¿jugar?*»

—Por supuesto.

Se arrodilló en el suelo y dejó a su sobrino de pie para que Apolodoro pudiera agarrarse a él mientras intentaba andar.

«*Api quiere* theios.»

Sonrió al escuchar el apodo con el que su sobrino se llamaba.

«Api quiere a su tío», acababa de decirle.

Atesoró esas palabras. Cerró los ojos e intentó imaginarse al hombre en el que se convertiría su sobrino, pero al igual que le sucedía con Ryssa, no vio nada. Era muy raro. Siempre que alguien se le acercaba, veía su futuro con claridad cristalina.

¿Por qué no sucedía lo mismo con sus allegados?

Apolodoro se cayó de culo y empezó a chuparse el pulgar.

—¿Qué quieres que hagamos mientras mamá vuelve?

«*Cosquillas.*»

Se echó a reír al escucharlo.

—Muy bien.

Le dio el gusto a su sobrino y empezó a hacerle cosquillas en la barriga hasta que lo hizo reír a carcajadas y se dejó caer de espaldas agitando las

piernecitas en el aire.

La alegría tan natural de su sobrino y su amor lo conmovieron tanto que sintió deseos de abrazarlo toda la eternidad y protegerlo de todo. No había nada ni nadie en el mundo a quien quisiera más que a ese ser tan chiquitín. Rezó para que siempre fuera así. Para que ninguna mala palabra ni ningún acto cruel los separase.

¿Qué pensaría su sobrino cuando creciera y Estigio y el rey le dijeran lo que había sido? ¿Tendría Apolodoro en cuenta que lo habían obligado? ¿Tendría en cuenta que jamás lo habría hecho si le hubieran dado a elegir?

Aunque lo peor era la posibilidad de que se repitiera lo de Maia…

Se le revolvió el estómago al pensarlo. Cogió al bebé en brazos y lo acunó contra su pecho con fuerza, pero con cuidado para no hacerle daño.

—Por favor, no me odies nunca, Api. No soportaría que me odiaras.

«*Api quiere* theios.»

Atesoró cada sílaba.

—¡Qué conmovedor!

Al abrir los ojos, vio a Artemisa delante de ellos.

—¿Conoces a Apolodoro?

La diosa se encogió de hombros.

—Pues no. Apolo tiene muchos bastardos. Pero supongo que puede considerarse bastante mono para ser un humano apestoso en miniatura.

Intentó escuchar los pensamientos de la diosa, pero a diferencia de lo que ocurría con los humanos, no le resultó fácil. Tuvo que esforzarse mucho y solo consiguió retazos sueltos.

«*Suelta a ese niño. He venido para estar contigo.*»

—¿Dónde está su madre?

—Con Apolo.

Artemisa puso los ojos en blanco antes de soltar un suspiro.

—¿Es que nadie se encarga de esa cosa?

—Pues sí, y da la casualidad de que yo soy quien se encarga de él en estos momentos.

La diosa puso los brazos en jarras.

—Siéntate, Artie, para que puedas conocer a tu sobrino. Sus mordiscos no duelen. —A diferencia de los suyos.

Artemisa se sentó junto a ellos y sus ademanes pusieron de manifiesto lo nerviosa que estaba.

—¿Está mojado?

—No.

Apolodoro se metió los dedos en la boca mientras miraba con curiosidad a Artemisa.

«*Ella no está bien*, theios…»

Aquerón soltó una carcajada al escuchar a su sobrino.

Artemisa los fulminó a ambos con la mirada.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada —se apresuró a contestar mientras se preguntaba por qué Artemisa no podía escuchar los pensamientos de su sobrino. Eso hizo que se preguntara hasta qué punto diferían los poderes de un dios de los de los demás. Tal vez podía hacer muchas cosas de las que ella era incapaz—. Dime, tú que eres una diosa, ¿has escuchado alguna vez lo que piensa la gente?

La vio poner los ojos en blanco.

—Intento no hacerlo. Sus pensamientos suelen ser muy aburridos. O están tramando la forma de hacerle daño a alguien o suplican que se les conceda algo. Las personas son insectos.

Su rabiosa hostilidad lo pilló desprevenido. Aunque a lo largo de su vida había conocido a gente abominable, no insultaría a los insectos al compararlos con esos cerdos.

—¿Yo también?

La diosa le acarició el pelo.

—No. Tú siempre guardas silencio. Nunca he oído tus pensamientos. Por eso me gusta estar contigo.

Le resultó desconcertante no poder escuchar lo que ella pensaba.

De todas maneras y como diosa que era, ¿no debería saber que estaba sentada junto a otro ser divino? ¿Cómo era posible que no supiera lo que le había pasado la noche anterior?

—¿Ves algo diferente en mí?

—Salvo el hecho de que estás acunando a un niño apestoso… No. —Dejó caer la mano—. Sé que los humanos le dais mucha importancia al

aniversario de vuestro nacimiento, pero lo único que hace es señalar que estáis un año más cerca de la muerte. ¿Por qué celebrar algo así?

Resopló al escuchar ese comentario. De modo que no percibía sus recién liberados poderes divinos. Fascinante.

—No me refería a mi edad.

—¿A qué te refieres entonces? No te has cortado el pelo y teniendo en cuenta cómo se mueve ese mocoso encima de ti sin que te quejes siquiera, no te han dado una paliza. ¿Qué más ha podido pasar?

El hecho de que se tomara tan a la ligera las palizas que le daban lo enfureció. Esa zorra debería padecer el dolor y la humillación de una sola paliza para comprender que no debía hablar de ellas como si fueran algo normal.

—Nada.

Artemisa restó importancia a su airada respuesta con un gesto de la mano.

—Qué raro eres.

Apolodoro gateó hasta Artemisa. Se miraron a la cara un buen rato antes de que el niño le sonriera y colocara una mano mojada en su brazo.

—¡Ay, qué asco! —Le apartó la mano.

Aquerón extendió los brazos para que su sobrino regresara con él.

—¿Cómo lo soportas? —Artemisa se echó a temblar cuando lo vio coger al niño, que le dio un beso baboso en la mejilla.

—Lo quiero, Artie. No hay nada de asqueroso en él.

Artemisa se estremeció todavía más, como si fuera la cosa más repulsiva del mundo.

—Quieres tener hijos propios, ¿verdad? —La acusación de su voz lo sorprendió, porque parecía tacharlo de imbécil por desear algo así.

Abrazó con fuerza a su sobrino mientras sopesaba la respuesta a una pregunta que nunca antes se había planteado.

—Puesto que no puedo tener hijos, nunca me he parado a pensarlo.

—¿Y si pudieras?

Miró a su sobrino y sonrió. Daría cualquier cosa por ser capaz de crear algo tan valioso.

—No se me ocurre mejor regalo que tener un hijo que me mirase como lo hace Api.

—Pues entonces te buscaremos un bebé.

La idea le arrancó un resoplido, y cambió el tema de conversación a algo más importante y posible.

—Dime una cosa, Artie. Si fuera un dios, ¿reconocerías nuestra relación ante los demás?

Artemisa soltó un gruñido asqueado.

—No eres un dios, Aquerón.

—Pero si lo fuera…

—¿Por qué haces unas preguntas tan ridículas?

—¿Por qué no me respondes?

—Porque da lo mismo. No eres un dios. Ya te dije que tus ojos son una deformidad. Nada más.

¿Cómo podía estar un dios tan ciego como para no reconocer a otro? ¿O acaso su madre era tan poderosa que había conseguido ocultar su naturaleza a todos los dioses?

—¿Y nunca has visto a un dios con mis ojos?

—No.

Tal vez su naturaleza divina no tuviera nada que ver. Tal vez no lo reconociera porque pertenecían a panteones distintos.

—¿Alguna vez has conocido a un dios atlante?

Exasperada, Artemisa le dio un fuerte manotazo al aire.

—¿Por qué estás hoy tan preguntón?

—¿Y por qué te enfadas por unas preguntas tan simples?

—Porque quiero estar contigo sin esa cosa pegada a ti. ¿No podemos encerrarlo en una jaula o algo parecido?

La pregunta lo dejó horrorizado.

—¡Artemisa!

—¿Qué pasa? Así estaría a salvo.

—Lloraría y tendría mucho miedo.

—Vale. —Se puso en pie y los fulminó con la mirada—. Volveré cuando te hayas librado de él. —Desapareció al instante.

Apolodoro lo miró con curiosidad, de modo que le dio unas palmaditas en la espalda al tiempo que meneaba la cabeza.

—Bueno, Api, acabas de ver a tu tía Artemisa en todo su esplendor.

«*A… te… miiii… sa.*»

Sonrió al escuchar en su cabeza los intentos de su sobrino por pronunciar el nombre.

—Casi lo has bordado. Aunque tampoco importa. No creo que vaya a pasar mucho tiempo contigo.

«*Aqui está con Api.*»

Su sonrisa se ensanchó al escuchar el diminutivo que acababa de emplear Apolodoro.

—Aqui siempre estará contigo.

El bebé se echó a reír y se acurrucó en su regazo antes de apoyar la cabeza contra él. Le acarició la espalda y en un abrir y cerrar de ojos su sobrino ya estaba dormido.

Se lo colocó contra el hombro, y su suave respiración acalló las voces del resto del mundo. En ese momento estaba en paz con el universo, y se preguntó si su madre lo habría acunado alguna vez de ese modo.

Por primera vez en la vida lo creyó posible. Al menos, refiriéndose a su verdadera madre.

Apolimia.

Apolimia se paseaba de un lado para otro mientras Xiamara la observaba.

—Esa diosa griega sigue viendo a mi hijo. ¿Crees que podemos usarla para protegerlo?

Xiamara titubeó. Tal vez no debería haberle ocultado toda la verdad, pero si la diosa averiguaba en qué había consistido la vida humana de Apóstolos, su reacción sería impredecible.

—No lo sé, akra. Los griegos no son como nosotros y Artemisa no es muy poderosa en su panteón. Creo que tendría miedo de protegerlo.

Apolimia gruñó, frustrada.

—Tenemos que hacer algo.

—Puedo traerlo aquí, pero en cuanto lo haga, Arcón y los demás nos atacarán.

—No tengo miedo. En cuanto esté libre, podré derrotarlos. Además, contamos con tu ejército. Pero a Apóstolos… Podrían atacarlo e incluso uno de ellos podría matarlo mientras nosotras nos ocupamos de los demás.

Ese era el único motivo por el que había huido de ellos cuando estaba embarazada. El miedo que sentía por la seguridad del bebé había evitado que peleara. Un golpe fortuito podría haber acabado con la vida de su hijo. Era un riesgo que no estaba dispuesta a correr jamás.

—¿Invoco a un ctónico?

Apolimia se detuvo al escuchar la pregunta y se le encogió el corazón. Aunque los dioses ctónicos solían nacer como humanos, poseían poderes divinos y eran una especie de policía entre los distintos panteones. Mantenían el orden y evitaban las guerras abiertas entre los dioses. A pesar de eso, tenían sus propios objetivos, los cuales no siempre coincidían con lo que era mejor para el universo, mucho menos para ella.

—No confío en ellos. Es posible que mataran a Apóstolos para mantener la paz en vez de salvarlo. No correré ese riesgo.

La frustración se apoderó de ella. Mientras Apóstolos tuviera forma humana, era vulnerable. Podrían matarlo con mucha facilidad… ¿Cómo trasladar a su hijo a su lado sin poner en peligro su vida?

Jaden…

Se volvió hacia Xiamara.

—Akra —dijo la caronte con voz gélida—, no estarás pensando lo que creo que estás pensando, ¿verdad?

—Podemos negociar con Jaden para traer a Apóstolos hasta aquí. Pero necesito a un demonio para invocarlo. —Le lanzó a Xiamara una mirada elocuente.

Jaden era un intermediario que hacía tratos entre los demonios y la fuente primigenia del universo. Su poder se igualaba, e incluso superaba, al de los dioses. Si existía un ser capaz de proteger a su hijo y devolvérselo, era él.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti, Apolimia. Pero Jaden es impredecible. Aunque acepte el trato, tendremos que ofrecerle algo muy

importante a cambio.

La verdad era que no le importaba. Daría cualquier cosa por su hijo.

—¿Qué aceptaría a cambio de prestarnos ayuda?

—Es imposible saberlo.

La diosa se acercó a su estanque, en cuyas aguas podía espiar lo que sucedía en el universo. Podría haberlo usado para ver crecer a Apóstolos, pero el miedo se lo impidió. Si Arcón se hubiera enterado de que observaba a su hijo, podría haber utilizado el estanque para encontrarlo. Todavía no se atrevía a usarlo para ver a su hijo. Era un riesgo que se negaba a correr.

Hizo que el agua se elevara por encima del estanque y creó una bola iridiscente en el aire. Concentró sus poderes en el centro para encontrar a Jaden y averiguar lo que más deseaba en el mundo.

Las sombras giraron y se retorcieron. Y empezaron a tomar forma…

Sin embargo, justo cuando parecía que la imagen estaba a punto de cobrar sentido, se disolvió. Apolimia soltó una maldición. El poder que dominaba a Jaden no estaba dispuesto a revelar la forma de controlarlo.

¡Maldito fuera!

La furia y el dolor la consumieron. Muy bien.

—Invócalo y ofrécele mis poderes y mi vida si me concede cinco minutos a solas con mi hijo antes de que yo muera. Y si promete proteger a Apóstolos durante el resto de su vida.

Xiamara se quedó boquiabierta y soltó una carcajada nerviosa, presa de la incredulidad.

—No puedes hacer eso, akra.

La diosa la miró con expresión seria.

—¿Y si estuviéramos hablando de Xedrix, de Xirena o de Simi?

Xiamara maldijo al darse cuenta de que ella haría lo mismo para proteger a sus hijos.

—¿Estás segura?

—Es mi hijo, Xiamara. La única parte de mí que merece vivir. Cueste lo que cueste salvarle la vida, haz el trato. Solo quiero abrazarlo una vez antes de morir.

Xiamara la abrazó con fuerza.

—Eres la mujer más valiente que he conocido en la vida, akra. Haré lo que me pides aunque no quiera.

—¿Y te vincularás a él cuando yo me haya ido?

—Sabes que lo haré. Después de todo lo que hemos pasado juntas, daría la vida por ti y por tu hijo.

Apolimia se atragantó con las lágrimas.

—Entonces eres la mejor amiga que podría desear.

Xiamara le dio un último apretón antes de apartarse de ella.

—Volveré lo antes posible.

Deprimida, aunque también esperanzada, Apolimia la vio marcharse. Su mirada se clavó en el estanque, desesperada por comprobar cómo estaba su hijo, pero sabía que no debía intentarlo siquiera. En cuanto Xiamara liberó los poderes de Apóstolos, los otros dioses se habían puesto en alerta.

Ya faltaba poco para saldar cuentas con ellos. Iban a pagar muy caro lo que le habían hecho a su bebé y todos los días que la habían obligado a vivir separada de su hijo.

24 de junio, 9527 a. C..

Aquerón recorrió el centro de la ciudad mientras el poder de la vida corría por sus venas. Tenía la sensación de formar parte del universo por primera vez. Los colores eran más intensos. Los sonidos… Escuchaba los latidos de los corazones de la gente, oía la sangre correr por sus venas. Sabía los nombres de las personas solo con cruzarse con ellas. Descubría su pasado, su presente y su futuro.

Nada le estaba vetado. Sentía el poder de los milenios. Se sentía invencible.

«*Mmm… Me encantaría disfrutar de él un ratito.*»

Se volvió hacia la mujer cuyos pensamientos acababa de escuchar. Ella apartó la mirada de inmediato, como si su desvergüenza la abochornara.

Se detuvo de repente al caer en la cuenta de algo.

Desde que sus poderes se habían liberado, la gente no lo asaltaba como antes. Se dispuso a comprobar su teoría, porque si le salía mal, podía alejarse de ellos de inmediato con un simple pensamiento. Se bajó la capucha y notó el conocido estremecimiento que afectaba a todos aquellos que lo miraban. Sin embargo y por primera vez en su vida, todo el mundo mantuvo las distancias. Era como si pudieran sentir el poder que ostentaba y supieran de repente que no debían acercarse a él.

Sorprendido, se quitó el manto y se lo regaló a un mendigo mientras seguía caminando a cuerpo descubierto por las calles. Sin ocultarse. Así que en eso consistía la normalidad. Vivir sin miedo era increíble. Vivir sin que lo manosearan, sin que le hicieran daño.

Más contento que nunca, puso rumbo al templo de Artemisa y entró sin miedo alguno.

A esa hora estaba vacío. Envalentonado por sus poderes, se acercó a su estatua.

—¿Qué haces aquí?

Descubrió a Artemisa entre las sombras.

—Quería verte.

—Sabes perfectamente que no debes venir aquí —le advirtió con voz amenazadora—. ¿Y si alguien te ve?

Chasqueó la lengua antes de replicar:

—¿Qué problema hay, Artie? ¿Por qué no puedo hacerle una ofrenda a la diosa? ¿Tan repulsivo te parezco?

Artemisa frunció el ceño. Aquerón tenía algo distinto ese día. Exudaba una especie de poder… como el aura de un dios, aunque sabía que era imposible.

—¿Estás borracho?

La miró con una sonrisa deslumbrante.

—Ya no me emborracho con nada.

—¿A qué te refieres?

—A nada. —Se acercó a ella como un animal salvaje que acechara a su presa. Despacio. De forma sensual. Seductora.

Artemisa quedó hechizada por la belleza de sus ágiles movimientos que exudaban un erotismo sobrenatural. Antes de que pudiera moverse, él la abrazó con fuerza y la besó en los labios.

El deseo la consumió al instante y olvidó su temor a estar con él en un lugar donde pudieran verlos. Hacía mucho que no la besaba de esa forma. Antes de darse cuenta de lo que sucedía, se encontró en su dormitorio, en el Olimpo.

«Qué raro…», se dijo. No recordaba haber utilizado sus poderes. Sin embargo, desterró ese pensamiento cuando Aquerón la cogió en brazos y la llevó a la cama. Le encantaba que lo hiciera. La hacía sentirse muy femenina.

Aquerón no sabía de dónde había surgido ese arrebato de pasión. La sensación era abrumadora y muy emocionante. No recordaba haber sentido

nunca con nadie el anhelo que sentía en ese momento por estar con Artemisa. Era como si tuviera que poseerla sin pérdida de tiempo.

Como si algo lo acicateara desde lo más hondo de su ser para que la tomara y la dominara.

Los colmillos de Artemisa se alargaron mientras usaba sus poderes para desnudarlos.

—Eres tan guapo… —dijo con una pronunciación un tanto sibilante por culpa de los colmillos—. Te quiero dentro de mí mientras me alimento.

Sin embargo, no estaba de humor para complacerla. La alzó en brazos para besarla con toda la furia y la fuerza que hervían en su interior. Era como si no quedara ni rastro de humanidad en él. Gruñó mientras la colocaba boca abajo en el colchón, le separó los muslos y la penetró desde atrás.

Artemisa jadeó, presa de un placer inimaginable que la recorrió por entero. Aquerón nunca se había mostrado tan dominante con ella. Sin embargo, no había ni rastro de brutalidad en él. El contraste resultaba increíblemente placentero. Sus embestidas eran fuertes y profundas. Poderosas. Parecían llegarle a su alma inmortal.

—Dime a quién quieres, Artemisa —escuchó que le decía al oído, enfatizando cada palabra con un profundo envite.

—A ti —jadeó, casi sin aliento.

—¿A quién anhelas por encima de todo?

—Solo a ti.

—Di mi nombre, entonces. Quiero que me llames por mi nombre mientras estoy en tu interior. Mientras te hago mía.

—¡Aquerón! —gritó, cegada por el placer.

Salió de ella y la colocó de espaldas sobre la cama para que lo mirara. Con la respiración entrecortada, la miró con un deseo tan abrasador que temió estallar en llamas. No había nada servil en su actitud. La enfrentaba de igual a igual.

No, se trataba de algo más.

Su beso la abrasó hasta que volvió a penetrarla. Arqueó el cuerpo, acogiéndolo todavía más adentro.

Aquerón se apartó un poco para tomarle la cara entre las manos mientras la poseía con un ritmo desenfrenado y arrollador. En sus ojos apareció un brillo rojizo.

—Mírame mientras estoy dentro de ti y di mi nombre otra vez.

—¡Aquerón!

—¿Quién tiene poder sobre ti, divina Artemisa? ¿Quién consigue que te mojes de deseo?

Gritó al borde del orgasmo.

Y él se detuvo, como si lo hubiera adivinado. Fue tan frustrante que estuvo a punto de abofetearlo.

—Contéstame, Artemisa. Si quieres correrte, dime quién ostenta ese poder sobre ti.

Levantó las caderas y lo rodeó con las piernas.

—Tú, Aquerón. Solo tú.

Se apoderó otra vez de sus labios con un beso ardiente antes de retomar el ritmo anterior. Incapaz de soportarlo más, le apartó el pelo del cuello, puso fin al beso y le clavó los colmillos.

En cuanto lo hizo, Aquerón se hundió hasta el fondo en ella y se corrieron a la vez. El éxtasis fue tan sublime que chilló mientras su cuerpo se estremecía.

Aquerón se quedó petrificado mientras los espasmos lo asaltaban sin tregua. Era la primera vez que se corría dentro de Artemisa y la novedad lo cegó en un primer momento. La diosa lo aprisionó con su cuerpo y lo hizo girar para poder seguir alimentándose.

Saciado por completo, se quedó inmóvil mientras ella bebía su sangre, aunque en esa ocasión no sentía debilidad alguna.

Artemisa se apartó de él de repente y lo miró con incredulidad. Tenía los ojos plateados y los labios manchados de sangre.

—¿Qué eres?

Antes de que pudiera contestarle, volvió a sentir la ya familiar frialdad que se apoderaba de él junto con la descarga que anunciaba que su piel había cambiado de color.

Artemisa se alejó de él con un jadeo y se agazapó a los pies de la cama, lista para atacarlo.

Al verla, echó la cabeza hacia atrás y dejó que sus poderes se liberaran con tal intensidad que la onda expansiva destrozó los cristales de las ventanas.

—¡Fuera de aquí! —gritó la diosa.

Sin embargo, cuando intentó devolverlo al plano humano, se lo impidió; de hecho, tiró de ella para pegarla a su cuerpo. Cuando la cogió del brazo, comprobó que efectivamente sus sospechas eran ciertas: su piel volvía a ser azul.

—¿Qué pasa, Artie? ¿Me tienes miedo?

Artemisa tragó saliva mientras observaba a su precioso Aquerón. El apuesto muchacho rubio de rasgos perfectos había desaparecido. En su lugar había un ser de siniestra belleza. Su piel era azul, pero las vetas cambiaban de tonalidad como si se movieran sobre su cuerpo. Tenía el pelo tan negro como los labios y las uñas.

En cuanto a sus ojos…

Cambiaban del plateado al rojo sin cesar.

Era un dios destructor, estaba segurísima. Los poderes que percibía en él ridiculizaban los del mismísimo Zeus. Aquerón podía matarla…

—¡Me has engañado! —lo acusó.

—Nada de eso. —Su piel recobró la normalidad—. Te ofrecí mi corazón, Artemisa. Pero me dijiste que no era lo bastante bueno para ti. ¿Lo soy ahora?

No, en ese momento era incluso peor, se dijo. Acababa de introducir en el Olimpo a un dios mucho más poderoso que todos ellos.

La matarían.

—¿Qué quieres? —le preguntó, aterrada por su respuesta. ¿Querría matarlos a todos?

Levantó una mano para acariciarle la mejilla y vio que volvía a ser azul. El atormentado anhelo que asomaba a sus ojos la abrasó.

—Tu amor.

—Ya lo tienes, te quiero.

—Lo dices porque me tienes miedo. Lo percibo.

—No, Aquerón. Es la verdad. Te he querido desde la primera vez que me besaste.

Sus ojos adoptaron un intenso y llameante color rojo.

—Demuéstramelo.

—¿Cómo?

—Acompáñame al palacio de Dídimos y déjate ver a mi lado. Como mi igual.

La simple idea la horrorizó.

—No puedo hacerlo.

—Soy un dios. ¿Por qué no puedes pasear al lado de un dios?

Meneó la cabeza. Las cosas no eran tan simples.

—Antes eras un puto.

Aquerón se estremeció al escuchar una respuesta que lo atravesó con la misma ferocidad que la hoja de una espada.

—Soy una diosa virgen —le recordó con vehemencia—. Nadie puede saber que me sedujo un puto. Nunca podré dejarme ver a tu lado, seas un dios o no. Jamás.

Seguía sin ser lo bastante bueno para ella. Ya fuera un dios o un humano, siempre lo considerarían un despojo. Algo de lo que avergonzarse. Ni siquiera su madre podía acercarse a él.

Con el corazón destrozado, respiró hondo y se percató de que Artemisa se encogía. En ese momento se odió a sí mismo por la criatura que era. Por la criatura en la que se había convertido.

En un déspota.

Exactamente igual que aquellos que lo habían obligado a suplicar y a arrastrarse pidiéndoles clemencia. La mera idea lo asqueó.

Salió de la cama y obligó a Artemisa a ponerse en pie. Ella comenzó a temblar mientras se inclinaba para susurrarle al oído:

—No vuelvas a acobardarte cuando estés conmigo, Artie. Te di mi palabra de que jamás te haría daño y pienso mantenerla siempre. —Le colocó una mano azul en la mejilla y la besó en la sien.

Artemisa no respiró hasta que Aquerón hubo desaparecido. Desnuda y temblorosa, siguió de pie en la penumbra del dormitorio, confundida por todo lo que había sucedido.

Aquerón era un dios.

¿De qué panteón? Todavía tenía en los labios el regusto del poder que contenía su sangre. Dicho poder se mezcló con el suyo y la ayudó a vislumbrar una pequeña parte de sus habilidades.

Era un destructor. Un asesino de dioses. El panteón olímpico temía a ese tipo de deidades. Porque eran los únicos capaces de dominar la fuente del poder universal. No eran muchos los que poseían esa habilidad, y ninguno de los dioses griegos se encontraba en ese reducido grupo.

Ninguno.

Pero Aquerón sí…

—¿Qué he hecho?

Su irreflexiva estupidez podría acarrearles la muerte a todos.

25 de junio, 9527 a. C. Medianoche

Xiamara estaba delante de un viejo roble de tronco retorcido que se alzaba hacia el cielo desde la ladera de una montaña. Desde los albores de la historia, los árboles siempre se habían asociado a los dioses. Sus raíces se hundían en la tierra, buscando su centro mientras que las ramas se alzaban hacia el cielo.

En su interior guardaban la vida de la tierra y cada árbol contenía un pedacito del espíritu universal que vinculaba todos los mundos y todas las criaturas.

Albergaban tres de los cuatro elementos. Aire, agua y tierra. Y cuando ardían, también representaban al cuarto.

Sin embargo, lo más importante de los árboles en ese momento era que gracias a uno de ellos, con un poco de sangre humana y con unas gotas de la suya, Xiamara podía invocar a una de las criaturas más poderosas del universo.

Al Baraka.

Jaden.

Nadie sabía de dónde procedía ni cuándo había sido creado, engendrado o alumbrado. Nadie sabía si era humano, demonio u otra cosa. Pero si un demonio necesitaba algo, tenía que negociar con él.

Con el corazón desbocado, derramó sobre las raíces del árbol la sangre humana que una de las sacerdotisas de Apolimia había donado. Acto seguido, se hizo un corte en la mano y susurró las palabras necesarias para invocar al intermediario.

—Yo te invoco con la palabra y la sangre. Con la luna y la fuerza de la madera sagrada. Oscuridad, ven a mí. ¡Yo te invoco!

El viento comenzó a arreciar al mismo tiempo que se escuchaba el restallido de un relámpago. Xiamara plegó sus alas para que la tormenta no las dañase.

Una neblina negra se alzó de la tierra y se enroscó alrededor del tronco del árbol.

A Jaden siempre le habían gustado los numeritos.

Retrocedió mientras la neblina adoptaba la forma de un hombre. Poco a poco se fue solidificando hasta que aparecieron dos ojos inhumanos. Uno era de color marrón oscuro mientras que el otro era de un verde brillante. A continuación, apareció un rostro muy apuesto con una melena negra que descansaba sobre unos anchos y musculosos hombros. La criatura irradiaba poder e intolerancia.

Estaba encaramado a una de las ramas más altas, mirándola fijamente. Sus pantalones de piel marrón y el largo manto del mismo color se mimetizaban con el árbol.

—Hermosa caronte —dijo en la lengua materna de Xiamara y con una voz tan ronca que pareció reverberar en sus huesos—, dime por qué has venido en nombre de tu señora cuando sabes que no hago tratos para los dioses.

Desplegó las alas a su espalda en señal de confianza, aunque sabía que Jaden sería capaz de arrancárselas si se lo proponía pese a tenerlas pegadas al cuerpo.

—Porque quiero a Apolimia y no he venido en su nombre, sino para hacer un trato contigo en el mío.

Jaden la miró con una ceja enarcada.

—¿En serio?

—Sé que no puedes reclamar su vida ni hacer un trato con ella. Por eso me presento ante ti como demonio libre que soy… por mi cuenta y por mi propia voluntad, para hacer un trato contigo y lograr que ella obtenga lo que desea.

Lo vio apoyarse contra el árbol y cruzar los brazos por delante del pecho.

—¿Qué me ofreces, demonio?

—Mi alma. Mi vida. Lo que sea necesario para que reúnas a Apolimia con su hijo… siempre y cuando no exijas ni la vida ni la libertad de uno de mis hijos.

Jaden entornó los ojos mientras sopesaba su ofrecimiento.

—Estás vinculada a Apolimia.

Sí y no…

—Estoy vinculada a ella por la amistad y el amor, no por la esclavitud. Llevamos juntas desde que éramos niñas, antes de que su pueblo esclavizara al mío.

Jaden soltó un largo suspiro.

—¿Y qué me dices de tu *simi*? ¿No te da miedo que crezca sin su madre para que la proteja?

Parpadeó para contener las lágrimas al pensar en la menor de sus hijas y en la posibilidad de que creciera sin ella.

—Sé que Apolimia se encargará de que tenga lo mejor de este mundo. He criado a dos *simis* hasta que se han convertido en adultos. Apolimia solo tiene un hijo. Ninguna madre debería vivir sin su *simi*… ni siquiera una diosa. De este modo le daré lo que más desea.

Jaden bajó del árbol de un salto y cayó delante de ella. Era tan alto que tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—¿Sabes lo raro que es que me pidan un trato tan altruista, sobre todo en nombre de la amistad y no de la familia? —Le acarició la mejilla con un dedo helado—. ¿De verdad estás dispuesta a morir para darle a tu amiga cinco minutos con su hijo?

—Si eso es lo que me pides, sí.

Jaden dejó caer la mano. Sus ojos insondables no expresaban emoción alguna ni dejaban entrever su estado de ánimo.

—Tengo que pensármelo muy bien. Dame hasta mañana por la noche para decidirme. Entonces te daré mi respuesta.

Clavó una rodilla en la tierra delante de él.

—Gracias, akri. Xiamara esperará tu decisión.

Jaden se esfumó con el viento.

Xiamara se puso en pie y regresó con Apolimia para contarle que Jaden se estaba pensando el trato. Claro que nunca le revelaría las cláusulas exactas de la negociación.

Aquerón apuró el vino de su cáliz antes de lanzarlo contra la pared con una maldición. Había bebido tanto que debería estar ebrio. Sin embargo allí estaba, completamente sobrio. Ni siquiera las drogas funcionaban.

Todo su ser estaba alterado.

¡Maldición!

Sintió que el aire le rozaba la piel. Frunció el ceño y vio que Artemisa se materializaba delante de él.

Enarcó una ceja, sorprendido.

—No esperaba volver a verte… jamás en la vida.

Los labios de la diosa esbozaron una sonrisa torcida mientras lo miraba con timidez.

—Lo sé. Quería disculparme por lo que te dije antes. Estaba equivocada.

Todo su cuerpo se puso en alerta.

—¿Te estás disculpando conmigo?

Ella asintió con la cabeza al tiempo que se acercaba a la cama para tenderse a su lado.

—Incluso te he traído una ofrenda de paz.

—¿Una ofrenda de paz?

Le tendió un cuenquito cubierto.

Aquerón frunció el ceño un poco más, levantó la tapa y vio una sustancia viscosa de aspecto afrutado y color amarillo. Era la primera vez que veía algo así.

—¿Qué es?

—Ambrosía. El alimento de los dioses.

Se llevó el cuenco a la nariz para oler su contenido. Tenía un olor fuerte, algo ácido, mezclado con otro aroma delicioso.

—¿Por qué me lo has traído?

—Porque ahora eres un dios. Deberías comer como el resto de nosotros. —Con expresión tierna, le acarició un muslo y lo miró con los párpados entornados—. Incluso yo la como… es deliciosa.

Presa de algo que no podía explicar ni negar, cogió un trocito y lo probó. Era muchísimo más dulce de lo que su olor le había hecho creer. Artemisa tenía razón. Era lo mejor que había probado en la vida.

Al menos eso pensó hasta que todo comenzó a darle vueltas. Sintió los párpados muy pesados y los músculos, débiles; y le costaba trabajo respirar. En un abrir y cerrar de ojos reconoció los efectos físicos. La ira se apoderó de él cuando recordó todas las veces que lo habían drogado en contra de su voluntad a lo largo de los años.

—¡Me has drogado!

Artemisa se bajó de la cama de un salto.

—Perdóname, Aquerón.

De entre todas las cosas que le había hecho… esa traición era la que más le dolía.

—¿Qué has hecho?

Artemisa no le respondió, se limitó a observarlo en silencio mientras su cuerpo cambiaba de forma una y otra vez.

Intentó agarrarla, pero ella se mantuvo alejada hasta que lo vio perder el conocimiento. A saber lo que le habría hecho de haberla alcanzado. No respiró con tranquilidad hasta que lo vio caer al suelo.

Solo Hipnos era capaz de hacer un mejunje al que ni los dioses eran inmunes. La posibilidad de que no afectara a Aquerón la había tenido en vilo en todo momento.

Gracias a Zeus, no había sido así.

Con manos temblorosas sacó la daga que llevaba envainada y escondida en el muslo. Hefesto la había forjado en el Olimpo y al igual que la droga también sería efectiva contra un dios. Incluso había impregnado la hoja con sangre de titán para asegurarse. Bastaría un corte para que Aquerón muriese.

Se mordió el labio mientras contemplaba su cuerpo perfecto y desnudo. Estaba tumbado de costado sobre el suelo y respiraba de forma superficial.

Su pelo rubio ocultaba sus preciosas facciones y le otorgaba un aspecto algo aniñado e indefenso al dormir.

Recordó todas las veces que esos labios carnosos le habían dado placer. La felicidad que había iluminado esos ojos plateados al mirarla. Sin embargo, entonces era humano. En ese momento era una amenaza, y no solo para ella, sino para todos los dioses olímpicos.

«Solo un corte…», se dijo.

Tenía el cuello expuesto, a la espera de que ella actuara. Estaba a punto de hacerlo cuando vio en su mente una imagen de Aquerón riendo.

«Te quiero, Artie», le había dicho.

Nadie la había querido. No como él. Aquerón nunca le había hecho daño. Nunca le había exigido nada. Siempre pedía las cosas.

Y se había entregado libremente a ella…

«Mátalo, ¡maldita seas! ¡Hazlo!», se ordenó.

Agarró la daga con fuerza. La levantó con toda la intención de clavársela. Pero era incapaz. Su mente no dejaba de recordarle un sinfín de imágenes.

Aquerón la quería y ella lo quería a él.

Con un sollozo dejó caer la daga y apoyó la cabeza en su pecho. Como hombre, la había expuesto y la había amenazado como nadie jamás lo había hecho. Como dios, amenazaba la existencia de todo su panteón. Tenía que librarse de él.

Pero no podía.

Furiosa por su debilidad, lo dejó de nuevo en la cama. Le pasó un dedo por el mentón mientras luchaba contra las ganas de llorar. Iba a tener que hacer algo.

Tal vez pudiera encontrar a otro dios para que lo matara…

Aquerón escuchó que alguien gritaba. El sonido era espeluznante y desgarrador. Resonó por toda la habitación. Giró en la cama e intentó levantarse, pero no pudo. La droga que Artemisa le había suministrado seguía haciéndole efecto. No tenía ningún control sobre su cuerpo.

En ese momento escuchó los gritos de Apolodoro:

«¡Theios*! ¡Api necesita a* theios*! ¡Mamá! ¡Mamá, ven con Api! ¡Mamá!*»

Quería ir junto al bebé, pero era imposible. La cabeza le daba vueltas e incluso el menor movimiento le provocaba arcadas.

—Iré a verte mañana, *akribos* —le susurró a su sobrino justo antes de perder el conocimiento una vez más.

No obstante, siguió escuchando los gritos sumido en el estupor.

25 de junio, 9527 a. C. Mediodía

Aquerón se despertó por culpa de unos gritos desgarradores. Alguien chillaba como si le estuvieran arrancando el corazón. Parpadeó varias veces hasta abrir los ojos del todo y descubrió que el sol entraba a raudales por las ventanas abiertas.

La cabeza le palpitaba como si le fuese a estallar. Se incorporó en la cama, pero casi se cae al notar la primera arcada. No se despertaba tan mal desde que abandonó la casa de Estes. Se sentía como si hubiera sufrido una sobredosis de alguna sustancia…

«¡Artemisa!», exclamó para sus adentros.

Allí, a la luz del día, recordó su «regalo». Y también recordó haberla visto blandiendo una daga sobre él mientras decidía si lo mataba o no.

—Puta asquerosa —masculló.

En ese momento alguien abrió la puerta de su dormitorio haciendo que las hojas se estamparan contra la pared. El golpe reverberó en sus oídos con tanta fuerza que dio un respingo y empeoró su dolor de cabeza.

—No tan fuerte —susurró.

Ni siquiera había acabado de hablar cuando Estigio lo agarró por el cuello. Lo empujó sobre el colchón y se plantó sobre él.

—¿Estás borracho?

Negó con la cabeza.

Estigio le asestó un revés. Cogió el arca de las hierbas que descansaba en la mesita junto a la cama y la vació en su cara.

—¡Puto despreciable! ¡Te has pasado la noche durmiendo, borracho y drogado, mientras mataban a mi hermana! —exclamó mientras lo golpeaba

sin cesar.

Intentó esquivar los puñetazos, pero todavía estaba aletargado por la droga de Artemisa y no era capaz de reaccionar con rapidez. Hasta tal punto estaba atontado que tardó un buen rato en asimilar lo que Estigio acababa de decir.

—¿Qué has dicho?

—¡Ryssa está muerta, malnacido!

«¡No!», gritó para sus adentros. Era mentira. Estigio estaba torturándolo.

Los dioses no podían aborrecerlo tanto como para hacerle eso.

Se quitó a Estigio de encima con un empujón, salió de la cama y enfiló el pasillo a trompicones de camino a los aposentos de Ryssa. Entró, ajeno a su desnudez, y vio al rey abrazando a Ryssa. Parecía una muñeca. Tenía la cara azulada, y el cuerpo…

La imagen lo dejó sin aliento. La habían destrozado. La cara y el cuerpo parecían haber sufrido el ataque de las garras de un animal. El suelo y la cama estaban cubiertos de sangre. Cayó de rodillas al suelo, sin poder respirar y sin poder pensar más allá del horror de lo que estaba viendo.

Ryssa había muerto.

Y en ese momento fue cuando vio a Apolodoro y a la niñera, en el suelo frente a él. Los dos ensangrentados. Los dos muertos.

Se golpeó la cabeza contra el suelo en un intento por despejarse la mente. Por sentir otra cosa además del espantoso dolor que le había destrozado el corazón.

—Los oí… —susurró cuando la realidad de lo que había sucedido durante la noche lo golpeó con más fuerza que cualquier puñetazo de los que había soportado a lo largo de su vida.

«¡Maldita seas, Artemisa!», gritó para sus adentros.

Tenía los poderes de un dios, sí, pero había sido incapaz de salvar a las dos únicas personas que lo habían querido. ¿Por qué? ¡Porque esa puta lo había drogado!

La angustia le hizo soltar un alarido.

En ese momento vio claramente en su cabeza lo que había sucedido. Vio a los intrusos entrar por las ventanas para llevar a cabo la matanza. Escuchó

a Ryssa llamarlo a gritos para que la ayudara.

Escuchó a Apolodoro llamando a su tío…

De repente, sintió un impacto en las costillas. La fuerza del golpe lo hizo caer de costado. Miró hacia arriba y vio el furioso rostro de Estigio mientras le asestaba una patada en el estómago. Su gemelo no tardó en abalanzarse sobre él, lo agarró por la cabeza y comenzó a estampársela contra el suelo una y otra vez.

—¿¡Por qué no has sido tú, despojo inmundo, por qué!?

Ni siquiera intentó protegerse. En ese instante también quería morir. No tenía ninguna razón para seguir viviendo. Ryssa y Apolodoro estaban muertos.

Incluso Artemisa había intentado matarlo.

La furia se apoderó de él, arrancándole un grito. Se quitó a Estigio de encima, pero antes de que pudiera ponerse en pie, una luz cegadora inundó el dormitorio. Se tapó los ojos con las manos para protegérselos. Apolo acababa de manifestarse.

Un pesado silencio cayó sobre la estancia mientras la mirada del dios recorría los aposentos de Ryssa, reparando en todos y cada uno de los detalles. Hasta el rey había dejado de llorar, a la espera de la reacción de Apolo.

El dios no dijo nada cuando vio a Ryssa muerta en brazos de su padre, ni cuando vio el cuerpo de su hijo en brazos de su destrozada niñera.

—¿Quién es el culpable? —exigió saber, hablando entre dientes.

Estigio señaló a Aquerón.

—Él los dejó morir.

Antes de que pudiera negar la acusación, Apolo se abalanzó sobre él y le asestó tal puñetazo que lo lanzó por los aires y acabó estampado contra la pared, a unos tres metros del suelo.

El golpe al caer fue tremendo. Apolo lo agarró por el pelo y le retorció el cuello. Aunque intentó zafarse del dios, seguía estando demasiado débil.

Apolo le cruzó la cara, partiéndole los labios y la nariz. La sangre comenzó a manar. A partir de ese momento los puñetazos y las bofetadas se sucedieron sin pausa, de modo que era incapaz de recuperarse de uno cuando le llegaba el siguiente.

—¡Artemisa! —gritó con la esperanza de que su presencia aplacara la furia de su hermano.

—¡No te atrevas a pronunciar el nombre de mi hermana, puto asqueroso! —Apolo desenvainó la daga que llevaba a la cintura, le agarró la lengua y se la cortó.

La sangre amenazó con ahogarlo. Un dolor inimaginable se extendió por su cuerpo y lo llevó a intentar huir a gatas. Sin embargo, Apolo lo agarró por el cuello con brutalidad, dejándole grabada la huella de su mano.

—¡Akri, no! —Los gritos de Xiamara resonaron por la estancia cuando apareció sobre él y se lanzó a por el dios para quitárselo de encima e interponerse entre ellos.

—¡Quítate de en medio, demonio! —le ordenó Apolo.

Xiamara respondió atacándolo. A continuación se produjo una lucha feroz, aunque lo único que se veía era un torbellino de luz y plumas.

Aquerón sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas mientras luchaba contra el dolor que amenazaba con dejarlo inconsciente. Con la idea fija de matar a Apolo, se arrastró hasta el lugar donde había caído la daga del dios, cuya hoja estaba manchada por su sangre. Fortalecido por un arranque de furia nacida de los años de abusos y del sufrimiento que lo embargaba en esos momentos, cogió la daga y se lanzó hacia los combatientes.

Ryssa nunca significó nada para el dios. Del mismo modo que él no significaba nada para Artemisa. Su hermana despreciaba al dios y en ese momento ese cabrón actuaba como si quisiera vengar su muerte. No estaba bien, y juró por los dioses que le habían dado la vida que no iba a permitir que Apolo siguiera atacando al demonio de su madre. Su ira prendió fuego a la hoja de la daga, que comenzó a brillar mientras corría hacia ellos.

Con la mirada clavada en el dios, se abalanzó sobre él ajeno a la lucha que mantenía con Xiamara. Lo único que tenía en mente era atravesarle el corazón. Sin embargo, justo cuando llegó a su lado, el dios empujó a Xiamara de tal modo que cayó contra él. Los ojos del demonio lo miraron, abiertos de par en par, y comprendió en ese momento que Apolo la había empujado hacia la daga.

Sintió la sangre de Xiamara en la mano. El demonio miró hacia abajo para ver la extensión de su herida y soltó un grito. Quería decirle algo, pero

sin su lengua era imposible. Solo pudo abrazarla mientras ella se esforzaba por seguir respirando. La vio levantar una mano ensangrentada que le colocó en la mejilla.

—Apolimia te quiere —susurró en caronte, una lengua que de algún modo comprendía a pesar de no haberla oído nunca—. Protege a tu madre, Apóstolos. Sé fuerte por ella y por mí… —Y en ese momento la luz abandonó sus ojos y exhaló su último aliento.

Aquerón echó la cabeza hacia atrás e intentó dar rienda suelta a la furia, pero lo único que le salió de la garganta fue un grito estrangulado. Agarró con fuerza la daga y se volvió hacia Apolo.

El dios capturó su mano y le arrebató la daga. Después de cogerlo de nuevo por el cuello, lo lanzó al suelo. Él se defendió lanzándole una patada y giró para colocarse de costado.

En ese momento reparó en una silueta inmóvil en el rincón. La imagen de Artemisa, que contemplaba la lucha sin hacer nada salvo llevarse las manos a la boca, lo petrificó. La diosa los miraba horrorizada.

Extendió una mano hacia ella suplicando que lo ayudara.

Ella negó con la cabeza y retrocedió para que su hermano no la viera.

En ese momento supo que algo en su interior había muerto. Una extraña frialdad se apoderó de su cuerpo.

Artemisa se negaba a intervenir. Aun viéndolo herido y sufriendo un calvario que ningún ser humano merecía sufrir, su amor no bastaba. No significaba nada para ella.

Exhausto, desconsolado y derrotado, se dejó caer de espaldas al tiempo que Apolo se cernía sobre él. Enfrentó la furiosa mirada del dios un momento antes de que este le clavara la daga en el corazón, desde donde descendió hasta llegar al ombligo.

Presa de un dolor indescriptible, siguió en el suelo mientras Apolo lo destripaba a escasa distancia del cuerpo de Ryssa y delante de Artemisa.

Las lágrimas cayeron por fin mientras el dolor y la luz se desvanecían…

Artemisa siguió oculta entre las sombras, llorando en silencio mientras veía cómo su hermano apartaba el cadáver de Aquerón de una patada. Cuando

Apolo se acercó al rey, que seguía sentado en la cama abrazando el cuerpo de su hija, este descubrió que Estigio también yacía muerto en el vano de la puerta.

Aunque a ella le importaba un comino el príncipe.

Con el corazón destrozado, se deslizó por la pared hasta acabar agazapada en el rincón con la vista clavada en lo que quedaba de Aquerón.

Había supuesto que su muerte le reportaría un gran alivio. En cambio, su pérdida había resultado una agonía tan brutal que le robaba la razón. Su cuerpo era un torbellino de emociones.

Nunca había experimentado semejante sufrimiento.

Su alma gritaba de dolor de la misma manera que gritaba Jerjes cuando Apolo le quitó a Ryssa de los brazos y comprendió que su heredero también estaba muerto.

El rey, olvidados su poder y su dignidad, gateó por el suelo hasta llegar junto a Estigio, al que acunó mientras gritaba.

Nadie lamentó la muerte de Aquerón.

Nadie salvo ella.

Incapaz de soportar más tiempo la escena, volvió a su templo y se desahogó rompiendo todos los espejos, todos los frascos de cristal y toda la loza. Su furia era un torbellino que asolaba todo lo que encontraba a su paso.

¿Qué había hecho?

—Lo he dejado morir.

No, había intentado matarlo, se corrigió. Esa misma noche había deseado verlo muerto. Sin embargo, nunca había imaginado hasta qué punto Aquerón era importante para ella.

Sus caricias, su amistad…

Y se había ido. Para siempre.

—Te quiero, Aquerón —sollozó al tiempo que se mesaba el pelo.

«Se acabó. Ahora nadie descubrirá lo vuestro. Estás a salvo», le dijo la voz de su conciencia.

Una preocupación que en ese momento le parecía ridícula comparada con la certeza de que tendría que vivir toda la eternidad sin volver a ver su cara.

Apolimia jadeó al sentir que la presión desaparecía de su pecho. Sin necesidad de que nadie le dijera nada, supo que podía abandonar Kalosis.

Salir…

—¡No! —gritó al comprender lo que eso significaba.

Solo había una forma de conseguir la libertad.

Apóstolos había muerto.

Esas tres palabras se le clavaron en el corazón hasta dejarla al borde de las náuseas.

Incapaz de creerlo, corrió hacia el estanque e invocó el ojo universal. Allí en el agua, vio a Xiamara muerta en el suelo del palacio y a Apóstolos…

«¡No!»

De lo más profundo de su alma brotó un grito desgarrador provocado por la cólera y el dolor. Cuando surgió de su garganta, la imagen del estanque desapareció y las plantas del jardín se agitaron.

—¡Soy Apolimia Tánata Deia Fonia! —gritó con tanta fuerza que acabó con la garganta en carne viva, sangrando.

Era la destrucción final.

Y saldría en busca de su hijo para llevarlo a casa.

Que los dioses se apiadaran entre sí porque ella no iba a demostrarles compasión alguna.

25 de junio, 9527 a. C. El Tártaro

Hades, el dios griego de la muerte y del Inframundo, estaba en el centro de su salón del trono, mirando con incredulidad al recién llegado que yacía en una de las celdas más recónditas del Tártaro.

Y él no lo había metido allí…

Se miró el artilugio que llevaba en la muñeca y con el que controlaba el paso del tiempo y apretó los dientes. Todavía faltaban tres meses para que su esposa regresara al Inframundo a su lado. Pero la verdad era que necesitaba hablar con ella con urgencia.

No podía esperar.

—¿Perséfone? —dijo con la esperanza de que su madre no estuviera tan cerca de ella como para escucharlo.

A esa vieja zorra le daría un ataque si los pescaba juntos. Aunque eso no sería tan malo… Si el ataque la mataba.

A su lado apareció una imagen de su esposa en la oscuridad.

—¡Cuchicuchi! —susurró Perséfone—. Te echo de menos una barbaridad.

Detestaba los apodos que se le ocurrían a su esposa. Menos mal que solo los utilizaba cuando estaban solos. De lo contrario sería el hazmerreír de los dioses. Claro que a su preciosa mujer se lo perdonaba todo.

—¿Dónde está tu madre?

—Con Zeus. Están supervisando unos campos. ¿Por qué?

Bien. Lo último que le hacía falta era que Deméter volviera y los pillara hablando.

Aunque eso le recordó su «dilema» particular. La furia lo invadió al tiempo que señalaba la pared en la que se veían las celdas donde estaban sus prisioneros.

—Porque estoy harto de solucionar los problemas que crean los demás y ahora mismo me encantaría saber a quién tengo que darle una patada en el culo por la última metedura de pata.

Su esposa se materializó delante de él.

—¿Qué ha pasado?

La cogió de la mano y la condujo a la celda en cuestión. Ellos podían ver a su ocupante, pero no al contrario.

Al menos esa era la teoría. Con ese ser en concreto, era difícil saber lo que podía o no ver.

Señaló al dios de piel azul que estaba acurrucado en el suelo.

—¿Tienes alguna idea de quién ha matado a esta cosa y me la ha mandado?

Con los ojos como platos, Perséfone negó con la cabeza.

—¿Qué es?

—No estoy muy seguro. Creo que es un dios… Atlante… supongo. Pero nunca había visto a uno igual. Llegó hace un rato y no se ha movido desde entonces. Intentaría destruir su alma y mandarlo al olvido para toda la eternidad, pero no creo poseer los poderes necesarios para hacerlo. De hecho, estoy seguro de que si lo intento, solo conseguiré cabrearlo.

Su esposa asintió con la cabeza.

—Bueno, pichurri, mi consejo es que si no puedes vencerlo, te hagas su amigo.

—¿Que me haga su amigo?

Perséfone sonrió a su esposo, que carecía por completo de habilidades sociales. Era alto, musculoso, de pelo y ojos oscuros, y guapísimo, aun cuando estuviera confuso y enfadado.

—Espera un momento.

Abrió la puerta de la celda y se acercó muy despacio al dios desconocido.

Cuanto más se acercaba a él, más entendía la preocupación de Hades. Emanaba tanto poder que el aire crepitaba a su alrededor. Llevaba toda la

vida rodeada de dioses, pero ese era diferente. Su piel azulada de aspecto marmóreo resultaba extrañamente atractiva y cubría un cuerpo de proporciones perfectas. Tenía el pelo largo y negro; dos cuernos negros en la frente, los labios negros y garras del mismo color.

Y, además, no era un dios creador. Era un dios de la destrucción suprema.

—*Perséfone, sal de ahí* —le dijo su esposo mentalmente.

Le hizo un gesto con la mano para indicarle que se encontraba bien. El miedo hacía que le temblaran las piernas, pero extendió la mano para tocar al dios.

Lo vio abrir unos ojos anaranjados ribeteados de rojo. Sin embargo y de repente, adoptaron un turbulento tono plateado. La miró con una angustia atroz.

—¿Estoy muerto? —preguntó el dios con voz demoníaca.

—¿Quieres estar muerto? —Tenía miedo de su respuesta, porque si no quería estar muerto, las consecuencias podían ser muy graves.

—Por favor, dime que por fin lo he conseguido.

Su desesperación le llegó al alma. Dispuesta a consolarlo, le apartó el pelo de la mejilla azul.

—Estás muerto, pero vives como dios.

—No lo entiendo. No quiero ser distinto a los demás. Solo quiero que me dejen en paz.

Le sonrió.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras.

Hizo aparecer un cojín y se lo colocó debajo de la cabeza antes de cubrirlo con una manta.

—¿Por qué eres tan amable conmigo?

—Porque pareces necesitarlo. —Le dio unas palmaditas en el brazo antes de incorporarse—. Si necesitas algo, solo tienes que llamarme. Soy Perséfone. Mi esposo, Hades, es el jefe de todo esto. Si nos llamas, acudiremos.

El dios asintió con la cabeza antes de cerrar los ojos y acurrucarse de nuevo en la oscuridad.

Perpleja por su actitud, regresó junto a Hades.

—Es inofensivo.

—Y un cuerno que es inofensivo. ¿Te has vuelto loca? ¿No sientes todo el poder que ostenta?

—Claro que lo siento. Si te acercas, tendrás pesadillas toda la eternidad. Pero no quiere nada. Le han hecho daño, Hades. Mucho. Solo quiere que lo dejen tranquilo.

—Claro, claro. ¿Que lo dejen tranquilo en mi Inframundo? ¿Un dios con poderes superiores a los míos? Y una mierda. Me aplastará. ¿Me ves cara de tonto? Sabes que hay un motivo por el que los panteones no se llevan bien.

—Puedes aliarte con él —le aconsejó ella en un intento por tranquilizarlo—. Nunca viene mal tener un amigo.

—Hasta que el amigo te traiciona.

Meneó la cabeza al escucharlo.

—Hades…

—Soy mucho mayor que tú, Perséfone. He visto lo que puede pasar cuando un dios se revuelve contra otro.

—Pues yo creo que no supone ningún riesgo para nosotros dos. —Se puso de puntillas para besarle la mejilla—. Tengo que volver antes de que mi madre se dé cuenta de que no estoy. Ya sabes cómo se pone si te veo cuando me toca estar con ella.

—Claro. Pues que le vayan…

Lo silenció con un dedo antes de que pudiera terminar la ofensa.

—Os quiero a los dos. Ahora compórtate y sé bueno con nuestro invitado.

Solo su esposa podía tratarlo de esa manera y tomarse tantas libertades con su cuerpo. Claro que ella era la dueña de su corazón, así que le habría dado cualquier cosa que le pidiera.

Besó el dedo que tenía sobre los labios.

—Te echo de menos.

—Yo también te echo de menos. Pronto volveré a casa.

Pronto, sí… Claro.

Sin embargo, no podían hacer nada para cambiar la situación.

Asintió con la cabeza con gesto deprimido y maldijo al verla desaparecer de su lado. ¡Maldita fuera la zorra de Deméter por obligarlos a vivir medio año separados! Aunque en esos momentos tenía problemas más acuciantes que su suegra.

Y con sus más de dos metros de altura, un asesino de dioses era un problema bien grande.

25 de junio, 9527 a. C. Dídimos

Las gélidas rachas de viento le enredaban los largos mechones de color platino y le pegaban la túnica negra a las piernas mientras se tambaleaba por las rocas hacia el lugar donde yacía el destrozado cuerpo de Apóstolos. Habían arrojado a su precioso hijo al acantilado como si no fuera nada.

«¡Nada!», gritó para sus adentros.

Las lágrimas que no podía derramar la abrasaron. Sin embargo, por dentro se sentía helada. Derrotada. No había palabras para describir la angustia que sintió al ver el cadáver de su hijo boca abajo, flotando en el agua, abandonado y olvidado.

Arrojado desde las alturas.

Después de todo lo que le habían hecho pasar, al menos podrían haber celebrado un funeral decente.

Debilitada por el sufrimiento, se hincó de rodillas en las rocas y tiró del cuerpo de Apóstolos para acercarlo a ella. Incapaz de soportarlo, gritó su nombre, asustando a los pájaros, que alzaron el vuelo.

Sin embargo, su hijo no podía oírla. Su cuerpo estaba tan frío como lo estaba su propio corazón. Sus ojos plateados estaban abiertos y vidriosos, pero sus iris seguían girando como un cielo encapotado. A pesar de la horrible muerte que había sufrido, su expresión era serena.

Era tan guapo… tan guapo como cualquier madre desearía que fuera su hijo. Se vio reflejada en esos rasgos. Vio reflejadas las esperanzas que había depositado en él y que se hicieron reales el día que nació. Tan perfecto. Tan alto y fuerte…

Y lo habían destrozado. Torturado. Violado y humillado. ¡A su hijo! A su precioso bebé.

Contuvo un sollozo y le pasó una mano por la extensa herida del torso, que se cerró a medida que la tocaba. Solo entonces, cuando su cuerpo volvió a ser perfecto, rompió a llorar y le acercó los labios a la mejilla para besarlo entre lágrimas.

Esa era la primera vez que lo abrazaba desde que lo arrancó de su vientre. Lo estrechó con fuerza y lo acunó allí sobre las rocas, mientras liberaba toda la pena que guardaba en su interior.

—Intenté protegerte, Apóstolos —le susurró al oído—. Hice todo lo que estuvo en mi mano.

Había fracasado estrepitosamente y en su intento por protegerlo solo había conseguido convertir su vida en un calvario.

Dispuesta a reconfortarlo, aun a sabiendas de que era muy tarde para eso, le frotó los fríos brazos para calentárselos.

Ojalá pudiera mirarla. Escuchar su voz. Pero nunca lo haría.

Nunca lo escucharía llamarla «*matera*».

No podía soportarlo.

—Por favor —murmuró—, por favor, vuelve a mi lado Apóstolos. Te juro que esta vez te protegeré. No dejaré que nadie te haga daño. Por favor, cariño, no puedo vivir sabiendo que has muerto por mi culpa. No puedo. ¡Por favor, mírame!

Pero era muy consciente de que no podía mirarla.

Ojalá tuviera el poder de devolver la vida. Pero, a diferencia de Arcón, ella había nacido de la destrucción. Muerte. Plagas. Guerra. Esos eran los regalos que se reservaba para el mundo. Sin embargo, no podía hacer nada para recuperar al ser que más amaba.

—¿¡Por qué!? —le gritó al cielo.

¿Dónde estaban los ctónicos para exigir la sangre de los que habían matado a su precioso hijo? ¿Por qué no habían aparecido para luchar a favor de Apóstolos?

Porque no les importaba. A nadie le importaba, salvo a ella.

Y a Xiamara, que había intentado protegerlo con todas sus fuerzas. A Xiamara, su amiga del alma. El único ser en el que había confiado siempre.

Porque eran más que hermanas, más que madre e hija. Aunque también ella la había dejado.

Estaba sola. Dolorosamente sola.

Acunó la cabeza de su hijo contra sus pechos y gritó tan alto que su voz llegó hasta la Atlántida.

—¡Maldito seas, Arcón! ¡Maldito seas!

¿Cómo había podido jurarle alguna vez que la amaba? ¿Cómo había podido permitir que Apóstolos muriera de esa forma? ¿Que sufriera tantísimo?

Con el corazón destrozado, enterró la cara en el pelo rubio de su hijo y lloró hasta que los sollozos por fin cesaron.

Porque en ese momento el llanto fue sustituido por la cólera que enraizó en su corazón. Su hijo y ella habían sufrido la traición de aquellos que deberían haberlos honrado y amado.

Y lo iban a pagar sufriendo un infierno.

Era hora de llevar a su hijo al lugar donde debía estar: a su casa. Era hora de que su supuesta familia pagara la traición que habían cometido con ella.

Decidida, Apolimia vistió a su hijo con la *foremasta* negra que le correspondía a su estatus divino. Era su derecho de nacimiento. Como hijo de la Destructora, su símbolo era el sol que la representaba a ella, atravesado por los tres rayos que simbolizaban el poder que Apóstolos ostentaba.

No era un despojo. Era un dios atlante.

Y era el hijo de la Destructora.

Lo alzó en brazos, apartándolo de la espuma del mar, y puso rumbo a Katoteros.

Era una isla rodeada por otras islas. Tan hermosa que robaba el aliento. No había ningún lugar en el plano humano que rivalizara con su belleza. De pie en el punto más alto de la isla donde su madre, el Viento del Norte, gritaba para darle su apoyo, Apolimia contempló la panorámica del lugar que debería haber regido su hijo.

Las islas resplandecían bajo la perfecta luz del sol que intentaba calentarle el cuerpo helado. En vano.

A su derecha estaba la isla paradisíaca donde descansaban las almas de los atlantes hasta que llegaba la hora de su reencarnación. A su izquierda, la isla que habitaban los carontes hasta que la desterraron… A diferencia de su familia, los demonios siempre le habían sido fieles. Y la habían seguido hasta Kalosis.

Delante de ella estaba la isla que debería haber sido el hogar de Apóstolos.

Sin embargo, toda su atención estaba puesta en la isla con el segundo pico más alto del archipiélago de Katoteros. La isla que gobernaba y unía a todas las demás. La isla donde se levantaban las moradas de los dioses.

La isla de Arcón.

Entornó los ojos y usó sus poderes para trasladarse a ella. Se materializó junto al gran salón de mármol, con sus altos y orgullosos techos, que presidía Katoteros. Hasta sus oídos flotaron la música y las risas que procedían del interior.

Música y risas.

Ajenos a lo que había pasado y a lo que les iba a suceder, los dioses estaban celebrando una fiesta.

«¡Una puta fiesta!», rugió en su fuero interno.

Percibía la presencia de todos ellos en el interior. Estaban todos. Festejando. Riéndose. Congratulándose. Divirtiéndose.

Mientras que su amado hijo estaba muerto.

¡Muerto!

Su mundo estaba destrozado y su familia reía a carcajadas.

Estrechó a Apóstolos contra su cuerpo y subió los escalones con fingida calma. Una vez frente a la puerta, abrió ambas hojas con sus poderes. El vestíbulo era de planta circular, recubierto de mármol blanco, y en torno a su perímetro se alzaban las estatuas de los dioses, separadas entre sí por algo más de un metro de distancia.

Con el corazón desbocado por la cólera, atravesó el vestíbulo y pasó por encima de su emblema, grabado en el mármol del suelo justo en el centro de la estancia. Nada más pisarlo lo convirtió en el emblema de Apóstolos. Los tres rayos atravesaron uno a uno el sol que la representaba.

Los colores eran rojos y negros, para simbolizar su dolor y la sangre derramada de su hijo.

Sin titubear en ningún momento, caminó en dirección a las puertas de oro que llevaban a la sala del trono de Arcón. Al lugar donde los dioses estaban divirtiéndose mientras su hijo yacía muerto por culpa de su traición.

En ese momento juró por los poderes más siniestros del universo que la risa no les duraría mucho más tiempo.

Abrió las puertas con toda la fuerza de su cólera. Ambas hojas se estrellaron contra las paredes de mármol, haciendo que el golpe reverberara por el salón y destrozando los goznes, de modo que acabaron en el brillante suelo de mármol.

La música cesó de inmediato.

Todos los dioses presentes en el salón se volvieron para mirarla y sus rostros perdieron el color uno a uno.

Sin decir una sola palabra, atravesó la estancia con su hijo en brazos y con una tranquilidad que no sentía en dirección al estrado donde estaba su trono negro al lado del dorado de Arcón. Su marido se puso en pie mientras se acercaba a él y se hizo a un lado como si quisiera hablarle.

En vez de hacerle caso, ella dejó a su hijo en el trono de su padre, donde le correspondía estar. Con las manos temblorosas, colocó su cuerpo de tal forma que se mantuviera erguido, con las manos en los reposabrazos. Le levantó la cabeza y le apartó el pelo rubio de la cara, azulada en esos momentos. Daba la impresión de que fuera a parpadear y a moverse en cualquier momento.

Pero jamás volvería a parpadear.

Estaba muerto.

Tan muerto como los dioses que la rodeaban…

Sus poderes fueron cobrando intensidad a medida que la cólera rugía en su interior con cada latido de su corazón. Un potente viento arreció en la estancia y le levantó el pelo al tiempo que sus ojos se volvían rojos. Se giró hacia los dioses con gesto furibundo y los miró de uno en uno mientras ellos contenían el aliento a la espera de su estallido de furia.

Sin embargo, primero debía lidiar con Arcón.

Solo cuando posó los ojos en él habló con todo el odio que guardaba en su interior.

—Mira a mi hijo.

Él se negó.

—¡Maldito seas, míralo! —masculló—. ¡Quiero que veas lo que has hecho!

Arcón dio un respingo antes de obedecerla y el alivio que percibió en sus ojos avivó todavía más su ira. ¿Cómo había podido permitir que un ser tan cruel y pútrido se metiera en su cama?

¡En su cuerpo!

—Tus bastardas le han robado la vida a mi hijo —le recordó entre dientes—. Esas putas lo condenaron. Y tú… —Hizo una pausa para enfatizar la palabra—. ¡Tú las protegiste en vez de proteger a mi hijo!

—Apolimia…

—¡No vuelvas a pronunciar mi nombre nunca más! —Selló sus labios usando sus poderes—. Hiciste bien al asustarte cuando las escuchaste, pero esas putas malnacidas se equivocaron. No será mi hijo quien destruya este panteón. Seré yo. Apolimia Katastrafeia Megola Pantokrataria. ¡*Thanatia Atlantia deia oly*!

«Apolimia, la Gran Destructora, la Poderosa. ¡Muerte a todos los dioses atlantes!»

En ese momento todos los presentes corrieron hacia la puerta o intentaron usar sus poderes para escapar del salón. Sin embargo, no pensaba permitirlo. Selló el lugar apelando a la parte más siniestra de su alma. Nadie saldría de ahí hasta que ella viera saciada su sed de venganza.

Nadie.

Si los ctónicos la mataban después, que así fuera. De todas formas se sentía muerta por dentro. Todo le daba igual salvo hacerles pagar por su contribución al sufrimiento de su hijo.

Arcón se postró de rodillas, intentando suplicar clemencia. Sin embargo, no había ninguna en su interior. Solo sentía un odio tan inmenso y amargo que incluso notaba su regusto en la lengua.

Lo alejó de ella con una patada y le lanzó una descarga astral que lo convirtió en una estatua. El único recuerdo que quedó del dios que había

sido.

Basi gritó cuando se volvió hacia ella.

—¡Te ayudé! ¡Te ayudé! ¡Lo dejé donde me dijiste que lo dejara!

—¡Y una mierda me ayudaste! ¡Te has pasado toda la vida lloriqueando y cabreándome! —Y la mandó a mejor vida.

Uno a uno, fue enfrentando a los dioses que en otra época consideró su familia y los fue convirtiendo en piedra, saciando así las ansias de venganza. Todos intentaron aplacarla. En vano. Porque una vez que dio rienda suelta a la cólera, no había poder en el universo que la detuviera.

Salvo el niño al que habían asesinado injustamente. Solo Apóstolos los habría salvado.

Solo titubeó cuando llegó a su amado nietastro, Dikastis, el dios de la justicia. A diferencia de los demás, no se mostró acobardado ni suplicó. Ni tampoco intentó luchar contra ella. Se limitó a mirarla de igual a igual con la espalda erguida y una mano apoyada en el respaldo de una silla.

Claro que él entendía el concepto de justicia. Entendía el porqué de su ira.

Lo vio inclinar la cabeza en un gesto respetuoso. Ni siquiera se movió cuando le lanzó la descarga.

Y después llegó la hora de enfrentarse a Epitimia, su hermanastra. La diosa de la riqueza y del deseo. La puta en la que, tontamente, más había confiado de todos ellos.

La miró con las mejillas resplandecientes por las lágrimas que se habían convertido en trocitos de hielo.

—¿Cómo pudiste hacerlo?

Epitimia, de apariencia frágil y angelical por su baja estatura, la miró acobardada desde el suelo.

—Hice lo que me pediste que hiciera. Lo llevé al plano humano y me aseguré de que naciera en el seno de una familia real. Incluso intenté dárselo a la reina para que lo amamantara. ¿Por qué quieres destruirme?

Lo que había hecho su hermanastra bastaba para que quisiera arrancarle los ojos de cuajo.

—¡Lo tocaste, zorra! Sabías lo que eso le acarrearía. La mano del deseo lo tocó y no contaba con los poderes divinos para contrarrestar el efecto. Lo

hiciste para que todos los humanos que posaran los ojos en él enloquecieran por el deseo de poseerlo. ¿¡Cómo pudiste cometer semejante descuido!? —Y en ese momento vislumbró la verdad en los ojos de Epitimia—. ¡Lo hiciste a propósito!

Epitimia tragó saliva.

—¿Qué iba a hacer si no? Tú misma escuchaste a las Moiras cuando hablaron. Proclamaron que sería la causa de nuestra muerte. Nos habría destruido.

—¿Y pensaste que los humanos lo matarían en su intento por poseerlo?

Una lágrima resbaló por una de las mejillas de su hermanastra.

—Lo hice para intentar protegernos.

—Era tu sobrino —masculló ella.

—Lo sé y lo siento.

Y más que lo iba a sentir, pensó con cara de asco.

—Yo también lo siento. Siento haberte confiado lo que más quería en el mundo, zorra desagradecida. Espero que tu mala acción te torture durante toda la eternidad —le dijo antes de lanzarle una descarga.

Sin embargo, su cólera seguía sin ser aplacada. Aunque todos estaban muertos.

El vacío de su interior seguía ahí, y le dolía tanto que solo atinaba a gritar. Gritó hasta que tuvo la garganta en carne viva. Extendió los brazos y asoló el salón, que quedó convertido en un montón de ruinas. No quedó nada, salvo el recuerdo de todas las esperanzas que había depositado en un hijo que había muerto.

El dolor no menguaba.

Se limpió las lágrimas mientras se ponía en pie y contempló lo que había hecho. No le reportó la menor satisfacción.

Pero había hecho justicia.

—Un objetivo menos.

Se volvió y se encaminó al reino que Arcón había creado para ella.

A la isla de la Atlántida.

Esos pobres desgraciados habían pensado que si mataban a su amante y a su hijo, le asestarían un buen golpe a Apolo. Y en esos momentos estaban

acobardados por la posibilidad de que el dios los descubriera y los castigara por lo que habían hecho. Pero no iba a ser el dios griego quien los matara.

Sería ella. Su regente.

Sería ella quien haría justicia por lo que le habían hecho a su hijo. Por eso sufrirían y morirían.

No habría clemencia. Ellos no le habían mostrado ninguna a Apóstolos y ella les devolvería el mismo trato con creces.

Le bastó mover un brazo para que la isla se hundiera en el mar. Escuchó encantada la belleza de sus aterrados gritos, de sus súplicas pidiendo clemencia y salvación mientras las fuerzas de la naturaleza se cebaban con ellos y ponían fin a sus corruptas vidas. Era la música más dulce que había escuchado nunca. Que suplicaran todo lo que quisieran…

Ojalá Apóstolos y Xiamara estuvieran a su lado.

Se estremeció por la pena, pero la desterró mientras vengaba sus muertes.

La isla se hundió por completo en las profundidades justo cuando el sol se ponía. En ese momento le dio la espalda y clavó la vista en Grecia.

Su tercer objetivo. Y no se refería solo a los humanos que habían torturado a su hijo, sino también a sus putos dioses, que se creían tan listos y eran tan arrogantes.

Aunque las que iban a sufrir eran las hijas bastardas de Arcón. Se creían a salvo en el Olimpo, al cuidado de su madre. Pero las tres Moiras no eran nada comparadas con la hija del Caos.

Con la madre de la destrucción más absoluta.

Sus gritos agónicos serían los más satisfactorios de todos.

25 de junio, 9527 a. C. Monte Olimpo

Hermes, un dios bajito y delgado de ojos y pelo oscuros, recorrió volando el salón de Zeus hasta plantarse delante de su padre, que solo aparentaba tener unos pocos años más que él. Hermes no sabía muy bien lo que pasaba, pero casi todos los dioses estaban presentes en el salón del trono.

No le prestaron atención hasta que habló.

—Sabéis que no hay que matar al mensajero, ¿verdad? Os lo recuerdo por si acaso. Y tenedlo muy presente.

Zeus lo miró con el ceño fruncido al tiempo que se levantaba de la silla y se alejaba de Poseidón, con quien había estado jugando una partida de ajedrez. Ataviado con una vaporosa túnica blanca, el regente de los dioses tenía el pelo rubio muy corto y los ojos de un azul intenso.

—¿Qué pasa?

En respuesta a la pregunta de su padre, Hermes señaló hacia los ventanales desde los que se divisaba el plano humano.

—¿Le habéis echado un ojo últimamente a Grecia?

Artemisa contuvo el aliento, presa de un mal presentimiento. Se quedó muy quieta donde estaba, sentada a la mesa enfrente de Afrodita, Atenea y Apolo.

Apolo puso los ojos en blanco e hizo un gesto arrogante con la mano para quitarle hierro al asunto.

—¿Qué pasa? ¿Están reaccionando a la maldición que les he echado a los apolitas?

Hermes negó sin poder disimular la ironía.

—No creo que eso les importe tanto como el hecho de que la Atlántida acaba de desaparecer y de que la diosa Apolimia está sembrando el caos a su paso por nuestro país, matando a todo aquello que se le pone por delante. —Miró a Apolo con expresión petulante—. Y por si os pica la curiosidad, os diré que viene derecha a por nosotros. Podría estar equivocado, por supuesto, pero me da en la nariz que la diosa está muy cabreada.

Artemisa se encogió al escuchar esas palabras.

Zeus fulminó a Apolo con la mirada.

—¿Qué has hecho?

Sin rastro de su anterior arrogancia, Apolo se quedó blanco y el miedo asomó a sus ojos.

—He maldecido a mi gente, no a la suya. No les he hecho nada a los atlantes, padre. A menos que su sangre esté mezclada con la de mis apolitas, mi maldición no los afecta. No es culpa mía.

Con un nudo enorme en el estómago, Artemisa se tapó la boca con la mano al comprender a qué panteón debía de pertenecer Aquerón. Aterrada por lo que Apolo y ella habían puesto en marcha, se marchó del salón, donde los dioses se preparaban para la guerra, y entró en su templo, donde podría pensar sin que sus furiosos gritos la interrumpieran.

—¿Qué puedo hacer?

Estaba a punto de llamar a sus *korai* cuando las tres Moiras aparecieron en su dormitorio. Las trillizas estaban en la plenitud de su juventud y sus hermosos rostros eran tres copias perfectas. Sin embargo, eso era lo único que tenían en común. La mayor, Átropos, era pelirroja, Cloto era rubia y la más pequeña, Láquesis, era morena. Eran las hijas de la diosa de la justicia. Nadie sabía muy bien quién era su padre, pero muchos sospechaban de Zeus.

Lo único que sabían los dioses del Olimpo era que esas tres jovencitas eran las más poderosas de todo el panteón. Incluso Zeus evitaba llevarles la contraria.

Desde su llegada hacía más de diez años, todos las habían evitado. Cuando las tres se cogían de las manos y declaraban algo, su palabra se convertía en la ley del universo y nadie era inmune.

Nadie.

Artemisa no sabía por qué estaban en su templo.

—Si no os importa, ahora mismo estoy ocupada.

Láquesis la cogió del brazo.

—Artemisa, tienes que escucharnos. Hemos hecho algo terrible.

Por ese motivo todos los dioses las temían. Siempre le estaban haciendo algo terrible a alguien.

—Sea lo que sea, puede esperar.

—No —dijo Átropos con voz seria—, no puede. Apolimia viene a matarnos.

Estupefacta por esas palabras, las fulminó con la mirada.

—¿¡Qué!?

Átropos tragó saliva.

—No debes contarle a nadie lo que te vamos a decir. ¿Lo entiendes? Nuestra madre nos hizo jurar que guardaríamos el secreto.

—¿Qué secreto?

—Júralo, Artemisa —exigió Cloto.

—Lo juro. Venga, decidme qué está pasando. —Y, sobre todo, qué tenía que ver con ella.

Átropos comenzó a hablar entre susurros, como si tuviera miedo de que alguien la pudiera escuchar desde el otro lado de las puertas del templo.

—Somos hijas de Arcón, el rey de los dioses atlantes. Tuvo una aventura con nuestra madre, Temis, y nosotras fuimos el resultado. Nuestra madre nos envió a la Atlántida cuando nacimos y nuestro padre nos acogió. Apolimia es nuestra madrastra. Sin querer, maldijimos a nuestro hermanastro cuando nos enteramos de que iba a nacer.

—Fue un accidente —apostilló Cloto—. No era nuestra intención maldecirlo.

Láquesis asintió con la cabeza.

—Éramos pequeñas y todavía no entendíamos cómo funcionaban nuestros poderes. Nunca quisimos maldecir a nuestro hermano. ¡De verdad que no!

Se quedó helada al escuchar a las trillizas.

—¿Aquerón? ¿Aquerón es vuestro hermano?

Cloto asintió con la cabeza.

—Apolimia apenas toleraba nuestra presencia mientras vivimos con ellos. Éramos el vivo recordatorio de la infidelidad de su esposo y nos odiaba por ello.

Eso no tenía sentido, como tampoco tenía sentido su temor. Intentó desenmarañar todo lo que le estaban contando.

—Pero todo el mundo sabe que Arcón jamás le ha sido infiel a su esposa.

Láquesis resopló.

—Es una mentira que alimentan los dioses atlantes para que Apolimia no les haga daño. No sabes lo poderosa que es. Puede matarnos a todos sin despeinarse. Todos los dioses temen su poder. Incluso Arcón. Él es tan infiel como cualquier hombre, por eso estamos nosotras aquí.

—Quiere vernos muertas —dijo Cloto.

—¿Qué hicisteis para maldecir a Aquerón? —preguntó en un intento por comprender toda la historia.

—Éramos muy tontas —contestó Átropos—. Cuando a Apolimia se le empezó a notar el embarazo, hablamos sin querer y le dimos a Apóstolos poder sobre el destino final. Dijimos que sería la muerte de todos nosotros y parece que hoy ha llegado el día de que se cumpla nuestro destino.

Eso la confundió todavía más.

—Pero no es él quien nos amenaza. Es su madre.

Cloto asintió con la cabeza.

—Y nos matará a todos por el papel que jugamos en su maldición. Esto te incluye a ti.

—¡Yo no he hecho nada!

Átropos la fulminó con la mirada al tiempo que sus hermanas y ella la rodeaban.

—Sabemos lo que has hecho, Artemisa. Nosotras lo vemos todo. Tú le has hecho más daño que nosotras. Le diste la espalda mientras Apolo lo destripaba en el suelo. Y Apolimia lo sabe.

El miedo la atravesó. Si estaban en lo cierto, Apolimia no tendría piedad con ella. A decir verdad, no se merecía que la tuviera, pero tampoco quería morir.

—¿Qué podemos hacer? ¿Cómo podemos derrotarla?

Átropos soltó un suspiro cansado.

—No podemos. Es todopoderosa. El único ser capaz de contrarrestar sus poderes es su hijo.

En ese caso estaban en un grave apuro, puesto que Aquerón estaba muerto. ¿No podrían haberle avisado de todo eso antes de dejarlo en manos de Apolo? Toda esa información llegaba tarde y podría haberla utilizado de haberlo sabido mucho antes.

—Estamos todos muertos —susurró mientras se imaginaba cómo la apuñalaba la madre de Aquerón.

—No —la contradijo Cloto con firmeza mientras la sacudía—. Puedes traerlo de vuelta.

Artemisa miró a Cloto con el ceño fruncido.

—¿Te has vuelto loca? No puedo resucitarlo de entre los muertos.

—Claro que puedes. Solo tú tienes ese poder.

—No lo tengo.

Átropos gruñó.

—Bebiste de su sangre, Artemisa. Has absorbido algunos de sus poderes.

Cloto asintió con la cabeza.

—Es el destino final. Puede resucitar a los muertos, razón por la que tú también puedes hacerlo.

Tragó saliva antes de preguntar:

—¿Estáis seguras?

Las trillizas asintieron con la cabeza.

Pese a sus palabras, no estaba muy segura. Cierto que había degustado los poderes de Aquerón, pero ese en particular se reservaba para un grupo muy selecto de dioses y si no conseguían devolverle la vida…

Acabarían empeorándolo todo.

Átropos la cogió del brazo.

—Los dioses atlantes aunaron sus poderes para encerrar a Apolimia. Mientras Apóstolos siga vivo en el plano humano, ella estará encerrada en Kalosis.

Láquesis la cogió del otro brazo y asintió con la cabeza.

—Si lo devolvemos a la vida, ella volverá a quedar encerrada.

—Estaremos a salvo —añadió Cloto—. Todos nosotros.

—¡Serás la salvadora del panteón! —exclamaron las trillizas al unísono.

¿Tenía alternativa? Inspiró hondo para armarse de valor y asintió con la cabeza.

—¿Qué tengo que hacer? —les preguntó.

—Tendrás que obligarlo a beber de tu sangre —dijo Átropos como si fuera la tarea más sencilla del mundo.

—Y ¿cómo lo hago?

—Con nuestra ayuda.

Aquerón yacía en el suelo, sumido en una calma absoluta, ajeno por fin a todo su pasado y a su presente. Estaba en paz de un modo que no había estado nunca. Las paredes de su gruta lo protegían de las voces de los demás. Ni siquiera los dioses entraban en su cabeza.

Por primera vez en la vida estaba en completo silencio.

No le dolía ni un músculo del cuerpo, no sentía dolor. Nada. Y le encantaba esa sensación de tranquilidad.

—¿Aquerón?

Se tensó al escuchar la voz de Artemisa. Cómo no… La muy zorra tenía que perturbar su tranquilidad. Jamás lo dejaría en paz.

«Maldita sea.»

Intentó decirle que lo dejara tranquilo, pero de sus labios solo brotó un gemido ronco. Tosió e intentó carraspear para que le saliera la voz.

Sin embargo, no le salían las palabras. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué no tenía voz?

Artemisa lo miró con ternura y preocupación al aparecer delante de él.

—Tenemos que hablar.

La apartó de un empujón, pero ella se negó a irse.

—Por favor —le suplicó la diosa con una mirada que unos días atrás lo habría ablandado. Sin embargo, la preocupación por ella ya no tenía cabida en su interior—. Solo te diré lo que he venido a decir y luego te dejaré. Para siempre si es lo que quieres.

¿Cómo iban a hablar si a él no le salía la voz?

Artemisa le ofreció un cáliz.

—Bebe esto y podrás hablar.

Rabioso con ella y con ganas de fustigarla, cogió el cáliz y apuró el contenido sin saborearlo siquiera.

—Ojalá te pudras en el Tártaro —rugió, agradecido porque pudiera escuchar el veneno que destilaban sus palabras.

En ese momento sucedió algo. Un dolor indescriptible se apoderó de su cuerpo, como si sus órganos estuvieran en llamas. La miró con la respiración entrecortada.

—¿Qué me has hecho ahora?

No vio ni compasión ni arrepentimiento en su mirada.

—Lo que tenía que hacer.

En un abrir y cerrar de ojos pasó de la silenciosa oscuridad de los dominios de Hades a las playas de Dídimos, cerca del palacio.

O de lo que quedaba de él.

Miró a su alrededor sin comprender, intentando averiguar lo que le había pasado a él y a la isla. Sin embargo y antes de que pudiera averiguarlo, el dolor se volvió a apoderar de él con tanta ferocidad que cayó de rodillas en la arena.

Gritó, desesperado por librarse del dolor.

De repente, Artemisa se plantó delante de él. Lo cogió en brazos y lo acunó mientras las olas rompían contra ellos.

—Tenía que traerte de vuelta —le dijo.

La apartó de un empujón y contempló las ardientes ruinas de Dídimos.

—¿Qué has hecho?

—No he sido yo. Fue tu madre. Ha destruido todo y a todos los que alguna vez se acercaron a ti. Y se dirigía al Olimpo para matarnos. Por eso he tenido que traerte de vuelta. De no haberlo hecho, nos habría matado a todos.

La fulminó con la mirada, a sabiendas de que tenía los ojos rojos.

—¿Y crees que eso me importa? —Hizo ademán de alejarse de ella, pero un dolor espantoso en el estómago lo detuvo. La tremenda agonía que sentía hizo que se doblara por la mitad mientras intentaba respirar.

Artemisa se acercó a él muy despacio y lo miró.

—Yo soy la que tiene el control ahora, Aquerón. Te he vinculado a mí con mi sangre. Me perteneces.

Esas palabras avivaron el fuego de su ira. Sintió el ya familiar calor que se apoderó de él cuando su cuerpo abandonó la forma humana y adoptó la divina. Le plantó cara al dolor y extendió la mano para atrapar a Artemisa con sus poderes.

—Subestimas mis poderes, zorra.

Artemisa intentó apartar su mano, alejarse de su férreo apretón.

—Mátame y te convertirás en el peor monstruo imaginable. Necesitas mi sangre para mantener un mínimo de cordura. Sin ella, te convertirás en un asesino compulsivo que solo buscará la destrucción de todo lo que se le cruce en el camino… Como tu madre.

Aquerón ventiló su frustración con un rugido. Esa zorra había pensado en todo. A pesar de ser un dios, seguía siendo un esclavo.

—Te odio.

—Lo sé.

La apartó de un empujón y le dio la espalda.

—Aquerón, ¿no has oído lo que te he dicho? Tendrás que alimentarte de mí.

Hizo oídos sordos a sus palabras mientras subía hacia la colina donde antes se alzaba el palacio. Ya solo quedaban brasas humeantes y piedras reducidas a polvo. Había cuerpos de sirvientes y mercaderes esparcidos por todas partes.

Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras corría entre las ruinas en busca de algún rastro de Ryssa o de Apolodoro. Con el corazón destrozado, utilizó sus poderes para desplazar las piedras y los trozos de mármol hasta dar con la habitación de su hermana.

En medio del caos encontró tres de los diarios que ella había escrito meticulosamente. Estaban un poco dañados por el fuego pero casi intactos. Abrió el primero y contempló la caligrafía infantil con la que describió el día de su nacimiento y la alegría que la había invadido por tener hermanos gemelos. Se limpió las lágrimas, cerró el diario y se lo llevó al pecho mientras recordaba su voz.

Su maravillosa hermana había muerto y él tenía la culpa.

Destrozado por esa certeza, vio una de las peinetas plateadas que él le había regalado…

La recogió del suelo y se la llevó a los labios.

—Siento haberte fallado, Ryssa. Lo siento muchísimo.

Siguió sentado en el suelo mientras pensaba en lo triste que era que de una vida tan intensa, de un alma tan hermosa, solo quedaran esos objetos tan insignificantes. Tres diarios y una peineta rota. Echó la cabeza hacia atrás y empezó a llorar, consumido por el dolor.

—Apóstolos… por favor, no llores.

Sintió la presencia de su madre.

—¿Qué has hecho, *matera*?

—Quería que pagaran por haberte hecho daño.

¿Qué importancia tenía? Lo que le habían hecho a él no podía compararse con lo sucedido ese día.

—Y ahora pertenezco a Artemisa.

El grito de su madre igualó al suyo propio.

—¿Cómo?

—Me ha vinculado a ella con su sangre.

Sintió que su rabia se avivaba al escuchar la voz de su madre.

—Ven a mí, Apóstolos. Libérame y destruiremos a esa zorra y a las bastardas que te maldijeron.

Meneó la cabeza. Debería hacerlo. Sí, debería. No se merecían otra cosa. Sin embargo, no podía destruir el mundo. No podía matar a gente inocente…

Su madre apareció delante de él en forma de sombra translúcida. Se quedó sin aliento al verla por primera vez en su vida. Era la mujer más hermosa que había visto nunca. Su pelo, tan blanco como la nieve virgen, le caía sobre los hombros desde la coronilla, donde lo llevaba sujeto con broches de diamantes. Sus claros ojos plateados eran tan turbulentos como los suyos. La larga túnica negra que llevaba se le pegó al cuerpo mientras le tendía una mano.

Intentó tocarla, pero su mano atravesó la sombra que era.

—Eres mi hijo, Apóstolos. La única cosa en la vida que he amado de verdad. Daría mi vida por ti. Ven a mí, hijo. Quiero abrazarte.

Guardó esas palabras en su corazón como si fueran un tesoro.

—No puedo, *matera*. No si tengo que sacrificar el mundo. Me niego a ser tan egoísta.

—¿Por qué proteger un mundo que te ha dado la espalda?

—Porque sé lo que es que te castiguen por algo de lo que no tienes la culpa. Sé lo que es que te obliguen a hacer cosas que están mal en contra de tu voluntad. ¿Por qué iba a hacerle eso a otra persona?

—¡Porque estarías impartiendo justicia!

Miró a su alrededor y clavó la vista en los cuerpos desperdigados por el suelo.

—No, sería una crueldad. Los humanos ya han encontrado la justicia que se merecían.

Los ojos de su madre relampaguearon, furiosos.

—¿Qué me dices de Apolo y Artemisa?

Apretó los dientes al escuchar sus nombres.

—Tienen el poder del sol y de la luna. No puedo destruirlos.

—Yo sí puedo.

Pero al hacerlo destruiría toda la tierra y todos los seres que la habitaban. Por eso no podía liberarla.

—Mi vida no merece la destrucción del mundo, *matera*.

—Para mí sí la merece —replicó ella con una mirada sincera.

En ese momento habría vendido su alma por la oportunidad de abrazarla.

—Te quiero, mamá.

—No tanto como yo te quiero a ti, *m'gios*.

«*M'gios*…», repitió para sus adentros. «Hijo mío.» Había esperado toda una vida a que alguien lo reclamara. Sin embargo y por mucho que quisiera a su madre, no destruiría el mundo.

De repente, una gélida ráfaga de viento lo azotó, revolviéndole la ropa y el pelo, pero sin hacerle daño. El mundo se desintegró a su alrededor y se encontró en un lugar desconocido. La imagen de su madre fluctuó a su lado.

—Estamos en Katoteros. El lugar que te pertenece por nacimiento.

Frunció el ceño al ver los escombros.

—Está en ruinas.

Apolimia lo miró con expresión contrita.

—Estaba un poco enfadada cuando pasé por aquí antes.

«¿Un poco?», se preguntó.

—Cierra los ojos, Apóstolos.

Con confianza ciega en ella, lo hizo.

—Respira.

Inspiró hondo y sintió a su madre a su lado. Los poderes de Apolimia se mezclaron con los suyos y en un abrir y cerrar de ojos las ruinas se recompusieron y se convirtieron en un magnífico palacio de oro y mármol negro. Sintió que su madre se separaba de él.

—Bienvenido a casa, *palatimos*. —«Tesoro mío.»

Las puertas se abrieron de par en par y nada más cruzarlas, su ropa cambió. Al igual que el pelo, que se volvió negro y largo. Su cuerpo quedó cubierto por una vaporosa túnica que flotaba tras él mientras atravesaba el suelo de mármol blanco. Se detuvo al ver el símbolo de un sol atravesado por tres rayos.

Su madre también se detuvo al percatarse de lo que estaba mirando.

—El sol dorado es mi emblema y representa el día. La plata de los rayos representa la noche. El rayo de la izquierda es por mí y el pasado; y el de la derecha, es por tu padre y el futuro. El tuyo es el del centro, el que nos une y representa al presente. Este es el emblema del *talimosin* y representa tu dominio sobre el pasado, el presente y el futuro.

La palabra atlante hizo que frunciera el ceño.

—¿El heraldo?

La vio asentir con la cabeza.

—Tú, Apóstolos. Tú eres el *talimosin*. El destino final. Tus palabras son ley y tu cólera, absoluta. Cuidado con lo que dices, porque tu voluntad, aunque no sea esa tu intención, determinará el destino de la persona con la que estés hablando. Es una carga que jamás habría deseado para ti. Y por eso odio a esas tres zorras. Pero no puedo librarte de lo que te otorgaron. Nadie puede.

—¿En qué consisten exactamente mis poderes?

—No lo sé. Te los quité y nunca los analicé por temor a exponerte a los otros dioses. Solo conozco la maldición de las hijas de Arcón. Pero irás

aprendiendo a controlar tus poderes con el tiempo. Ojalá vinieras a mi lado para ayudarte hasta que fueras más fuerte.

—*Matera*…

—Lo sé. —Levantó una mano—. Te respeto por ser el hombre que eres y estoy orgullosa de ti. Sin embargo y si alguna vez cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

Le sonrió.

—Mientras llega ese momento, esto es tuyo.

Echó un vistazo a las estatuas que lo rodeaban y de alguna manera supo a quiénes representaban, sin excepción. Se aproximó a una puerta de oro de doble hoja. En la izquierda vio la imagen de su madre y en la derecha, la de su padre.

Cuando la puerta se abrió, descubrió los restos de los dioses donde su madre los había fulminado. El horror de sus últimos momentos había quedado reflejado para siempre en sus rostros.

Su madre no mostró el menor remordimiento por lo que les había hecho.

—Si su presencia te molesta, debajo del salón del trono hay una estancia donde puedes dejarlos. Mientras esté encerrada en Kalosis, no puedo usar mis poderes para quitarlos de aquí en medio, pero tú no deberías tener problema para hacerlo.

Aquerón cerró los ojos y deseó que las estatuas se desvanecieran. Y al abrirlos ya no estaban. No le apetecía en absoluto ver las caras de aquellos que habían querido verlo muerto.

Su madre le sonrió, aprobando su actitud.

—Deberías tener la habilidad de trasladarte entre este plano y el humano sin problemas. Descubrirás que Katoteros es un lugar muy grande con zonas inexploradas. El viento sopla en las cimas de las montañas… y en el punto más septentrional podrás escuchar a tu abuela, el Viento del Norte. Zenobia te susurrará y te consolará en mi ausencia. Cada vez que necesites consuelo, sube allí y deja que te abrace.

—Gracias, *matera*.

—Ahora me voy, te dejo para que te vayas acostumbrando. Si me necesitas, llámame y vendré.

Se despidió con una inclinación de cabeza mientras la veía desaparecer, dejándolo solo en ese lugar desconocido.

Era muy raro estar allí, y le costaría acostumbrarse. Cerró los ojos y vio a los dioses como habían sido. Escuchó sus voces resonando en las paredes como un leve susurro. Cuando volvió a abrir los ojos, los dioses habían desaparecido y sus voces, también.

Echó a andar y se dio cuenta de que una prenda de cuero le cubría las piernas.

«Pantalones.»

Qué raro que supiera el nombre de todas las cosas y de todas las personas sin pretenderlo siquiera. Si necesitaba saber algo, la información acudía a su mente de inmediato.

Cruzó la estancia hasta colocarse delante del trono dorado y negro… El trono de Arcón. Una imagen de su propio cuerpo sin vida apareció en su cabeza. Y acto seguido se sentó en el trono, con la vista clavada en la reluciente y vacía sala. Por muy decorada y lujosa que fuera, seguía siendo estéril.

Ese palacio carecía de vida. No ofrecía consuelo alguno.

Se puso en pie y apareció un largo báculo a su lado. Tenía casi dos metros de alto, y su emblema estaba grabado en plata y oro en el extremo superior. A lo largo del báculo, grabada en la madera había una inscripción en atlante.

«Conocerán al *talimosin* por este báculo. Luchará por él y por los demás. Sé fuerte.»

«Sé fuerte», repitió para sus adentros. Apretó los dientes cuando las palabras de Xiamara resonaron en su cabeza. Sujetó el báculo con fuerza y se teletransportó a la cima de la montaña más septentrional. El sol se estaba poniendo mientras el viento agitaba su *foremasta* tras él. Sin soltar el báculo, miró por encima del hombro hacia el palacio, que estaba en la llanura.

Y en ese momento lo escuchó.

«Apóstolos… siente mi fuerza. Será tuya cada vez que la necesites.»

Esbozó una sonrisa siniestra al sentir la caricia de su abuela contra la piel. Cerró los ojos y aceptó el consuelo y la fuerza que le ofrecía.

Cuando volvió a abrirlos, sabía que estaban rojos, porque veía mucho más que cualquier humano. Sentía los latidos del universo correr por sus venas. Sentía el poder de la fuerza primigenia y por primera vez en su vida supo el lugar que ocupaba en el cosmos.

«Soy el dios Apóstolos. Soy la muerte, la destrucción y el sufrimiento. Y seré yo quien traiga a la tierra el Telikos… el fin del mundo.»

Siempre y cuando averiguara cómo utilizar sus poderes. Soltó una carcajada al percatarse de ese detalle.

Dio media vuelta y empezó a bajar la montaña en dirección a la sala del trono, en dirección al palacio de Arcón. No, había pasado a ser suyo. La tristeza se apoderó de él al darse cuenta de que aunque su madre y su abuela lo acompañaban en espíritu, seguía estando solo en el mundo.

Completamente solo.

Se quedó petrificado al escuchar un ruido detrás del trono. Como el ruido que haría un roedor de gran tamaño al correr por el suelo. Frunció el ceño y se teletransportó hasta allí, preparado para matar a cualquiera que se atreviera a entrar en su nuevo hogar.

Lo que encontró lo dejó atónito.

Era un pequeño demonio. Tenía la piel veteada de rojo y blanco, y una larga melena negra. Unos cuernecitos rojos sobresalían entre sus rizos. Lo miraba con unos ojos rojos ribeteados de naranja.

—¿Eres el akri de Simi? —preguntó el demonio con voz infantil.

—No soy el akri de nadie.

—Ah… —Miró a su alrededor—. Pero akra ha mandado aquí a Simi. Le ha dicho que su akri estaría aquí esperándola. Simi está confundida. Ha perdido a su mamá y ahora necesita a su akri. —Se sentó en el suelo y se echó a llorar.

Soltó el báculo a un lado para coger a la pequeña.

—No llores. Todo se arreglará. Encontraremos a tu madre.

La vio menear la cabeza.

—Akra le ha dicho a Simi que su mamá está muerta. Que los griegos malos mataron a la mamá de Simi. Ahora Simi necesita a su akri para que la quiera.

La acunó con ternura en sus brazos al tiempo que la sombra de su madre aparecía a su lado.

Simi dejó de llorar.

—Akra, dice que el akri de Simi no está aquí.

Su madre les sonrió.

—Él es tu akri, Simi.

Aquerón frunció el ceño al escuchar las palabras de su madre.

—¿Cómo dices?

—Su madre, Xiamara, era tu protectora. Al igual que tú, Simi está sola en un mundo en el que nadie se preocupa por ella. Te necesita, Apóstolos.

Miró esos enormes ojos que ocupaban casi toda la carita del demonio. Simi parpadeó antes de mirarlo con la misma confianza y la misma inocencia que Apolodoro. Se perdió en esa mirada que ni lo juzgaba ni lo condenaba.

—Vincúlate con él, Simi, protege a mi hijo como tu madre me protegió a mí.

La idea de que alguien estuviera vinculado a él lo espantaba. No quería que nadie estuviera esclavizado.

—No quiero un demonio.

—¿Vas a abandonarla, la dejarás sola?

—No.

—Pues entonces es tuya.

Antes de que pudiera protestar de nuevo, su madre se esfumó.

Simi se acurrucó contra él y apoyó la cabeza en su hombro.

—Simi echa de menos a su mamá, akri.

La culpa lo asaltó al escuchar esas palabras en voz baja, y la abrazó con fuerza. De no ser por él, su madre seguiría viva para quererla.

—¿Dónde está tu padre, Simi?

—Murió antes de que Simi naciera.

—Pues entonces yo seré tu padre.

—¿De verdad? —preguntó el demonio, esperanzado.

Asintió con la cabeza y le sonrió.

—Te juro que nunca te faltará de nada.

Su inocente sonrisa lo conmovió.

—Pues entonces Simi tiene al mejor akri-papá del mundo. —Lo abrazó con fuerza—. Simi quiere a su akri. —En cuanto pronunció esas palabras, se esfumó al igual que había hecho su madre. Sin embargo, conforme el cuerpo del demonio desaparecía, empezó a notar una quemazón en la piel, por encima del corazón.

Siseó mientras se abría la *foremasta* y vio un colorido dragón tatuado en su piel. Se lo tocó con gesto vacilante y escuchó la risa de Simi en su cabeza. El tatuaje fue subiendo por su piel hasta colocarse en su cuello. El movimiento le hizo cosquillas, pero al final se quedó quieta al llegar a la clavícula.

—Simi es ahora parte de ti, Apóstolos. Mientras esté sobre tu cuerpo, no podrá oírte a menos que la llames. Pero sí podrá controlar tus constantes vitales. Si presiente que estás en peligro, aparecerá en forma demoníaca para protegerte.

—Pero si solo es un bebé.

—Incluso siendo un bebé, es letal. Tenlo siempre presente. Los carontes son asesinos por naturaleza. Tendrá hambre y tú tendrás que darle de comer a menudo. Si no lo haces, se comerá lo primero que encuentre… tú incluido. Asegúrate de que no pasa hambre. Ah, se me olvidaba… Su especie envejece muy lentamente. Podríamos decir que un año caronte equivale a mil años humanos.

Eso no presagiaba nada bueno.

—¿Qué quieres decir?

—Solo digo que Simi aquí presente tiene unos tres mil años.

La respuesta lo dejó boquiabierto.

—¿No debería estar con otro demonio de su especie que pudiera entrenarla?

—Tú eres lo único que tiene en este mundo, *m'gios*. Cuídala. Como tú mismo has dicho, ahora eres su padre. Tú serás el encargado de enseñarle todo lo que necesite saber.

Aquerón se llevó la mano al tatuaje que tenía en la clavícula. Era padre…

La pregunta era: ¿cómo enseñar y proteger a su demonio cuando ni siquiera sabía utilizar sus propios poderes?

30 de junio, 9527 a. C. Atenas, Grecia

Aquerón buscaba con desesperación algo de comida para Simi. Esa mañana se había despertado después de que el pequeño demonio le mordiera la mano. Por suerte, la había detenido a tiempo, ya que solo le había hecho un par de arañazos.

—Simi, no puedes morder a tu padre —le dijo con suavidad, pero con voz firme.

—Pero Simi tiene hambre y akri estaba ahí acostado y parecía que estaba para chuparse los dedos.

Hasta ese momento pensaba que no había nada peor que resultar irresistible para los humanos cachondos…

Mientras atravesaban las ruinas de la que fuera una gran ciudad, se dio cuenta del daño que había ocasionado su madre en el breve período de tiempo que campó a sus anchas. El mundo que él había conocido ya no existía. Las carreteras, los edificios, todo estaba destruido. Los griegos estaban todos muertos.

Apolimia Katastrafeia Megola.

«Apolimia, la Gran Destructora», no cabía la menor duda. Aunque en parte estaba encantado por su amor, también le horrorizaba ver lo que había hecho. Tantas vidas destrozadas… el mundo entero hecho pedazos. La Atlántida había desaparecido. La humanidad había regresado de golpe a la Edad de Piedra. La tecnología, las herramientas… todo había desaparecido.

Los supervivientes lloraban en las calles, quejándose del abandono de los dioses, cuando en realidad les habría ido mucho mejor sin ellos. Porque eran las desafortunadas víctimas de una guerra de la que no sabían nada.

Agarró la mano de Simi mientras caminaban en busca de algún mercado. Cuando adquiría su forma humana, el pequeño demonio se parecía mucho a él. Ambos tenían el pelo negro y largo, pero mientras que sus ojos seguían siendo plateados, los de Simi eran de un azul muy claro. Parecía cualquier niña normal acompañada por su padre.

—Hola, Simi. Mira, tengo algo muy rico para ti.

Aquerón dio un respingo y se volvió al escuchar esa voz grave que acababa de dirigirse a ellos. Era un hombre alto, moreno y con una espesa barba. Su piel atezada se parecía a la de los sumerios, pero hablaba griego a la perfección. Tuvo que tirar de Simi para que no corriera hacia el desconocido.

—¿Quién eres?

El hombre rodeó una columna derrumbada y se arrodilló frente a Simi. A sus pies dejó una cesta que destapó para dejar el contenido a la vista: pan, pescado y queso.

—Sé que tienes hambre, preciosa. Come.

Simi soltó un chillido encantado y se lanzó sobre la comida.

El desconocido se enderezó y le ofreció el brazo.

—Me llamo Savitar.

Antes de aceptar el saludo, Aquerón frunció el ceño al ver el tatuaje de un pájaro en el brazo del tal Savitar.

—¿Cómo es que conoces a Simi?

Lo vio esbozar una sonrisa torcida.

—Sé muchas cosas, Aquerón. Y he venido para ayudarte a descubrir y manejar tus poderes. Y para que entiendas a tu demonio. Todavía es demasiado joven para dejarla en manos de alguien que no sepa cómo cuidarla y no me apetece veros sufrir por ello a ninguno de los dos.

—Yo nunca le haría daño.

—Lo sé. Pero los carontes tienen necesidades especiales que debes entender. De otra forma, podría morir… y tú con ella.

Aquerón sintió que sus poderes se ponían en alerta, y no supo por qué. Había algo en ese hombre que afectaba a su estatus divino y lo hacía recelar.

—¿Me estás amenazando?

Savitar se echó a reír.

—Yo nunca amenazo a nadie. Me limito a matar a quienes me molestan. Tranquilo, atlante. Estoy aquí para ser tu amigo.

Una vez que Simi hubo devorado hasta la última migaja, Savitar la cogió en brazos y echaron a andar por las ruinas de la ciudad.

—Es sobrecogedora, ¿verdad?

—¿Te refieres a Simi o a mi madre?

Savitar soltó otra carcajada.

—Las dos lo son, pero me refería a tu madre.

Echó un vistazo a su alrededor y suspiró por la desolación que había causado su madre.

—Sí, lo es. —Mientras paseaban, cayó en la cuenta de algo—. No puedo escuchar tus pensamientos.

—Lo sé. Nunca podrás hacerlo. Poco a poco descubrirás que los pensamientos de algunos poderes del universo te están vetados. Los de algunos dioses, demonios y otras criaturas. Todos tenemos nuestros secretos. Por si te sirve de consuelo, la mayoría tampoco escuchará los tuyos.

«Menos mal», pensó.

—¿Tú sí los oyes?

—La respuesta que deseas es «no». Pero la verdad es que sí los oigo y sí, conozco tu pasado completo.

Soltó una maldición al escuchar lo que precisamente no quería escuchar.

—¿Y los demás? ¿Conocerán también mi pasado?

—Algunos. —Savitar guardó silencio mientras se cambiaba a Simi de brazo y después lo miró—. No me importa tu pasado, Aquerón. Lo que me importa es tu futuro. Quiero asegurarme de que tengas un futuro y de que comprendas lo importante que eres para el equilibrio de poder.

«¿Equilibrio de poder?», repitió en silencio.

—No lo entiendo.

—Apolo maldijo a sus apolitas.

—Y mi madre los mató a todos.

Savitar negó con la cabeza.

—Muchos murieron en la Atlántida, pero hay miles de ellos a lo largo de la costa mediterránea. Como por ejemplo el hijo de Apolo, Strykerio. Todos han sido condenados a morir el día de su vigésimo séptimo cumpleaños. Todos.

—Entonces, ¿qué problema hay? Si van a morir dentro de unos años, acabarán extinguiéndose.

Savitar le acarició la cabeza a Simi antes de seguir caminando.

—No van a morir, Aquerón. Vivirán y se reproducirán durante incontables generaciones.

—¿Cómo?

Savitar suspiró antes de contestar:

—Los liderará una diosa que les mostrará cómo alimentarse de las almas humanas para escapar así de la maldición de Apolo.

Su respuesta lo horrorizó.

—No lo entiendo. ¿Por qué iba alguien a hacer tal cosa?

—Porque el universo es complicado y existe un delicado equilibrio que hay que mantener a toda costa.

—Sí, pero si sabes que la gente va a morir, ¿no puedes impedir que esa diosa intervenga?

—Podría hacerlo. Pero eso alteraría la esencia del universo.

Esas palabras aumentaron la frustración que lo invadía. No lo entendía. ¿Por qué no ayudar a quien lo necesitaba si se tenía el poder para hacerlo?

Savitar cogió una piedra del suelo y la sostuvo en la palma de la mano.

—Dime qué pasará si lanzo esta piedra con todas mis fuerzas.

Aquerón frunció el ceño hasta que vio una imagen clara en su cabeza. Vio esa misma piedra volando por los aires a gran velocidad, hasta que golpeaba a un hombre al que hería en el hombro. Y no era un hombre cualquiera. Era un soldado. Cuyo brazo quedaba inservible, de modo que se vería obligado a mendigar.

Casi doscientas personas morirían años después porque el soldado ya no podía protegerlas en las batallas que podría haber librado a lo largo de su vida. Además, esas doscientas personas…

—Y sigue y sigue —dijo Savitar—. Un pequeño dilema: ¿lanzo la piedra o no? Esa decisión aparentemente tan inocua afectará a miles de

vidas. —Soltó la piedra, que cayó al suelo.

La piedra volvía a ser un objeto inofensivo, y la historia seguiría su curso previsto.

Savitar miró a Simi con una sonrisa, ya que el demonio se había dormido en sus brazos.

—Tú y yo estamos condenados a comprender el efecto que tienen sobre el universo las decisiones más nimias que tomen todos los seres. Yo sé lo que debería suceder… lo que debe suceder. Si evito algo tan simple como el lanzamiento de una piedra, mi decisión podría tener consecuencias catastróficas. Sin embargo y al contrario de lo que sucede contigo, no veo el futuro hasta que tomo la decisión. Solo cuando actúo veo cómo será la historia a partir de ese momento. Tú tienes suerte. Porque lo ves todo antes de actuar.

—Pero no vi la muerte de mi hermana.

—No, cuando te maldijeron, las Moiras decretaron que no vieras el futuro de tus seres queridos. Todos ellos quedan fuera de tu rango de visión.

—Pero eso no está bien.

—Pues prepárate para lo que viene ahora. Porque es todavía peor. Nunca podrás ver tu propio futuro ni tampoco el de aquellos que jugarán un papel importante en él.

La injusticia le hizo apretar los dientes.

—¿Tú sí puedes verlo?

—Por eso precisamente estoy aquí.

—Cuéntamelo.

Savitar negó con la cabeza.

—Que puedas hacerlo no significa que debas hacerlo. Si sabes lo que te espera, evitarás hacer todo aquello que debes hacer para llegar a ese acontecimiento concreto. Una decisión absurda, y tu destino quedará alterado para siempre.

—Pero tú sí puedes ver tu futuro.

—Solo después de haber puesto en marcha ciertos acontecimientos. Y no puedo detenerlos.

Aquerón meneó la cabeza mientras intentaba decidir quién de los dos lo tenía peor. Él, con la imposibilidad de ver su propio futuro; o Savitar, que lo

veía al instante y era incapaz de detenerlo.

Savitar le dio una palmada en la espalda.

—Sé lo desconcertante que resulta tener todo este poder y conocimiento y no saber cómo encauzarlo. Ni cómo controlarlo.

Asintió con la cabeza.

—Es duro.

Savitar sonrió.

—Por eso lo primero que voy a hacer es enseñarte a luchar.

—¿Por qué?

Su pregunta hizo que Savitar soltara una carcajada.

—Porque vas a necesitarlo. Hay una guerra en ciernes y debes estar preparado.

—¿Una guerra? ¿Qué tipo de guerra?

Savitar se negó a contestarle. En cambio, zarandeó con delicadeza a Simi para despertarla.

—Chiquitina, necesito que vuelvas con tu akri y que te quedes con él mientras lucha. No te preocupes, vamos a pelearnos de mentirijillas. No hace falta que lo abandones para protegerlo.

Simi asintió con un gesto soñoliento antes de obedecer y disolverse en el brazo de Aquerón.

—Más arriba, Simi —le ordenó Savitar—. Sube hasta el cuello, donde no te puedan golpear.

Aquerón frunció el ceño al escucharlo.

—¿Siente los golpes cuando está en mi piel?

—Sí. Y si sufres algún corte o herida profunda justo donde esté ella, Simi también resultará herida. Así que cuida bien de tu demonio, muchacho.

En un abrir y cerrar de ojos Aquerón se encontró en una playa.

—¡Takeshi! —gritó Savitar.

Del suelo surgió una voluta de humo negro.

Aquerón retrocedió mientras el humo se convertía en un hombre pertrechado con una armadura extrañísima. Roja como la sangre y hecha de un metal brillante. Sobre los hombros se alzaban un par de hojas curvadas y el gorjal que protegía el cuello se extendía hacia arriba para resguardar

también la parte inferior del rostro. Solo se le veían los ojos y los símbolos rojos que llevaba tatuados en la frente.

Tenía el pelo largo y negro, con las puntas tintadas de rojo. Sus ojos eran rasgados y le otorgaban una apariencia felina y feroz, sobre todo porque los iris eran de un brillante color rojo sangre. Sin embargo, en cuanto esos ojos se clavaron en Savitar, su expresión se tornó amistosa. El gorjal que le cubría la parte inferior de la cara desapareció para dejar expuesto el apuesto rostro de un hombre que a lo sumo tendría un par de años más que él.

—Savitar-san —saludó el desconocido con una sonrisa torcida—. Dichosos los ojos.

Savitar inclinó la cabeza.

—Y para colmo vengo a pedirte un favor.

Takeshi chasqueó la lengua mientras contemplaba la playa con una mano sobre la empuñadura de su espada.

—Sav, no puedes seguir así. Ya no sé dónde enterrar los cuerpos.

Savitar se echó a reír.

—La cosa no va por ahí. —Se apartó para que pudieran observarse el uno al otro—. Takeshi, te presento a Aquerón. Aquerón, este es Takeshi-sensei. Préstale mucha atención y te enseñará a luchar de ciertas formas que ni te imaginas.

Takeshi lo miró con los ojos entornados.

—¿Quieres que entrene a un nuevo dios?

Savitar se inclinó hacia Takeshi para decirle algo al oído de forma que él no pudiera escucharlo.

Takeshi asintió con la cabeza.

—Como desees, hermano. —Se acercó a él con una sonrisa y le quitó el báculo de la mano con un simple golpe. Después de soltar un suspiro desilusionado, dijo—: Tengo mucho que enseñarte. Ven conmigo y aprenderás el arte de la guerra directamente de su creador.

Aquerón lo siguió con arrogancia. Al fin y al cabo, era un dios. Seguro que sabía luchar. O al menos eso pensaba hasta que Takeshi lo inmovilizó en el suelo con un movimiento tan rápido que ni siquiera supo que se había movido hasta descubrirse con la cara enterrada en la arena.

—Nunca apartes los ojos de tu oponente —le aconsejó Takeshi antes de alejarse de él para que pudiera levantarse—. Y nunca creas que no tendrás que esforzarte para vencer. Yo, por ejemplo, tengo muy claro que podrías sorprenderme en cualquier momento.

Esas palabras le hicieron fruncir el ceño.

Takeshi puso los ojos en blanco.

—Sorpréndeme, atlante. Ataca. Esto no es una clase de baile.

Aquerón se abalanzó sobre él una y otra vez, pero el resultado siempre fue el mismo: acababa boca abajo en la arena.

—En fin, esto no me ayuda a ganar confianza, la verdad. De hecho, creo que voy a quedarme un ratito aquí tumbado, tomando el sol.

Takeshi soltó una carcajada antes de darle unas palmaditas en la espalda.

—Arriba, Aquerón. —Miró hacia el lugar desde donde Savitar los observaba sentado—. No se deja cegar por la ira. Eso es bueno.

El comentario le arrancó una amarga risotada.

—Sí, yo es que tardo en estallar, pero cuando lo hago, lo arruino todo.

Takeshi se volvió hacia él y le pasó el báculo.

—Recuerda, la ira es tu enemiga. Debes mantener siempre tus emociones bajo control. Si les das rienda suelta, perderás la lucha.

Aquerón hizo girar el báculo hasta colocarlo en una posición defensiva.

Takeshi chasqueó la lengua.

—Debes atacar siempre. El que defiende nunca gana.

—El que defiende acaba llevándose una patada en el culo —intervino Savitar—. Te lo digo yo. Tengo todos los zapatos con las suelas agrietadas de la cantidad de culos que he pateado.

Takeshi lo miró con una ceja enarcada.

—¿Quieres enseñarle tú?

—No, la verdad.

—Pues entonces cierra el pico o coge una espada y baja a ayudar.

El buen humor de Savitar se evaporó de golpe.

—¿Me estás desafiando?

—Lo haría si no fueras tan lento para aceptarlo.

—¿Lento? ¿*Mesoula*?

—*Eqou* —lo provocó Takeshi.

Savitar se materializó al punto frente a Takeshi, blandiendo una espada extrañísima, al menos a ojos de Aquerón. La colocó sobre uno de los guardabrazos de Takeshi y en un abrir y cerrar de ojos estaban peleando.

Takeshi resopló.

—¡Uf, peleas como un demonio mariquita!

—¿¡Un demonio mariquita!? ¿Has visto alguno?

—Esta mañana he matado a tres.

Savitar le lanzó un estoque a la garganta. La hoja cortó el aire y pasó apenas a unos dedos de la nuez de Takeshi.

Aquerón, que se sentía abandonado aunque también agradecido por no estar en mitad de esa lucha titánica, se alejó para sentarse en la roca que Savitar había abandonado.

—Tu madre era una cabrera —dijo Savitar mientras le daba un empujón a Takeshi.

—Es un trabajo honorable.

—Sí, para una cabra…

Takeshi se dio la vuelta y apartó a Savitar de una patada, aunque este giró en el aire y volvió al sitio que ocupaba al tiempo que blandía la espada de tal forma que estuvo a punto de abrir en canal a su oponente.

Takeshi meneó la cabeza.

—¿Le has estado dando a la botella esta mañana? ¿Cómo es posible que hayas fallado? Te juro que he luchado con ancianas que tenían mejores reflejos que tú.

—Si has luchado con ancianas es porque estás oxidadísimo. ¿Qué? ¿Tan mal estás de ego que las buscaste a propósito para subirte la moral al vencerlas?

—Savitar, Savitar, Savitar… Al menos gané. ¿No fuiste tú quien acudió llorando al Consejo en busca de ayuda porque te estaba persiguiendo una criatura de… cuatro años?

Savitar fingió enfadarse por el comentario.

—Sí, tenía cuatro años… pero era un demonio tarranine. ¿Te has olvidado de ellos? Pues te recuerdo que esos cabrones salen del huevo completamente creciditos y no era uno solo. Eran un montón.

—Sí, pero admites que necesitaste ayuda.

—¡Ah, ya me estás cansando, sensei! Prepárate a probar la arena…

Aquerón meneó la cabeza mientras escuchaba sus pullas. Sí, la lucha era brutal, pero entre ellos había una camaradería que dejaba bien claro que los insultos no iban en serio. Daba la sensación de que se estaban enfrentando con esas pullas al igual que se enfrentaban con las espadas. Para practicar.

A decir verdad, la situación en sí le resultaba asombrosa. Nunca había contado con un amigo con el que pudiera hacer eso. Y los envidiaba.

Savitar consiguió zafarse de una llave bastante peligrosa.

—¡Oye! ¿No nos olvidamos de algo?

—¿Te refieres a tu dignidad?

Savitar puso los ojos en blanco.

—No, eres tú el que no tiene ninguna. —Señaló hacia el lugar donde él estaba sentado—. ¿No se supone que deberías estar entrenándolo?

Takeshi soltó un fingido suspiro de exasperación.

—Así que admites mi superioridad desviando mi atención hacia el neófito.

—Y una mierda. Me limito a señalarte el hecho de tú y yo sabemos luchar, mientras que Aquerón no tiene ni idea. No estaría de más que aprendiera.

—Cierto. —Takeshi se colocó la espada sobre los hombros y la sostuvo con ambas manos mientras lo miraba con una sonrisa—. Aquerón, ¿estás listo para empezar otra vez?

—Claro. Mi ego ha aprovechado este rato para recuperar un poco de dignidad. A ver si conseguimos aplastarlo de nuevo, no vaya a ser que acabe creyéndome un dios.

Takeshi se echó a reír.

—Me gusta, Savitar. Es de los nuestros.

—Por eso te he llamado. —Savitar le ofreció su espada—. Buena suerte, muchacho.

—Gracias.

Pasó el resto del día practicando con Takeshi, que debía de ser el entrenador más duro del mundo. Lo hizo trabajar hasta que creyó estar a

punto de caer rendido de puro cansancio. Cuando el sol se puso y le dio permiso para descansar, le dolían hasta las pestañas.

Sin embargo, estaba más seguro que nunca de sus habilidades.

Savitar le devolvió el báculo.

—Vuelve a Katoteros y por la mañana empezaremos de nuevo.

Sin saber muy bien por qué Savitar lo estaba ayudando, le deseó al… lo que fuera, las buenas noches y volvió a casa.

Se quedó de piedra al ver que Artemisa lo esperaba en el salón del trono.

—¿Qué quieres?

—Hace días que no te veo.

—Y no sabes lo contento que estoy.

La diosa lo miró con los ojos entornados.

—Te dije que tendrías que alimentarte de mí.

La miró con frialdad.

—Creo que prefiero convertirme en un monstruo sádico… como tú.

—Así que esas tenemos —replicó ella, que puso cara de asco—. Vas a ser cruel conmigo.

—¿Cruel contigo? ¿¡Cruel!? —repitió furioso—. ¡Que te den, Artemisa! —exclamó al tiempo que una violenta racha de aire la golpeaba, arrojándola al suelo. Caminó hacia ella y vio el miedo que asomaba a sus ojos. En otra época ese miedo le habría causado un sentimiento de culpa y una horrible compasión. En ese momento solo logró cabrearlo—. Tu hermano me destripó en el suelo, delante de ti, y tú no moviste un solo dedo. Y cuando por fin encuentro un lugar donde estoy contento, ¡oh, sacrilegio!, vas tú y me engañas para que beba de tu sangre y acabe vinculado a ti. ¿Y el cruel soy yo? Todavía no sabes de lo que soy capaz, zorra.

Artemisa se tapó las orejas con las manos y se encogió en el suelo.

Ese gesto fue el que consiguió que su ira desapareciera y que su enfado cambiara de objetivo. Precisamente porque se compadeció de ella, y esa debilidad le resultaba abominable. Artemisa no merecía su lástima. Solo su desprecio.

—Yo te quería, Aquerón.

Resopló al escucharla.

—Si lo que me has demostrado es amor, prefiero darte asco, la verdad.

Eso hizo que la diosa se echara a llorar.

Aquerón inclinó la cabeza hacia atrás y se maldijo por permitir que sus lágrimas lo afectaran. ¿Por qué se preocupaba por ella? ¿Hasta qué punto estaba jodido que bastaba con verla llorar para querer consolarla?

«Estoy mucho peor que ella», se dijo.

Estampó el báculo contra el suelo, y el golpe hizo que sus sollozos subieran de volumen.

—¿Qué quieres de mí, Artie?

—Quiero recuperar a mi amigo.

—No —la contradijo con un deje amargo en la voz—. Lo que quieres es recuperar a tu mascota. Nunca fui tu amigo. Los amigos no se avergüenzan de su amistad. No viven con el temor de que alguien los vea juntos.

Artemisa levantó la cabeza y lo miró con esos ojos verdes cuajados de lágrimas.

—Lo siento. Ya está. Lo he dicho. Me gustaría retroceder en el tiempo para reparar todo lo que he hecho. Pero no puedo. Me gustaría haber salvado a nuestro sobrino. Me gustaría haberme comportado mejor contigo. Me gustaría… —dejó la frase en el aire, pero ya era demasiado tarde.

Sabía perfectamente lo que iba a decir.

—Te gustaría que no hubiera sido un puto. Créeme, comparados con mis sentimientos al respecto, lo que tú sientes no es nada. A ti no te sometieron, ni te humillaron. Soy yo quien tiene que vivir con ese pasado. No tú. Deberías dar gracias por no sufrir las pesadillas que me atormentan cuando duermo.

—Yo ya tengo las mías, que lo sepas.

Tal vez tuviera razón. Al fin y al cabo, Artemisa era la pobre niña que tuvo que aguantar a Apolo.

Volvió a mirarlo a los ojos.

—Aquerón, la comida ya no te sustenta. Ni siquiera tienes por qué comer la comida humana. Pero necesitas alimentarte de mí o te convertirás en el Heraldo de la Destructora. No sentirás compasión por el mundo, solo querrás destruirlo.

Notó que le aparecía un tic nervioso en el mentón. Por mucho que deseara que Artemisa estuviera mintiendo, sabía que no era así. Incluso en ese momento sentía el poderoso influjo de esa necesidad creciendo en su interior. Y la aborrecía por haberle hecho ese «regalo».

Soltó una maldición al tiempo que le tendía la mano. En cuanto Artemisa la aceptó, le dio un tirón para ponerla en pie y abrazarla. Estaba a punto de destrozarle el cuello cuando se contuvo y logró clavarle los colmillos con delicadeza.

Al fin y al cabo, no era ningún monstruo. Nunca la torturaría, por mucho que mereciera que la trataran con brutalidad.

Le había hecho una promesa. Sí, había sido un puto, pero no era un mentiroso. No la trataría como ella lo había tratado. Nunca caería tan bajo.

Artemisa suspiró al sentir que los poderes de Aquerón la rodeaban. Su piel adquirió ese aspecto marmóreo y se volvió azul. El cálido roce de su aliento despertó su deseo, pero cuando intentó desnudarlo, él se lo impidió.

—*No estoy de humor para jugar con la comida, Artemisa*.

Ella cerró los ojos al escuchar su voz en la cabeza.

Cuando estuvo satisfecho, se alejó con los ojos de un brillante tono rojo mientras se limpiaba la sangre de los labios.

—Necesito alejarme de ti un tiempo.

Sus palabras la atravesaron como un puñal.

—¿Qué estás diciendo?

—La próxima vez, mándame a una de tus *korai* con tu sangre.

—No.

En esa ocasión, se volvió hacia ella tras adquirir su verdadera forma divina.

Artemisa se encogió al verlo. Su altura era impresionante y su presencia, aterradora.

—Harás lo que yo te ordene —masculló entre dientes, dejando a la vista sus colmillos—. Me has devuelto a la vida en contra de mi voluntad y no vas a decirme cómo vivir esta nueva vida. ¿Está claro?

Ella asintió despacio con la cabeza y el corazón se le desgarró un poco más por todo lo que había perdido.

—Si ya has acabado de darme órdenes, te comento que Estigio también volvió a la vida cuando lo hiciste tú. Y está mucho más furioso y lleno de odio que tú.

La mención de su gemelo hizo que Aquerón soltara una maldición.

—¿Dónde está?

—En la Isla del Retiro, custodiado por un dios que me debía un favor. Allí no podrá hacerle daño a nadie. Además, no le faltará de nada, tendrá todo lo que desee.

—Entonces déjalo allí. No quiero volver a ver su cara en la vida.

—Un poco difícil, ¿no crees?

El recordatorio hizo que torciera el gesto.

—No te pases, Artemisa. Estoy a un paso de perder la paciencia, a un paso muy corto. Te lo digo en serio, no me presiones, no te gustaría el resultado. Y ahora fuera de mi vista. No quiero volver a verte en mis dominios.

En esa ocasión sus lágrimas no lo conmovieron en absoluto. No lo permitió. Ella era la culpable de que ya no fuera el hombre que fue.

El puto había muerto y en su lugar había nacido un dios de la destrucción. Un dios maldito. Odiado. Poderoso. Letal.

Llevaba el odio hacia el mundo grabado en el corazón. Cargaba a sus espaldas con el peso de su pasado, y su futuro era incierto.

Tenía incontables enemigos que querían verlo muerto; una madre dispuesta a aniquilar el mundo; una cría de demonio que necesitaba comer cada poco tiempo; dos locos que lo estaban entrenando para luchar en una guerra de la cual no le explicaban nada; y una diosa en celo que solo lo quería para encadenarlo a su cama.

Sí, era «estupendo» haber vuelto al reino de los vivos. Estaba deseando ver qué le deparaba el mañana. Lástima que no pudiera ver qué papel le tocaba.

Malditas fueran las Moiras… Sus hermanas. Las que lo habían traicionado y condenado a esa existencia.

Algún día lograría vengarse de esas tres putas.

10 de abril, 9526 a. C. Monte Olimpo

Aquerón no sabía por qué había accedido a encontrarse con Artemisa. La simple idea de verla en ese preciso momento le daba ganas de vomitar… lástima que no pudiera hacerlo. Durante casi un año entero, había estado recogiendo los destrozos de Apolo. Había apolitas que se convertían en daimons chupa-almas casi todos los días.

Aunque tampoco podía culparlos. La reina atlante solo había enviado a un reducido grupo de soldados para asesinar a su hermana y a su sobrino. Presa de los celos porque Apolo ya no compartía su cama, la reina atlante había volcado todo su veneno en Ryssa. En mitad de la noche, los hombres de la reina se habían colado en la habitación de su hermana y la habían matado mientras amamantaba a Apolodoro.

Después, una vez que Apolo lo mató a él, el dios se revolvió contra la raza que había creado. Dado que los asesinatos se habían llevado a cabo de tal forma que pareciera que un animal había atacado a Ryssa y a Apolodoro, Apolo los maldijo a alimentarse los unos de los otros. Solo la sangre apolita podía mantenerlos con vida. ¿Qué les pasaba a Apolo y a Artemisa para estar tan obsesionados con la sangre?

Por si eso fuera poco, Apolo los había desterrado de la luz del sol para que nunca más tuviera que verlos y recordar así su traición. Y para que nadie dijera que hacía las cosas a medias, condenó a toda la raza a una muerte lenta y dolorosa el día de su vigésimo séptimo cumpleaños. Justo la edad a la que había muerto Ryssa.

Dada la severidad del castigo, podría sospechar que el dios amaba a su hermana. Sin embargo, sabía que no era así. Apolo era tan incapaz de amar

como Artemisa. Simplemente era una demostración de su poder. Una advertencia a cualquier otro que estuviera pensando en volverse contra él. De hecho, Apolo había hecho correr el rumor de que él destruyó la Atlántida para vengarse de los apolitas.

Cabrón imbécil… Y más imbécil era la gente por tragarse sus mentiras.

Aquerón había guardado silencio, no para proteger al dios, sino porque la patética arrogancia de Apolo le hacía gracia.

Esa estupidez sería la perdición de Apolo. En ese mismo instante su madre estaba encerrada en su prisión, tramando la muerte del dios griego… junto con la de Artemisa. En cuanto Apolo maldijo a su pueblo, Apolimia fue en busca de Strykerio, el hijo condenado del dios, y le enseñó la manera de eludir la maldición, para lo cual los apolitas tenían que apropiarse de almas humanas a fin de prolongar sus vidas.

Con razón Savitar no había querido revelarle el nombre de la diosa contra la cual tendría que luchar.

Era su propia madre. Apolimia era la cabecilla del ejército de daimons que buscaba venganza. Debería haberlo sabido.

Su propia venganza había sido mucho más directa. Había perseguido a los asesinos de su hermana y de su sobrino… al menos a los que habían sobrevivido al ataque de su madre, y les había hecho maldecir el día que nacieron.

En ese momento estaba en guerra contra su propia madre.

Soltó un suspiro apesadumbrado.

—Algún día mataré a esas puñeteras Moiras.

Sin embargo, eso tendría que esperar. Porque ese día iba a ver a Artemisa para averiguar por qué llevaba varios meses amenazando con matarlo. Desde que murió, ni su madre ni Artemisa le habían dado un momento de tregua con sus gritos y sus exigencias. Salvo en ese mismo instante, que no escuchaba a ninguna.

Sintió en la espalda el estremecimiento que anunciaba la llegada de Artemisa. Se tensó a la espera de escuchar su voz gritona. Sorprendido por su silencio, se volvió y la vio de pie, indecisa.

—¿Por qué estás tan nerviosa, Artemisa?

—Has cambiado.

Soltó una carcajada ante semejante agudeza. Había cambiado. Muchísimo. Ya no era un esclavo servil, era un dios cabreado que quería que el mundo lo dejara tranquilo.

—No me gustas con el pelo negro.

La miró con sorna.

—Y a mí no me gustas con la cabeza sobre los hombros. Supongo que no siempre podemos tener lo que más nos gusta, ¿no crees? —La miró con los ojos entornados—. No tengo tiempo para tonterías. Si solo quieres mirarme, mírame la espalda mientras me voy.

Dio media vuelta.

—¡Espera!

En contra de su sentido común, titubeó.

—¿A qué?

Artemisa se acercó muy despacio, como si le tuviera miedo.

—Por favor, no te enfades conmigo, Aquerón.

Sus palabras le arrancaron una carcajada amarga.

—Bueno, «enfadarse» se queda corto para lo que siento ahora mismo por ti. ¿Cómo te atreves a llamarme de nuevo?

Artemisa tragó saliva al tiempo que se le descomponía el rostro.

—No podía hacer otra cosa.

—Siempre podemos hacer otra cosa.

—No, Aquerón. En este caso, no.

No se lo tragó, claro. Siempre había sido egoísta y caprichosa, y tenía muy claro que esos habían sido los motivos que la habían impulsado a resucitarlo en vez de dejarlo entre los muertos.

—¿Para esto me has estado llamando? ¿Para disculparte?

La vio negar con la cabeza.

—No me arrepiento de nada. Lo volvería a hacer en un parpadeo.

—En un abrir y cerrar de ojos —la corrigió él, furioso.

Ella le restó importancia al tema con un gesto de la mano.

—Quiero que hagamos las paces.

«¿Las paces?», pensó. ¿Estaba loca o qué? Tenía suerte de que no la matara en ese mismo momento. Cosa que haría si no le asustara lo que pudiera pasarle a muchos inocentes.

—Entre nosotros nunca habrá paz. Nunca. Destruiste esa oportunidad el día que viste cómo me mataba tu hermano sin intervenir para defenderme.

—Estaba asustada.

—Más lo estaba yo, que me descuartizaron y me destriparon en el suelo como si fuera un animal. Disculpa si no me compadezco de tu dolor. El mío me tiene muy ocupado. —En aquel momento se volvió para marcharse, pero ella lo detuvo.

Fue entonces cuando escuchó el gimoteo de un bebé. Ceñudo, contempló con horror al bebé que Artemisa había mantenido oculto entre los pliegues del peplo.

—Tengo un bebé para ti, Aquerón.

Se zafó de su brazo con brusquedad, consumido por la ira.

—¡Zorra! ¿De verdad crees que así podrás reemplazar a mi sobrino, al que dejaste morir? Siempre te odiaré. Haz lo correcto por una vez en tu vida, y devuélveselo a su madre. Lo último que necesita esa criatura es criarse con una víbora desalmada como tú.

Artemisa lo abofeteó con tanta fuerza que le partió el labio superior.

—Vete al infierno, cabrón asqueroso.

Él se limpió la sangre del labio con el dorso de la mano mientras le lanzaba una mirada asesina.

—Yo seré un cabrón asqueroso, pero por lo menos no soy una puta frígida capaz de sacrificar al único hombre que la ha amado porque es demasiado egoísta como para salvarlo.

Artemisa lo fulminó con la mirada.

—Yo no soy la puta, Aquerón. Eres tú quien se vende por dinero. A cualquiera que pueda pagar el precio. ¿Cómo se te ocurrió creerte digno de una diosa?

Sus palabras lo hirieron de tal forma que dejaron un trocito de su corazón destrozado para siempre.

—Tenéis razón, señora. No soy digno de vuestra presencia ni de la de ningún otro. Solo soy una mierda que merece estar en la calle. Perdonadme por haberos mancillado.

Y con esas palabras desapareció de la presencia de Artemisa.

Su relación se había acabado para siempre. No había nada en el universo capaz de convencerlo de que volviera a dirigirle la palabra.

«Necesitas su sangre», le recordó la voz de su conciencia.

¿Qué más daba? A la mierda con el mundo, a él le daba igual. Prefería que todos los humanos murieran a tener que pasar un momento más esclavizado por esa zorra. Estaba harto de ser el chivo expiatorio de todos. Por una vez en la vida iba a pensar en sí mismo, ¡y que les fueran dando a los demás!

—Tú y yo hemos terminado, Artemisa. Para siempre.

Grecia, 7382 a. C..

Aquerón sintió una presencia a su espalda. Se volvió con el báculo dispuesto para atacar y a la espera de encontrarse con otro daimon.

No fue así.

Lo que encontró fue a Simi colgando cabeza abajo de un árbol, con las alas púrpuras, tan parecidas a las de un murciélago, plegadas a la espalda de su cuerpecito de niña. Vestía un quitón y un manto que la brisa nocturna agitaba suavemente. Sus ojos de color rojo sangre refulgían con un brillo misterioso y su larga y oscura trenza se mecía en el aire, casi rozando el suelo.

Aquerón se relajó y clavó el extremo del báculo en la hierba húmeda mientras la observaba con atención.

—¿Dónde has estado, Simi? —preguntó con brusquedad. Llevaba un buen rato llamando al demonio caronte.

—¡Uf, por aquí y por allá, akri! —le contestó con una sonrisa mientras se mecía, colgada en la rama—. ¿Es que akri ha echado de menos a Simi?

Exhaló un suspiro resignado. Le tenía cariño a Simi, pero ojalá tuviera un demonio mucho más maduro como compañero… Uno que, con tres mil años a sus espaldas, no siguiera comportándose como si tuviera cinco.

Pasarían siglos antes de que Simi alcanzara la madurez.

—¿Has entregado mi mensaje? —le preguntó.

—Sí, akri —contestó ella—, Simi lo ha entregado tal y como ordenaste, akri.

Se le erizó el vello de la nuca al escucharla. Algo en su tono de voz no acababa de gustarle.

—¿Qué has hecho, Simi?

—Simi no ha hecho nada, akri. Pero…

Esperó mientras el demonio miraba a su alrededor con gesto nervioso.

—¿Pero? —la urgió a contestar.

—A Simi le entró hambre cuando volvía.

El pánico lo dejó helado.

—¿A quién te has comido esta vez?

—No era humano, akri. Era algo con cuernos en la cabeza como los de Simi. Y había muchos, pero muchos. Todos con cuernos. Hacían un ruido muy raro, algo así como: muuu, muuu.

—¿Te refieres a las vacas? ¿Te alimentaste del ganado?

—Eso es, akri. Simi se alimentó del ganado.

¿Y entonces por qué parecía tan preocupada?

—Bueno, eso no tiene nada de malo.

—No, la verdad es que están muy buenas, akri. ¿Por qué no le habías hablado a Simi de las vacas? Asadas están muy sabrosas. A Simi le gustaron mucho. Akri tiene que conseguir muchos mumuuuuus para llevárselos a casa. Simi cree que estarían muy bien.

Pasó por alto la sugerencia y, en cambio, le preguntó:

—Pero entonces, ¿por qué estás tan preocupada?

—Porque un hombre alto con un solo ojo salió de una cueva hecho una furia y le gritó a Simi. Dijo que era muy mala por haberse comido las vacas y que tendría que pagarlas. ¿Qué significa eso, akri? ¿Qué es pagar? Simi no sabe qué es pagar.

Ojalá él pudiera decir lo mismo.

—Ese hombre tan alto, ¿era un cíclope?

—¿Qué es un cíclope?

—Un hijo de Poseidón.

—Bueno, eso fue lo que dijo. Pero no tenía cuernos, solo un cabezón calvo.

No le interesaba en lo más mínimo discutir sobre el cabezón calvo del cíclope con su demonio. Lo que necesitaba era saber cómo enmendar el estropicio que siempre causaba su voracidad.

—¿Qué fue lo que te dijo el cíclope?

—Que estaba muy enfadado con Simi por haberse comido el ganado. Dijo que las vacas con cuernos pertenecían a Poseidón. ¿Quién es Poseidón, akri?

—Un dios griego.

—Bueno, pues entonces Simi no se ha metido en problemas. Solo tiene que matar al dios griego y asunto arreglado.

Se vio obligado a disimular una sonrisa.

—No puedes matar a un dios griego, Simi. No está permitido.

—Ya empezamos, siempre diciéndole que no a Simi. No te comas eso, Simi. No mates aquello, Simi. Ve a Katoteros, Simi, y espera que te llame. —Cruzó los brazos por delante del pecho y lo miró con el ceño fruncido—. A Simi no le gusta que le digan que no, akri.

Torció el gesto al sentir el dolor que comenzaba a extenderse por su cabeza. Ojalá le hubieran regalado una cacatúa como mascota cuando cumplió veintiún años. Porque el demonio caronte acabaría matándolo… otra vez.

—¿Y para qué llamabas a Simi, akri?

—Quería que me ayudases con los daimons.

El demonio se relajó y empezó a mecerse de nuevo.

—No parecías necesitar ayuda, akri. Simi cree que te las apañas muy bien solo. Lo que más le gustó fue cómo lanzaste a ese daimon por el aire antes de matarlo. Muy bonito. Simi no sabía que hacían tantos colorines cuando explotaban. —Saltó de la rama y se colocó a su lado—. ¿Adónde vamos ahora, akri? ¿Llevarás a Simi a otro lugar frío? A Simi le gustó donde estuvimos la última vez. La montaña era muy bonita.

—¿*Aquerón*?

Se detuvo al escuchar la llamada de Artemisa. Dejó escapar un suspiro resignado.

Llevaba dos mil años sin hacerle el menor caso.

Aunque ella seguía llamándolo con insistencia.

Hubo un tiempo en el que la diosa había ido en su busca «en persona», pero le había quitado esa habilidad.

Su conexión telepática era el único vínculo que no había podido eliminar por completo.

—Vamos, Simi —le dijo al demonio, y así emprendió el viaje que lo llevaría de vuelta a Terakos. Los daimons se habían establecido allí de forma permanente y estaban devorando a los pobres griegos de una aldea cercana.

—*Aquerón, necesito tu ayuda. Mis nuevos Cazadores Oscuros necesitan un instructor*.

Las palabras de Artemisa lo dejaron de piedra. ¿Cazadores Oscuros? ¿Qué significaba eso?

—¿Qué has hecho, Artemisa? —Su murmullo flotó en el viento hasta el Olimpo, donde la diosa esperaba en su templo.

—*Vaya, vaya, así que me hablas*. —No le pasó desapercibido el alivio de su voz—. *Empezaba a preguntarme si volvería a escuchar tu voz*.

Torció el gesto al escucharla. No tenía tiempo para eso.

—*¿Aquerón*?

No le hizo caso.

Pero la diosa no captó la indirecta.

—*Los daimons se están multiplicando demasiado rápido como para que puedas encargarte tú solo de ellos. Necesitabas ayuda, así que te la he proporcionado*.

Resopló al pensar en la «ayuda» que podría proporcionarle Artemisa. La diosa griega no había hecho nada por nadie que no fuera ella misma desde el albor de los tiempos.

—Déjame en paz, Artemisa. Tú y yo hemos terminado. Tengo trabajo que hacer y no tengo tiempo para discutir contigo.

—*Muy bien. Los enviaré a luchar con los daimons sin estar preparados. Si mueren… ¿a quién le importa un humano? Siempre puedo crear más para que sigan luchando*.

Era una trampa.

Sin embargo, su instinto le decía que no lo era. Estaba casi convencido de que había creado a más criaturas como él y, en ese caso, no dudaría en volver a hacerlo.

Sobre todo si con ello lo hacía sentirse más culpable.

Maldita fuera. Tendría que presentarse en su templo. Aunque antes preferiría que lo destriparan.

Sintió un espasmo en las entrañas al recordar la experiencia, asqueado por su propia broma.

Miró al demonio.

—Simi, tengo que ver a Artemisa ahora mismo. Regresa a Katoteros y no te metas en líos hasta que vuelva a llamarte.

El demonio hizo una mueca.

—A Simi no le gusta Artemisa, akri. Le gustaría que la dejases matarla. Simi quiere arrancarle esa larga melena roja.

Lo mismo que él.

—Lo sé. Por eso quiero que te quedes en Katoteros. —Se alejó de ella, pero se giró para darle una última orden—. Y por favor, no comas nada hasta que yo regrese. Y menos si se trata de un humano.

—Pero…

—No, Simi. Nada de comida.

—No, Simi. Nada de comida —rezongó ella—. A Simi no le gusta esto, akri. Katoteros es muy aburrido. No hay nada con lo que entretenerse. Solo muertos viejísimos que quieren regresar. ¡Es un asco!

—Simi… —le advirtió con voz seria.

—Simi hace lo que le ordenas, akri. Pero nunca ha dicho que obedecería sin rechistar.

Meneó la cabeza por el comportamiento incorregible del demonio antes de teletransportarse al templo de Artemisa en el Olimpo.

Se detuvo en el puente de oro situado sobre un serpenteante río. El sonido del agua reverberaba sobre las escarpadas faldas de la montaña.

Nada había cambiado en esos dos mil años.

El área de la cumbre estaba sembrada de resplandecientes puentes y paseos. Una niebla tornasolada cubría los caminos que llevaban hacia los templos de los distintos dioses.

Las estancias del Olimpo eran opulentas y grandiosas. Las moradas perfectas para el ego de los dioses que las habitaban.

El templo de Artemisa era de oro, estaba coronado por una cúpula y tenía columnas de mármol blanco. Desde la sala del trono podía contemplarse una arrebatadora panorámica del cielo y del mundo que se extendía a sus pies.

O eso le había parecido cuando era joven.

Claro que eso fue mucho antes de que el tiempo y la experiencia hubieran agriado su visión de las cosas. A esas alturas ya no veía nada espectacular ni hermoso en ese lugar. A su alrededor solo veía la vanidad, el egoísmo y la frialdad de los habitantes del Olimpo.

Esos dioses nuevos eran muy diferentes a aquellos sobre los que le habían hablado durante su época como humano. Todos los dioses atlantes, a excepción de uno, habían sido compasivos. En ellos había amor. Bondad. Perdón.

En una sola ocasión, previa a su inminente nacimiento, se dejaron llevar por el miedo… y ese error les había costado sus vidas inmortales y les había permitido a los dioses olímpicos ocupar su lugar.

Un día aciago para los humanos, en más de un sentido.

Se obligó a cruzar el puente que llevaba al templo de Artemisa. Dos mil años atrás, había abandonado ese lugar jurando que jamás regresaría.

Debería haberse imaginado que tarde o temprano la diosa se las ingeniaría para encontrar una manera de hacerlo volver.

Tenso por la rabia, usó la telequinesia para abrir las enormes puertas doradas. Fue recibido por los gritos ensordecedores de las sirvientas de Artemisa. No estaban acostumbradas a la presencia masculina en los dominios privados de su señora.

La diosa siseó por el estridente sonido y las hizo desaparecer a todas.

—¿Has matado a las ocho? —le preguntó.

Artemisa se frotó los oídos.

—Eso debería haber hecho, pero no, solo las he arrojado al río.

La sorpresa hizo que la observara con detenimiento. Eso era impropio de la diosa que él recordaba. Tal vez hubiera aprendido a ser un poco compasiva y clemente en esos dos mil años.

Aunque, conociéndola, resultaba bastante improbable.

En cuanto estuvieron solos, Artemisa se levantó del trono y se acercó a él. Llevaba un diáfano peplo blanco que se adhería a cada una de las curvas de su voluptuoso cuerpo. La luz arrancaba destellos a sus rizos, de un rojo intenso.

Esos brillantes ojos verdes le dispensaron una cálida bienvenida.

Su mirada lo traspasó como una lanza. Ardiente. Punzante. Dolorosa. Siempre había sabido que volver a verla iba a resultarle duro… y ese había sido uno de los motivos por los que no había hecho caso de sus llamadas.

El problema era que suponerlo y experimentarlo eran dos cosas muy diferentes.

No estaba preparado en absoluto para las emociones que acababan de embargarlo al verla de nuevo. El odio. La traición.

Aunque lo peor era el anhelo.

El hambre.

El deseo.

Una parte de sí mismo todavía la amaba. La misma parte que estaba dispuesta a perdonarle cualquier cosa.

Incluso su muerte…

—Tienes muy buen aspecto, Aquerón. Estás tan guapo como la última vez que nos vimos —dijo, extendiendo un brazo para tocarlo.

Retrocedió un paso para que no pudiera hacerlo.

—No he venido a charlar, Artemisa. Yo…

—Solías llamarme Artie.

—Solía hacer muchas cosas que ya no hago —replicó con una mirada severa para recordarle todas las cosas que le había arrebatado.

—Sigues enfadado conmigo.

—¿Tú crees?

Los ojos de la diosa ardían con un fuego esmeralda que le hizo recordar el demonio que habitaba en el interior del cuerpo divino.

—Sabes perfectamente que podría haberte obligado a venir. He tolerado con paciencia tu actitud desafiante. Más de la cuenta.

Apartó la mirada, consciente de que decía la verdad. Artemisa poseía el alimento que necesitaba para sobrevivir. Si pasaba demasiado tiempo sin alimentarse de su sangre, se convertía en un asesino incontrolable. En un peligro para todo aquel que estuviera cerca.

Solo Artemisa tenía la clave para que siguiera como estaba. Cuerdo. Sano.

Compasivo.

—¿Por qué no me has obligado a venir? —le preguntó.

—Porque te conozco. De haberlo intentado, ambos habríamos acabado arrepintiéndonos.

También tenía razón en eso. Sus días de sumisión quedaban muy lejos. Había tenido de sobra durante su infancia y su juventud. En cuanto probó la libertad y el poder, decidió que le gustaban demasiado como para volver a lo que había sido antes.

—Háblame de estos nuevos Cazadores Oscuros que has creado —le dijo.

—Ya te lo he dicho. Necesitas ayuda.

La miró con expresión furiosa.

—No necesito nada.

—El resto de los dioses y yo no lo vemos así.

—Artemisa… —masculló entre dientes, consciente de que estaba mintiendo. Él solo se bastaba para controlar y matar a los daimons que asesinaban a los humanos—. Te juro que…

Apretó los dientes al recordar los primeros días de su nueva vida. No había tenido a nadie que le mostrase el camino. A nadie que le explicase lo que necesitaba hacer.

Esos pobres desgraciados que había creado estarían perdidos sin un mentor. Confusos. Y lo peor de todo, serían tremendamente vulnerables hasta que aprendieran a usar sus poderes. Era impensable que Savitar se ocupara de ellos.

¡Maldita fuera!

—¿Dónde están? —le preguntó.

—Esperando en Falossos. Se ocultan en una cueva que los protege del sol. Pero no saben lo que deben hacer ni cómo hallar a los daimons, y mucho menos cómo luchar contra ellos. Necesitan un líder.

No quería hacerlo. Ni quería dar órdenes ni quería que otros le ordenaran lo que hacer. No quería relacionarse con nadie.

Lo único que había deseado en la vida era que lo dejasen tranquilo.

La idea de tener que relacionarse con otras personas…

Hacía que se le helase la sangre en las venas.

Aunque le tentaba la idea de darle la espalda a Artemisa, sabía que no podía hacerlo. Si no entrenaba a esos hombres para que lucharan contra los

daimons, acabarían muertos. Y la muerte cuando no se tenía alma era una existencia malísima. Él lo sabía mejor que nadie.

—De acuerdo —accedió—. Los entrenaré.

Artemisa sonrió.

Dejó a la diosa, regresó junto a Simi y le ordenó que se quedara allí un poco más. La presencia del demonio complicaría un asunto ya de por sí difícil.

En cuanto se aseguró de que lo obedecería, se teletransportó a Falossos.

Encontró a los tres hombres acurrucados en la oscuridad tal y como Artemisa le había dicho. Estaban hablando en voz baja entre ellos, alrededor de una pequeña hoguera en busca de calor, aunque el resplandor de las llamas les irritaba los ojos.

Unos ojos que habían dejado de ser humanos y que ya no soportaban el brillo de la luz.

Tenía mucho que enseñarles.

Se acercó a ellos, surgiendo de las sombras.

—¿Quién eres? —preguntó el más alto de los tres tan pronto como lo vio.

Saltaba a la vista que era dorio por su larga melena negra. Era alto, musculoso y llevaba una armadura de combate que necesitaba una reparación urgente.

Los otros dos hombres eran griegos, ambos rubios, y sus armaduras estaban en un estado similar a la del primero. El más joven tenía un agujero en el centro del peto, donde una jabalina le había atravesado el corazón.

Era imposible que pasaran desapercibidos en el mundo exterior vestidos así. Necesitaban muchos cuidados. Descanso.

Instrucción.

Se apartó la capucha de su quitón negro y los miró a los ojos.

En cuanto vieron sus turbulentos iris plateados se quedaron lívidos.

—¿Eres un dios? —le preguntó el más alto—. Nos han dicho que los dioses nos castigarán con la muerte si nos presentamos ante ellos.

—Me llamo Aquerón Partenopaeo —respondió en voz baja—. Artemisa me envía para instruiros.

—Soy Callabrax de Likonos —dijo el más alto, tras lo cual señaló al hombre que tenía a la derecha—. Este es Kyros de Seklos. —Y en último lugar, señaló al más joven de los tres—. Y este es Ias de Groesia.

Ias estaba algo apartado de los otros dos, y lucía una expresión distante. Percibía los pensamientos del muchacho como si fueran suyos. El dolor que estaba sintiendo se le clavó en lo más hondo, encogiéndole el corazón.

—¿Cuánto tiempo hace que fuisteis creados? —les preguntó.

—Unas cuantas semanas en mi caso —respondió Kyros.

Callabrax asintió con la cabeza.

—En el mío también.

Aquerón miró a Ias.

—Hace dos días —contestó el joven con voz inexpresiva.

—Todavía está enfermo por la conversión —comentó Kyros—. Yo tardé casi una semana en… acostumbrarme.

La explicación estuvo a punto de arrancarle una carcajada amarga. «Acostumbrarse» lo describía bastante bien, sí.

—¿Habéis matado ya a algún daimon? —les preguntó.

—Lo intentamos —contestó Callabrax—, pero es muy diferente a matar soldados. Son más fuertes, más rápidos. No es fácil acabar con ellos. Hemos perdido a dos de los nuestros luchando contra ellos.

Se estremeció al pensar en esos dos hombres que se habían enfrentado sin preparación alguna a los daimons y también en la espantosa existencia que les aguardaba al morir sin alma.

De repente, recordó su primera pelea…

Desterró los recuerdos al punto. Aunque Takeshi había sido un gran instructor, nunca había luchado contra un daimon. Además, había descubierto otra cosa. Savitar y Takeshi no se lo habían contado todo. Los primeros años fueron duros y brutales.

—¿Habéis cenado ya? —Los tres hombres asintieron con la cabeza—. Pues entonces salid conmigo y os enseñaré lo necesario para matar daimons.

Trabajó con ellos casi hasta el amanecer. Les enseñó todo lo que le fue posible en una sola noche. Tácticas nuevas. Los puntos débiles de los daimons.

Cuando la noche llegó a su fin, los dejó en la cueva.

—Buscaré un lugar mejor para que os ocultéis durante el día —les prometió.

—Soy dorio —le contestó Callabrax con orgullo—. Me sobra con lo que tengo.

—Pero a nosotros no —replicó Kyros—. A Ias y a mí nos vendría muy bien una cama. Por no mencionar un baño…

Aquerón inclinó la cabeza antes de indicarle a Ias que saliera de la cueva.

Le hizo un gesto para que caminara y lo alejó de los otros dos.

—Quieres ver de nuevo a tu esposa —le dijo en voz baja.

Ias lo miró, perplejo.

—¿Cómo lo sabes?

No le contestó. Ya en sus días como humano odiaba las preguntas personales porque solían conducir a conversaciones que no quería mantener. Solían despertar recuerdos que prefería que permaneciesen enterrados.

Cerró los ojos y dejó que su mente vagara, cruzando el cosmos hasta encontrar a la mujer que atormentaba la mente de Ias.

Liora.

Una preciosa mujer de pelo negro como el azabache y ojos de un azul tan claro como el mar.

No era de extrañar que Ias la echase de menos.

En ese momento Liora estaba postrada de rodillas, rezando entre sollozos.

—Por favor —les suplicaba a los dioses—, por favor, devolvedme a mi amor. Por favor, dejad que mis hijos vuelvan a tener a su padre en casa.

Verla así y escuchar sus temores le provocó una oleada de compasión. Nadie le había dicho lo que había sucedido. Estaba rezando por el bienestar de un hombre que ya no se encontraba con ella.

La idea lo atormentaba.

—Comprendo tu tristeza —le confesó a Ias—. Pero no puedes hacerles saber que vives convertido en esto. Los humanos te temerán si vuelves a casa. Intentarán matarte.

Los ojos de Ias se llenaron de lágrimas y cuando habló, se cortó los labios con los colmillos.

—Liora no tiene a nadie que la cuide. Era huérfana y mi hermano murió un día antes que yo. No hay nadie que vele por mis hijos.

—No puedes volver.

—¿Por qué no? —preguntó Ias furioso—. Artemisa dijo que podía vengarme del hombre que me mató y que, una vez cumplida mi venganza, seguiría viviendo para servirla. No dijo nada de que no pudiese volver a casa.

Apretó con fuerza el báculo.

—Ias, piensa lo que dices —le pidió con voz sumamente amable—. Ya no eres humano. ¿Cómo crees que va a reaccionar la gente del pueblo si regresas con colmillos y ojos negros? No puedes salir a la luz del día. Le debes lealtad a toda la humanidad, no solo a tu familia. Nadie puede asumir esas dos responsabilidades a la vez. Jamás podrás regresar.

Los labios del hombre temblaron, pero asintió con la cabeza.

—Tengo que salvar a la humanidad mientras mi familia, inocente del todo, se muere de hambre y no tiene a nadie que la proteja. Ese es el trato que he hecho.

Aquerón apartó la mirada, pero por dentro se compadecía de Ias y de su familia.

—Vuelve dentro con los otros —le dijo.

Observó cómo Ias entraba en la cueva mientras repasaba la conversación en su cabeza. No podía dejar las cosas así.

Él podía arreglárselas solo, pero los otros…

Cerró los ojos y regresó al templo de Artemisa.

En esa ocasión cuando las *korai* abrieron la boca para gritar, la diosa les paralizó las cuerdas vocales.

—Dejadnos solos —les ordenó Artemisa.

Las mujeres corrieron hacia la salida tan rápido como les fue posible y dejaron que la puerta se cerrara tras ellas con un sonoro portazo.

Tan pronto como se quedaron a solas, Artemisa le sonrió.

—Has vuelto. No esperaba verte tan pronto.

—No empieces, Artemisa —le advirtió, cortando de raíz cualquier coqueteo antes siquiera de que intentase nada—. En resumidas cuentas, he vuelto para gritarte.

—¿Por qué?

—¿¡Cómo te atreves a engañarlos para tenerlos a tu servicio!?

—Yo nunca miento.

Su respuesta le hizo enarcar una ceja.

Artemisa cambió de expresión al punto, muy incómoda, y carraspeó antes de reclinarse en su trono.

—Tú eras diferente, y no te mentí. Solo se me olvidó mencionar unos detallitos sin importancia.

—No intentes escurrir el bulto, Artemisa, y no estamos hablando de mí. Me refiero a lo que les has hecho a esos hombres. No puedes abandonar a esos pobres desgraciados a su suerte como lo has hecho.

—¿Por qué no? Tú te las has apañado solo la mar de bien.

—Yo no soy igual que ellos, y lo sabes muy bien. No había nada en mi vida a lo que quisiera regresar. No tenía familia ni amigos.

—Eso me ofende. ¿Qué era yo, entonces?

—Un error que llevo lamentando dos mil años.

El comentario hizo que el rostro de Artemisa enrojeciera; bajó del trono y descendió dos peldaños para ponerse a su altura.

—¡Cómo te atreves a hablarme así!

Aquerón se arrancó el manto de un tirón y lo arrojó a un rincón de la estancia junto con el báculo.

—Mátame por mi insolencia, Artemisa. Vamos. Haznos un favor a los dos y líbrame de mi sufrimiento.

La diosa intentó abofetearlo, pero él le cogió la mano y la miró fijamente a los ojos.

Percibió el odio en esa mirada, la dura condena.

Sus coléricos alientos se mezclaron y el aire que los rodeaba restalló con furia ante el choque de sus poderes.

Pero no era su furia lo que ella buscaba.

No, jamás había buscado su furia.

Paseó la mirada por su cuerpo, por los perfectos ángulos de su rostro, sus afilados pómulos, su nariz aguileña. Por su pelo negro.

Por el turbulento mar plateado de sus ojos.

Jamás hubo mortal que pudiese equiparar la perfección física de Aquerón.

Y no solo era su belleza lo que atraía a los demás. No fue su belleza lo que la cautivó a ella.

Tenía un carisma muy peculiar y muy masculino. Tenía poder. Fuerza. Encanto. Inteligencia. Determinación.

Mirarlo era desearlo.

Verlo era morirse por tocarlo.

Había sido creado para complacer, y también entrenado para dar placer. Todo lo referente a su persona, desde esos elegantes músculos hasta su erótico timbre de voz, estaba diseñado para seducir a cualquiera que se cruzara en su camino. Al igual que un animal salvaje, sus movimientos irradiaban un aura de peligro y de poder masculino. Y también poseían la promesa de la satisfacción sexual más completa.

Y él se encargaba de que esa promesa se cumpliera.

Aquerón era su debilidad. El único hombre al que había amado a lo largo de los siglos.

Y poseía el poder de matarla. Ambos lo sabían. Y el hecho de que no lo hiciera le resultaba intrigante e incitante.

Estimulante y erótico.

Tragó saliva y recordó su estampa la primera vez que se vieron. La fuerza que desprendía. Su pasión. Desafiante, se había plantado frente a ella en su templo y se había echado a reír cuando lo amenazó con matarlo.

Allí mismo, delante de su estatua, se había atrevido a hacer algo que ningún otro hombre había hecho, ni antes ni después…

Aún saboreaba ese beso.

A diferencia de otros hombres, Aquerón jamás le había tenido miedo.

En ese momento el calor de su mano le abrasaba la piel; claro que el mero roce de sus manos siempre había tenido ese efecto en ella. No había nada que anhelase más que el sabor de sus labios. Que el fuego de su pasión.

Pero lo había perdido a causa de un único error.

Quería echarse a llorar de impotencia. Hubo una ocasión, mucho tiempo atrás, en la que intentó que las manecillas del tiempo retrocedieran para rehacer aquella mañana.

Para recuperar el amor y la confianza de Aquerón.

Las Moiras le habían impuesto un feroz castigo por su temeridad.

A lo largo de los dos mil años que habían transcurrido desde entonces había intentado por todos los medios que volviera a su lado. Nada había funcionado. Nada había conseguido que la perdonase, ni siquiera había logrado que volviera a su templo.

No hasta que se le ocurrió utilizar lo único a lo que Aquerón no podría volverle la espalda: un alma mortal en peligro.

Porque él haría cualquier cosa por salvar a los humanos. Su plan de hacerlo responsable de los Cazadores Oscuros que había creado apelando a su poder para resucitar las almas había funcionado, y había vuelto.

Ya solo tenía que retenerlo a su lado.

—¿Quieres que los libere? —le preguntó.

Por él, haría cualquier cosa.

—Sí.

Por ella, Aquerón no movería un dedo. No a menos que lo obligara.

—¿Qué harías por mí, Aquerón? Ya conoces las reglas divinas. Un favor se paga con otro favor.

La soltó con un furioso improperio al tiempo que se apartaba de ella.

—A estas alturas ya debería saber que no tienes remedio.

Artemisa se encogió de hombros con una indiferencia que no sentía. En ese momento estaba en juego lo que más le importaba.

Si Aquerón decía que no, la destruiría.

—De acuerdo, entonces seguirán siendo Cazadores Oscuros. Sin nadie que les enseñe lo que necesitan saber. Sin nadie que se preocupe por lo que pueda sucederles.

Aquerón dejó escapar un largo suspiro.

Quería consolarlo, pero sabía que rechazaría el más leve roce de su mano. Siempre había rechazado cualquier muestra de consuelo o de apoyo. Era injusto que poseyera semejante fortaleza.

Cuando sus ojos se encontraron, esa mirada plateada le provocó un erótico escalofrío.

—Si van a servirte a ti y al resto de los dioses, necesitan ciertas cosas, Artemisa.

—¿Como qué?

—Armaduras, por ejemplo. No puedes enviarlos a la batalla sin armas. También necesitan un modo de conseguir comida, ropa, caballos e incluso sirvientes que los protejan durante el día, mientras descansan.

—Pides demasiado.

—Solo lo necesario para asegurar su supervivencia.

Artemisa negó con la cabeza.

—Tú nunca has reclamado nada de eso. —Y que no lo hubiese hecho le escocía.

Aquerón jamás pedía nada.

—No necesito comida y gracias a mis poderes tengo todo lo que necesito. Además, tengo a Simi para protegerme. Ellos no durarán mucho solos.

«Nadie puede sobrevivir solo, Aquerón. Nadie. Ni siquiera tú. Mucho menos yo», se dijo en silencio.

Alzó la barbilla, decidida a mantenerlo a su lado fueran cuales fuesen las consecuencias.

—Vuelvo a preguntarte, ¿qué me darás a cambio de todo eso?

Aquerón apartó la mirada con el corazón en un puño. Sabía lo que ella buscaba, y era lo último que quería entregarle.

—Es para ellos, no para mí.

La diosa se encogió de hombros.

—De acuerdo, tendrán que apañárselas sin nada porque eso es lo que tienen para negociar, nada.

Comenzó a hervirle la sangre al ver la indiferencia con la que Artemisa trataba las vidas de esos hombres y su bienestar. No había cambiado en absoluto.

—Maldita seas, Artemisa.

Ella se acercó muy despacio.

—Te deseo, Aquerón. Quiero que vuelvas a ser el mismo de antes.

Quería que volviera a ser un puto. Su puto. Se estremeció al sentir la mano de la diosa en la mejilla. Jamás podrían retomar su relación. Desde aquel entonces había descubierto muchas cosas sobre ella.

Lo había traicionado demasiadas veces.

Podría justificarse diciendo que había tardado en aprender la lección, pero no era cierto. En realidad, estaba tan desesperado por conseguir que alguien se preocupara por él que había preferido pasar por alto el lado oscuro de la naturaleza de Artemisa.

Lo había pasado por alto hasta que ella le dio la espalda y lo dejó morir. Algunos crímenes le resultaban imposibles de perdonar.

Sus pensamientos cambiaron y se concentró en los tres hombres inocentes que estaban viviendo en una cueva. Unos hombres que no sabían nada de su nueva existencia ni de sus enemigos. No podía dejarlos así.

Ya había sido el causante de las muertes de muchas personas, por su culpa todas ellas habían perdido el futuro que tenían.

No iba a permitir de ningún modo que esos tres hombres perdiesen sus almas y sus vidas.

—Está bien, Artemisa, te daré lo que quieres si les das a ellos todo lo que necesitan para sobrevivir.

La diosa sonrió de oreja a oreja.

—Pero con ciertas condiciones —le advirtió—. Les pagarás un salario todos los meses que les permita comprar cualquier cosa que necesiten o deseen. Como ya te he dicho, necesitarán escuderos que los cuiden, de modo que no tengan que preocuparse por la comida, por la ropa ni por las armas. No quiero que esas cosas los distraigan de su trabajo.

—De acuerdo, buscaré algunos humanos que les sirvan.

—Humanos vivos, Artemisa. Quiero que presten sus servicios porque así lo deseen. Y no crearás más Cazadores Oscuros. Jamás.

Ella lo miró boquiabierta.

—Tres no son suficientes. Necesitamos más para mantener a los daimons a raya.

Aquerón cerró los ojos al presentir la eternidad de su relación. Sabía muy bien lo que iba a depararle el futuro, lo que supondría para él.

Cuantos más Cazadores Oscuros, más poder tendría Artemisa sobre él. No había forma de impedir que lo mantuviera atado a ella eternamente.

¿O sí?

—Muy bien —accedió—. Cederé en este punto si aceptas que tengan una cláusula de rescisión para dejar tu servicio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella con el cuerpo muy rígido.

—Quiero que establezcas el modo de que los Cazadores Oscuros puedan recobrar sus almas, de forma que no estén sometidos a tu voluntad si algún día eligen ser libres.

Artemisa retrocedió unos pasos. Eso no lo había previsto. Si se lo concedía, él también podría recurrir a esa cláusula.

Podría dejarla.

Había olvidado lo retorcido que podía ser Aquerón. Lo bien que conocía las reglas del juego. Lo bien que sabía manipularlas, del mismo modo que sabía manipularla a ella.

Era su igual.

Sin embargo, si se negaba a establecer esa cláusula, la dejaría. No le quedaba más remedio que claudicar y él lo sabía.

Claro que todavía había ciertas cosas que podía utilizar para retenerlo a su lado. Había un modo de asegurarse su compañía para toda la eternidad.

—Muy bien, redactemos las reglas por las que se regirán. —Sintió que los pensamientos de Aquerón regresaban a Ias.

Se compadecía del pobre soldado griego que amaba a su esposa. La compasión, la piedad y la misericordia siempre acababan siendo la causa de su perdición.

—La primera regla es que deben morir para reclamar sus almas.

—¿Por qué? —quiso saber él.

—Un alma solo puede abandonar el cuerpo en el momento de su muerte. Y del mismo modo, solo puede volver a un cuerpo que no tenga vida. Así que mientras «vivan» como Cazadores Oscuros, no podrán recuperar sus almas. No soy yo la que estableció estos principios, Aquerón, es la naturaleza de las almas. Pregúntale a tu madre si no te fías de mí.

Aquerón frunció el ceño.

—¿Y cómo puede morir un Cazador Oscuro inmortal?

—Bueno, siempre se le puede cortar la cabeza o exponerlo a la luz solar, pero como esos métodos dejarían un cuerpo inservible, no podemos recurrir a ninguno de los dos.

—No tiene ninguna gracia.

Y lo que él le pedía tampoco. No quería liberar a esos hombres de su servicio. Y, sobre todo, no quería liberarlo a él.

—Tendrás que despojarlos de sus poderes —le informó—. Hacer que sus cuerpos inmortales sean vulnerables a los ataques físicos y después conseguir que sus corazones dejen de latir. Solo entonces sufrirán una muerte que dejará sus cuerpos en condiciones de recuperar el alma y regresar a la vida.

—Muy bien, puedo hacerlo.

—En realidad, tú no puedes.

—¿Qué quieres decir?

Contuvo una sonrisa. Por fin lo había pillado.

—Hay unas cuantas leyes sobre las almas que debes conocer, Aquerón. Una es que el dueño debe abandonarla voluntariamente; puesto que soy yo quien posee sus almas…

Aquerón soltó una maldición.

—Tendré que negociar contigo cada vez que quiera liberar un alma.

Asintió con la cabeza.

A Aquerón no parecía hacerle mucha gracia la situación. Pero acabaría acostumbrándose con el tiempo.

Sí, desde luego que acabaría acostumbrándose…

—¿Qué más? —volvió a preguntar.

Y por fin la regla que lo ataría a ella para siempre.

—Solo un corazón puro y noble puede devolver el alma a un cuerpo. Esa persona debe amar al Cazador Oscuro por encima de todo; y él debe amarla y confiar en ella.

—¿Por qué?

—Porque el alma necesita una motivación para moverse o se quedará donde está. Yo utilizo la venganza para apoderarme de las almas. Solo una emoción igualmente poderosa hará que el alma vuelva a su cuerpo. Y como

soy yo la que elige qué emoción debe ser, elijo el amor: la más noble y hermosa de las emociones. La única por la que merece la pena regresar.

Aquerón clavó la vista en el suelo de mármol mientras las palabras de Artemisa flotaban a su alrededor.

Amor.

Confianza.

Qué fácil era pronunciarlas. Qué poderosas eran cuando se sentían. Envidiaba a aquellos que conocían su verdadero significado. Él nunca había experimentado ninguna de esas dos cosas. Traición, dolor, degradación, recelo, odio… Así fue su existencia. Eso era lo único que le habían demostrado.

Una parte de él quería darse media vuelta y dejar a Artemisa para siempre.

«Por favor, devolvedme a mi amor. Por favor, haré cualquier cosa para que vuelva a casa…» La voz de Liora resonó en su cabeza. Sentía sus lágrimas. Su dolor.

Sentía el dolor de Ias cada vez que pensaba en su esposa y en sus hijos. Sentía su preocupación por el bienestar de su familia.

Jamás había conocido esa clase de amor desinteresado. Ni antes ni después de su muerte.

—Dame el alma de Ias.

Artemisa lo miró con las cejas enarcadas.

—¿Estás dispuesto a pagar el precio que pida por ella y a cumplir los términos que he dispuesto para que las almas sean liberadas?

Se le cayó el alma a los pies al escucharla. Recordó al muchacho que fue mucho tiempo atrás.

«Todo tiene un precio, muchacho. Nada es gratis para nadie.»

Su tío le enseñó muy bien el precio que había que pagar para sobrevivir.

Había pagado con creces por todo lo que tuvo o deseó. Por la comida. Por un techo. Por la ropa. Había pagado con sangre, sudor y lágrimas.

Algunas cosas nunca cambiaban. Si nacías siendo un puto, siempre serías un puto.

—Sí —contestó—. Estoy de acuerdo. Pagaré.

La diosa sonrió.

—No estés tan triste, Aquerón. Te prometo que vas a pasarlo bien.

Sintió un retortijón en las entrañas. Ya había escuchado esas palabras antes.

Ya había anochecido cuando regresó a la cueva.

No iba solo cuando subió la suave pendiente. Detrás de él iban dos hombres y cuatro caballos.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Callabrax.

—Tu escudero y el de Kyros. Han venido a escoltaros hasta las villas donde vais a vivir. Ellos se ocuparán de todas vuestras necesidades. Yo volveré más tarde para finalizar vuestro entrenamiento.

Se percató del miedo que ensombreció la mirada de Ias.

—¿Y yo?

—Tú te vienes conmigo.

Aquerón esperó hasta que los otros dos se marcharon subidos en sus monturas antes de dirigirse a Ias.

—¿Estás listo para volver a casa?

Ias se quedó anonadado.

—Pero me dijiste que…

—Estaba equivocado. Puedes regresar.

—¿Y el juramento que le hice a Artemisa?

—Ya me he encargado de eso.

Ias lo abrazó como a un hermano.

Se encogió al sentir sus brazos, más que nada porque le rozaron los verdugones que tenía en la espalda, fruto de los golpes que Artemisa le había asestado a cambio del alma de Ias. O al menos, esa era la excusa que la diosa usaba consigo misma. Porque en el fondo sabía muy bien por qué lo hacía. Lo castigaba para vengarse por el amor que sentía por él.

Sin embargo, esas heridas no eran nada si las comparaba con las que llevaba en el alma.

Siempre había detestado que lo tocasen.

Apartó a Ias con mucho cuidado.

—Vamos a llevarte a casa.

Aquerón teletransportó a Ias hasta la pequeña granja. Su esposa acababa de acostar a los niños.

Su hermoso rostro perdió el color al verlos junto a la chimenea.

Bloqueó los pensamientos de ambos ya que no quería invadir la intimidad de su reunión.

—¿Ias? —Parpadeó—. Esta mañana me dijeron que habías muerto.

Él negó con la cabeza. Le brillaban los ojos.

—No, amor mío. Estoy aquí. He vuelto a casa, a tu lado.

Aquerón respiró hondo mientras lo veía correr hacia su esposa para abrazarla. Eso mitigó en gran parte el dolor que sentía en la espalda.

—Aún hay un par de detalles, Ias —murmuró.

Ias se apartó de su esposa con el ceño fruncido.

—Tu esposa debe devolver tu alma a tu cuerpo.

Liora lo miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo?

Ias le besó la mano.

—Juré servir a Artemisa, pero va a liberarme para poder regresar junto a ti.

Su respuesta pareció confundirla.

Ias lo miró.

—¿Qué tenemos que hacer? —le preguntó.

—Tendrás que morir de nuevo.

Se puso lívido.

—¿Estás seguro?

Asintió con la cabeza al tiempo que le ofrecía su daga a Liora.

—Tendrás que atravesarle el corazón.

Liora estaba horrorizada y escandalizada por la idea.

—¿Cómo?

—Es la única manera.

—Eso es un asesinato. Me colgarán.

—No, te lo juro.

—Hazlo, Liora —la instó Ias—. Quiero volver contigo.

Con el escepticismo pintado en el rostro, Liora aceptó la daga e intentó clavársela a su esposo en el pecho.

No funcionó.

La hoja apenas si le arañó la piel.

Aquerón hizo una mueca al recordar lo que había dicho Artemisa sobre los poderes de los Cazadores Oscuros. Un humano normal y corriente no podría herir a un Cazador con una daga.

Pero él sí.

Le quitó la daga a Liora y se la clavó en el pecho a Ias, que retrocedió jadeando.

—No te asustes —le dijo mientras lo ayudaba a tenderse en el suelo junto al fuego—, estoy contigo.

Extendió el brazo y tiró de Liora para que se arrodillara. Sacó de su bolsa el medallón de piedra que contenía el alma de Ias.

—Tienes que coger esto cuando muera, para que su alma sea liberada y regrese a su cuerpo.

La mujer tragó saliva.

—¿Y qué más?

—Colócalo sobre el símbolo del arco y la flecha.

Aquerón esperó hasta que Ias estuvo a punto de morir y entonces le entregó el medallón a Liora.

La mujer comenzó a chillar en cuanto lo tocó y lo arrojó al suelo.

—¡Está ardiendo! —gritó.

Ias jadeaba mientras luchaba por mantenerse con vida.

—Recógelo —le ordenó a Liora mientras ella se soplaba la mano y negaba con la cabeza. Su actitud lo dejó horrorizado—. ¿Qué pasa contigo, mujer? ¡Va a morir si no lo salvas! ¡Recoge su alma!

—No —se negó con un brillo decidido en los ojos que él no alcanzaba a entender.

—¿¡No!? ¿Cómo que no? Escuché tus súplicas pidiendo que volviera junto a ti. Dijiste que darías cualquier cosa a cambio de que tu amado regresara.

Liora bajó el brazo y le lanzó una mirada gélida.

—Ias no es mi amado. Es Lycantes. Por él rezaba y ahora está muerto. Me dijeron que el fantasma de Ias lo mató en venganza, porque fue él quien

lo mató en mitad de la batalla para que pudiéramos estar juntos y criar a nuestros hijos.

Las palabras de Liora lo dejaron de piedra. ¿Por qué no había visto eso? Era un dios. ¿Por qué había permanecido oculta esa parte de la historia?

Bajó la vista hasta Ias y vio el dolor reflejado en sus ojos antes de que se quedaran sin vida.

Con el corazón desbocado, recogió el medallón e intentó liberar él mismo el alma.

No sirvió de nada.

Furioso, petrificó a Liora antes de que sucumbiera a la tentación de matarla por lo que había hecho.

—¡Artemisa! —gritó, mirando al techo.

La diosa se materializó en la cabaña.

—Sálvalo.

—No puedo modificar las reglas, Aquerón. Te expuse las condiciones y tú las aceptaste.

Aquerón se acercó a la humana convertida en estatua.

—¿Por qué no me dijiste que ella no lo amaba?

—Al igual que tú, no tenía modo de saberlo. —Su expresión se volvió muy seria—. Los dioses también se equivocan.

—¿Por qué no me dijiste al menos que el medallón le quemaría la mano?

—Porque no lo sabía. A mí no me quemó, y a ti tampoco. Jamás lo había sostenido un humano.

La cabeza le daba vueltas por la culpa y la lástima. Por el odio que sentía hacia Artemisa y también hacia él mismo.

—¿Qué pasará con él ahora?

—Es una Sombra. Sin cuerpo ni alma, su esencia está atrapada en Katoteros.

Sus palabras le arrancaron un rugido de dolor. Acababa de matar a un hombre y de sentenciarlo a un destino mucho peor que la muerte.

¿Y por qué?

¿Por amor?

¿Por piedad?

¡Qué imbécil era!

A esas alturas ya debería haber aprendido a cuestionarlo todo a fondo. Ya debería saber que no se podía confiar en el amor de otra persona.

¿Cuándo iba a aprender?

Artemisa se acercó y le cogió la barbilla, alzándole la cabeza para mirarlo directamente a los ojos.

—Dime, Aquerón, ¿confiarás alguna vez en alguien lo suficiente como para que libere tu alma?

Negó con la cabeza.

—Sabes muy bien que no. A tu lado he aprendido lo traicioneras que son las mujeres. Lo destructivo y peligroso que es el amor. Gracias por esta reciente lección, Artemisa. Era justo lo que necesitaba. Te aseguro que nunca la olvidaré.

SEGUNDA PARTE

AQUERÓN

En la actualidad

Nunca verás venir los momentos que mutilarán tu vida para siempre… al menos no los verás hasta después de que te hayan cortado las piernas.

SAVITAR

1

Martes 21 de octubre de 2008, 18.30 h El Partenón, Nashville, Tennessee

Aquerón se teletransportó a la sala principal de la exposición, donde se encontraba la estatua dorada de Atenea. Debido a la conferencia que iba a empezar en breve en otra zona del Partenón, la parte donde se encontraban las estatuas se había cerrado al público.

Seguramente debería obedecer las normas, pero ¿para qué? Esa era una de las pocas ventajas de ser un dios.

A lo largo de las paredes se alineaban unas cuantas reproducciones de los frisos del Partenón. Aunque el interior no era exactamente igual al de la Antigua Grecia, siempre le había gustado ese lugar. Tenía algo que lo reconfortaba. Así que cada vez que iba a Nashville, se aseguraba de hacerle una visita.

Se acercó al centro de la sala para poder examinar de cerca la reproducción que el artista había hecho de Atenea. No se le parecía en nada. Con su pelo negro y su tez pálida, la verdadera diosa tenía una apariencia frágil a la vez que despampanante. Aunque su aspecto engañaba. Como diosa de la guerra que era, Atenea era capaz de golpear tan fuerte como cualquier hombre.

—Aquerón… —dijo la estatua, que cobró vida ante sus ojos—. Dime lo que buscas.

Puso los ojos en blanco al escucharla.

—Una noche sin que me des el coñazo, Artemisa. Como si no lo supieras a estas alturas.

La diosa salió de la estatua y se colocó delante de él, adoptando su verdadera forma.

—¡Eres un muermo!

—Claro, claro. Pues lo siento. El numerito de la estatua dejó de tener gracia hace once mil años. Y te aseguro que no ha mejorado con el tiempo.

La vio cruzar los brazos por delante del pecho y hacer un puchero.

—Siempre parece que has mamado un limón.

Soltó un suspiro impaciente.

—Chupado, Artemisa. Se dice «Parece que has chupado un limón».

—Mamar, chupar… Da lo mismo.

Resopló al tiempo que pasaba junto a la diosa para examinar las reproducciones que había en las paredes.

—No, no lo es. Acepta la palabra de alguien que sabe mucho del tema.

Artemisa torció el gesto.

—Detesto cuando eres tan vulgar.

Razón por la que hablaba de esa manera. Por desgracia, ni toda la vulgaridad del mundo bastaría para que lo dejara tranquilo.

—¿Por qué has venido? —le preguntó por encima del hombro.

—¿Y por qué has venido tú? —La diosa lo seguía a todas partes.

Volvió a apartarse de su acosadora más desagradable.

—Hay una arqueóloga que dice haber encontrado la Atlántida. Tenía curiosidad, así que he venido.

Los ojos de Artemisa adquirieron un brillo extraño.

—Esto tengo que verlo. Me encanta cuando vas a por el yogur.

—La yugular —la corrigió entre dientes.

Lástima que a él no le gustara tanto. Detestaba tener que echar por tierra la reputación de alguien, tener que avergonzar a los arqueólogos públicamente. Pero lo único que le hacía falta era que alguien encontrara la Atlántida e hiciera público lo que él había sido en ese lugar. Por primera vez en su existencia contaba con personas que lo miraban con respeto y no pisoteaban su dignidad.

Si alguna vez se enteraban…

Preferiría morir otra vez. No, mejor destrozar el ego de la profesora a ver el suyo por los suelos. Aunque tenía sus momentos altruistas, no se

aplicaban a esas circunstancias. Nadie volvería a exponerlo de esa manera.

Artemisa parpadeó, contenta y emocionada.

—¿Dónde se va a celebrar la conferencia?

—En la sala que hay al final del pasillo.

La diosa desapareció.

Meneó la cabeza. Se demoró unos minutos más en la exposición y sonrió por la visión moderna del pasado. ¿Cómo podía ser la humanidad tan astuta y tan dura de mollera a la vez? Sus interpretaciones iban desde lo más certero hasta lo más ridículo.

Claro que, puestos a pensarlo, ¿no se enfrentaban todas las criaturas a la misma disyuntiva?

—¿Profesora Kafieri?

Soteria alzó la vista para mirar a la asistente que la observaba con expresión perpleja.

«Por favor, que no haya estado hablando sola otra vez», suplicó en silencio. Pero a juzgar por el rostro de la mujer, supo que sí lo había hecho y que la habían pillado… otra vez.

—¿Qué?

—Se ha congregado una buena multitud. Solo quería preguntarle si quería un vaso de agua por si lo necesita mientras habla.

Se le formó un nudo en el estómago al escucharla. «Buena multitud.» ¡Genial! Detestaba las aglomeraciones y tener que hablar en público. De no ser porque necesitaba reunir fondos con los que comprar equipamiento para Grecia, jamás habría accedido a dar esa conferencia.

—Sí, por favor, pero que sea una botella con tapón. Siempre tiro las bebidas que no están cerradas.

Cuando la mujer la dejó sola, miró de nuevo las notas que estaba revisando, pero no dejaba de pensar en lo que le había dicho.

«Buena multitud.» Menuda contradicción para alguien que detestaba las multitudes. Con la garganta seca, le echó un vistazo a la sala.

Sí, definitivamente se había congregado una multitud. Al menos sesenta personas. Se le revolvió el estómago.

Estaba a punto de volver a las sombras cuando la puerta de la sala se abrió y entró un hombre que la dejó sin aliento.

Era altísimo, y entró en la sala como si le perteneciera. Pero no andaba como una persona normal, se movía como un insinuante depredador. Todas las mujeres presentes se volvieron para mirarlo. Era imposible no hacerlo. Parecía un imán que atraía todas las miradas.

Su larga melena negra tenía un mechón rojo por delante y enmarcaba un rostro tan perfecto que podría calificársele de hermoso de no ser por el aura que lo rodeaba. Le habría encantado saber cómo eran sus ojos, pero estaban ocultos por unas gafas de sol negras. Vestía un largo abrigo negro y una cazadora negra con capucha que llevaba abierta dejando a la vista una camiseta de los Misfits. Se había metido el bajo de unos pantalones también negros en las Doc Martens rojas, que se abrochaban en los laterales con hebillas formadas por calaveras y tibias.

El hombre pasó de todas las mujeres que lo miraban mientras se quitaba la mochila de cuero de sus anchos hombros y la dejaba en el suelo junto a la silla que eligió. El cuero de la mochila estaba tan desgastado como el del abrigo, y lucía un símbolo anarquista en blanco y un extraño emblema de un sol atravesado por tres rayos.

No tenía ni idea de por qué se le desbocó el corazón al ver cómo estiraba sus largas piernas por delante, pero así fue. Era la viva estampa de la masculinidad. Lo vio remangarse la cazadora con unas enormes manos cubiertas por mitones negros y se reclinó en la silla, en una pose de absoluta tranquilidad. Atisbó el tatuaje de un dragón rojo y negro en su brazo izquierdo. También llevaba un pequeño *piercing* de plata en el lado derecho de la nariz, así como un pendiente también de plata en la oreja izquierda.

Lo vio inspirar hondo antes de apoyar un brazo en el respaldo del asiento. ¡Menuda manera de moverse! Con gestos lentos y elegantes, aunque daba la impresión de que podría entrar en acción en cualquier momento y darle una paliza a cualquiera que se atreviera a amenazarlo.

Sí…

—¿Profesora Kafieri?

La asistente tuvo que repetir tres veces su nombre hasta que por fin se dio cuenta de que había regresado.

—Lo siento. Un ataque de miedo escénico. —Y de lujuria, ya que estaba soñando con pegarse como una lapa a don Gótico.

—Todo saldrá bien. —La mujer le ofreció la botella de agua.

Ella no lo tenía tan claro. Las multitudes le daban pavor y, a diferencia del tío gótico de ahí fuera, detestaba destacar. Podría intentar imaginárselo en ropa interior, pero eso la trastornaría mucho más, ya que solo conseguiría excitarse y ponerse más nerviosa todavía…

Estaba segura de que sería el único tío que podría resultar intimidante en calzoncillos.

Por Dios, ¿y si no llevaba nada debajo de los pantalones?

Se obligó a no seguir por esos derroteros y miró el reloj. Casi había llegado la hora de comenzar.

Tragó saliva.

Cuando miró de nuevo hacia la multitud, vio a una pelirroja muy voluptuosa acercarse al gótico. La mujer era tan guapa como él, pero su estilo era completamente opuesto. Las pintas del tío eran muy siniestras, mientras que ella iba de blanco de la cabeza a los pies, calzados por cierto con unos preciosos Jimmy Choo del mismo color. Su peinado era impecable, y parecía una modelo. Cuando se sentó junto al gótico, él la miró con desagrado pese a su sonrisa y al hecho de que le ofreció una de las bebidas que llevaba consigo.

La mujer le dijo algo y él volvió la cabeza para lanzarle un seco:

—¡Vete a la mierda!

La mujer se quedó de piedra por su frialdad.

Tory apretó los dientes. Saltaba a la vista que se conocían y que aunque ella estaba enamorada de él, a él le importaba muy poco.

Otro capullo. Detestaba juzgar a la gente, pero había visto a tíos como él a porrillo en sus clases, e incluso cometió una vez el tremendo error de creerse enamorada de uno de ellos. Eran hombres que se aprovechaban de las mujeres que los querían. Sin duda alguna la pelirroja había comprado todas y cada una de las prendas de ropa tan caras que él llevaba con tanto orgullo.

Sin embargo, su relación no le incumbía. Solo esperaba que la mujer recuperara el juicio pronto y le diera la patada a ese gilipollas.

—Voy a salir para presentarte.

Dio un respingo al escuchar la voz del profesor Allen, que pasó junto a ella. Era un hombre de cincuenta y pocos años, que se mantenía muy en forma, canoso y con un bigotito. Fue él quien la invitó a dar una conferencia sobre la Atlántida como parte de la exposición sobre las civilizaciones antiguas que llevaba a cabo en el Partenón. Si su participación sirviera para que el profesor financiara parte de su próxima excavación, mataría dos pájaros de un tiro.

«Por favor, que no me caiga ni empiece a tartamudear…», suplicó.

Se santiguó tres veces, carraspeó y rezó a toda prisa.

—Sé que muchos de ustedes están familiarizados con el apellido Kafieri, y comparten las dudas que se ciernen sobre las investigaciones del padre y del tío de la profesora Soteria Kafieri. Sin embargo, la profesora Kafieri se ha tomado su beca muy en serio y tengo que decir que sus hallazgos me han impresionado lo bastante como para invitarla a participar. El hecho de que se haya doctorado a los veinte años pone de manifiesto su compromiso con sus estudios. No he conocido a nadie que pueda encontrar fallos en sus teorías o que pueda cuestionar su dedicación al estudio de las civilizaciones antiguas. Con su permiso, les pido que den la bienvenida a la profesora Kafieri.

Ash se abstuvo de aplaudir y esperó hasta ver a la profesora que estaba a punto de mandar a la pira.

—¡Leches!

La desconcertada exclamación pasó desapercibida para todos menos para Artemisa y para él, aunque el estrés de su voz despertó su compasión. Enarcó una ceja al escuchar el roce de los papeles, como si se le hubieran caído al suelo.

Al cabo de un segundo la vio salir por la puerta que había detrás del estrado. Era una chica bastante mona, altísima y delgada, de pelo castaño recogido en un rígido moño. Unas gafas de montura metálica y redonda protegían sus intrigantes ojos castaños. El traje beige no la favorecía en

absoluto, y saltaba a la vista que no estaba cómoda con él. De hecho, parecía a punto de dar un respingo.

La profesora dejó los papeles en el atril antes de carraspear y sonreírles a todos con una expresión tímida y encantadora que seguramente la habría salvado de muchos líos en su infancia.

—Sé que se supone que no debo comenzar una conferencia con una disculpa, pero se me han caído las hojas de camino, así que si me conceden un minuto para volver a ordenarlas, les estaría muy agradecida.

Contuvo una sonrisa al escucharla.

El profesor Allen parecía un poco disgustado, pero accedió con un gesto de cabeza.

—Tómese su tiempo.

Y lo hizo.

La gente que lo rodeaba comenzó a impacientarse mientras ella intentaba recomponer su charla.

El profesor Allen se acercó a ella.

—¿No están numeradas?

La profesora se puso como un tomate.

—No, se me ha olvidado.

Varias personas se echaron a reír mientras que otros la pusieron de vuelta y media.

—Lo siento —dijo ella, que se apresuró a alzar la vista mientras amontonaba las hojas—. Lo siento muchísimo. Será mejor que empecemos de una vez.

Con una última mirada anhelante a lo que era su discurso preparado, puso la primera imagen en el proyector, en la que se veía el Partenón de Grecia.

—Muchos de ustedes saben que la obsesión de mi padre y de mi tío era encontrar la Atlántida. Los dos perdieron su vida en esa búsqueda, al igual que mi madre. Y al igual que ellos, yo he asumido el reto de resolver el misterio. Desde que estaba en la cuna, mi familia y yo hemos estado excavando por toda Grecia en un intento por descubrir el verdadero emplazamiento de la Atlántida. En 1995, mi prima, la profesora Megera Kafieri, encontró lo que yo creía que era el lugar correcto y aunque ella

abandonó la búsqueda, yo no lo hice. Este verano he podido encontrar por fin pruebas definitivas de que la Atlántida fue real y de que la última excavación de Megera la encontró.

Ash puso los ojos en blanco al escuchar algo que otros muchos ya habían anunciado antes que ella. Si le hubieran dado un penique cada vez que alguien había pronunciado esa frase, en esos momentos sería más rico de lo que ya era.

Soteria pulsó otra vez el botón para cambiar de imagen, y la que apareció en el proyector hizo que se sentara derecho en la silla. La reconoció al instante. Era un busto roto de su madre, Apolimia. Y solo había un lugar donde la buena de la profesora podía haberlo encontrado.

La Atlántida.

La vio subirse las gafas por el puente de la nariz con el nudillo.

—Este es uno de los muchos objetos que mi equipo y yo hemos rescatado del fondo del Egeo. —Utilizó un puntero láser para mostrar la inscripción atlante que había al pie del busto y en la que se leía el nombre de su madre—. He estado buscando a alguien que pudiera descifrar la escritura, que parece una forma primitiva del griego antiguo. Sin embargo, nadie ha sido capaz de descifrar todas las palabras ni de reconocer todas las letras. Es como si el alfabeto tuviera letras que le faltan al griego antiguo.

Artemisa le golpeó el brazo.

—Parece que te has quedado estrujado, Aquerón.

—Planchado —la corrigió entre dientes.

—Lo que sea.

La profesora miró a la audiencia antes de concentrar toda su atención en el profesor Allen.

—Dado que nadie puede leerlo ni identificar todas las letras, estoy convencida de que es atlante. Al fin y al cabo, si la Atlántida estaba en el Egeo, tal como mi familia y yo creemos, es posible que su lengua se basara en el griego o tal vez fuera incluso el atlante la lengua de la que nació el griego. La localización de la isla la habría situado en mitad de las rutas comerciales griegas, convirtiéndola en un centro de poder importante y permitiéndole forjar la cultura, las tradiciones y la lengua de la Antigua Grecia.

Pasó a la siguiente foto, en la que se veía un trozo de muro del palacio real atlante.

—Esto procede de un edificio que descubrí…

—¿No vas a decir nada? —susurró Artemisa.

No podía. Estaba demasiado pasmado viendo unas imágenes que llevaba once mil años sin ver. ¿Cómo había encontrado esa muchacha la isla?

¿Cómo no se había enterado él?

Claro que había una respuesta muy sencilla. ¡La muy… de su madre! Ella tenía que saber que estaba merodeando por los restos de la isla, pero en vez de hacérselo saber, se había quedado calladita con la esperanza de que los arqueólogos la liberaran de su cautiverio.

—Mi socia cree que es de un templo —prosiguió Soteria—, pero dada su localización, yo estoy convencida de que era un edificio gubernamental. Aquí pueden ver más inscripciones, todas como la del busto, pero tampoco he podido descifrarlas. —Pasó a otra foto de unas columnas sumergidas—. Esta imagen es de un hallazgo similar que creemos que corresponde a una isla griega que comerciaba con la Atlántida. He encontrado un trozo de piedra con el nombre «Dídimos» escrito.

Se quedó sin aliento. La había encontrado. ¡Esa mujer había encontrado Dídimos!

La siguiente imagen le provocó un sudor frío.

—En esta imagen pueden ver un antiguo diario que encontré entre las ruinas de Dídimos, en lo que parece ser un antiguo palacio real. Un diario encuadernado —repitió, presa de la euforia—. Sé lo que están pensando, que en aquella época no encuadernaban libros. Ni siquiera deberían tener papel. Pero déjenme recordarles de nuevo que la escritura y la fecha que aparecen en el diario son muy anteriores a cualquier otra que hayamos encontrado en Grecia. Lo que tenemos aquí es el Santo Grial de la Atlántida. Lo sé. Estas dos islas estaban relacionadas estrechamente, y la mayor de ellas es la Atlántida.

—¿Aquerón? —insistió Artemisa.

No podía hablar mientras contemplaba uno de los diarios que Ryssa había escrito con tanto celo. Mientras contemplaba su letra, tan clara como

si lo hubiera escrito el día anterior. Esa página no tenía información relevante, pero le asustaba pensar lo que podría contener el diario, ya que, a diferencia del resto, estaba en griego. No había muchas personas en el mundo capaces de traducir sus páginas. Sin embargo, podrían entender lo suficiente como para arruinarle la vida. Además, había partes muy incriminatorias.

—Menudo aburrimiento —se quejó Artemisa—. Me largo. —Se levantó y se fue.

La siguiente imagen mostró un busto con la cara destrozada. Era una de las muchas estatuas que habían adornado las calles de Dídimos. Y era una estatua de su hermano gemelo, Estigio. Estuvo a punto de levantarse de un salto.

Había llegado el momento de ponerle freno a la charla antes de que lo descubriera.

Se obligó a adoptar una expresión despreocupada, a pesar de que por dentro estaba como un flan por el miedo y la rabia.

—¿Cómo sabe que la prueba de datación del diario no está contaminada?

Tory levantó la vista al escuchar la tranquila voz masculina, una voz tan grave que exigía que se le prestase atención. Tardó un momento en darse cuenta de quién era el hombre que había hablado.

El gilipollas gótico.

Se subió las gafas por la nariz en un gesto nervioso al tiempo que carraspeaba.

—Hemos sido muy meticulosos.

Él la miró con una sonrisa torcida que la cabreó.

—¿Hasta qué punto? Seamos realistas, es una arqueóloga con la misión de demostrar que su padre y su tío no eran unos cazatesoros pirados. Todos sabemos que los datos se pueden falsear. ¿De qué período data el diario?

Dio un respingo al escuchar la pregunta.

«Miente, Tory. Tú miente», se dijo. Pero ese no era su estilo.

—Bueno, algunas de las pruebas iniciales dan una fecha posterior.

—¿Podría ser más exacta?

—Del primer siglo antes de Cristo.

Vio que una de las cejas de ese tío sobresalía por encima de la montura de las gafas de sol. Se estaba riendo de ella.

—¿Del primer siglo antes de Cristo?

—Es una época muy antigua para un libro, pero eso es lo que tenemos aquí —insistió antes de poner el diario en pantalla una vez más—. Son pruebas irrefutables.

El tío tuvo la audacia de chasquear la lengua.

—No, profesora Kafieri, lo que tenemos es a una arqueóloga con un objetivo muy claro que quiere deslumbrarnos para que le paguemos otras vacaciones por el Mediterráneo. ¿O me equivoco?

Varios de los asistentes estallaron en carcajadas.

Sintió cómo la invadía la furia al escuchar esas acusaciones.

—¡Soy una investigadora seria! Aunque quiera desacreditar el diario, échele un vistazo a las otras pruebas.

Lo oyó resoplar.

—¿El busto de una mujer? ¿Un edificio? ¿Unos cuantos trozos de cerámica? Grecia está llena de esas cosas.

—Pero la escritura…

—El hecho de que usted no la conozca no significa que sea desconocida. Podría tratarse de cualquier dialecto sin documentar.

—Tiene razón —dijo un hombre que estaba en primera fila.

Otro que estaba detrás del capullo gótico se echó a reír.

—Su padre era un loco.

—Pues anda que el tío… Seguro que es cosa de familia.

Tory aferró con fuerza el puntero láser, deseando tirárselo a la cabeza al capullo que había comenzado con las burlas. Aunque lo peor fue sentir el escozor de las lágrimas. Jamás había llorado en público. Claro que nunca antes la habían humillado tanto.

Decidida a triunfar, siguió con la siguiente foto y carraspeó antes de hablar.

—Esta imagen…

—Muestra una estatuilla de Artemisa que podía estar en cualquier casa —la interrumpió el capullo gótico con un tono tan sarcástico que estaba

segura de que reverberó por todo el edificio—. ¿Dónde la ha encontrado? ¿En un *giousourum* de Atenas?

La concurrencia estalló en carcajadas.

—Muchas gracias por hacerme perder el tiempo, profesor Allen. —Un hombre de la primera fila se levantó y se fue.

El pánico la invadió al ver que la gente se ponía en su contra. Al ver la expresión disgustada del profesor Allen.

—¡Esperen! Tengo más. —Pasó a la imagen de un colgante atlante con el símbolo de un sol—. Es la primera vez que encontramos un objeto de este estilo.

El gótico sostuvo un *kombolói* que tenía el mismo símbolo.

—Yo compré el mío en una tienda de Delfos hace tres años.

Otra nueva andanada de risas resonó por la sala mientras el resto de los asistentes se levantaba para irse.

Ella se quedó junto al atril, avergonzada y furiosa.

—Al comité que cometió la estupidez de aprobar esta conferencia debería caérsele la cara de vergüenza.

El profesor Allen meneó la cabeza antes de que él también la abandonara.

Tory cogió las hojas con tanta fuerza que le sorprendió no cortarse con los bordes.

El capullo gótico se levantó y recogió su mochila del suelo antes de subir los escalones que llevaban al estrado para acercarse a ella.

—Oye, lo siento mucho.

—¡Vete a la mierda! —exclamó, usando las mismas palabras que él le había soltado a la pelirroja.

Hizo ademán de marcharse, pero se detuvo y se dio la vuelta con una mirada venenosa, aunque no transmitía ni la mitad del odio que sentía por él.

—¡Chulo de mierda! ¿A qué ha venido esto? ¿Es un juego? Acabas de destrozar todo el trabajo de mi vida y ¿por qué? ¿Por echarte unas risas? ¿O es una novatada para entrar en alguna fraternidad? Por favor, dime que no acabas de destrozar mi reputación para que te dejen beber más. Llevo trabajando en esto desde antes de que tú nacieras. ¿¡Cómo te atreves a reírte

de mí!? Espero de todo corazón que alguien te humille como tú me has humillado a mí, aunque solo sea una vez en tu arrogante y estúpida vida, para que sepas lo que se siente.

Ash iba a responderle, pero en ese momento se dio cuenta de algo.

No podía escuchar sus pensamientos. Ni ver su futuro. Esa muchacha era una página en blanco para él.

—¡Y reza para que no te vea por la acera cuando vaya en coche! —Tras decir eso, dio media vuelta y se fue hecha una furia.

Ni siquiera sabía adónde iba. Todo lo relacionado con ella estaba en blanco. Todo.

¿Qué coño estaba pasando?

Renuente a pensar siquiera en lo que eso quería decir, se teletransportó a su apartamento de Nueva Orleans. No le gustaba perder el control ni tampoco ir a ciegas.

Hasta que supiera qué estaba pasando, la retirada era la mejor estrategia.

Tory tiró su disertación a la papelera de camino a la puerta. Esperó hasta llegar al coche para echarse a llorar.

Las carcajadas seguían resonando en sus oídos. Su prima Megera tenía razón cuando le aconsejó que se olvidara de la Atlántida.

Sin embargo, sus padres habían entregado sus vidas buscándola. A diferencia de Gery, ella no se detendría hasta restaurar el honor y la dignidad de su familia.

«Pues esta noche te has lucido», le dijo una vocecita.

Abrió la puerta del coche de alquiler de un tirón y arrojó el bolso de mala manera.

—¡Es un chulo imbécil e insoportable! —gritó, deseando haberle arrancado el *piercing* de la nariz antes de obligarlo a tragárselo.

Asqueada, sacó el móvil antes de arrancar el coche. Llamó a su mejor amiga, Pam Gardner, mientras salía del aparcamiento reservado para Centennial Park en dirección al hotel.

—¿Cómo te ha ido?

Se enjugó las lágrimas cuando se detuvo en un semáforo.

—¡Ha sido espantoso! No he pasado tanta vergüenza en la vida.

—No me digas que se te han vuelto a caer las hojas…

Dio un respingo al ver lo bien que su amiga la conocía. Claro que las dos eran amigas desde que se conocieron en el restaurante de su tía en Nueva York, cuando eran pequeñas.

—Sí, pero eso es una tontería comparado con lo que me ha pasado después.

—¿El qué?

Resopló mientras volvía a ponerse en marcha.

—Había un… un… Ni siquiera se me ocurre un calificativo para describirlo. ¡Y ese cerdo ha hecho que todos se rían de mí!

—¡Tory, no! —exclamó Pam con un hilo de voz—. ¿Lo dices en serio?

—¿Te parece que estoy de broma?

—No, me parece que estás cabreada.

Y lo estaba. Ojalá se lo encontrara mientras volvía a su residencia de estudiantes para atropellarlo con el coche.

—No puedo creer lo que ha pasado esta noche. Se suponía que me iban a aplaudir, pero he acabado arruinada. Te juro que si vuelvo a ver a ese tío, lo mato.

—Bueno, si necesitas ayuda para ocultar el cadáver, ya sabes dónde vivimos Kim y yo.

Sonrió al pensar en sus amigas. Siempre podía contar con ellas en tiempos de crisis. Kim y Pam eran la prueba viviente de que si un buen amigo era capaz de pagarte la fianza para salir de la cárcel, un amigo del alma estaría contigo en la celda.

—Gracias.

—Estamos para lo que quieras, cariño. Bueno, ¿cuándo vuelves?

—Llegaré a Nueva Orleans mañana. —Se moría de ganas por volver a casa, donde todo le resultaba conocido.

—Bueno, mira el lado positivo, Tory. Sea quien sea ese capullo, sabes que aquí no te lo encontrarás.

Cierto. Al día siguiente volvería a casa y nunca tendría que volver a ver a ese gilipollas.

2

La dignidad de Tory seguía escocida dos días más tarde, mientras llamaba a la puerta del despacho del profesor Julian Alexander. Supuestamente era la mayor autoridad mundial en cuestiones de la Antigua Grecia. Le habían dicho que si había alguien en el mundo capaz de descifrar su diario, era él.

Y no paraba de rezar para que así fuera.

Una grave voz masculina le dio permiso para entrar.

Abrió la puerta y descubrió a un hombre guapísimo de unos treinta y pocos años, sentado tras un ajado escritorio de madera. Tenía el pelo corto y rubio, y unos bonitos ojos azules que parecían brillar en la penumbra. El despacho estaba atestado de antiguos objetos griegos, entre los que se incluía una espada de la Edad del Bronce colgada detrás de él. Las paredes estaban ocultas tras las estanterías, llenas a rebosar de objetos y libros.

¡Por Dios! Casi le parecía estar en su casa y se alegraba muchísimo de haber encontrado en el profesor Alexander a un espíritu afín. Aunque no lo conocía, le cayó bien al instante.

—¿Profesor Alexander?

El hombre levantó la vista con el ceño fruncido y cerró una agenda con tapas de cuero.

—No es alumna mía. ¿Viene porque está interesada en asistir a alguna de mis clases?

En ocasiones como esa aborrecía lo joven que parecía, aunque en realidad tuviera la edad de un estudiante recién licenciado… Por si no tuviese bastante con el tema de sus investigaciones, su apariencia física también le restaba credibilidad.

—No. Soy la profesora Kafieri. Hemos hablado por teléfono.

El profesor Alexander se puso en pie de inmediato y le tendió la mano.

—Perdone la confusión —se disculpó cortésmente mientras Tory aceptaba el apretón de manos—. Me alegro de conocerla por fin. Me han hablado…

—Mucho y mal de mí, no me cabe duda.

El profesor soltó una carcajada afable.

—En fin, ya sabe usted cómo son nuestros colegas.

—Un poco cortos de miras, diría yo.

El profesor Alexander se echó a reír de nuevo.

—Cierto. ¿Ha traído el diario?

Tory soltó el maletín en la silla situada frente al escritorio y lo abrió. Había envuelto el diario con muchísimo cuidado en papel sin ácido para no dañar su delicada condición.

—Es muy quebradizo.

—Tendré cuidado. —Aceptó el libro, le quitó el papel y frunció el ceño.

—¿Pasa algo? —preguntó Tory.

—No —contestó él con voz reverente—, es que es asombroso. Nunca he visto un libro encuadernado en piel tan antiguo como este.

Su expresión puso de manifiesto que acababa de recordar algo especialmente doloroso.

—¿Entiende la escritura?

El profesor lo abrió con mucho tiento y observó las quebradizas páginas.

—Parece griego.

—Sí, pero ¿puede descifrarlo? —insistió ella con la esperanza de que al menos lo entendiera en parte.

—¿Sinceramente? —replicó él, alzando la vista—. Reconozco algunas palabras basándome en la raíz semántica, pero es la primera vez que veo este dialecto en concreto. Es anterior al período en el que estoy especializado. Varios cientos de años, diría yo.

Habría soltado un taco de buena gana. Estaba harta de escuchar siempre lo mismo.

—¿Conoce a alguien capaz de traducirlo?

—Pues sí, la verdad.

La inesperada respuesta la pilló tan desprevenida que tardó un buen rato en asimilarla. ¿Se dejaba llevar por la esperanza o no?

—¿Está hablando en serio?

Él asintió con la cabeza.

—Me refiero al historiador al que siempre consulto cuando necesito información. No hay nadie en el universo que conozca las civilizaciones antiguas tan bien como él. De hecho, su conocimiento es tal que parece haber vivido en aquella época.

Eso era mucho más de lo que esperaba.

—¿En qué universidad enseña?

Julian Alexander cerró el libro y volvió a envolverlo.

—Es curioso, pero no da clases. Aunque tiene usted suerte, porque acaba de llegar a la ciudad para colaborar durante unas semanas con Hábitat para la Humanidad y con otros proyectos de reconstrucción de vecindarios.

La idea de que alguien corroborara la antigüedad del diario, de que reconociera su procedencia atlante, le aceleró el corazón.

Se conformaría con encontrar a alguien que realmente pudiera leerlo.

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda hablar con él? —preguntó casi sin respiración.

—Permítame preguntárselo directamente. —Se sacó el móvil del bolsillo y marcó.

Ella se mordió una uña mientras rezaba para poder entrevistarse con el hombre que poseía la clave del diario. Daría lo que fuera por conocerlo…

El profesor Alexander le sonrió.

—Hola, Aquerón, soy Julian Alexander. ¿Cómo andas?

Tory escuchó la voz al otro lado de la línea, aunque no entendió la respuesta.

El profesor soltó una carcajada.

—Solo te puede pasar a ti. En fin, te llamo porque tengo a una compañera de profesión aquí en mi despacho y queremos que le eches un vistazo a una cosa. Yo no he visto nada parecido en la vida y me da que te va a interesar mucho, hablando estrictamente desde el punto de vista histórico. ¿Podemos ir a verte? —Meneó la cabeza—. Sí, es una mierda de esas antiguas… bonita forma de decirlo, por cierto. —Guardó silencio para

escuchar a su interlocutor—. Sí, vale. —La miró en ese momento—. ¿Puede ir a verlo ahora mismo?

—Desde luego —contestó ella. ¡Sería capaz de arrastrarse sobre un lecho de cristales rotos con tal de verlo!

El profesor Alexander siguió hablando con su amigo:

—Sí, está libre. Nos vemos dentro de un rato. —Cortó la llamada y sonrió—. Ahora mismo está un poco liado, pero dice que estará encantado de hacernos un hueco.

—¡Muchísimas gracias a los dos!

—Si es tan amable de seguirme —le dijo el profesor.

—Por supuesto. ¿Adónde vamos?

El profesor cogió su chaqueta del respaldo de su sillón y se la puso.

—Aquerón está participando como voluntario en un proyecto de Hábitat para la Humanidad. Ahora mismo está en un tejado en Esplanade Avenue.

Tory frunció el ceño al imaginarse a un remilgado historiador en lo alto de un tejado.

—Así que se llama Aquerón, ¿no?

—Aquerón Partenopaeo, sí.

La respuesta le arrancó una carcajada.

—¡Madre mía! Si es más griego que yo… —Con un nombre así seguro que era mayor. Ningún padre joven sería tan cruel.

Julian Alexander sonrió con un brillo extraño en la mirada.

—Sí, sus conocimientos históricos son increíbles. Como ya le he dicho, conoce la Antigua Grecia mejor que nadie. —Le hizo un gesto para que saliera del despacho.

—¿Cuánto tiempo lleva estudiando el tema? —preguntó mientras el profesor cerraba la puerta con llave.

—Desde que nació.

Tory se llevó el maletín al pecho.

—Pobre. Su caso se parece al mío. Estoy segurísima de que mi padre estaba leyendo la *Ilíada* en el momento de mi concepción.

El profesor rió al escucharla y la condujo hasta el aparcamiento. Una vez fuera, ella se dirigió a su Mustang GT blanco y siguió al Range Rover negro de Julian Alexander en dirección a Esplanade Avenue. Todavía

quedaban muchas casas en Nueva Orleans sin reparar tras el paso del huracán Katrina. Y se alegraba muchísimo de que el amigo del profesor demostrara ser tan generoso al colaborar en la reconstrucción. Decía mucho de él, sobre todo dada su avanzada edad.

Aparcó en la calle detrás del Range Rover y cogió el maletín. Mientras se acercaban a la casa en reconstrucción, que era un hervidero de voluntarios, intentó averiguar quién sería ese increíble historiador a quien recurría el experto mundial en historia antigua.

Vio a un hombre mayor bastante guapo que en ese momento le pasaba un tablón de madera a otro más joven que él. Tenía pinta de historiador.

Julian Alexander se acercó a él.

—Oye, Karl, ¿puedes decirle a Ash que estoy aquí?

—Claro. —El hombre se alejó de ellos y desapareció al doblar la esquina.

El profesor alargó el brazo pidiéndole el diario y ella lo sacó para dárselo.

Después se entretuvo observando las obras. En el tejado había cinco personas sentadas. Dos chicas y tres chicos. Sin embargo, sus ojos volaron hacia uno que trabajaba solo. Llevaba una camiseta ajustada negra y tenía los brazos más increíbles que había visto en la vida. Morenos y musculosos. Perfectos. Y no solo eran sus brazos. Porque el sudor había hecho que se le pegara la camiseta a la espalda… y estaba para darle lametones.

Tenía la cabeza protegida con una gorra que llevaba con la visera hacia atrás y estaba escuchando música de su iPod, ya que veía los auriculares negros y los cables que desaparecían en uno de los bolsillos traseros de sus desgastados vaqueros. Además, seguía el ritmo de la música con el pie izquierdo mientras trabajaba.

Aspiró el aire entre dientes mientras lo observaba. ¡Madre mía! Solo necesitaba ser medianamente guapo para llegar a la categoría de dios.

En ese momento la llamaron al móvil. Lo sacó con gesto distraído y vio que era Kim. Rechazó la llamada y volvió a mirar al tejado.

¡Jo! El tío bueno se había ido. En fin, qué más daba. De todas formas no tenía tiempo para hombres, y un tío como ese no se fijaría nunca en una

mujer como ella. Volvió a echar un vistazo a su alrededor con la intención de identificar al historiador.

El hombre que había ido en busca de Aquerón volvió, pero en vez de acercarse a ellos se alejó hacia el otro extremo de la casa sin decirles nada. Un par de personas aparecieron por la esquina y en ese instante vio al tío bueno del tejado.

¡Por los dioses del Olimpo! Era altísimo, de complexión atlética y estaba cuadradísimo. Se le había pegado la camiseta al cuerpo y como no era muy larga, dejaba a la vista una tableta de chocolate que estaba para hincarle el diente. Los vaqueros eran de cintura muy baja, pero no se veía ni rastro de los calzoncillos, así que se preguntó si llevaría… o no. Llevaba gafas de sol oscuras y masticaba chicle de una forma muy sexy. El sudor aumentaba su increíble atractivo. En ese momento levantó un brazo para quitarse la gorra y… por su espalda cayó una melena negra como el azabache con un mechón rojo en la parte delantera.

No. Imposible que fuera…

Pero sí, lo era. Reconocería esa forma de andar tan segura y sensual en cualquier sitio.

El tal Aquerón se quitó los auriculares cuando vio a Julian Alexander y se acercó a ellos.

—Hola, Julian.

Cuando la miró, Tory sintió deseos de gritar.

—¡Menudo gilipollas! —masculló, asombrada de usar ese lenguaje delante del profesor Alexander. No solía recurrir a ese tipo de vulgaridades, pero claro, nunca había odiado tanto a nadie como al tío que tenía delante. Miró al profesor—. ¿Este es el experto al que consulta? ¿Cuántos años tiene, cinco? ¡Por favor, si tengo jerséis más viejos que él! —Dio media vuelta y se alejó hacia el coche.

—¿No ibais a enseñarme algo? —escuchó que preguntaba el tío con mucha guasa.

Escucharlo la puso como una moto. En la vida se había cabreado tanto. La furia la cegó de tal manera que antes de reparar en lo que iba a hacer, cogió un martillo del borriquete que tenía al lado y se lo tiró a la cabeza.

Por desgracia, Aquerón se agachó y… soltó una carcajada. ¡Una carcajada!

Incapaz de seguir soportando sus burlas, corrió hacia el coche con la esperanza de no ceder al impulso de atropellarlos a los dos.

Julian se volvió para mirar a Ash con los ojos como platos.

—Joder, atlante, ¿qué has hecho?

—Creo que una nueva amiga.

Julian meneó la cabeza y soltó una carcajada nerviosa.

—Yo también hice una amistad por el estilo y el muy cabrón estuvo a punto de abrirme en canal.

—En fin… —Ash se sentía mal por haberle hecho tanto daño. Pero el sufrimiento de la chica no sería nada comparado con lo que tendría que pasar él si llegaba a tener éxito con su excavación—. Supongo que será mejor que vuelva al tejado.

Julian señaló hacia la calle con la cabeza.

—Yo voy a ver si la encuentro para devolverle esto.

Ash se quedó helado al ver lo que Julian tenía en la mano.

—¿El qué?

—Un diario que ha descubierto en una excavación en Grecia.

—¿Puedo verlo?

—Claro. —Julian lo sacó del envoltorio y se lo pasó.

La mano de Ash temblaba al cogerlo, pero se obligó a no delatar sus emociones. Eso sí, por dentro estaba como un flan. Abrió el diario y vio la letra que tan bien conocía.

Hoy es el décimo octavo aniversario de mi nacimiento. Padre ha venido a despertarme con su regalo, un collar. Madre y yo hemos pasado la mañana en el jardín. Padre siempre le permite venir a verme el día del aniversario de mi nacimiento.

Apretó los dientes al imaginarse el jardín que Ryssa había cuidado con tanto esmero. No sabía que de vez en cuando lo había compartido con su

madre.

—Lo entiendes, ¿verdad? —le preguntó Julian.

Asintió con la cabeza.

—Es un antiguo dialecto. De las islas.

—Vaya, supongo que la profesora se alegraría de saberlo, pero después de su reacción al verte, no sé yo.

Él tampoco estaba muy seguro. Aunque sí tenía claro que se había ganado su hostilidad a pulso.

—¿Te importa si me lo quedo?

Julian no parecía muy convencido.

—En realidad no es mío. Pero, bueno, sé que sabes lo que estás haciendo.

—Desde luego.

Julian se despidió con una inclinación de cabeza y se dio media vuelta.

Él se quedó donde estaba, con el diario de su hermana en la mano. Le resultaba increíble que hubiera resistido tan bien el paso del tiempo. Sobre todo porque había estado enterrado bajo el mar desde el día que hundió la isla de Dídimos. Aunque a diferencia de su madre, él sí se había asegurado de que no quedara nadie cuando lo hizo.

En ese momento una parte de su pasado había vuelto para atormentarlo. La pregunta era: ¿qué hacía con el diario?

3

Tres días más tarde, Tory iba de camino a su despacho por el campus de la universidad tan cabreada que todavía echaba humo por las orejas. ¿Cómo se había atrevido el profesor Alexander a darle su diario a ese… a ese…?

Un día de esos se le ocurriría la palabra perfecta para describir la actitud despreciable, rastrera, asquerosa y malévola de Aquerón.

—¿Profesora Kafieri?

Al volverse vio a Kyle Peltier, uno de sus alumnos, que corría hacia ella. Era un chico rubio y de facciones dulces. Acababa de llegar de otra universidad para cursar el semestre y era uno de sus mejores estudiantes.

—¿Sí?

—Un amigo mío me ha pedido que le dé esto.

Le dio una caja envuelta en papel marrón.

—No entiendo… —dijo con la vista clavada en el inesperado regalo.

—Yo tampoco, pero cuando él te pide un favor, lo haces sin rechistar.

Frunció el ceño al escuchar el misterioso comentario mientras aceptaba la caja. Kyle se marchó tan rápido que no pudo hacerle más preguntas.

—Qué raro.

La caja pesaba. La sacudió un poco, pero no tenía ni idea de lo que podía contener.

Con la suerte que estaba teniendo de un tiempo a esa parte, una bomba.

Desterró esa idea y siguió hasta su pequeño despacho, donde cogió una taza de café antes de abrir la caja, aunque eso era más fácil de decir que de hacer. Quienquiera que la hubiese cerrado parecía haberlo hecho herméticamente con metros y metros de cinta adhesiva.

—¡Me revienta que la gente haga esto!

Al cabo de más de cinco minutos, consiguió por fin levantar la tapa de la caja y abrirla. Y al hacerlo, se quedó de piedra. La caja contenía un martillo, unas hojas de olivo, una nota adjunta a una rosa y una bolsita de cuero del tamaño de un libro de bolsillo. Con el corazón desbocado, cogió la bolsita de cuero marrón y la abrió. Dentro estaba su diario.

Sonrió. Así que ese monstruito había hecho lo correcto. Después de ese descubrimiento podía reírse por el martillo y por las «ramas» de olivo que había metido en la caja. Cogió la nota y al desdoblarla descubrió una letra masculina de cuidada caligrafía.

No soy el gilipollas que crees que soy. El diario es de una muchacha procedente de una lejana parte de Grecia y documenta su vida a lo largo de dieciocho meses. Es una lectura muy aburrida, pero si quieres más detalles, llámame. 555-602-1938.

Eirini,

Ash

Eirini. La palabra griega para «paz». Meneó la cabeza. No era el gilipollas que ella creía, claro, claro. Aunque era un gesto muy dulce. Y también le había devuelto el diario.

Con una rosa.

Cogió la flor y aspiró su dulce aroma mientras debatía si quería o no volver a ver a ese capullo.

Urian miraba a Ash con el ceño fruncido y los brazos cruzados por delante del pecho mientras él tocaba la guitarra, sentado en su trono de Katoteros. Era casi tan alto como Ash, pero era rubio y llevaba la melena recogida en una coleta. Aunque era un daimon, Ash le salvó la vida después de que su padre le rebanara el pescuezo. Y al igual que su padre, tenía un mordaz sentido del humor del que estaba muy orgulloso.

Como no tenía ganas de lidiar con los cambios de humor de Urian ni tampoco de explicar su comportamiento, Ash pasó de él y siguió cantando

«Push» de los Matchbox 20 en voz baja.

Simi estaba tumbada boca abajo, viendo la Teletienda mientras devoraba un tanque de palomitas con sabor barbacoa. Llevaba unos *leggins* negros, una minifalda plisada de cuadros con una blusa de volantitos rosa y negra, y un corsé.

Urian se acercó a Alexion, que también observaba a Ash desde un lateral como si fuera un experimento científico que había fracasado estrepitosamente. Durante miles de años, Alexion había sido la única persona a la que Ash le había permitido la entrada en su hogar, con excepción de Simi. El motivo era el fuerte sentimiento de culpa con el que cargaba, ya que Alexion fue en otra época Ias, uno de los primeros Cazadores Oscuros que Artemisa creó. Ash había conseguido devolverle la vida, aunque era una existencia casi fantasmagórica, y tenía que utilizar su propia sangre para evitar que Ias se convirtiera en una Sombra.

Lástima que Savitar no le hubiera explicado sus poderes antes. Les habría evitado a Ias y a él un montón de problemas. Pero al menos así Ias no sufría la penosa existencia de una Sombra.

—¿Qué le pasa al jefe? —le preguntó Urian.

Alexion se encogió de hombros.

—No lo sé. Anoche llegó con un libro, se encerró en su dormitorio, supongo que para leer, y cuando ha salido esta mañana se ha puesto a tocar y cantar… esas canciones.

«Esas canciones» eran baladas, algo que Aquerón nunca tocaba. God-smack, Sex Pistols, TSOL, Judas Priest, pero no…

—¿Es de…? —Dio un respingo antes seguir con voz asqueada—. ¿Está cantando a Julio Iglesias?

—Enrique.

Urian se estremeció, espantado.

—Ni siquiera sabía que conociera esa basura romanticona. Por todos los dioses… ¿está enfermo?

—No lo sé. En los nueve mil años que hace que nos conocemos nunca lo he visto así.

Urian se estremeció una vez más.

—Estoy empezando a acojonarme. Seguro que es una señal de que el Apocalipsis se acerca. Si empieza a cantar alguna de Air Supply, voto por que lo ataquemos a traición, lo saquemos a rastras a la calle y le demos una paliza.

—Os cedo el privilegio a los demonios y a ti. Personalmente, me gusta demasiado mi semiexistencia como para ponerla en peligro.

Ash alzó la vista y los fulminó con la mirada.

—¿Es que no tenéis nada mejor que hacer que cotillear, nenazas?

Urian sonrió.

—Pues no.

Ash les lanzó un gruñido de advertencia, pero antes de que pudiera amenazarlos de verdad, lo llamaron al móvil. Echó la cabeza hacia atrás y suspiró, presa de la frustración. El puto teléfono no dejaba de sonar. Mejor que no fuera Artemisa para darle el coñazo o iría a por ella y la…

Perdió el hilo de sus pensamientos al ver el prefijo de Nueva Orleans. No conocía el número y tampoco lo tenía grabado en el teléfono. Qué raro. Lo abrió y contestó.

—¿Hablo con Ash?

—¿Soteria?

A Tory se le secó la garganta cuando lo escuchó pronunciar su nombre. Dado que era griega, nunca le había parecido que el griego fuera una lengua bonita, pero cuando él lo hablaba…

Ni siquiera podía pensar.

—Esto… Tory. Todo el mundo me llama Tory.

—Ah, no lo sabía. ¿Puedo hacer algo por ti?

«Ya lo creo, guapetón, desnúdate y…»

Meneó la cabeza. Nunca tenía ese tipo de pensamientos y no entendía por qué le pasaba en ese preciso momento, cuando tenía que discutir un asunto con una persona a la que detestaba con todas sus fuerzas.

—Sí, bueno, es que estaba pensando en el diario. ¿Podríamos quedar luego para que me cuentes más cosas?

—¿A qué hora?

Aliviada porque no le colgara después de haberle tirado el martillo, sonrió.

—Estaré en casa dentro de una hora.

—Nos veremos allí. —Y colgó.

Tory cerró el móvil y se dio cuenta de algo muy importante. No le había dicho dónde vivía.

—¡Dios mío, es un acosador!

La llamaron por teléfono.

Al contestar, escuchó la voz ronca e hipnótica de Aquerón.

—Acabo de darme cuenta de que no sé dónde vives.

Soltó una carcajada y meneó la cabeza, exasperada por su desbordante imaginación.

—No es difícil llegar a mi casa. Vivo en el número 982 de Saint Anne Street, en el Barrio Francés.

—Muchas gracias. Me despido, pues.

La anticuada expresión le provocó un escalofrío y colgó con una sonrisa en los labios, aunque no sabía por qué estaba sonriendo.

«Es un capullo. Un imbécil insoportable.»

Aunque le había mandado una rosa y parecía saber leer una lengua que nadie más entendía. Una lengua que ella necesitaba comprender con desesperación. Se trataba de trabajo. No era una cita. Podría soportar su arrogancia el tiempo justo para conseguir lo que quería, y después lo pondría de patitas en la calle.

Ash titubeó después de teletransportarse a cierta distancia de la casa de Tory. Al igual que su propietaria, la casa pasaba desapercibida entre las demás. No tenía nada destacable, pero sí era hermosa en su sencillez. Pintada de un rosa muy claro con las contraventanas blancas, era la típica casa de Nueva Orleans de principios del siglo XX. Las contraventanas estaban cerradas a cal y canto, y cuando intentó usar sus poderes para captar su presencia en el interior no vio nada.

Nada de nada.

«Deberías salir zumbando.»

Pero ¿por qué? Eso podía indicar que serían amigos o algo así. No era la primera vez que le pasaba eso.

«Y una mierda. Hasta ahora has podido ver retazos de la vida de otras personas que estaban destinadas a ser tus amigas.»

Con ella no veía absolutamente nada…

Eso era aterrador, pero de todas maneras echó a andar hacia la puerta y llamó al timbre.

Escuchó un ruido procedente del interior, como si alguien hubiera chocado con algo, seguido de un «¡Leches!» entre dientes. Contuvo la sonrisa al comprender que Tory estaba nerviosa. Escuchó más ruidos antes de que le abriera la puerta.

Llevaba la melena castaña suelta. Su pelo era abundante, brillante y ondulado, y lo impulsaba a acariciarlo… No, más bien a enterrar la nariz en él para aspirar su olor. ¿Cómo había podido pensar que no tenía unos rasgos destacables? Además, el pelo suelto la hacía parecer más joven. El rubor de sus mejillas resaltaba el brillo inteligente de sus ojos.

Y en cuanto a sus labios…

Eran carnosos, voluptuosos, creados para besarlos durante toda la noche.

Sin embargo, lo que más le gustaba eran las gafas, que llevaba un pelín torcidas. Como si se hubiera dado cuenta, Tory se las enderezó y sopló para apartarse un mechón de pelo de los ojos.

—Lo siento. No soy capaz de cruzar una habitación sin chocarme con algo. Menos mal que mi torpeza solo se reduce a eso. Si fuera tan torpe buceando, ya estaría muerta.

—No te preocupes —la tranquilizó él antes de agacharse para pasar por la puerta.

Tory puso los ojos como platos al verlo entrar en su salón. Aunque sabía que su casa no era grande, su presencia parecía haber reducido el espacio a la nada. Se podía decir que llenaba la habitación.

—Madre mía, eres altísimo.

La miró con una ceja negra arqueada por encima de las gafas de sol que parecía tener pegadas a la cabeza.

—Para ser una mujer que necesita mi ayuda, pareces empeñada en insultarme. ¿Me ahorro el sufrimiento y me largo ahora antes de que lleguemos a las amenazas y los insultos gordos y eso?

Ella cerró la puerta.

—Supongo que debería disculparme por eso, pero tienes que reconocer que te portaste como un gilipollas. ¿Qué harías si alguien te hiciera lo mismo a ti?

No respondió. Dependía de que se lo hubieran hecho antes o después de que su condición divina se revelara. Antes lo habría soportado. Desde que se convirtió en dios… cualquiera que lo humillara se arrepentiría durante toda la eternidad.

Observó el interior de la casa, que estaba atestada de objetos procedentes de la Antigua Grecia y de Roma, y de cientos y cientos de fotografías enmarcadas de sus restos arqueológicos. Acto seguido, vio la papelera con la que había tropezado. El contenido seguía esparcido por el suelo. Tory era un desastre con patas, aunque ese rasgo le resultaba entrañable, por extraño que pareciera.

—Tienes una casa interesante.

—Bueno, me encantan las cosas antiguas.

Le hizo gracia el comentario, sobre todo al pensar en su propia edad.

—¿Cómo de antiguas?

—Cuanto más antiguas, mejor. En lo que a mí respecta, nunca se es lo bastante viejo.

Pues entonces debería besar el suelo que él pisaba.

—¿Quieres algo de beber? —le preguntó ella tras subirse las gafas por la nariz.

—¿Tienes cerveza?

Lo miró con el ceño fruncido.

—¿No es un poco pronto para empezar con la cerveza?

—¿Vino?

Tory puso los ojos en blanco antes de resoplar.

—Típico de niñato de fraternidad. ¿Tienes edad para beber?

El insulto le hizo gracia.

—Sí. Soy mayor de lo que aparento, en serio.

—Ya he escuchado eso antes. Te pediría un carnet, pero seguramente sea falso.

Lo era, sí, pero porque nadie se creería su verdadera fecha de nacimiento. Y en el caso de que lo hicieran, intentarían encerrarlo para estudiar su longevidad.

—¿No quieres otra cosa? ¿Té? ¿Café?

Negó con la cabeza.

—No, gracias. No quiero recibir más insultos. De hecho, me gustaría pasar tres minutos en tu compañía antes de que te lances de nuevo a por mí… y deberíamos asegurarnos de que todas las herramientas están bajo llave. —Se subió la manga de la chaqueta para mirar el reloj—. Empecemos a cronometrar…

Ella abrió la boca para responder, de modo que levantó la mano para impedírselo.

—Espera un poco. Aún nos quedan dos minutos y cincuenta y cinco segundos.

—No soy tan mala.

—Bueno… Desde mi punto de vista no lo veo tan claro.

Tory miró los oscuros cristales de sus gafas de sol. Era imposible que viera bien con ellas puestas.

—Normal, con esas gafas puestas, ¿qué vas a ver?

Ash chasqueó la lengua.

—Casi habíamos conseguido llegar a los treinta segundos sin un insulto. Creo que acabamos de batir un nuevo récord.

Detestaba el hecho de que fuera encantador. No, detestaba el hecho de que su encanto estuviera funcionando con ella.

—Vale, me portaré bien. Si me sigues, la cocina está por aquí.

Ash se colocó mejor la mochila que llevaba al hombro antes de seguirla. Conforme se acercaban a la cocina, se detuvo para mirar una de las fotografías que había en la pared. Era una foto de familia con Tory en el centro, aunque lo que le llamó la atención fueron tres personas que conocía muy bien.

Gery, Arikos y Theodoros Kafieri.

Con razón no podía ver ni sus pensamientos ni su futuro.

—¿Es tu familia?

Tory miró la foto.

—Sí. Y mi *papou* es el que está a mi lado.

Theo. Sonrió al pensar en su viejo amigo. Theo tenía solo siete años cuando se quedó ciego por un bombardeo que asoló su pueblo y mató a toda su familia durante la Segunda Guerra Mundial. Él se encargó de llevar al niño a Estados Unidos, para ponerlo a salvo y que comenzara una nueva vida. Desde entonces siempre había estado pendiente de él.

Esa era la explicación. Tory no estaba relacionada con su futuro, sino que él estaba relacionado con su familia: Theo y Arik, que estaba casado con Gery. Arik fue en otro tiempo un dios onírico. Esos vínculos familiares le aclararon el misterio sobre Tory.

Se relajó al punto.

—Tienes una familia estupenda.

La vio sonreír.

—Y muy griega. Hay un millón de parientes, claro que con un nombre como el tuyo, seguro que ya sabes de qué va el asunto. —Ladeó la cabeza como si acabara de recordar algo—. ¿Sabes que mi abuelo tiene un buen amigo que también se llama Aquerón?

—¿De verdad?

—Sí. Se conocieron en Grecia y vinieron a Estados Unidos juntos. Pero eso fue hace mucho tiempo. —Siguió hasta la cocina y abrió el cajón donde guardaba el café y el té. Sacó el café, encendió la cafetera y señaló la mesa de la cocina, atestada de libros, mapas y notas.

Cuando se acercó a la mesa, Ash se quedó impresionado. Sí que había estado ocupada…

—Siéntate —le dijo ella al tiempo que sacaba una taza.

Cuando la vio abrir el frigorífico, puso los ojos como platos porque el interior estaba ordenado con precisión militar. Los envases de plástico estaban perfectamente alineados y ordenados alfabéticamente con una etiqueta que detallaba el contenido.

—¿Eres vendedora de Tupperware o algo?

—Tengo un ligero trastorno obsesivo-compulsivo. Olvídalo. —Cogió un envase de la sección B.

Aquello era muy fuerte.

—Lo tuyo no es ligero. Yo diría que es un problemón, ¿no te parece?

—Cierra el pico, siéntate y lee.

Salvo Simi, ni una sola criatura se había atrevido a hablarle de ese modo desde que renació como dios.

—¿Y qué más?

—¿Quieres algo?

La miró con una ceja enarcada.

—Que seas amable conmigo, so marimandona.

Tory resopló.

—Venga ya, como si tú te dejaras acobardar por una orden.

—Cierto, pero pedir las cosas por favor siempre ayuda. Y recuerda que te estoy haciendo un favor.

Tory dejó el recipiente con el pastel baclava en la mesa.

—Vale. Por favor, siéntate, cierra el pico y lee.

Levantó las manos en señal de rendición. A decir verdad, debería estar ofendido por sus modales, pero por extraño que pareciera le hacían gracia. Se quitó la mochila del hombro, se sentó y cogió el diario de Ryssa.

—¿Qué quieres saber?

—Dices que puedes leerlo. Léelo.

Tory bebió un sorbo de café mientras lo observaba y se percató de que sus largas piernas casi no cabían debajo de la mesa de la cocina.

Él eligió una página al azar y empezó a leer con la pronunciación más fluida y elegante del griego antiguo que había escuchado en la vida. Reconocía palabras sueltas, pero la facilidad con la que estaba leyendo y las inflexiones de su voz la hicieron pensar que tal vez decía la verdad cuando afirmaba conocer el idioma.

—¿Podrías traducirlo?

Aquerón ni siquiera se detuvo.

—Hoy está lloviendo. No sé por qué el ruido de la lluvia me molesta, pero siempre lo ha hecho. Antes de que comenzara la tormenta, fui a ver a Estigio, que estaba en el atrio. Estaba con padre, como de costumbre, y los dos practicaban tácticas de lucha. A pesar de que solo tiene once años, Estigio demuestra un gran talento y promete ser un líder y un guerrero de renombre. No podría estar más orgullosa de mi hermano. Su pelo rubio se

ha aclarado este verano por el sol, ya que ha pasado mucho más tiempo al aire libre. He intentado que…

—Ya vale —lo interrumpió ella—. Lo estás traduciendo, ¿verdad?

La pregunta pareció desconcertarlo.

—¿No es lo que querías?

No sabía qué responderle. Sí, eso era lo que quería. Pero nadie conocía la lengua.

Salvo un universitario gótico que empinaba el codo, con un *piercing* en la nariz… y con un cuerpo pensado para el pecado.

¿Cómo era posible?

—¿Dónde aprendiste griego? —le preguntó.

—En Grecia.

Esa respuesta no le valía.

—Me refiero al griego antiguo. ¿Quién te ha enseñado?

—Crecí hablándolo.

—Mentira. Sé que estás mintiendo. Nadie habla el griego antiguo como tú. He consultado a expertos de todo el mundo y ninguno de ellos ha podido hacer lo que tú acabas de hacer.

Él se encogió de hombros como si nada, restándole importancia a sus palabras.

—¿Qué quieres que te diga?

Meneó la cabeza, ya que ni ella misma conocía la respuesta.

—Quiero que me digas cómo sabes hablar el griego antiguo tan bien.

—Mi familia lo hablaba y yo lo aprendí desde la cuna. En muchos sentidos, se podría decir que es mi lengua materna.

Le habría llamado mentiroso de no ser porque sus propios padres habían hecho lo mismo con ella. De todas formas, era incapaz de leer como él lo hacía. Era alucinante.

—Explícame por qué hablas con ese acento. No es el típico acento griego.

Le respondió en un griego perfecto:

—Nací en un lugar llamado Kalosis. Es tan pequeño que no aparece en ningún mapa. Es una isla, una provincia en realidad, y mi acento es una mezcla entre el acento de mi madre y el ateniense antiguo.

—¿Cuándo viniste a Estados Unidos?

—Después de cumplir los veintiuno.

—Pero hablas el idioma como un nativo.

Ash abandonó el griego cuando replicó:

—Se me dan de vicio los idiomas. En cuanto a mi acento, va y viene según mi estado de ánimo y según el tema de conversación.

Era una explicación muy sencilla, e hizo que se sintiera como Torquemada durante un juicio de la Inquisición.

—Lo siento, Aquerón. Acabo de darme cuenta de lo repelente que debo parecerte, sobre todo porque me estás ayudando. —Dejó escapar un suspiro cansado—. Tú y yo hemos empezado con mal pie…

Él se encogió de hombros.

—No es la primera vez que me pasa y otras veces ha sido peor.

Apreció su voluntad de quitarle hierro al asunto.

—Sí, pero seguro que no con alguien a quien intentabas ayudar.

Ash contuvo una carcajada amarga al escucharla. Si ella supiera…

Cuando Tory le sonrió, tuvo la sensación de que todo quedaba perdonado.

—Vuelvo a disculparme por haberte atacado. Es que mi vida siempre ha girado en torno a la Atlántida. No puedes ni imaginarte lo importantes que son la historia y esta búsqueda para mí.

Seguramente tan importante como lo era para él mantener el secreto.

—Mira, me porté como un capullo en Nashville. Lo admito y te pido disculpas de todo corazón. No suelo ir por ahí humillando a la gente de esa manera. Es que sé a ciencia cierta que la Atlántida no es más que una leyenda. Has encontrado unos objetos fascinantes, sí, pero ya está. Salta a la vista que eres una investigadora seria y brillante, y reconozco la dedicación que le pones. Sin embargo, creo que estás malgastando tu tiempo en un asunto intrascendente.

Ella lo miró con los ojos entornados.

—¿Cómo sabes que es una leyenda?

—¿Cómo sabes tú que no lo es?

La vio inclinarse sobre la mesa, tan cerca de él que sus narices casi se rozaron.

—Porque el hombre que trajo a mi abuelo a este país le contó historias de la Atlántida y de la antigua isla de Dídimos para entretenerlo y que se olvidara de las terribles quemaduras provocadas por el ataque nazi. Mi *papou* me dijo que este hombre le describió la Atlántida y sus maravillas como si hubiera vivido en ella. El hombre también describió los mismos edificios que yo he encontrado sumergidos en el Egeo.

Esas palabras desenterraron unos recuerdos que él había desterrado de su cabeza y que lo dejaron helado. ¿Por qué le había contado esas historias a Theo?

Porque había sido un niño asustado y quiso consolarlo. Tranquilizarlo. ¡Joder! ¿Cómo iba a saber entonces que ese acto de compasión se revolvería contra él sesenta años después?

—Pero lo más importante de todo es esto.

Tory metió la mano en la cajita de madera que había encima de la mesa y sacó una moneda que no había visto desde que la puso en la manita de Theo, cuando lo dejó en manos de una familia adoptiva en Nueva York con la promesa de que volvería a verlo. La moneda tenía la imagen de su madre en una cara y el emblema del sol en la otra.

«¡Joder, joder!»

Tory le dio un golpecito a la moneda.

—La inscripción que hay en una de las caras me resultaba desconocida, pero es la misma que encontré el verano pasado. En la otra cara hay palabras en griego, y aunque no lo entiendo todo, reconozco el nombre de «Apolimia». Vamos, dime que esto no procede de la Atlántida.

—No procede de la Atlántida —repitió con una voz que incluso a él le sonó falsa. La verdad era que procedía de su propio bolsillo—. Podría ser de cualquier sitio. No tiene ni por qué ser una moneda. Podría ser un medallón. Tal vez fuera la mujer de alguien. —O su madre…

—Nunca he dicho que sea una moneda. En aquella época no había monedas, ¿no? —Lo atravesó con la mirada—. Sabes la verdad, ¿a que sí?

En ese momento usó sus poderes para hacer sonar el móvil.

—Espera. —Fingió contestar y se levantó mientras se devanaba la cabeza en busca de una explicación creíble.

¡Era demasiado lista!

Tory observó a Ash mientras salía de la cocina para contestar la llamada. Volvió al cabo de unos minutos.

—Tengo que irme.

—Pero no puedes. Me quedan muchas preguntas por hacerte.

Parecía estar impaciente por algo.

—No tengo tiempo para contestarlas.

—¿Puedes venir otro día?

Lo vio negar con la cabeza.

—Lo dudo. Viajo mucho por cuestiones de trabajo y no me quedaré en la ciudad mucho más tiempo. —Recogió su mochila del suelo y se dirigió a la puerta.

Lo siguió.

—Puedo pagarte por tu tiempo.

—No se trata de dinero.

Lo obligó a detenerse.

—Por favor, Aquerón… Por favor.

Ash sintió ganas de apartarla de un empujón y darle un buen susto. Al dios que era no le gustaba que lo interrogasen.

Al hombre que era le gustaría saborear esos labios que pedían a gritos un beso.

—No puedo, Tory.

«No puedo…», repitió para sus adentros.

Decidido, apartó la mano que ella le había puesto en el brazo y se marchó.

Tory tenía ganas de gritar mientras lo veía bajar la escalera del porche y girar a la derecha, en dirección a Bourbon Street.

Tenía que encontrar la manera de obligarlo a ayudarla. Era el único que podía leer el diario y no pensaba aceptar un no por respuesta.

Al fin y al cabo, era una Kafieri, y nadie le decía que no a los Kafieri.

—Puede huir de mí todo lo que quiera, señor Partenopaeo, pero no podrá esconderse. Al final me acabará dando lo que yo quiero.

Ya se aseguraría ella de que así fuera.

4

Ash hizo todo lo que pudo por sacarse a Tory de la cabeza, pero fue en vano. Había algo en ella que le resultaba irresistible.

Cosa que detestaba.

Aunque más se detestaba a sí mismo por haber huido de ella como un cobarde el día anterior. Desde entonces se repetía que era lo mejor que podía haber hecho, pero no acababa de creérselo. Había algo en ella que hacía que se sintiera a gusto a su lado, detalle incomprensible si se tenía en cuenta la hostilidad que demostraba hacia él.

En ese momento se encontraba en el tejado de la casa que estaba ayudando a reconstruir, intentando aclararse las ideas para volver al tajo.

Alguien le tocó el pie. Levantó la vista y vio a Karl delante de él. Se quitó uno de los auriculares:

—¿Qué?

—Tienes visita.

Pensando que se trataba de alguno de sus colegas de Nueva Orleans, soltó el martillo y se fue hacia la escalera. Iba por la mitad cuando vio que Tory lo esperaba. Se había recogido el pelo en un par de coletas onduladas y llevaba una falda larga de color beige y una chaqueta marrón.

Sin embargo, fueron sus enormes ojos castaños los que lo abrasaron.

Hipnotizado por ellos y sin prestar atención a lo que estaba haciendo, se saltó un peldaño y acabó cayendo por la escalera hasta el suelo, donde aterrizó de forma vergonzosa. La situación empeoró cuando la escalera le cayó encima, cosa que logró que todo el mundo se fijara en su torpeza. El dolor le atravesó la espalda, una cadera y un hombro cuando intentó incorporarse y recuperar en parte la dignidad.

Aunque dada la posición en la que había caído, sus intentos fueron en vano. Se quitó la escalera de encima con un suspiro.

Tory se acercó a él a la carrera.

—¿Estás bien?

La respuesta habría sido «sí» de no ser porque le colocó la mano en el pecho. En esa postura, su mente se negó a pensar en otra cosa que no fuera tirar de ella hasta tenerla encima y animarla a usar la mano para algo infinitamente más placentero.

—Sí, estoy bien. —Se percató de las miradas preocupadas de los demás y se puso colorado como un tomate por la vergüenza—. Estoy bien, de verdad, tranquilos —dijo en voz más alta—. Solo ha sido un resbalón.

Todos volvieron al trabajo mientras él deseaba volverse invisible. ¡Esas cosas no le pasaban nunca!

—Deberías tener más cuidado —lo reprendió Tory con voz severa.

Pero ¿no estaba preocupada por él?, se preguntó. Parecía que su dignidad y la angustia que Tory había demostrado momentos antes habían desaparecido a la vez como por arte de magia.

—Podrías haberte roto el cuello o haber caído encima de alguien, y con lo grande que eres seguro que lo habrías matado.

Vale, definitivamente estaba como un cencerro, pensó.

—¿Qué haces aquí, Tory? —Se volvió para levantarse y se dio cuenta de que se había hecho daño de verdad en la pierna, porque cuando intentó moverla le dolió horrores. Le costó la misma vida no quejarse ni cojear.

La sonrisa de Tory lo deslumbró.

—He venido a tentarte.

Demasiado tarde. Ya lo había hecho, aunque ella no se refiriera a lo mismo que él estaba pensando.

—No sucumbo a las tentaciones.

—Eso es imposible. Todas las personas caemos en la tentación.

Pero él no era una persona. Cogió la escalera, la devolvió a su lugar y se dispuso a recoger los clavos que se le habían caído del cinturón de herramientas. Cuando se volvió hacia la escalera, vio que Tory le cortaba el paso.

—Tory… —masculló.

—A ver, voy a ser sincera contigo, desde que el mundo es mundo no ha existido ninguna criatura más testaruda que yo.

—Te equivocas. La tienes delante.

Ash la rodeó para llegar a la escalera, pero ella se le adelantó y se subió al primer peldaño. Debería estar muy mosqueado, pero estaba tan mona con su falda larga, sus sandalias y un brazo levantado por encima de la cabeza para aferrarse a la escalera que tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír.

—No tendrás que traducirlo. Solo te pido que me enseñes el idioma y te dejaré tranquilo. Si te sirve de consuelo, aprendo muy rápido.

Frustrado, apretó los dientes.

—No me gusta discutir. No me gustan los conflictos. Resumiendo, me gusta que me dejen ir a mi rollo, cosa que no incluye darte clases de nada. Y ahora, si no te importa…

—Por favor… —le suplicó con un mohín tan mono que le pareció lo más seductor que había visto en la vida—. Seré tu baclavera personal hasta el día que me muera.

—¿Mi qué? —preguntó él con el ceño fruncido.

—Baclavera. Hago el mejor pastel baclava del mundo, y te juro que de ahora en adelante no te faltará hasta que estés viejo y gordo.

—No me gusta el baclava.

—Eso es porque no has probado el mío. Te encantará, si no eres alérgico a las nueces, claro.

Intentó apartarla de la escalera, pero fiel a su palabra, la chica no se dejó. Su cólera estalló de repente. ¿Cómo era posible que él, uno de los seres más poderosos del universo, no pudiera librarse de una chica enclenque?

La vio poner ojos de cordero degollado.

—Por favor, Aquerón —le dijo en griego antes de cambiar de nuevo de idioma—. Tres días y no tendrás que enseñarme más. Dime qué quieres a cambio y te lo daré.

Karl soltó una risotada al escucharlos.

—¿Por qué no le pides que sea tu esclava sexual? A cambio de eso, yo le enseñaría lo que quisiera.

Tory parecía horrorizada, como si fuera lo más asqueroso que pudiera ocurrírsele.

—¡Uf!

Esa exclamación lo pilló por sorpresa.

—¿Uf? —repitió Ash—. ¿Cómo que «¡Uf!»?

—¡Uf, sí! Apenas te conozco y ya estáis pensando en que me meta en la cama contigo. ¡No, gracias! ¡Dios, eres un cerdo asqueroso!

«¿Un cerdo asqueroso?», repitió él para sus adentros.

Tory se bajó de la escalera con cara de asco.

—Muy bien, ya me las apañaré sin ti. —Se estremeció—. Acostarme con él a cambio de una traducción… —rezongó mientras se alejaba.

Ash apoyó un brazo en la escalera mientras la observaba alejarse hacia el coche. Estaba alucinadísimo.

No quería acostarse con él.

La idea de acostarse con él le resultaba asquerosa.

Todo el mundo quería acostarse con él nada más llegar a la pubertad. ¡Todo el mundo!

Salvo Tory. Sintió un rayito de esperanza al comprender que podía ser una de las poquísimas personas inmunes a la maldición de su tía Epitimia. ¡Lo miraban hasta las lesbianas!

A lo largo de la historia había conocido a muy poca gente inmune a la maldición y en todos los casos habían sido hombres. O personas ciegas.

Que una humana no lo deseara…

Significaba que a su lado podía comportarse con normalidad. Podía bajar la guardia y no estar constantemente preocupado por la posibilidad de que le echara mano al paquete. La novedad lo llevó a querer relacionarse con ella.

Antes de que pudiera evitarlo, corrió hacia su coche para detenerla.

—Te enseñaré.

Ella se volvió muy mosqueada y le clavó el dedo índice en el pecho.

—No pienso acostarme contigo, colega.

Ash le sonrió.

—No te lo estoy pidiendo. Te lo juro. Nunca te lo pediría.

La vio quedarse boquiabierta y después su expresión se volvió ofendida.

—¿¡Cómo!? ¿Es que te daría asco acostarte conmigo? ¡Eres un imbécil!

—¿Es que no hay manera de acertar contigo? —preguntó al tiempo que levantaba las manos en señal de rendición—. Si quiero acostarme contigo, soy un cerdo. Y si no quiero, soy un imbécil. ¿Qué buscas de mí?

La observó un instante allí plantada delante de la puerta del coche. La intensa mirada de esos ojos le llegó al alma.

—Quiero que traduzcas el diario y que dejes las manos quietecitas.

—Mientras babeo por ti, ¿no?

Ella soltó una carcajada maliciosa.

—Exacto. Veo que lo vas pillando. —Le dio una palmada en el brazo—. Nos vemos esta tarde a las siete.

«Estoy deseando que llegue la hora», replicó para sus adentros con sarcasmo. Tal vez debería ir con Simi. Al lado de Tory se sentía necesitado de protección. Lo menos que podía hacer era asegurarse de llevar coquilla por si le daba un golpe bajo cuando menos se lo esperara.

Lo suyo era masoquismo puro y duro, porque siempre acababa relacionándose con mujeres que lo odiaban.

«Pasa de enseñarle nada», se dijo.

Sí, pero el problema era que tenía un trocito de su pasado y si no la alejaba de la Atlántida y de Dídimos, la cosa se pondría fea. Que la fuente primigenia se apiadara de él si Tory descubría por casualidad otro diario de Ryssa. Él conservaba los que creía más incriminatorios. Pero no sabía sobre qué otros temas podía haber escrito su hermana. Necesitaba encargarse de Tory y de su búsqueda obsesiva.

Solo faltaba que los Cazadores Oscuros descubrieran que su madre era la creadora de los daimons contra los que llevaban una eternidad luchando y que su líder era un *tsoulus* que seguía vendiéndose para protegerlos. Sería desastroso para él.

No, tenía que distraer a Tory lo suficiente como para desviarla de su objetivo. Podía enseñarle algún objeto procedente de Lemuria a ver si así se interesaba por el desaparecido continente. Con ese sí que no tenía nada que ver.

«O podrías matarla, mira qué fácil.»

Esa sería la respuesta de Savitar. Pero él no podía hacerlo. Theo había enterrado a la mitad de su familia y sabía lo muchísimo que su viejo amigo quería a la que le quedaba.

No, tendría que dar con otra forma de acabar con esa ingente criatura que era la obstinación de Tory antes de que fuera demasiado tarde.

Escila y Caribdis. Al igual que Ulises, estaba entre la espada y la pared.

Tory lo tenía todo preparado. El cuaderno, el diario y una cerveza en el congelador para su quisquilloso invitado. Estaba en el sofá, comiéndose un trocito de queso cuando llamaron a la puerta. A las siete en punto.

«¡Jo, sí que es puntual!», pensó.

Se levantó para abrir y cuando lo hizo se encontró con don Gótico: casaca larga de cuero, pantalones de cuero del mismo color y botas también negras pero adornadas con calaveras de color verde fosforito. No se había quitado las gafas.

—Entra —le dijo al tiempo que se apartaba para dejarlo pasar.

Aquerón inclinó la cabeza para no golpearse con el dintel y se acercó al sofá. Soltó la mochila en el suelo y se quitó la casaca, que colocó sobre la mochila, aunque se dejó puestos los mitones negros.

Tory frunció el ceño al ver el tatuaje que asomaba por debajo de una de las mangas de su camiseta.

—Creía haberte visto el tatuaje en el antebrazo, no en el bíceps.

Él le echó un vistazo y se encogió de hombros.

—¿Empezamos?

Estaba a punto de cerrar la puerta cuando escuchó que lo llamaban al móvil.

Antes de contestar, Aquerón soltó un suspiro cansado.

—Soy Ash. Dispara.

Entretanto, ella fue al congelador en busca de la cerveza y se la ofreció.

Aquerón la aceptó con una sonrisa agradecida, ya que estaba escuchando a su interlocutor.

—Eh… no. Yo no te lo aconsejaría. Hazme caso, no tiene ningún sentido del humor en lo que al género masculino se refiere. Vale, veré lo

que puedo hacer. —Colgó y marcó un número al tiempo que le daba un trago a la cerveza—. Ahora estoy contigo —le dijo antes de empezar a hablar con otra persona—. Oye, Urian, necesito que le eches el lazo a Zoe en Seattle. Sí, está a puntito de lanzarse sobre Ravyn, que amenaza con decapitarla. No, ahora mismo no puedo ir. Estaré liado unos cuantos días aquí. —Bebió otro sorbo—. Gracias. —Después de colgar se guardó el móvil en un bolsillo trasero del pantalón.

Tory lo miró con el ceño fruncido.

—¿A qué te dedicas exactamente?

—Soy… vaquero.

—¿¡Vaquero!? —repitió ella a punto de estallar en carcajadas al imaginárselo a caballo y con el típico sombrero tejano… adornado con calaveras—. ¿Vaquero como los de Texas?

La pregunta le arrancó una carcajada.

—Sí, pero mi rebaño está formado por gente con muy mala baba. Te caerían bien. Son una panda de imbéciles.

—Vaya, Dios los cría y ellos se juntan…

—Pues sí, más o menos. —Su móvil sonó otra vez. Lo sacó con un resoplido y miró el número antes de contestar—: No. No hace falta que me lo preguntes. La respuesta es no. Joder, no. Viene de parte de Dominic. —Colgó y marcó otro número—. Oye, Alexion, voy a desviarte mis llamadas un rato. No estoy de humor para aguantarlas ahora mismo. —Cerró el teléfono otra vez y lo guardó en el bolsillo de la casaca. Mientras se sentaba en el sofá, se pasó una mano tan grande que no parecía real por el pelo negro y rojo, y la miró—. Cuando quieras, empezamos.

—¿Estás seguro? Pareces un poco tenso y no quiero meter la pata por si acaso tienes una sobredosis de cafeína o algo así.

Lo vio esbozar una sonrisa torcida que le otorgó un aspecto monísimo.

—No, estoy bien.

Tory se acercó a la mesita auxiliar y cogió el diario para ofrecérselo.

—¿Cuál es la mejor forma de hacerlo? —le preguntó.

Aquerón lo cogió y lo abrió con mucho cuidado antes de colocárselo en un muslo.

—¿Hasta qué punto hablas griego? Y me refiero al griego clásico, clásico…

—Lo hablo perfectamente.

Cuando habló de nuevo, Aquerón usó un idioma que ella reconoció como griego por la pronunciación, pero que fue incapaz de comprender. Era precioso, pero no entendía ni papa. Frunció el ceño.

—¿El diario está escrito en ese dialecto?

—No —contestó él, abandonando el griego, aunque volvió a emplearlo para preguntarle—: ¿Ahora sí entiendes lo que te digo?

—Sin problemas, hasta ahí llego.

—Vale —replicó él—. Veo que se te da bien el griego de la Edad del Hierro. Eso nos vendrá bien.

Tory cruzó los brazos por delante del pecho mientras intentaba deducir la época a la que pertenecía el diario.

—Así que el diario fue escrito en la Edad del Bronce.

—¿Qué concluyó la datación? —le preguntó él mientras se rascaba la frente con el pulgar.

Notó que se ponía colorada al verse forzada a admitir que la había pillado en Nashville. ¡Qué tío más insoportable!

—Los resultados no fueron concluyentes.

—Me imagino, sí —murmuró, antes de decir en voz alta—: Prepárate. El diario data de la Edad de Piedra. Más concretamente, del Mesolítico.

Tory farfulló algo, incapaz de asimilar la información. Era imposible que fuera tan antiguo. Totalmente imposible.

—Me estás vacilando.

Él negó despacio con la cabeza.

—No —insistió ella con la vista clavada en el diario—. Te equivocas. De parte a parte. Es imposible. ¿Te has parado a pensar lo que acabas de decir?

—Sé muy bien lo que he dicho.

Le resultaba imposible creerlo.

—Pero en ese período no tenían libros. No existía ninguna civilización. No sabían escribir, ¡ni siquiera construían casas! Todavía vivían en cavernas. Acababan de descubrir el fuego.

Aquerón escuchó su diatriba con expresión tranquila.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Estuviste allí?

—Bueno, no, pero los hallazgos arqueológicos confirman que las primeras muestras de escritura no son tan antiguas.

—Te recuerdo que las teorías de los arqueólogos son de fiar hasta que un nuevo hallazgo desmiente la teoría asumida como correcta. —Levantó el diario—. Felicidades, profesora Kafieri, acaba de aportar datos que desmienten esa teoría.

Tory estaba tan alucinada que era incapaz de hacer otra cosa que no fuera mirar el diario.

—Pero está demasiado bien conservado para ser tan antiguo.

Él se encogió de hombros con gesto despreocupado.

—Es lo que hay.

—Sí, pero si es tan antiguo, ¿cómo es posible que sepas hablar esa lengua teniendo en cuenta que es el primer documento escrito que encontramos?

—Ya te lo he explicado. A grandes rasgos es la misma lengua de mi infancia. Crecí en una comunidad muy pequeña y cerrada, con un dialecto que se diferencia bastante del griego que tú conoces. —Señaló el diario con la cabeza—. Esa es mi lengua materna.

Tory meneó la cabeza mientras intentaba asimilar la importancia de su descubrimiento. De lo que Aquerón le estaba diciendo. Era gigantesco. Muchísimo más importante de lo que había soñado en la vida.

—¿Comprendes el significado del hallazgo de algo tan antiguo?

—Más que tú.

—Nadie va a creerlo. Nadie.

Si alguna vez intentaba presentar su teoría y aportar el diario como prueba, nunca volverían a tomarla en serio.

Ash le dio un trago a la cerveza.

—Creo que tienes razón. —Porque él se iba a encargar de que nadie la creyera.

Con los ojos brillantes por la emoción, Tory se llevó el diario al pecho y lo acunó como si fuera un bebé.

—Tengo en los brazos un objeto que alguien atesoró hace… once mil años. ¡Once mil años! —repitió—. ¡Dios mío, Ash! ¿Te has parado a pensar lo antiguo que es?

«Ni falta que me hace», respondió para sus adentros.

—Este diario podría explicármelo todo. Lo que comían, cómo vivían… —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Este diario es la llave que nos abre la puerta a un mundo totalmente desconocido para el ser humano. No puedo creerme que hayamos descubierto algo así. Con razón nadie identificaba la lengua y los equipos de datación no arrojaban datos concluyentes. Las fechas que obteníamos eran tan descabelladas que nunca las creímos y nos empeñamos en seguir haciendo pruebas y más pruebas. ¡Dios mío! —exclamó—. Once mil años… Imagínate lo bonito que tuvo que ser el mundo en aquel entonces.

Desde su punto de vista no lo fue tanto. Si pudiera, se arrancaría de la memoria gran parte de aquellos años.

—Que sepas que estás pringando de grasa corporal el diario. Dada su antigüedad, no creo que sea bueno que lo toques sin protección.

Tory lo soltó de inmediato.

—Gracias. A veces me dejo llevar sin darme cuenta. —Se sentó a su lado en el suelo y lo miró sin pestañear mientras se aferraba al reposabrazos del sillón que él ocupaba—. ¿Qué más puedes decirme?

«Mucho más de lo que te imaginas», respondió de nuevo para sus adentros.

Podía hablarle de todas y cada una de las personas mencionadas en el diario, dos de las cuales seguían vivitas y coleando. Y esa era la parte más escalofriante del descubrimiento. Porque el contenido del diario era inocuo. Lo único que demostraba era lo protegida e inocente que Ryssa había sido durante su infancia y su adolescencia. El maravilloso ser humano que había sido.

—¿Qué más quieres saber?

Antes de que Tory pudiera contestarle, la llamaron al móvil. Su tono de llamada era la canción de Ozzy Osborne «Bark at the Moon».

—Espera. Es David.

Ash se reclinó en el sillón mientras ella contestaba. Sabía muy bien que no debería haberle contado la verdad sobre el diario. Aunque tampoco importaba demasiado. El número de personas que podían leerlo era muy reducido y uno de ellos era humano. Además, mejor que lo hubiera leído primero para asegurarse de que el contenido no era peligroso. Sin embargo, lo esencial era mantenerse cerca de Tory para distraerla y evitar que encontrara un diario que sí fuera incriminatorio.

Porque podría originar interrogantes que posiblemente no quisiera desvelar.

—¡Eso es horrible! ¿Hay alguien herido?

Ash frunció el ceño al escuchar lo preocupada que parecía Tory.

—Vale, pero mantenme al tanto. Gracias, guapo. —Cuando volvió a su lado, estaba blanca como la pared.

—¿Ha pasado algo?

—Ayer atacaron a un miembro de mi equipo en Grecia.

Su respuesta hizo que frunciera el ceño todavía más.

—¿Cómo que lo atacaron?

—Por lo visto fue horrible. Le robaron parte del archivo de la investigación y los últimos objetos que habían recuperado de la excavación. David dice que Nikolas intentó detener a los ladrones, pero no pudo. Por lo visto le dieron una paliza, pero se recuperará. —Meneó la cabeza—. Te juro que parece que nos han echado un mal de ojo. Cada vez que estamos a punto de sacar algo importante, nos pasa algo malo.

—Tal vez sea una advertencia de los antiguos dioses para que os olvidéis de este asunto.

Su explicación le arrancó un resoplido.

—Es posible. Pero no pienso dejarlo. Mis padres murieron intentando demostrar la existencia de la Atlántida. Mi tío sacrificó su vida y su cordura. Aunque mi prima lo haya dejado, yo juré delante de las tumbas de mis padres que no lo haría jamás. No hasta haber restituido la reputación de mi padre. Estoy harta de que hagan chistes sobre él cada vez que alguien menciona la Atlántida. —Lo miró—. No tienes ni idea de lo que es sentirse humillado y ridiculizado y…

—No me conoces lo suficiente como para afirmar algo así.

—Lo siento —se disculpó en voz baja—. Tienes razón. Por cierto, ¿quién era la pelirroja?

El repentino cambio de tema lo desconcertó.

—¿De quién narices estás hablando ahora?

—En la conferencia de Nashville estabas sentado al lado de una pelirroja que se levantó y se fue muy mosqueada. ¿Quién era?

«Joder», pensó. Sí que se fijó bien en él…

—Una antigua amiga.

—Pues fuiste muy desagradable con ella. Su actitud me llevó a pensar que estabais juntos.

Esa vez fue él quien resopló.

—Te aseguro que no somos pareja.

Eso implicaría que Artemisa admitiera abiertamente que tenían una relación muy íntima. Lo mismo daba que tuvieran una hija en común y que la mitad de su panteón supiera que se acostaban, ella seguía sin poder admitir que era algo más que una simple mascota.

—De todas formas fuiste muy desagradable con ella —lo regañó.

Se vio obligado a aplacar el enfado que le provocaron sus críticas, unas críticas injustas, ya que desconocía todo lo que él había tenido que tragar por culpa de Artemisa a lo largo de los siglos. Incluido el hecho de que le ocultara la existencia de su hija durante once mil años. Artemisa podía considerarse afortunada porque no la hubiera matado a causa de ese pequeño desliz.

—Mi vida privada es privada, ¿vale? Si es de lo único que te interesa hablar, me piro.

Ella le dio una palmadita en la rodilla.

—Desde luego, no se te puede decir nada…

—Sí, bueno, es que no me gusta hablar de mí y las preguntas personales me repatean.

—Vale. Lo único que me interesa es tu cerebro. —Le ofreció un recipiente tapado que contenía un trozo de pastel baclava.

Ash frunció el ceño.

—¿Qué es esto?

—Baclava, ¿no te acuerdas que te lo dije?

—No me gusta, de verdad, pero gracias por el detalle. —Se lo devolvió.

—Tú te lo pierdes. —Antes de soltar el recipiente en la mesa, cogió un trozo de pastel—. Y ahora enséñame a leer esto.

Ash volvió a abrir el diario.

—Este dialecto utiliza un par de diptongos y de fonemas que no existen en el griego clásico que tú hablas. Las desinencias nominales y las conjugaciones verbales también son distintas.

Tory asintió con la cabeza y señaló una palabra.

—*Adelfianosis*. ¿Eso significa «hermano»?

Su rapidez para identificar términos en una lengua desconocida lo impresionó.

—Sí.

—Así que —siguió ella frunciendo el ceño—, si no me equivoco, aquí dice que su hermano… —Hizo una pausa para señalar una palabra—. ¿Estigio?

—Sí.

Confusa, Tory meneó la cabeza.

—¿Por qué Estigio? ¿El nombre original no era Estigia, una diosa? Es un nombre femenino.

Lo mismo había pensado él siempre, pero ¿qué leches? Nadie le había preguntado a Stig qué nombre le gustaba y sus padres nunca habían estado bien del coco.

—Bueno, Alecto era una Erinia y su nombre acabó siendo usado por muchos hombres.

—Cierto. Pero me resulta raro, la verdad.

—Puedes utilizar el diminutivo, Stig, en aquella época no se usaba, pero hoy en día suena mejor. Queda más masculino.

—Pues sí.

Cuando Tory clavó de nuevo la vista en el diario que él tenía en el regazo, experimentó una extraña punzada en el estómago. Como si le hubieran dado un puñetazo, pero era más bien de índole sexual, de forma que lo pilló totalmente desprevenido.

Nunca reaccionaba así con nadie.

Sin embargo, no podía negar que deseaba inclinarse un poco para olerle el pelo. Para tocarle la mejilla y comprobar si era tan suave como parecía. O mejor todavía, para cogerle la mano y llevársela a la entrepierna con la intención de que comprobara hasta qué punto lo excitaba. La simple idea de que le bajara la cremallera y lo tocara, se la puso aún más dura.

Ajena por completo a sus pensamientos, Tory pasó el dedo sobre la hoja del diario mientras intentaba descifrar la pulcra caligrafía de Ryssa.

—¿Aquí está hablando sobre una pelea con su hermano?

Tardó unos segundos en reaccionar, consumido como estaba por el deseo de besarla.

—Eh… sí. Su hermano estaba enfadado porque ella había planeado ir a Atenas a ver a su tía y no quería llevarlo porque era un incordio viajar con él.

Tory alzó la vista cuando notó que la voz de Ash parecía más grave. Sin embargo, no tenía ni idea de lo que estaba mirando porque seguía sin quitarse las gafas de sol.

—¿Ves bien?

—Perfectamente.

—¿Por qué no te quitas las gafas?

—Veo mejor con ellas puestas.

—Ah… —exclamó como si de repente lo entendiera—. Eres uno de esos, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—A esos tíos presumidos que necesitan gafas para ver bien, pero no quieren que nadie lo sepa, y como no aguantan las lentes de contacto, llevan gafas de sol con cristales graduados. —Puso los ojos en blanco—. He tenido varios alumnos así. De verdad, nadie va a creerte menos hombre porque necesites gafas ni te va a tomar por un empollón. —Levantó una mano y se dio unos golpecitos en sus propias gafas—. Mírame a mí. Prefiero ver a ser presumida.

Ash contuvo una sonrisa al escuchar la última conclusión errónea que acababa de sacar sobre él. Sin embargo, no hizo ningún comentario mientras alargaba el brazo para coger la cerveza, a la que le dio un trago mientras Tory volvía a prestarle atención al diario.

Estuvieron dos horas sin moverse, durante las cuales ella aprendió un poco de su lengua materna. Era raro escucharla en boca de alguien después de tanto tiempo y la verdad fue que lo conmovió. Incluso había una parte de sí mismo que acusó la añoranza del que fuera su hogar. Una sensación que no experimentaba muy a menudo dada la penosa existencia que llevó allí, pero las raíces eran las raíces.

Aunque fueran malas.

Reconoció que le gustaba tener ese vínculo con alguien. Llevaba solo demasiado tiempo. Había aprendido a no confiar en nadie. Sin embargo, se descubrió deseando confiar en Tory sin saber muy bien por qué. Tal vez por esa lealtad tan feroz que demostraba. Deseaba con todas sus fuerzas tener a alguien a su lado que le fuera tan leal como ella lo era a su familia. Ojalá…

—¿Qué quieres decir con que el diario no estaba allí? —le preguntó Costas Venduras a su subordinado con los ojos entornados.

Como miembros de la Atlanticoinonia, una sociedad fundada para servir a la diosa Artemisa, tenían la sagrada obligación de proteger todo lo que estuviera relacionado con la Atlántida.

George tragó saliva con nerviosismo antes de contestar:

—Nos llevamos todos los objetos que ese hombre tenía encima, pero el diario no se encontraba entre ellos.

—Sabes muy bien lo que nos dijo el Oráculo. La Atlántida no debe ser descubierta jamás. Utiliza todos los medios a tu alcance para asegurarte de que esos objetos vuelvan al fondo del mar o destrúyelos.

George asintió con la cabeza.

—Sí, señor. Se hará tal como la diosa desea. —Hizo ademán de marcharse, pero titubeó—. Por cierto, creemos que la profesora puede haberse llevado el diario a Nueva Orleans.

Costas se enfureció ante la simple mención de esa inoportuna criatura que llevaba más de una década amargándole la existencia.

—Pues envía a un equipo a recuperarlo. Ya puestos, la profesora se ha convertido en un estorbo demasiado molesto para la causa. Estoy harto de

lidiar con ella. Quiero que eliminen a la profesora Kafieri a la primera oportunidad.

—Daré la orden de eliminarla, señor.

5

Ash seguía en la cama, sin estar del todo despierto pero sin dormir, cuando lo llamaron al móvil. Suponiendo que se trataba de un Cazador Oscuro que necesitaba alguna estupidez, respondió sin mirar quién lo llamaba.

—Oye, Ash, soy Tory. Estoy en el supermercado. ¿Qué quieres de cena?

«A ti en una bandeja…», se dijo. Se obligó a desterrar esos pensamientos tan raros en él.

—No como mucho, Tory. No hace falta que te molestes.

—Venga ya, con ese cuerpo seguro que tus padres se arruinaron dándote de comer.

Pues la verdad era que nunca había comido mucho…

—No puedes vivir a base de cervezas. Y como digas que vino, te doy.

Sonrió al escucharla.

—En serio, no quiero nada especial.

—Te gusta ponerme de los nervios, ¿verdad? Vale, haré falafel y humus… Eres griego, así que te tiene que gustar a la fuerza. Y vas a comerlo quieras o no. Nos vemos luego.

¿Qué le pasaba a Tory con la comida? Era casi peor que Simi. ¿Cómo era posible que una mujer tan delgada comiera tanto? Soltó el móvil y se puso boca arriba antes de cubrirse los ojos con un brazo. No tenía ganas de levantarse. Se había acostado muy tarde el día anterior, ya que estuvo cazando daimons después de dejar la casa de Tory. Algo se cocía en Nueva Orleans, pero no sabía el qué.

Stryker estaba tramando algo. Lo presentía.

Sin embargo, no quería pensar en Stryker en ese momento. Dejó que su mente vagara hasta formar unos hermosos ojos castaños enmarcados por

unas gafas, unos ojos que pertenecían al rostro de la humana más frustrante sobre la faz de la Tierra.

Soteria.

Antes de poder evitarlo, se la imaginó desnuda en la cama, junto a él. El pelo le caía a ambos lados de la cara mientras se inclinaba para besarlo… Se le puso dura al momento.

Incapaz de soportarlo, se dispuso a aliviar el dolor… a mano.

—¿Quieres que te ayude?

Se quitó el brazo de los ojos y vio a Artemisa junto a la cama, una imagen que acabó con toda su tranquilidad.

—No.

La diosa hizo un puchero.

—Vamos, Aquerón. No irás a desperdiciar eso, ¿no?

Rodó sobre el colchón para darle la espalda a la diosa.

—Prefiero masturbarme.

Artemisa le golpeó el brazo.

—Estás otra vez de ese humorcito, ¿no? Odio que te pongas de morros conmigo.

¿Y por qué iba a verlo cuando era su estado de ánimo habitual cada vez que la tenía al lado? Bueno, ese y estar furioso, claro.

—¿Qué quieres, Artie? No es normal que te metas en mi cama y sabes que no quiero que vengas a Katoteros. Además, ¿cómo has conseguido despistar a Alexion?

—Está demasiado ocupado con su mujercita como para fijarse en mí.

«Que no se te olvide volver a matar a Alexion luego. O mandar al muy cabrón a darse un par de vueltas por la Isla de los Muertos.»

—¿Por qué has venido, Artie?

—Porque tú querías que viniera.

«Claro, claro, y también quiero que un alienígena me haga un tacto rectal.»

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Como me dijiste que te informara siempre que pasara algo relacionado con los restos atlantes ya que tú no puedes ver de qué manera afectará a tu futuro…

Y ya se le había pasado hablarle del diario, cosa que habría sido desastrosa si hubieran encontrado uno de los últimos que escribió Ryssa en vez del que habían encontrado.

—¿Qué…?

—Bueno, acabo de hacer que arresten a un grupo en Grecia por excavar sin licencia. Y ahora dame las gracias.

Volvió la cabeza para mirarla. Estaba orgullosísima de lo que había hecho.

—¿Qué grupo?

—Ya sabes, el de esa arqueóloga tan patética a la que fuimos a ver. Han descubierto el emplazamiento y ayer estaban sacando objetos del fondo a manos llenas. Encontraron toda clase de cosas. Como sé lo mucho que te molesta que la gente haga eso, hice que las autoridades los arrestasen y confiscaran los hallazgos.

—¿Por casualidad hiciste que le dieran una paliza a alguien?

—¿Por qué iba a hacer algo así?

Ash resopló al tiempo que se frotaba la frente.

—Porque parece que ver cómo golpean a los demás te pone cachonda.

Artemisa lo miró con los ojos entornados y expresión maliciosa.

—Hoy no hay quien te aguante. No me gusta ver cómo te golpean, que lo sepas.

A él no lo engañaba porque había visto demasiadas veces la excitación en esos ojos verdes mientras lo castigaban. Le encantaba verlo sangrar. Era el único momento en el que se sentía más poderosa que él, y eso la ponía a cien.

—Lo que tú digas, Artie.

—Pues date la vuelta y compláceme.

—Me duele la cabeza.

La diosa le pasó una mano por el pelo negro, haciendo que se volviera rubio.

—No puede dolerte la cabeza.

—Claro que sí. Ahora mismo tengo un dolor de cabeza del tamaño de una catedral.

Le golpeó la espalda desnuda.

—Eres un gilipollas —dijo ella, que le mordió el brazo con fuerza antes de esfumarse.

Se frotó el mordisco con una mueca. Al menos no le había arrancado un trozo de carne. Esa vez.

«Hice que los arrestaran.»

Suspiró al darse cuenta de que estaba hablando de los amigos de Tory. Sería mejor que se levantase para hacer algo. Tory estaría furiosa y muy asustada por la situación.

—Saludos, hermano.

Stryker levantó la vista y vio a su hermanastra, Satara, de pie en la puerta de su despacho. Dado que tenían madres diferentes, Satara se había librado de la maldición que recayó sobre los apolitas y que él tenía que soportar, pero como su padre se la había entregado a la zorra de Artemisa para que fuera su sirvienta, no tenía muy claro quién se había llevado la peor parte.

Ese día Satara llevaba el pelo negro como él y lucía un ajustado vestido rojo de cuero que se amoldaba a sus curvas.

—¿Qué te trae por aquí?

—La tía Artemisa, qué si no. Dijiste que querías que te informara cada vez que tuviera una pataleta. Pues anoche tuvo una de las gordas.

—¿Por qué?

—Parece que un grupo de arqueólogos ha encontrado la Atlántida. La de verdad. Y algunos objetos, entre ellos un diario en perfecto estado.

Se reclinó en el sillón.

—¿Uno de los de Ryssa?

—A juzgar por la reacción de Artemisa, eso creo.

Interesante. Los humanos no tenían ni idea de que tanto apolitas como daimons vivían entre ellos, y se habían esforzado mucho por mantener el secreto. Pero si uno de los diarios de Ryssa salía a la luz…

Un diario que podía contener toda su historia…

Bastante tenían los daimons con despistar a los Cazadores Oscuros. Lo único que les hacía falta era que su fuente alimenticia se asustara y se

mantuviera escondida de noche. Teniendo en cuenta las pocas horas con las que contaban para alimentarse o morir, la cosa podía ponerse muy seria.

—Tengo que encontrar ese diario.

Satara se sentó en una esquina del escritorio.

—Artemisa se te ha adelantado.

Sopesó la información. Artemisa rara vez se molestaba en algo que no fuera perseguir a Aquerón.

—¿Por qué lo quiere?

Satara se encogió de hombros.

—Supongo que le da miedo que alguien se entere de que no fue Apolo quien destruyó la Atlántida. O tal vez Ryssa estuviera al tanto de la verdadera relación que mantiene con Aquerón y la comentó en el diario.

O mil posibilidades más que le ponían los pelos de punta con solo pensarlas.

—O tal vez haya algún comentario sobre el punto débil de Aquerón. Incluso puede que haya alguna explicación sobre cómo matarlo, o cómo matar a Apolo y a nuestra querida tía.

Un renovado interés brilló en los ojos de Satara.

—Encontraré ese diario.

—Hazlo. Y si alguien se interpone en tu camino…

—Lo quitaré de en medio…

—Ni Jake Gyllenhaal ni Shia LaBeouf, ¡eso es un tío bueno y lo demás, tonterías!

Tory frunció el ceño al escuchar al grupito de universitarias con sus risillas tontas y sus comentarios sobre algún estudiante.

—No creo que estudie aquí. Nunca lo había visto antes, pero me encantaría que estuviera en una de mis clases.

—¡A mí me encantaría que estuviera en mi cama!

—Yo lo he visto antes. En el Santuario, el bar de moteros de Ursulines Street. He ido unas cuantas veces con mis amigos. Creo que está liado con la camarera, esa rubia tan desagradable.

—¿Estás de coña? ¿Y cómo es que yo no lo he visto? Seguro que estaba como una cuba.

Las voces se perdieron en la distancia a medida que se acercaba a su despacho, pero se dio cuenta de que el número de universitarias pululando por el pasillo iba aumentando hasta el punto de que casi no podía ni andar. De hecho, tuvo que apartarlas de su camino.

Definitivamente… pasaba algo raro. Nunca había visto tanto interés por el departamento de antropología.

No comprendió el motivo hasta que llegó a la puerta de su despacho.

Ash estaba allí con un abrigo largo. Se preguntó cuántos tendría. Estaba apoyado en la pared y tenía los brazos cruzados por delante del pecho. Su actitud indiferente aumentaba su magnetismo. Cuando bajó la vista, sonrió al ver su inseparable mochila negra de cuero entre los pies.

Tenía las gafas de sol puestas y llevaba el pelo recogido en una coleta. Además, se había cambiado el *piercing* de plata por otro que parecía un diminuto rubí.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó al llegar a la puerta.

—Te estaba esperando.

Echó un vistazo a la multitud de estudiantes congregadas por culpa de Ash.

—Pues deberías haber llamado. No creo que al departamento de prevención de riesgos laborales le haga mucha gracia que el pasillo esté colapsado.

Ash esbozó una lenta sonrisa.

—Lo siento.

Abrió la puerta para dejarlo pasar.

—Anda, entra mientras yo las disperso.

Ash soltó una carcajada mientras recogía la mochila del suelo y entró en el despacho.

Acto seguido, ella se volvió hacia las estudiantes.

—¿Veis lo interesante que es la antropología? Acabáis de ver a una eminencia mundial en el campo de la Antigua Grecia. Si queréis ver a hombres así todos los días, deberíais cambiaros de carrera. Y, además, os pasaréis la vida desenterrando estatuas de hombres desnudos.

Cuando cerró la puerta, descubrió que Ash la miraba con sorna.

—¿Era necesario?

—Oye, mi objetivo es reclutar estudiantes para el departamento. Si puedo aprovecharme de ti en algún sentido, te juro por Snoopy que lo haré.

—¿Por Snoopy?

Se encogió de hombros al tiempo que soltaba el montón de libros que llevaba en las manos sobre su escritorio.

—Vamos, como si tú no tuvieras tus coletillas. En fin, ¿qué puedo hacer por ti?

—Explícame eso de «aprovecharme de ti en algún sentido»… ¿Por qué me odias tanto?

La pregunta y su penetrante mirada, oculta por las gafas de sol, hicieron que se pusiera nerviosa.

—Tampoco es que te odie. Digamos que el odio se ha convertido en un ligero desagrado.

—¿Por qué?

Suspiró al tiempo que colocaba los libros en la estantería emplazada detrás de su escritorio.

—Porque parece que has nacido en cuna de oro. ¿A que la gente se ha pasado la vida intentando complacerte?

—Estás muy equivocada, Soteria. Te aseguro que mi vida nunca ha sido fácil, y deberías considerarte afortunada por no haber tenido la infancia que yo tuve.

Su tono de voz y la brutal sinceridad de sus palabras la dejaron helada.

—Lo siento. No lo sabía.

Ash dejó la mochila en el suelo.

—La gente juzga muy pronto a los demás sin conocerlos. Juzgan su presente y su pasado, pero muchas veces las sonrisas esconden un gran dolor. Lo que la gente muestra al mundo solo es una minúscula parte del iceberg que se oculta a la vista. Y es mucho más probable que ese iceberg esté lleno de grietas y cicatrices que surjan de lo más hondo del alma.

Tenía razón, y se sintió culpable por juzgar tan a la ligera a los demás. Siempre había sido un defecto de su carácter, aunque intentaba corregirlo por todos los medios.

—Eres muy listo para ser tan joven.

Ash soltó un resoplido burlón.

—Ya te he dicho que soy mayor de lo que parezco, y que sepas que nunca me han regalado nada, siempre he tenido que pagar las cosas de una forma o de otra.

Tory guardó unos cuantos folios en un archivador.

—Ahora que lo pienso, tienes que ser masoquista para acercarte a mí con lo agradable que soy contigo…

Ash le tendió la mano.

—¿Tregua?

—Paz, hermano —contestó ella al tiempo que le estrechaba la mano—. Bueno, ahora dime por qué has venido.

Ash retrocedió mientras suspiraba y cruzó los brazos por delante del pecho.

—Un amigo me ha dicho que han arrestado a un grupo de arqueólogos en Grecia por no tener permisos. Quería decírtelo por si se trataba de tu equipo.

Ella descartó la idea con un gesto de la mano.

—¿Por qué va a ser mi equipo?

—Estaban excavando en lo que ellos dicen que es la Atlántida. Creí que podían ser ellos.

—Pero tenemos todos los permisos en regla.

—Si tú lo dices… —dejó la frase en el aire a propósito.

Tory torció el gesto como si acabara de pensar que algo así sería normal dada su mala suerte.

—Espera, voy a llamarlos —dijo al tiempo que sacaba el móvil del bolso.

Se sentó delante de ella y estiró las piernas mientras la observaba.

Tory frunció el ceño al ver su mochila en el suelo. No había manera de que se separara de ella.

—Por cierto, ¿qué hay en la mochila? Ni que llevaras algún secreto que pudiera poner en peligro la seguridad nacional o algo así.

—Ropa interior sucia.

La respuesta hizo que pusiera los ojos en blanco.

—Muchas gracias por esa imagen.

—No haber preguntado.

Tory meneó la cabeza y marcó el número de David. Como no contestaba, llamó a Justina. Tampoco obtuvo respuesta. La invadió el pánico mientras probaba suerte con Bruce.

—¿Tory?

Respiró aliviada al escucharlo.

—Hola, cariño, mira, no consigo…

—¡Los han arrestado a todos!

Enfadada y asustada, miró a Ash cuya expresión no delataba nada.

—¿¡Qué!?

—A todo el grupo. Yo me quedé en tierra para recibir el nuevo equipo de buceo que estábamos esperando y antes de darme cuenta de lo que pasaba, requisaron el barco y se llevaron a todos a comisaría.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó con un suspiro frustrado.

—Dicen que los permisos son falsificaciones.

—¡Qué van a ser falsificaciones! Solin nos ayudó a renovarlos la primavera pasada.

—Sí, y como siempre, Solin ha desaparecido del mapa. Tampoco damos con él. Igual está en la cárcel con los demás.

—¡Madre del amor hermoso! Vale, vale, tú quédate tranquilo mientras yo intento hacer algo. —Colgó y miró a Ash, que estaba más quieto que una estatua—. Es verdad. Todo mi equipo. Todo. Han arrestado a todo el mundo. Genial. Anda, pégame un tiro ahora para ahorrarme sufrimiento.

Ash soltó un suspiro cansado mientras se frotaba un muslo con una de esas largas manos.

—No te preocupes. Haré un par de llamadas y los dejarán en libertad.

—¿Puedes hacerlo?

—Puedo hacerlo. —Se sacó el móvil y lo abrió con un giro de muñeca.

Con la esperanza de que no estuviera mintiendo, se sentó en su sillón y contuvo el aliento mientras apoyaba la cabeza en las manos. ¿Cómo había pasado algo así? Su pobre gente. Seguro que estaban aterrados.

Ash empezó a hablar en griego con esa voz tan grave que le ponía la carne de gallina.

—Hola, Gus, soy Aquerón Partenopaeo. Necesito que me hagas un favor. Es que han arrestado a un grupo de arqueólogos por excavar en el Egeo, creo que esta mañana. ¿Puedes hacer que los suelten y retiren los cargos? —Soltó una carcajada—. Sé que creen que es la Atlántida, sí. Todo el mundo quiere encontrar un tesoro. Pero no me gustaría que acabaran mal por perseguir castillos en el aire. Son unos amigos inofensivos de otro amigo, ya me entiendes. Te agradecería mucho que los liberaras. —Se golpeó el muslo con el pulgar mientras escuchaba a su interlocutor—. No… No creo que necesiten una lección. Estoy seguro de que ya se han llevado un buen susto. Dale recuerdos a Olimpia y avísame en cuanto nazca el bebé. Os veré la próxima vez que vaya a Grecia.

Tory se enderezó cuando lo vio cerrar el móvil.

—Dime.

—Puede liberarlos sin problemas, pero los objetos seguirán confiscados y no puede hacer nada al respecto. Si volvéis a excavar en la zona, os encerrarán y tirarán la llave.

—Estás de coña.

—Pues no. Las autoridades están indignadas por todo este asunto.

—Pero teníamos los permisos en regla.

Ash se llevó el móvil a la barbilla.

—Según me acaba de decir, carecíais de permiso y las autoridades estaban a punto de emitir una orden de busca y captura con tu nombre por haber sacado del país bienes pertenecientes a su patrimonio nacional sin permiso.

—Lo que tengo no es griego, es atlante.

—El diario es griego y no son tontos. Aunque fuera atlante, dicen que como lo sacaste del Egeo, estaba en sus aguas.

—Esto es increíble —dijo mientras volvía a apoyar la cabeza en las manos—. Iba a devolverlo en cuanto consiguiera una traducción. Siempre les entrego todo lo que encontramos… pero no de inmediato.

—Bueno, Gus puede limar asperezas. Tu gente saldrá de la cárcel en breve. Y te recomiendo que les entregues el diario a las autoridades griegas antes de que cambien de opinión con respecto a la orden.

Levantó la cabeza para mirarlo.

—No sabes cuánto te agradezco tu ayuda, Ash. De verdad. Gracias. No sé lo que habría hecho si no hubieras venido a decírmelo.

—Lo único que te digo es que no vuelvas a hacer nada parecido. No me gusta nada pedir favores. Tienen la desagradable costumbre de acabar volviéndose en mi contra, la verdad.

Esbozó una sonrisa torcida, consciente de que lo había puesto en una situación delicada.

—Dime cómo puedo compensártelo.

—Limítate a no meterte en más líos.

—Eso quiero. —Gruñó antes de levantarse del sillón—. Vale, ya está bien de regodearme en la miseria, voy a… —Dejó la frase en el aire porque la llamaron al móvil—. Lo dejaré para después. —Aceptó la llamada—. ¿Diga? No, no estoy en casa. Sí, por favor, avisen a la policía. Yo voy de camino.

Ash frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—Eran los de la empresa de seguridad. Ha saltado la alarma en casa. —Cogió las llaves y el bolso.

—Yo conduzco.

—¿Cómo?

—Estás demasiado nerviosa para conducir y el colmo es que te enfrentes sola a unos ladrones. Voy contigo.

Se sintió agradecidísima. Le pasó las llaves del coche y lo siguió de camino al aparcamiento donde había dejado su Mustang.

—Menudo día… —murmuró mientras se ponía el cinturón de seguridad —. No, menuda semanita de mierda. No quiero ni pensar lo que pasará mañana, la verdad.

Ash arrancó el coche.

—Lo sé. Primero me conoces a mí, qué mala pata, y luego arrestan a tu equipo. Y ahora lo de tu casa. ¿Dónde hay un buen martillo cuando hace falta?

Sonrió al escucharlo a pesar de las circunstancias.

—Todo se arreglará —le dijo él para tranquilizarla.

Eso esperaba. Porque en el fondo de su mente no paraba de repetirse que solo era una falsa alarma. Que no le había pasado nada a su casa.

«Por favor, que no haya pasado nada en casa.»

No soportaba la idea de que un desconocido tocara sus cosas. De que alguien pusiera patas arriba su vida.

En cuanto Aquerón aparcó delante de la casa, supo que había pasado algo. La puerta principal estaba abierta de par en par y no había ni rastro de la policía. Hizo ademán de abrir la puerta del coche, pero Ash se lo impidió.

—Espera a que venga la policía.

—¿Por qué?

—Porque si entras, podrías contaminar las pruebas que hayan dejado.

Tenía razón, pero le obedeció a regañadientes.

La policía tardó un cuarto de hora en llegar. Los agentes entraron en primer lugar y después les hicieron señas para indicarles que no había nadie.

Tory sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas incluso antes de entrar en el salón. Toda la casa estaba patas arriba.

—¡Madre mía! —La obsesiva compulsiva que llevaba dentro estaba espantada por lo que habían hecho. Todo estaba desordenado.

Los agentes de policía, un hombre y una mujer, la miraron con lástima.

—Vamos a necesitar una lista de todos los objetos que le falten.

Apenas los escuchó. Se tapó la boca con una mano mientras observaba las fotografías de sus padres y del resto de su familia, tiradas por el suelo. Habían abierto los cajones y desparramado el contenido. No había visto nada parecido desde que ayudó a sus amigas a limpiar después del paso del Katrina.

—No puedo creer que un ser humano le haga esto a otro.

De repente, Ash se acercó y la abrazó con fuerza.

—Tranquila, Soteria. Respira. Respira.

Se aferró a él, agradecida por su presencia. Agradecida por su abrazo entre tanta desolación. Primero el ataque de Nikolas, después el arresto de sus compañeros y la confiscación del equipo de trabajo, y por último eso…

La agente de policía frunció el ceño mientras examinaba los destrozos.

—¿Es una impresión mía o parece que buscaban algo concreto?

Tory se apartó un poco de Ash al escuchar la pregunta.

—¿Qué quiere decir?

El otro policía señaló los cajones que estaban tirados en el suelo.

—En la mayoría de los allanamientos que se producen durante el día, sobre todo si las casas están tan cerca como en este vecindario, los ladrones se limitan a coger algo caro antes de salir corriendo. —Señaló con la linterna el televisor, que seguía en su sitio delante del ventanal del salón—. Ni siquiera se han llevado la tele.

La agente asintió con la cabeza, dándole la razón a su compañero.

—Además, hicieron saltar la alarma al salir. Como si quisieran atraerla.

Tory los miró con el ceño fruncido.

—¿Para qué? No tiene ningún sentido.

—No, no lo tiene —reconoció el policía, tras lo cual apagó la linterna y se la guardó—. A menos que buscaran algo.

La agente esbozó una sonrisa amable.

—Hemos llamado a un equipo de la policía científica para que busque huellas. La verdad es que nosotros no podemos hacer nada. Haga una lista con las cosas que eche en falta y la añadiremos al informe para buscar en las casas de empeño. Además, tendrá que informar a su compañía de seguros.

—Y sería buena idea que su novio se quedara a pasar la noche —añadió su compañero.

El miedo la invadió de repente.

—¿Creen que pueden volver?

El agente meneó la cabeza.

—No lo sabemos. Pero sí sabemos que casi todas las víctimas de un allanamiento tienen problemas para dormir en casa después del robo.

Tory se sentó en el brazo del sofá mientras contemplaba el desorden a su alrededor. Menos mal que siempre llevaba los hallazgos más valiosos encima o los guardaba en la caja fuerte del campus.

—No puedo creerlo.

Ash la cogió de la mano y se mantuvo en silencio mientras la policía le preguntaba quién podría haberlo hecho. La policía científica llegó poco después para buscar huellas por toda la casa.

No encontraron nada. Ni una manchita. O los ladrones llevaban guantes o eran mutantes.

Ella se decantaba por la segunda opción. Prefería pensar eso a enfrentarse al hecho de que una persona normal y corriente pudiera hacerle algo así a otra.

Cuando la policía se marchó, le dijo a Ash:

—Estoy segura de que tienes cosas mejores que hacer que cuidarme.

—No pasa nada. No me importa. Hay situaciones por las que es mejor no pasar a solas.

Su voz le indicó que hablaba por experiencia.

Ash se agachó para recoger las fotografías de sus padres y devolverlas a la repisa de la chimenea. No supo por qué, pero la consideración y el cuidado que demostró con las fotografías la conmovieron.

—¿Tienes familia, Ash?

Lo observó colocar las fotografías en el sitio exacto donde estaban antes, como si lo recordara con precisión.

—Todos tenemos seres queridos.

Una evasiva en toda regla. Sin mirarla, Ash se acercó a los objetos que antes estaban en la mesita auxiliar y que habían acabado en el suelo. Se arrodilló y cogió una cajita de metacrilato con una piedra en su interior y una placa de bronce en la base que rezaba: «PRIMERA EXCAVACIÓN DE SOTERIA. 1985».

—¿Qué es esto? —le preguntó.

A Tory se le llenaron los ojos de lágrimas cuando se la quitó de las manos.

—La encontré durante la primera excavación a la que mis padres me dejaron ir. Estaba tan orgullosa cuando la encontré… Creía que había encontrado una punta de lanza rarísima. Mi padre fue incapaz de decirme que solo era una roca. Así que la enmarcaron y la pusieron al lado de mi cama con una lucecita siempre encendida. —Se le escapó un sollozo—. ¡Esos cabrones han tocado las cosas de mis padres!

Ash se puso de pie y la abrazó mientras lloraba. Se aferró a él como si hubieran hecho añicos su vida. Verla llorar así, de forma tan desgarradora y con tanta pena, lo conmovió, porque en su caso las lágrimas siempre iban

por dentro. Lo único que podía hacer era consolarla, porque eso era lo que había deseado él en las pocas ocasiones que se había permitido desahogarse de esa forma.

De modo que le ofreció a Tory el consuelo que a él nunca le habían dado. La dejó llorar hasta que no le quedaron más lágrimas y le dejó la camiseta empapada.

Tory se apartó de él y le tocó la camiseta.

—Lo siento mucho, Ash. No suelo llorar. De verdad que no. —Carraspeó y lo miró con la expresión más decidida que había visto en la vida—. No dejaré que me hundan. Soy una mujer fuerte.

—Todo el mundo llora de vez en cuando, Tory. Hay algunas heridas que llegan tan hondo que hasta los más fuertes acaban llorando. Mi opinión sobre ti no ha cambiado por haberte visto en un momento así.

Tory soltó una carcajada nerviosa.

—En realidad, no eres tan gilipollas como creía, ¿verdad?

Él la miró con una sonrisa afable.

—La verdad es que tengo mis momentos de gilipollez. Por desgracia, tú has presenciado los más recientes.

Tory le dio unas palmaditas en uno de sus fuertes brazos, agradeciéndole así su comprensión. A veces era muy fácil hablar con él. Contuvo las lágrimas y miró el caos que la rodeaba.

—No conseguiré limpiarlo en la vida.

En ese momento la llamaron al teléfono fijo. Dejó a Ash en el salón y fue a la cocina para contestar.

Ash siguió recogiendo fotografías del suelo mientras intentaba comprender lo que había pasado. En teoría debería ver la escena completa, pero al igual que cuando intentaba ver el futuro de Tory, todo estaba en negro. Aquello no era normal.

Era un dios del destino…

Echó un vistazo por encima del hombro y vio que Tory se acercaba a él para coger uno de los cajones, que habían tirado al suelo junto al sofá.

—Era mi amiga Pam. Se asustó mucho al ver que no cogía el móvil y me ha llamado a casa. Kim y ella van a venir para ayudarme a limpiar esto.

—¿Quieres que me vaya?

Tory titubeó antes de contestar:

—Solo si tú quieres. La verdad es que me tranquiliza mucho que estés conmigo. —Apartó la mirada como si se avergonzara de admitirlo y devolvió el cajón a su sitio. Retrocedió un paso y se quedó petrificada—. Qué raro.

—¿Qué pasa?

—Tampoco se han llevado el equipo de música. —Apartó la sudadera que los ladrones habían arrojado sobre el equipo.

Pues sí, era raro que los ladrones no lo hubieran tocado.

—A lo mejor no lo vieron.

—A lo mejor. —Lo colocó bien en su sitio y lo encendió.

Ash frunció el ceño cuando escuchó a los Bee Gees a todo volumen.

—¿«Night Fever»? —Se estremeció—. ¿Música disco?

—Ni una palabra —le dijo ella gesticulando con la mano antes de recoger otro cajón—. Me consuela cuando estoy de bajón.

—¿Cómo te puede consolar la música disco?

La vio recoger una fotografía de sus padres, y se acercó para enseñársela. Su madre, a quien se parecía mucho, llevaba el pelo suelto y un vestido blanco con tirantes que se abrochaban al cuello. Su padre llevaba una camisa estampada de poliéster amarilla, un traje marrón, el pelo negro rizado y bigote. Estaban abrazados en la puerta de un famoso club de música disco de Nueva York, que él recordaba vagamente de finales de los años setenta.

Tory miraba la foto con ternura.

—La hizo Sheri, la mejor amiga de mi madre, que es fotógrafa aficionada, la noche que mis padres se conocieron. Mi padre creyó que mi madre era la mujer más guapa que había visto en la vida. Así que se acercó a ella con timidez y la invitó a bailar, temiendo que le dijera que no. Pero no fue así. A mi madre le pareció tan tierna su timidez que le dijo que sí. Salieron a la pista de baile cuando empezaba a sonar *Last Dance*[1] de Donna Summer. La versión disco, esa tan larga. Cuando terminó, mi padre se colocó de rodillas delante de ella, en mitad de la pista de baile, y le pidió que se casara con él. Lo hicieron un año más tarde, y no se separaron hasta que mi madre murió. —Tragó saliva como si los recuerdos fueran

demasiado fuertes para ella. Empezó a temblarle el labio mientras se movía al compás de la música—. Cuando era pequeña, mis padres solían sacar sus discos antiguos y nos poníamos todos a bailar hasta que caíamos rendidos. Escuchar música disco es como volver a tenerlos a mi lado. Te juro que cada vez que escucho «Don't leave me this way» de Thelma Houston, escucho la voz de mi madre cantando conmigo mientras bailamos abrazadas entre risas.

Ash envidiaba esos recuerdos. El hecho de que se sintiera tan querida. Era una lástima que no tuviera a sus padres para consolarla.

—¿Cuántos años tenías cuando murieron?

—Siete años cuando murió mi madre y diez en el caso de mi padre. No superó nunca el hecho de que mi madre nos dejara.

—No os abandonó por propia voluntad.

—Lo sé. —Colocó la foto en la estantería, encima de un viejo y ajado ejemplar de *La Odisea* de Homero—. Pero me resulta más fácil decir que nos dejó a decir que murió. —Lo miró a la cara—. ¿Qué me dices de ti? ¿Tienes recuerdos parecidos?

Intentó no pensar en el asunto.

—La verdad es que no. Crecí sin padres.

—¿Murieron?

Le dio la espalda y se concentró en recoger las cosas del suelo.

—Es un poco complicado, razón por la que no me gusta hablar del tema.

Tory frunció el ceño al escuchar la frialdad de su voz, convencida de que hablaba así para protegerse.

—Lo siento. ¿Sabes algo de ellos?

Aunque no le contestó, la tristeza que irradiaba la llevó a la conclusión de que ni siquiera los había conocido.

Lo vio recoger en silencio las cosas que los ladrones habían tirado por el suelo. Sus ademanes tenían una elegancia extraña en alguien tan joven, como si su alma fuera muy antigua y estuviera atrapada en un cuerpo que no le pertenecía. Y, además, su presencia la reconfortaba. Verlo a su lado la tranquilizaba de un modo que no alcanzaba a comprender. Como si su sitio estuviera a su lado… No tenía sentido, pero ahí estaba.

De repente, alguien llamó a la puerta.

Cuando la abrió, vio a Pam y a Kim con dos pizzas extragrandes y un paquete de doce cervezas. Se parecían muchísimo en muchos aspectos. Pam era más alta que ella y llevaba el pelo corto teñido de rubio por delante y de negro por detrás. Kim llevaba el pelo con el mismo corte, pero con los colores cambiados. Siempre vestían con estilo gótico y la verdad era que pegaban más al lado de Ash que al suyo.

Pam señaló la calle con el pulgar.

—Oye, ¿ese tío que está metido en el coche en la acera de enfrente es un poli?

Tory miró el coche marrón.

—No creo. ¿Por qué?

—Porque dentro hay otros dos mirando tu casa con prismáticos.

Ash estaba en la puerta antes de que ella tuviera tiempo de moverse siquiera. Pasó junto a ella, pero antes de llegar al primer peldaño del porche, el coche salió disparado calle abajo.

Ash estuvo a punto de llamar a Simi para que los siguiera, y ya tenía su nombre en la punta de la lengua cuando se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer. ¡Joder, por los pelos! Tory y sus amigas se habrían quedado de piedra al ver a un demonio cobrar vida desde su brazo…

—¿Por qué están vigilando mi casa? —preguntó Tory.

—Creo que tienes que contarme más cosas sobre los objetos que habéis encontrado en la excavación —dijo él, mirándola a la cara.

—¿A qué te refieres?

—Me parece que has descubierto algo que ha despertado el interés de mucha gente.

Tory resopló.

—Son piezas de museo. En realidad, no hay nada de valor salvo para los coleccionistas.

Sí, pero la esfora que él le había dado a su hija solo era una piedra con la capacidad de acabar con el mundo. El problema de los amuletos y talismanes más poderosos era que los mortales ignoraban su importancia.

Sin embargo, en las manos equivocadas podrían tener consecuencias catastróficas.

—Hazme caso y enséñame lo que has encontrado.

6

—¡Madre del amor hermoso! Es el tío más alto que he visto en la vida.

Tory se rió al escuchar a Pam, que miraba a Ash boquiabierta.

Él meneó la cabeza, ya que era la enésima vez que la chica decía lo mismo desde que entró en la casa.

—Pam, para ya —la reprendió Kim mientras dejaba la pizza en la mesita—. Vas a hacer que se sienta incómodo.

Pam soltó su cerveza al lado de las cajas.

—Bueno, estará acostumbrado a que se lo digan. Con mi metro setenta y nueve, sé que soy alta. Tory mide uno ochenta y cinco, así que es normal que nos resulte extraño ver a alguien más alto que nosotras. Sobre todo si a su lado nos sentimos como enanas, ¿a que sí, Tory? —Pam se colocó al lado de Ash y se puso de puntillas—. Kim, tú no pasas del metro cincuenta. No tienes ni idea de lo que es ser más alta que la mayoría de los tíos. ¡Con Ash podría llevar tacones por fin!

Él se echó a reír antes de levantarla del suelo y dejarla junto al sofá.

—¡Ay, que me da! —exclamó mientras la soltaba—. Es la primera vez que un tío me coge en brazos sin gruñir como si estuviera muriéndose. Estoy en la gloria. ¡Cásate conmigo, Ash, por favor!

—Te diría que sí, pero ahora mismo no tengo tiempo para papeleos.

Tory pasó de ellos al entrar en el salón con los diarios de la excavación. Apartó las cajas de pizza para hacer sitio en la mesita y soltarlos.

—Vale, esto es del último año.

Ash se arrodilló y empezó a hojearlos.

Ella se inclinó sobre su hombro para repasar lo que había escrito.

—¿Ves? Casi todo es cerámica y fragmentos. Unos cuantos frisos y algunas jarras.

Ash se detuvo al ver un objeto tan familiar que lo dejó sin aliento. La peineta de Ryssa. La compañera de la que encontró siglos atrás. Con el corazón en un puño, pasó la mano sobre la fotografía y recordó lo guapa que estaba su hermana con ellas en su pelo rubio.

—Es increíble lo bien conservada que está, ¿verdad? —le preguntó Tory, ajena al hecho de lo mucho que significaba ese objeto para él—. Las perlas siguen intactas donde las incrustaron. El diseño es muy actual, un trabajo artesanal fantástico.

—Sí. —Se obligó a pasar la página para seguir viendo fragmentos de cerámica antes de que se delatara echándose a llorar.

Y entonces lo vio.

—¿Dónde está esto?

Tory frunció el ceño al escuchar la voz severa de Aquerón. Cuando miró por encima de su hombro, vio la recargada daga de oro que Bruce había encontrado.

—Esa pieza sigue en el laboratorio, ¿por qué?

—La necesitamos.

¡Vaya! Menudo general había perdido el ejército.

—¿Es valiosa?

Ash titubeó. Desde el punto de vista de Tory, la daga no tenía más valor que el económico, pero dado que era un arma capaz de matar cualquier cosa que respirase, para él era extremadamente valiosa. Igual que lo era para otras muchas criaturas que harían cualquier cosa con tal de echarle el guante.

—Sí.

Pam puso los ojos en blanco.

—No entiendo cómo os gustan esos chismes tan antiguos.

Kim le dio unas palmaditas en el hombro.

—Tú tranquila, cariño. Nosotros tampoco entendemos tu obsesión por coleccionar muñecas BeGoth y no te decimos nada. —Miró a Tory—. Deberías habernos acompañado en la búsqueda de Leda Swanson. Me

arrastró por tres estados hasta que por fin encontramos la dichosa muñeca en una tienda de Alabama.

Ash pasó de ellas y siguió viendo fotografías, pero no descubrió ninguna otra cosa de interés aparte de la daga atlante. Claro que, ¿para qué querrían la daga los dos tíos del coche?

Los humanos no entendían su significado.

Y ninguna criatura sobrenatural habría dejado el asunto así. Habrían ido a por Tory y la habrían torturado hasta averiguar el paradero de la daga.

Era extraño, pero ¿qué otra cosa si no iban a buscar?

Además, ¿hasta qué extremos estaban dispuestos a llegar para conseguirla? Una cosa era forzar la entrada en una casa, pero asesinar para hacerse con ella era muy distinto. ¿Serían capaces de algo así?

Se puso en pie.

—Voy a dar una vuelta para comprobar unas cosillas. Ahora vuelvo.

Tory asintió con la cabeza.

—Te guardaremos un trozo de pizza.

Salió sin decir nada y usó sus poderes para trasladarse de Nueva Orleans a la isla de Savitar, donde el sol no se ponía nunca. Literalmente. De naturaleza mágica, la isla giraba alrededor del sol mientras Savitar esperaba la «ola perfecta».

Como era normal, Savitar estaba tendido de espaldas en su tabla de surf, contemplando el cielo mientras las olas lo mecían. A diferencia del poderoso ctónico, Ash no era una criatura acuática. Odiaba el mar y odiaba tomar el sol. Aunque tenía muy claro el refrán de: «Allá donde fueres…».

Así que usó sus poderes de nuevo para hacer aparecer una tabla de surf junto a la de Savitar y se trasladó a ella. Savitar se echó a reír al verlo sentado a su lado.

—Como que no te pega.

—Como que no me pega, no. Me siento más o menos como te sentirías tú en un club gótico de Seattle.

Savitar le lanzó una sonrisa burlona.

—A mí me pega todo, atlante. Y la cosa tiene que ser grave para verte en bañador y sobre una tabla de surf. Algún día conseguiré que cojas unas cuantas olas conmigo.

Ash cruzó los brazos por delante del pecho y se echó a reír.

—¡Ni de coña!

Savitar chasqueó la lengua antes de volver a clavar la mirada en el cielo.

—No es la primera vez que oigo esa frase. ¿Qué te trae por aquí, chavalín?

Ash pasó por alto el uso de ese término. Solo Savitar podía decirle «chavalín» y salir ileso.

—Hay una mujer…

—¡Qué raro!

Decidió hacer oídos sordos al sarcasmo.

—Hay una mujer a la que están persiguiendo, pero no sé quiénes son.

Savitar enarcó una ceja y alargó un brazo tatuado para que flotara sobre el agua.

—En ese caso, sabes muy bien que no puedo decirte nada.

El comentario y el tono de voz paternalista lo pusieron como una moto.

—¡Joder, Savitar, déjate de rollos! Su vida está en peligro… creo.

Savitar agarró su tabla y le dio un tirón para acercarlo.

—Al igual que haces tú, yo no altero el destino de nadie.

—¡Y una mierda! Te pasas la vida alterando el destino de la gente.

Savitar alejó la tabla de Ash con un empujón.

—Pero no pienso hacerlo con el tuyo.

Ash soltó un taco mientras regresaba a su lado.

—¿Sabes lo frustrante que es saberme el destino final del mundo cuando no puedo controlar mi propio destino?

—Sí que puedes, hermano. Cada decisión que tomas hace que tu destino se cumpla, o que cambie. ¿No has aprendido nada de mí?

Tenía razón, pero las cosas no eran tan sencillas. Mucho menos cuando estaba en juego la vida de otra persona.

¿Qué tenía que hacer para conseguir que Savitar se implicara?

Entornó los ojos.

—Han descubierto una daga atlante.

Savitar se sentó de repente en su tabla y le lanzó una mirada furiosa.

—Espero que estés pensando en destruirla.

—Primero tengo que echarle el guante. Pero esa es la idea, sí. —Le devolvió la mirada furiosa con una de su propia cosecha—. Por favor, ¿no podrías aunque fuera por una vez darme una pista pequeñita sobre mi futuro?

Savitar negó con la cabeza.

—Sabes muy bien cuál fue el decreto de las Moiras. Tus propios actos te salvarán.

—Eso puede significar cualquier cosa.

Savitar guardó silencio unos segundos antes de taladrar a Ash con una mirada malévola.

—Vale. Voy a decirte una cosa, aunque así saque los pies del tiesto. Los ladrones que entraron en su casa no iban detrás de la daga. Su gente ha descubierto otro diario.

La bomba hizo que Ash se encogiera.

—¿De Ryssa?

Savitar hizo un gesto de asentimiento.

—No es el que te enseñó Soteria. Este del que te hablo lo encontraron sus colegas ayer. Y Ryssa lo escribió después de convertirse en la amante de Apolo. En él habla del dios, de su hermana Artemisa y de su necesidad de alimentarse de sangre. También especifica cómo matarlos.

Las noticias le revolvieron el estómago. Sí, la hecatombe que ocasionaría la muerte de los dos dioses enorgullecería a su sanguinaria madre.

—¿Y yo? ¿También me cita?

Savitar suspiró.

—Solo te digo que no te gustaría que cayera en las manos de nadie.

La respuesta hizo que se le formara un nudo en el estómago.

—¿Dónde está?

—Eso no te lo puedo decir.

Ash se teletransportó a la tabla de Savitar para poder agarrarlo, pero por desgracia este anticipó su movimiento y usó sus poderes para trasladarse, con tabla de surf incluida, al otro lado de la tabla que él había abandonado sobre el agua.

—Darme un puñetazo no va a cambiar las cosas.

Ash regresó nadando a su tabla y lo miró furioso.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Tú sabes mejor que nadie cómo funciona el destino. Lo que te pasó en tu época mortal fue la consecuencia de que todo el mundo, empezando por tus padres, intentara alterar el destino. Que al final no era otro que la destrucción del panteón atlante. Por mucho que lo intentaron, no fueron capaces de evitarlo. Sin embargo, el sufrimiento que te ocasionaron era innecesario. Si tus padres hubieran aceptado su verdadero destino, te habrían evitado todos esos años de tortura. El destino es inapelable. Podemos moldearlo, pero al final todos somos peones con un final prefijado. Ya sea bueno, regular o malo.

El discurso le resultó tan reconfortante como cualquiera de las palizas de Artemisa.

—Acabaré expuesto, ¿verdad?

—No lo sé. Si tienes pensado ir practicando, avísame antes de bajarte los pantalones para no quedarme ciego.

Ash se subió a la tabla.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. Después de todas las batallas que he librado para salvar al mundo y de todos los sacrificios que he hecho, olvidando la dignidad y pagando con sangre, para liberar a tantos Cazadores Oscuros, van a descubrir que solo soy un patético puto, ¿verdad?

Savitar lo miró muy cabreado.

—Nunca has sido patético.

No obstante, ambos sabían que había sido un puto. Que todavía lo era. La injusticia era tan grande que se habría echado a gritar de buena gana.

«No puedes cambiar tu pasado.»

Sus propias palabras acababan de darle una colleja.

—¿Cuánto tiempo me queda antes de que todos lo sepan?

Savitar soltó un suspiro cansado.

—Tu viaje tiene tres posibles destinos, Apóstolos. En uno de ellos, acabas expuesto y te quedas sin nada, y con esto me refiero también a tu vida. Tu madre destruirá el mundo en un ataque de cólera. En el segundo, también acabas expuesto y los Cazadores Oscuros se revuelven contra ti.

Los enemigos de Apolo acaban con el dios y después se lanzan contra la humanidad, que será sometida y esclavizada…

Ash preguntó por la tercera posibilidad casi con miedo.

—¿Y el tercero?

—Para abreviar: espantoso.

La respuesta le hizo soltar un taco.

—Así que haga lo que haga, el mundo se irá a la puta mierda, ¿no?

—Yo no he dicho eso. La esperanza es lo último que se pierde, Apóstolos. Tú deberías saberlo mejor que nadie. Solo serás destruido si intentas cambiar el destino final de tu vida. Lo que tenga que pasar, pasará. Así es como nos enfrentamos a toda la mierda que nos pasa desde que nacemos hasta que llegamos a ese punto final.

Ash resopló.

—Tú no te enfrentas a nada, Savitar. Te pasas la vida aquí, tomando el sol, surcando las olas y soltando gilipolleces filosóficas que no te crees ni tú.

—Tienes razón. Hace mucho que dejé de intentar alterar mi destino. Pero porque cada vez que lo hacía, la cagaba todavía más. Al final, la cobaya se harta de acabar dolorida de dar tantas vueltas en la rueda sin llegar a ninguna parte y se limita a sentarse en un rincón para lamerse las heridas. Así que si estás dispuesto a esperar aquí conmigo, sentadito en la arena…

—No puedo dejar de luchar.

—No puedes dejar de luchar. —Savitar se tumbó en su tabla—. Pero aquí siempre tendrás un sitio para descansar entre bronca y bronca.

Ash soltó un largo suspiro mientras consideraba seriamente la invitación.

—Resérvamelo. Si esto acaba estallándome en la cara, volveré con el rabo entre las piernas y me quedaré aquí contigo para siempre. —Porque en el fondo sabía la verdad. Ya lo habían ridiculizado bastante. No podría soportar que la gente que lo quería lo mirara como Ryssa lo hizo el día que lo descubrió en el prostíbulo de Dídimos. Aunque su hermana lo quería y lo había perdonado, la decepción que percibió en sus ojos todavía le abrasaba

el alma. No podía pasar por eso otra vez—. Viene una ola —le dijo a su mentor.

Se quedó sentado en la tabla mientras Savitar se ponía en pie con increíble agilidad. Justo cuando la ola estaba a punto de romper, se teletransportó de vuelta a Nueva Orleans. Los deportes acuáticos nunca habían sido lo suyo. Prefería la caída libre o una buena carrera en tierra firme.

Y hacía once mil años que había dejado de ser un simple espectador. Si algo había aprendido desde que sus poderes divinos se manifestaron era a luchar hasta caer derrotado.

Ni siquiera en ese caso sabía rendirse.

Había otro diario pululando por ahí. Muy bien. Iba a localizarlo y a asegurarse de que ningún ser humano ni ninguna otra criatura lo leyera nunca.

7

Ash se detuvo al entrar en la casa y ver a las chicas bailando y cantando… ¡La leche, cualquier cosa menos eso!

—«Fergilicious.»

Solo faltaba que Simi estuviera allí y empezara a desafinar con ellas, porque era su canción preferida. Llevaba un año entero echando pestes sobre el imbécil que le puso esa canción a un demonio en plena efervescencia hormonal. Claro que lo peor era que Simi quería que la llamara Similicious.

Antes muerto o posando para Calvin Klein como modelo de ropa interior.

—Vamos, Ash —dijo Kim—. Únete a la fiesta.

La miró espantado.

—Ni de coña. En el mundo no hay cerveza suficiente para que me ponga a cantar esa letra. ¿Me veis diciéndole a un tío que se la voy a poner como una piedra?

Les entró tal ataque de risa que Kim se cayó al sofá, mientras a Pam y a Tory se les saltaban las lágrimas.

—Bueno, ¿has encontrado algo? —preguntó Tory cuando por fin se tranquilizó.

—Un faro roto en el coche que hay al otro lado de la calle y dos farolas fundidas. —Cogió el móvil de Tory y se lo dio—. Necesito saber si tu equipo ha encontrado otro diario.

Tory lo miró con sorna.

—Si hubieran encontrado algo tan importante, me lo habrían dicho de inmediato.

—¿Aunque lo hubieran encontrado justo antes de que los detuvieran?

—En ese caso, lo tendrían las autoridades.

—Tory, por favor, hazme caso. Tengo un mal presentimiento.

Tory hizo ademán de coger el móvil justo cuando la llamaron. El tono de llamada era distinto al normal y al ver la cara que puso, Ash supo que sabía perfectamente de quién se trataba.

—Hola, Bruce, ¿qué…? —dejó la frase en el aire y se quedó tan blanca que Ash tuvo que ponerle una mano en el hombro para que no se cayera al suelo—. ¡Dios mío! No…

Ash miró a Pam con expresión confusa, pero la confusión desapareció en cuanto usó sus poderes para escuchar al tal Bruce.

—Ha sido espantoso, Tory. Acababan de soltarnos, no sé, había pasado una hora o así, cuando me llamaron diciéndome que lo habían atracado cuando iba de camino a su casa, como a Nikolas, y que lo estaban operando.

—¿Qué dicen los médicos?

—No saben qué va a pasar. No pinta nada bien. Pero lo que más me acojona es que los tíos que lo atracaron le registraron los bolsillos y la mochila… como si estuvieran buscando algo en concreto. No se llevaron la cartera ni el reloj. Nada… Harry dice que lo estaban interrogando mientras le daban la paliza, pero como no entiende muy bien el griego, no sabía lo que le estaban preguntando. No dejaron de pegarle hasta que perdió el conocimiento.

Tory miró a Aquerón, inquieta por todos sus «presentimientos». Eran tan acertados que empezaba a preguntarse si no tendría algo que ver.

—¿Por casualidad encontrasteis otro diario en la excavación?

—Lo que descubrimos antes de que llegara la policía fue la repera.

—¿Otro diario?

—No estaba tan bien conservado como el que tienes, pero sí, había otro libro. Y, alucina, no estaba mojado. Lo habían sellado al vacío en una caja que estaba dentro de un cofre de madera forrado de oro. Daba la sensación de que alguien lo había escondido como si temiera que pudieran encontrarlo.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. La última vez que lo vi lo tenía Dimitri.

—Necesito que localices a Dimitri y me mandes el diario.

—¿Por qué? No hay nadie que pueda leerlo.

—Sí que lo hay.

—¿Quién?

Miró a Ash deseando poder ver los ojos que mantenía ocultos tras las gafas.

—Un hombre, vive aquí, en Estados Unidos.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Fue el que me dijo que tal vez habría más diarios escondidos y el que os sacó de la cárcel. Ahora quiero que me prestes mucha atención. Alguien entró en mi casa y da la sensación de que estaba buscando algo. Mi amigo dice que es el diario. No sé qué está pasando, de verdad, pero hasta que lo averigüemos, quiero que tengáis muchísimo cuidado y que me mantengáis informada sobre el estado de Harry y de Niko.

—De acuerdo.

Cerró el móvil y clavó la mirada en esas gafas de sol que, según sospechaba, ocultaban muchas más cosas aparte del color de sus ojos.

—¿Qué está pasando, Ash?

Lo vio frotarse el labio inferior con el pulgar.

—Habéis encontrado una pieza fundamental de la historia y hay ciertos grupos dispuestos a matar para conseguirla.

No, allí había algo más. Mucho más.

—Mira, esto no es *La momia*. El diario de una adolescente no va a resucitar a los muertos ni nada parecido. Solo es la historia de su aburrida vida. ¿Qué narices podía saber una muchacha de la Antigüedad para que alguien mate hoy en día por su diario?

Ash resopló.

—¿A qué viene esa pregunta? La gente mata a los demás por unas zapatillas de deporte o porque llevan la misma chaqueta.

Pam asintió con la cabeza.

—Tiene más razón que un santo.

—Sigo sin entenderlo. De verdad.

Ash meneó la cabeza.

—Yo tampoco entiendo muchas cosas de este mundo, sobre todo de la gente. —Y eso que tenía once mil años…

Miró a Tory, deseando poder confiar en ella para contarle el verdadero motivo por el que ese diario era tan importante, pero ¿cómo iba a hacerlo? A lo mejor no podía ver su futuro porque iba a ser la culpable de su muerte o de la destrucción del mundo.

«Soy el Heraldo. Solo yo puedo provocar el Telikos.»

O tal vez no… La profecía decía que él lo provocaría. Al enseñarle a traducir su lengua materna, podría haberlo puesto en marcha sin saberlo. Ojalá hubiera sabido de la existencia del segundo diario. Al principio todo había parecido muy inofensivo. Solo era la forma de reparar el agravio que le había causado a la nieta de un viejo amigo. Pero las consecuencias de algo tan simple podrían ser desastrosas.

Con el estómago revuelto, se sentó en el brazo del sofá. ¿Qué había hecho?

—¿Estás bien? —le preguntó Tory—. Te has quedado blanco como la pared.

No, la verdad era que no estaba bien. Estaba al borde de las náuseas porque no quería ni pensar lo que podía haber desatado sin querer. Como en el caso de Nick. Cegado por la furia, maldijo a su mejor amigo, que acabó suicidándose. Por desgracia, Artemisa lo resucitó y la cosa se puso muy negra. En ese momento su mejor amigo quería matarlo para vengarse.

«Ten cuidado con lo que dices, aunque sea al descuido. Tu palabra es ley.»

Las palabras de su madre resonaron en sus oídos. Y puestos a pensar en ella, cayó en la cuenta de que llevaba calladita toda una semana.

—¿*Matera*? —dijo mentalmente.

—*¿Apóstolos*?

Su pronta respuesta le provocó un inmenso alivio. Porque quería decir que no se estaba ocultando de él por miedo a que se enfadara.

—*¿Qué pasa con el descubrimiento de la Atlántida*?

—*Nada. Esos humanos son imbéciles. No son capaces de abrir el sello de mi prisión ni dándoles las instrucciones. ¿Dónde están los atlantes cuando se los necesita*?

—*Están muertos, mamá, gracias a ti*.

—*No me lo recuerdes… ¿Necesitas algo,* m'gios? *Llevas un tiempo muy callado*.

—*He estado ocupado, pero tengo un problema. Alguien ha encontrado uno de los diarios de Ryssa. ¿Sabes dónde está*?

Su madre titubeó antes de contestar a regañadientes:

—*Sí*.

—¿*Y*…?

No le respondió.

—¿*Matera*? —insistió.

—¿¡*Qué*!? —dijo Apolimia con brusquedad.

—*No empieces con tus jueguecitos. Necesito saber dónde está. Ahora mismo*.

—*Soy tu madre, así que no me hables en ese tono*.

Decidió usar un tono de voz más tranquilo.

—*Por favor*, matera, *¿dónde está el diario*?

—*No puedo decírtelo*.

—¡Joder, *matera*, contéstame! —Furioso, se levantó de un salto del sofá y se dio cuenta de que las chicas lo miraban extrañadas.

Pam carraspeó.

—¿Alguna idea de lo que ha dicho?

Tory frunció el ceño.

—Esto… pues no.

—¡Hala! —exclamó Kim con una carcajada—. La princesa griega no entiende el griego. Esto es nuevo.

Pam arqueó una ceja.

—Seguro que hablaba con las voces de su cabeza. Ojalá no le estén diciendo que nos mate.

Ash notó que se ponía colorado.

—¡Qué mono! —dijo Pam—. Míralo. Me gusta que se ponga como un tomate cuando se avergüenza de algo.

—También le pasa cuando se enfada o cuando está sudando —añadió Tory después de darle un mordisco a la pizza fría.

—¿En serio? —replicó Pam—. ¡Eso me pone mucho!

—Chicas, chicas —masculló él—, ¿os importaría no hablar de esto mientras yo estoy delante?

Pam arqueó la otra ceja.

—¿Ya estás de vuelta o sigues hablando con las voces de tu cabeza? —Se metió la mano en el bolsillo y se sacó un manos libres que se conectaba al teléfono por Bluetooth—. Mira, vamos a hacer una cosita porque me estás poniendo un poco de los nervios con ese rollito de psicópata esquizofrénico. Ponte esto y así fingimos que estás hablando por teléfono en vez de escuchar a los extraterrestres o lo que sea que escuches.

Ash soltó una carcajada al escucharla, ya que no se alejaba mucho de la realidad.

—Tranquila, no pasa nada. Es que estaba pensando que las cosas se han torcido mucho desde que entraron a robar en casa de Tory.

Las chicas no se quedaron muy convencidas.

Pam miró hacia la puerta.

—Bueno, Tory, ahí lleva razón. Con eso de que han asaltado a los otros…

—No deberías quedarte aquí —dijo Kim—. ¿Por qué no te vienes a casa con nosotras?

Tory negó con la cabeza.

—No puedo poneros en peligro y tampoco quiero vivir con miedo. Puedo cargar a Henry y cuidarme yo solita.

—¿Henry? —preguntó él, muerto de la curiosidad.

Fue Kim quien respondió:

—Su fiel Beretta.

Le sorprendió que Tory tuviera un arma. No parecía ser de esa clase de personas.

—¿Sabes usarla?

Pam soltó una carcajada antes de señalar a Tory, la viva imagen de la inocencia mientras comía pizza.

—Mírala. Parece que no ha roto un plato en la vida, pero por dentro es una tigresa. Tory es una yonqui de la adrenalina. Seguro que no has conocido a nadie como ella en la vida. Desde submarinismo extremo hasta paracaidismo. Joder, si salta de aviones en perfecto estado por diversión.

Eso lo sorprendió e impresionó a la vez.

—¿De verdad?

Tory se encogió de hombros.

—Me gusta vivir peligrosamente.

—No —la corrigió Pam con voz orgullosa—. Tory vive sin miedo.

Ash hizo un gesto respetuoso con la cabeza.

—Vivir sin miedo es bueno en cualquier ser humano. Ser idiota, no. Me quedaré contigo hasta que todo esto se solucione. —Se sorprendió a sí mismo al ofrecerse a ayudarla, aunque era lo más lógico. El equipo de Tory le enviaría el diario y si se quedaba con ella, sería el primero en ponerle las manos encima. Después podría destruirlo antes de que alguien tuviera la oportunidad de leerlo.

O eso esperaba.

Pam se cogió del brazo de Tory.

—Yo apoyo la moción. Ya sabes lo que pasa en casa, el problemilla de Kim con la ropa interior y el suelo…

—¡No es mi ropa interior, es la tuya!

Pam pasó de esas palabras con un gesto de la mano.

—Qué más da, no vamos a pelearnos ahora por esa tontería. La cosa es que yo me quedaría con el tiarrón este. Intimida muchísimo más que nosotras.

—También es más mono —añadió Kim con una sonrisa—. Si ella pasa, ¿puedo pedir yo la protección? Hay un vecino que lleva un tiempo mirándome raro. Podría hacerme daño, ¿sabes?

Ash soltó una carcajada.

—No sé, no sé… el problemilla de la ropa interior…

Pam se echó a reír.

Kim hizo un puchero.

—Como si tú no lo hicieras también.

La verdad era que él no lo había hecho nunca. Por la sencilla razón de que no llevaba ropa interior que pudiera dejar tirada por ahí. Claro que no tenían por qué saberlo.

—Volvamos al tema en cuestión. ¿Te ha llamado Dimitri para hablar del diario?

—Todavía no.

—¿Está en Grecia? —preguntó.

Tory asintió con la cabeza.

—Vale. —Se colgó la mochila al hombro—. Tengo que dejaros un momento para pasarme por mi casa y coger ropa limpia. Ya sabes mi número. Si ves aunque sea una sombra por la ventana, llámame y vendré volando. Vivo a unas cuantas manzanas de aquí.

Tory sonrió.

—Tranquilo, estaremos bien.

Eso esperaba. Salió a la calle y esperó hasta estar seguro de que nadie lo veía para teletransportarse a Grecia, delante de la casa de Augusto Tsigas.

El padre de Gus había sido un escudero, uno de los sirvientes humanos que ayudaban a los Cazadores Oscuros. Cuando creció, Gus empezó a trabajar para el gobierno griego, de modo que no solo lo ayudaba a él, sino a otros Cazadores Oscuros griegos cuando lo necesitaban.

Llamó suavemente a la puerta para no asustar a la esposa de Gus, Olimpia, que no tenía ni idea del mundo paranormal en el que estaba metido su marido. Por no mencionar que en Grecia eran las dos de la madrugada.

Escuchó pasos en el interior antes de que se encendiera una luz.

Gus abrió con cara de pocos amigos.

—Espero que sea importante, Aquerón.

—¿Te despertaría si no lo fuera?

—Sí.

Soltó una carcajada al escuchar el tono desabrido, ya que los dos sabían que no molestaría a Gus de forma innecesaria.

—Es importante. ¿Te acuerdas del grupo al que te pedí que ayudaras?

—¿Los arqueólogos?

—Sí. Uno de ellos se llama Dimitri. Necesito su dirección.

Gus pareció muy contrariado.

—Creía que eras omnisciente. ¿No puedes conseguirla tú solito?

—Vengo con algunas limitaciones de serie y por desgracia Dimitri se encuentra entre ellas.

Gus se frotó los ojos y bostezó.

—Entra, que tengo que buscar el informe.

—¿Gus? ¿Qué pasa?

Ash cerró la puerta justo cuando aparecía Olimpia. La mujer de Gus era bajita y delgada, con el pelo negro y unos enormes ojos castaños.

—Siento haberos despertado.

Ella le sonrió.

—No pasa nada, Aquerón. Seguramente queréis hablar sin que yo os moleste. Así que me vuelvo a la cama.

—Buenas noches. —Siguió a Gus a su despacho—. Por cierto, es un niño.

Gus esbozó una sonrisa orgullosa.

—Gracias por decírmelo.

—No hay de qué. —Esperó en silencio mientras Gus iniciaba sesión en su ordenador.

Una vez que anotó la dirección, le entregó el papel.

—Espero que te sirva.

—No sabes hasta qué punto me sirve. Gracias.

Aliviado porque al menos una persona lo estuviera ayudando, se teletransportó al apartamento de Dimitri, situado al otro lado de la ciudad. Inspiró hondo mientras se devanaba los sesos en busca de la mejor forma de manejar la situación. Podría teletransportarse al interior de la vivienda mientras el hombre dormía o despertarlo y preguntarle dónde estaba el diario…

Decidió que lo mejor sería buscarlo mientras dormía.

Entró en el diminuto y atestado apartamento, y se quedó petrificado. Al principio creyó que Dimitri estaba durmiendo en la cama, pero se percató de que no escuchaba los latidos de su corazón. Se acercó a él y vio que estaba tumbado boca abajo sobre una mancha de sangre.

—Vamos mal —masculló mientras examinaba el caos que alguien había ocasionado al registrar el apartamento.

Inspiró hondo y cerró los ojos con la esperanza de que sus poderes funcionaran en esa ocasión. Al contrario de lo que sucedió en casa de Tory, vio todo lo que había pasado con una claridad meridiana.

Tres hombres corpulentos vestidos de negro atacaron a Dimitri, exigiéndole el diario. Dimitri se había debatido y se mantuvo en silencio a pesar de las torturas.

Su lealtad hacia Tory tuvo como recompensa un disparo efectuado con silenciador hacía ya dos horas.

Se arrodilló junto al cadáver y le cerró los ojos.

—Descansa en paz, hermano. Los que te han hecho esto lo pagarán caro. Te lo prometo.

Sus atacantes se fueron muy frustrados después de destrozar el apartamento. Pero si ellos no tenían el diario, ¿quién lo tenía?

—¿*Matera*?

—*¿Vas a volver a gritarme, Apóstolos*?

—*Lo siento*. —Lo asaltaron los remordimientos y se arrepintió de haber perdido los estribos con ella. A lo largo de su vida, solo su madre y Simi lo habían querido de verdad. Y por ese motivo detestaba perder la paciencia con ellas—. *No quería desahogarme contigo, pero ¿podrías contestarme una pregunta*?

—*El diario no está aquí*, pratio. *Dimitri se lo dio a otra persona*.

—*¿A quién*?

Delante de él apareció una imagen de su madre. En sus turbulentos ojos plateados se reflejaba la tristeza y el pesar.

—Daría mi vida por ti. Lo sabes perfectamente. Pero no puedo responder a tu pregunta. Su existencia está demasiado ligada a la tuya. Tú también eres padre. Sabes que no se les puede dar a los hijos todo lo que piden. Lo siento, Apóstolos.

Ash ansiaba de todo corazón cogerle la mano. Sentir sus caricias, aunque solo fuera una vez en la vida.

—Lo entiendo. No me gusta, pero lo entiendo.

Su madre inspiró hondo antes de volver a hablar con voz decidida.

—Sé lo que Savitar te dijo. Pero se equivocó en uno de los posibles destinos. No dejaré que nadie te mate. No volveré a permitirlo. Si alguien se te acerca, te protegeré aunque acabe con el equilibrio de los planos existenciales. Soy la diosa de la destrucción y me da lo mismo lo que le

pase al mundo de los hombres. Tú eres lo único que quiero y mataré a quien sea con tal de salvarte la vida.

No era una idea muy reconfortante. A decir verdad, prefería estar muerto a sufrir más humillaciones. Sin embargo, el amor y la devoción de su madre eran muy importantes para él.

—Te quiero, *matera*.

—Pues libérame.

Meneó la cabeza al escuchar lo único que jamás podría concederle. Y le rompía el corazón no poder hacerlo.

—Si lo hago, destruirás el mundo.

Por lo menos su madre era sincera. De vez en cuando omitía detalles y se guardaba secretos de importancia vital, como la existencia de su hija o el hecho de que Simi no era la última superviviente de los carontes, pero en realidad no le mentía abiertamente.

La vio tragar saliva.

—Juré que si alguna vez escapaba de Kalosis, mataría a Artemisa y a Apolo por lo que te hicieron. Los dos sabemos que si no cumplo mi palabra, moriré. Así que estás en lo cierto. Si me liberas, estaré obligada a destruir el mundo.

—Y yo estoy obligado a mantenerte encerrada.

Su madre meneó la cabeza.

—Nunca entenderé cómo es posible que me sienta tan orgullosa de ti y tan decepcionada a la vez. No entiendo la lealtad que demuestras por una raza que te traicionó… No, fue mucho peor que una simple traición, te torturaron y abusaron de ti de un modo que no merece ni compasión ni perdón. Pero respeto tus convicciones aun cuando se oponen por completo a las mías. Ninguna madre podría estar más orgullosa de su hijo, Apóstolos. Ve a por tu diario. Y recuerda que estoy aquí para ayudarte en todo lo posible.

Levantó la mano y su madre imitó el gesto hasta que estuvieron la una frente a la otra. Era lo más cerca que estarían de tocarse. Una parte de su ser ansiaba liberarla costara lo que costase.

Sin embargo y tras haber sufrido tanto, no sería capaz de vivir sabiendo que les había hecho daño a otras personas. A menos que se lo merecieran,

por supuesto.

—Que mi amor te acompañe, Apóstolos. Haz lo que tengas que hacer.

Ash se teletransportó de vuelta a Nueva Orleans. Una vez allí, salió al balcón de su apartamento, emplazado en el número 622 de Pirate's Alley, desde el que se veía el patio de la catedral de San Luis. Estaba muy oscuro, pero escuchaba la música procedente del Old Absinthe House que tenía debajo, así como las risas y las conversaciones de la gente que paseaba por la calle. Había unos daimons en el callejón a la caza de humanos, pero antes de que pudiera moverse siquiera, apareció Janice. Vio que la Cazadora Oscura, oriunda de la isla de Trinidad, los seguía por Royal Street, donde sabía que acabaría con ellos.

Esa noche tenía problemas más graves que unos daimons en busca de comida. Alguien tenía un diario que Ryssa jamás debió escribir. Podría retroceder en el tiempo y apoderarse de él, pero no sabía de qué manera afectaría eso al presente. Qué cambios produciría. Tal vez acabara bien.

O tal vez provocara la destrucción del planeta.

Se apoyó en la barandilla mientras sopesaba sus opciones. ¿Se habría labrado ya su propia destrucción? Le había dado a Tory una herramienta que en su momento le pareció inofensiva, pero con el desarrollo de los acontecimientos ella era su mayor amenaza.

—*Protege a la chica, Apóstolos. Mantenla a salvo*…

Ladeó la cabeza al escuchar la voz de su madre en su interior.

—¿Qué quieres decir, *matera*?

—*No debería decirte nada, pero la supervivencia del mundo depende de ella. Mantenla a salvo*.

Soltó una carcajada al recordar una frase muy repetida en la serie *Héroes*: «Salva a la animadora. Salva al mundo».

—¿Por qué me lo dices? —preguntó.

—*Porque te quiero. Ahora, vete*.

Titubeó un instante, pero en el fondo sabía la verdad. Su madre no se lo habría dicho a menos que fuera importante.

De acuerdo, protegería a Soteria.

Y se protegería a sí mismo de paso.

—¿Qué estás haciendo, Apolimia?

La diosa se apartó de su estanque y vio a Savitar en mitad de su jardín, mirándola con expresión furiosa.

—Fuera de aquí, cabrón.

Savitar se negó a moverse.

—No deberías haberle dicho eso.

Levantó la barbilla y miró al ctónico con gesto desafiante. Por mucho poder que ostentara, no podía compararse con ella y lo sabía.

—¿Quién eres tú para darme sermones sobre lo que debería o no debería hacer?

Los ojos de Savitar pasaron del lavanda al plateado antes de adquirir un intenso azul oscuro.

—Estás interfiriendo con el destino.

—Estoy protegiendo a mi hijo —masculló—. Si es un crimen, castígame. ¡Ah, no, espera! ¿No me estáis castigando ya por haberlo protegido? Me da igual.

Savitar la miró con los ojos entrecerrados.

—Esto no es un juego.

—No, no lo es. Y yo no juego a nada. Nunca lo he hecho. —Pasó a su lado, pero Savitar la cogió del brazo y la detuvo.

—Te recuerdo que contuve los poderes de todos los dioses atlantes que mataste porque me apeteció. No estaba obligado a hacerlo. De no ser por mí, los otros ctónicos te habrían despedazado.

Apolimia se negaba a dejarse intimidar, ni por él ni por nadie.

—¿Y qué? ¿Quieres que te dé las gracias? —Se zafó de su mano—. Solo te doy las gracias por haber ayudado a Apóstolos a dominar sus poderes. Por ese motivo, te estaré eternamente agradecida. Pero mi gratitud tiene un límite. Si de verdad crees que te tengo miedo o que tengo miedo de esos dioses mortales con los que te codeas, te equivocas. En este universo, solo la fuente primigenia supera mi poder. No le tengo miedo a nada.

La expresión de Savitar se tornó gélida, brutal.

—No es verdad. Tienes miedo de perder a tu hijo. Y ese miedo te hace vulnerable como a todos los demás.

El hecho de que tuviera razón le repateaba.

—No me presiones, Savitar.

—Y tú no me presiones a mí. Serás una diosa por nacimiento, pero yo soy algo más que un ctónico y tú lo sabes muy bien. He pasado por un infierno que ni siquiera te imaginas y su fuego forjó el acero que llevo en mi interior. Si quieres luchar, elige tu arma. Pero recuerda la cantidad de dioses que en el pasado intentaron matarme y que fracasaron.

Apolimia lo fulminó con la mirada.

—Pues yo te aconsejo que recuerdes que no solo destruí todo mi panteón, sino a toda mi familia para proteger a mi hijo. No te interpongas en mi camino. De lo contrario, descubriremos de una vez por todas cuál de los dos es más fuerte.

Savitar quería estrangularla por su obstinación. Claro que la diosa siempre había sido así. Terca como una mula.

—Vale, pero recuerda lo que pasó la última vez que intentaste protegerlo. Recuerda el sufrimiento que tus actos le provocaron a Apóstolos. ¿Quieres que la historia se repita?

Al ver que los ojos de Apolimia se llenaban de lágrimas, se odió por haberle hecho tanto daño.

—¡Me dan ganas de matarte!

—Ponte a la cola —replicó con sorna—. Deja que el destino se desarrolle como es debido, Apolimia. Te ruego que no intervengas. Por el bien de todos.

Las cristalinas lágrimas de la diosa relucieron cual diamantes en sus largas pestañas.

—Mantenlo con vida por mí, Savitar. De lo contrario, ya sabes lo que pasará.

Aceptó su petición con una inclinación de cabeza.

—Haré todo lo que esté en mis manos, pero tú y yo sabemos que solo Apóstolos puede crear el destino que ambos queremos para él.

Porque si Aquerón metía la pata, no sería el único que acabaría sufriendo.

El mundo entero lo pagaría.

8

Ash llamó a la puerta principal de la casa de Tory. Escuchó las risillas sofocadas de las tres chicas en el salón antes de que Kim abriera la puerta con una sonrisa maliciosa que lo puso en guardia.

—Te gusta el negro, ¿no?

Sin saber muy bien qué contestar, frunció el ceño y respondió:

—No está mal.

—¿Cuál es tu color preferido? —insistió ella al tiempo que se apartaba para dejarlo pasar.

Ash entró mientras se preguntaba si no sería mejor salir corriendo en la dirección contraria. ¿Qué estarían tramando?

—Nunca me he parado a pensarlo.

Pam carraspeó.

—Pero si tuvieras que elegir un color, ¿cuál sería?

Agarró con fuerza la correa de la mochila que llevaba al hombro.

—Cualquiera menos el blanco. —Ese era el color preferido de Artemisa y solo de pensar en él se le revolvía el estómago.

Tory resopló al escuchar su evasiva.

—¿Podrías especificar un poquito más?

Pam chasqueó la lengua.

—No va a dejarte tranquilo hasta que contestes.

Se encogió de hombros, inquieto por lo que pudieran haber tramado, pero claudicó.

—Mmm, vale. Supongo que el rojo. ¿Por qué?

Algo voló por los aires en dirección a su cabeza. Sin titubear siquiera, lo atrapó y escuchó un estridente chirrido. Frunció el ceño y miró el objeto

que tenía en la mano. Era un patito de goma de color rojo con cuernos negros, al más puro estilo demoníaco. Le recordó un poco a Simi en su forma natural.

Miró a las chicas, extrañado.

—Esto… ¿Gracias?

Las tres estallaron en carcajadas.

Kim se sentó al lado de Pam.

—No sé, pero tengo la sensación de haber pillado la película por la mitad y nadie me cuenta de qué va la cosa. ¿Me entendéis? —les preguntó él.

Kim le restó importancia al asunto con un gesto de la mano.

—A mí me pasa a todas horas en el trabajo. Ya paso directamente del tema.

Pam se echó a reír.

—Cosa que es horrible porque es enfermera obstétrica.

—Cierra el pico —le dijo Kim al tiempo que le daba un guantazo en el brazo.

Ambas se levantaron del sofá y cogieron sus chaquetas. Pam se la puso mientras hablaba.

—Bueno, ya que Ash ha vuelto, nos vamos. Si te tira otro martillo, dínoslo y le echaremos la bronca.

Pasmado, ni siquiera se movió hasta que se marcharon.

—Tienes unas amigas muy interesantes.

Tory cerró la puerta con el pestillo y esbozó una sonrisa orgullosa.

—No. Tengo las mejores amigas del mundo. No sé qué haría sin ellas.

El comentario hizo que pensara en Nick y se le cayó el alma a los pies.

—Sí, yo también tuve un amigo así.

Tory se volvió para mirarlo con el ceño fruncido.

—¿Y qué pasó?

«Que se acostó con Simi y lo maté.»

Bueno, no había sido exactamente así. Solo lo maldijo, cosa que equivalía más o menos a apretar el gatillo de la pistola que acabó con su vida.

—Ya no nos hablamos.

Se limitaban a intentar matarse el uno al otro. Y la culpa era suya, claro. En un arrebato de ira había destruido su amistad.

Tory le colocó una mano en un brazo para reconfortarlo. Aunque sabía muy bien que para ella no tenía importancia, le conmovió que se molestara en consolarlo.

—Lo siento, Ash. La verdad es que no me imagino qué haría sin mis amigas. Es reconfortante saber que puedo llamarlas a cualquier hora del día o de la noche y que vendrán enseguida. Todo el mundo debería tener amigos así.

—Sí.

Tory cogió un trozo de pizza mientras caía en la cuenta de que Ash le había dicho que no tenía familia.

—¿A quién llamas cuando estás de bajón?

Él se quitó la mochila del hombro.

—Eso no va conmigo.

—¿A qué te refieres, a que no llamas a nadie o a que no te dan bajones? —puntualizó ella.

Ash echó un vistazo por el salón.

—Bueno, ¿me toca dormir en el sofá o qué?

Tory sabía que estaba cambiando de tema a propósito para no ahondar en el terreno personal.

—No. Tengo un dormitorio de invitados arriba. Fíjate, hasta puedes dejar la mochila tranquilamente para que yo no la toque.

Lo vio asentir despacio con la cabeza.

El silencio fue un tanto incómodo.

—Hemos tardado un buen rato en volver a colocar todo lo que los ladrones tiraron —comentó mientras echaba las cajas de las pizzas a la basura—. Mi parte obsesiva compulsiva por fin está tranquila.

—Me alegro. ¿Has notado si se han llevado algo?

La inocente pregunta hizo que Tory apretara los dientes.

—No se han llevado nada.

—¿Nada de nada?

—Está claro que buscaban algo que no está aquí. Como la policía y tú me dijisteis. Y eso hace que me pregunte cuándo volverán.

—¿Prefieres irte a dormir a un hotel? Te ofrecería mi apartamento, pero solo tengo un dormitorio. En treinta y siete metros cuadrados no hay mucho sitio para dos personas.

Un poco pequeño para llamarlo «hogar» y, sí, decía mucho de su naturaleza solitaria, pensó ella.

—Supongo que te pasas la vida invitando amigos, ¿verdad?

Él sonrió.

—Ya te he dicho que me gusta estar solo. Pero podemos quedarnos con algunos amigos si así te sientes más cómoda. Todos viven en casas enormes con tanto espacio que no tendrás que verme si no quieres. Estoy seguro de que hasta tienen cajas de herramientas por si las necesitas.

Tory le dio unas palmaditas en el brazo mientras se reía por la pulla.

—Si te sirve de consuelo, fallé a propósito con el martillo. Soy una experta en el lanzamiento de hacha. De verdad, si hubiera querido hacerte daño, lo habría hecho.

Eso le arrancó un resoplido.

—Pues no me consuela, la verdad. Lo tuyo no es salir con tíos, ¿a que no?

La pregunta la hizo reír otra vez mientras meditaba la respuesta.

—Lo intento, pero nunca sale bien.

—¿En serio?

—Ajá. Es como si me hubieran echado un mal de ojo o algo así. Cada vez que intimo con algún chico o descubre que es gay o sufre un accidente repentino y decide cortar conmigo.

—¿Algún martillo involucrado en esos accidentes?

Ella puso los ojos en blanco.

—No, pero uno de ellos se rompió una pierna mientras estábamos en la cama. Y, claro, mi vida sexual sufrió un pequeño revés. Y mi ego ni te cuento. En fin… Oye, no has comido nada. ¿Te apetece algo?

Ash negó con la cabeza.

—No, gracias. He comido un bocadillo en casa.

Lo miró con recelo mientras tiraba a la basura el último botellín de cerveza.

—A ver, somos griegos, ¿no? Se supone que comemos, y mucho.

—Eso es un topicazo sin fundamento.

—Pues en mi familia no lo es. De hecho, es más bien un deporte olímpico. Mi tía Del es un suspiro de mujer a la que han echado de varios bufés libres porque arrasa con todo lo que pilla. En mi familia, las mujeres cocinamos y los hombres, comen. Así somos de tradicionales.

Ash cruzó los brazos por delante del pecho y clavó la mirada en el trasero de Tory, que acababa de agacharse para recoger una servilleta que se había caído al suelo.

«¡Joder!», pensó cuando la imagen lo excitó al imaginársela en la misma postura pero desnuda. Sí… En esa postura podría hacerle maravillas…

Se le aceleró la respiración y le costó la misma vida no alargar el brazo para agarrarla de un sitio que seguro que le reportaba un buen bofetón. Aunque, bueno… tal vez mereciera la pena ganárselo.

—Es que no como mucho, así que no hace falta que te molestes en alimentarme.

Ella se enderezó y se volvió para mirarlo.

—¿Eres un vampiro o algo así? No te quitas las gafas nunca, subsistes a base de cerveza… Bueno, la verdad, es que eso describe a cualquier universitario. Además, te he visto a plena luz del día. Así que adiós a mi fantasía vampírica.

Ojalá él también pudiera despachar sus fantasías tan fácilmente, porque seguía imaginándosela desnuda.

—Pues ya que estamos con las despedidas, voy a dejar mis cosas arriba. —La verdad era que su teoría vampírica estaba tan cerca de dar en el blanco que se sentía un poco incómodo—. ¿Cuál es mi dormitorio?

—La segunda puerta.

Se dirigió a la escalera y mientras subía, volvió a fijarse en las fotos de familia. Tory era una chica normal. Y él tenía tan poca experiencia con gente normal que verla en las fotos le arrancó una sonrisa. Y, además, lo llevó a preguntarse qué se sentiría al crecer en un entorno familiar tan numeroso, sabiéndose querido por todos. Las personas de las fotos parecían felices. En una de ellas, Tory estaba en Grecia, con sus primas, y las tres

estaban fundidas en un abrazo. También había unas cuantas en la tienda de Theo, en Nueva York.

La que más le gustó fue una a bordo de un barco; Tory estaba con Gery. Llevaban un par de pamelas marrones y un pegote de crema protectora solar en la nariz mientras se abrazaban, muertas de la risa. Sin pararse a pensar en lo que hacía, alargó el brazo y le tocó la cara. E intentó imaginarse que alguien lo abrazaba así. Y que ese alguien se alegraba de estar con él.

¿Qué se sentiría?

«Estás cansado», se dijo.

La única persona que lo quería así y que podía tocarlo de esa forma era Simi. Ella lo adoraba, razón por la que la protegía tanto.

Se acarició el tatuaje que llevaba en el pecho, agradecido de que estuviera con él. Tendría que dejarla marchar pronto, pero sinceramente, le repateaba separarse de ella. Saber que la tenía tan cerca le resultaba reconfortante.

Era egoísta, sí; pero no podía evitarlo.

Aferró la correa de la mochila y siguió subiendo la escalera de camino a su dormitorio. Al igual que el resto de la casa, era pequeñito y acogedor. Las cortinas y la colcha eran beiges con florecitas rosas.

Alguien le había preparado la cama, ya que el embozo estaba pulcramente doblado. El gesto hizo que se sintiera bien acogido.

Soltó la mochila y alargó el brazo para coger la guitarra acústica que descansaba en una mecedora. Sintió una presencia a su espalda. Cuando se volvió, descubrió a Tory en el vano de la puerta, observándolo.

—¿Sabes tocar? —le preguntó él.

—La torturo de vez en cuando, sí. ¿Y tú?

—A veces.

—¿Tocas bien?

—Pasable.

Tory entró en el dormitorio con un montón de toallas y un par de manoplas de baño que dejó sobre la cómoda.

—El cuarto de baño está al fondo del pasillo. ¿Necesitas algo más?

«Que me toques como si te importara», contestó para sus adentros. Meneó la cabeza al escucharse desear algo prohibido.

—Soy un hombre de pocas necesidades.

Ella suspiró.

—Ya lo he notado, sí.

Sin darse cuenta de lo que hacía se acercó a ella. Lo bastante como para captar el olor único de cuerpo mezclado con el del champú de melocotón. Era delicioso y se demoró un poco para disfrutarlo. Y para disfrutar de la mirada inquisitiva de esos ojos castaños que lo observaban con evidente curiosidad.

¡Ojalá pudiera saborearla a placer!

Tory apenas podía respirar debido a lo cerca que estaba Ash. Percibía el calor que irradiaba su cuerpo y era tan sexy, tan guapo…

«Va a besarte», pensó.

Ya podía saborear el regusto masculino de esos labios. Casi sentía el roce de sus brazos mientras la abrazaba.

Pero la realidad no era esa. Justo cuando iba a tocarla, se apartó de él con un respingo.

—Genial. Te dejo solo entonces.

Ash estuvo a punto de soltar un gemido cuando la vio salir pitando del dormitorio. ¿Por qué no lo deseaba? Se había pasado toda la vida quitándose a la gente de encima. Intentando esquivar manos que ansiaban pellizcarlo o acariciarlo. Y cuando encontraba una mujer cuyas caricias deseaba, ella lo trataba como si fuera un leproso.

¿Qué coño estaba pasando?

Mosqueado, se pasó una mano por el pelo y soltó un taco. La noche prometía ser larga con Tory durmiendo en la misma casa, tan cerca y a la vez tan lejos.

Tory se despertó bien temprano a la mañana siguiente. Con los ojos medio cerrados, bajó la escalera a trompicones de camino a la cocina y se quedó helada al llegar a la puerta.

Ash estaba allí. Vestido solo con unos vaqueros y de espaldas a ella.

«¡Madre mía!», exclamó para sus adentros.

Era imposible que una simple mortal no babeara al ver esa espalda tan perfecta. Tenía los hombros anchos y su espalda se iba estrechando hasta llegar a la cintura y a las caderas. Tenía unos glúteos perfectos. No se había peinado, por lo que tenía el pelo alborotado. Y estaba abriéndose una cerveza.

La imagen le arrancó un gruñido.

—No me lo puedo creer.

Él se volvió y la poca cordura que le quedaba se desvaneció. Sí, llevaba esas molestas gafas de sol, pero no se había abrochado el botón de los vaqueros. Eran tan bajos de cintura que la línea de vello que descendía desde su ombligo se ensanchaba justo bajo el botón y…

¡Por el amor de Dios, no llevaba nada debajo!

Ese cuerpo atlético y musculoso estaba hecho para el pecado. Ningún hombre tenía derecho a estar tan bueno y mucho menos si se encontraba en mitad de su cocina. Claro que si lo tuviera en la cama, la historia sería bien distinta. ¡Ojalá pudiera darle un bocadito!

—¿Pasa algo? —lo escuchó preguntar con voz inocente.

Tardó más de tres segundos en recordar que debía protestar por su estado de semidesnudez.

—Vas a beberte una cerveza a esta hora. ¿Eres un alcohólico o qué?

Ash esbozó una sonrisa burlona antes de beber un trago.

—No soy alcohólico.

Sí, claro…

—Eso dicen todos. Por lo menos échate algo al estómago antes de bebértela.

Lo vio ponerse muy serio.

—No necesito que hagas de madre, Tory.

Pues ella era de otra opinión. Enfadada por su actitud, intentó quitarle la cerveza, pero él se lo impidió. Le lanzó una mirada furiosa.

—Necesitas que alguien te cuide. ¡Por favor! ¿Por qué te haces esto?

—Solo es una cerveza.

—Sí, y el infierno es una sauna, no te digo. —Se acercó al frigorífico y sacó el cartón de huevos y el queso—. Siéntate. Voy a prepararte el desayuno.

—No tengo hambre.

—Estoy a punto de coger una sartén y un cuchillo. Si sabes lo que te conviene, siéntate sin rechistar ahora mismo.

—No desayuno nunca —rezongó mientras se apartaba de ella.

—Me da igual —se burló Tory imitando su voz en la medida de lo posible.

Ash se alejó hasta el otro extremo de la encimera.

—Eres una marimandona.

—Y a mucha honra. Siéntate.

—Sí, Majestad. ¿Puedo hacer algo más por vos?

—Ponte una camiseta, como un ser humano decente. ¿Sabes lo antihigiénico que es entrar en la cocina sin ropa?

Ash se echó a reír, aunque ardía en deseos de estrangularla. Tory debía de ser la única persona que había conocido en toda su vida que quería vestirlo en vez de desnudarlo. Intentó levantarse de la silla, pero cuando ella lo vio, soltó un chillido.

—¿Qué pasa ahora? —le preguntó, desconcertado por sus repentinos cambios de humor.

Tory lo apuntó de forma amenazadora con el cuchillo.

—No te atrevas a moverte de esa silla hasta que hayas comido algo.

—¿No me has dicho que me ponga una camiseta? —le preguntó después de resoplar.

—¿Y desde cuándo me haces caso? Sería la primera vez, vamos. Sé lo que vas a hacer. Vas a subir a tu dormitorio, pero no piensas bajar de nuevo. Siéntate ahora mismo.

Levantó las manos en señal de rendición mientras la observaba cascar dos huevos, que acto seguido echó en un cuenco. Comenzó a batirlos con tanto entusiasmo que de no ser un dios con poderes protectores se habría echado a temblar de miedo.

—No estás de muy buen humor por las mañanas, ¿verdad?

Tory añadió un poco de queso.

—No, y todavía no he tomado mi dosis de cafeína diaria, así que será mejor que no me cabrees.

Ash contuvo una sonrisa. ¿Por qué le resultaba tan graciosa? No lo entendía y, a menos que le explicara de qué se alimentaba exactamente, no le quedaba más remedio que sentarse mientras ella le preparaba tostadas, beicon y una tortilla.

—¡Come! —le ordenó en griego cuando le puso el plato delante.

Observó la comida, que olía de maravilla, y las emociones que llevaban tanto tiempo encerradas en su interior afloraron de repente.

«¿Quieres comer, puto? Pues compláceme.»

En el fondo de su mente se vio en el gabinete de Estes, arrodillado en el suelo, desnudo y encadenado al escritorio mientras su tío leía, bien entrada la noche. Estaba muerto de hambre porque ese día no le habían permitido comer nada mientras trabajaba sin descanso y hasta acabar sangrando para que su tío se hiciera rico. Tenía la vista clavada en el cuenco de higos secos que Estes le había puesto delante. Le dolía el estómago por culpa del hambre y tenía la boca hecha agua por culpa de los higos. Perdió la noción del tiempo mientras miraba el cuenco, mordiéndose el labio y presa de la agonía. Convencido de que su tío estaba tan concentrado en la lectura que no lo vería, alargó un brazo para coger un higo.

Todavía le picaba la cara del bofetón que le asestó Estes. Todavía recordaba la ira que relampagueaba en sus ojos cuando lo obligó a ponerse en pie tirándole del pelo.

«¿Te he dado permiso para comer, puto? ¡No vuelvas a coger nada que no te hayas ganado!»

Hasta Artemisa le negaba su sangre en su afán por controlarlo. Si no la complacía, pasaba hambre. Aunque lo peor eran los recuerdos de la época en la que los guardias de Jerjes lo obligaban a comer.

«Metédselo por la garganta. Tapadle la boca y la nariz hasta que se lo trague.»

¡No soportaba comer!

Tory alargó el brazo para coger el queso y se quedó helada al ver la expresión tan rara que tenía Ash. Era como si la comida lo aterrara.

—¿Qué te pasa?

—Es que no me gusta desayunar.

En esa ocasión captó una nota desvalida en su voz que le recordó a un niño asustado. Sin pensárselo, se acercó a él y se colocó a su lado. Ash seguía con la vista clavada en el plato.

Con mucha delicadeza, le colocó una mano en la mejilla, áspera por la barba, y lo instó a volver la cabeza para que la mirara.

—No voy a obligarte a comer en contra de tu voluntad, Ash. Pero tampoco quiero que te mueras de hambre. Por favor, come un poco.

Ash contempló la vena que latía en el cuello de Tory. Escuchó los latidos de su corazón. La vitalidad que corría por sus venas. Esa era la comida que ansiaba.

Se le alargaron los colmillos de repente a causa del hambre. Sus sentidos se agudizaron y notó que los ojos se le volvían rojos.

«Come.»

No podía alimentarse de ella como Artemisa se alimentó de él cuando todavía era humano. Aunque tuviera el poder para que la experiencia le resultara placentera, era incapaz de hacerlo. Que alguien se alimentara de tu sangre era como una violación en toda regla. Que alguien te desgarrara la piel y te clavara los dientes sin que se pudiera luchar…

«No lo haré», se dijo.

Tory cogió el tenedor, cortó un trocito de tortilla y se lo acercó a los labios.

—Por favor, ¿puedes comer aunque solo sea un bocado?

Sus instintos lo instaron a alejarla de un empujón mientras los colmillos recuperaban el tamaño humano. De repente, se descubrió abriendo la boca para complacerla. El sabor de la tortilla cuando la tuvo en la lengua lo dejó pasmado. No había probado la comida desde que murió.

Sin embargo, mucho mejor que la comida fue la sonrisa satisfecha que apareció en los labios de Tory cuando le acarició la mejilla con los nudillos.

Cerró los ojos y disfrutó de la ternura de esa caricia, que se la puso dura de inmediato. Tuvo que echar mano de todas sus fuerzas para no tirar de ella y besarla. O más concretamente para no desnudarla y saciar el ansia que lo corroía.

Jamás había experimentado semejante lujuria. Era mucho más que deseo, era una necesidad imperiosa que exigía ser saciada.

Tory partió un trocito de tostada y se lo acercó a la boca. Ash lo aceptó sin rechistar y dejó que siguiera alimentándolo. La satisfacción que la invadía a medida que lo veía comer de su mano le resultaba incomprensible, pero ahí estaba, era innegable. Tenía la sensación de estar domesticando a un león feroz. En un momento dado le colocó en los labios un trocito de beicon y él le mordisqueó los dedos.

Sintió un escalofrío.

—No es tan horrible, ¿verdad? —le preguntó.

Él negó con la cabeza.

Le dio otro trocito de tortilla. Ash se lo tragó antes de beber un sorbo de cerveza. Aunque no podía verle los ojos, sentía su mirada, y eso la puso a cien.

—Y ahora que por fin te he apaciguado… —Tiró de ella y la besó en los labios.

Tory gimió cuando notó el roce de esa lengua sobre la suya. En la vida la habían besado así, como si quisieran aspirarla. Poseerla. Él le aferró la cara con las manos y el beso se tornó abrasador y exigente.

El sabor de Tory, el roce de su lengua, excitó a Ash al instante. Se imaginaba hundiéndose en su cuerpo mientras sus manos le acariciaban la espalda con la misma ternura con la que le había acariciado la mejilla.

Incapaz de resistirse, le pasó una mano por un brazo y siguió hasta aferrarla por la cadera para pegarla a él.

Tory notó que su cuerpo tomaba el control con una urgencia inmediata. Ansiaba quitarle los vaqueros y saborear cada centímetro de ese cuerpo hasta que el placer la cegara, pero no era tan tonta ni mucho menos.

Un hombre como Ash no salía con una mujer como ella. Así eran las cosas.

—¡Uf, ya vale! —exclamó al apartarse de él—. Espera un momento. Acabamos de conocernos. Y, por cierto, ni siquiera sé de qué color tienes los ojos.

Ash estuvo a punto de soltar un gemido desesperado cuando ella se apartó. Clavó la vista en sus pezones, perfectamente delineados bajo el top ajustado que llevaba, y deseó poder desnudarla y llevárselos a la boca.

¿Lo abrazaría como si le importase?

¿O lo abofetearía después y lo echaría de su cama a patadas?

La última posibilidad le sentó como un jarro de agua fría. No quería volver a sentirse utilizado. Además, tenía un problemilla pelirrojo que le arrancaría la piel a latigazos si alguna vez se enteraba de que había besado a otra.

¡Joder! Nunca había sido dueño de su vida.

—Lo siento —susurró—. Es que eres irresistible.

—Pues mira que es raro, porque los tíos llevan resistiéndose a mi encanto toda la vida.

—Sí, bueno, eso es porque son imbéciles.

Tory sonrió y extendió un brazo para quitarle las gafas.

—¿Puedo?

El miedo le hizo tragar saliva.

—Preferiría que no lo hicieras.

—¿Por qué?

—Porque mis ojos te van a asustar. A nadie le gusta mirarlos.

Ella frunció el ceño.

—¿Eres el niño de *La semilla del diablo* o qué?

—Más o menos.

Tory meneó la cabeza, dispuesta a apaciguar sus temores.

—En fin, por si no lo has notado, yo no soy como el resto.

No, cierto, no lo era, pensó él. Pero ni siquiera los dioses eran capaces de mirarlo sin poner cara de asco.

—Recuerda que una vez que me quites las gafas no habrá marcha atrás.

Esas palabras la dejaron pasmada. Y aumentaron el deseo de verle los ojos. Le quitó las gafas con cuidado.

Él miró al suelo, de modo que no alcanzó a ver nada. Eso sí, sin gafas estaba muchísimo más bueno. Nunca había visto a nadie con unos rasgos tan perfectos.

—Mírame —le pidió.

Ash apretó los dientes al recordar el momento en el que Artemisa le dijo exactamente lo mismo. En aquel entonces temía que la diosa le hiciera daño, asustada por sus ojos. En ese momento no le asustaba la posibilidad de que Tory le hiciera daño, pero era raro que la gente lo mirara sin poner

cara de asco o de miedo. Le repateaba que la gente viera la evidencia de su condición divina.

Tory le acarició la frente con delicadeza.

—Ash, por favor…

Se preparó para enfrentarse a su rechazo y a su miedo, y alzó la vista para mirarla a los ojos.

Tory contempló alucinada esos turbulentos iris cuyo color plateado parecía girar alrededor de la pupila. Nunca había visto nada semejante. Eran muy claros y le recordaron al mercurio.

—¿Eres ciego?

Acababa de preguntárselo cuando cayó en la cuenta de lo absurda que era la pregunta. Veía perfectamente.

La expresión de Ash era estoica.

—No, no estoy ciego. Solo es un desafortunado defecto de nacimiento.

Saltaba a la vista que estaba avergonzado, y Tory se compadeció de él al pensar que algo tan precioso le provocara tanto sufrimiento.

—Yo no los veo como un defecto. Son preciosos. Únicos. Como tú. Son la leche.

Ash apartó la mirada.

Ella le aferró la barbilla y lo obligó a mirarla.

—¿Quién te ha hecho daño?

—¿Cómo? —preguntó él a su vez con recelo.

Tory le acarició el mentón, consciente de que la pregunta era muy indiscreta.

—Lo siento, no es asunto mío. Es que te comportas de un modo muy reservado hasta con los detalles más tontos. Como si te asustara confiar en alguien por temor a que te traicionen o algo así. Y te pasa con todo, hasta con los ojos. Me apuesto lo que quieras a que el negro no es tu color de pelo natural. ¿Me equivoco?

Ash tragó saliva al escucharla. Era tan perspicaz que le daba un poco de miedo.

—Como bien has dicho, apenas nos conocemos.

—¿Alguna vez has intimado con alguien? —le preguntó al tiempo que le apartaba el pelo de la cara.

—Por supuesto.

—No me refiero desde el punto de vista sexual. Ya sé que habrás estado con un montón de mujeres pese a tu edad. Me refiero a que si has compartido con alguien tus inquietudes, tus pensamientos. Si has conocido a alguien con quien puedas comportarte con naturalidad sin temor a que te juzgue o a que piense mal de ti.

La simple idea de abrirse tanto a otra persona le arrancó una carcajada amarga.

—Por naturaleza, las personas se hacen daño entre sí. Nadie se interesa por los pensamientos ni por los sentimientos de los demás.

Tory se compadeció de él. Era una persona tan reservada que le daban ganas de echarse a llorar.

—A mí sí me interesan tus pensamientos.

—¿Ah, sí? Pues fíjate que has malinterpretado todos mis gestos desde el principio. Para ti solo soy otro gilipollas al que tienes que aguantar.

—Porque hasta el momento solo me has enseñado tu lado más desagradable. ¿Por qué fuiste a Nashville, eh? ¿Por qué era tan importante para ti arruinar mi reputación?

Su pregunta hizo que se distanciara aún más de ella y que la mirara con expresión sombría. Sin embargo, fue el sufrimiento que apareció en su mirada lo que más le impactó, porque comprendió que tenía una razón personal y poderosa para actuar como lo hizo.

—¿Por qué, Ash?

En ese momento su reloj de pared dio la hora.

Él se apartó.

—Son las nueve. Tengo una cita.

Extrañada por su comportamiento, Tory lo observó salir de la cocina con la cerveza en la mano de camino al salón, donde lo esperaba una Xbox 360 que conectó a su televisor. O al menos eso creía que era, porque no se veía el blanco original por culpa de las pegatinas negras que la cubrían. Lo vio sacar una camiseta negra de manga corta de la mochila como si ella no estuviera presente, que se puso antes de sentarse en el sofá y colocarse unos auriculares con micrófono.

Sin dejar de mirarlo, Tory se sentó en el reposabrazos.

—¿Qué significa lo que pone en las pegatinas? Lo he visto mucho en internet —añadió mientras leía «pwn3d».

—Es jerga de jugadores online. Significa que te han liquidado más de una vez. —Encendió el televisor y la consola.

—¿Haces esto a menudo?

—Todos los sábados por la mañana.

La respuesta hizo que pusiera los ojos en blanco. Cuando vio el inicio del juego, frunció el ceño. En lugar del *Halo*, del *Gears of War* o de otro juego similar, lo que aparecieron fueron animalitos de color rosa que se pusieron a bailar.

—¿*Viva Piñata*?

Parecía un juego infantil.

—Ajá —contestó mientras se registraba con su nombre de usuario—. Hola, Toby.

Tory comprendió que estaba hablando con alguien a través del micrófono.

—Sí, sé que es un poco tarde. Lo siento.

Confundida, lo vio elegir un zorro como personaje mientras que otro jugador llamado «Tobinator» elegía un oso. En ese momento aparecieron JadeNX y Toki-san.

Ash la miró de reojo antes de concentrarse en el juego.

—Toby, no le quites la vista de encima a Jaden. Me han dicho que ha pasado una mala noche y que tiene ganas de darle una paliza a alguien. —Soltó una carcajada—. Un Apocalipsis hoy me viene mal, tío. Oye, Takeshi, aparta ese culo tan gordo. Estás estrujando al pobre zorro. —Movió a su personaje hacia un lado de la pista por la que corrían—. Sacrificar al zorro no es honorable. Tu erizo es horroroso.

Alucinada al ver a un tío hecho y derecho jugando a algo tan infantil, se marchó para darse una ducha y vestirse.

Volvió media hora después y lo descubrió enzarzado todavía en la batalla con sus enemigos.

—¿Dónde están los dichosos misiles cuando los necesitas? ¡Mierda, Jaden, deja ya el polen! Lo odio. —Puso cara de asco al tiempo que pulsaba un botón del mando—. Eso va para ti, inútil.

A través del auricular, Tory escuchó la risa de un niño.

En ese momento llamaron a Ash al móvil. Lo vio echarle un vistazo para ver quién era antes de cogerlo.

—Hola, Trish. Sí, entendido. —Colgó y volvió al juego—. Chicos, creo que tenemos que declarar a Toby ganador del día. Su madre dice que tiene que quitarse el pijama y darse un baño para salir un rato. —Se escuchó un chillido de protesta—. Lo sé, Toby. La fisioterapia es un rollo, pero luego nos vemos, ¿vale? —Esbozó una sonrisa tristona—. Hazle caso a Takeshi. Tiene razón. —Guardó silencio mientras escuchaba—. Buena partida, caballeros. Gracias por la competición. Jaden, tenemos que quedar para la revancha. Paz, hermanos. —Salió del juego y apagó la consola.

Tory lo observó mientras lo guardaba todo.

—¿Cuántos años tiene Toby?

—Ocho.

—¿Y los otros dos?

—Unos cuantos más.

—Así que sois tres tíos mayorcitos que jugáis todos los sábados por la mañana con un crío de ocho años para darle una paliza.

Ash soltó una carcajada.

—Qué va, siempre gana Toby.

Soltó un suspiro irritado al escucharlo.

—¿Ves? Ya estás otra vez. No me cuentas nada.

Ash se volvió para mirarla.

—A ver, la confianza es algo genial… para los demás. Cada vez que he cometido el error de confiar en alguien, he acabado arrepintiéndome y pagándolo muy caro. Me alegro muchísimo de que nadie te haya hecho daño. Pero yo no he tenido tanta suerte, ¿vale?

—Nunca te traicionaría, Ash.

Lo vio menear la cabeza con tristeza.

—Eso mismo me han dicho otras personas a las que conocía mucho mejor que a ti. Y al final me han mentido y me la han jugado bien. No te ofendas, pero no quiero volver a pasar por eso.

La explicación la dejó al borde de las lágrimas. ¿Tanto daño le habían hecho que ni siquiera era capaz de decirle si la gente con la que jugaba eran

amigos, familia o simples colegas de juego?

—Voy a darme una ducha —dijo él mientras cogía la mochila para llevársela.

«¡Joder!», exclamó Tory para sus adentros. Nunca había conocido a una persona tan desconfiada como Ash. Posiblemente no llevara otra cosa en la mochila además de la ropa interior sucia. Eso sí, ¡no quisiera Dios que nadie viera sus gayumbos! Podrían averiguar algo personal como su talla de ropa y tendría que llamar a los federales. Esa información podría poner en peligro la seguridad nacional.

Suspiró mientras cogía el mando a distancia de la consola que Ash había dejado en la mesita. De repente, se le ocurrió una idea.

«No lo hagas», se dijo.

Pero fue superior a sus fuerzas. Encendió de nuevo la consola y se conectó con el usuario de Ash. JadeNX estaba desconectado, pero Toki-san seguía allí.

Le envió un mensaje.

«¿Eres amigo de Aquerón?»

Él le respondió rápido.

«¿Y tú?»

¡Jo! ¿Por qué se mostraban tan esquivos los amigos de Ash?

«Sí. Me llamo Tory. ¿Te importaría llamarme? 204-555-9862»

Su móvil sonó al cabo de un segundo. Apagó el televisor y la consola antes de contestar.

—Soy Tory.

—Takeshi —dijo su interlocutor, pronunciando el nombre con acento japonés—. ¿Qué quieres?

De repente, se sintió ridícula y bastante entrometida.

—Lo siento, no debería haberte molestado. Perdona. —Y se apartó el móvil de la oreja para colgar.

—Espera. No me habrías dicho nada si no fuera importante. ¿Aquerón tiene algún problema?

—No. Te explico. Soy arqueóloga. Mi equipo ha encontrado unos cuantos objetos atlantes que alguien está intentando robarnos y él se ha quedado conmigo para protegerme. —No sabía muy bien por qué le estaba

dando tantas explicaciones—. Ash es tan reservado con todo… que, bueno, no sé.

—Yo que tú no le diría que has hablado conmigo. Es muy celoso de su vida privada y se lo tomaría muy mal.

—Lo sé. No debería haberme puesto en contacto contigo. Es que necesitaba saber si… si está mal del coco o algo así.

Takeshi soltó una carcajada.

—A su lado estás más segura que con tu propia familia. Para él el honor es lo más importante. Más incluso que su propia vida.

Eso la tranquilizó.

—Gracias.

—De nada. —Takeshi guardó silencio un momento antes de decir—: Cuídalo, Soteria. Y recuerda que hace falta mucho valor y un gran corazón para demostrar ternura cuando no se ha conocido nunca. Hasta la bestia más feroz puede ser domesticada con paciencia y cariño. —Y colgó.

Tory siguió donde estaba, asimilando lo que acababa de escuchar cuando cayó en la cuenta de algo.

¡La había llamado Soteria!

¿Cómo narices sabía su verdadero nombre si ella no se lo había dicho?

9

—¿Qué has hecho?

Tory dio un respingo al escuchar la voz grave de Ash a su espalda. Se arrepintió de haberse puesto en contacto con su amigo, pero se dio la vuelta para mirarlo. Y se quedó de piedra. Llevaba unos pantalones negros y unas botas, y el pelo húmedo y suelto. ¡Madre del amor hermoso! ¡Estaba para comérselo! Sin embargo, lo que le chocó fue la desgastada camiseta gris estampada con esqueletos porque hizo que se preguntara si su afán por los huesos no lo llevaría a cargársela por lo que acababa de hacer a sus espaldas.

Carraspeó e intentó disimular los nervios.

—¿Cómo dices?

—Has abierto algún grifo mientras me estaba duchando y me he congelado.

Aliviada al comprender el motivo de su irritación, soltó una carcajada.

—Lo siento. Es que he puesto el lavavajillas. No lo volveré a hacer.

—Eso espero. He pasado de achicharrarme a congelarme en menos de dos segundos.

Tory frunció el ceño al ver que tenía el tatuaje del dragón en el brazo… donde lo tenía la primera vez que lo vio.

—¿Esa cosa es temporal y te lo cambias de sitio para desquiciar al personal o qué? Te juro que cada vez que te miro, lo veo en un sitio distinto.

Antes de que Ash pudiera decirle algo, la llamaron al móvil. Tory gimió al escucharlo.

—La que nos ha caído encima entre tu móvil y el mío… —Lo cogió, y se sorprendió al escuchar a Bruce al otro lado—. Hola, cariño. ¿Me has conseguido el diario?

—No. Alguien mató a Dimitri anoche y registró su casa. Quienquiera que fuese debió de llevarse el diario.

Las noticias la sorprendieron de tal forma que se tambaleó y se le cayó el móvil de las manos.

Ash evitó en el último segundo que se la pegara contra el suelo mientras ella se echaba a llorar a lágrima viva.

—Respira —le dijo.

Sin embargo, Tory no parecía escucharlo.

—No, no, no —repetía en voz baja sin cesar.

Ash cogió el móvil del suelo.

—¿Diga?

—¿Dónde está Tory? —le preguntó un hombre.

—Está hecha polvo. ¿Qué ha pasado? —preguntó él a su vez mientras la miraba. Se había llevado las rodillas al pecho, tenía la cabeza enterrada entre los brazos y seguía llorando.

—Anoche mataron a un amigo nuestro.

Apretó los dientes al recordar el horror que había sufrido Dimitri durante sus últimas horas. Nadie se merecía eso.

—Vale. Le diré que te llame en cuanto se tranquilice un poco.

Colgó y la abrazó con fuerza.

Tory le enterró la cabeza en el hombro y lo abrazó con mucha fuerza, aunque no le hizo daño.

—¿Cómo es posible que esté muerto? ¿Por qué?

La estrechó un poco más entre sus brazos.

—No lo sé, Tory. A la gente le pasan cosas malas.

—No. Nadie mata a una persona por un puto diario. —Le sorprendió que usara un lenguaje tan soez, aunque también puso de manifiesto lo alterada que estaba—. Por favor, Aquerón, dime que ningún libro vale la vida de un hombre. —De repente, se separó de él y cogió el móvil, que estaba en el suelo.

—¿Qué haces?

Tory se quitó las gafas y se limpió las lágrimas. La furia había hecho que se le sonrojaran las mejillas.

—Voy a llamar a todos los miembros de mi equipo para decirles que se escondan. No pienso permitir que le hagan daño a otra persona. ¡Ni hablar!

En vez de impedírselo, Ash intentó captar algo de la situación con sus poderes. Era muy frustrante no ver absolutamente nada de lo que estaba pasando. No se sentía tan vulnerable desde el día que murió.

Después de llamar a todas las personas que se le ocurrieron, Tory soltó el teléfono y suspiró.

—Todos los demás están bien. Esperemos que la cosa siga así. —Sorbió por la nariz, se quitó las gafas y se las limpió con la camiseta.

Esa capacidad de recuperación era asombrosa.

Tory se puso las gafas y lo fulminó con una mirada furiosa y herida a la vez.

—¿Qué crees que puede haber en ese diario para que sea tan importante?

—El fin del mundo.

Resopló al escucharlo.

—Por favor, estoy hablando en serio.

—¿Y si yo también hablara en serio? —replicó para ver cómo sería su reacción en caso de que descubriera la verdad—. ¿Qué pasaría si en ese diario hubiera algo que pudiera causar el Apocalipsis?

Tory no titubeó al responder:

—Pues habría que destruirlo.

—¿Aunque demostrara la existencia de la Atlántida?

La observó con atención mientras se ponía las gafas.

—Hablando hipotéticamente, sí. No podríamos arriesgarnos a la destrucción del mundo solo para demostrar la existencia de la Atlántida. Además, ¿qué sentido tendría limpiar el buen nombre de mi padre si no va a quedar nadie que lo aprecie?

Sonrió al escuchar el tono indignado de su voz.

—Tienes la cabeza bien amueblada.

—Eso me dicen siempre. —Guardó silencio un momento y cerró los ojos—. Todavía no me creo lo de Dimitri. Espero que no sufriera.

Ash no comentó nada. No quería mentirle y la verdad…

Era espantosa.

De modo que intentó distraerla.

—¿Qué sueles hacer los sábados?

Tory suspiró. Saltaba a la vista que la muerte de Dimitri la había destrozado, pero que intentaba hacerse la fuerte.

—Depende de la semana. Últimamente, cuando estoy aquí, voy a hacer paracaidismo, pero mi piloto canceló la cita de esta semana anteayer porque está enfermo. Así que tenía pensado corregir exámenes y ver películas malas. ¿Y tú qué haces? Además de tocarle la moral a un niño pequeño a primera hora, me refiero.

Sonrió al escuchar la fingida pulla y se sacó un reloj de bolsillo de los vaqueros.

—Te enterarás dentro de unas dos horas.

—¿Qué pasa dentro de dos horas?

—Hay un partido de baloncesto.

La respuesta le arrancó un resoplido.

—Ni hablar. No me van los deportes de grupo. Me aburren soberanamente.

Chasqueó la lengua al escucharla. Estaba dispuesto a no dar su brazo a torcer al respecto. Había hecho una promesa y pensaba cumplirla a toda costa.

—Pues ya puedes ir haciéndote a la idea de que te vas a sentar en una grada, porque no puedo dejarte aquí sola.

Tory se atrevió a sisearle, como una gata.

—Ni de coña, colega. Paso.

—No pasas.

—Sí que paso —insistió ella con firmeza—. No voy a ir.

Tory no entendía el motivo de su terquedad. ¿A qué venía esa postura tan irracional? ¿Qué más daba si se perdía un absurdo partido con sus colegas?

Sin embargo, cuanto más protestaba, menos caso le hacía él. De hecho, estuvieron discutiendo sobre el tema hasta que Ash bajó las escaleras con

una camiseta blanca y negra de árbitro. Incluso llevaba zapatillas de baloncesto en vez de sus sempiternas botas.

Verlo con esas pintas la dejó de piedra, hasta que cayó en la cuenta de lo absurdo de la situación.

Le costó la misma vida no echarse a reír al ver que se había recogido la larga melena negra y roja en una coleta, y que se había cambiado el pendiente de nariz por un arete de plata idéntico a los que llevaba en la oreja izquierda.

—¿Te dejan arbitrar?

—Nadie cuestiona mis decisiones.

—No me extraña.

Lo vio ponerse el abrigo y recoger la mochila del Apocalipsis.

—¿Quieres que te lleve al partido?

Su ofrecimiento la sorprendió, ya que desde que lo conocía solo lo había visto ir caminando o ella lo había llevado en su coche.

—¿Tienes coche?

Ash sonrió.

—Moto. Me la traje anoche cuando fui a recoger mi ropa. —Era una mentirijilla de nada. La verdad era que la había hecho aparecer esa mañana, porque le apeteció dar una vuelta con la esperanza de que Tory no se opusiera a la idea.

—No tengo casco.

Sacó uno negro de la mochila.

—Ahora sí. ¿Qué me dices? ¿Tienes ganas de aventura?

Tory frunció la nariz al ver el casco y cruzó los brazos por delante del pecho. Le encantaría acompañarlo, pero no era tonta.

—No tengo ropa apropiada y no me apetece parecer una novata irresponsable.

Soltó una carcajada al comprender que no quería que la tacharan de imbécil por montar en moto sin llevar la protección adecuada.

Tory lo vio sacar una cazadora de cuero negra bastante usada de la mochila. Llevaba reforzada la parte de los hombros, los codos y las lumbares, pero parecía muy ligera. Lo que le arrancó una carcajada fue ver

la calavera con las tibias debajo del emblema dorado de una Suzuki Hayabusa.

—¿Tienes debilidad por las calaveras?

—No están mal.

La verdad era que había pensado en todo, y ella llevaba desde el verano sin subirse a una moto.

—¿Qué decides? —le preguntó él.

Cogió la cazadora y se la puso. Al hacerlo, el olor a cuero y el olor de Aquerón la asaltaron con fuerza. Seguro que se la había puesto infinidad de veces. Estaba domada por completo por el uso y su tacto era muy agradable, como pudo comprobar mientras se ajustaba las cintas y las tiras de velcro. Para su sorpresa, le quedaba perfecta. Saltaba a la vista que era una prenda muy cara. Solo los remates ponían de manifiesto que le había costado una pasta.

¿A qué leches se dedicaba para poder permitirse esos caprichos? ¿Y cómo conseguía meterlo todo en esa mochila suya? Ni que fuera el bolso de Mary Poppins…

Agradecida porque fuera más grande de lo que parecía, le quitó el casco de las manos y le sonrió.

—Tú primero.

A Ash se le secó la boca al verla con su cazadora preferida. Le resultaba rara en ella, pero estaba monísima. Saltaba a la vista que no era su estilo habitual, pero tenía la impresión de que al ponerse algo que era suyo, acababa de aceptarlo a él. Le recordaba a una niña que se hubiera puesto la ropa de su hermano mayor. La vio subirse las gafas por la nariz antes de trenzarse el pelo para que no se le enredara. Esperó con paciencia a que se pusiera las botas y acabara de prepararse para salir.

¡Joder! Poseía una belleza extraña. La mirada de esos enormes ojos castaños le abrasaba el alma y se la ponía dura cada vez que se clavaba en él. Si no la sacaba de allí pronto, acabaría cogiéndola en brazos, llevándola a su dormitorio y demostrándole cuáles eran sus verdaderas habilidades…

Desterró ese pensamiento antes de acabar metido en un lío y la acompañó a la calle, donde su moto dorada y negra brillaba a la luz del sol. Parecía un depredador salvaje capaz de comerse la carretera y con ella entre

las piernas tenía una sensación de libertad que solo había experimentado en sueños. No había nada como subirse a su moto y volar por la autopista. Sobre esas dos ruedas su alma se sentía libre, y por muy mal que fuera la cosa, todo parecía estar bien.

—¿Qué leches es eso? —le preguntó Tory al tiempo que ladeaba la cabeza y observaba la moto.

—Una Hayabusa Turbo personalizada —le contestó al tiempo que cogía su casco del manillar y se lo ponía.

Tory titubeó al darse cuenta de que esa moto estaba diseñada para un solo pasajero. Aunque, a decir verdad, era una preciosidad.

—No creo que quepamos los dos.

—Claro que sí.

Ash desplegó parte del asiento para dejar al descubierto la plaza para el acompañante y después sujetó la mochila sobre el depósito de gasolina con unas agarraderas diseñadas en exclusiva para él. Después, pasó una pierna por encima de la moto con una elegancia muy masculina que dejó clarísimo lo a gusto que estaba sentado en esa moto. Se abrochó el casco, se sacó una llave del bolsillo y se cerró el abrigo largo.

«¡Madre del amor hermoso!», pensó Tory. Subido en la moto tenía algo innegablemente masculino. Algo imponente. Algo salvaje.

Y lo más importante: estaba para arrancarle la ropa a bocados y tirárselo allí mismo, en el césped y delante de todo el mundo hasta que a los dos se les quedasen los ojos vueltos.

—Sube, *koukla*.

Se le aceleró el corazón al escuchar que la llamaba «nena» en griego. Con más recelo del habitual, se acercó a la enorme moto cuyo aerodinámico diseño dejaba bien claro que estaba pensada para correr. Pasó la pierna por encima del asiento y abrazó a Ash por la cintura cuando arrancó la moto.

¡Uf, sí! Podría pasarse la eternidad así. Pegada a su cuerpo y disfrutando de su olor. No podía haber ningún sitio mejor.

—Agárrate fuerte.

Escuchó su voz a través del intercomunicador que había en su casco.

En cuanto le hizo caso Ash salió disparado por la calle. Se le desbocó el corazón al ver que conducía como si los persiguiera el mismísimo demonio.

Aunque, a decir verdad, le encantaba. Tenía dos cosas muy claras sobre su persona: no había nada demasiado viejo en el mundo que no la complaciera y no había velocidad que la asustara. Adoraba la historia y adoraba la velocidad.

—¿Lo haces a menudo? —le preguntó.

—Siempre que puedo. Me encanta ir en moto.

¡Acababa de admitir algo sobre sí mismo! Era una primicia. Tal vez debería apuntarlo en el calendario para que no se le olvidara la fecha. De repente, Ash pilló un bache que los levantó de la carretera un segundo y perdió el hilo de sus pensamientos.

Soltó un grito y se echó a reír, encantada con la sensación.

Ash sonrió al escuchar sus carcajadas. Al principio temió que se asustara. Pero tal como había dicho Pam, Tory no tenía miedo, y eso le robó un poquito más el corazón.

Eso y su forma de abrazarlo por detrás y de pegarse a su espalda. Si bajara una mano y se la acariciara, sería el rey del mundo. Por desgracia, no tenía tanta suerte.

El rumbo de sus pensamientos le arrancó un gruñido y aceleró todavía más.

Tory no dijo nada más mientras volaban hacia Kenner, más concretamente al gimnasio de un colegio al que llegaron en un tiempo récord. Menos mal que la moto no estaba a su nombre, porque si iba tan deprisa siempre… No quería ni imaginarse la cantidad de multas por exceso de velocidad que tenían que ponerle. Le sorprendía que no le hubieran retirado el carnet de conducir.

—¿Qué hacemos aquí? —le preguntó cuando Ash bajó el pedal.

—Hemos venido al partido.

Ash sujetó la moto mientras ella bajaba y sacó las gafas de sol de la mochila antes de quitarse el casco.

Se percató de que mantuvo los ojos cerrados en todo momento. No sabía por qué, pero le molestaba que fuera tan vergonzoso con sus ojos. Aunque al mismo tiempo, esa preocupación lo hacía parecer vulnerable, y era algo muy tierno. ¿Cómo era posible que un tío tan guapo y tan seguro

de sí mismo se mostrara tan vergonzoso con un rasgo que a ella la resultaba irresistible?

Ash se colocó la mochila al hombro y, con el casco debajo del brazo, la condujo hasta una puerta trasera que daba al gimnasio, donde un grupo de niños de entre siete y nueve años calentaba tirando a canasta.

Se le derritió el corazón al verlos. Eran monísimos, y cuando vieron a Ash, corrieron hacia él para saludarlo chocando los cinco. Ash tuvo que doblarse por la mitad para quedar a su altura. Aunque tenía muy claro que era altísimo, en ese preciso momento parecía un gigante. Los niños lo rodearon y empezaron a hablar todos a la vez, intentando captar su atención.

Ash soltó una carcajada.

—Vale, chicos, tenéis que practicar todo lo que podáis. Hoy no quiero empujones ni faltas, ¿entendido?

Los niños asintieron con la cabeza y gritaron antes de volver a la cancha.

Tory meneó la cabeza mientras se acercaba a Ash.

—Eres una caja de sorpresas, ¿verdad?

Él frunció el ceño.

—No sé a qué te refieres.

Señaló a los niños.

—Estoy alucinada. En la vida me habría imaginado que hacías esto los sábados.

—Ash es uno de los mejores árbitros que tenemos. Siempre es justo y los niños lo adoran.

Tory se volvió y vio a un hombre negro de mediana estatura con pelo canoso y bigote.

Ash le tendió la mano al recién llegado con una sonrisa.

—Hola, Perry, ¿qué tal va la cosa?

El aludido le estrechó la mano y le dio una palmadita en el brazo.

—Me alegro de que hayas podido venir. Dos de los árbitros nos han llamado para decirnos que están enfermos y ya pensábamos que tendríamos que suspender los partidos. Te agradezco mucho que tu amiga y tú hayáis venido a echarnos una mano.

—Ya sabes que puedes contar conmigo cuando quieras. Me encanta ver jugar a los niños.

Perry soltó una carcajada mientras le daba un codazo a Tory.

—Le encantan los críos.

Ella sonrió.

Ash se quitó al abrigo y se lo colocó sobre el hombro.

—Perry Stallings, te presento a Tory Kafieri.

Perry le guiñó un ojo.

—Vaya, así que Ash se ha traído a una amiga. Empezaba a preguntarme si algún día se decidiría por una en concreto.

Ash resopló.

—Perry, no te preocupes por esas cosas.

—Haz como T-Rex y pasa del tema.

Vio que Ash meneaba la cabeza al escuchar al cachas rubio y alto que se acercaba a ellos.

—Me alegro de verte, Talon. Aunque seas como un grano en el culo.

—Lo mismo digo. —Talon señaló por encima del hombro con el pulgar —. ¿Esa de ahí fuera es tu moto?

—Sí.

—Preciosa. Si te cansas de ella, dame un toque.

—Espera sentado —replicó Ash con voz socarrona antes de presentarlos —. Talon, estos son Perry y Tory.

Talon le estrechó primero la mano a Perry y se demoró un poco más con ella al ver el casco que tenía en la mano izquierda. Arqueó una ceja con gesto interrogante.

—¿Cascos a juego?

—He venido con Ash —explicó ella.

Talon miró a Ash con curiosidad.

—Amigos, celta —dijo él al tiempo que se llevaba el pulgar a la comisura del labio—. No te precipites con las conclusiones.

—Lo que tú digas, T-Rex. Lo que tú digas… —replicó con evidente desconfianza.

Perry se frotó las manos.

—Bueno, les diré a los entrenadores que ya estáis aquí. Poneos cómodos. Empezaremos enseguida.

Ash miró hacia las gradas por encima del hombro de Talon.

—¿Ha venido Sunshine contigo?

—Está aparcando.

—Genial. —Cogió a Tory del brazo con suavidad y la condujo hacia el grupito de padres—. Siéntate por aquí.

Tory clavó la mirada en su hombro, de donde colgaba su inseparable mochila.

—¿Vas a confiarme la custodia de la mochila mágica?

—Claro —respondió con una sonrisa—. Sé dónde vives y he visto dónde duermes. —La dejó sentada en las gradas justo cuando aparecía una exuberante y voluptuosa morena que entró con una sonrisa de oreja a oreja.

Llevaba una falda rosa larga, un blusón del mismo color y una chaqueta vaquera ribeteada de encaje rosa, y fue derecha a por Ash para saludarlo con un beso en la mejilla.

—¿Cómo te va, guapetón?

—Bien. —Señaló a Tory con la cabeza—. Sunshine, te presento a mi amiga Tory. Sunshine es la mujer de Talon.

Tory sonrió al tiempo que estrechaba la mano de la mujer.

—¿Talon es el rubio alto que no encesta ni una?

Sunshine soltó una carcajada que demostró ser contagiosa.

—Ese es mi chico. ¿A que es guapo? —Saludó a su marido con la mano —. ¡Tú puedes, Talon! ¡Enséñales cómo se hace! —gritó.

Ash se giró y rió al ver que Talon tiraba y ni siquiera tocaba el tablero.

—Bueno, la próxima vez… tal vez —susurró Sunshine antes de gritar de nuevo—: ¡Buen intento, cariño, buen intento! ¡La próxima vez harás una carrera!

Ash miró a Tory con una sonrisa torcida.

—Bueno, y al hilo de… creo que es mejor que vaya a evitar que sigan haciendo el ridículo. —Dejó la mochila y el abrigo a sus pies.

Tory sonrió al verlo correr por la cancha mientras se sacaba del bolsillo trasero de los pantalones un silbato plateado, que se colgó al cuello antes de hacerlo sonar. Cuando Talon se volvió hacia él, Ash le hizo un antiguo

gesto obsceno celta, que por suerte solo Talon, tal vez Sunshine y ella misma reconocerían como muy ofensivo.

Talon lo fulminó con la mirada.

—Tío, tienes suerte de que haya niños por aquí.

Ash sonrió con malicia antes de decirles a los niños que se colocaran en la cancha.

Sunshine se sentó al lado de Tory en la grada y sacó una botella de agua de su enorme bolso de rafia.

—Bueno, ¿cuánto hace que conoces a Ash?

Tory estaba absorta contemplando la elegancia de los movimientos de Ash y lo diminutos que parecían los niños a su lado. No sabía por qué, pero le recordaba a un antiguo guerrero que estuviera intentando enseñarles a pelear.

—No mucho. Una semana o así.

—¿Y te ha traído aquí?

Se encogió de hombros, ya que tampoco entendía por qué era tan atento con ella.

—Han entrado a robar en mi casa y anoche asesinaron a un buen amigo mío. Le daba miedo dejarme sola.

La expresión de los ojos castaños de Sunshine se tornó espantada mientras le tocaba el brazo.

—¡Por Dios! ¿Y estás bien, corazón?

Tragó saliva al pensar en Dimitri, y el dolor por su muerte la asaltó con fuerza. Dimitri era el payaso del grupo. Un chico alegre y muy dulce. Iba a echarlo muchísimo de menos en el barco, iba a echar de menos sus inofensivas bromas.

—La verdad es que no. Pero voy tirando. Poco a poco, ¿no?

Sunshine le cogió la mano y la miró con una sonrisa amable.

—Claro que sí. Si necesitas algo, solo tienes que llamarnos. Talon y yo vivimos en las afueras de la ciudad, pero nos plantamos en cualquier sitio en un momento porque conduce como un loco. Así que ya sabes, si necesitas algo, llámanos sea la hora que sea.

La dulzura de Sunshine la conmovió muchísimo. No se conocían de nada, pero eso no parecía importarle.

—Gracias. Ash tiene mucha suerte de tener amigos como vosotros.

Sunshine le restó importancia a sus palabras con un gesto de la mano justo cuando Ash pitaba y corría a separar a dos niños que intentaban morderse el uno al otro. Con una sonrisa que le llegó al corazón, cogió a uno de los niños, se lo colocó bajo el brazo y lo apartó de los demás antes de soltarlo en el suelo.

—No sé —dijo Sunshine con voz pensativa—, creo que somos nosotros los afortunados por tenerlo a él.

Sí, ella misma empezaba a sentirse afortunada por haberlo conocido. Aunque deseaba que hubiera sido en mejores circunstancias, la verdad, no precisamente mientras él la humillaba en público.

—¿Cuánto hace que lo conocéis?

—Yo lo conozco desde hace unos años. Talon de toda la vida. Se conocen desde hace siglos.

Tory miró a Talon, y llegó a la conclusión de que solo era un par de años mayor que Ash. Tenía el pelo ondulado, corto y empapado de sudor, y llevaba dos trencitas en una sien. Se alegró de conocer a alguien a quien Ash conociera bien.

—¿En serio? Ash no suele hablar de sus amigos.

—Sí, decir que es esquivo es quedarse cortos.

Asintió con la cabeza para darle la razón.

—Totalmente de acuerdo.

Sunshine le ofreció la botella de agua.

—Pero la verdad es que se hace querer. Es una de las pocas personas verdaderamente fiables que puedes encontrarte por ahí.

Aceptó la botella de agua y observó cómo Ash intentaba enseñarle a Talon a lanzar a canasta durante el descanso. Sus esfuerzos fueron en vano, y acabó meneando la cabeza entre carcajadas porque su amigo no daba pie con bola. Era la primera vez que lo veía divertirse de verdad. La mayor parte del tiempo se encerraba en sí mismo… como si le diera miedo que alguien tuviera poder sobre él. Solo se le ocurría una explicación para que se comportase de esa manera.

—Ash tuvo una infancia muy dura, ¿verdad?

Sunshine frunció el ceño.

—No lo sé. He escuchado versiones contradictorias de diferentes personas. Algunos dicen que tuvo una infancia privilegiada porque eran muy ricos.

Pues sí, había algo en él que delataba una educación exquisita. Una especie de distinción, como si estuviera acostumbrado solo a lo mejor… como la cazadora hecha a mano que ella llevaba puesta.

—Parece que le sobra el dinero.

Sunshine resopló.

—No te confundas, hermosa. Todo lo que tiene se lo ha ganado a pulso. De verdad. Pero no conozco a nadie (y mira que he hablado con mucha gente que lo conoce desde hace años) que sepa algo sobre su pasado o su familia. Se niega a hablar del tema.

Lo que significaba que había sido brutal. ¿Por qué iba a esconderlo si no? Los recuerdos familiares deberían ser reconfortantes. Ella no podía pensar en su familia sin sonreír. El hecho de que Ash se negara por completo a abordar el tema hablaba por sí solo.

La familia era una fuente de dolor para él.

El descanso acabó y Tory observó el juego con el corazón en un puño. Ash estaba para comérselo mientras corría junto a unos niños que apenas sabían jugar. De hecho, se tropezaban unos con otros y se caían al suelo. Ash se acercaba a ellos corriendo para asegurarse de que no se habían hecho daño antes de ayudarlos a levantarse.

Nunca había visto nada igual. Pero estaban todos monísimos. Sobre todo Ash en toda su gloria gótica.

Sunshine sacó una bolsa con tortitas de canela.

—¿Quieres una?

—Gracias —respondió al tiempo que cogía una.

Mientras se comían las tortitas, entró una mujer con un niño pequeño en silla de ruedas y se colocaron junto a ellas para que el niño pudiera ver el partido. El niño tenía el pelo negro muy corto y los ojos azules, e hizo una mueca de dolor mientras su madre le frotaba la espalda con suavidad. De no ser por las pecas que le cubrían la nariz habría sido una copia exacta de su madre.

Tory se agachó junto al niño.

—Hola —lo saludó al tiempo que le tendía la mano—, me llamo Tory.

El niño miró a su madre para pedirle permiso.

—Se llama Toby.

—¿Toby? —Le sonrió al pequeño—. ¿En serio? Mi amigo Ash estaba jugando esta mañana a un juego de la Xbox con un niño llamado Toby.

Toby sonrió aunque tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Era yo! ¡Y le di caña que te cagas!

—Toby, esa boca —le regañó su madre—. ¿Qué te tengo dicho?

El niño se irguió en la silla de ruedas.

—Bueno, pero es que es verdad.

Tory se presentó antes de presentar a Sunshine.

—¿Habéis venido para ver a Ash?

Toby meneó la cabeza.

—Mi hermano Zack es el número siete del equipo azul.

—Vaya —dijo ella al tiempo que localizaba al niño, de pelo castaño—, es el mejor jugador de su equipo.

Sonó la bocina que señalaba el final del primer tiempo. Ash se acercó a ellos corriendo. Tenía las mejillas sonrojadas por el esfuerzo. Extendió el brazo para chocar los cinco con Toby.

—Hola, Tobinator, ¿qué tal?

Toby gritó de alegría.

—¿Podemos jugar? —le preguntó a Ash.

Ash miró a Trish, la madre.

—¿Te parece bien?

Trish frunció el ceño, algo temerosa.

—Ten cuidado. Ha tenido una sesión muy dura con el fisioterapeuta.

—Tranquila. —Ash lo cogió y lo sostuvo contra el pecho antes de regresar a la cancha, donde los equipos estaban practicando.

Zack le pasó la pelota a su hermano. Toby la atrapó entre carcajadas y Ash corrió con él hacia la canasta, que habían bajado a fin de adaptarla a la estatura de los niños, para que pudiera hacer un mate. Sostuvo a Toby por encima de la cabeza y empezó a darle vueltas hasta que el niño gritó de alegría.

A Trish se le llenaron los ojos de lágrimas al ver a Ash con su hijo.

—No sé qué habría hecho sin ese hombre.

Tory frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

La mujer se limpió las lágrimas.

—Mi marido y Toby tuvieron un terrible accidente de tráfico hace un año. Barry murió en el acto y Toby quedó parcialmente paralizado. Estuvo muchas semanas en el hospital sin responder a nadie. No comía y tampoco hablaba. Hasta que un día Ash y su amiga aparecieron en el hospital y empezaron a cantarles a los niños que estaban en la misma planta que Toby mientras les daban regalos. Cuando vio a Toby, Ash se inclinó sobre él y antes de que me diera cuenta mi niño estaba riendo. —Sorbió por la nariz —. Verlos así… que Dios bendiga a ese hombre.

Ash estaba sujetando a Toby cerca del suelo para que pudiera botar el balón mientras su hermano intentaba bloquearlo. Acto seguido, lo levantó, amagó hacia la derecha y después corrió hacia la canasta para que Toby pudiera rematar de nuevo. El niño levantó los brazos y gritó eufórico. Ash le hizo cosquillas antes de volver a colocárselo entre los brazos para regresar junto a su madre.

Dejó a Toby en la silla de ruedas y se limpió el sudor de la cara con el brazo.

—Muy bien, Toby, ahora tenemos que reanudar el partido. Pero Zack quiere la revancha después.

—¡Sí!

Ash le revolvió el pelo antes de mirar a Tory.

—¿Todo bien?

—Genial.

—Estupendo. Pero no toques las tortitas de Sunshine. Talon dice que están asquerosas.

—¡Oye! —protestó Sunshine, indignada—. Ya me las pagarás, Ash.

Ash se levantó y volvió al centro de la cancha con una carcajada.

—¿Cómo estás, Toby? —preguntó Trish con una nota preocupada en la voz—. ¿Te sigue doliendo?

El niño sonrió.

—No. Estoy genial. Ash dice que el año que viene por estas fechas volveré a andar.

La mujer puso cara de pena como si la idea fuera demasiado para ella.

—Ay, cariño… ya sabes lo que dicen los médicos.

Toby levantó la barbilla.

—Pero yo creo en Ash. Dice que andaré y lo haré. Ya lo verás.

Tory le sonrió al niño.

—Di que sí.

Toby le cogió la mano mientras veían lo que quedaba de partido y animaba a su hermano Zack.

Cuando el partido terminó, Talon se hizo con el balón para volver a tirar a canasta.

Ash resopló.

—Deja de poner en ridículo al género masculino, celta.

—Cierra el pico, T-Rex. —Tiró a canasta y falló.

Ash se colocó delante de Toby con los brazos en jarras.

—¿Preparado, campeón?

—Preparado.

Ash lo cogió en brazos antes de mirar a Tory.

—¿Sabes jugar?

—Estoy un poco oxidada, pero sí.

La desafió con una sonrisa.

—¿Quieres echar un partidillo?

—Me encantaría.

Talon le pasó la pelota al tiempo que se sentaba junto a Sunshine para beber un poco de agua.

—Estoy harto de que se rían de mí. Véngame, anda.

Tory se quitó la chaqueta antes de botar la pelota. Ash pegó a Toby contra su pecho.

—Venga, Toby, vamos a darle una paliza a la *kiria*.

El niño frunció el ceño.

—¿*Kiria*?

—Señora.

—Ah, vale.

Tory amagó hacia la izquierda y los rodeó mientras corría hacia la canasta. Casi había llegado cuando Toby se apoderó de la pelota y Ash se lo subió a los hombros. Con un grito eufórico lanzó a canasta y anotó.

—Y la multitud enloquece. ¡Bieeeeeeeeen! —gritó Ash, imitando a una horda de fans.

—Esto… ¿Ash? —dijo Zack, que se acercó corriendo a ellos—. ¿Puedo hacer un mate yo también?

—Claro.

Le pasó el niño a Tory, que lo cogió sin problemas. Se le derritió el corazón cuando el niño le rodeó el cuello con sus bracitos, mientras que Ash se colocaba a su hermano sobre los hombros.

Zack hizo un mate y levantó los brazos en un gesto triunfal mientras brincaba sobre los hombros de Ash.

En ese momento Trish se acercó, meneando la cabeza.

—Muy bien, chicos, dadle las gracias a Ash, que tenemos que irnos. Además, el siguiente partido está a punto de empezar.

Toby estaba para comérselo con el puchero que hizo.

—¡Mamá! —protestó Zack mientras Ash lo dejaba en el suelo para coger a Toby y llevarlo a su silla de ruedas.

—No te preocupes, campeón. Le daremos otra paliza a Zack dentro de un par de semanas, cuando vuelva por aquí.

—Vale, ¡pero no te olvides del sábado que viene! ¡A las nueve en punto!

Ash le hizo un saludo militar.

—A sus órdenes, señor dictador. —Le revolvió el pelo a Zack—. Has jugado de maravilla hoy. Sigue practicando.

—Lo haré. Adiós, Ash.

—Adiós, chicos.

Tory se acercó a él mientras la familia se marchaba.

—Así que no eres tan gilipollas.

Cuando Ash la miró, deseó poder verle los ojos a través de las oscuras gafas de sol.

—De vez en cuando sí que lo soy. Pero exijo una altura mínima para dejar a alguien sin dientes.

Talon resopló al pasar junto a ellos.

—Tiene razón. Y te lo dice uno que sabe bien de lo que habla. Ash no es todo sonrisas y buenas caras.

Sin pensar en lo que estaba haciendo, le colocó las manos en las caderas y se apoyó en su espalda. En cuanto lo hizo, se dio cuenta de que había cometido un tremendo error, ya que la asaltó una oleada de deseo tan fuerte que le costó la misma vida no agarrarle la cara entre las manos para besarlo.

«¡Madre del amor hermoso!», pensó. Estaba empapado de sudor pero no apestaba; todo lo contrario, olía tan bien que estaba deseando hincarle el diente.

Estaba deseando explorar ese pecho musculoso y comérselo a lametones hasta que le suplicase que parara.

Ash era incapaz de respirar por culpa de la dolorosa erección que tenía. Menos mal que no llevaba pantalones ajustados. El simple hecho de pensar que las manos de Tory estaban a escasos centímetros de su entrepierna se la puso todavía más dura.

Tory carraspeó y se apartó de él.

—¿Cuántos partidos te quedan por arbitrar?

—Dos.

—Vale. Me vuelvo a mi sitio a seguir comiendo tortitas. Buena suerte con los niños… Ah, y que sepas que mi preferido es el chiquitín de allí, el que se está hurgando la nariz.

Ash no dijo nada mientras ella regresaba junto a Sunshine. Tuvo que echar mano de todo su autocontrol para no pegarla contra su cuerpo.

Talon le dio la pelota.

—¿Estás bien, T-Rex?

—Claro, ¿por qué lo preguntas?

—Porque en todos los siglos que hace que te conozco nunca te he visto así con una mujer.

—¿Así cómo?

Talon soltó una carcajada.

—Tío, no creo que haga falta que te lo explique. —Le echó una rápida miradita a su entrepierna.

Ash se tensó mientras comprobaba que en sus pantalones no hubiera una tienda de campaña. Solo le faltaba que fuera tan evidente.

Por suerte, no se le notaba.

Lo que hizo que se preguntara… ¿cómo se había dado cuenta Talon?

De repente, le lanzaron una pelota a la cabeza. La atrapó y se llevó el silbato a los labios para indicarles a los jugadores que el partido estaba a punto de comenzar.

Tory seguía pasmada por lo que había sucedido. Por lo mucho que deseaba catar a ese hombre…

Sunshine se limpió las migas de la falda.

—¿Seguro que solo sois amigos?

Intentó hacerse la tonta.

—¿A qué te refieres?

—Ash nunca ha dejado que nadie lo toque desde atrás. Si alguien se le acerca por la espalda, suele apartarse de un salto. El hecho de que ni siquiera se haya movido es… altamente sospechoso.

Frunció el ceño al escucharlo.

—No sabía que le molestara. Hemos venido en su moto y yo iba de paquete.

Sunshine la miró con los ojos como platos.

—¡Qué fuerte! Eres especial.

—¿En serio?

—Cariño, confía en mí. Lo que acabas de hacer es un milagro de los grandes. Ojalá pudieras apreciar lo importante que es.

Tory bebió un sorbo de agua mientras observaba a Ash con un grupo de niños algo mayores. De repente, al verlo rodeado de niños y al preguntarse por el enigma de su pasado, tuvo un mal presentimiento sobre su infancia.

Solo se le ocurría un motivo por el que le molestase tanto que alguien se le pusiera a la espalda. Y la simple idea le revolvió el estómago.

«Cada vez que he cometido el error de confiar en alguien, he acabado arrepintiéndome y pagándolo muy caro. Me alegro muchísimo de que nadie te haya hecho daño. Pero yo no he tenido tanta suerte, ¿vale?»

El recuerdo de sus palabras le dejó un mal sabor de boca.

«Por favor, que me equivoque…», pensó mientras lo veía pitar una falta.

Sin embargo y cuanto más lo pensaba, más sentido tenía. Alguien le había hecho mucho daño en el pasado. Tanto daño que ni siquiera era capaz de enfrentarse a lo que le había sucedido.

Por ese motivo ocultaba sus ojos al mundo. Por ese motivo se ponía *piercings* en la cara, una cara que pedía a gritos que la acariciasen… Por ese motivo se vestía con ropa que mantenía apartada a la gente. Para evitar que alguien se le acercara.

Cerró los ojos. Le costó la vida misma no levantarse. Le costó la vida misma no lanzarse a por él para abrazarlo con fuerza. Y prometerle que estaba a salvo. ¡Qué cosas más tontas se le ocurrían! Ash era un tío enorme y peligroso. ¿Cómo iba a necesitar que ella lo protegiera?

Aunque no siempre fue tan grande…

Dio un respingo al recordar lo que le había dicho sobre sus padres. ¿Qué le habrían hecho?

No dijo nada más hasta que terminó el partido. Ash y Talon se quedaron al otro lado de la cancha para hablar con Perry.

Sunshine ya estaba recogiendo las cosas cuando su marido se acercó a las gradas.

—¿Te lo has pasado bien, cariño? —le preguntó a Talon.

Él le sonrió.

—He pensado que deberíamos tener un par de pequeñajos de estos.

—Cuando tú quieras. Mi madre se muere por ser abuela.

Esa respuesta le valió un apasionado beso de su marido.

—Sí, vámonos a casa para ponernos manos a la obra…

Sunshine se apartó de él con una sonrisa antes de darle el bolso.

—Tú delante.

Talon se quedó sin aliento un segundo, pero se recuperó pronto.

—Ha sido un placer conocerte, Tory —dijo, mirándola.

—Lo mismo digo.

Sunshine se colgó del brazo de su marido.

—No te olvides de lo que te he dicho. Si nos necesitas…

—Os llamaré.

Ash se quitó el silbato y lo devolvió al bolsillo mientras se acercaba a ella.

—Espero que no te hayas aburrido viendo los partidos.

—No, la verdad es que ha sido divertido. Tienes unos amigos estupendos.

—Cierto.

Ash se inclinó para recoger su abrigo. En cuanto lo hizo, Tory decidió poner a prueba su teoría. Extendió el brazo y le acarició el cuello por debajo de la goma de la coleta. En ese momento se le enganchó el anillo en el pelo y le dio un pequeño tirón.

Ash siseó y le cogió la mano para apartársela del pelo con muy malos modos.

—No vuelvas a tocarme así jamás. —Estaba tan enfadado que creyó que iba a golpearla.

Tragó saliva para librarse del tremendo nudo que se le había formado en la garganta.

—Nunca te haría daño, Ash.

Sin embargo, él no dijo nada. Se limitó a recoger la mochila y el casco del suelo y a echar a andar hacia la puerta.

Tras recoger su cazadora y su casco, lo siguió mientras intentaba contener las lágrimas.

—¿Ash?

Él no se detuvo hasta llegar a la moto. Lo vio sujetar las llaves con los dientes para ponerse el abrigo.

—¿Ash? —repitió—. Lo siento. No quería molestarte.

Ash intentó tranquilizarse. Sabía que Tory no había hecho nada malo. Solo que…

Apretó los dientes cuando lo asaltaron los recuerdos. Si fuera por él, se raparía la cabeza, pero si había algo que odiara más que el hecho de que lo cogieran del pelo era sentir cualquier cosa, sobre todo el aliento o la brisa, en la nuca. Detestaba que la gente respirara junto a su oído o se pegara a él, sobre todo por la espalda. A pesar de todo el tiempo que había pasado, una caricia, un soplo de aliento, podía hacer que volviera a sentirse insignificante. Podían hacer que se sintiera…

Como un puto.

Claro que Tory no formaba parte de su pasado. Ella no era Artemisa, que usaba esas tácticas para recordarle la posición que ocupaba en su mundo. Para recordarle que debería darle las gracias por concederle un mínimo de dignidad.

Tory solo era una mujer que había tocado a un hombre sin saber las cicatrices que llevaba en el alma.

Soltó un largo suspiro mientras se calmaba.

—Siento haber reaccionado de esa manera. Es que no me gusta que la gente me coja del pelo.

—Tomo nota. No volveré a hacerlo.

Asintió con la cabeza al escucharla.

Tory levantó el casco, pero se detuvo al ver que Ash cerraba los ojos, se quitaba las gafas de sol y se ponía su propio casco. ¿Se daba cuenta de lo que hacía o se había convertido en un hábito tan mecánico que ya era inconsciente?

—¿Ash?

Se volvió para mirarla mientras se abrochaba el casco.

—Creo que tienes los ojos más bonitos que he visto en la vida.

Ash se quedó de piedra por lo mucho que lo conmovieron sus palabras. Aunque no tardó en recordar que Artemisa también le había dicho algo similar… antes de insultarlo por tener esos ojos.

«No te dejes engañar», se dijo.

—Gracias —respondió con voz ronca al tiempo que se subía a la moto.

Después de que asegurara la mochila sobre el depósito de gasolina que tenía detrás, Tory se subió y se sentó con los muslos pegados a sus caderas.

Esperó a que lo asaltara la conocida sensación de asco, pero no fue así. Cuando ella lo abrazó por la cintura y se apoyó en su espalda, descubrió que le gustaba la experiencia. Arrancó el motor y clavó la mirada en esas elegantes manos entrelazadas sobre su estómago.

Jamás había permitido que otra persona se subiera en la moto con él… ni siquiera Simi.

Cuando Tory lo abrazó con fuerza, le costó la misma vida no bajarla de la moto y tirársela como un animal en celo en mitad del aparcamiento, hasta

que apaciguara el fuego que lo consumía. Claro que él nunca le haría eso. Él no era un animal y ella era…

No había palabras para describirla. Era frustrante, terca.

Y maravillosa. Absolutamente maravillosa.

Le dio un leve apretón en las manos antes de coger el manillar.

—Agárrate fuerte.

—Eso pienso hacer, Aquimou.

Soltó una carcajada al escuchar el diminutivo griego de su nombre, un diminutivo cariñoso además. Nunca había querido que nadie lo usara, de modo que con el paso del tiempo adoptó la pronunciación anglófona de su nombre y se quedó con el diminutivo «Ash» para evitar que alguien hiciera lo que ella acababa de hacer.

Sin embargo y por alguna razón que se le escapaba, no le importaba escucharlo de sus labios.

Sorprendido por esa circunstancia, salió del aparcamiento en dirección al barrio de Tory. No habían recorrido ni una mínima parte del trayecto cuando sintió un escalofrío en la columna…

Los estaban siguiendo.

Al mirar por encima del hombro vio un coche gris que se acercaba a ellos y se percató de que el coche que tenían delante aminoraba la marcha. Quería adelantar a ese coche, pero había demasiado tráfico en sentido contrario y, de repente, lo vio frenar en seco.

Apretó los frenos con todas sus fuerzas justo cuando el hombre que estaba en el asiento trasero del coche se volvía y empezaba a dispararles.

—¡Agárrate! —rugió cuando las balas impactaron en su cuerpo.

Si fuera humano, estaría muerto. Como no lo era, erigió un escudo protector alrededor de ambos para evitar que alguna bala le diera a Tory y que él sufriera más daño.

Metió una marcha más corta y aceleró al máximo para rodear el coche por la derecha, subiéndose a la acera en su intento de fuga.

Tory se aferraba a Ash con todas sus fuerzas, presa del pánico. No sabía cómo se habían librado de las balas, pero daba las gracias al cielo.

Al echar un vistazo por encima del hombro, vio que los perseguían los dos coches.

Ash tomó una curva tan inclinado sobre el asfalto que casi temió que Tory acabara en el suelo aun con la ayuda del escudo protector. Descubrió que no le había mentido. Tenía que ser una experta motera si era capaz de seguir en la moto después de una curva así.

Sopesó la idea de utilizar sus poderes para salir de ese apuro, pero eso delataría su condición divina a los ojos de Tory, y podía darle un pasmo al darse cuenta de que se habían teletransportado a su jardín. Nada de trucos, era un dios. Seguro que podía dejarlos atrás.

O eso creía hasta que un tercer coche les cortó el paso. Giró a la izquierda al mismo tiempo que un cuarto coche los embestía y rozaba su rueda trasera.

Sintió cómo perdía el control de la moto. Antes de que pudiera hacer nada, salieron despedidos por el aire. Tuvo tiempo de asegurarse de que Tory seguía protegida por el escudo justo antes de golpearse contra el suelo, sobre el que se deslizó varios metros.

«¡A la mierda las consecuencias!»

Estaba a punto de teletransportarlos a casa de Tory cuando el coche que los había golpeado lo atropelló. Gritó de dolor cuando las ruedas le pasaron por encima de las piernas. Incapaz de concentrarse por el agónico dolor, dejó caer el escudo que protegía a Tory justo cuando esta caía sobre un grupo de contenedores metálicos de basura situados alrededor de un poste.

Intentó seguir respirando mientras se le llenaban los ojos de lágrimas. Volvió a rodear a Tory con el escudo protector para evitar que sufriera más daño o que perdiera el conocimiento y después se puso en pie.

El dolor lo abrumó. Cierto que era un dios, pero no era inmune a las heridas. No podían matarlo, pero sí le dolían a rabiar.

Los hombres le dispararon.

Movió las manos, de modo que las balas se volvieran contra ellos. La furia se apoderó de él mientras los mataba sin remordimientos por haber intentado matar a Tory.

A todos excepto a uno…

Un hombre bajito y delgado que se agazapaba tras el Audi marrón que le había pasado por encima.

—¿Quién coño eres? —le preguntó, furioso.

El hombre no respondió.

Lo cogió del cuello y lo estampó contra el capó del coche.

—¡Contéstame!

Aunque no le hacía falta… En un abrir y cerrar de ojos, lo supo todo sobre él y la organización para la que trabajaba.

«No me mates, por favor…»

Escuchó las voces del pasado del hombre. Las voces de las personas que le habían suplicado por sus vidas y a quienes ese capullo había matado sin compasión alguna.

Que le dieran.

Le aplastó la laringe y lo dejó, ya muerto, sobre el capó del coche sin importarle que alguien viera lo que había hecho. Aunque su sed de venganza seguía sin aplacarse, miró a Tory, que yacía inmóvil en el suelo.

Mientras se acercaba se dio cuenta de que le sangraban las piernas y de que tenía el resto del cuerpo cubierto de heridas porque no contaba con la protección de la cazadora que le había prestado a ella. Sin embargo, nada de eso le importó al arrodillarse a su lado. Le quitó el casco con mucho cuidado para examinar las heridas que tenía a un lado de la cara. Estaba sangrando por la boca.

Tiró el casco al suelo. El miedo y el dolor se apoderaron de él mientras le buscaba el pulso. Tenía que estar bien. Tenía que estarlo… El miedo le provocó un nudo en el estómago hasta que dio con el débil latido.

El alivio lo dejó al borde de las lágrimas. Seguía viva, pero las heridas internas la habían debilitado mucho.

Extendió la mano y la mochila apareció en ella. Tras colgársela al hombro, cogió a Tory en brazos y se teletransportó al hospital de Tulane. Entró cojeando por la zona de urgencias aferrándola con fuerza contra su pecho.

Por suerte, vio a una persona conocida en el mostrador de admisión.

Wanda, una mujer negra entrada en carnes, se quedó boquiabierta al verlo acercarse al mostrador.

Estaba a punto de llegar cuando le falló una pierna. Aunque estuvo en un tris de acabar en el suelo, no pensaba permitirlo. No mientras llevara a Tory en brazos. Tenía que conseguirle ayuda.

—¡Madre de Dios, Ash! ¿Qué ha pasado?

No pudo contestarle. Se quedó sin palabras cuando sintió que Tory exhalaba su último aliento y moría en sus brazos.

10

Ash se postró de rodillas en mitad de la sala de admisión de urgencias, consumido por el dolor de sus heridas, por una angustia abrumadora y por una oleada de furia. No sabía por qué, pero la idea de que Tory no viviera lo afectaba tanto que ni siquiera podía respirar.

—Tory —masculló al tiempo que la sujetaba contra su hombro y le inmovilizaba la cabeza con la mano libre. Estaba muy fría, pensó mientras la zarandeaba con suavidad—. ¡Hostia, Tory, no te atrevas a morirte en mis brazos!

Wanda llegó en ese momento acompañada por un médico y varios enfermeros. Lo agarró por los hombros mientras el médico le quitaba a Tory de los brazos.

Aunque deseaba forcejear para impedir que se la llevaran, sabía que no debía hacerlo. Tenían que salvarla.

«No interfieras. No… interfieras», se repetía una y otra vez.

Las manos de Wanda lo tocaban con ternura, pero no eran las que él quería sentir.

—¿Ash? —lo llamó la mujer con la voz quebrada.

Ni siquiera pudo responder mientras los escuchaba pedir un equipo de parada a voz en grito y se la llevaban en una camilla sin pérdida de tiempo.

Siguió arrodillado en el suelo con el abrigo ensangrentado desplegado en torno a él, observando cómo se alejaban por el pasillo mientras su alma le pedía a gritos que se vengara de aquellos que le habían hecho daño.

—Creo que está en estado de shock.

Alguien lo tocó. Gruñó al sentirlo y apartó al interno de un empujón cuando se puso en pie. Se plantó con firmeza en el suelo con las piernas

separadas.

—No estoy en estado de shock. Estoy bien.

El interno miró a Wanda con los ojos desorbitados.

—Cariño —le dijo Wanda, rozándole el brazo con mucho tiento—. No estás bien. —Sus ojos lo recorrieron de arriba abajo, reparando en sus heridas—. Tienes heridas graves y necesitas que te vea un médico.

Ash se limpió algo húmedo que le caía por la cara. Pensó que era sudor, pero al mirarse la mano vio que estaba manchada de sangre. Tenía una herida en la sien. ¿Cómo iba a explicarles que se curaría solo? Si no lo estuvieran mirando, usaría sus poderes para librarse de las heridas.

La que no podía curarse sola era Tory. Ella era la que había muerto.

—Estoy bien. Te lo juro. Solo necesito ir al baño.

El interno no estaba muy convencido, pero nadie lo detuvo cuando se alejó de ellos y entró en el servicio. Una vez dentro lo consumió una cólera abrasadora. Su ansia de sangre era tal que sintió cómo se le ponían los ojos rojos. Hizo aparecer unas gafas de sol para ocultarlos antes de que alguien saliera de algún retrete y lo viera en toda su gloria inmortal.

Tal era la magnitud de su ira que de su cuerpo surgió un rayo que provocó un cortocircuito en la instalación eléctrica del aseo. Sobre él cayó una lluvia de chispas procedente de las bombillas del techo mientras intentaba recuperar el control.

«Sálvala.»

Podía devolverla a la normalidad solo con pensarlo. Sin cortes. Sin heridas.

«El simple hecho de lanzar una piedra puede hacer que todo cambie…», recordó la voz de Savitar en su cabeza. ¡Cómo detestaba esa parte de su conciencia! Su etapa como humano había sido un desastre por culpa de los dioses y sus intervenciones para controlar su destino. Para resucitarlo de entre los muertos.

Cayó de rodillas al suelo y gritó para ventilar el agónico dolor que lo invadía. Después enterró la cara en un brazo e intentó recuperar la cordura. No podía hacerle eso a Tory. No podía arriesgarse a que el mundo sufriera por devolverle la vida a ella. Si estaba escrito que muriera, debía morir. Se negaba a alterar el destino.

«¡A la puta mierda el destino! ¡Joder, Apóstolos, eres un dios! ¡Acepta tu destino! ¡Sálvala!», le decía una voz.

«Que puedas hacerlo no significa que debas hacerlo.» Esa era la norma que había regido toda su vida.

—No te mueras, Tory —susurró, a sabiendas de que no traicionaría su palabra. Se negaba a hacer lo mismo que habían hecho con él todos los que habían jugado con su destino en vez de dejarlo tranquilo.

Asqueado por su cobardía, se miró en el espejo y dio un respingo. Con razón todos se habían acojonado al verlo. Parecía un muerto viviente. Tenía la cara amoratada y la ropa, ensangrentada y desgarrada. Podría cambiarse en ese momento, pero el personal del hospital lo miraría con recelo si salía totalmente curado. Así que se lavó la cara y regresó a la sala de admisión, donde lo esperaba Wanda. Se le paró el corazón cuando vio en su mano la cazadora de cuero que Tory llevaba puesta.

—Han logrado reanimarla —le dijo con una sonrisa—. Está en el quirófano.

Cogió la cazadora, increíblemente aliviado.

—Gracias, Wanda.

Ella le hizo un gesto con la cabeza.

—¿Seguro que no quieres que te examine un médico?

—Seguro.

Ella meneó la cabeza, decepcionada por la negativa.

—En fin, te acompañaré a la sala de espera. ¿Puedes ir rellenando los formularios con la información de tu amiga?

—La verdad es que no conozco sus datos. Pero sabes que me haré cargo de la factura. Cueste lo que cueste.

—Lo sé, corazón. —Le dio unas palmaditas en el brazo y lo instó a caminar hacia los ascensores—. Necesitamos los nombres de sus familiares más directos.

—Megera y Theo Kafieri. Theo es su abuelo y vive en Nueva York. Gery, su prima, vive en Grecia.

—De acuerdo. Te acompañaré y luego te llevaré los formularios.

Ash se sumió en el silencio mientras caminaban hacia los ascensores, como tantas otras veces había hecho con Simi cuando iban al hospital para

realizar su labor de voluntarios. Así fue como conoció a Wanda un par de años antes. Su padre, al que acababan de hacerle un bypass, estaba ingresado en la planta donde él repartió los regalos de Navidad. Desde entonces eran amigos.

Lo llevó a una sala pequeña, fría y desangelada… como él.

—¿Necesitas algo? —le preguntó.

Negó con la cabeza. Lo que necesitaba era saber cómo estaba Tory. Pero sus poderes no le servían de nada en ese caso.

—Vale. Vuelvo enseguida —se despidió Wanda.

Se sentó para descansar las piernas, que todavía le dolían después de que el coche las aplastara. Al moverse, captó el perfume de Tory, procedente de la cazadora. Se la acercó a la nariz, la olió y estuvo a punto de echarse a llorar. El miedo a perderla fue tan grande que comenzaron a temblarle las manos y no supo por qué. Apenas se conocían.

Sin embargo, ansiaba irrumpir en el quirófano en ese mismo momento para salvarla.

«Al final todo se jode», le recordó su mente, reprochándole que se hubiera encariñado de una simple humana. Solo tenía que recordar lo bien que lo había tratado Artemisa al principio. Le hizo regalos, se aseguró de que estuviera cómodo… y después se revolvió contra él la primera vez que no la complació. A partir de aquel momento, esa fue la rutina de la relación, y siempre era él quien salía perdiendo.

«Tory no podía ni verte al principio y luego cambió…», se dijo.

Sonrió al recordarla mientras le arrojaba el martillo a la cabeza. Tenía mucho carácter. Y era lista. Y graciosa. Y sobre todo lo trataba como si fuera un tío normal. Claro que no sabía lo que era, pero a diferencia de otra gente, no lo magreaba ni parecía estar a punto de abalanzarse sobre él.

Lo trataba como si fuera un hombre normal y corriente.

—¿Ash?

Levantó la cabeza y vio a Kim, la amiga de Tory. Era evidente que estaba asustada y muy preocupada. Tenía los ojos clavados en la cazadora ensangrentada que él tenía en la mano.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó él.

—Trabajo aquí, ¿no lo recuerdas? En obstetricia y ginecología. Tengo una amiga en urgencias que me ha dicho que acaban de ingresar a Tory. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿No deberías estar en urgencias tú también para que alguien te atienda?

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Tuvimos un accidente con mi moto.

Kim tragó saliva y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Tory está bien?

—Me han dicho que la han llevado a quirófano. Estoy esperando noticias.

Se sentó a su lado.

—No te ofendas, pero al verte parece que tú también necesites un quirófano con urgencia.

—Sobreviviré.

Kim lo miró con evidentes dudas al respecto.

—¿Por qué no me das tu número de móvil y yo te llamo en cuanto sepa algo de Tory? Sabes que no voy a moverme de aquí y tú necesitas que te vea un médico, además de lavarte un poco. —Entornó los ojos al reparar en el agujero de los vaqueros por el que se veía la herida que tenía en el muslo —. Y es una orden, no una sugerencia.

Ash asintió al comprender que tenía razón. Así no estaba ayudando a nadie, y además tenía otro asunto que atender. Le dio su número de móvil, salió de la sala de espera y se encaminó a los ascensores. En cuanto estuvo a solas, se teletransportó al templo de Artemisa en el Olimpo.

Abrió las puertas dobles hirviendo de furia, de tal forma que ambas hojas se estamparon contra la pared. Las *korai* gritaron y salieron corriendo para dejar a la diosa a solas con él.

Artemisa se sentó hecha una furia y le lanzó una mirada furibunda.

—¿Por qué estás hecho tizas?

—¡Trizas! —la corrigió mientras se acercaba a ella de forma amenazadora—. ¿No lo sabes?

—¿A qué te refieres? ¿A las pintas que traes? Estás asqueroso y apestas. ¿Por qué no te das un baño antes de venir a verme?

—Porque me ha atropellado un coche después de que me estuvieran persiguiendo a tiros, Artie.

—¿Y yo qué culpa tengo, eh?

Respiró hondo y contó hasta diez para no matar a la madre de su hija. Aunque, a decir verdad, Katra ya era una mujer hecha y derecha que no necesitaba a su madre para nada…

—¿Te suena la palabra Atlanticoinonia?

—¿Sí? ¿Y qué? —La arrogancia de su mirada fue la gota que colmó el vaso.

—Artemisa —dijo con los dientes apretados y apelando a todas sus fuerzas para no hacerle daño—, han intentado matarme. Y, como puedes ver, no estoy muy contento que digamos.

La diosa se quedó blanca.

—Se suponía que nunca debían hacerte nada. Nunca.

—Claro —replicó con voz demoníaca—, sus órdenes eran las de matar a una humana inocente. Pero daba la casualidad de que estaba conmigo cuando la atacaron.

Artemisa lo miró con sorna mientras restaba importancia a su furia y a su preocupación.

—¿Qué más da la humana? Mi intención era la de protegerte.

—No, Artemisa. Sé muy bien lo que contiene el diario perdido. Mi dignidad te importa una mierda. Lo que quieres es salvar tu pellejo.

—¿Eso significa que eres tú quien tiene el diario? —preguntó al tiempo que se reclinaba en el diván en un intento por alejarse de él.

La pregunta lo detuvo en seco.

—Creía que lo tenía tu gente.

Artemisa puso cara de asco.

—Si fuera así, ¿qué sentido tendría ir detrás de esa zorra?

El insulto a Tory lo cabreó todavía más.

—No es ninguna zorra. Controla a tu jauría. Lo digo en serio.

La diosa se puso de rodillas para mirarlo sin acobardarse.

—¿Y si no te obedezco? También son humanos inocentes. ¿Vas a matarlos?

El deseo de apretar ese cuello perfecto y alargado hasta estrangularla fue tal que sintió un hormigueo en las manos.

—No estoy jugando.

—¡Yo tampoco! —chilló ella—. Ese diario es una amenaza y no me detendré hasta conseguirlo.

Siseó, enfurecido, pero Artemisa no retrocedió. En cambio, echó la cabeza hacia atrás, orgullosa del desafío que representaba.

—No vas a hacerme daño. Lo sé. Quieres demasiado a Katra. Si su padre matara a su madre, se quedaría desolada. Debería haberos presentado hace mucho tiempo. Mientras cuente con su amor, sé que estoy a salvo de tu cólera.

Ash levantó las manos como si fuera a estrangularla de verdad, pero ambos sabían que no podía hacerlo. Artemisa tenía razón. Por muy enfadado que estuviera, nunca le haría nada porque eso destrozaría a su hija.

Artemisa esbozó una sonrisa seductora.

—Te he echado de menos —le dijo al tiempo que le pasaba un brazo por la cintura.

Él la alejó de un empujón.

—Si valoras un poco tu miserable vida, aléjate de mí.

Se trasladó del Olimpo a Katoteros.

Urian iba de camino a la puerta del salón principal cuando él entró.

—¿Qué narices te ha pasado? ¿Te has peleado con Artemisa o qué?

Ash torció el gesto.

—Urian —le dijo al ex daimon—, el día menos pensado te voy a arrancar la cabeza de una hostia.

Urian se echó a reír.

—Pero no va a ser hoy. Más que nada porque no pareces estar en condiciones de hacerle daño a nadie. En serio, ¿qué ha pasado?

—Me he cargado la moto.

Urian puso los ojos en blanco.

—Vale, no me lo digas. Da igual.

Ash soltó una risotada al comprender lo absurda que sonaba su respuesta. Era la primera vez que se cargaba una moto. Molesto, enfadado

con Artemisa y preocupado por Tory, se detuvo para mirar a Urian.

—Uri, creo que lo mío no es normal.

—¿Y ahora te das cuenta? Joder, eres más lento que el caballo del malo.

Hizo una mueca furiosa y echó a andar para alejarse de Urian, pero este lo detuvo.

—Era una broma. Se suponía que debías reírte.

—No estoy de humor para bromas.

Urian asintió con la cabeza.

—¿Qué ha pasado?

Ash titubeó. No era normal en él hablar con la gente de sus cosas. Sin embargo, había una pregunta que lo estaba carcomiendo por dentro.

—¿Qué es lo que me pasa para que solo me pongan las mujeres que no pueden ni verme?

Urian resopló al escucharlo.

—Tienes razón. Lo tuyo es muy grave. —Le aferró un hombro—. En dos palabras, hermano. Necesitas un loquero.

—Eso son tres palabras.

—La ocasión requería el aumento. Y hablando de aumentos, tienes visita. Quiere ser tu nuevo amigo.

Ash soltó un taco al comprender quién lo estaba esperando.

—¿Quién coño lo ha soltado?

—El fantasma de esa chica que quiere ver cómo hacéis las paces con un besito.

Ash apretó los dientes.

—Prefiero que me den en la cabeza con el martillo que me lanzó Tory.

—¿Tory?

—Es una historia muy larga. —Soltó un suspiro cansado—. Gracias por avisarme. Voy a quitármelo de encima.

Se encaminó hacia la puerta del salón del trono. Cuando pasó sobre el emblema situado en el centro del vestíbulo, su ropa cambió a la *foremasta* atlante y el pantalón negro de cuero. Abrió la puerta y se encontró a Stig.

Ver a su gemelo siempre le provocaba un sobresalto. Porque le recordaba el pasado. La brutalidad. La injusticia que fue su vida.

En contra de su voluntad, escuchó la voz ebria de Estes al oído, mientras lo violaba y lo agarraba del pelo.

«¿Cómo te atreves a hacer que te desee tanto? Te odio por lo que me haces sentir, puto asqueroso. ¡Te odio!»

Lo único que su tío le había dado a manos llenas habían sido palizas e insultos.

Y allí estaba Stig, una réplica perfecta de sí mismo con el pelo rubio y los ojos azules que él habría dado cualquier cosa por poseer.

Apartó la mirada mientras se recordaba que era un dios y no un puto despreciable a merced de la crueldad de su hermano.

—No estoy de humor para aguantarte hoy, Stig. La poca paciencia que me quedaba se agotó hace unos dos minutos.

—Lo sé. Puedo notar tus cambios de humor.

Ash le lanzó una mirada amenazadora.

—Fue un regalo de Artemisa cuando me dejó en el Tártaro y Mnemósine me entregó tus recuerdos —le explicó su hermano de forma sarcástica—. Solo he venido para pedirte un favor.

Las palabras de Stig lo enfurecieron de tal modo que su piel se volvió azul.

—¿Cómo te atreves a pedirme un favor? —preguntó al tiempo que lo atravesaba con la mirada.

Stig retrocedió y asintió antes de hincar una rodilla en el suelo.

—Te lo pido como hermano. Se lo suplico al dios.

Si no hubiera estado tan enfadado, se habría echado a reír. ¿Qué se traía Estigio entre manos?

—Como dios, exijo un sacrificio a cambio de ese favor.

—Te doy mi corazón.

Eso le hizo fruncir el ceño.

—No lo entiendo.

Stig levantó la cabeza y lo miró con tal sinceridad que lo abrasó.

—Te ofrecí mi lealtad, pero no fue suficiente. Así que ahora te ofrezco mi corazón. Si te miento o te traiciono, puedes arrancármelo cuantas veces quieras. O encadenarme a la roca de Prometeo.

Eso haría si se le ocurría traicionarlo de nuevo.

—¿Qué favor quieres?

La mirada de Stig se tornó angustiada mientras susurraba:

—Déjame marchar. No puedo seguir viviendo aquí, aislado de la gente. Solo. Desterrado. Solo quiero tener la oportunidad de vivir la vida que ninguno de los dos pudimos disfrutar.

En cualquier otro momento se habría reído en su cara. Pero ese día en concreto entendía perfectamente a su gemelo, ya que compartía el mismo anhelo. Lo que les habían hecho no era justo. La vida de Stig no debería haber estado vinculada a la suya y debido a ese vínculo, su gemelo también lo había perdido todo: familia, vida y hogar.

Quizá un nuevo comienzo los beneficiara a ambos.

—De acuerdo, hermano. Tendrás todo lo que necesitas para empezar desde cero. —Y con eso, extendió una mano y envió a Stig a Nueva York, donde el príncipe pasaría inadvertido entre los habitantes de la ciudad. Además, como apenas iba por allí, esperaba no volver a verlo en la vida.

Stig tenía razón. Podría matarlo cuando le diera la gana. Mejor dejarlo vivir la vida que fuera capaz de labrarse. Le deseaba toda la suerte del mundo.

Y sobre todo le deseaba que encontrara la paz que les habían negado a ambos.

—¿Simi?

La había retenido demasiado tiempo en su cuerpo, en contra de su voluntad.

Ella abandonó su brazo y se materializó a su lado. Le lanzó una mirada furiosa mientras bostezaba.

—Akri ha dejado a su Simi mucho tiempo en su brazo. Simi se cansa y se enfada. ¿Por qué le haces eso, akri?

Él le tomó la cara entre las manos y le besó la frente.

—Lo siento, nena. Por eso te he traído a Katoteros. Tienes que quedarte un tiempo con tu hermana y con Alexion.

Simi lo miró con el ceño fruncido.

—¿Y tú qué, akri? Has estado muy triste, pero no has dejado que Simi se apartara de ti y…

—Lo sé. Tenía cosas que hacer y no quería que te hicieran daño. Quédate aquí, Simiqui.

Simi sonrió de oreja a oreja al escuchar el apelativo cariñoso que él usaba cuando era pequeña.

—Simi se quedará si akri le promete llamarla cuando necesite su ayuda.

—Lo prometo.

—Muy bien —replicó ella, alzando un dedo—, porque Simi sabe que akri no puede romper su palabra.

Ash sonrió antes de ofrecerle su American Express negra.

—Vete a comprar.

Simi soltó un chillido y se acercó corriendo al televisor para encenderlo.

Con la intención de estar un rato a solas, Ash caminó por el palacio en vez de teletransportarse de un sitio a otro. En ocasiones, el hecho de caminar y de comportarse como un humano normal era más importante para él que todos sus poderes divinos juntos.

«Que puedas hacerlo no significa que debas hacerlo.»

Había ciertas cosas que no se podían hacer. De ahí que no les hubiera sonsacado nada a las criaturas con las que había hablado para que le dijeran algo sobre su futuro. De ahí que no hubiera curado a Tory. Había ciertas lecciones, por duras que fueran, que había que aprender a base de sufrimiento. Aunque fuera un dios.

Sin embargo, en ese momento estaba cansado de aprender lecciones. Lo que quería era paz y consuelo, y no había nadie a quien pudiera acudir para conseguirlos. Así que entró en su dormitorio y cogió su guitarra, que estaba apoyada en su soporte. Tenía unas cuantas guitarras repartidas por los distintos apartamentos que poseía en el mundo, pero esa…

Esa era la niña de sus ojos. Una Fender James Burton Telecaster con mástil de arce y cuerpo de color negro adornado con unas sinuosas llamaradas rojas. Tenía el mejor sonido que había escuchado nunca. Sí, en su poder había otras guitarras más caras, pero ninguna que sonara tan bien como esa.

Simi le había grabado un mensaje en la parte posterior: «*Allagapi akri, simi*». Que en caronte significaba: «Simi quiere a su akri».

Cada vez que lo veía, esbozaba una sonrisa y el corazón le rebosaba de amor por ella. Simi era la única que le arrancaba una sonrisa por muy cabreado o triste que estuviera, pero ese día en concreto no podía consolarlo.

Se sentó en la cama y comenzó a tocar. Sin darse cuenta, atacó *Wish you were here*[2] de Pink Floid. Una canción que se le había quedado grabada desde la primera vez que la oyó. Porque parecía que el autor hubiera plasmado en la letra lo que él guardaba en su corazón. Hablaba de las decisiones que cambiaban una vida y del modo en el que las interpretaciones personales afectaban tanto a las situaciones como a los sentimientos.

El problema en ese momento era que sus sentimientos estaban tan enfrentados entre sí que no era capaz de aclararse las ideas. Se sentía dividido entre lo que debía hacer y lo que quería hacer.

Se sentía dividido entre tres mujeres, enfrentadas entre sí y enfrentadas con él. Su madre, que quería destruir el mundo. Artemisa, que quería matar a Tory. Y Tory, que quería exponerlo para limpiar la reputación de su padre.

Incapaz de soportarlo, se levantó y soltó la guitarra en la cama.

—Soy un dios.

Sí, ¿y de qué le servía? Seguía atado a Artemisa, controlado por ella. Y el miedo que lo atenazaba era el mismo que sentía en su etapa humana. De hecho, estaba más asustado en esos momentos por culpa de sus poderes. Bastaba con una sola palabra suya para que el mundo llegara a su fin. Sus decisiones no solo afectaban a su propia vida, sino a las vidas de todos los demás.

Solo había que recordar el caso de Nick. Si hubiera sido un humano normal y corriente, se habría conformado con darle una buena paliza a Nick después de descubrir que se había acostado con Simi. Sin embargo, como era un dios, había hecho que Nick se suicidara y, para llegar a ese punto, el destino había sesgado la vida de la madre de Nick y la de la hermana de Tabitha y Amanda.

Cómo aborrecía ese poder en concreto. O más bien lo que aborrecía era la responsabilidad que conllevaba.

—Solo quiero estar solo…

En ese momento alguien llamó a la puerta, interrumpiendo sus reflexiones. Soltó un suspiro cansado mientras se preguntaba qué habría pasado.

—¿Qué?

La puerta se abrió y apareció Urian, que lo miró con expresión velada.

—Creo que tenías razón, lo tuyo no es normal.

Ash lo miró con los ojos entornados.

—Espero que eso no vaya con segundas, porque con el cabreo que tengo ahora mismo puedes acabar llevándote una buena patada en el culo.

Urian se echó a reír.

—No va con segundas. —Entró en el dormitorio y cerró la puerta—. En serio. Estoy dándole vueltas a lo que me dijiste al llegar. No tanto a las palabras en sí, sino a lo que encierran. Sé que sería más inteligente mantenerme al margen, pero me salvaste la vida, aunque lo hicieras en contra de mi voluntad, y me siento en deuda contigo.

Frunció el ceño, porque esas palabras le recordaron que a él también lo habían resucitado en contra de su voluntad.

—No debería haber intervenido en tu destino, Urian, y siento mucho que hayas sufrido por mi culpa.

Los ojos de Urian lo miraron con una expresión atormentada, pero también agradecida.

—En fin, creo que debo estarte agradecido. Si hubiera muerto, Phoebe me habría seguido a la tumba al poco tiempo.

Phoebe era la mujer de Urian. Se conocieron cuando Stryker, el padre de Urian, lo envió para matarla. Sin embargo, en vez de cumplir esas órdenes, acabó enamorándose de ella y convirtiéndola en daimon, como él, para poder estar juntos. Ese amor prohibido le había costado la vida y Stryker había matado a Phoebe en un arrebato de ira.

Urian carraspeó.

—Ella no habría podido matar a ningún humano para alimentarse, aunque merecieran morir. La única forma de que hubiera seguido con vida habría sido alimentándose de otro daimon, y sé que eso tampoco lo habría hecho. Así que en realidad no cambiaste su destino al salvarme. Mi padre habría acabado con ella de todas formas.

Sin embargo, si hubiera dejado a Urian morir, no habría sido testigo de la muerte de Phoebe y no tendría que vivir con ese doloroso recuerdo.

—Además, si no me hubieras resucitado, mis sobrinos no tendrían un tío que amenazara a su padre cuando le da la vena protectora. —Esbozó una triste sonrisa—. Soy el único tío que tienen. Los niños necesitan un tío, ¿verdad?

Desde su punto de vista estaban mejor sin esa figura familiar, pero esa era otra historia.

—A ver, ¿a qué viene esta charlita sentimental? Ni tú ni yo somos de los que vamos por ahí aireando nuestros sentimientos. Y la verdad, no te ofendas, pero quiero que siga siendo así.

Los ojos de Urian relampaguearon con una firme convicción.

—Yo también, en serio. Y te agradezco que no vayas metiendo la nariz donde no te importa, pero después de haberme enfrentado a todo lo que una vez daba sentido a mi vida y de haber sacrificado el amor de un padre que me adoraba, aunque acabara matándome, reconozco que mereció la pena con tal de vivir todo el tiempo que viví con Phoebe. Todo el sufrimiento que he vivido mereció la pena por ella. —Se acercó a él—. Sé lo que se siente cuando estás dividido entre el deber y un amor tan puro que te quema por dentro de una forma que jamás había imaginado; cuando estás dividido entre el amor de un padre que siempre te ha querido, un amor que sabes que siempre estará ahí para protegerte, y un amor nuevo que no has puesto a prueba. Pero ¿sabes lo que he aprendido de mi experiencia? Que es mucho más fácil vivir sin el amor de mi padre que vivir sin el amor de Phoebe. Pensé que debías saberlo.

Guardó silencio mientras Urian se marchaba. Pero sintió la fisura en el espacio que se produjo a su espalda. Conocía muy bien esa sensación.

Jaden.

—¿No tienes ganas de vomitar después de oír eso?

La cáustica pregunta hizo que enarcara una ceja.

Jaden cruzó los brazos por delante del pecho y se apoyó en la pared. La postura le abrió la parte frontal de su largo abrigo marrón.

—Gilipolleces románticas. Yo podría contarte lo que pasa cuando le das la espalda a todo lo que daba sentido a tu vida por culpa de una mujer y la

muy zorra te deja tirado después. No, espera, que tú ya lo sabes, ¿verdad? El problema es que das el salto sin saber si vas a acabar aterrizando en un colchón blandito o en un montón de rocas afiladas, donde morirás lentamente, desangrándote empalado mientras deseas haberla palmado de golpe.

Ash resopló al escuchar la desagradable comparación.

—Estás un poco amargado, ¿no?

Jaden se encogió de hombros.

—Sí, pero solo se me nota cuando estoy al lado de otro amargado. Y ese eres tú.

Cierto. Ambos habían sufrido la traición y habían experimentado un sufrimiento atroz. Ambos llevaban en el alma y en el corazón las cicatrices de esa experiencia.

—¿A qué has venido?

Jaden puso los ojos en blanco.

—Tu demonio me ha invocado para hacer un trato conmigo. Quiere un bolso nuevo. He pensado que su papi preferiría llevarla de compras antes de que me ofrezca algo que no pueda rechazar y dicho papi, que por cierto es un dios, se cabree. Tampoco es que me asuste, pero como solemos hacernos favores de vez en cuando…

—Te agradezco la advertencia.

—Sí, en fin, es lo que pasa cuando consentimos demasiado a los seres queridos. No siempre entienden los límites del amor y sus ridículos deseos pueden acabar matándonos si no tenemos cuidado.

Ash hizo un gesto comprensivo con la cabeza. Aunque, la verdad fuera dicha, no sabía por qué Jaden se convirtió en el intermediario de los demonios. Si había alguien más reservado con su propio pasado que él, ese era Jaden. Pese a los siglos que había vivido, no se había topado con ninguna criatura que supiera decirle exactamente cómo había acabado siendo lo que era.

Jaden lo miró con una sonrisa siniestra.

—Tíratela hasta que no podáis moveros y olvídala. Recuerda que todas las mujeres, sean quienes sean y vengan de donde vengan, tienen un defecto en común: SZT.

—¿Qué es eso?

—El Síndrome de la Zorra Traicionera.

Soltó una carcajada al escucharlo.

—Eso es una visión cínica de la vida, sí, señor.

Jaden se frotó el cuello y torció el gesto como si le doliera.

—¿Sabes lo que te digo? Cambiaría ahora mismito los demonios por tus Cazadores Oscuros. No sabrás lo que es un llorica hasta que veas a un puñetero demonio cabreado por haber vendido su alma o cualquier otra cosa sin recibir a cambio el resultado que esperaba. —Puso cara de asco—. Deberían cargarse directamente a los gallinas. Nos vemos el sábado por la mañana online. —Y se desvaneció.

Ash meneó la cabeza. No envidiaba el papel de Jaden como intermediario. Por muy insoportables que fueran los dioses, detestaría tener que lidiar con la fuente primigenia. Además, por regla general, los inmortales carecían del poder que poseían los demonios y no eran tan… impulsivos.

Aunque en ese momento esas cuestiones le daban igual. Lo importante era Tory y los cabrones que estaban dispuestos a matarla.

Todavía seguían sueltos. ¡Joder! Entre unas cosas y otras se había liado, y se le había olvidado que la Atlanticoinonia iba a por ella. Tenía que volver al hospital para protegerla.

Estaba a punto de teletransportarse cuando recordó que tenía que hablar antes con Simi. La encontró sola y tendida en el suelo, con el móvil en la mano y lista para comprar.

—¿Sim?

Ni siquiera lo miró.

—Ahora no, akri. Está a puntito de empezar la venta de *Kirk's Folly*.

Utilizó sus poderes para apagar el televisor, lo que le arrancó al demonio un grito de protesta.

—No molestes más a Jaden.

Simi lo miró con un puchero.

—Pero Xirena le dijo a Simi que Jaden puede darle cualquier cosa que le pida. Lo único que Simi tiene que hacer es decirle lo que le dará a cambio

para que akri no se gaste dinero. Así que Simi le ofreció sus botas, pero Jaden dijo: «No, Simi». A Simi no le gusta que le digan «No, Simi».

Ash se frotó la cabeza.

—No le hagas caso a Xirena. Tú hazle caso a tu akri. Págalo todo con mi tarjeta, como siempre, y no negocies nada con Jaden. Nunca jamás.

Simi le regaló una sonrisa inocente.

—Vale. ¿Puedes poner la tele ya?

La encendió de nuevo.

Y Simi olvidó su presencia al instante.

Regresó al hospital mientras deseaba que su demonio estuviera unos cuantos días sin meterse en problemas. Encontró a Pam en la sala de espera donde antes estaba Kim.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—Todavía no. Kim ha ido a preguntar. —Lo miró de arriba abajo—. No pareces haber estado al borde de la muerte como dice Kim.

Se había cambiado de ropa y llevaba una gabardina negra, una sudadera gris con capucha y unos vaqueros. Se encogió de hombros mientras se remangaba.

—Una ducha hace maravillas.

—Eso dicen.

Se sentó al lado de Pam con el corazón en un puño y siguieron esperando noticias. Kim llegó al cabo de un rato y después de lo que le pareció una eternidad, apareció un médico con noticias de Tory.

—¿Cómo está? —preguntó Kim antes de que pudiera hablar.

—Sorprendentemente bien teniendo en cuenta cómo llegó. Tuvo suerte de que la atendiéramos tan pronto. Tenía el bazo dañado, pero hemos logrado repararlo sin necesidad de extirparlo. Estará como nueva en breve, siempre y cuando se libre de las infecciones.

Ash soltó un suspiro aliviado.

—¿Podemos verla? —preguntó Pam.

—Sigue en recuperación, pero la trasladaremos a planta dentro de una hora. Hasta entonces no podrán verla.

Kim le dio las gracias al médico con un apretón de manos.

—Gracias, Phil.

—No hay de qué. —Y se marchó.

Ash se volvió hacia Kim.

—Ya que Tory va a pasarse unos cuantos días ingresada, tengo que deciros algo.

Kim palideció.

—¡Ay, Dios, no me digas que eres un asesino en serie!

—¿Cómo? —replicó él, desconcertado por esa conclusión tan extraña.

—¿Lo ves? Es normal —le dijo Kim a Pam—. Es demasiado perfecto, así que supongo que eres como Dexter, ¿verdad? —le preguntó—. Escondes los cuerpos en algún sitio raro. Seguro que tienes el cadáver de tu madre guardado en el armario.

Ash meneó la cabeza.

—No, de momento no. —Guardó silencio y deseó estar haciendo lo correcto al decirles la verdad de lo que había sucedido esa tarde—. No tuvimos un accidente fortuito. Nos echaron de la carretera.

Pam lo miró con los ojos entornados.

—¿Qué quieres decir?

—Alguien intentó matarnos. Anoche mataron a Dimitri, el amigo de Tory, en Grecia. Registraron su casa de arriba abajo. Algún miembro de su equipo de excavación debe de haber encontrado algo importante y alguien está dispuesto a matar con tal de echarle el guante. No creo que debamos dejar sola a Tory hasta que esto se aclare. Los tíos que nos persiguieron podrían aparecer por aquí en cualquier momento.

Pam se quedó blanca.

—¿Pedimos protección o algo parecido?

Kim negó con la cabeza.

—La policía no hará nada a menos que tengan pruebas concretas.

—Yo puedo protegerla —les aseguró él—, pero si tengo que marcharme a algún sitio, alguien tiene que quedarse con ella. No podemos dejarla sola.

Pam hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Tranquilo. Me encantan las conspiraciones.

—Yo voy a pasarme por recuperación para echarle un vistazo y así nos quedamos tranquilos —dijo Kim.

—Gracias.

Ella le dio unas palmaditas en el brazo.

—De nada. No tardo.

Sin embargo, Ash no respiró tranquilo hasta que trasladaron a Tory a una habitación privada y estuvo a su lado.

Tenía conectados unos cuantos monitores además de un gotero. Estaba tan blanca que daba miedo mirarla, y odiaba esa sensación. Además, se le hacía raro verla sin las gafas.

Le apartó el pelo de la frente y sonrió al ver lo guapa que era. No era una belleza clásica, como Artemisa por ejemplo, pero había algo en ella que resplandecía a pesar de estar inconsciente. Su tesón y su alegría. Era fácil imaginarse lo que podría haber dicho después del accidente.

«Pensaba que sabías conducir una moto. ¡Es increíble que perdieras el control porque te asustaste!»

Al imaginarse las pullas que le soltaría y la bronca que le echaría por haber permitido que se hiciera daño, estuvo a punto de soltar una carcajada.

Miró la mano que descansaba frente a él. Se la cogió y examinó su delicadeza. Tenía los dedos largos, delgados y elegantes. Eran unas manos creadas para acariciar y consolar. Sus dedos estaban hechos para chuparlos y mordisquearlos. Antes de darse cuenta de lo que hacía, se llevó la mano a la mejilla para disfrutar de la suavidad de su piel. Llevaba toda la vida deseando sentir una caricia tierna. Que no fuera egoísta ni le hiciera daño.

Solo Ryssa lo había tocado así, pero en contadas ocasiones. Aunque en parte él mismo tuvo la culpa. Después de tantos años sufriendo bofetones, pellizcos y puñetazos, era inevitable que se tensara cuando le tocaban la cara. A pesar de lo mucho que lo deseaba, seguía sin soportar que lo tocasen.

«Estoy como un cencerro», se dijo.

Pero sabía que no era verdad. Ansiaba algo desconocido que no sabía cómo obtener. Era así de sencillo y de complicado a la vez.

Con su mano en la mejilla se la imaginó despierta, tocándolo. Se puso a cien solo de pensarlo y se le rompió el corazón porque sabía que nunca podría estar con alguien como ella.

Estaba atado a Artemisa para siempre. Atado a un destino del que no quería saber nada. Atrapado entre su madre y una diosa que se jactaba de

poseerlo. En realidad, lo que él quería era un día de libertad en el que pudiera ser un hombre normal que tomara decisiones normales que solo afectaran a su propia vida. Un día para reír y relajarse.

«Y los que están en el infierno quieren agua», se recordó.

Los deseos no eran mágicos y su vida era la que era. Por mucho que deseara cambiarla, seguiría tal cual. Suspiró y dejó su mano en la cama.

Lo que iba a hacer estaba mal y lo sabía perfectamente. Intentó racionalizarlo aduciendo que de todas formas iba a curarse… salvo que sufriera una infección. Pero ¿qué posibilidades había? Era joven y sana. Lo único que iba a hacer era acelerar el proceso de curación para que pudiera salir del hospital antes de que esos tíos fueran a por ella.

«Si está escrito que muera, morirá», se dijo.

Si era así, moriría de todas formas y lo que él hiciera no serviría de nada.

—No estoy interfiriendo en su destino. Solo la estoy curando. —Alargó una mano para colocársela en el pecho y recordó las veces que había intentado morir y se lo habían impedido. Recordó la vez que murió por fin y Artemisa lo engañó para que tomara su sangre y reviviera.

Pero el caso de Tory era distinto.

Sí, muy distinto. Artemisa había salvado el mundo al resucitarlo. Y él podía destruirlo al salvar a Tory.

Sin embargo, era incapaz de no hacer lo que estaba a punto de hacer.

Se arriesgó a tocarla en el pecho y dejó que la energía fluyera a través de su dedo hasta el cuerpo de Tory. Los monitores pitaron suavemente y ella jadeó.

Apartó la mano justo cuando abría los ojos para mirarlo.

Tory parpadeó confusa mientras observaba a Ash, que la miraba desde arriba. Como llevaba las gafas puestas, no pudo interpretar su expresión. Le dolían hasta las pestañas y no tenía ni idea de dónde estaba.

—¿Me has pegado?

Ash esbozó una sonrisa torcida.

—¿Por qué iba a pegarte?

Cierto. Qué tontería. Intentó ubicarse y recordó una imagen muy fugaz… Ash abrazándola.

«¡Hostia, Tory, no te atrevas a morirte en mis brazos!»

Su enfurecida exclamación la ayudó a recordarlo todo, incluidos los tíos que los perseguían por la carretera.

—¡Te dispararon! —exclamó mientras lo observaba en busca de alguna herida.

—Sí, pero no me dieron.

Eso hizo que frunciera el ceño. Hubo uno que le disparó a quemarropa. ¿Cómo era posible que hubiera fallado? Y después recordó que Ash perdió el control de la moto y acabaron deslizándose por el asfalto.

—¿Dónde te dieron el carnet, en una tómbola?

Ash se echó a reír.

—Sabía que me ibas a poner verde en cuanto te despertaras.

A ella no le hacía ni pizca de gracia.

—¿Qué pasó para que acabáramos en el suelo?

—Nos reventaron una rueda.

—¿Y sobrevivimos?

Lo vio asentir con la cabeza.

—Sobrevivimos.

—¿Estás seguro?

—Eso creo.

—Bueno, supongo que tienes razón. —Echó un vistazo por la habitación del hospital, que no era más que una mancha blanca borrosa, porque sin gafas no veía bien—. Si estuviera muerta, no me dolería tanto. Además, si cuando la palme estoy así de cegata, le diré unas cuantas cosas a los de ahí arriba.

Ash la miró pasmado. ¿Cómo era posible que ella estuviera bromeando después de lo que le había pasado?

—Creo que tus gafas acabaron debajo del coche que nos dio.

—Qué cosas… Me alegro de que no me dejaras con ellas. Aunque, para serte sincera, me duelen las costillas como si tuviera un coche encima.

Guardó silencio porque más o menos esa era la sensación que él tenía en las piernas.

—¡Dios mío, estás despierta!

Ash se alejó de la cama cuando escuchó el grito de Kim, que se acercó a la cama corriendo para abrazar a su amiga. Esas muestras de cariño y amistad siempre lograban sorprenderlo. Las había presenciado muchas veces a lo largo de la historia, pero nunca las había protagonizado. Sí, tenía gente alrededor en la que podía confiar. Tenía amigos, pero ninguno de ellos, ni siquiera Alexion, lo conocía de verdad. Ninguno de ellos conocía sus pensamientos; y aunque supieran en parte cómo fue su pasado, ignoraban lo peor, claro.

Era un fantasma que vagaba por la vida como un mero espectador, ansiando formar parte de ella, pero demasiado asustado como para arriesgarse a sufrir. Jaden y él se llevaban bien por una razón. La armadura que los protegía en realidad rodeaba un cascarón vacío.

Y tal como había aprendido durante sus días como humano, no había nada que pudiera llenar ese enorme vacío. Era infinito y acababa erosionando cualquier cosa que intentara guardar en él.

Tory sintió algo extraño al recordar otra imagen más del accidente.

El coche había atropellado a Ash.

Se apartó de Kim para mirarlo, pero no parecía haber sufrido ninguna herida. No tenía ni un solo moratón. No obstante, recordaba a la perfección la última imagen que vio antes de perder el conocimiento.

El coche pasando por encima de Ash. Lo había atropellado de verdad. Y lo recordaba porque en aquel momento no notaba ningún dolor mientras se deslizaba sobre el asfalto. En cuanto el coche lo atropelló, la asaltó un dolor terrible y pensó que acababa de verlo morir.

«Te lo estás imaginando. Por culpa del trauma del accidente», se dijo.

¿O no?

«¿Adónde quieres llegar, Tory, a que es inmortal?»

Sus idioteces no tenían límite. Ash no era inmortal ni mucho menos. La culpa la tenía su imaginación, que como siempre se desbordaba y le jugaba malas pasadas.

—Ash nos ha dicho que unos tíos os sacaron de la carretera.

Parpadeó al escuchar la voz de Kim.

—Sí.

—Y ¿qué vais a hacer?

Tory miró a Ash, que parecía estar observándola.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó.

—No sé tú, pero mi plan es muy sencillo: localizar a esos cabrones y matarlos.

11

Kim puso los ojos como platos al escuchar las crudas palabras de Ash.

—Un pelín sanguinario, ¿no?

No para él y mucho menos cuando estaba tan bien merecido. La miró con una sonrisa cínica.

—Después de lo que le han hecho a Tory, creo que una muerte rápida sería misericordiosa. Por no mencionar que han destrozado mi cazadora preferida y han hecho cisco mi moto.

Pam resopló.

—¿Por qué no torturamos a esos cabrones y luego les ponemos una bomba? ¡Se han cargado tu moto!

Ash pasó del sarcasmo y cruzó los brazos por delante del pecho.

—Ahora estamos en la misma onda. Sacar algún que otro ojo, hinchar alguna que otra nariz… Sí, eso me va.

Kim se estremeció.

—Creo que tu nuevo amigo es un pelín sanguinario —le dijo a Tory.

Ash contuvo una sonrisa al escucharla. Si supiera cuál era su comida… Al hilo de lo cual reconoció que le iría bien un poco de sangre, porque había pasado más de una semana desde la última vez que comió.

En ese momento llamaron a Kim por teléfono.

—El deber me llama. Volveré pronto.

Ash se acercó a la cama para comprobar cómo estaba Tory.

—¿Cómo te sientes?

—Por increíble que parezca, perfectamente —respondió ella con una sonrisa—. ¿Y tú? Creí ver que el coche te pasaba por encima.

—Me aparté de las ruedas.

Tory lo miró con los ojos entornados.

—Pues eso no es lo que yo vi. Habría jurado que te pasó por encima de las piernas.

Se miró las extremidades antes de encogerse de hombros.

—Es evidente que no.

La expresión tierna y cariñosa de Tory fue como un puñetazo en el estómago. Le puso la mano en el brazo, y su caricia fue la más dulce que había experimentado en la vida.

—Gracias por traerme al hospital. Kim me ha dicho que estabas sangrando muchísimo cuando entraste en Urgencias.

Esas palabras de agradecimiento hicieron que Ash se sonrojara.

—No le des más vueltas. La próxima vez, cuando yo esté herido, me llevas tú en brazos.

Tory se echó a reír.

—Creo que harían falta unas cuantas personas para llevarte en brazos.

—Así que de vuelta a los insultos, ¿no?

—No te estaba insultando —respondió ella, meneando la cabeza—. Es que eres muy grande.

Abrió la boca para replicar, pero no pudo hacerlo porque en ese momento apareció el médico para examinarla. Se apartó un poco para que pudiera hablar con Tory.

—Es una mujer muy afortunada. Si su amigo no la hubiera traído tan pronto, no estaríamos hablando. El accidente le causó graves daños en el bazo.

Tory todavía no daba crédito a lo que Ash había hecho por ella. Kim le había dicho que Ash estaba muy mal y que se había quedado hecho polvo cuando murió en sus brazos. De repente, sintió una abrumadora oleada de ternura hacia él.

Recordaba que Ash extendió los brazos para protegerla cuando la moto patinó. Luego intentó mantenerla pegada a su cuerpo, pero el golpe fue tan fuerte que los separó.

Hizo una mueca cuando el médico le tocó un punto sensible en el abdomen, y después se apartó de ella con expresión sorprendida.

—Está recuperándose con sorprendente rapidez.

—Buenos genes y un montón de vitaminas.

El médico se echó a reír.

—Si sigue así, podremos darle el alta dentro de tres días.

Ash carraspeó.

—¿Habría alguna posibilidad de que pudiera irse antes?

Tory entendió lo que quería decir Ash.

—Sí, es que… no puedo permitirme el lujo de pasar muchos días sin trabajar.

—Señorita —dijo el médico con voz cortante—, recuerde que murió. Tal vez quiera analizar ese hecho un poquito más a fondo. Tiene muchísima suerte de seguir con nosotros, así que déjenos cuidarla unos días antes de marcharse, ¿le parece?

Era difícil discutir con el médico cuando lo exponía de esa manera.

—De acuerdo. Gracias, doctor.

El médico hizo un gesto de despedida con la cabeza antes de marcharse.

Tory miró a Ash, que estaba un poco alejado de la cama con esa expresión estoica que parecía usar como un campo de fuerza para mantener al mundo apartado de él. Si ella había sufrido heridas graves por el golpe, él no podía haber salido mejor parado. Aun así, consiguió levantarse y llevarla en brazos hasta el hospital. Su fuerza la asombraba.

—¿Cómo conseguiste traerme hasta aquí?

—Tengo mis truquitos de Jedi —respondió él con voz cortante—. Mi Fuerza es muy intensa.

Soltó otra carcajada. Ash podía ser un encanto cuando quería. Y muy dulce.

—Bueno, si el médico no me da el alta, ¿qué hacemos?

Lo vio encogerse de hombros con los brazos cruzados por delante del pecho.

—Mantener los ojos bien abiertos por si aparecen nuestros amigos y asegurarnos de que no intentan terminar el trabajito.

Tory asintió con la cabeza.

—Creen que yo tengo el diario, ¿verdad?

—Me parece que sí. O eso o estaban aburridísimos y se les ocurrió atropellarnos para matar el tiempo.

—Ahora que mencionas el aburrimiento… ¿qué voy a hacer mientras esté aquí encerrada?

—¿Te apetece leer algún manga?

La sugerencia no le hizo mucha gracia.

—¿Lo dices en serio?

Ash asintió con la cabeza.

—Es como una droga. En cuanto empiezas, ya no puedes parar. Tengo conmigo un tomo de *Priest*, de *Hellsing* y otro de *Trinity blood*. ¿Te interesan?

—La verdad es que preferiría leer el diario que encontramos. Conozco a un tío muy alto que no ha terminado de enseñarme atlante.

—No es atlante. Es griego.

—Porque tú lo digas.

Ash se quitó la mochila del hombro con un gruñido e hizo aparecer el diario en su interior. Uno de los motivos por los que siempre llevaba la mochila consigo era para poder materializar cualquier cosa que necesitara sin levantar las sospechas de los mortales. Como nadie sabía lo que llevaba en la mochila, nadie sabía cuándo utilizaba sus poderes para conseguir lo que quería o lo que le hacía falta.

Por si fuera poco, en ella llevaba los objetos que consideraba más valiosos para evitar que les pasara algo. Los tres diarios de Ryssa que había encontrado entre las ruinas de Dídimos, su peineta y el mordedor que Savitar le regaló a Simi cuando era pequeña y que todavía conservaba las marcas de sus diminutos colmillos. Además, también guardaba en ella el medallón de su madre, envuelto en uno de los pañuelos negros que Simi le había llevado después de una de sus numerosas visitas a Kalosis.

Y el alma de Nick, que Artemisa le había dado después de negociar con ella.

Sacó el diario de Ryssa y se lo dio a Tory.

—¿Puedes leerlo sin gafas?

Escuchó su suspiro frustrado.

—No veo ni papa. Odio estar cegata. ¿Podrías acercarte a mi casa y traerme las de repuesto?

—No puedo dejarte sola. Ya lo sabes.

—En ese caso… ¿me lo lees?

Ash clavó la mirada en las tapas de cuero, abrumado por el dolor. Leer las palabras de Ryssa era muy difícil, porque cada una de ellas despertaba su recuerdo, su imagen y su voz dulce y serena.

Unos recuerdos muy dolorosos.

Tory le tocó el brazo.

—Por favor, Aquimou.

En su mentón apareció un tic nervioso porque esa vocecilla tenía el poder de minar su determinación.

—Eres la única persona que me ha llamado así.

—Te llamaría «guapetón», pero creo que eso te ofendería todavía más.

Sonrió al escucharla.

—Vale, no me tortures más. Te lo leeré.

Tory clavó la mirada en el bulto borroso que era Ash mientras se sentaba junto a la cama y abría el diario. Cuando empezó a leer, cerró los ojos y se concentró en esa voz ronca y melódica. La facilidad con la que iba traduciendo conforme leía hacía pensar que era su lengua materna. Ni siquiera titubeaba al pronunciar las palabras.

—Hoy he hablado con padre sobre la posibilidad de visitar la Atlántida.

Eso hizo que se incorporase en la cama.

—¿La Atlántida?

Ash dio un respingo al darse cuenta de lo que acababa de hacer. Se le había olvidado que le estaba leyendo el diario a alguien ajeno a su mundo. Tory se había convertido en una parte tan esencial de su vida que quería confiar en ella.

—Sí, eso es lo que pone.

—¿Lo ves? ¡Te dije que era real!

Tenía que tranquilizarla.

—No quiere decir nada. Igual esto es una especie de *Diario de Bridget Jones* a la antigua.

Tory resopló.

—En aquel entonces no escribían novelas.

—La historia nos enseña que tampoco tenían libros y ¿qué tengo en las manos? Un montón de hojas de papel encuadernadas con palabras escritas.

A mí me parece un libro.

—Muchas gracias, don Sarcasmo. Me alegro de ver que está de nuevo con nosotros. ¿Podemos volver a la lectura?

—Mientras no me tires otro martillo a la cabeza… —masculló antes de seguir leyendo—. Hoy he hablado con padre sobre la posibilidad de visitar la Atlántida y como de costumbre se ha enfadado. Las negociaciones entre las dos islas no van bien. Mi tío nos ha dicho que la guerra podría volver a estallar en cualquier momento. Pero no entiendo por qué es tan peligroso hacerles una visita cuando mi tío y mi hermano viven allí. Seguramente sea peligroso para… —Se detuvo al ver su nombre escrito—. Para mi hermano. No soporto esta separación. No me basta con sus cartas. Quiero… —Se le formó un nudo en la garganta al ver las palabras escritas y el dolor se apoderó de él, así que en vez de traducir lo leyó tal cual estaba escrito—: Quiero volver a tener a mi hermano en casa. Alguien tiene que asegurarse de que no le pase nada a Aquerón, y aunque mi tío me jura que está bien, necesito comprobarlo con mis propios ojos.

—¿Qué quiere? —le preguntó Tory.

—Me molestan los ojos —le mintió—. Creo que es por la luz. ¿Te parece que lo dejemos un rato?

Tory frunció el ceño al escuchar la extraña nota de su voz. Parecía estar al borde de las lágrimas, aunque no entendía por qué.

—Como quieras.

—Genial. Lo devuelvo a mi mochila. —Se levantó y rebuscó en el interior.

—¿Ash? —dijo al cabo de un momento.

—¿Qué?

—¿Ha llamado alguien a mi familia?

—No lo sé. ¿Quieres que lo pregunte?

—Sí, por favor. No quiero que aparezca toda la tropa de repente cuando ya esté bien. Mucho menos cuando tenemos a una panda de tarados detrás. Me moriría si alguien saliera herido.

—Vale. Voy a buscar a Kim para preguntarle. Si necesitas algo… —Le colocó el llamador en la mano—. Sé que no ves bien, así que si algo te asusta, llama a la enfermera y vendré enseguida.

Su preocupación la conmovió.

—De acuerdo.

Tory se quedó en silencio mientras intentaba asimilar todo lo sucedido ese día. Las cosas que había descubierto sobre Ash y lo que solo sospechaba. Además del hecho de que había gente que quería matarla para hacerse con algo que ni siquiera estaba en su poder.

¿Qué iba a hacer?

Ash regresó al cabo de unos minutos.

—Kim ha hablado con tu abuelo y con tu tía Del, que le dijo que quería que los llamases en cuanto pudieras. —Se acercó a ella para que pudiera verle bien la cara.

—Gracias, Ash.

—De nada. Kim también me ha dicho que Pam te traerá tus gafas de repuesto en cuanto tenga un rato.

Puso una mano sobre la que Ash tenía en la barandilla de la cama y le dio un ligero apretón.

—Gracias por acordarte de mis gafas.

Colocó la mano de Ash de forma que sus palmas se tocaran. Siempre había pensado que sus manos eran bastas, demasiado grandes en comparación con las de la mayoría de las mujeres; pero al lado de las manos de Ash, eran delicadas. Él tenía unos dedos largos y elegantes, aunque las palmas estuvieran callosas. Unas manos masculinas. Cuyas caricias se moría por conocer…

—Tienes unas manos enormes.

—Pues las tuyas son suaves y pequeñas. —Lo dijo con mucho sentimiento antes de apartar la mano—. Las mías son muy bastas —añadió como si le avergonzara.

—Pues a mí me gustan. Me parecen preciosas.

—No sé yo, aunque supongo que cumplen con su cometido.

Meneó la cabeza al escucharlo.

—Odias los cumplidos, ¿verdad?

Los amargos recuerdos que despertó la pregunta le formaron un nudo en el estómago. Como humano los cumplidos habían sido el preludio al manoseo o a las palizas de la gente que aborrecía sentirse atraído por él.

Como dios habían desaparecido de su vida, cosa que, según su experiencia previa, era un alivio.

—¿Quieres que te traiga algo de comer?

—Siempre tengo hambre —contestó Tory, que asintió con la cabeza.

—Ahora vuelvo.

Lo observó salir por la puerta una vez más. Ash era muy raro, pero tenía un magnetismo arrollador. Era protector, arrogante y al mismo tiempo inseguro. Cosa que no tenía sentido. ¿Cómo podía mostrarse inseguro?

Pasó unos minutos analizando esa contradicción.

—¿Qué tal?

Sonrió a la mancha borrosa que era Pam.

—Hola, cariño.

Pam se acercó a ella y le puso las gafas. Cuando volvió a ver el mundo con nitidez, suspiró aliviada.

—¡Gracias!

—Para eso estamos. ¿Cómo vas?

—Bastante bien teniendo en cuenta que me atropelló un coche y morí.

Pam le gruñó.

—No tiene gracia. Bueno, ¿dónde está ese pedazo de guardaespaldas?

—Ha ido a buscarme comida.

—¡Por Dios, además de estar buenísimo va a buscarte comida cuando tienes hambre! Menudo tesoro has encontrado. En fin, ¿cuándo vas a acostarte con él?

Ash se detuvo al otro lado de la puerta al escuchar la pregunta que Pam le hacía a Tory.

Tory resopló, indignada.

—Acostarme con él… Por favor. Como si no tuviera mejores cosas que hacer. Lo tuyo es la leche. Te pasas el día pensando en el sexo como si fueras un tío.

—Pero vamos a ver, ¿tú lo has mirado bien? Es imposible que encuentres otro mejor. De verdad. Te lo digo yo, que analizo bien al género masculino, no como tú. Y te juro que no he visto mejor espécimen masculino con dos piernas… o con tres si sabes jugar bien tus cartas, claro.

Tory jadeó, asombrada.

—Deja de hablar así de él. Se moriría de vergüenza si te escucha.

Pam chasqueó la lengua.

—Te lo voy a decir muy clarito, Tory: si dejas que se te escape sin haberte acostado con él, te arrepentirás toda la vida.

—Pues dado mi historial con los tíos, si intento acostarme con él, igual acabo matándolo. El último chico con el que lo intenté terminó escayolado.

Pam soltó una carcajada.

—Vamos, mírame a los ojos y dime que no se te ha pasado por la cabeza.

—No estoy tan ciega, Pam, pero no pienso en Ash de esa manera. Me interesa muchísimo más su cerebro que su cuerpo. Ahora cambiemos de tema antes de que tenga que llamar a la enfermera para decirle que una amiga loca me está acosando.

—Y serías capaz…

Tras decidir que ya era seguro entrar, Ash abrió la puerta. Pam se puso colorada antes de rodear la cama para colocarse al otro lado.

—Como no sabía qué te gustaba, te he traído un poco de todo —dijo él al tiempo que dejaba la bolsa con la comida en la bandeja de la mesita auxiliar que había junto a la cama y se la acercaba a Tory.

Ella sonrió.

—Hay pocas cosas que no me gusten. La culpa es de mi tía Del, que no dejaba de hablarme de los niños pobres que tenían que comer tierra para no morirse de hambre.

Tras ajustar la altura de la bandeja, Ash le abrió la lata de refresco.

—Esto… chicos… —dijo Pam mientras Tory desenvolvía una hamburguesa—. Me parece que no deberías comer justo después de una operación. ¿No les dan una dieta blanda a los pacientes o algo así? —Miró hacia la puerta con expresión preocupada—. ¿Dónde está Kim cuando la necesito?

Tory le restó importancia a las palabras de su amiga con un gesto de la mano.

—Estoy bien.

Ash sacó las patatas fritas y abrió la caja.

—No le he traído nada que pueda hacerle daño.

Tory le ofreció la hamburguesa.

—¿Quieres un poco?

—No, gracias.

Tory miró a su amiga y señaló a Ash con la hamburguesa.

—Es la prueba viviente de que el aire alimenta. Porque si no, estaría reducido a la nada.

—Mira la que fue a hablar. Si la vida fuera justa, estarías como una foca monje. Tragas como un tío y estás como un palillo. —Pam miró a Ash con sorna—. Cuando éramos pequeñas, mi madre decía que Tory era una lima. Menos mal que su tía tiene una tienda, aunque te juro que cuando Tory iba, la pobre tía Del no llegaba para cubrir gastos.

Ash soltó una carcajada.

—Es que mi tía hace las mejores *koulourakias*, *kourabiethes* y *melomacarinas*.

Pam sonrió.

—¿Has entendido algo de lo que ha dicho?

—Claro, es griego. Y aunque no coma, conoce esas galletas. Seguro que su madre lo atiborró cuando era pequeño.

Ash resopló al pensar en su madre preparando algo… que no fuera la destrucción del mundo, claro.

—Pues no. Mi madre no era de las que se metían en la cocina. —A menos que la receta tuviera napalm o plagas mortales.

Escucharon que alguien jadeaba y al mirar hacia la puerta descubrieron a Kim.

—¿¡Qué haces comiendo eso!?

Tory y Pam lo señalaron con un dedo.

—Ha sido cosa suya.

Kim se acercó a la cama con un gruñido e hizo ademán de quitarle la hamburguesa de las manos, pero Tory la apartó.

—Ni de coña, Kim, te estás jugando la vida. Y te lo digo en serio.

—No puedes comer eso después de pasar por el quirófano. Te sentará mal.

—Mejor la hamburguesa que tu mano, porque voy a pegarte un buen mordisco como intentes quitármela otra vez. Tengo hambre. Tú mejor que

nadie debería saber que no es sensato interponerse entre la comida y yo.

Kim se volvió hacia Ash y lo miró con cara de cabreo.

—¿Cómo se te ha ocurrido traerle esto?

—Ha dicho que tenía hambre.

Kim le dio un buen guantazo en el trasero.

—¡No vuelvas a hacerlo! No puedes traerle comida sin preguntarle antes a la enfermera o al médico. ¿Te has vuelto loco?

Ash estaba demasiado pasmado como para reaccionar, así que se limitó a observar a Kim mientras ella registraba la bolsa que había dejado en la bandeja.

—Sois de lo peor que hay, de lo peor. —Kim hizo ademán de llevarse la bolsa.

Tory la miró como una leona furiosa.

—Como te lleves esa bolsa, te corto las manos.

—Tory, no digas tonterías.

—Mi estómago me pide comida.

Kim levantó una mano.

—Pues cuando empiecen a darte los retortijones, recuerda que intenté impedírtelo. —Se volvió hacia Ash, que se aseguró de cubrirse el culo. Literalmente—. Si no os persiguieran una panda de pirados asesinos, haría que os echaran.

Ash retrocedió otro paso.

—No irás a pegarme de nuevo, ¿verdad?

—Eso debería hacer. Y si fueras medio metro más bajo, te daría un par de leches. —Kim resopló una última vez antes de salir de la habitación.

Pam meneó la cabeza con la vista clavada en Ash.

—¿Quieres que te dé un besito para que se te cure antes?

—¡Pam! —exclamó Tory.

—¡Venga ya! Como si tú no lo hubieras pensado. Pero tranquilos, que estoy de coña. Será mejor que vaya a calmar a la Enfermera de la Muerte antes de que se chive al médico.

Tory suspiró cuando su amiga se fue.

—Siento mucho el comportamiento de mis amigas, Ash. De verdad que intenté educarlas cuando éramos pequeñas, pero se ve que no me hicieron

mucho caso.

Ash soltó una carcajada. En realidad, verlas actuar de esa forma tan natural le resultaba reconfortante. La mayoría de la gente se sentía intimidada o asustada al verlo. Solo los niños lo trataban como a cualquier otro.

—No pasa nada. Me caen bien.

La vio darle un último mordisco a la hamburguesa antes de envolver el resto.

—Será mejor que pare antes de que me siente mal. Pero está buenísima. Gracias por traérmela.

—Te he traído también un bocata de jamón, pepinillos en vinagre, patatas fritas y yogur.

—Eres un encanto. Es verdad que me has traído un poco de todo. ¿Seguro que no quieres nada?

—No, de verdad.

Le pasó la bolsa con la comida.

—Muy bien. ¿Qué te parece si te cambio la comida por el diario?

Titubeó al escuchar la petición. Su nombre aparecía por todo el diario…

«Puedo decirle que es otro», se dijo. Y era verdad. Tory no conocía las letras. Si pudiera convencerla de que estaban hablando de Arcón y no de Aquerón, podría colar.

Se quitó la mochila del hombro, abrió la cremallera y sacó el diario.

—Toma.

Tory lo abrió por donde lo habían dejado.

—¿Dónde nos quedamos?

—Ryssa estaba hablando del hermano que tenía en la Atlántida.

La vio fruncir el ceño, confusa.

—¿Ryssa? ¿Cómo sabes que se llamaba Ryssa?

Se tensó al darse cuenta de que su hermana no había escrito su nombre en ningún sitio.

—Bueno… No lo sé. Se lo he puesto yo. Me parecía mucho más educado que llamarla «la pava del año de la polca».

Tory arrugó la nariz.

—Que sepas que odio eso de «pava».

—Borraré esa palabra de mi vocabulario.

Tory sonrió, le colocó una mano en el brazo y se inclinó sobre él.

—Muy amable de tu parte. ¿Por aquí?

Tardó un segundo en recuperar el aliento después de sentir su mano en el brazo. Después de ver tan cerca sus labios, tan dulces y fascinantes.

—Sí —respondió, obligándose a mirar el diario.

Tory señaló una frase un par de líneas por debajo de donde él se había quedado leyendo.

—¿Aquí, «Lo echo de menos»?

—Sí.

El dedo de Tory pasó a la siguiente frase.

—¿Lo echaron de su casa?

—Aprendes muy deprisa.

—Eso decía mi padre. Me llamaba «Atenea».

El comentario sorprendió a Ash, porque no se parecía en nada a la diosa griega.

—¿Atenea?

—Sí, la diosa que salió totalmente formada de la cabeza de Zeus. Mi padre solía decirme que yo hice lo mismo y que, al igual que la diosa, le provoqué a mi padre un dolor de cabeza horroroso. —Esbozó una sonrisa deslumbrante—. Solo me hace falta una explicación y ya sé hacer cualquier cosa. Pero este idioma es difícil. Hermoso, pero difícil. ¿Podrías leerlo un momento para que me quede con la entonación?

Asintió con la cabeza antes de complacerla.

Tory escuchó las inflexiones de su voz, hipnotizada no solo por lo sexy que era Ash, sino también por su inteligencia. Sin darse cuenta de lo que hacía, le colocó la mano en la mejilla para sentir cómo se movían sus músculos al hablar.

Ash guardó silencio, conmovido por la ternura del gesto, y la miró a los ojos.

—Sigue hablando —susurró—. Me encanta tu acento.

Tory ignoraba que mientras siguiera tocándolo de esa forma, sería capaz de hacer cualquier cosa que le pidiera. Tuvo que tragar saliva antes de volver a hablar.

—Soteria, ojalá… Ojalá pudiera hacerte el amor como un humano. Sin pasado que se interponga en nuestro camino y sin remordimientos después. Vendería mi alma por conseguirlo —dijo en atlante.

Tory frunció el ceño al escuchar esas palabras, que parecían proceder de lo más profundo de su alma.

—¿Qué has dicho?

—Que eres una cotilla insoportable.

La respuesta le arrancó un resoplido.

—Eso no es lo que has dicho.

—Es posible, pero no puedes estar segura, ¿a que no?

Le gruñó un poco, aunque estaba encantada de escucharlo hablar en su idioma, porque tenía un poco de acento y una entonación peculiar.

—Eres muy listo. Sabes que cuando hablas así, engatusas a cualquiera. —Le quitó las gafas de sol, las plegó y se las metió en el bolsillo—. Me gusta mirarte a los ojos.

—Eres muy rara.

Tal vez, pero Ash tenía algo que la hacía sentirse segura, a su lado se sentía bien. Le acarició los labios con el pulgar.

—¿Por qué te escondes del mundo?

—No me escondo de nada.

—Sí que lo haces. La ropa que usas… es una armadura para que no se te acerque nadie. Te gusta parecer un rebelde, dar la sensación de que eres peligroso. Es como si una parte de ti pensara que si le das a la gente motivos para rechazarte, su rechazo no importa porque has sido tú quien lo ha buscado de forma deliberada.

Ash hizo ademán de apartarse de ella, pero se lo impidió.

—Puedo ser tu amiga, Ash. Una buena amiga. Si me lo permites.

Ash apartó la mirada al recordar el momento en el que Artemisa le ofreció su amistad.

—Sin ánimo de ofender, la gente dice eso con las mejores intenciones. Por desgracia, cuando hay que poner a prueba la teoría, todos suspendemos.

—¿Has suspendido alguna vez?

—Sí.

Su hermana había confiado en él para que la protegiera, pero había permitido que Artemisa se interpusiera en su deber. Nick era lo más parecido a un buen amigo que había tenido, pero lo había maldecido para que se quitara la vida.

En realidad, como no merecía la pena tenerlo como amigo, no pensaba imponerle su amistad a nadie.

—Pues yo no —afirmó ella—. Ni una sola vez. Claro que la única manera de que compruebes lo que digo es que confíes en mí. Y como sé que no puedes hacerlo, olvidaré que hemos tenido esta conversación. —Clavó la mirada en el diario—. ¿Qué pone aquí?

Ash titubeó al ver su nombre con la letra de Ryssa. Iba a mentirle, pero las palabras se le atascaron en la garganta. Quería confiar en ella. No entendía la compulsión, pero era superior a sus fuerzas. Inspiró hondo e hizo lo que llevaba siglos sin hacer. Confiar en otra persona.

—Aquerón.

Tory lo miró fijamente.

—¿Tu nombre?

—Sí —respondió con voz deliberadamente calmada—. Tenía dos hermanos. Aquerón y Estigio.

—¿Les pusieron los nombres de los ríos de la aflicción y del odio? Sí que eran morbosos sus padres.

—Tal vez lo hicieron a propósito.

—Pues peor me lo pones. —Pasó de página—. Es muy raro leer esto. Parece una chica normal y corriente, como cualquiera con la que te puedas cruzar por la calle. Su principal objetivo es complacer a su padre. Y echa mucho de menos a su hermano. Tiene los mismos miedos que las mujeres de hoy en día. Básicamente, quiere que la tomen en serio. Que le presten atención. —Suspiró con tristeza—. ¿Te imaginas cómo era el mundo en el que vivió? Me preguntó qué ropa llevaría. Cómo sería su cama…

—Pues yo creo que se parecería mucho a ti. Sería amable y normal. Decidida a proteger a sus seres queridos. Y seguramente cabreaba a sus hermanos de vez en cuando.

Las palabras de Aquerón la conmovieron.

—¿Eso es lo que ves cuando me miras?

—No. Cuando te miro, veo a una loca asesina que me odia.

—¿De verdad? —preguntó entre risas.

—Sí, Soteria —respondió él con gesto muy serio—. Eso es lo que veo cuando te miro.

Tory entrelazó sus dedos.

Ash contempló sus manos unidas. Era lo más increíble que había visto nunca.

Cuando Pam regresó a la habitación, supuso que Tory le soltaría la mano y se tensaría, incómoda, como el resto de la gente. Pero se equivocó. Siguió aferrada a él.

—¿Has logrado salvarnos la vida por lo de la hamburguesa? —le preguntó Tory a su amiga.

—Os habéis librado… De momento. ¿Qué queréis que os diga? Soy la mejor.

Ash volvió a ponerse las gafas de sol cuando Pam se colocó al otro lado de la cama, y fue en ese momento cuando se percató de que estaban cogidos de la mano.

—Me alegro de que hayáis hecho las paces.

—Oye, que me ha salvado la vida. Eso bien vale un trocito de mi ego.

Pam arqueó las cejas.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi mejor amiga?

Tory miró a Ash.

—Eso de morir te hace recapacitar sobre algunas cosas.

«Si tú supieras…», pensó él.

—¿Has tenido alguna experiencia cercana a la muerte, Ash? —quiso saber Pam.

—Se podría decir que sí.

Pam resopló.

—¿Qué pasó? ¿También te pilló tu padre intentando escaparte de casa?

Mejor que no lo supiera…

—Fue una experiencia que no podré olvidar en la vida.

—Ya te digo. Yo estuve castigada sin salir un mes entero.

Tory mantuvo la vista clavada en Ash. El tono de su voz puso de manifiesto que la experiencia había sido mucho más seria de lo que les

estaba contando. Claro que si se negaba a contarle cosas en privado, delante de Pam no iba a decirle ni pío.

En ese momento llamaron a Ash al móvil. Así que la soltó de la mano y se apartó un poco para ver quién era.

—Tengo que contestar. Perdonadme.

Tory lo observó salir al pasillo.

Pam silbó por lo bajo.

—¡Por Dios y por la Virgen! Ese tío tiene el mejor culo que he visto en la vida. Con razón siempre lleva abrigo largo. Tendríamos que ponerle un saco para evitar que la gente se vuelva loca al verlo.

Tory le dio un manotazo a su amiga en el brazo.

—Para ya.

Pam señaló la puerta.

—Ya tienes las gafas puestas. ¿Es que no ves el culo que tiene? Y además, le gusta el estilo gótico —añadió con voz soñadora.

—Tenemos que buscarte a un tío a la orden de ya. El exceso de hormonas te está reblandeciendo el cerebro.

—Lo sé. ¿A que es triste?

Tory soltó una carcajada antes de mirar a Aquerón, mientras se preguntaba qué le estaban diciendo por teléfono.

—¿Estás seguro, Urian?

—Totalmente. Es bueno tener amigos en el lado oscuro. Stryker le ha ordenado a su gente buscar el diario. Quiere derrotar a Artemisa y a Apolo, y absorber sus poderes. Además, tiene la esperanza de que el diario contenga algo con lo que hacerte daño y tu madre ha pillado un cabreo que te cagas cuando se ha enterado. Acaba de mandar a sus demonios en busca del diario. —Soltó una carcajada maliciosa—. Bienvenido al Apocalipsis, tío. Aunque me parece que la peña ha empezado la fiesta sin ti.

12

Ash acababa de entrar de nuevo en la habitación de Tory cuando volvieron a llamarlo al móvil. Suspiró al ver el número.

—Perdonadme. La hora del consultorio ha empezado.

Tory meneó la cabeza y se compadeció de él, ya que parecía estar agobiado permanentemente por las llamadas.

Pam se sentó en la silla que Ash había ocupado antes.

—¿Cuántos amigos tiene?

—Creo que son llamadas de trabajo.

—Ah, ¿y a qué se dedica?

—Es vaquero.

—Sí, claro —replicó su amiga con un deje sarcástico.

—Ya, a mí tampoco me ha dicho qué hace exactamente, pero sea lo que sea, se pasan todo el santo día llamándolo.

En los ojos de Pam apareció un repentino interés.

—A lo mejor es un asesino internacional. ¡Qué fuerte!

—No pienso dejarte ver ni una película más.

Ash guardó silencio al sentir una poderosa fisura que le provocó un escalofrío en la espalda. La sensación era inconfundible. Había demonios en el hospital. Y apostaría su vida a que sabía de qué clase exactamente.

Colgó y volvió a la habitación de Tory.

—Tenemos que irnos.

—¿De verdad? —preguntó Tory con ironía—. Resulta que estoy enganchada a un gotero. Me da que no puedo moverme de aquí.

Ash se acercó a la cama y le quitó la vía antes incluso de que pudiera parpadear.

Su reacción la dejó pasmada, sobre todo porque vio que dejaba de sangrarle el brazo al instante.

—¿Qué pasa?

—La gente que quiere matarnos viene de camino. Y si no nos movemos, la cosa va a ponerse fea.

La idea de que volvieran a perseguirlos le aceleró el corazón.

—Pero hay otro problemilla. No tengo ropa.

Pam se acercó a la cama.

—Sí que tienes. Ash, vigila la puerta y danos solo un minuto.

—Veinte segundos. —Salió al pasillo y cerró la puerta.

—¿Puedes moverte? —le preguntó Pam.

—Pues sí, qué raro.

—Vale, vamos a cambiarnos la ropa ahora mismo.

Tory se quitó el camisón sin pérdida de tiempo. Todavía estaba un poco dolorida, pero no tanto como debería estarlo después de haber sufrido una intervención quirúrgica. Era rarísimo.

Antes de que pudiera ahondar en sus reflexiones, Ash volvió a entrar.

—No tenemos tiempo —le dijo, ofreciéndole una mano.

—No tengo zapatos.

—Nos apañaremos. Vamos.

Aceptó su mano y sin mediar palabra, la sacó al pasillo de un tirón y echó a andar en dirección a los ascensores. En ese momento se abrió uno de ellos y Ash la metió a la carrera en la habitación que tenían más cerca. Su reacción la asustó. ¿Quién los perseguía?

—Espera aquí —le ordenó él moviendo solo los labios antes de salir al pasillo.

No tenía ni idea de lo que estaba pasando. Ojalá Ash supiera lo que hacía.

Volvió al cabo de unos segundos y le indicó con un gesto que se diera prisa. Al llegar al ascensor, la metió prácticamente de un empujón. Mientras la puerta se cerraba, echó un vistazo hacia atrás y vio que dos hombres muy

altos se dirigían a su habitación. Iban vestidos de negro y su apariencia era muy siniestra.

—¿Le pasará algo a Pam?

Ash la apartó de la puerta para que se pudiera cerrar.

—No le harán nada. Saben muy bien a quién buscan.

—¿Quiénes son?

No podía responder esa pregunta. Si le decía que eran demonios que querían torturarla, le resultaría un poco inverosímil. Además, no sabía cómo había dado Stryker con ellos.

—No los conozco, ni me apetece conocerlos ahora mismo.

—¿Estás seguro de que no le harán nada a Pam?

Le ofreció su móvil.

—Llámala cuando estemos en el coche.

—¿En qué coche?

No pudo contestarle porque estaba concentrado enmascarando su presencia al tiempo que trataba de localizar a todos los demonios. Había por lo menos diez deambulando por el hospital. Además de ocultar sus poderes, los estaba usando para alterar la apariencia de Tory.

Un truco que funcionaría con los demonios normales, pero no con un archidemonio. Esas criaturas eran fruto de la unión de un demonio con un dios, una raza única y de reacciones impredecibles. Precisamente era uno de ellos el que lideraba el grupo que había entrado en el hospital.

Guió a Tory hasta el aparcamiento y la llevó hasta su Porsche 911 GT2 plateado. Abrió la puerta del copiloto mientras inspeccionaba el lugar.

Tory se detuvo antes de entrar.

—Por favor, dime que no lo estamos robando.

—Es mío —le aseguró al tiempo que agitaba las llaves delante de su cara.

Sus palabras no acabaron de convencerla. Más que nada porque hacía unos años había asistido a las clases de conducción de Porsche, donde aprendió la diferencia entre los distintos modelos y sus precios. El que tenía delante era la *crème de la crème* de la marca. Y manejarlo era la repera. Desde que lo vio por primera vez su sueño era poder conducirlo, pero su precio estaba muy por encima de sus posibilidades.

—¿Tienes un coche que cuesta doscientos cincuenta mil pavos?

—Mil arriba o abajo, sí. Sube.

No se lo tragaba. ¿Cómo narices podía permitirse tener ese coche? Claro que cuando le echó un vistazo al asiento del conductor y vio que estaba diseñado para una persona altísima, tuvo que replantearse el asunto. Era evidente que tenía que ser suyo. Entró mientras él se sentaba al volante.

Sí, encajaba en el coche como si se lo hubieran hecho a medida. Además, lo vio meter la llave en la parte izquierda del salpicadero sin titubear, detalle que le dijo que no era la primera vez que lo hacía.

—¡Aquerón!

Mientras Ash cerraba su puerta, ella alzó la vista y vio a un hombre muy alto de pelo castaño corriendo hacia ellos.

—¡Ponte el cinturón! —le dijo él mientras daba marcha atrás.

El tío saltó a la parte trasera del Porsche.

—¡Qué cabrón! —soltó Ash, furioso—. Ha puesto las zarpas en mi coche. ¡Te juro que como lo arañes, te mato! —Pisó el freno de repente y el hombre salió despedido y se estampó contra un coche azul.

Ash dio un rápido volantazo y fue directo a por él cuando lo vio rodar por el suelo.

Tory dio un respingo, segura de que iban a pasarle por encima, pero cuando estaban a punto de atropellarlo, el tío se quitó de en medio con una agilidad pasmosa.

—Estás loco, ¿sabes?

Ash no dijo ni mu mientras doblaba una esquina a tal velocidad que sintió el latigazo en las cervicales como si fuera en un avión supersónico. De repente, un BMW blanco salió disparado tras ellos.

—Nos siguen.

Ash soltó un taco al ver a sus perseguidores en el retrovisor. Más demonios. Menos mal que por lo menos intentaban pasar desapercibidos. Stryker debía de haberlos aleccionado sobre la necesidad de mantener el anonimato en el mundo humano. Así que estaban igualados, porque ni ellos podían fulminarlo ni él podía usar sus poderes.

Cambió de marcha mientras sorteaba el tráfico y puso rumbo a la autovía interestatal. Tenía que salir de las zonas transitadas antes de que

algún inocente acabara herido. Cosa que era más fácil decirla que hacerla, porque otros dos coches se sumaron a la persecución y abrieron fuego contra ellos.

Utilizó un escudo protector alrededor del Porsche. Intentó usar sus poderes para desestabilizar a los coches que los perseguían o al menos para pararles los motores, pero como eran demonios quienes conducían, contrarrestaron todos sus intentos.

¡Hijos de…!

—¡Madre mía! —exclamó Tory—. ¿No saben disparar o qué?

Ash no dijo nada. Acababa de ver que se acercaban cuatro motos, cuatro Hondas Blakbird de color negro. Dos de ellas llevaban dos ocupantes, y los que iban de paquete se sacaron un par de fusiles de asalto de debajo de las cazadoras.

—Parece que van en serio —dijo él después de soltar un taco.

O eso pensó hasta que vio que los motoristas disparaban a sus perseguidores.

Tory frunció el ceño al ver que los estaban ayudando.

—¿Son amigos tuyos?

—No que yo sepa.

Si no utilizaran armas de fuego, los habría tomado por katagarios, porque normalmente se desplazaban en moto cuando estaban en forma humana. Pero de ser así, usarían la magia para luchar.

Los motoristas rodearon el BMW y lo obligaron a desplazarse hasta la mediana, contra la que chocó. Después se lanzaron a por el otro coche y no tardaron en quitárselo de en medio también.

Ash pisó el acelerador cuando vio que se acercaban de nuevo. Aunque se tranquilizó al comprobar que estaban de su parte. Giró hacia un lado y pisó el freno a fondo.

—Espera aquí —le dijo a Tory mientras salía para enfrentarse a los motoristas.

Las motos se detuvieron a escasos metros del Porsche. Los dos que iban armados bajaron primero y le dieron la espalda mientras vigilaban la carretera en busca de algún demonio más. De repente, reparó en el emblema que llevaban grabado en la parte posterior de sus cazadoras de cuero.

El emblema de su madre.

Los demás bajaron al unísono y se acercaron a él de forma sincronizada, como si fueran una unidad militar. Se detuvieron delante de él con las piernas separadas, se llevaron el puño derecho al hombro izquierdo e inclinaron la cabeza. Acto seguido, se postraron ante él, con la rodilla derecha en el suelo.

¿De qué iban?

El líder se incorporó y se quitó el casco. Era una mujer guapísima con una larga melena rubia y ondulada. La cazadora de cuero le hacía unos hombros muy anchos, de forma que era fácil confundirla con un hombre, pero no había nada masculino en ella.

—Siento no haber podido organizar una presentación más formal. Me llamo Katherine Zanakis y soy la suma sacerdotisa del Apolimaqui.

Ash miró al resto de los motoristas y comprendió que eran humanas al servicio de su madre.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

Katherine se colocó a su lado mientras las demás se incorporaban. Una de ellas se adelantó y se quitó el casco. Era muy mona y tendría unos diez años menos que la suma sacerdotisa. Tenía el pelo oscuro y corto, y su mirada era afable.

—¿Justina?

Se volvió y vio que la muy pécora de Tory se acercaba corriendo a ellos.

—¿No te he dicho que te quedaras tranquilita en el coche?

—Paso de ti —le contestó ella al acercarse.

Justina se acercó y se quitó la mochila que llevaba en bandolera.

—Me han dicho que te dé esto. —Le entregó la mochila a Tory, que parecía tan confusa por todo aquello como lo estaba él.

—¿Qué es?

—El objeto por el que murió Dimitri —respondió Justina—. Yo logré escapar por la puerta trasera cuando los miembros de la Atlanticoinonia atacaron y me llevé el diario mientras él los entretenía. —Se santiguó tres veces y se le llenaron los ojos de lágrimas al recordar a su desafortunado amigo.

Ash soltó un taco cuando recordó que Justina aparecía en su visión. En aquel entonces no sabía de qué lado estaba la chica, claro. Había supuesto que trabajaba para el enemigo.

—¿Qué es la Atlanticoinonia? —le preguntó Tory a su amiga.

—Una panda de locos —masculló Justina—. Nos han perseguido desde Grecia hasta Nueva Orleans. En cuanto nos damos la vuelta, intentan arrebatarnos el diario.

Katherine asintió con la cabeza.

—Son un grupo de hombres que han jurado mantener en secreto la existencia de la Atlántida y para ello emplean cualquier método a su alcance.

—Destruyeron el barco —le dijo Justina a Tory—. Maté a uno de ellos mientras huían y por eso decidí ir a por Dimitri para buscar el diario. Hasta ese momento no comprendí lo importante que era nuestra investigación.

Tory meneó la cabeza como si todo aquello le resultara increíble.

—Esto es un poco confuso.

Ash le pasó un brazo por los hombros para darle su apoyo.

—Acaba de sufrir una operación, porque han estado a punto de matarla. Además, nuestros amiguitos podrían encontrarnos de nuevo y cuando lo hagan, no quiero que me pillen al descubierto donde puedan atraparla o dispararnos. ¿Conocéis el bar Santuario, en Ursulines Street?

—Yo sí —contestó una de las mujeres armadas con los fusiles.

—Pues nos vemos allí. —Y se dio la vuelta en dirección al coche mientras Tory lo miraba muy seria.

—Ash, ¿qué está pasando exactamente?

—No estoy seguro, pero creo que dentro de un rato saldremos de dudas.

—Me alegro, porque ya estoy hasta el moño de tanto misterio. —Se metió en el coche e hizo ademán de abrir la mochila, pero Ash se lo impidió.

—Preferiría que no lo hicieras.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

«Porque me descubrirás», contestó para sus adentros.

—Porque es mejor que esperes a que estemos en el Santuario —respondió.

«Donde podré quitártelo sin que te des cuenta», concluyó mentalmente.

—Vale.

Esa muestra de fe ciega hizo que le remordiera la conciencia. La vio abrazar la mochila, que sostuvo con fuerza contra el pecho sin saber que eran su vida y su dignidad lo que tenía entre los brazos. Todos y cada uno de los secretos que tanto le había costado ocultar estaban ahí…

Le dieron ganas de ponerse a gritar. Rodeó el coche para sentarse al volante con un nudo en el estómago y puso rumbo al Barrio Francés.

Tory pasó la mano por la tapicería de cuero de color beige, admirando el estilo alemán.

—¿Sabes lo que creo que está un poco fuera de lugar en estos coches?

A él no se le ocurría nada, porque todo era perfecto. Adoraba su Porsche.

—¿El qué?

—Los portalatas.

La respuesta le arrancó una carcajada. Los portalatas estaban disimulados en el interior del salpicadero y había que presionar un lateral para que se desplegaran.

—Sí. Como los Transformers. Portalatas camuflados. Pero no estás pensando en eso, ¿a que no?

—Pues no. En realidad estoy intentando olvidar que estoy abrazando algo por lo que hay gente dispuesta a matar. Que uno de mis mejores amigos ha pagado este descubrimiento con su vida y que si hubiera dejado la Atlántida tranquila, Dimitri estaría vivo ahora mismo. Su mujer no se habría quedado viuda y su pobre madre no tendría que enterrar a su único hijo. —Hizo una mueca—. Es increíble que una persona haya muerto por culpa de mi estupidez y mi egoísmo. ¿Qué he hecho?

Ash sintió que le daba un vuelco el corazón al pensar en Nick.

—Es fácil cometer errores. Lo difícil es vivir con las consecuencias.

—Dímelo a mí. ¿Algún consejo que sirva para mitigar el dolor?

—Ojalá tuviera alguno, pero no. Algunas cosas son demasiado fuertes como para olvidarlas. Lo mejor que podemos hacer es recoger los pedazos y

hacer de tripas corazón para seguir adelante.

—¿Eso es lo que tú haces?

—No, yo reparto hostias… Es más efectivo.

Eso la hizo reír.

—No te imagino en plan macarra.

Menos mal que no había visto la parte de su persona capaz de provocar la aniquilación del mundo…

Tory apoyó la cabeza en el cristal de la ventana y clavó la mirada en el exterior.

Guardaron silencio hasta que llegaron al callejón trasero del Santuario. Las sacerdotisas aparcaron en la calle mientras Ash acompañaba a Tory a la entrada principal.

Dev Peltier en forma humana hacía las veces de portero… y eso que era de día. Los katagarios y los arcadios eran capaces de cambiar de forma. Los primeros se transformaban en humanos y los segundos, en animales. Durante el día, ambas especies preferían su forma original, que en el caso de Dev sería un oso. El hecho de verlo en forma humana le resultó muy curioso ya que solo los más poderosos eran capaces de lograrlo.

En su forma humana, Dev era bastante más bajo que él. Tenía el pelo rizado y rubio, y lo llevaba largo. Cuando hablaba, porque reír reía poco, le aparecía un hoyito en la cara. Iba vestido con vaqueros y con la camiseta negra que llevaban todos los que trabajaban en el Santuario, y estaba sentado con una pose engañosamente despreocupada. Incluso en su forma humana era capaz de entrar en acción tan rápido como para plantarle cara. Aunque lo más gracioso de todo era el tatuaje del arco doble y la flecha que el katagario llevaba en el bíceps. No acababa de pillarlo, pero al oso le resultaba gracioso llevar la marca de Artemisa y la lucía con gran orgullo.

En cuanto lo vio, Dev accionó el pequeño mando a distancia que llevaba en el cinturón y cambió la música a «Sweet Home Alabama», alertando de esa forma de su llegada a la inhumana concurrencia del interior. Era una especie de juego. Los katagarios y los arcadios eran primos de los apolitas y de vez en cuando solían cobijar a alguno de ellos, o a algún daimon. Puesto que él era un Cazador Oscuro, estaría obligado a matar a cualquier daimon

que encontrara, así que si había alguno dentro, habría salido pitando en busca de refugio.

Los apolitas preferían no encontrarse con los Cazadores Oscuros, de modo que también se quitaban de en medio cuando él estaba presente.

—¿Cómo va la cosa, Dev? —preguntó.

—Bien. —Dev enarcó una ceja al ver a Tory y a las otras mujeres que se acercaban a la entrada—. Es un detalle que nos traigas tantas bellezas al bar. Muchas gracias.

Ash meneó la cabeza.

—Necesitamos un sitio tranquilo.

—Arriba a la derecha. A esta hora toda esa zona está acordonada. Le diré a Aimée que os lleve algo de beber.

—Gracias.

Tory le sonrió al portero rubio cuando vio que le guiñaba un ojo al pasar a su lado. Había pasado por la puerta del Santuario miles de veces, pero como el heavy metal no le iba, nunca había entrado. Era un sitio enorme. Mucho más grande de lo que parecía desde el exterior.

Estaba dividido en tres niveles, con áreas diferenciadas para la barra, las mesas de billar, el escenario, la pista de baile y una zona con mesas para comer. La decoración era rústica y al mismo tiempo muy acogedora. Salvo por el ataúd colocado al lado de la barra, en el que se veía una placa que rezaba: EL ÚLTIMO TÍO QUE TONTEÓ CON AIMÉE. En su interior había un esqueleto hecho pedazos.

Estaba claro que la clientela debía mantenerse bien alejada de la tal Aimée.

Siguió a Ash escaleras arriba hacia una enorme mesa redonda situada en el fondo, junto a la pared. Ash se colocó de espaldas a la pared y esperó a que todas estuvieran sentadas para hacer lo propio.

Una vez que todas estuvieron cómodas, asintió con la cabeza.

—Muy bien, señoras, vamos a aclarar este misterio.

—No hay ningún misterio —le aseguró Katherine—. Desde que la familia de Tory comenzó a husmear en el Egeo, la diosa nos ordenó vigilar las ruinas de la Atlántida con el fin de que las acciones de los humanos no la ofendieran.

—¿De qué diosa hablas? —le preguntó Tory.

Katherine sonrió.

—De Apolimia, la Gran Destructora. Nuestra orden se remonta a los días en los que la Atlántida gobernaba el mundo. Después de que fuera destruida y bajo la protección de nuestra diosa que nos salvó de la hecatombe, huimos a Grecia y nos establecimos en un lugar que se ha mantenido en secreto desde entonces.

—Éramos una de las grandes tribus de las Amazonas —añadió Justina —. Las demás tenían costumbres griegas, pero nosotras fuimos fieles a la tradición atlante.

Katherine sonrió con orgullo.

—Y éramos las más fuertes de todas. Pero desde que nuestras hermanas huyeron a Grecia, hemos sufrido la persecución de la Atlanticoinonia. Un grupo creado por la diosa Artemisa. Su finalidad es destruir cualquier evidencia de que tanto Apolimia como la Atlántida existieron.

—Lo que significa que quieren mataros a todas —susurró Tory.

La suma sacerdotisa asintió con la cabeza.

—Otro de los motivos por el que nos hemos mantenido ocultas durante siglos.

Justina se quitó la cazadora y la dejó en el respaldo de la silla.

—No habríamos logrado sobrevivir sin la protección de Apolimia.

Tory admiraba esa forma de hablar, la lealtad que le demostraban a su diosa.

—Habláis como si fuera real.

Justina sonrió.

—Para nosotras lo es.

—¿Alguien ha leído el diario? —preguntó Ash, cambiando de tema.

—No —se apresuró a contestar Katherine—. Según tenemos entendido, nadie conoce la lengua en la que está escrito. Nuestro Oráculo nos ha ordenado entregárselo a Tory y por eso estamos aquí. El destino es que sea ella su guardiana, al igual que Soteria, la atlante.

Escuchar su nombre completo la sobresaltó.

—¿Cómo dices?

—Es una antigua leyenda —le explicó Ash—. Cuando la Atlántida fue destruida, la encargada de los archivos de la biblioteca intentó salvar todo lo que pudo. Se dice que su Sombra custodia los tesoros de la Atlántida y los mantiene a salvo del expolio.

Katherine hizo un gesto con la mano que abarcó a todas sus hermanas.

—La Apolimaqui es esa Sombra. Y la Atlanticoinonia, su enemigo.

Ash miró de reojo la mochila que Tory abrazaba.

—Tal vez en este asunto debamos ser nosotros el enemigo que destruye.

Tory se opuso en redondo.

—Quiero enterarme de lo que dice el diario antes de destruirlo.

—Nadie puede leerlo —insistió Katherine.

Tory la contradijo, negando con la cabeza.

—Ash sí puede hacerlo.

Las mujeres lo miraron con idénticas expresiones de sorpresa.

Justina intercambió una mirada con Katherine antes de hablar:

—¿Por eso nos indicó el Oráculo que se lo entregáramos al Electi?

—¿El Electi? —repitió Tory, como si no entendiera la palabra.

—Significa «el Elegido» —contestó Justina.

Tory frunció el ceño. Eso sonaba fatal.

—Elegido ¿para qué?

Katherine se levantó una de las mangas de la cazadora.

—En la tradición de nuestra orden se habla de la existencia de un hombre que aparecerá en cada generación con la bendición de la Destructora. Se le reconoce por el sello que lleva en el pulgar derecho.

Tory bajó la vista para mirar la gruesa alianza de oro que Ash llevaba en el pulgar. Tenía grabado el mismo emblema que había en su mochila y en las cazadoras de las mujeres: un sol.

—¿Qué me estás ocultando? —le preguntó a Ash.

—Un montón de cosas. —Se volvió hacia Katherine—. ¿Cuáles son vuestras órdenes después de entregar el diario?

—Tenemos que proteger a Soteria y ponernos a las órdenes del Electi.

—¿Por qué? —quiso saber Ash.

—Porque esa es la voluntad de la diosa.

La respuesta lo hizo resoplar.

—No deberíais obedecer ciegamente a nadie. Os lo dice uno que sabe mucho del tema. Vuestra diosa no es infalible.

Katherine jadeó, horrorizada.

—Eso es una blasfemia.

Ash no dijo nada, pero su expresión puso de manifiesto a ojos de Tory que sabía mucho más sobre esa diosa de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Esa gente de la Atlanticoinonia… ¿son humanos?

Katherine asintió con la cabeza.

Tory estaba un poco confundida por la extraña pregunta de Ash.

—¿Qué van a ser si no? —replicó ella—. ¿Nabos?

Ash hizo un gesto exasperado con la cabeza. Aunque en realidad le había hecho gracia. Eso sí, estaba claro que tenían un buen marrón encima.

—¿Alguien más sabe que el diario está en vuestro poder?

—No —le aseguró Justina—. Dimitri jamás me traicionaría.

Él tampoco había visto que la traicionara.

—En ese caso, lo que tenemos que hacer es llevar a Tory a la cama para que descanse.

—Estoy bien.

Su protesta le hizo enarcar una ceja.

—Te han operado hoy mismo. Necesitas estar en la cama, descansando.

Tory le dio la razón a regañadientes.

—Vale. Llévame a casa.

Ash miró la mochila y negó con la cabeza.

—No creo que sea lo más sensato después de todo lo que nos ha pasado hoy. Quienquiera que vaya detrás de ti sabe dónde vives y, sin que sirva de precedente, creo que debemos jugar al despiste. Si esos cabrones quieren matarte, primero tendrán que dar contigo.

Ash se puso en pie justo cuando una rubia muy atractiva se acercaba a la mesa. Tory la observó con atención. Llevaba un top ajustado del Santuario con un lobo aullando en la parte delantera y en las manos, una bandeja con las bebidas.

Ash la llevó a un aparte para decirle algo en voz baja.

—Claro, no hay problema —dijo la rubia—. Sígueme.

Ash le quitó la mochila.

—Vamos.

Irritada por ese comportamiento tan autoritario y por el hecho de que no le hubiera pedido su opinión, Tory lo siguió hasta una puerta situada no muy lejos de donde estaban. La rubia, que se llamaba Aimée según rezaba en la parte posterior de su top, sacó un manojo de llaves y abrió. El interior era una estancia pequeña con otra puerta que en vez de cerradura tenía un escáner de huellas dactilares.

La seguridad era impresionante.

—¡Qué fuerte!

Aimée abrió con una sonrisa y le mostró un amplio dormitorio sin ventanas.

—Detrás de esa puerta hay un cuarto de baño. Las paredes están reforzadas con placas de acero, así que nadie aparecerá de repente sin que lo invitéis. Y recalco: sin que lo invitéis.

Ash asintió con la cabeza.

—Gracias, Aimée.

—De nada —replicó al tiempo que le daba la llave de la puerta del pasillo—. Puedes dejar esta puerta abierta para no tener que usar el escáner.

Ash se volvió hacia Tory.

—¿Quieres beber algo?

—Un zumo de manzana me vendría fenomenal.

Aimée hizo un gesto afirmativo.

—Ahora te lo traigo.

Tory se acercó a la cama cuando Aimée los dejó solos.

—¿Ya puedo leer el diario?

Ash soltó un gruñido irritado.

—¿Te importa si le echo antes un vistazo?

—Pues sí me importa, la verdad. —Alargó un brazo, exigiéndole el diario de inmediato. Estaba desesperada por entender el porqué de tanto alboroto.

—Yo leo más rápido que tú —le recordó él.

Tory soltó un gruñido que rivalizaba con el que él había soltado antes.

Ash guardó silencio un momento. Ansiaba contarle la verdad, decirle lo que estaba sucediendo y por qué sucedía. Ansiaba decirle que la guapísima

Aimée era hermana de Dev y que en su forma original era una osa. En el fondo albergaba la absurda fantasía de que Tory lo aceptaría a pesar de todo. De que seguiría a su lado sin asustarse y sin ponerse a chillar como una loca. De que no le importaría que fuese un dios maldito.

Pero no se dejaba engañar. Porque no era un adolescente atontado por el primer amor. Había vivido lo suficiente para saber que la gente no reaccionaba muy bien ante los acontecimientos que se salían de lo normal.

Por mucho que deseara verla sonreír y oírla asegurarle que no le importaba, no se dejaba engañar. ¿Cuántos siglos había estado esperando a que Artemisa le dijera que no le importaba? Y eso que era una diosa…

¿Cómo iba a aceptarlo tal cual era una simple mortal? Además, el mundo en el que vivía era peligroso y Tory no tenía los poderes necesarios para sobrevivir en él.

Carraspeó.

—Ajo y agua.

—Ash… —replicó ella con voz exasperada—, no me obligues a salir de esta cama.

Antes de que Tory pudiera detenerlo, cogió la mochila y salió del dormitorio. En cuanto lo hizo, cerró la puerta blindada para que no pudiera escapar.

—¡Oye! —la escuchó gritar, aunque la puerta amortiguó su voz.

Se encogió al percibir su ira. Sabía perfectamente lo que se sentía porque lo habían encerrado demasiadas veces.

Pero tenía que protegerse… y protegerla a ella.

A salvo en la estancia contigua, abrió la mochila para ver el contenido. Un sello atlante con el símbolo de su madre, sobre el cual aparecían el martillo y el rayo de Arcón en forma de X. Tres medallones de las sacerdotisas que podían utilizarse para invocar los poderes de su madre de forma temporal. Y la daga atlante.

Soltó un taco porque lo que tenía en las manos era mucho más destructivo que una bomba nuclear. Cualquiera podría aniquilar el mundo en un abrir y cerrar de ojos con el contenido de la mochila.

—¿Algún motivo para haberla encerrado?

La voz de Aimée lo arrancó de sus pensamientos.

—Sí —contestó al tiempo que lo guardaba todo en su propia mochila antes de ponerse en pie—. Necesito que se quede ahí un rato.

Aimée lo miró con el ceño fruncido.

—Te gusta vivir en la cuerda floja, sí.

Hizo oídos sordos a sus palabras.

—Dile que volveré dentro de un rato con su ropa.

Aimée meneó la cabeza mientras abría la puerta para enfrentarse a una humana que parecía dispuesta a arrancarle la cabeza de cuajo a cualquier cosa, incluso a un oso.

—¿No deberías estar en la cama? —le preguntó nada más entrar.

Tory la miró echando chispas por los ojos.

—¿Me vas a obligar?

—Espero no tener que hacerlo, la verdad. Ash quiere protegerte y supongo que tú no querrás arriesgarte a sufrir algún daño…

Eso hizo que levantara la barbilla en un gesto desafiante.

—¿Tú siempre haces lo que él quiere?

—No, pero sé muy bien lo que se siente cuando intentas proteger a toda costa a alguien a quien quieres mucho, aunque tenga tendencias suicidas. Así que no me obligues a hacer algo por lo que después me odies.

La advertencia aplacó parte de su furia. Más que nada porque Aimée parecía bastante fuerte y era casi tan alta como ella.

—No me gusta que me digan lo que tengo que hacer y me revienta estar encerrada.

—Bueno, si prometes quedarte aquí quietecita y ser buena, dejaré la puerta abierta. Pero no me obligues a salir a buscarte. Te aseguro que soy mucho más rápida de lo que parezco.

Pese al mosqueo, Tory sabía muy bien por qué no podía ir en busca de Ash. Había gente que la quería ver muerta y encima se estaba recuperando de una operación. Así que volvió a la cama y se acostó.

Aimée sonrió mientras le ofrecía el zumo. Después abrió el cajón de la mesita de noche y sacó un mando a distancia. Pulsó un botón que accionaba un panel disimulado en una de las paredes, tras el cual había un enorme televisor de plasma.

—No estás en la cárcel. Pulsa el botón amarillo de la parte inferior si necesitas algo, y vendré enseguida.

—Gracias.

—De nada. Intenta no matar al gigante de negro. A veces puede ser un poco gilipollas, pero es buena gente y en el mundo quedan pocos como él. Así que es mejor protegerlos.

Se echó a reír al escuchar esa descripción de Ash. Aimée tenía razón. La verdad era que la buena gente no abundaba.

—¿Hace mucho que conoces a Ash?

Aimée se colocó la bandeja bajo el brazo antes de contestar:

—Desde que era pequeña. En realidad, me salvó la vida.

La respuesta la pilló totalmente desprevenida.

—¿Que te salvó la vida?

—Mataron a mis hermanos delante de mí —contestó Aimée al tiempo que asentía con la cabeza—. Los asesinos estaban frenéticos después de matarlos, así que cuando descubrieron mi escondite, me sacaron a rastras, dispuestos a matarme también. De repente, Ash apareció de la nada y lo siguiente que vi fue que los hombres estaban muertos. No sé cómo pasó. Ash me cogió en brazos y me llevó de vuelta con mi familia. Si no hubiera aparecido, sé que me habrían matado.

Tory frunció el ceño porque no acababa de entenderlo.

—Pero tú eres mayor que él.

—No, soy más pequeña.

Eso aumentó su confusión. Aimée parecía ser por lo menos diez años mayor que Ash, que aparentaba veintipocos.

—¿Cuántos años tiene Ash?

—No lo sé exactamente. Y no conozco a nadie que sepa su fecha de nacimiento. Pero sé que es mayor que yo. Él no ha comentado nada al respecto y nadie le ha preguntado. Por cierto, me ha dicho que te traerá tu ropa cuando vuelva.

Y se marchó antes de que Tory pudiera replicar.

Siguió acostada dándole vueltas a las palabras de Aimée. Estaban sucediendo cosas muy raras que no alcanzaba a entender y le repateaba que la creyeran tan idiota como para no darse cuenta.

¿Qué pasaba con Aquerón? ¿Quién era en realidad?

¿Y cuántos años tenía?

Alzó la mirada al ver una sombra sobre el colchón y el corazón se le subió a la garganta hasta que descubrió que era Justina.

—¡Me has dado un susto de muerte!

—Lo siento. Se me ha olvidado darte una cosa. Es tan pequeña que no la guardé en la mochila con todo lo demás. —Se sacó una bolsita de un bolsillo del pantalón—. Creo que te va a resultar muy interesante.

Tory frunció el ceño mientras cogía la bolsa, de la que sacó una moneda. Habían encontrado muchísimas en la excavación, así que la cosa no era para tirar cohetes. El reverso era igual que las demás monedas de Dídimos.

Sin embargo, al darle la vuelta se quedó pasmada.

Porque la cara que había grabada era la de Ash.

13

Ash no le llevó la ropa más tarde. Se la mandó con Aimée, cosa que la decepcionó un poco; pero si Ash prefería comportarse como un cobarde después de encerrarla, que así fuera. Además, le caía bastante bien Aimée, con su corrosivo sentido del humor y su afilada lengua.

Y también le daba más tiempo para planear la venganza contra ese gigante gótico que la sacaba de sus casillas.

Como no tenía nada mejor que hacer, se dio una ducha en el diminuto cuarto de baño con mucho cuidado para no mojar los puntos. Estaba hasta el moño del reposo. No entendía por qué se encontraba tan bien después de todo lo que le había pasado. Solo estaba un poco magullada y eso que había sufrido un accidente casi mortal.

Era rarísimo.

Sin ganas de seguir sola en la habitación, donde sus pensamientos volvían una y otra vez a Dimitri y donde no dejaba de comerse el coco, preocupada por la seguridad de su equipo, salió del dormitorio y fue hacia la zona del bar en busca de un poco de distracción. Cuando cruzó la puerta, Justina y Katherine se levantaron de la mesita a la que estaban sentadas. Justina la miró mientras Katherine vigilaba todo lo que sucedía en el bar.

No sabía dónde estaban las otras sacerdotisas, pero el hecho de que esas dos siguieran allí le resultó curioso.

—¿Qué estáis haciendo? —les preguntó con una ceja arqueada al ver su nerviosismo.

Katherine apartó la vista, un poco avergonzada.

—Montando guardia para asegurarnos de que nadie te molesta.

Bueno, al menos Ash no les había ordenado que la mantuvieran encerrada en la habitación. Debería darle las gracias por ese detalle.

—¿Por orden de Ash?

Justina sonrió.

—Por fin he encontrado a alguien más mandón que tú. ¿Quién me lo iba a decir? Además, impone un poco más, que lo sepas.

«Muy graciosa», pensó Tory. La idea no le hacía gracia ninguna… seguramente porque era ella la afectada por la actitud dominante de Ash.

—Bueno, ¿dónde está?

Seguro que andaba detrás de la pelirroja o de cualquier otra.

Katherine señaló por encima de la barandilla, hacia el escenario. Cuando miró, se quedó alucinada al ver al tío que estaba en el fondo del escenario sin ningún foco que lo iluminara. Era imposible confundir a ese gigante vestido de negro que tocaba una guitarra negra con llamas rojas.

Justina se colocó a su lado.

—El guitarrista del grupo se fastidió dos dedos justo antes de subir al escenario, así que le han pedido a Ash que lo sustituya.

Tory no daba crédito a lo que veía. Los dedos de Ash volaban sobre las cuerdas de la guitarra, arrancándoles notas perfectas.

—¡Increíble!

Justina sonrió.

—Lo sé. ¿A que es alucinante?

No, Ash sobrepasaba el ámbito de lo alucinante para entrar directamente en el Olimpo de los guitarristas. Ella tocaba un poco, de modo que sabía muy bien qué tipo de talento se necesitaba para hacer lo que estaba haciendo Ash sin que pareciera forzado. No estaba cometiendo ni un solo error.

La audiencia enloqueció cuando interpretó un solo que podría rivalizar con Hendrix, Rhodes o Van Halen.

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, Tory empezó a bajar las escaleras para verlo tocar de cerca.

Ash no tenía por costumbre mirar a la multitud durante las contadas ocasiones en las que suplía a algún integrante de los Howlers, que solía ser cuando ensayaban o cuando el bar estaba cerrado salvo para los seres sobrenaturales; pero por algún extraño motivo notó el irrefrenable impulso de hacerlo en ese momento. Descubrió a Tory en primera fila, con Justina y Katherine detrás.

El tiempo pareció detenerse cuando clavó la mirada en esos hermosos ojos castaños que parecían llegarle al alma. Se olvidó de todo lo demás mientras la miraba, sobre todo cuando por fin escuchó sus pensamientos por encima de los de los demás.

«*¿Por qué vives en las sombras, lejos de los demás? Deberías estar en primera fila, orgulloso por ese brillante talento. Nunca he escuchado a un guitarrista mejor que tú. ¿Cómo lo haces? ¿Naciste con una guitarra en las manos?*»

Tory lo miraba como si estuviera alucinada.

«*Eres maravilloso. Por dentro y por fuera. ¿Por qué te escondes del mundo? ¿Por qué te escondes de mí? Nunca te haría daño…*»

La sinceridad de esos pensamientos le llegó al alma como ninguna otra cosa lo había hecho antes. Pero fueron los demás retazos de sus pensamientos lo que más le impactaron. Algunos lo sorprendieron por completo. El alma de Tory era hermosa. Su corazón, increíblemente tierno. Era una novedad porque estaba acostumbrado a tratar con gente como él, ya de vuelta de todo. Con gente que solo esperaba lo peor de los demás y del mundo.

Pero ella no era así. Tory contemplaba el mal que la rodeaba con una esperanza infantil.

¡Cómo deseaba tocar esa pureza! Quería experimentar esa magia a través de la cual ella veía lo mejor de las personas, aunque no se lo merecieran. Pero lo más importante: quería verse como ella lo veía. Quería ser la persona que ella creía que era en vez del animal que sabía que era.

Aunque fuera un minuto.

Era el mejor regalo que le habían hecho en la vida, y ella ni siquiera sabía que se lo había dado. Así era ella. Eso era lo que la hacía perfecta.

Y quería devolverle el favor. De modo que cuando terminaron la canción que estaban tocando, se acercó al solista del grupo, Ángel Santiago, un tío moreno de sonrisa chulesca, y le susurró algo al oído.

Ángel meneó la cabeza y soltó una carcajada.

—Lo que quieras, tío.

El solista se acercó al resto del grupo mientras él ajustaba la altura del micrófono.

Un segundo después lo iluminó un foco y dio un respingo. Nunca le había gustado llamar la atención, y todo su ser le gritaba que corriera a esconderse.

Sin embargo, Tory tenía esa estúpida fantasía, y la parte de su alma que se derretía por ella quería hacerla realidad.

Con la boca seca por la vergüenza y el miedo, la miró a los ojos.

—Esta va por Soteria.

Empezó a tocar los primeros acordes del tema *Savin' me*[3] de los Nickelback. En cuanto lo hizo, deseó que se lo tragara la tierra, porque acababa de darse cuenta del enorme error que había cometido… en público. El bar estaba a rebosar de gente y de animales en forma humana que sabían quién y qué era él. Seres que se estarían mordiendo las uñas para averiguar quién era Soteria y por qué le había dedicado una canción cuando él nunca hacía esas cosas.

Aunque lo más probable era que hubiera cabreado a Tory por relacionar su nombre con él. ¡Joder! Sabía que no debía hacerlo. Nadie quería que lo vieran con él. Nunca.

¿Cuándo iba a metérsele eso en la cabeza? La gente decente solo quería relacionarse con él en privado. Era una vergüenza. Una abominación.

Claro que ya era demasiado tarde. Tenía que aguantar el tipo y esperar que Tory no lo abofeteara en público por haberla puesto en ridículo cuando acabara de cantar.

«Soy un imbécil», se dijo.

Tory se quedó sin aliento al escuchar cantar a Ash. Tenía la voz más increíble que había oído en la vida. Grave y profunda, le provocaba

escalofríos.

¡Por todos los dioses del Olimpo!

Nunca había escuchado esa canción, pero la letra era preciosa…

«Las puertas del cielo no se abren para mí y con estas alas rotas no puedo evitar caer. Pero solo te veo a ti.»

La letra hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. Llevaba toda la vida soñando que el solista de un grupo que estaba buenísimo le dedicaba una canción. Sabía que era una tontería, pero el hecho de que fuera Ash quien le estuviera cantando en ese momento…

Era surrealista, y también maravilloso. Y la dejaba al borde de las lágrimas.

El foco se apagó cuando la canción acabó. Ash soltó la guitarra junto a la batería, y saltó del escenario.

—Veinte minutos de descanso —anunció el cantante.

Tory no le prestó atención, ya que Ash se acercaba a ella muy despacio, y se dio cuenta de que parecía un poco inseguro, cosa extraña en él. Se paró delante de ella con recelo.

Ash se encogió por dentro, temeroso de la reacción de Tory.

—Siento mucho si…

Iba a decirle que sentía mucho si la había avergonzado, pero antes de que pudiera acabar la frase, Tory le quitó las gafas de sol y le dio el beso más apasionado que nadie le había dado nunca.

El mundo pasó a un segundo plano mientras sus labios lo ponían a cien. No era un beso exigente ni doloroso. Era un beso entregado. Cariñoso.

Un beso que le arrancó un gruñido de deseo cuando ella le cogió la cara con las manos y después las fue bajando por su cuerpo para abrazarlo con todas sus fuerzas. No acababa de creerse lo que estaba pasando.

En ese momento deseó estar dentro de ella. Deseó que lo abrazara de esa forma sin que nada se interpusiera entre ellos. Deseó que lo abrazara piel contra piel.

Tory se quedó sin aliento mientras besaba a Aquerón. Su cuerpo parecía de piedra. No había un solo músculo que no estuviera endurecido. Salvo los labios. Tan suaves como una pluma pese a su esencia masculina.

—¡Joder, Ash, búscate una habitación!

Ash se tensó al escuchar el comentario de Dev cuando el oso pasó junto a ellos. Sin embargo, seguía alucinando por el hecho de que Tory lo hubiera abrazado de esa manera en público. Ninguna mujer lo había hecho antes. Siempre lo habían relegado a las sombras, a un lugar donde nadie pudiera verlos juntos.

El hecho de que lo hubiera besado delante de todos…

Era un sueño hecho realidad.

Tory se mordió el labio y se apartó un poco para mirarlo a la cara, que tenía sonrojada. El problema era que no sabía si se debía a la furia, a la vergüenza o al esfuerzo por contenerse.

—Lo siento. Espero no haberte ofendido.

Ash negó con la cabeza al tiempo que le colocaba una mano en la mejilla. La volvió a pegar contra él y enterró la nariz en su pelo para inspirar su dulce olor. Le encantaría impregnarse de ese olor para que no quedara duda de que era suya.

Tory cerró los ojos al sentir el abrazo más fuerte que le habían dado nunca. Se lo devolvió y se quedó muy quieta mientras la gente pasaba a su lado. Nunca le habían gustado las demostraciones públicas de cariño, pero con él era distinto.

Tenía la sensación de que solo le importaba estar con él en ese preciso momento y en ese preciso lugar.

Ash cerró los ojos, abrumado por las emociones.

«Suéltala. Apártala de ti», se ordenó.

Era lo más lógico. Lo más seguro.

Pero no podía. Se había pasado la vida viviendo según los demás, intentando complacerlos sin conseguirlo nunca. Primero con su padre humano y después con su tío. Con los clientes que le habían impuesto.

Y más adelante con Artemisa.

Nunca había sido lo bastante bueno para merecer el amor de nadie. Nunca había sido lo bastante bueno para que le hicieran sentir como Tory le hacía sentir. Para ella no era ni un puto ni un dios. No era ni un objeto que poseer ni algo de lo que avergonzarse.

Solo era un hombre.

Y ese hombre quería hacerle el amor.

«No seas imbécil. No lo hagas. Solo conseguirás hacerte daño. Sabes cómo son las cosas. Artemisa te hará sufrir hasta que supliques la muerte… y después te seguirá torturando.»

Sin embargo, al clavar la vista en esos ojos castaños que lo miraban como si fuera un ser humano con sentimientos, perdió la batalla. Estaba cansado de renunciar a todo. De sacrificarse por la felicidad de los demás y de que nadie se preocupara por hacerle sentir que era importante.

Seguro que se merecía que alguien lo abrazara y lo consolara. ¿Era una actitud egoísta?

Su determinación flaqueó bajo el peso de su conciencia. A la mierda con todo.

Si tenía que pagar por ese momento más adelante, lo haría. Había sufrido horrores inimaginables por cosas muchísimo menos importantes que Tory. Ella bien merecía otra cicatriz.

Se apartó un poco, la cogió de la mano y tiró de ella escaleras arriba, hacia su habitación. Cerró la puerta, aislándolos del ruido y de la gente que estaba en la planta baja y se volvió para mirarla a la cara.

Tory no estaba preparada para la ferocidad de su beso cuando la pegó a la pared. Ash siempre se había mostrado tan reservado y hermético que nunca había imaginado lo sexy que sería verlo perder el control de ese modo.

El hecho de que fuera ella quien lo hubiera conseguido la puso a cien. Sus labios la devoraron mientras le desabrochaba la camisa. Tragó saliva cuando el deseo se apoderó de ella. Nunca había estado con un hombre.

Y apenas lo conocía.

Sin embargo, comprendió que Pam tenía razón. Si no se acostaba con Ash, se arrepentiría toda la vida. Había algo en él que la ponía nerviosa y la tranquilizaba a la vez. Algo que le conmovía el corazón como nunca antes lo había hecho nadie.

Quería estar con él. Abrazarlo y no soltarlo jamás.

Ash dejó de besarla cuando llegó al último botón de la camisa. Sus pechos, cubiertos por el encaje morado del sujetador, eran pequeños y fascinantes. Preciosos y perfectos. Seguía esperando que lo empujase en cualquier momento, que lo rechazase.

No fue así.

Inspiró hondo y tanteó con los dedos el broche dorado que cerraba el sujetador por delante. La miró a los ojos y el deseo feroz que vio lo excitó aún más mientras desabrochaba el sujetador y desnudaba sus pechos. Tomó el derecho en la mano, y la suavidad de su piel le sorprendió cuando el endurecido pezón le rozó la palma. Ansioso por saborearlo, inclinó la cabeza para lamerlo con suavidad.

Tory jadeó al sentir el roce de su lengua en el pezón. Con cada caricia, le daba un vuelco el estómago. Su boca la abrasaba mientras la torturaba. Su aliento le quemaba la piel. Le agarró la cabeza con las manos, incapaz de asimilar todo el placer que le estaba dando.

Ash se trasladó al otro pecho antes de desabrocharle los pantalones. Lo más sorprendente de todo era que ya estaba mojada.

—Tócame, por favor —le suplicó, deseosa de aplacar el fuego que la consumía.

Ash la obedeció y metió la mano por debajo de la cinturilla de las bragas. Dejó que el vello púbico le hiciera cosquillas en los dedos antes de bajar un poco más y explorar en busca de la entrada de su cuerpo.

Escuchó el gemido de Tory. Con una sonrisa satisfecha, movió la mano para humedecerse los dedos antes de empezar a acariciarla.

Tory gritó, abrumada por el placer. Nunca había tenido un orgasmo. Fue una experiencia intensa, increíble y un poco aterradora. No había palabras para describir lo que estaba sintiendo. Se aferró a Ash que seguía acariciándola y alargando el clímax mientras se arrodillaba delante de ella.

Temblorosa y débil, miró esos ojos plateados que la observaban con deseo. Ash empezó a bajarle los pantalones con un gesto tan decidido que la dejó sin aliento. Levantó una pierna y después la otra para quedar totalmente desnuda de cintura para abajo. Tenía la camisa abierta.

Ash se quedó sin aliento al verla de esa forma. Era tan preciosa que solo quería complacerla, quería sentir sus manos, pero sin que le hicieran daño, sin que lo sometieran para dejar claro quién mandaba. Quería que lo tocara con el único fin de complacerlo. De reconfortarlo. Se llevó su delicada mano a los labios para mordisquearle los dedos. El aroma y su dulce sabor

se la pusieron tan dura que le costó la vida misma no lanzarse sobre ella. Pero quería saborearla despacio.

En ese campo residía su verdadero talento, y quería demostrarle hasta qué punto era el mejor.

Tory bajó la mano para apartarle el pelo de la frente y después le acarició la mejilla mientras él le mordisqueaba la delicada piel del muslo.

—Por favor, no me tires del pelo —susurró él con voz entrecortada, ya que no quería que nada estropeara ese momento.

—Nunca te haría daño, Ash.

Y ese era el motivo de que estuviera dispuesto a enfrentarse a la ira de una diosa con tal de estar con ella. Por una vez en la vida quería hacerle el amor a una persona con la que no se sentía mal. Colocó la mano en la suya y giró la cara para besarla en la palma.

Tory estaba asombrada por la ternura que demostraba Ash. Le recordaba a un cervatillo nervioso mientras le lamía los dedos. Pero cuando la miró a los ojos, vio el dolor y el tormento que lo consumían. El alma de Ash estaba tan desnuda como ella.

Ash le dio otro lametón apasionado antes de erguirse un poco para besarla en la entrepierna.

El placer fue tan intenso que le arrancó un grito. Extendió las manos para aferrarse a su pelo, pero se detuvo a tiempo y se agarró al pomo de la puerta con una mano mientras que se mordía los nudillos de la otra.

Su cuerpo cobró vida propia bajo el asalto de su lengua.

Ash utilizó las manos para dejarla aún más expuesta y la penetró con la lengua. La saboreó a placer y la humedad que había dejado su anterior orgasmo aumentó el deseo de alcanzar el suyo. Y sobre todo aumentó el deseo de escucharla gritar su nombre.

Ansioso por estar en su interior, la penetró con un dedo y se quedó alucinado al encontrar algo inesperado.

—¿Eres virgen?

Tory frunció el ceño al escuchar el tono gélido de su voz. Hablaba de forma cortante, como si le diera asco.

—¿Algún problema con eso?

Lo vio apartarse de ella como si fuera una leprosa.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—No creía que fuera importante.

La mirada que le echó hizo que se cerrase la camisa.

—Importante. ¡Joder!

Esa inesperada actitud la desconcertó por completo. ¿Por qué le molestaba tanto que no se hubiera acostado con ningún hombre?

—Creía que a los hombres les gustaba acostarse con vírgenes.

Ash se pasó una mano por el pelo mientras intentaba controlarse. Aunque no estaba furioso. Estaba asombrado, se sentía culpable, y sobre todo la deseaba con tanta desesperación que no tenía ni idea de cómo había conseguido contenerse.

—Yo no soy como los demás.

Recogió sus vaqueros del suelo y se los dio.

Tory lo miró con expresión asombrada.

—¿Y ya está? ¿Vas a dejarme a medias porque nunca he estado con otro?

—Eso es lo que voy a hacer, sí. —Intentó salir por la puerta, pero ella se plantó delante y lo fulminó con la mirada.

—¡Pobrecito, qué desagradable sorpresa! —exclamó ella con evidente sarcasmo—. Vale, ¿me estás diciendo que si bajo ahora mismo y me tiro a otro, después podrás hacerlo?

La simple idea le provocó un ataque de celos.

Tory lo miró con expresión recelosa.

—Vaya, vaya, eso tampoco te hace mucha gracia, ¿verdad?

Intentó respirar mientras se la imaginaba con otro. No, no quería que estuviera con nadie más, pero al mismo tiempo tampoco quería ser el primero. No quería hacerle daño y, a decir verdad, tampoco quería que lo recordase ni que se arrepintiera después. Tory se merecía algo mucho mejor. Se merecía a alguien mucho mejor que él.

—¿Cómo es que sigues siendo virgen a tu edad?

—¡Por Dios, no tengo noventa años! Ya te lo dije, mis experiencias con los hombres han sido un desastre. Cada vez que he intentado acostarme con uno, ha pasado algo. O nos descubrían o… Bueno, en una ocasión el chico se cayó de la cama y se partió la clavícula. —Le cogió la cara con las

manos para obligarlo a mirarla—. Quiero estar contigo, Ash. Sin promesas. Sin compromisos. Soy mayorcita y no voy a darte el coñazo después. Solo quiero hacer el amor contigo.

Esas palabras le llegaron al alma, pero también lo enfurecieron porque le impedían alejarse de ella.

—No mereces que tu primera vez sea en la habitación de un bar.

—Precisamente por eso quiero estar contigo. Eres el único hombre que he conocido que se preocuparía por ese detalle.

Porque él sabía lo que era ser violado, la herida que dejaba en el alma. Por algún motivo, la primera experiencia se grababa en la memoria. Por eso siempre había sido muy cuidadoso con las vírgenes, por eso era tan bueno en lo que hacía. Nadie merecía que lo humillaran como lo habían humillado a él. Nadie merecía llorar de dolor y que se rieran mientras suplicaba clemencia.

«Deja de lloriquear, puto. Terminaré cuando termine», le dijeron antes de abofetearlo con tanta fuerza que le rompieron la nariz. «Así te olvidarás un rato del otro dolor.»

¿Por qué no podía desterrar esos recuerdos con todo el poder que ostentaba? ¿Por qué once mil años no habían conseguido mitigar el dolor?

Solo quería un segundo sin que esos recuerdos lo atormentasen. Un lugar seguro donde nadie le recordase en lo que lo habían convertido. O en lo que él se había convertido.

Tory frunció el ceño al ver la expresión velada en los ojos de Ash, como si los recuerdos lo estuvieran atormentando. Quería consolarlo más que nada en el mundo. ¿Por qué no se lo permitía?

—¿Ash?

—No deberías estar levantada —dijo él al tiempo que colocaba la mano en la cicatriz de la operación.

—No me duele. No sé por qué, pero es cierto. No quiero acostarme sola. ¿Vas a hacer que te suplique?

La pregunta lo enfureció tanto que puso cara de asco.

—No supliques nunca por nada.

Tory tiró de él para besarlo.

Ash gruñó porque el beso despertó a la parte animal que tanto lo asustaba. Sin embargo, se negó a dejarse llevar.

—No pienso follarte como a una puta contra la pared, Soteria. Deja que termine la actuación con los Howlers.

Ella lo miró con desconfianza.

—¿Y volverás después?

Ver la duda que asomó a sus ojos le provocó mucha lástima.

Ash inspiró hondo antes de contestar:

—Volveré.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Le besó la punta de la nariz con la esperanza de que le estuviera diciendo la verdad.

—Te obligaré a cumplir esa promesa.

Ash tragó saliva. No era necesario. Cuando hacía una promesa, estaba obligado a cumplirla por las leyes del Universo; de lo contrario, moriría.

—Descansa hasta que vuelva. —Le dio un beso abrasador.

Tory se derritió al sentir que la rodeaba con un brazo mientras devoraba su boca y le acariciaba la mejilla con la mano.

Se apartó de ella e inspiró hondo una vez más, como si tuviera que hacer un gran esfuerzo para alejarse.

—No me hagas esperar —le dijo ella con una sonrisa.

Ash asintió con la cabeza antes de marcharse.

Una vez sola, se vistió y salió en busca de Justina y Katherine, que estaban montando guardia de nuevo. Se puso como un tomate, pero después recordó que la habitación estaba insonorizada.

—¿Podéis dejarme un teléfono?

Justina le dio el suyo.

Llamó a Pam.

—Hola, cariño… No, estoy bien. Estoy en el Santuario, en Ursulines Street. ¿Podríais acercaros un rato?

—Claro. Iremos ahora mismo.

Colgó y le devolvió el teléfono a Justina.

—Chicas, para que no os pille de sorpresa, voy a salir un ratito, pero volveré enseguida.

Katherine torció el gesto porque las noticias no le hicieron ninguna gracia.

—No vas a ir a ningún sitio sin nosotras. Tenemos órdenes estrictas de mantenerte a salvo cueste lo que cueste.

Ash… Le entraban ganas de darle una paliza, aunque su instinto protector formaba parte de su encanto. Al menos de vez en cuando.

Como no tenía ganas de discutir, levantó las manos en señal de rendición.

—Vale, pero no se lo digáis a Ash. Vamos a escaparnos un rato y a volver antes de que termine la siguiente parte de la actuación.

Katherine no parecía muy convencida.

—No sé, no sé…

—¡Vamos! Solo voy a dar una vueltecita. No nos pasará nada. Además, ya estamos prevenidas. Sabemos que tenemos que estar muy atentas.

Katherine seguía dudando.

—Yo me fío de ella —dijo Justina—. Es terca, pero no tonta. Tory no lo haría si creyera que puede meterse en problemas.

Katherine acabó claudicando.

—Vale. Bueno, ¿adónde vamos?

Sonrió antes de contestar:

—Es una sorpresa.

Tory titubeó en la puerta de la tienda, tan iluminada que parecía un árbol de Navidad. Tal vez no fuera tan buena idea como había creído en un principio… Al mirar por encima del hombro vio a Pam con su más preciada posesión: su camiseta de la gira de 1984 de Duran Duran.

—No sé si este sitio es el más indicado. ¿No hay otro menos… esto… menos escandaloso?

Pam le dio un empujoncito para que entrara.

—Cierra el pico y entra. Es mi tienda preferida y es el lugar perfecto para encontrar lo que quieres.

Eso no la tranquilizó mucho, porque el estilo de Pam era radicalmente opuesto al suyo. A ella le gustaba la ropa discreta y a Pam, la llamativa.

Kim le dio un empujón para que entrase, mientras que Justina y Katherine montaban guardia en la puerta.

—Vamos, chicas, estamos bloqueando la entrada. Estamos violando la normativa contra incendios.

Tory puso los ojos como platos al entrar en La caja de Pandora. Había un montón de corsés de cuero negro y saltos de cama; toda clase de juguetes eróticos y adornos para pezones. ¡Madre del amor hermoso! Sí, a lo mejor era un poco atrevida, pero algunas cosas de las que estaba viendo eran demasiado incluso para ella, como el tanga masculino con la trompa de elefante donde debería ir… en fin.

—Creía que íbamos a la mercería que hay en la esquina.

—Esto es muchísimo mejor. —Pam la llevó a una vitrina en la que había ropa interior comestible.

Tory dio un respingo ante la idea de ponerse algo así… ¿Le gustarían a Ash esas cosas?

—No estoy preparada para esto. ¿No podemos empezar desde cero e ir poco a poco?

Su amiga resopló.

—¡No seas mojigata! No entiendo cómo es posible que una mujer a quien le encanta lanzarse en paracaídas se asuste por unas bragas comestibles.

—Muy sencillo: porque nadie me ve las bragas cuando salto de un avión y nadie se las come luego.

Pam soltó una carcajada maliciosa.

—Te digo yo que esas bragas son mucho más divertidas que tirarte de un avión. Y dada la altura de Ash, podrías usarlo a modo de barra y hacerle un bailecito. —Meneó las cejas.

Tory puso los ojos en blanco.

—¿Qué me dices de esto? —Kim sostuvo en alto unas esposas forradas con pelito de color rosa—. Tiene que ser divertido… ¡Ah! Mira estos dados. El azar decide la postura y lo que debes hacer.

—Hola, ¿os puedo echar una mano?

Tory se dio la vuelta y vio a una mujer casi de su misma altura con el pelo castaño y un embarazo bastante avanzado. Iba vestida de negro y llevaba un collar morado con pinchos, decorado con cadenitas y amatistas.

—¡Hola, guapa! —saludó a Pam con una sonrisa—. ¿Qué tal te fue con esos látigos?

Pam sonrió, orgullosa.

—Genial… hasta que rompimos. Los hombres solo sirven para una cosa.

La mujer le guiñó un ojo.

—Sí, y por eso los queremos tanto.

Pam soltó una carcajada.

—Tabitha Magno, te presento a mi mejor amiga, Tory Kafieri.

Tabitha se quedó muy sorprendida al escuchar su apellido y torció el gesto al tiempo que agitaba la mano a la altura de la garganta.

—Ni se te ocurra pronunciar nada que suene a griego. Mi marido está en la trastienda liado con las cuentas y se le cruzan los cables cada vez que escucha algo que suene a griego.

Kim estaba pasmada.

—¿En serio? Creía que era italiano.

—Y lo es. Es por todo ese rollo de Roma contra Grecia. Nunca lo ha superado. Sé que está mal de la cabeza, pero lo quiero con locura.

Pam señaló el abultado vientre de la mujer.

—Salta a la vista. Y dada tu condición y tu tienda, diría que lo quieres con locura muy a menudo.

Tabitha soltó una carcajada al tiempo que colocaba una mano de forma protectora sobre su vientre.

—Cariño, si lo llegaras a ver desnudo, tú también lo querrías. —Sonrió —. Bueno, ¿en qué puedo ayudaros?

—Tory quiere acostarse con alguien.

—¡Pam! —A Tory le dieron ganas de meterse debajo del mueble más cercano. Lástima que estuviera lleno de juguetes eróticos y otros objetos que no quería ni pararse a pensar.

Su amiga la miró con expresión inocente.

—Es la verdad, ¿no? Vamos, como si Tabby no lo hubiera adivinado ya al vernos entrar por la puerta. Además, es evidente que a ella también le va la marcha. —Volvió a señalar el abultado vientre.

Tory le gruñó y meneó la cabeza antes de dirigirse a Tabitha:

—Perdónala, por favor. Cuando estábamos en el colegio le golpeé la cabeza sin querer con un bate de béisbol y perdió el conocimiento. No ha vuelto a ser la misma desde entonces.

Tabitha soltó una carcajada.

—Tranquila, es difícil escandalizarme. Pam y yo estamos cortadas por el mismo patrón. Bueno, cuéntame algo del afortunado en cuestión para decidir qué le va mejor.

Tory sonrió al pensar en Ash. No sabía por qué, pero solo con recordarlo se sentía emocionada y feliz.

—Es alto y de pelo negro.

—Alto… ¡venga ya! —resopló Pam al tiempo que Kim se echaba a reír —. El tío es un gigante. Creo que ha dado con el único tío de dos metros y pico que he visto en la vida. ¡Tabby, tenías que verlo! Es gótico y está buenísimo.

—Y es griego —susurró Kim.

Tabitha frunció el ceño mientras las miraba con suspicacia.

—¿De verdad? Pues se parece mucho a un amigo mío… —Arrugó la nariz y meneó la cabeza—. No, imposible, no puede ser él.

—¿A quién te refieres? —quiso saber Tory.

—Ash Partenopaeo.

Tory puso los ojos como platos.

Y Tabitha la imitó.

—¡No me jodas! —exclamó, alucinada—. ¿Vas a hincarle el diente a Ash? ¡Así se hace! —Tabitha empezó a agitar los brazos como una loca—. Si quieres hacerte rica, sácale fotos. Conozco a mujeres de todo el mundo que pagarían una fortuna por verlo desnudo. ¡Y yo me incluyo!

Pam chocó los cinco con ella.

Tory enterró la cara en el hombro de Kim mientras ella le daba unas palmaditas en la cabeza.

—Tranquila, tranquila. Esconderemos su cadáver en el maletero.

Tabitha comenzó a correr de un lado para otro de la tienda, cogiendo cosas de los estantes y las vitrinas.

—Para Ash tiene que ser algo negro… No, espera. Rojo. Rojo pasión. —Cogió un salto de cama rojo e hizo una mueca, meneando la cabeza, antes de que Tory pudiera decir nada—. Este color no te pega nada. ¡Espera! —Corrió hacia la trastienda y volvió a salir con un picardías negro adornado con pequeñas calaveras adornadas a su vez con lacitos rosas—. Perfecto para Ash. Le encantará.

Tory tuvo que darle la razón. Aunque eso hizo que se preguntara hasta qué punto lo conocía Tabitha.

—Tabitha, ¿Ash y tú habéis…?

—¡Qué va, hija! Ojalá —se inclinó para susurrarle al oído—. Pero no se lo digas a mi churri porque se subiría por las paredes. Antes de conocer a mi maridín, no sabes la de veces que soñé con hincarle el diente a ese hombre, tú ya me entiendes. Y como estás aquí, supongo que me entiendes perfectamente. —Se acercó a una estantería que había al fondo de la tienda y cogió dos libros—. Te van a resultar muy útiles.

Tory frunció el ceño al ver el primero, en cuya portada se veía a una mujer encorsetada con un pepino en la mano.

—¿¡*Cómo alegrarle el pepino*!?

Tabitha asintió con la cabeza, orgullosa.

—Es uno de mis preferidos. Ahí encontrarás todo lo necesario para volver loco a un hombre.

El siguiente libro era todavía más raro. Ese incluso tenía el envoltorio. Lo miró con expresión recelosa.

—¿*Mangasutra*?

—A Ash le encanta el manga. —Tabitha le dio unas palmaditas al libro y sonrió—. Le va a gustar, aunque estoy convencida de que ya sabe todo lo que dice. Pero… a lo mejor te viene bien.

Tabitha se dirigió a la parte delantera de la tienda y abrió una vitrina situada cerca de la caja registradora antes de empezar a sacar cosas.

Tory se puso como un tomate al ver los objetos que fue dejando en el mostrador.

—¿Fabrican crema para pezones de sabores?

—Ya te digo. Y es genial. No solo tiene sabor, sino que les da un poco de color y, lo más importante, tienen un toque de menta para que se te pongan bien duros y estén más sensibles todavía. Los hombres se vuelven locos. Es ver unos pezones bien duros y se les va la olla.

Kim y Pam se echaron a reír.

Tory se tapó la cara con las manos, deseando que se la tragara la tierra. Por si no fuera malo comprar todo eso, el hecho de que Tabitha conociera a Ash convertía la experiencia en algo espantoso.

Estaba convencida de que él se moriría de la vergüenza si se enterara de que una amiga suya la había ayudado a escoger todas esas cosas. De hecho, cuando por fin se dispuso a pagar, estaba tan abochornada que casi no se atrevía a volver al Santuario y mirarlo a la cara.

Estaba sacando la tarjeta de crédito para pagar cuando salió un tío alto y guapísimo de la trastienda. Iba vestido con pantalones de pinzas negros y un jersey de cuello vuelto del mismo color. Frunció el ceño al mirar a Tabitha, que en ese momento estaba charlando animadamente con Pam.

—¿Estás bien, nena? —le preguntó a Tabitha mientras le colocaba una mano en la mejilla con evidente preocupación—. Estás muy colorada.

Su mujer se volvió hacia él y soltó un chillido extasiado.

—¡Agárrate, Val! ¡Ash va a mojar esta noche! —Señaló con ambas manos a Tory, que deseó poder esconderse en su bolso y no salir hasta tener canas.

El tal Val ni se inmutó. La miró con una sonrisa compasiva.

—En estos casos es mejor no reaccionar a sus palabras. A Tabitha le encanta incomodar a los demás. Haz como que no la escuchas y no la animes.

Tabitha resopló.

—Aguafiestas —dijo antes de entregarle la bolsa.

—Gracias —dijo ella.

—¡Buena suerte, guapa! ¡Y acuérdate de hacer fotos! —Tabitha agitó la mano hasta que salieron de la tienda y después se volvió hacia su marido—. ¿Te puedes creer que nuestro Ash vaya a mojar?

Valerio resopló.

—Me puedes llamar despegado, pero no lo considero mío. Y sí, no tengo problemas para creer que se acueste con alguien cuando le apetezca. Lo que me sorprende es que hayamos conocido a la chica en cuestión. Eso sí que es una novedad. —Hizo ademán de coger su móvil—. Creo que debería llamarlo…

—¡Ni se te ocurra! —Tabitha lo obligó a guardarse el móvil en el bolsillo—. Nuestro chiquitín está creciendo. ¡Qué orgullosa me siento de él!

Tory acababa de dejar la bolsa en la habitación cuando el grupo se tomó otro descanso. De hecho, se acababa de tumbar en la cama cuando Ash entró con una bandeja en las manos.

—¿Qué es eso?

—He pensado que a lo mejor tenías hambre. Lo he consultado con Kim y me ha dicho lo que debes comer. —Dejó la bandeja junto a la cama.

Su consideración le arrancó una sonrisa.

—*Efjaristó*.

—*Parakaló*.

Se derritió al escuchar cómo pronunciaba «de nada» en griego.

—Me encanta cómo hablas. Me pasaría todo el santo día escuchándote hablar griego.

Ash le pasó un poco de puré de manzana mientras le daba un sorbo a su cerveza.

—¿Estás aburrida?

—No mucho —contestó al tiempo que le quitaba las gafas de sol para verle los ojos—. ¿Cómo te va con la actuación?

—Bastante bien. Me dan ganas de matar a Colt por haberse lastimado la mano. No me gusta tocar en público.

—Pero lo haces genial.

—Sí, pero me gustan más las actuaciones en privado. —El brillo malicioso de sus ojos puso de manifiesto el doble sentido del comentario.

Tory soltó una carcajada y meneó la cabeza.

—Pam y tú siempre intentáis sacarme los colores.

—En mi defensa solo puedo decir que estás preciosa cuando te sonrojas.

Lo miró con el gesto torcido antes de seguir con el puré de manzana.

—¿Quieres?

—*Oji*. —«No» en griego.

—¿Seguro? —Intentó engatusarlo.

—Segurísimo.

Recordaba la última vez que comió una manzana. Fue aquel lejano día en la huerta, con Ryssa, cuando le suplicó a su padre que no lo enviara de vuelta a la Atlántida. Desde entonces odiaba la fruta. Le bastaba con olerla para que se le revolviera el estómago.

—En fin, ¿tienes que volver al escenario?

—Una vez más.

Tory se mordió el labio y el gesto le provocó una erección inmediata.

—Y después me tocará a mí…

El comentario se la puso todavía más dura. Su cuerpo estaba preparado para entrar en acción aunque la cabeza le dijera otra cosa.

—Deberías reconsiderarlo.

Tory le cogió una mano y le acarició la palma con el pulgar con una ternura desconocida para él hasta ese momento.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste el amor, Ash?

Apartó la mirada cuando los dolorosos recuerdos volvieron a aflorar. La verdad era que no lo recordaba. ¿Había hecho el amor con Artemisa alguna vez? Tal vez al principio de su relación. Pero hacía demasiado tiempo y aquella época no duró mucho.

Solo recordaba el dolor que le provocaron sus críticas. La agonía de ser solo su juguete, cuya única utilidad era proporcionarle placer sin importar sus sentimientos ni su opinión. Solo ella estaba autorizada a demostrar su dolor o su insatisfacción, él no tenía derecho a nada. Ni siquiera a su dignidad.

Lo suyo había sido sexo. Básico y primitivo. Sin emociones de por medio, salvo la ira.

Al igual que les había sucedido a todos los demás, Artemisa detestaba el hecho de desearlo y todo su afán era castigarlo por haberse acostado con ella. Se limitaban a usarse mutuamente. Si en algún momento sintieron algo, esos sentimientos habían muerto siglos atrás. En esos momentos solo

quedaban los fragmentos de un pasado que ninguno de los dos podría recuperar.

—¿No te acuerdas? —preguntó Tory.

—La verdad es que no —respondió con sinceridad.

A Tory se le encogió el corazón al escucharlo. Le tocó la mejilla y lo obligó a girar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Voy a hacerte el amor, Ash. Esta noche pondré tu mundo patas arriba.

Ash se llevó su mano a los labios y le mordisqueó los dedos, abrumado por el miedo y la emoción. Esa noche iba a costarle muy cara.

«Nadie debería pagar el amor con sangre y lágrimas.»

Sin embargo, era lo único que conocía. Siempre había pagado por cada caricia y por cada gesto tierno. Nadie daba nada sin pedir algo a cambio. La única pregunta pertinente era: ¿merecía la pena?

¿Merecía Tory el precio que tendría que pagar?

Eso esperaba. Volvió a ponerse las gafas de sol.

—Volveré.

Tory lo observó salir de la habitación con el corazón en un puño. ¿Qué secretos guardaba que lo torturaban tanto? ¿Por qué le daba tanto miedo tocarla?

Terminó de comer y bajó al bar para verlo tocar. Pam y Kim estaban en primera fila, sonriendo. Se colocó detrás de ellas y les pellizcó el trasero.

Pam le devolvió el pellizco.

—¿A que es alucinante?

—Sí que lo es. —Saludó a Ash con la mano cuando la miró.

La respuesta de Ash fue una sonrisa sincera, aunque tímida, que le llegó al alma y la excitó. Estaba para pegarle bocados.

Se quedó varias canciones más. Cuando empezaron a cantar la última, volvió a la habitación para prepararse.

Ash frunció el ceño al ver que Tory se alejaba del escenario.

—¿Está bien? —le preguntó a Pam moviendo solo los labios.

Ella asintió con la cabeza para tranquilizarlo.

Aliviado, esperó con impaciencia a que terminase la canción. En cuanto lo hizo, se colgó la guitarra a la espalda, la desenchufó y saltó del escenario.

—¡Que os divirtáis! —le dijo Pam mientras Kim se echaba a reír—. Nos vemos mañana. Dile a Tory que me llame.

—Vale. —Atravesó la multitud para subir a la habitación.

Justina y Katherine también se retiraron con la promesa de volver a la mañana siguiente.

Cerró la puerta exterior antes de abrir la que tenía el escáner de huellas. En cuanto vio a Tory, se quedó pasmado. Llevaba un picardías negro que marcaba todas sus curvas y que le quedaba de muerte. Se había alborotado el pelo.

Y estaba para comérsela.

—Deja que me afeite.

Tory lo miró con el ceño fruncido.

—¿Te vas a afeitar?

Se pasó los dedos por las mejillas, que tenía bastante ásperas.

—No quiero que acabes toda enrojecida.

Esa muestra de consideración la conmovió. Hasta que lo vio intentando entrar en el cuarto de baño con la guitarra a la espalda. Evidentemente, la guitarra se trabó en el marco, y eso hizo que soltara un taco y que se pusiera como un tomate.

—Supongo que debería quitármela antes. —Se pasó la cinta por la cabeza y dejó la guitarra en el suelo, apoyada en la pared.

Tuvo que taparse la boca con una mano para no estallar en carcajadas. En ocasiones Ash era tan mono como un osito de peluche.

Mientras él estaba en el cuarto de baño, repasó a toda prisa las notas que había tomado del libro de Tabitha. Cuando escuchó que cerraba el grifo, metió el libro en la mesita de noche y adoptó lo que supuso que era una pose seductora.

Ash dejó de secarse la cara cuando vio a Tory en la cama, sentada sobre las piernas. La pose en sí era seductora, pero las gafas le daban un aspecto de intelectual picarona.

Cosa que se la puso dura al instante. Tiró la toalla, se quitó el abrigo en la puerta y se sacó la camiseta por la cabeza.

Tory contempló boquiabierta el musculoso cuerpo que había dejado a la vista. Lo vio arrodillarse en la cama y gatear hacia ella como un depredador hambriento.

Ash se colocó sobre ella y el pelo negro le cayó a ambos lados de la cara. Sus cuerpos no se tocaban, pero la pasión de esos turbulentos ojos plateados la abrasó. Los músculos de sus brazos estaban tensos por tener que soportar su peso. La miraba con expresión abierta y sincera, pero también vislumbró su miedo, y eso hizo que se preguntara por qué estaba asustado.

Notó que se mojaba en cuanto lo olió. Su piel olía a hombre y a cuero. Ash bajó la cabeza, y el roce de sus labios le produjo un escalofrío. El beso fue haciéndose cada vez más apasionado hasta que se pegó contra ella, aplastándola contra el colchón.

Suspiró al notar su peso sobre ella, al notar sus caderas entre las piernas. Se le desbocó el corazón al notar la tremenda erección que presionaba contra su entrepierna. Todo en él era grande. Le encantaba sentir su fuerza y su calidez.

Recorrió esa espalda perfecta con las manos y sintió cómo sus músculos se tensaban mientras la besaba con pasión. Lo abrazó con fuerza y lo instó a rodar sobre el colchón para ponerse encima.

Ash se quedó muy quieto mientras Tory dejaba un reguero de besos por su cuerpo en dirección a su ombligo. Ver que lo deseaba tanto lo conmovió y no solo por el deseo, sino porque en el fondo de su alma ansiaba que alguien lo quisiera por una vez en la vida. Lo acarició por encima de los pantalones, arrancándole un gemido de placer y la vio alzar la vista mientras le mordisqueaba el abdomen. Sus juguetonas caricias eran maravillosas y muy dulces. Y las llevaría para siempre en el corazón.

Le rodeó la cara con las manos y le devolvió la sonrisa mientras intentaba grabar su imagen a fuego en la memoria para que nunca se le olvidase ese momento.

Tory siguió bajando para quitarle las botas. Se quedó muy quieto mientras le desabrochaba la izquierda y se la quitaba. La tiró al suelo.

Acto seguido, le sacó la otra bota y la lanzó por encima del hombro antes de ir a por los pantalones. Contuvo el aliento al verla extender la

mano en busca de la cremallera. Ver su cara tan cerca… Estuvo a punto de correrse.

En ese momento Tory esbozó una sonrisa, se subió las gafas por la nariz y le desabrochó el botón. Con el corazón desbocado, la observó bajar muy despacio la cremallera para desnudarlo.

Tory se mordió el labio con expresión satisfecha cuando la bajó del todo. Ash no llevaba ropa interior y la tenía enorme. Aunque ya lo sabía, claro. En sus anteriores encuentros ya se había hecho una idea de su tamaño, pero verlo así…

Le quitó los pantalones y se tomó su tiempo para admirar la belleza de su cuerpo desnudo. Tabitha tenía razón, se haría rica si le sacaba fotografías y las colgaba en internet. Era perfecto. Absolutamente perfecto. Desde esos anchos hombros, pasando por sus estrechas caderas hasta esas piernas largas y fuertes salpicadas de vello negro.

Y quería complacerlo al máximo.

Se quitó las gafas, las dejó en la mesita de noche y empezó a acariciarlo.

Ash echó la cabeza hacia atrás, abrumado por el placer. Entornó los ojos para observar a Tory mientras ella se la examinaba con detenimiento. La vio separar los labios para meterse la punta en la boca, pero se apartó con el ceño fruncido. Después, ladeó la cabeza y abrió la boca como si estuviera analizando la mejor forma de saborearlo.

Volvió a acercarse y se alejó… una vez más.

—Soteria, me estás matando.

—Lo siento. —Se apartó de él, se colocó las gafas y abrió un cajón de la mesita de noche, del que sacó un libro.

Ash frunció el ceño mientras ella buscaba la página que había dejado marcada. Tenía un montón de anotaciones en los márgenes.

—¿Qué haces?

—Asegurándome de que lo hago bien —contestó ella al tiempo que pasaba el dedo sobre las notas.

Se incorporó sobre un codo, le mordisqueó el hombro y se quedó pasmado al ver una ilustración muy gráfica de una mujer haciéndole una mamada a un hombre. Le quitó el libro de las manos y miró el título, asombrado.

—¿¡*Cómo alegrarle el pepino*!?

Tory se encogió de hombros con un gesto monísimo.

—En fin, ya sabes que todo esto es nuevo para mí. Quería asegurarme de que te lo pasabas bien.

Esas palabras lo conmovieron de tal manera que tardó un minuto en poder respirar por culpa del nudo que se le había formado en la garganta.

—Cualquier cosa que hagas me gustará. —La besó con ternura al tiempo que soltaba el libro en el suelo—. No te hace falta el libro, Tory. —Le quitó las gafas antes de volver a besarla—. Una caricia tuya es como estar en la gloria.

Tory tragó saliva mientras él le llevaba la mano a su miembro para enseñarle cómo acariciarlo. Deseando complacerlo, inclinó la cabeza para saborear la humedad de su punta.

Ash se quedó inmóvil en cuanto los labios de Tory se cerraron a su alrededor. Como no quería hacerle daño, se dejó hacer mientras ella lo exploraba con la lengua.

—Tu lengua es maravillosa —gruñó.

Tory le acarició los muslos con las manos y siguió hasta los testículos, sin dejar de chupársela. Sus caricias lo pusieron a mil. Incapaz de soportarlo más, se apartó de ella.

—Soy capaz de controlarme, Tory, pero si sigues así, no podré aguantar mucho. Y tengo tantas ganas de estar dentro de ti que no quiero estropearlo.

—Vale.

Tory se colocó de costado y se quitó las bragas negras transparentes. La observó sin perder detalle mientras se las bajaba por esas piernas largas y torneadas. Se le hizo la boca agua y se le puso tan dura que habría podido usarla de martillo.

Después de soltar las bragas en el suelo, Tory sacó un condón de la mesita de noche.

—Bueno… ¿cómo lo hacemos?

Se imaginó un millar de posturas distintas para hacerlo con ella mientras se ponía el condón. La simple idea de metérsela le arrancó un gemido.

Aunque la primera vez siempre dolía y él la tenía lo bastante grande como para que fuera una experiencia espantosa para ella. Y eso era lo

último que quería.

—Primero tenemos que prepararte.

—Estoy preparadísima.

Soltó una carcajada por la fogosidad de su respuesta. Abrasado por el deseo, la penetró con el pulgar. Tory se mordió el labio y dio un respingo.

—Estás mojada —dijo al tiempo que inclinaba la cabeza para lamerla con la lengua y humedecerla todavía más.

Tory separó las piernas todo lo que pudo, ansiosa por no perderse nada.

—Aquerón, me estás matando.

—Paciencia, cariño, paciencia.

La penetró con uno de sus largos dedos y la notó estremecerse mientras seguía acariciándola con la lengua. Después la penetró con un segundo dedo y le frotó el clítoris con la barbilla.

—Córrete para mí, Soteria. Déjame saborearte.

Volvió a acariciarla con la lengua, y Tory se dejó llevar. El orgasmo fue tan intenso que creyó morir. El placer la asaltó en oleadas, pero Ash no hizo ademán de ir al grano.

En cambio, la colocó boca abajo. Ni siquiera le dio tiempo a preguntarle qué estaba haciendo porque empezó a darle un masaje. Pero no uno corriente, sino un masaje que relajó todos sus músculos.

—No quiero que estés tensa —le explicó él con voz ronca y ese acento tan melódico.

—Ya estoy derretida…

Su ronca carcajada resonó en sus oídos mientras volvía a penetrarla con los dedos.

Ash se mordió el labio, con el cuerpo dolorido por el deseo. En ese momento Tory estaba aún más mojada. Un orgasmo más y podría penetrarla sin causarle demasiado dolor.

Se inclinó hacia ella y le mordisqueó las nalgas.

Tory soltó un gritito por la mezcla de dolor y placer mientras sus dedos la penetraban todavía más y la besaba en la base de la espalda. Le subió el picardías hasta los hombros ayudándose con la barbilla, y siguió torturándola con las manos. Cuando dejó de hacerlo, se frotó contra su sexo

desde atrás, pero sin llegar a penetrarla. La sensación le arrancó un jadeo justo cuando Ash le cubría los pechos con las manos.

Era demasiado para ella. En un abrir y cerrar de ojos, volvió a correrse.

En esa ocasión Ash la penetró durante el orgasmo. Tory gimió por la extraña sensación de tenerlo en su interior. Su grosor consiguió intensificar el placer.

Y eso le arrancó un grito.

Ash esperó inmóvil y con la boca seca mientras el cuerpo de Tory lo aceptaba. Le costó la vida misma no moverse en su interior, pero todavía no había llegado el momento. Su cuerpo aún tenía que acostumbrarse a la invasión.

—¿Estás bien?

—¿Estás de coña? —preguntó ella a su vez, levantando las caderas para recibirlo por completo.

Ash gimió, a punto de perder el control.

—¿Pasa algo si hago esto?

—No —masculló él, que cerró los ojos mientras su cuerpo se estremecía.

Tory empezó a moverse con más fuerza.

—¡Para! —gritó.

Tory se quedó helada, temerosa de haberle hecho daño.

—¿Qué pasa?

Salió de ella, se tumbó de espaldas y la miró. Le apartó el pelo de la cara antes de acariciarle el labio inferior con el pulgar.

—Quiero mirarte a los ojos mientras me corro.

Tory lo besó mientras la colocaba a horcajadas sobre él.

Ash le bajó la mano por la espalda hasta llegar a su miembro para guiarlo de nuevo hasta su interior. Ambos jadearon cuando Tory se incorporó.

En ese momento escuchó sus pensamientos en la cabeza.

«*¿Lo estoy haciendo bien? Espero que no se lleve un chasco. ¿Por qué no puedo hacerlo con las gafas puestas para poder verle bien la cara? Por favor, Ash, no te lleves una decepción.*»

Sus dudas lo abrumaron. Aunque fue la sinceridad de sus palabras, la preocupación por él, lo que le llenó los ojos de lágrimas.

—Eres maravillosa, Tory. Perfecta.

Tory dejó de moverse para mirarlo.

—¿De verdad?

—Sí —susurró al tiempo que bajaba una mano para acariciarla mientras subía y bajaba sobre él.

Con un nudo en la garganta, comprendió que la ternura de Tory acababa de doblegarlo como nunca lograron doblegarlo las palizas.

Se le escapó una solitaria lágrima por el rabillo del ojo derecho. Apretó los ojos con fuerza y se entregó a ella. En ese preciso momento Tory lo poseía como nadie lo había poseído jamás.

No, Tory no lo poseía.

Se estaba entregando libremente a ella, y por primera vez comprendió la diferencia. Por fin entendió lo que era hacer el amor. Lo que era compartir su cuerpo con alguien, pero no por obligación ni miedo, sino para sentirse cerca de esa persona.

En ese preciso momento era de Tory y Tory era suya.

La pasión consumió a Tory mientras sentía a Ash en su interior. Llevaba toda la vida preguntándose qué se sentiría en ese momento. Pero la imaginación no era nada al lado de la realidad. No era nada en comparación con la maravillosa sensación de tenerlo debajo, conteniéndose.

Era puro músculo, una fuerza viva, pero al mismo tiempo muy delicado. Ojalá pudiera meterse bajo su piel. No, ojalá pudiera fundirse con él y protegerlo para siempre.

Ojalá la dejara…

Ash le tomó la cara entre las manos y la besó con pasión justo antes de correrse con tanta fuerza que perdió el sentido unos instantes. Con un gruñido, la miró a los ojos mientras experimentaba lo que era el verdadero éxtasis.

Pero de repente lo consumió un miedo tan atroz que se le paró el corazón. Una vez pasado el momento, ¿cómo reaccionaría Tory?

¿Lo apartaría de un empujón? ¿Se echaría a llorar? ¿Le pegaría? ¿Lo insultaría?

Esperó conteniendo el aliento.

Tory se dejó caer contra su pecho con una sonrisa y se acurrucó como una gatita, sin separar sus cuerpos. Soltó un sentido suspiro mientras le acariciaba el brazo.

—Ha sido muchísimo mejor de lo que había imaginado.

Ash dio un respingo, ya que todavía no acababa de verlo claro.

—¿No estás enfadada conmigo?

—¿Por qué iba a estarlo? —Le cogió una mano y se la llevó a los labios para mordisquearle los nudillos.

Ash se relajó al darse cuenta de que no estaba enfadada ni molesta por lo que habían hecho. Y cuanto más se relajaba, más le gustaba sentir su cuerpo desnudo contra el suyo.

—Podría quedarme aquí para siempre.

—Estaría bien, ¿no?

Asintió con la cabeza antes de acercarse a su pelo para aspirar su aroma. Por desgracia, sintió que se salía de ella. ¡Joder!

—Será mejor que me quite esto. —Se apartó de ella a regañadientes para librarse del condón.

Tory lo observó salir de la cama. Le repateaba no verlo bien, así que cogió las gafas de la mesita de noche. Después de ponérselas, abrió la botella de Sprite que había dejado encima de la mesita y bebió un sorbo.

Ash regresó a la cama con un paño húmedo.

—Siento haberte puesto tan pegajosa.

Tory le acarició los labios.

—Me gusta que lo hayas hecho. Me encanta tu sabor. —Le quitó el paño de las manos y le ofreció la botella.

Ash nunca había probado un refresco. Se lo llevó a los labios con curiosidad y le sorprendió el sabor.

—Está muy bueno.

—¿Nunca has bebido Sprite?

—No.

Puso los ojos en blanco mientras se limpiaba.

—Ya sé, ya sé, tú solo bebes cerveza.

Ash no le respondió, se limitó a darle un trago a la bebida. Frunció el ceño de repente porque se sintió un poco mareado. Si no supiera que era imposible, diría que se estaba emborrachando. Pero no. Como dios que era no se podía emborrachar. Y aunque pudiera, los refrescos no tenían alcohol.

Tory frunció el ceño cuando vio que Ash se acababa el Sprite de un solo trago.

—¿Ash?

—¿Tienes más?

Se comportaba de una forma muy rara. Como si estuviera borracho.

—Creo que hay otra botella en el frigorífico.

Lo vio humedecerse los labios antes de sujetarle la barbilla con una mano.

—¿Sabes? Eres hermosa para ser una humana.

—¿Qué quieres que sea?

Ash soltó una carcajada antes de besarla.

—Podrías ser una diosa, pero no eres lo bastante cabrona. Aunque Katra no lo es. Ella es hermosa como tú. —Ladeó la cabeza como si se le acabara de ocurrir algo—. Tengo que ver a mi hija pronto. Va a tener un bebé. Una niña como ella, aunque no como ella. Será una niña con muchísimo poder. Espero que salga al padre y que no sea una diosa de la destrucción. Ya hay bastantes de esas. Necesitamos dioses buenos.

Sus palabras la dejaron alucinada, sobre todo porque ciertas frases las había dicho en griego.

—¿De qué leches estás hablando? —Era imposible que tuviera la edad necesaria para tener una hija a punto de ser madre—. ¿Quieres volverme loca, Ash?

—Ya lo he hecho, Soteria —le dijo al tiempo que le mordisqueaba un pecho—, y he disfrutado como no lo había hecho en la vida. ¿Dónde está ese refresco?

Le pasó otra botella.

—¿Estás borracho?

—Eso parece. —La miró y esbozó una sonrisa deslumbrante—. Estoy embriagado por tu belleza. Mira lo que me has hecho, humana. —Tomó

otro sorbo de Sprite antes de soltar la botella y extender los brazos hacia ella—. Tócame, Soteria. Me siento limpio y entero cuando me tocas.

Ash le cogió la mano y se la llevó al pecho, haciendo que le acariciara el pezón con las uñas. Nada más hacerlo, le apareció una larga cicatriz desde la garganta hasta más abajo del ombligo. Otra cicatriz, la marca de una mano, apareció alrededor de su garganta justo cuando se le ponía el pelo rubio.

—¿Ash?

Sus ojos se volvieron de un rojo sangre.

Aterrada, Tory corrió hacia la puerta.

Ash apareció delante de ella de repente.

—¿Adónde vas?

Presa del pánico y sin saber si podía confiar en él, tragó saliva.

—¿Qué eres?

—Soy un dios, Soteria. El último del panteón atlante.

14

Aterrada, Tory se alejó de Ash mientras intentaba asimilar lo que acababa de decirle. Estaba loco… Y ella estaba desnuda y encerrada en una habitación insonorizada, con un pirado.

«¡Ay, Dios!», exclamó para sus adentros.

—Vale —dijo despacio, alargando la palabra mientras intentaba encontrar la forma de llegar hasta la puerta que Ash tenía detrás, para salir antes de que la matara—. Vamos a tranquilizarnos. ¿No puede volver el Ash tranquilito de siempre?

Su pregunta pareció herirlo.

—No me tengas miedo, Tory. Quería decirte que soy un dios, pero no sabía cómo. —Cerró los ojos y se deslizó por la puerta hasta quedar sentado en el suelo con las rodillas pegadas al pecho.

La posición le recordó a un niño pequeño al que acabaran de castigar por haber hecho algo sin querer.

—Sabía que dejaría de gustarte si descubrías la verdad —continuó él—. La gente me desprecia cuando lo descubre. —Levantó la cabeza para mirarla a los ojos, que habían recuperado su turbulento color plateado—. «Se llamará Aquerón, como el río de la aflicción. Al igual que el transcurso del río del Inframundo, su viaje será oscuro, largo e imperecedero. Tendrá el don de dar la vida y de quitarla. Caminará solo y abandonado… siempre buscando benevolencia, pero encontrando solo crueldad. Que los dioses se apiaden de ti, pequeñín. Porque nadie más lo hará.»

Tory frunció el ceño mientras lo escuchaba recitar algo que obviamente le resultaba muy doloroso.

—¿De dónde has sacado eso?

Vio que en su mentón aparecía un tic nervioso y que se ponía colorado. ¿Cómo era posible que un pirado fuera tan guapo?

—Es lo que dijo la sacerdotisa cuando nací en el plano humano. Soy un dios maldito porque mi padre quiso que mi madre me matara para impedir la destrucción de nuestro panteón. —Desvió la mirada—. Ojalá lo hubiera hecho. No sabes lo que es caminar por el mundo siempre solo en mitad de la multitud. Todo el mundo me ve, pero nadie me conoce. —Enterró la cabeza en las manos—. No debería haberte tocado. ¿Qué he hecho? Me pasaré el resto de la eternidad pagando por lo que he hecho esta noche. —La nota angustiada de su voz la atravesó como un puñal.

Se acercó a él despacio.

—Si de verdad eres un dios tan antiguo, demuéstramelo. Haz que pueda ver bien sin gafas.

Aquerón mantuvo la cabeza apoyada en los brazos.

—Vale.

Ni siquiera había acabado de hablar cuando Tory lo vio todo borroso. Jadeó al notar una dolorosísima punzada y se quitó las gafas. Parpadeó varias veces y se quedó pasmada al verlo todo con absoluta nitidez. ¡Veía perfectamente!

El picardías transparente que llevaba se transformó en un vaporoso peplo de seda que la cubría por completo.

Incapaz de creerlo, acarició el fresco y delicado tejido mientras echaba un vistazo por la habitación, asombrada de ver con nitidez lo que antes era imposible sin las gafas.

Por fin veía con total claridad.

Y se refería a todo, incluida la situación. Tenía que tomar una decisión. Había tres posibilidades: Ash le estaba diciendo la verdad; Ash era un curandero con grandes habilidades; Ash y ella habían perdido por completo la cabeza.

Se decantó por la primera opción. Ash le decía la verdad porque eso le aclaraba muchas cosas, además de aclararle los objetos que tenía delante, claro. Le aclaraba el porqué de sus extraños ojos y su habilidad para leer una lengua que nadie más podía identificar.

Se arrodilló a su lado y se acercó un poco, lista para salir pitando en caso de que le hiciera falta.

—Tú me resucitaste, ¿verdad?

Lo vio levantar la cabeza antes de que moviera una mano para tocarle la pequeña cicatriz que le había dejado en el brazo un accidente infantil con botella rota incluida. En cuanto la tocó, la cicatriz resplandeció y desapareció.

—Sé por experiencia que no debo alterar el orden natural de las cosas, pero no podía dejarte morir. No podía verte sufrir.

—¿Por qué lo hiciste?

Ash se llevó su mano a la cara para que le acariciara la mejilla y la miró a los ojos, que le abrasaron el alma por la tristeza que vio en ellos.

—Porque cuando me miras no me siento sucio.

Su respuesta hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas.

—¿Por qué te sientes así?

Se frotó la mejilla con su mano y al hablar, notó el cálido roce de su aliento en la palma. Aunque fue su respuesta lo que la conmovió.

—Porque hicieron que me sintiese sucio cuando era un niño. Me destrozaron y me arrojaron a la basura, como si solo fuera un despojo inservible. Pero tú no me tratas así. Tú ves mi lado humano y eres capaz de llegar hasta él. Contigo me siento entero, me siento querido.

Tiró de él para abrazarlo con fuerza antes de echarse a llorar.

—Me encanta que me abraces —lo escuchó susurrar contra su hombro.

—¿Por qué fuiste a Nashville? —le preguntó después de apoyar la cabeza en su coronilla.

Lo notó tensarse entre sus brazos al tiempo que hablaba en una lengua desconocida.

—No te entiendo, Ash.

Él se apartó y le aferró la cara con las manos para que viera la cólera que relampagueaba en sus ojos, cuyos iris estaban ribeteados de rojo.

—Nadie debe saber nada sobre la Atlántida. No pueden saber nada sobre mí. Nadie debe saber lo que fui allí ni lo que soy ahora. No fue mi intención hacerte daño, pero no puedo dejar que reveles la verdad. Nunca —masculló con ferocidad.

Sus palabras la asustaron, pero también la enfurecieron.

—¿Mataste a mis padres porque se acercaron demasiado?

Lo vio negar con la cabeza.

—No me gusta acabar con las vidas humanas. Son demasiado cortas. Con los daimons, los demonios, los seres inmortales y los dioses no hay problema. Pero no me gusta alterar la vida de los humanos si puedo evitarlo. Nunca les haré lo que me hicieron a mí.

—¿Qué te hicieron?

Ash torció el gesto y se alejó de ella. Intentó ponerse en pie, pero acabó dándose un costalazo contra el suelo. La sorpresa que se reflejó en su cara le recordó a un niño pequeño, no a un dios todopoderoso.

—¿Qué me pasa? —preguntó con dificultad.

—Creo que estás borracho.

—Estoy borracho, pero no sé por qué —admitió al tiempo que se tendía de espaldas.

Tory lo cogió de un brazo para impedir que se acomodara.

—Es mejor que te acuestes en la cama. Vamos, cariño, échame una manita para que pueda levantarte.

Mientras se tambaleaban en dirección a la cama, a Ash se le puso el pelo negro y después de un color verde oscuro veteado de negro. El pendiente que llevaba en la nariz desapareció, al igual que el agujero. Lo ayudó a tumbarse en el colchón y lo arropó con una manta. Cuando lo vio cerrar los ojos, cayó en la cuenta de algo.

Era la primera vez que veía al verdadero Ash. Estaba totalmente desnudo y expuesto. Y no solo se refería a su cuerpo. En ese momento carecía de defensas. Nada de gafas de sol ni de *piercings* tras los que ocultarse. Era vulnerable. Y algo le dijo que nunca había estado en esa situación con nadie.

Le pasó la mano por el pecho mientras recordaba un detalle importante. ¡Ash era atlante!

Atlante… Conocía todos y cada uno de los secretos que ella había buscado durante toda su vida.

«¡Por el amor de Dios! Estoy tocando a alguien que tiene miles de años…», se dijo, aunque no acababa de asimilarlo. Había visto multitud de

cosas fascinantes.

—¿Ash?

—Mmm…

—¿Cómo era la Atlántida?

Lo oyó soltar un suspiro cansado antes de contestar:

—Fea y preciosa.

—¿Puedes enseñármela?

Ash se despertó con un espantoso dolor de cabeza. En un primer momento creyó que volvía a ser humano y que había pasado la noche bebiendo y tomando drogas.

Pero eso fue en otra vida, miles de años atrás.

Abrió los ojos, parpadeó varias veces y descubrió que estaba desnudo en la cama. Tory estaba sentada en el suelo, mirándolo con los ojos desorbitados. De fondo se escuchaba un ruido extraño y rítmico.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz pastosa y ronca.

Tory frunció el ceño e hizo un mohín.

—¿Por dónde quieres que empiece? —replicó.

Él se pasó una mano por la cara.

—¿Me has golpeado con un martillo mientras dormía?

—No.

—Entonces, ¿por qué me siento tan mal?

Tory siguió sin moverse del sitio que ocupaba en el suelo.

—Parece que el Sprite te sienta como una patada en el culo, chaval.

—¿Qué?

La vio señalar dos botellas verdes de plástico que descansaban en la mesita de noche.

—¿Sabes que cuando te emborrachas ella se emborracha también?

—¿Ella?

Tory señaló hacia el lugar desde el que procedía el extraño sonido que hasta ese momento él había pasado por alto. Cuando miró, descubrió a Simi en el suelo, debajo de la tele, con las piernas apoyadas en la pared y

roncando. Por si eso no fuera bastante, estaba en forma demoníaca con cuernos, alas y cola incluidos. Se le encogió el estómago.

¿Qué había hecho?

En ese momento reparó en el holograma tridimensional que había en el suelo. Una réplica perfecta de la Atlántida. Hasta había personas diminutas caminando por la isla.

«¡Mierda…! ¡Mierda, mierda, mierda!», no se le ocurría otra cosa que pensar. Lo que había hecho era increíble.

Tory se levantó muy despacio y cruzó los brazos por delante del pecho. Se acercó a la cama mirándolo con los ojos entrecerrados.

—No recuerdas nada de lo de anoche, ¿verdad?

—Recuerdo que hicimos… —Miró las sábanas y vio la sangre que confirmaba esos recuerdos en concreto.

Lo habían hecho. Las caricias de Tory estaban grabadas a fuego en su memoria y en su piel.

—¿No recuerdas el Sprite?

Negó con la cabeza.

—Interesante…

No supo por qué pero esa palabra lo acojonó.

—¿Interesante?

La vio hacer un gesto afirmativo.

—Borracho eres muy cariñoso y además hablas por los codos.

Eso lo dejó blanco.

—¿Por los codos?

—Por los codos… Apóstolos.

Se sentó, abochornado por lo que podía haberle contado.

«¡Por favor, por favor!», suplicó.

No podía haberle dicho lo que fue. Seguro que no había sido tan tonto como para apartar de su lado a la única persona que no lo veía como un puto cuando lo miraba. En ese momento se dio cuenta de que Tory no llevaba las gafas.

—¿Te he…?

—¿Arreglado la vista? Sí. Después llamaste a tu demonio y los dos empezasteis a discutir para decidir si me llevabais a la Atlántida o no. Fue

Simi quien hizo el mapa en el suelo para que no tuviéramos que salir de aquí. Según ella, ir a la Atlántida mientras estabais borrachos habría sido terrible, porque seguramente la destruirías antes de que tu madre pudiera hacer los honores. Luego me redujiste al tamaño de un muñeco diminuto y me acompañaste por las calles de la ciudad mientras me explicabas todo lo que veíamos… hasta que perdiste el conocimiento. Menos que mal que recuperé mi tamaño normal.

Ash todavía sentía un nudo en el estómago.

—¿Te llevamos a la Atlántida de verdad?

—Debería decirte que sí para acojonarte, pero Simi ganó la discusión y nos quedamos aquí.

Menos mal que le había hecho caso a su demonio, pensó con un suspiro. Una cosa menos de la que arrepentirse.

Eso sí, era innegable que se lo había contado todo. Se había expuesto por completo.

«¡Joder!»

Tragó saliva y enfrentó la mirada resuelta de Tory.

—¿Estás enfadada conmigo?

—Cabreadísima. De verdad. Pero entiendo por qué tuviste que mentir. A ver, ¿quién va a creerse que este pedazo de bombón gótico que no aparenta más de veintiún años y que no se separa de su mochila negra es en realidad un dios omnipotente de once mil años de edad que vive con un demonio? ¿Eh? Es ridículo.

Ash se encogió al escuchar cómo desvelaba todos sus secretos.

—Por cierto, que sepas que tú y yo ya nos habíamos visto antes.

Intentó recordar la ocasión, pero no pudo.

—¿Cuándo?

Tory se sentó a su lado en la cama.

—En 1988. Estabas jugando una partida de ajedrez con mi abuelo en el parque cuando él sufrió el infarto. Yo tenía siete años.

Sí. Eso lo recordaba perfectamente. Theo acababa de mover su alfil para derrotar a su reina cuando se llevó la mano al pecho y empezó a gemir.

Su nieta, una niña chiquitina con enormes ojos castaños y un par de coletas, llegó corriendo mientras llamaba a su *papou* a gritos.

Como no quería que la niña presenciara la muerte de su abuelo, en caso de que ese fuera el destino de Theo, hizo aparecer a Simi para que la distrajera mientras él llamaba a una ambulancia.

«Cuídala, Simi. No dejes que se ponga triste y dale cualquier cosa que necesite o que te pida.»

Y después se fue con Theo mientras Simi se llevaba a Soteria a su piso.

¿Cómo era posible que hubiera olvidado ese momento?

Sacudió la cabeza, miró a Tory y por fin vio los dulces rasgos de aquella niña en la cara de la mujer que tenía delante.

—Ahora lo recuerdo.

—En aquel entonces pensé que eras Billy Idol.

Eso le resultó increíble.

—¿Billy Idol? No me parezco en nada y nunca he llevado el pelo de punta.

Ella se encogió de hombros.

—Era la única estrella de rock que conocía que llevara ropa de cuero, cadenas y gafas de sol. Como tú aquel día. Además, también tenías el pelo morado y llevabas un pendiente. Me pasé toda la infancia preguntándome quién sería ese punk que había salvado a mi abuelo. Mi adoración por ti es en gran parte responsable de que Kim y Pam acabaran vistiendo en plan gótico. Un poco irónico, la verdad. —Echó un vistazo hacia el lugar donde dormía Simi—. Anoche al ver a Simi encajaron todas las piezas.

En ese momento lo miró a los ojos y la mezcla de inteligencia y reproche hizo que Ash se encogiera.

—Tú fuiste quien salvó a mi abuelo de las llamas cuando tenía siete años y quien lo trajo desde Grecia. El hombre que lo cuidó durante toda la travesía y que le contó las historias sobre la Atlántida que luego él le contó a mi tío y a mi padre.

Quiso contradecirla, pero ¿para qué? A esas alturas lo sabía todo.

—Sí.

La vio asentir con la cabeza.

—Ese es el único motivo por el que me estoy controlando y no te doy de hostias por haberme mentido y por haberme humillado en público cuando solo estaba contando las historias que tú le contaste a mi abuelo.

¿Cómo voy a enfadarme con un hombre que se arriesgó a sufrir el ataque de los nazis para salvar a un niño de siete años de las ruinas de su casa? Mi abuelo nos contó que le vendaste los ojos y que lo llevaste en brazos durante días hasta llegar al puerto donde tuviste que sobornar a todo el mundo para poder sacarlo del país. La pérdida de toda su familia lo había dejado muy traumatizado y estaba muy asustado. Lo único que lo mantuvo cuerdo según él fue la voz de Aquerón, que no paraba de decirle que todo se arreglaría, que no permitiría que volviera a pasarle ninguna cosa mala, mientras lo abrazaba y le limpiaba las lágrimas. Y ese eras tú. Tú encontraste a la familia que lo adoptó al llegar aquí, tú le diste el dinero que necesitaba para abrir su primer negocio, tú eras el hombre con quien se encontraba todos los domingos en el parque para jugar al ajedrez. —Se sorbió la nariz y Ash sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas—. ¿Cómo voy a odiarte?

Ash apartó la mirada, abrumado por las emociones. Todo el mundo lo odiaba. ¿Por qué iba a ser Tory distinta?

—He hablado con Simi miles de veces por teléfono —siguió ella con la vista clavada en su demonio—. Y nos hemos intercambiado cientos de correos electrónicos. Gery y yo le pusimos a nuestra expedición «Proyecto Simi» porque fue ella quien nos ayudó a localizar el punto exacto donde se hallaba la Atlántida.

Ash puso los ojos como platos al escucharla, ya que lo ignoraba por completo. La furia ganó al resto de las emociones y de repente le entraron ganas de estrangular a Simi.

—¿Eso hizo Simi?

—Tú se lo dijiste, akri —terció su demonio desde el suelo antes de soltar un sonoro bostezo. Cuando volvió a hablar lo hizo imitando perfectamente su voz—: «Cuídala, Simi. No dejes que se ponga triste y dale cualquier cosa que necesite o que te pida.» —Después su voz volvió a la normalidad—. Y eso hizo Simi, akri. Lo que tú le dijiste que hiciera.

—Me refería a una tarde nada más.

—Akri no dijo nada de eso a Simi. Le dijiste que no dejara que se pusiera triste y eso fue lo que Simi hizo. Si querías que dejara de hacerlo, deberías habérselo dicho.

Ash se pasó la mano por el pelo al comprender todo el sufrimiento que le había acarreado a Theo, aunque su intención solo fuera la de ayudarlo. Al comprender que por su culpa se había destapado todo el asunto y habían descubierto la Atlántida.

—Aunque sé que no debo relacionarme con los humanos, metí la pata hasta el fondo.

Tory se acercó a él con una expresión dulce y tierna, aunque en ese momento ella era su mayor amenaza.

—Ash, no puedes vivir solo todo el tiempo. ¿Cómo quieres que te llame, Ash, Aquerón o Apóstolos? Ni siquiera sé cuál es tu verdadero nombre.

«El que tú quieras ponerme», pensó.

La idea era tan tonta que sabía que no debía decirla en voz alta. Porque su dueña era Artemisa.

—Me da igual. Utilizo los tres.

—Solo su madre, akra Apolimia, lo llama Apóstolos. ¡Ah! Y Jaden, el hombre demonio, y Savitar, que siempre es muy bueno con Simi. Siempre le trae cosas buenas para comer. Pero creo que a akri le gusta Ash porque ese es el nombre que usa cuando conoce a la gente.

—Gracias, Simi —le dijo con aspereza.

—De nada, akri —replicó ella, ajena a su sarcasmo—. A Simi le duele la cabeza. ¿Puede dormir contigo para estar cómoda y que no le duela tanto? El suelo no le gusta. Le hace daño en las alas.

—Claro, Simiqui —le contestó, extendiendo los brazos.

Simi sonrió mientras se transformaba en una bruma oscura que se trasladó por el dormitorio hasta llegar a su hombro, donde se convirtió en el tatuaje del dragón.

—Por fin entiendo el misterio del tatuaje —dijo Tory mientras observaba la forma de Simi con los ojos entrecerrados—. ¿Alguna sorpresa más que deba saber?

—Supongo que eso depende de lo que te contara anoche. Joder. ¿Me dio tiempo a irme mucho de la lengua antes de perder el conocimiento?

—Supongo que desde tu punto de vista más de la cuenta.

De no haber tenido esa horrible sensación en la boca del estómago, se habría echado a reír. Sin embargo y tal como estaban las cosas, solo acertó a hacer una mueca rara.

—Te lo estás tomando bastante bien.

Tory cruzó las piernas y se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que haga? Tampoco es que tenga experiencia en lidiar con este tipo de cosas. No conozco a nadie que se haya encontrado con un dios que tiene un demonio personal. Gente con demonios internos, sí, pero con un tatuaje que se convierte en demonio, la verdad es que no. Esto es nuevo para mí.

—Esto… en realidad te equivocas.

Tory parpadeó.

—¿Qué quieres decir?

—Deberías hablar con tu prima Gery. Su marido, Arik, era un Óneiroi.

Sus palabras la dejaron totalmente pasmada. Cosa que a Ash le resultó extraña, porque el resto se lo había tomado muy bien. Tras un breve silencio, le preguntó:

—¿Arik era un dios onírico griego?

Él asintió con la cabeza.

—¡Por eso abandonó la búsqueda de la Atlántida! —exclamó Tory, que se llevó una mano a la boca—. ¡Esa traidora! Fue justo después de que conociera a Arik en Grecia. —Le dio un guantazo en el muslo con cara de cabreo.

—¡Ay! —se quejó él mientras se frotaba el lugar donde le había dado, agradecido porque no hubiera sido más arriba—. ¿A qué viene eso?

—¿Por qué no me lo dijisteis?

—No es una cosa que podamos ir contándoles a los humanos así como así. La mayoría no se muestra tan razonable como tú.

—Sí, bueno, pero que sepas que esto no cambia nada. —Su mirada dejó bien claro la firmeza de su determinación—. Pienso ser la descubridora de la Atlántida.

Sus palabras lo paralizaron, porque su determinación era igual de firme. En esa batalla él sería el ganador costara lo que le costase.

—No seas testaruda, Tory. Déjalo.

—Para ti es muy fácil decirlo. Tú no sabes las burlas que ha tenido que sufrir mi familia solo porque le contaste a mi abuelo un montón de historias que despertaron la imaginación de sus hijos. Tanto mi padre como mi tío se dejaron la vida en la búsqueda de la Atlántida, para demostrar que está ahí. Lo menos que puedo hacer es limpiar sus reputaciones.

Ash le cogió la cara con las manos e intentó hacerle entender por qué no podía hacerlo.

—Tory, están muertos. A ellos les da igual.

Notó que apretaba los dientes, movida por la furia y por el dolor que asomó a sus ojos castaños.

—Pero para mí son lo más importante.

¿Qué podía hacer para que entendiera lo que quería decirle?

—Tú quieres salvar la reputación de tu padre y yo quiero conservar la mía. En esto estamos enfrentados. Nadie puede saber nunca que la Atlántida fue destruida.

—Eres un dios. ¿Por qué iba a salir perjudicada tu reputación si se descubriera ese secreto?

—¿Te conté lo que hacía en la Atlántida mientras era humano? —le preguntó a su vez con un rayito de esperanza.

—No.

¡Menos mal que hasta borracho había tenido el buen tino de morderse la lengua al respecto! El alivio y la alegría lo inundaron. Con razón Tory seguía tratándolo con cierto respeto.

Por eso no podía dejar que revelara la existencia de la Atlántida.

—¿Por qué no puedes renunciar a esto?

—Porque quiero a mi padre. Porque se lo debo.

Ash la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y para lograrlo estarías dispuesta a destruirme?

Ella negó con la cabeza, intentando comprender el motivo de tanta insistencia.

—No te entiendo. ¿Por qué iba a hacerte daño el revelar la existencia de la Atlántida?

—*Apóstolos, dile la verdad*.

Se encogió al escuchar la voz de su madre en la cabeza. Levantó la mirada al techo al sentir su presencia.

—Matera, *te has mantenido muy calladita durante todo esto. ¿Por qué no me has hablado nunca de tus sacerdotisas*?

—¿Por qué iba a hacerlo? Además, sabes muy bien que para que mis poderes sigan siendo los que son debo mantener adoradores. ¿Creías que los daimons eran los únicos que me rendían culto?

Pues sí, aunque sonara tonto.

—Enséñale el diario, m'gios.

—¿Y si me traiciona?

—Es humana. Si te hace daño, la mataré.

No obstante, jamás permitiría que su madre llegara a ese extremo.

—No puedo, matera. *No quiero que ella también me mire así*.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si está diciendo la verdad y para ella solo eres un buen amigo? A mí no me importa tu pasado. Ni tampoco le importa a Savitar, ni a Simi. Debes aprender a confiar un poco en los demás, Apóstolos. ¿No crees que tal vez ella sea la única que no te juzgue mal por algo que te obligaron a hacer? Dale una razón para renunciar a la Atlántida. Ayúdala a comprender.

Miró de nuevo a Tory, asustado por la idea de ver en sus ojos la misma compasión que veía en los de Ryssa. Le gustaba que Tory lo viera como una persona normal.

Claro que en esos momentos sabía que era un dios y lo trataba igual que antes. Tal vez su madre tuviera razón. Tal vez podía confiar en ella.

«No puedes vivir toda la vida en la oscuridad, muchacho», recordó las palabras de Savitar. «Tarde o temprano, todos nos damos una buena leche, pero ¿sabes una cosa? Normalmente nos reímos porque nos lo hemos pasado en grande antes de acabar sangrando.»

Era cierto. Sin embargo, si algo tenía claro era que las heridas físicas sanaban mucho mejor que las heridas del alma.

—Por favor, no me hagas daño, Soteria —susurró en atlante.

Con el estómago revuelto por el miedo, decidió confiar en su madre. Alargó el brazo y usó sus poderes para que la mochila volara hasta él.

Tory soltó una carcajada nerviosa.

—Lo de los trucos de Jedi no era de coña, ¿verdad?

—Pues no. —Introdujo la mano en la mochila y sacó el diario de la discordia. El nudo que tenía en la boca del estómago era tan desagradable que temió estar a punto de vomitar mientras le pasaba el diario—. Te he concedido la habilidad de poder entender la lengua perfectamente. Pero para que quede claro, no estoy muy seguro de haber hecho lo correcto y debes tener presente que te estoy confiando una parte de mi pasado que nadie conoce. Nadie. Este es el secreto por el que estoy dispuesto a matar para mantenerlo oculto. ¿Lo entiendes?

Tory tragó saliva al captar la velada amenaza en su voz. ¿Qué podía contener el diario que fuera tan horrible para un dios?

—Lo entiendo.

Ash soltó la mochila en el suelo.

—Voy a darme una ducha mientras tú lees.

Tory no se movió hasta que él se alejó de la cama. Muerta de curiosidad, abrió el diario y jadeó al ver que era capaz de leer lo que estaba escrito como si fuera su propia lengua. Conocía cada letra, el significado de cada palabra. Era increíble y mientras leía, fue capaz de imaginarse las escenas que describía como si estuviera viendo una película.

Al principio solo eran los pensamientos íntimos e inocuos de una princesa, hasta que llegó a la parte en la que hablaba de su hermano…

El puto.

Ash dejó que el agua resbalara por su cuerpo mientras intentaba controlar el dolor y la ira que lo embargaban. Tory no volvería a mirarlo del mismo modo. Nunca.

¿Por qué narices había tenido que hacerle caso a su madre? Debería haber destruido todos y cada uno de los diarios de su hermana.

«¡Qué gilipollas soy!»

Era imposible negar la verdad de su existencia. El pasado lo había marcado para siempre. En ese momento detestaba a Estes más que nunca. Ese cerdo cabrón lo había privado de todo.

Incluso del respeto de Tory.

Cerró el grifo y al salir de la ducha la vio en el vano de la puerta, observándolo. La vergüenza lo invadió. El silencio se alargó entre ellos mientras cogía una toalla para secarse. Entretanto, se preparó para los insultos y la furia que estaban por llegar.

—Siento mucho haberte tocado, Soteria. No tenía derecho a mancillarte.

Por la mejilla de Tory resbaló una solitaria lágrima al tiempo que se acercaba a él, que se tensó a la espera de la bofetada o del insulto. Eso era lo que se merecía y no esperaba otra cosa. Así que cuando lo abrazó y lo besó, lo dejó alucinado.

Tory se apartó de los labios de Ash para estrecharlo con fuerza, abrumada por el horror que había padecido a lo largo de su vida. Y pensar que lo había acusado de no comprender lo que se sentía al ser humillado… Las burlas que ella había sufrido no eran nada al lado de lo que había soportado él.

Las emociones eran tan poderosas que ni siquiera podía hablar. Estaba furiosa por lo que le había pasado, tenía el corazón destrozado.

Y en ese momento comprendió que lo quería con locura. En ese momento comprendió lo que Takeshi le había dicho: «Cuídalo, Soteria. Y recuerda que hace falta mucho valor y un gran corazón para demostrar ternura cuando no se la ha conocido nunca. Hasta la bestia más feroz puede ser domesticada con paciencia y cariño».

Le pasó la mano por la espalda, suave y perfecta, y recordó las descripciones de las palizas que había sufrido. Ni siquiera había tenido el triste consuelo de perder sensibilidad en la piel cicatrizada. Los latigazos siempre encontraban piel sana que destrozar. Era tan injusto lo que le habían hecho…

—Siento mucho todo lo que has sufrido, Aquerón. Lo siento muchísimo.

Ash cerró los ojos mientras la abrazaba y aspiraba su olor.

—¿No me desprecias?

—¿Por qué voy a despreciarte?

—Por ser un… —Ni siquiera fue capaz de decir «puto» delante de ella.

Tory se pegó a él cuando recordó sus palabras de la noche anterior, cuando dijo que habían hecho que se sintiera sucio. Se refería a eso. Se

apartó un poco de él para tomarle la cara entre las manos y que así pudiera ver que era totalmente sincera.

—Entre nosotros todo sigue igual. No me importa tu pasado, Ash. De verdad que no. Lo único que me importa es el hombre que está conmigo ahora.

—No soy un hombre, Soteria.

No, no lo era. Era un dios. Poderoso. Humilde. Tierno y letal. Por fin comprendía los distintos retazos de su personalidad que había vislumbrado.

—Lo sé. Pero si crees que puedes escudarte en tu estatus divino para no bajar la tapa del inodoro vas listo…

Ash soltó una carcajada, sorprendido por la fuerza y el buen humor que Tory demostraba en todo momento, sin importar la gravedad de la situación.

—No estoy acostumbrado a que la gente me apoye.

—Lo sé. Yo siempre he tenido suerte en ese sentido. Mi familia siempre ha sido capaz de enfrentarse al mismísimo demonio con tal de mantenerme a salvo. No puedo imaginarme siquiera la fuerza que has tenido que demostrar para vivir solo todos estos siglos. Sin nadie que te protegiera de los que querían hacerte daño. Pero yo no te daré la espalda. Si hay algo de lo que puedes estar seguro sobre mí, es de que nunca abandono a mis amigos. Y me sentiré muy honrada si me dejas ser tu amiga, Aquerón.

Ash escuchó la oferta con el corazón rebosante de angustia. En su vida había una constante que no podía negar.

—Nunca he tenido un amigo que lo supiera todo sobre mí.

Artemisa no contaba como amiga y las lagunas que Nick tenía sobre él habían sido las causantes de su muerte. Si hubiera confiado en su amigo lo suficiente, aunque solo hubiera sido para presentarle a Simi, Nick no se habría acostado con ella porque habría sabido que no debía tocarla. Un error que les había costado carísimo a los dos.

—Sé lo que estás pensando —dijo Tory, alejándose de él para mirarlo a los ojos—. Has confiado en mí y jamás voy a traicionarte.

«El tiempo lo dirá», pensó.

—Por cierto —siguió ella, bajando la mirada al tiempo que esbozaba una sonrisa picarona—, desnudo estás monísimo. Pero tienes que vestirte. Tengo que hacerte unas cuantas preguntas.

Se vistió al instante con sus poderes.

—Eso puede ser muy útil —comentó Tory con los ojos desorbitados por esa muestra de poder—. ¿A que nunca llegas tarde a una cita?

—Eso intento. ¿Qué querías preguntarme?

Lo llevó de vuelta al dormitorio y señaló el diario, que estaba en la cama.

—Anoche dijiste que tu hija está embarazada. Por las fechas del diario, sé la edad que tienes. ¿Cuántos años tiene ella?

—Cuando nació, yo tenía veintiuno. —Era la explicación más sencilla.

Tory cogió el diario y lo abrió por la página que había marcado con un trocito de papel.

—Vale, así que es como una tatara-tatara-tatara-tatarabuela o algo así. Un poco lioso, pero ya me acostumbraré. —Anotó algo en el margen de la página—. ¿Quién es su madre?

—Prefiero no contestar.

—Artemisa. De acuerdo. Tema tabú.

Ash frunció el ceño, extrañado por su habilidad para sacar conclusiones y por mostrarse tan transigente con su problema pelirrojo.

—¿Cómo…?

Ella lo interrumpió tapándole la boca con una mano.

—Sé por el diario que la proteges aunque ella se niegue a devolverte el favor. Mi siguiente pregunta es: ¿qué va a hacer cuando me descubra?

Satara se ocultó entre las sombras del Santuario y fingió ser una clienta más que disfrutaba sentada de una cerveza, un brebaje asqueroso por cierto, mientras esperaba que Aquerón saliera de la habitación donde se había atrincherado con su nueva mascota. El único regalo útil que su padre, Apolo, le había hecho era la habilidad de pasar desapercibida en presencia de los otros dioses. Una habilidad que le concedió para que pudiera espiar a su servicio. El muy imbécil ignoraba que la había utilizado más en su contra que a su favor. Para ser un dios profético, su padre era bastante lerdo. Aunque claro, su ego era tal que le resultaba inconcebible que existiera alguien que no adorara el suelo que pisaba.

Gracias a esa habilidad, pasaba totalmente desapercibida para Aquerón, a pesar de todos los poderes que el atlante poseía. Era estupendo saberse invisible.

Y le había sido de mucha utilidad la noche anterior mientras espiaba para Stryker en el bar. Porque había descubierto la reciente obsesión femenina de Aquerón. O para decirlo con más exactitud: su debilidad.

El diario que buscaba estaba en el Santuario, percibía su presencia. Sin embargo, el dios atlante lo protegía y, mientras lo hiciera, estaba fuera de su alcance a menos que quisiera arriesgarse a despertar su cólera.

De modo que estaba esperando a que bajara la guardia y se apartara de la mochila o de su amiguita. Siempre y cuando sus demonios hicieran lo que tenían que hacer, llegado el momento podría echarle el guante al diario de Ryssa y sus secretos.

Jadeó al sentir la punzada en el pecho que indicaba que Ash había abandonado el edificio. Se puso en pie con una sonrisa y se marchó escaleras arriba en busca de su más preciada posesión.

15

Satara retrocedió al ver a Aimée Peltier con la nueva mascota de Ash delante de la habitación que ambos compartían. ¡Joder! No podía tocar a esa zorra mientras la osa estuviera con ella. Ya había intentado en una ocasión violar la santidad del santuario de los katagarios y el error estuvo a punto de costarle la vida.

Savitar había dejado bien clara su postura. Los katagarios y los arcadios estaban fuera de su alcance.

Cabrón.

Claro que había aprendido de la experiencia. Lo que quería decir que tampoco podía echarle el guante al diario hasta que la osa desapareciera de su vista o hasta que le dejaran vía libre para colarse en esa habitación. Eso sin contar que dos de las sumas sacerdotisas de Apolimia andaban cerca. Solo le faltaba que una de ellas invocara los poderes de su diosa. Apolimia era una zorra letal que dejaba a Artemisa a la altura del betún.

Tendría que esperar a que se presentara la oportunidad.

Regresó a las sombras, a la espera de que llegara el momento de atacar o a que aparecieran sus demonios, si llegaban a hacerlo, claro. Porque daban más disgustos que satisfacciones. A diferencia de los daimons, los demonios tenían complejo de superioridad y detestaban seguir órdenes a menos que fuera estrictamente necesario.

Claro que tenían su utilidad. Si violaban las leyes del santuario, bueno… ¿a quién le importaba si morían?

Aunque se le ocurrió otra idea mejor…

La tía Artie sería su mejor aliada en esas circunstancias. Por lo menos, quitaría a Aquerón de la circulación una temporada… sobre todo si se

enteraba de que había estado picando en otra flor.

Tory se moría por seguir leyendo, pero cabía la posibilidad de que Aimée conociera ese idioma, de modo que se controló y devolvió el libro a la mochila para mantenerlo a salvo.

Echó un vistazo a la mesa alrededor de la cual Aimée, Justina y Katherine compartían historias de citas desastrosas.

Precisamente la peor forma de pasar el tiempo en su opinión.

—Chicas —les dijo con una sonrisa—, sin ánimo de ofender, pero estoy que me subo por las paredes. ¿No podríamos bajar al bar y hacer algo para que no me aburra como una ostra? De verdad, estoy bien. No voy a sufrir una combustión espontánea ni nada parecido. Lo prometo.

Aimée soltó una carcajada.

—Vale, pero si bajo y los chicos me ven, me pondrán a trabajar.

Le sonrió.

—¡Ponme a trabajar a mí, por lo que más quieras! —Cualquier cosa era mejor que quedarse de brazos cruzados.

Aimée la miró con expresión recelosa.

—¿Sabes atender las mesas?

—Por supuesto. Mi familia tiene tres tiendas y dos restaurantes en Nueva York. Me hacen trabajar como una esclava cada vez que voy de visita.

Justina levantó las manos e hizo una mueca.

—Yo ni sirvo mesas, ni lavo platos, ni limpio ventanas ni hago nada que tenga que ver con los gérmenes y la saliva de los demás.

Las tres la miraron con curiosidad después de escuchar una explicación que nadie le había pedido.

—Vale, el sexo y los besos no entran. Eso es totalmente distinto. La comida es harina de otro costal. La gente es asquerosa.

Tory soltó una carcajada.

—Yo también echaré una mano —dijo Katherine—. Tina puede ser la sombra de Tory para que nadie le eche el guante mientras nosotras estamos

ocupadas… Eso te mantendrá alejada de los gérmenes y a Tory, a salvo de volverse loca.

Aimée miró a Katherine con cara de pocos amigos.

—Señoras, ¿es que no han visto la cantidad de músculo que hay ahí abajo? Cualquier cosa o persona que entre con malas intenciones acabará usado como mopa por mi familia. ¿Por qué creéis que Ash trajo a Tory?

Katherine sonrió.

—Vale, está decidido. Además, mis sacerdotisas están entre los clientes para que no se nos escape nada. Eso debería darnos cierta seguridad.

—Mola.

Tory siguió a Aimée a la planta baja, donde le dio una camiseta del Santuario y un mandil blanco que se colocó sobre los vaqueros. Tras meterse el diario en el bolsillo del delantal, se dispuso a atender las mesas mientras Justina intentaba seguirla sin llamar la atención.

En vano…

Era difícil pasar por alto a una morena con cara de mala leche que miraba a la gente como si estuviera deseando comérsela. Aunque no pasaba nada. Adoraba a esa mujer, con malas pulgas y todo.

Le sonrió a su amiga y se acercó a una mesa donde estaba un tío guapísimo con unas gafas de sol que le recordaron a las de Ash. Iba vestido de negro de los pies a la cabeza y tenía la misma actitud chulesca que reconoció en Ash cuando se conocieron. Llevaba el pelo castaño apartado de la cara, donde tenía la marca del doble arco y la flecha que Dev llevaba en el brazo. Ash le había dicho que Artemisa la utilizaba para marcar a los Cazadores Oscuros, pero como todavía no había oscurecido supuso que el desconocido la llevaba por el mismo motivo que Dev, porque le gustaba.

Se acercó a él, convencida de que era otro katagario.

—Hola, guapo —lo saludó—. ¿Qué te traigo?

Debido a las gafas de sol, no sabía si la miraba o no, pero percibió su mirada como si la estuviera tocando. En un abrir y cerrar de ojos, el tío se levantó, se colocó tras ella y le pasó el brazo por la cintura. Después se inclinó para olerle el cuello.

—Apestas a Aquerón —dijo con voz grave y un marcado acento cajún.

Tory protegió el diario con una mano, dispuesta a luchar con uñas y dientes por él.

—Será mejor que me quites las manos de encima y te apartes.

—¿Y si no lo hago?

—Si no lo haces, lo vas a pasar muy mal.

El desconocido soltó una carcajada amarga muy cerca de su oreja.

—¿Ah, sí?

Sin pensarlo dos veces, movió la mano que protegía el diario y se la llevó a la entrepierna. Apretó los dientes y le retorció las pelotas con toda la fuerza que había logrado a base de trabajar duro en las excavaciones, hasta que el imbécil se dobló de dolor. Lo soltó cuando vio que se le ponía la cara roja y la insultaba.

—¿Qué te parece? Con mi altura deberías saber que no soy una delicada florecilla.

Justina se colocó tras ella.

Dev se interpuso al ver que el tío hacía ademán de abalanzarse sobre ella para evitar que la tocara.

—Nick, ya conoces las reglas.

El tal Nick apartó al oso de un empujón y cuando Dev estaba a punto de agarrarlo, levantó una mano y una fuerza invisible lo estampó contra la pared.

—No soy tu puta, Dev. No vuelvas a ponerme la mano encima. —Se colocó la cazadora, se acercó a ella y le levantó un mechón de pelo—. Dale recuerdos a Ash de mi parte. Y que no se te olvide decirle que has conocido a Nick Gautier. —Le soltó el pelo como si le diera asco y se marchó.

Dev cayó al suelo.

Tory corrió hacia él para asegurarse de que se encontraba bien mientras el oso despotricaba por haberse dejado vencer.

—¿A qué ha venido eso? —le preguntó a Dev.

Él suspiró y se puso en pie.

—Nick tiene algún que otro problema. Por desgracia, parece que Ash es el mayor de todos.

—¿Por qué?

—Eran buenos amigos, pero ahora parece que son enemigos mortales. No sabía que Nick pudiera averiguar que has estado con Ash, de lo contrario no lo habría dejado entrar. Lo siento.

Le quitó hierro al asunto con un gesto de la mano.

—Tú no tienes la culpa de nada, pero me ha sorprendido tanta hostilidad por su parte. —Hasta ese momento pensaba que solo ella era capaz de cabrearse tanto con Ash—. ¿Qué pasó para que acabaran siendo enemigos?

—No tengo ni idea. Pero con lo bien que se llevaban, tuvo que ser una pelea de las gordas.

Meneó la cabeza al escucharlo. Pobre Ash. ¿No había nadie en quien pudiera confiar? Con razón evitaba a los demás. Parecía coleccionar enemigos con la misma facilidad con la que la gente coleccionaba sellos.

Y eso aumentaba su deseo de protegerlo.

Ash se detuvo en la puerta de la tienda de Liza. No supo por qué, pero tuvo un mal presentimiento con respecto a Tory. Incapaz de comprenderlo, se teletransportó al Santuario, donde la encontró detrás de la barra, sirviendo cervezas.

El alivio fue increíble. Sin pensar en lo que hacía, se coló detrás de la barra y se pegó a su espalda para sentirla contra su cuerpo, sana y salva.

Tory levantó la mano para tocarle la mejilla.

—¿Estás bien?

—Sí, es que… —Resopló por haber sido tan tonto—. Da igual.

Aimée se acercó a ellos.

—Si ibas a decir que has tenido un mal presentimiento, es que tu radar funciona perfectamente. Nick acaba de irse.

Se le cayó el alma a los pies y el miedo se apoderó de él.

—¿Qué ha pasado?

Tory se volvió para mirarlo a la cara.

—Me ha dicho que te dé recuerdos.

Ash soltó un taco al escuchar la velada amenaza.

—¡Será cabrón! Te juro que como te roce siquiera, lo mato.

Dev soltó una carcajada mientras se apoyaba en la barra.

—No te preocupes. Tory se ha ocupado de él solita.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que yo que tú sería muy amable con ella. Lo ha puesto en su sitio como si tuviera entrenamiento militar de élite. Lo ha dejado fuera de combate con un buen apretón en sus partes nobles. Para los testigos ha sido muy divertido. En el caso de Nick, supongo que va a estar cojeando y hablando en falsete una semana. —Se estremeció—. Que sepas que pienso mantenerme bien alejado de ella durante el resto de mi vida.

Tory se puso como un tomate.

—No me gusta que me manoseen los desconocidos.

A él tampoco le gustaba que la manoseara nadie, y la idea lo enfureció de nuevo.

—¿De verdad que Nick no te ha hecho daño?

—No. Pero no me ha gustado tener que hacerle daño. Pobrecillo.

Ash cerró los ojos detrás de las gafas de sol, conmovido por esas palabras. Por esa razón Tory significaba tanto para él. Porque veía lo mejor incluso en las peores criaturas. Bueno, salvo en su caso y después de su primer encuentro. Pero incluso ese episodio le parecía gracioso.

—¿Por qué estás en el bar en vez de descansando en la habitación?

—Me aburría. No estoy acostumbrada a quedarme de brazos cruzados todo el día. Soy griega. Parafraseando a mi tía Del, si no quieres ver tu culo crecer, ponte a barrer.

Aimée soltó una carcajada.

—No te preocupes, no la perderemos de vista… y después del incidente con Nick, tampoco saldrá de detrás de la barra.

—Sí —susurró Tory con tristeza—. Prisioneros’r’us.

Ash enarcó una ceja. Lo decía como si fuera algo malo. A decir verdad, a él le encantaba.

—Bien. Como lo tenéis todo bajo control, me voy a hacer mis recados. Volveré enseguida.

—Ten cuidado.

Se despidió asintiendo con la cabeza mientras esas palabras se le clavaban en el alma y volvió a la tienda de Liza. Acababa de tocar la puerta cuando el grito de Artemisa en su cabeza le provocó un dolor espantoso.

—*¡Aquerón! ¡Ven*!

—*No soy tu perro, Artemisa*.

La diosa se apareció delante de él en mitad de la calle, con los ojos rojos.

—Pues si tú no obedeces, es posible que someta a tu perra. —Empezó a desvanecerse.

La cogió del brazo para que no se fuera.

—¿De qué hablas?

Artemisa se soltó de un tirón.

—No pensarías que podías follarte a otra sin que yo me enterase, ¿verdad? ¡Cerdo infiel! Voy a hacerla gritar como no ha gritado ninguna humana en la vida.

Artemisa hizo ademán de marcharse de nuevo y en esa ocasión se abalanzó sobre ella antes de utilizar sus poderes para trasladarse a su templo. La sujetó contra la pared de su dormitorio. Artemisa chilló con tanta fuerza que le sorprendió no quedarse sordo.

—¡Suéltame!

Meneó la cabeza.

—No hasta que aclaremos este asunto.

—¿Qué hay que aclarar? ¿Que eres un cabrón infiel y mentiroso? ¿¡Cómo has podido hacerlo!? —Intentó arañarle la cara.

Le sujetó las manos, manteniéndola contra la pared.

—¡Me quedaré con su vida y con su alma! ¡Con todo!

—No la tocarás.

—¡Aquí no eres tú quien da las órdenes!

Esas palabras alimentaron su furia hasta niveles insospechados, y acabó adoptando su forma de destructor. Cuando vio que tenía las manos azules, no quiso ni imaginarse cómo estaría el resto de su persona.

—No me presiones, Artemisa. Hace semanas que no me alimento. Y te mataré por esto. ¿Lo entiendes?

—¡Te odio! —rugió ella.

—Siempre me has odiado. Lo llevas haciendo desde el día que te besé en tu templo. Lo sé muy bien.

Ella soltó un chillido furioso y se echó a llorar como si le estuvieran desgarrando el corazón mientras se debatía para liberarse.

—No es verdad. Éramos amigos. ¡Te quería!

Ash resopló al escuchar las mentiras que ella seguía creyendo.

—Me querías tanto que te quedaste de brazos cruzados mientras me destripaban a tus pies. Eso no es amor, Artie. Te sentiste aliviada cuando morí.

La vio negar con la cabeza.

—Te devolví a la vida porque te quería.

—Puedes repetirte esa mentira todo lo que quieras, pero yo sé cuál es la verdad. Me devolviste a la vida porque tenías miedo de mi madre.

—¡Soy una diosa!

—Y yo soy un dios. Un dios cuyos poderes dejan en ridículo a los tuyos, como bien sabes.

Artemisa volvió a gritar y se debatió con más fuerzas.

—Me has traicionado y exijo venganza.

—Pues aquí estoy. Desahógate conmigo.

Artemisa se quedó helada al escucharlo y pareció recobrar la cordura al punto.

—¿Qué estás diciendo?

Ash retrocedió un paso, aunque estaba preparado para agarrarla de nuevo si era necesario.

—He sido yo quien te ha traicionado. Si quieres la sangre de alguien, te ofrezco la mía. Pero tienes que jurarme que nunca le pondrás la mano encima a Soteria. Jamás.

El brillo lujurioso que vio en sus ojos le revolvió el estómago. Podría negarlo todas las veces que quisiera, pero se excitaba cuando le hacía sufrir, cuando lo veía sangrar. Siempre había sido así.

—Solo si me juras que no usarás tus poderes para curarte. Aceptarás el castigo que mereces y sufrirás por lo que me has hecho.

Porque ella tenía que ser siempre el centro de todo.

En la cabeza de Artemisa no entraba que se hubiera acostado con Tory porque se había mostrado cariñosa con él. La diosa pensaba que lo hacía porque quería hacerle daño a ella, de ahí que tuviera que pagar con sangre.

Cómo no…

—Lo juro.

Artemisa levantó la barbilla.

—Suéltame.

—No hasta que me des tu palabra.

—De acuerdo, te prometo que yo no tocaré a esa guarra.

Se estremeció al escuchar esas crudas palabras y la velada amenaza que encerraban.

—Y no le ordenarás a nadie que lo haga.

Eso hizo que la diosa titubeara.

—¿Artemisa?

Su puchero fue similar al de una niña pequeña que acabara de romper su muñeca preferida. Cuando por fin comprendió que no pensaba ceder, cruzó los brazos por delante del pecho y soltó:

—Vale. Juro que ni yo ni mis secuaces le haremos nunca daño a tu puta.

Ash le rodeó el cuello con una mano.

—Y yo te juro que si vuelves a llamarla «puta», «guarra» o la insultas de cualquier otra forma, te mataré. ¿Me entiendes? Se llama Soteria, y ese será el único nombre que usarás para referirte a ella de ahora en adelante.

El miedo reemplazó la furia en los ojos de Artemisa. Sabía que Ash estaba obligado a cumplir su palabra, y en ese momento deseaba matarla por encima de todas las cosas.

—Lo entiendo —respondió ella con frialdad—. Ahora prepárate para mí, puto.

Ash dio un respingo al escuchar unas palabras que Artemisa sabía perfectamente lo mucho que le dolían, de ahí que en ese momento su odio por ella se incrementara. En un abrir y cerrar de ojos, esas palabras destruyeron la dignidad que había intentado forjar durante siglos con desesperación y lo convirtieron en el niño pequeño que le suplicaba a su padre que no le hiciera daño.

La mataría por eso. No quería hacer lo que le exigía, pero sabía que no le quedaba alternativa. La ira y el asco le revolvieron el estómago de tal forma que estaba a un paso de ponerse a vomitar.

«La noche con Tory valió la pena. No… Soteria vale la pena», se dijo.

Cuando Tory lo abrazaba, él no era un puto. No era un ser patético y despreciado por todos. El castigo no era nada, comparado con el momento de paz que había conocido en sus brazos.

Ojalá siguiera pensando lo mismo cuando Artemisa terminase con él.

Con el estómago revuelto, se apartó de ella y dejó caer el abrigo largo al suelo antes de quitarse la camiseta por encima de la cabeza. ¡Joder! Era como volver a venderse en casa de su tío. Solo le faltaban los brazaletes de oro en las muñecas y en los tobillos y los *piercings* de la lengua. O que Artemisa lo cogiera del pelo y le dijera cómo complacerla.

Se pasó una mano por el pecho, donde dormía Simi.

—¿Simi? Necesito que adoptes forma humana. —Si estaba en su cuerpo cuando Artemisa comenzara a golpearlo, saldría en su defensa de inmediato. Dado que le había prometido sumisión total, no podía permitir que su niña la atacara.

Simi apareció con su maravillosa sonrisa en los labios, pero dicha sonrisa se desvaneció al ver dónde estaba. El demonio puso cara de asco.

—¿Por qué estamos con la diosa foca, akri? Simi creía que íbamos a divertirnos otra vez.

—Lo sé, Sim. Necesito que me dejes un ratito.

La vio resoplar por la nariz antes de que se le pusieran los ojos rojos. Simi sabía lo que pasaba cada vez que le pedía que lo dejase.

—Akri…

—Hazlo, Simi. —Miró por encima de su demonio a Artemisa, que los miraba con expresión furiosa—. Quiero que vayas al Santuario y protejas a Soteria por mí. Asegúrate de que nadie le hace daño.

Simi se giró y le siseó a Artemisa.

—Simi protegerá a akra Tory, akri. Pero Simi no quiere dejarte. Simi quiere que le dejes comerse a la foca.

Le cogió la cara para darle un beso en la mejilla.

—Vete, Simi, y no te comas a ningún humano ni a ninguno de los habitantes del Santuario.

Simi asintió con la cabeza antes de desvanecerse.

Ash tragó saliva al clavar la vista en la mirada furibunda de Artemisa. Un segundo después tenía las muñecas encadenadas. Acto seguido, las

cadenas tiraron de los brazos hacia arriba de modo que quedó totalmente expuesto delante de ella, que tenía un látigo en las manos. Soltó un largo suspiro al pensar en todas las palizas que había sufrido a lo largo de los siglos y tuvo que luchar contra la rabia que le inundó el corazón.

¿Cómo podía hacerle eso y seguir afirmando que lo quería?

—Es la última vez que me traicionas, Aquerón.

Soltó una carcajada amarga al escucharla.

—¿Que yo te he traicionado? ¿Cuántas veces me has traicionado tú a mí?

Artemisa respondió a esa pregunta con un revés que le partió el labio. Solo se atrevía a pegarle cuando estaba atado. Lo cogió del pelo, volviéndolo rubio al punto, y tiró de su cabeza hacia atrás con toda la fuerza de la que fue capaz.

—Ojalá no te hubiera conocido nunca.

—Te juro que el sentimiento es mutuo.

En ese momento hizo lo más cruel de todo. Hizo aparecer un espejo delante de él y lo vistió con el mismo quitón que llevaba cuando se conocieron. Le apartó el pelo de la nuca y le echó el aliento a sabiendas de que lo detestaba con toda su alma.

—Esto es lo que te da miedo, ¿no? Que todo el mundo sepa que eres un puto. Han pasado once mil años y sigues metiéndote en la cama de quienquiera que pueda pagar por tus servicios. Dime, Aquerón, ¿qué te dio Soteria para acostarte con ella?

La fulminó con la mirada a través del espejo y confesó la verdad.

—Lo único que tú no has sido capaz de darme, Artemisa. Amabilidad. Cariño.

La diosa le tiró del pelo con tanta fuerza que estaba seguro de que le había arrancado un mechón.

—¡Puto cabrón! Habría puesto el mundo a tus pies si me lo hubieras pedido, pero tenías que acostarte con una simple humana.

Ash se relamió la sangre de los labios.

—Nunca me has dado nada sin que lo haya pagado con creces. Ni siquiera tu corazón.

—Eso no es verdad. ¡Di a luz a tu hija!

—No. Diste a luz a tu hija. Si te quedaste con ella no fue por mí. Te la quedaste por tu egoísmo, y lo sabes muy bien. No tenías intención de contarme que tenía una hija porque no querías compartirla ni conmigo ni con nadie. Podrías haberme contado la verdad en cualquier momento, pero me la ocultaste durante más de once mil años. —Meneó la cabeza al pronunciar en voz alta una verdad que le corroía el alma—. Eres egoísta y eres fría, y estoy cansado de helarme cada vez que te toco.

Cuando la diosa le dio un latigazo, siseó de dolor.

—¡Eres mío! —gritó ella.

—No soy tuyo, Artemisa —replicó al tiempo que se aferraba a las cadenas que lo sujetaban—. Ya no. Nunca debería haber negociado contigo para conseguir un poco de cariño, y ya estoy harto.

Artemisa le dio otro latigazo.

—¿Prefieres venderte a una humana que no entiende lo que eres? ¿Que ignora nuestros poderes? ¿Que ignora lo que significa ser un dios? ¿Que ignora la responsabilidad y el sacrificio que conlleva?

Con la respiración entrecortada, miró a la diosa a través del espejo.

—Tú también lo ignoras. Soteria no me pide nada. Ella solo da, Artemisa. Sin compromisos. Sin buscar nada a cambio. Me da la mano en público y no se aparta. No se avergüenza de que la vean conmigo.

Artemisa le echó la cabeza hacia atrás y le gritó al oído:

—¡Porque ella no tiene nada que perder si la ven contigo! Me exiges demasiado. Siempre lo has hecho.

—¿Nunca se te ha pasado por la cabeza que tú también me exiges demasiado? Me he pasado once mil años sometido a tu voluntad y ya estoy harto. Estoy harto de que tu hermano y tú me ridiculicéis. Estoy harto de aguantar tus mierdas y tus cambios de humor cuando no me concedes el mismo trato. Quiero mi libertad.

Artemisa le soltó el pelo y le dio tres nuevos latigazos antes de clavarle las uñas en la espalda.

—No hay libertad para ti, puto. No la habrá jamás.

Tory sonrió al ver a Simi acercarse a la barra del bar. Aún recordaba la primera vez que vio al demonio, aunque en su momento creyó que era otra universitaria más dispuesta a ejercer de niñera. Le costaba creer que con todas las conversaciones telefónicas y todos los correos electrónicos que habían intercambiado a Simi no se le hubiera ocurrido mencionarle un detalle importante sobre su persona: su condición de demonio.

En fin…

A medida que se acercaba se dio cuenta de que algo andaba mal.

—¿Qué pasa, Simi?

—Esa diosa foca le está haciendo daño a akri de nuevo y akri no deja que Simi lo ayude. Pero Simi no debería haber dicho nada de la diosa foca, así que olvida lo que Simi ha dicho. —Resopló mientras se sentaba en un taburete y apoyaba la barbilla en una mano—. Akra Tory, ponle a Simi un poco de helado. Simi necesita uno doble.

Aimée se dispuso a servirle el helado mientras ella salía de detrás de la barra para sentarse junto al demonio.

—¿Qué es eso de que la diosa foca le está haciendo daño a Ash? ¿Te refieres a Hera? —Era la diosa con peor fama de toda la mitología.

—A esa no. A la pelirroja asquerosa a la que Simi quiere comerse, pero akri siempre dice: «No, Simi. No puedes comerte a Artemisa». Simi odia a esa zorra.

Tory se quedó helada al recordar lo que Ash le había contado sobre Artemisa y su relación.

—¿Dónde está Ash?

—En el Olimpo. Le ha dicho a Simi que venga a estar contigo y que se asegure de que nadie te hace daño.

Eso no auguraba nada bueno. Se le formó un nudo en el estómago al pensar que no podía ayudarlo.

—¿Qué le hace Artemisa a Ash?

—Se supone que Simi no debe decirlo. —El demonio miró a su alrededor como una niña traviesa antes de añadir en voz baja—: Pero akri no dijo nada de que Simi no pudiera enseñártelo…

Simi le tocó el brazo y en cuanto lo hizo vio que Artemisa estaba azotando a Ash.

Incapaz de soportarlo, se puso en pie de un salto e intentó tranquilizarse. Pero era imposible. Tenía el corazón desbocado y estaba hiperventilando por la idea de ser la causante de tanto dolor.

—¡Tenemos que hacer algo!

—No podemos. Artemisa le hará más daño a akri si lo hacemos. Hazle caso a Simi, sabe de lo que está hablando. Akri le ha prometido a la diosa que podía hacerle daño si ella no te hacía daño a ti, y la foca ha dicho que sí, así que ahora… Simi odia a esa diosa foca.

Tory también la odiaba. Si pudiera viajar en el tiempo, volvería a Nashville a ponerle los ojos morados.

Aimée le llevó el helado a Simi mientras ella intentaba pensar en algo, lo que fuera, para ayudarlo. Miró a Aimée y luego observó a Katherine y a Justina, pero no quiso pedirles su opinión. Ash se moriría de la vergüenza si se enteraba de que sabían lo que le estaba pasando.

«Este es el secreto por el que estoy dispuesto a matar para mantenerlo oculto.»

Sin duda alguna ese era uno de los secretos que guardaba con más celo. Con razón había sido tan desagradable con Artemisa en Nashville.

—Como la pille…

¿Qué iba a hacerle? ¿Mancharle sus carísimos zapatos de sangre? Artemisa era una diosa y ella era humana.

Un momento… en el diario había algo sobre Artemisa y una debilidad. Con el corazón desbocado por la esperanza, se encaminó a la cocina situada detrás de la barra, donde la luz le permitiría leer bien.

Sin embargo y antes de que pudiera llegar a la cocina, vio a una morena alta que ocupaba una mesa en un rincón.

—*¿Quieres hacerle daño a Artemisa? Acércate a hablar conmigo*.

Tory miró a su alrededor al escuchar la voz en su cabeza, hasta que su mirada recayó de nuevo en la desconocida.

—*Sí, soy yo quien te habla, Soteria*.

La desconocida le hizo un gesto para que se acercara.

En vez de ir a la cocina, se volvió hacia la barra y le dio un toquecito a Aimée en el brazo.

—Ahora mismo vuelvo.

Antes de que Aimée pudiera decirle nada, se acercó a la mujer, que era guapísima y parecía casi tan alta como ella.

—Hola —la saludó—. Soy Satara. Considérame tu amiga.

Sí, claro. Mejor esperaba un poco para hacerse una opinión al respecto.

—¿Cómo es posible que me hables de forma telepática?

Satara sonrió y le contestó de esa forma.

—*Soy la hija de Apolo, y si quieres ayudarme, estaré encantada de ayudarte a matar a Artemisa*.

16

Tory receló al instante de la desconocida y de sus intenciones.

—¿Por qué iba a ayudarme la hija de Apolo a hacerle daño a su tía?

Satara hizo un mohín burlón que aumentó su atractivo, pero no logró disimular su sorpresa. Parecía no estar dispuesta a mostrarle respeto.

—Eres lista para ser humana. La mayoría no tiene ni idea de mitología. Pero ese es otro tema, ¿verdad? Digamos que, como tú, soy amiga de Aquerón. Estoy cansada de ver cómo le hacen daño.

Conociendo a Ash como lo conocía, Tory supo de inmediato que esa mujer había obtenido la información de cualquiera menos de él. Lo que significaba que era aliada de Artemisa y que había decidido traicionar a su tía. Esa conclusión la ayudó a decidirse: no confiaría en ella ni muerta.

—Qué raro, nunca me ha hablado de ti. —Hizo ademán de marcharse, pero la mujer se puso en pie de un salto y la agarró con fuerza por la muñeca.

—Si quieres seguir con vida, dame el diario de Ryssa.

Tory levantó el brazo al instante y le mordió la mano para zafarse de ella. En cuanto estuvo libre, salió pitando hacia la barra. Simi se percató enseguida de la situación y corrió hacia Satara, que se desvaneció nada más ver al demonio.

—Es la sobrina de la diosa foca. Simi no la traga tampoco.

Tory se frotó la magullada muñeca mientras le daba la razón. ¿Qué había en el diario que todavía no había leído? Debía de contener mucha más información.

—Simi, coge el helado y ven conmigo. Creo que tú y yo tenemos que hacer una pequeña investigación.

Mientras subían la escalera, sopesó la idea de llamar a su prima Gery, aunque la descartó al pensar en lo reservado que era Ash. Había hecho todo lo que estaba en su mano para que nadie descubriera su pasado y ella estaba obligada por su promesa a guardar el secreto. Una promesa que no pensaba romper.

Aunque le costaba no hacerlo.

En cuanto estuvieron sentadas en la pequeña estancia adyacente al dormitorio, sacó papel y lápiz, y se dispuso a seguir leyendo con renovado fervor. Aunque, a decir verdad, era muy duro. Porque cada vez que Ryssa mencionaba a Ash, se moría de la pena. La crueldad y el abuso a los que lo habían sometido eran inimaginables. Cuando leyó lo que le hicieron el día de la festividad de Artemisa quiso que lo pagaran con sangre.

Con razón Simi odiaba tanto a la diosa.

¿Cómo era posible que Artemisa le diera la espalda a Ash y lo hiciera sufrir de esa forma? No entendía el afán de la diosa por guardar las apariencias. Claro que a lo mejor se debía a lo poco que le importaba a ella la opinión de la gente. Nunca le había importado. Y eso que se habían burlado incansablemente de ella a lo largo de los años. En el colegio porque era demasiado lista y sus notas sobrepasaban la media, porque era una empollona alta y desgarbada. Porque tenía el pelo encrespado, porque llevaba ortodoncia y porque tenía gafas de culo de botella.

Claro que nunca se le olvidaría el día que llegó a casa llorando y le contó a su padre lo que Shelly Thornton le había dicho en el colegio: «Tu padre es un pirado del que todo el mundo se ríe. Tu madre es imbécil y tú eres una empollona patética que se va a quedar con las ganas de tener novio. Por cierto, ¿de dónde has sacado ese vestido, de un contenedor de basura?». Por si eso no fuera suficiente, las chicas que le tenían miedo a Shelly se habían reído al escucharla y comenzaron a meterse también con su ropa.

Lo peor era que ella adoraba el vestido que llevaba. Se lo había hecho su tía Del con encaje griego y una tela satinada de color morado que habían encontrado en una tienda de retales y de la que ella se había enamorado a primera vista.

Sus crueles insultos la destrozaron aquel día, hasta que su padre la sentó en sus rodillas y le limpió las lágrimas entre besos.

«—Nadie logrará hacer que te sientas inferior si tú no lo permites, Tory. No lo permitas. Es su propia inseguridad lo que lleva a esas personas a atacarte a ti y a los demás. No están contentas consigo mismas y la única forma que tienen de sentirse mejor es hacer que todo el mundo se sienta tan mal como ellas. No dejes que ese tipo de gente te estropee el día, tesoro. Tú mantén la cabeza bien alta y ten siempre muy claro que hay una cosa que nunca podrán quitarte.

»—¿Qué es, papá?

»—Mi amor. El de tu madre, el de tu familia y el de tus verdaderos amigos. Tu autoestima y los objetivos que te propongas. Tory, mírame. La gente se ríe de mí todo el tiempo y dice que me paso el día haciendo castillos en el aire. A George Lucas le dijeron que era un imbécil cuando empezó con *La Guerra de las Galaxias*, decían que era una tontería. ¿Les hizo él caso? No. Si lo hubiera hecho, tú no habrías visto tu película favorita y nadie conocería la frase más famosa: «Que la Fuerza te acompañe». —Le apartó el pelo de las húmedas mejillas—. Quiero que siempre lleves la cabeza bien alta y que persigas tus sueños, sean cuales sean. No le hagas caso a la gente que quiera hacerte daño, no permitas que te hagan llorar. Escucha lo que te dice tu corazón para ser mejor que los otros. Nadie consigue nada hiriendo a los demás. La felicidad siempre proviene del interior. Vive tu vida como tú quieras vivirla y así serás feliz. Siempre. Eso es lo importante, Torimou.»

No siempre fue fácil seguir esos sabios consejos y la triste verdad era que nunca volvió a ponerse su vestido morado. De hecho, nunca había vuelto a ponerse nada de ese color. Sin embargo, con el paso del tiempo y a medida que se iba abriendo camino por el mundo, aprendió a no dejarse influir por la opinión que los demás tuvieran de ella. Lo único que no soportaba era que se burlaran de su padre y de su tío.

Que el mundo se riera de ella le daba igual. Pero que se mofaran de sus seres queridos le resultaba insoportable.

Mientras leía sobre las inseguridades de Artemisa dio las gracias a la vida por haber tenido el padre que tuvo. La pobre diosa no había contado

con el cariño de nadie.

Y había herido al único ser que podría habérselo ofrecido.

Alzó la vista para mirar a Simi, que estaba abstraída con la Teletienda. Se había tendido en la cama boca arriba, pero tenía la cabeza colgando por el borde del colchón y miraba la tele del revés.

«¡Uf, vaya posturita!», pensó.

—¿Simi?

El demonio la miró con expresión curiosa.

—¿Crees que Artemisa está triste?

—Simi cree que es mala, punto.

—Sí, pero la gente no es mala porque sí. Suele haber un motivo.

El demonio suspiró, exasperado.

—Bueno, akri siempre dice que la foca no tiene nadie que la quiera, así que hay que ser buenos con ella. Pero Simi siempre dice ¿y qué? Hay un motivo para que no la quiera nadie. Es mala.

Ahí estaba. En resumidas y chistosas cuentas. Eso hizo que se preguntara cómo se habría comportado Artemisa con Ash si lo hubieran reconocido como príncipe.

Claro que a esas alturas era una pérdida de tiempo. A medida que pasaban las horas, aprendió cosas sobre Grecia, la Atlántida y Aquerón que jamás habría creído posibles.

Aimée les llevó comida y más o menos a medianoche Simi se quedó dormida en el suelo, con las piernas rectas apoyadas en la pared.

Mientras meneaba la cabeza por la extraña postura, cogió una de las mantas de la cama y la arropó con ella. Estaba tapándola bien cuando notó una extraña descarga en el aire.

Al mirar hacia la derecha, descubrió a Ash en la puerta del cuarto de baño, apoyado en la pared. Estaba muy pálido y parecía estar sufriendo un dolor terrible. Sin embargo, lo que más le chocó fue ver que tenía el pelo rubio y que no llevaba casaca ni gabardina. Solo una camisa negra que no se había abotonado siquiera.

—¿Ash? —susurró.

Él no le respondió.

Preocupada, acortó la distancia que los separaba y vio que estaba sudando mucho.

—Cariño, ¿qué te pasa?

Él la miró con el ceño fruncido.

—No sabía a qué otro sitio ir. No… no quería estar solo.

—¿Quieres acostarte?

Ash asintió con la mirada perdida.

Ella esperó a que se moviera, pero al ver que no lo hacía su preocupación se triplicó.

—¿Ash?

—Ahora, espera.

Al cabo de un buen rato Ash se apartó de la pared y caminó hacia la cama mientras Tory lo observaba. Solo había dado un paso cuando cayó al suelo de rodillas. Sin darse cuenta ella extendió el brazo para tocarle la espalda.

En cuanto lo rozó, Ash siseó e intentó alejarse de ella. Tory se miró la mano y jadeó al ver que la tenía cubierta de sangre.

Se arrodilló a su lado.

—¿Qué puedo hacer?

Lo vio apretar los dientes. Respiraba con dificultad como si estuviera padeciendo un horrible calvario.

—No controlo mis poderes. Me duele demasiado y no puedo concentrarme.

—Vale. Tú apóyate en mí y te ayudaré a llegar a la cama. —Se puso en pie y le ofreció una mano.

Ash se quedó sin habla al verla a su lado con la mano extendida. Sabía perfectamente que no debería estar con ella. Sin embargo, había acudido a su lado a pesar de que nunca había buscado a nadie en esas circunstancias. Porque Tory no se reiría de él ni le haría daño. Ella lo ayudaría. Solo había otra persona a la que acudía cuando estaba herido para que lo curara: Liza. Sin embargo, ni siquiera ella lo había visto en ese estado tan vulnerable.

Y por nada del mundo permitiría que Urian o Alexion lo vieran así.

Aceptó la mano de Tory y dejó que lo ayudara a ponerse en pie. El dolor lo asaltó de nuevo e hizo que apretara los dientes. Tory se pasó uno de sus

brazos por los hombros y con mucho cuidado, lo agarró por las caderas, donde menos heridas tenía.

Juntos llegaron a la cama y tras mucho esfuerzo logró tenderse.

—No se lo digas a Simi —susurró—. No quiero que se preocupe.

Tory asintió con la cabeza mientras lo veía perder el conocimiento. Enfadada y angustiada por lo que le habían hecho, le quitó la camisa de la espalda poco a poco. Su furia fue en aumento a medida que descubría la piel ensangrentada. Que lo mutilaran de esa forma era increíble.

Le daba exactamente igual que nadie quisiera a Artemisa. Si tuviera a esa zorra delante en ese momento… ¡le arrancaría el pelo a tirones por egoísta!

—Esto se va a acabar —murmuró—. Ash, voy a encontrar el modo de poner a esa diosa en su sitio cueste lo que cueste.

Ash se despertó con una sensación de frescor en la espalda. En un primer momento pensó que estaba en el templo de Artemisa, hasta que abrió los ojos y vio a Tory sentada en una silla junto a la cama, leyendo.

Lo recordó todo de golpe y, al suspirar, se hizo tanto daño en la espalda que comprendió que la visita a Artemisa había sido muy real y no fruto de su imaginación.

Tory soltó el diario al instante.

—No te muevas.

—Eso intento.

Se arrodilló en el suelo para mirarlo a la cara.

—Te he puesto uno de los emplastos de mi tía Del en la espalda. Lleva aloe, pepino y patata, todo mezclado con vaselina y lanolina. Sé que parece un poco asqueroso, pero es muy bueno para aliviar el dolor de los cortes y las quemaduras.

—Gracias.

Ella sonrió mientras apoyaba la barbilla en la mano que había colocado sobre el colchón.

—Te he tapado con una sábana y le he dicho a Simi que estás dormido. Hace un rato que ha bajado a comer, así que no tiene ni idea de que estás

herido. Nadie lo sabe.

La cogió de la mano y le besó los dedos.

—Gracias.

—De nada, cariño.

Escucharla llamarlo así le llegó al corazón. O más bien fue ella la que le llegó al corazón.

La vio ladear la cabeza mientras jugueteaba con sus dedos.

—¿No puedes usar tus poderes divinos para curarte?

—Puedo, pero he prometido no hacerlo.

—¿Por qué?

«Porque soy imbécil», contestó para sus adentros. «No», se contradijo al instante. Lo había hecho para protegerla, y si ese era el precio que tenía que pagar para que ella estuviera a salvo, que así fuera.

—Prefiero no contestar.

Ella le dio unas palmaditas en la mano.

—En ese caso, seguiré cubriéndote con Simi. Estaba dormida cuando te curé la espalda y no se ha enterado de nada. Ah, por cierto, por fin he conocido a alguien que come más que yo. Gery alucinaría si la viera.

¿Cómo lo hacía?, pensó Ash. Aunque estaba tendido en la cama con la espalda destrozada, Tory lo trataba como si no estuviera sucediendo nada fuera de lo común, como si se estuviera recuperando de un resfriado. ¿Cómo era posible que aceptara las cosas con esa naturalidad y no lo tratara como a un bicho raro?

—¿No vas a preguntarme nada más?

Ella negó con la cabeza.

—Confío en ti, Ash. Por completo. —Cogió el diario—. Tú me has confiado tus secretos y comprendo por qué quieres que muchos de ellos sigan sin conocerse. Así que no pienso curiosear.

—Eres demasiado buena para ser real.

Eso le arrancó una sonrisa.

—Qué va. Recuerda que fui yo quien te tiró el martillo a la cabeza.

El comentario lo hizo reír y acabó encogiéndose por el dolor.

Tory le apartó el pelo de la mejilla con un gesto compasivo.

—¿Qué más puedo hacer por ti?

«Hazme humano, como tú…», contestó en silencio. Pero era una idea absurda.

—No le digas a nadie que estoy fuera de combate. Dentro de unas horas habrá pasado lo peor. Solo necesito descansar un poco más.

Ella le acarició el mentón con el pulgar.

—Vale. Por cierto, tu mochila está aquí al lado. —Le cogió la mano y lo ayudó a palpar la mochila, que descansaba en el suelo junto a la cama—. No la he tocado salvo para dejarla ahí.

—Gracias.

—De nada. —Se puso de pie despacio—. ¿Tienes hambre o sed?

Estaba famélico, pero en el Santuario no había nada que pudiera satisfacer su apetito.

—No, estoy bien.

Tory ladeó la cabeza mientras lo veía cerrar los ojos y soltó un largo suspiro. Hasta con la mejilla amoratada y el labio partido era el hombre más guapo que había visto en la vida. Y el hecho de que estuviera interesado en ella no dejaba de asombrarla. Ella no era Artemisa ni mucho menos. La diosa era una belleza despampanante.

¿Qué humana podía compararse con eso?

Sin embargo, allí estaba Ash, a su lado. Confiaba en ella cuando no confiaba en nadie más. Ese simple hecho la conmovió hasta lo más hondo. Cuanto más leía sobre su pasado, más deseaba abrazarlo con todas sus fuerzas hasta que olvidara por completo los malos recuerdos.

Miró el diario que tenía en la mano. Un diario plagado de tristeza. No solo por lo que contaba de Aquerón, sino por la vida de la propia Ryssa, que había intentado en la medida de lo posible ayudarlo mientras Apolo la trataba con la misma crueldad con la que Artemisa trataba a Ash.

Aunque estaba fascinada por los descubrimientos históricos que estaba haciendo y por los retazos de la vida diaria que Ryssa describía, no podía seguir leyendo. El pasado de Ash era muy trágico y pensar que era capaz de demostrar compasión a pesar de lo que le habían hecho decía mucho de él.

No tenía intención de seguir fisgoneando en su vida.

Guardó el diario en la mochila y cerró la cremallera antes de bajar en busca de Simi.

Ash notó la ausencia de Tory en el alma. Había algo en ella que lo animaba. El simple hecho de tenerla cerca lo alegraba, detalle bastante elocuente dado el dolor que padecía.

«Deberías dejarla», se dijo.

Había logrado librarla de la furia de Artemisa, pero ¿hasta cuándo? Cuanto más se quedara con ella, mayor sería el riesgo que correría. Además, Artemisa no era la única con la que tenía que lidiar.

Stryker la mataría sin pensárselo, y a esas alturas Nick ya habría puesto al líder de los daimons al corriente de las noticias. Era una humana que no encajaba en ese mundo tan cruel. Un mundo de criaturas a las que no les importaba nada ni nadie.

Pero la mera idea de no volver a verla bastaba para postrarlo de rodillas. ¿Por qué no podía tener algo completamente suyo?

«Eres un puto despreciable. Solo mereces desprecio y escarnio.»

¿Cómo iba a quererlo alguien?

Simi no veía sus defectos porque la había criado. La había protegido.

Su madre lo quería, pero ese amor era fruto del vínculo maternal.

En cuanto a Katra… todavía se estaban conociendo.

—Vale ya —masculló.

No era un niño. Ya no era aquella patética criatura que le suplicaba a su padre una clemencia que nunca le demostró.

Era un dios.

Y Tory era humana.

Era así de simple y así de imposible. Había sobrevivido miles de años solo. En comparación, ella era un embrión. ¿Qué sabía Tory de la vida? ¿Cómo iba a sobrevivir en su mundo?

Tenía que ponerle fin a su historia con ella. Ya era lo bastante mayorcito como para creer en fantasías. Era imposible que su relación tuviera un final feliz. Se había vendido a Artemisa por propia voluntad cuando solo era un muchacho ignorante, y no había salida. Su existencia era demasiado complicada. En cuanto sus heridas sanaran, acabaría con ese asunto y despacharía a Tory. Era lo mejor para todos.

Tory se echó a reír mientras observaba cómo Simi le ponía salsa picante al helado. Menos mal que no tenía que probarlo, aunque el demonio se riera de ella por tener unas papilas gustativas «débiles». Mejor soportar sus burlas que sufrir el dolor de estómago que Simi tendría después de comerse eso.

Estaba a punto de soltarle una pulla cuando notó una corriente de aire a su alrededor.

Dejó la frase en el aire, sorprendida por la extraña sensación y vio que Aimée se quedaba blanca y con la vista clavada detrás de ella.

También vio que Dev y Katherine echaron a correr hacia ella, y cuando se volvió para ver qué tenía detrás, descubrió un grupo de tíos altísimos y muy guapos. El líder tenía los ojos negros como la noche… e igual de vacíos que la oscuridad.

El desconocido soltó una carcajada burlona antes de agarrarla y de que todo se volviera negro.

17

Ash escuchó que la puerta de la habitación se abría de nuevo. Como esperaba a Tory, no se movió hasta que sintió la presencia de Dev a su lado. Abrió los ojos y vio que el oso lo miraba con una mezcla de miedo, preocupación y furia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él, temeroso de escuchar la respuesta.

—Un grupo de demonios acaba de llevarse a Tory.

Tardó todo un minuto en asimilar las noticias, incapaz de creerlas. Cuando por fin lo hizo, la cólera se apoderó de él. Apretó los dientes mientras luchaba contra el dolor, se vistió con sus poderes antes de apartar la sábana que lo cubría y se puso en pie a pesar de las heridas que todavía no habían sanado.

—¿Adónde se la han llevado?

—A Kalosis.

Soltó un taco tan soez que Dev se ruborizó. Le costó la vida misma no atacar al oso por permitir que se la llevaran del Santuario. Por suerte para Dev, sabía que no era culpa suya. Los santuarios solo protegían a apolitas, daimons, arcadios y katagarios.

Los demonios se regían por sus propias leyes.

Y se la habían llevado al único lugar al que Ash no podía ir. Bien pensado por parte del enemigo y mejor ejecutado. Les daría la enhorabuena de no ser porque quería despedazarlos con sus propias manos.

Simi apareció justo detrás de Dev.

—Simi puede ir a Kalosis, akri, y traerte de vuelta a akra Tory.

—¡No! —exclamó con voz demoníaca al pensar en lo que podían hacerle. Los demonios gallu y los carontes eran enemigos naturales, y

aunque Simi podía derrotar prácticamente a cualquier criatura, no podía enfrentarse a un montón de demonios gallu ella sola. Aún era muy joven en cuanto a poder y fuerza se refería—. No pienso poner tu vida en peligro.

Si se habían llevado a Tory para chantajearlo, capturarían a Simi nada más verla. A decir verdad, le sorprendía que todavía no lo hubieran intentado. Claro que, aunque todavía era joven, Simi tenía suficiente poder para presentar batalla y, aunque hubieran conseguido atraparla, les habría costado muy caro.

Tory, en cambio, estaba a su merced.

—Simi, vuelve a mí.

Con los ojos como platos, su demonio obedeció y se colocó en forma de tatuaje sobre su brazo.

—¿Cuántos eran? —le preguntó a Dev.

—Seis. Aparecieron en el bar justo detrás de ella, como si la hubieran localizado con algún mecanismo. Se la llevaron a través de una madriguera antes de que pudiera llegar a ellos. Lo siento muchísimo. Hicimos todo lo posible.

—Lo sé. —Por eso seguía respirando—. La lucha es ahora entre ellos y yo.

Se teletransportó a Katoteros. Le dolía todo el cuerpo mientras atravesaba el vestíbulo principal, de modo que transformó la ropa humana en la *foremasta* de seda, mucho más liviana para su magullado cuerpo.

Salió a la terraza desde la que se contemplaba el mar en calma. Pese a la vista, no le gustaba mucho ese lugar. Le recordaba demasiado a la terraza del dormitorio donde el rey lo había retenido en Dídimos. Sin embargo, necesitaba la tranquilidad de ese lugar.

—¿Matera? —dijo, invocando a su madre para que saliera de las profundidades del infierno donde vivía.

—¿*Apóstolos*?

Contó hasta diez para no estallar y poder hablar con su madre sin que la furia que lo consumía la ofendiera. Aunque eran rivales en cuanto a la humanidad se refería, seguía siendo su madre y la quería lo suficiente como para mantener las formas.

—Te perdoné cuando mandaste a Stryker a por Marissa Hunter para liberarte de tu encierro, pero esto… —Hizo una pausa antes de dejarse llevar por la ira—. ¿Cómo has podido hacerlo? —preguntó entre dientes.

—¿*Cómo he podido hacer el qué*? —Parecía sorprendida de verdad—. ¿*De qué estás hablando*?

—Unos demonios han entrado en el Santuario y se han llevado a Soteria a Kalosis. ¿Me estás diciendo que no sabías nada de este asunto?

—*Eso es precisamente lo que te estoy diciendo*. —La furiosa respuesta era demasiado sincera como para que estuviera fingiendo. La Sombra de su madre apareció a su lado, permitiéndole ver lo enfadada que estaba—. Yo me encargo de esto, Apóstolos. Tranquilo. Volveré enseguida.

Se lo agradeció con un gesto respetuoso de la cabeza, pero algo en su interior le advirtió de que no sería tan sencillo.

Apolimia salió hecha una furia de su jardín y se teletransportó hasta el salón donde Stryker estaba con sus daimons. Lo encontró sentado en su trono, muy tranquilo, mientras un grupo de sus soldados se alimentaba del pobre humano que yacía a sus pies y al que habrían secuestrado para llevar a sus dominios.

Stryker levantó la vista y frunció el ceño al verla.

—¿A qué debo el honor?

Hizo oídos sordos a la sarcástica pregunta mientras recorría a la horda de daimons con la mirada.

—Quiero que se vayan. Ahora.

Stryker gruñó, irritado, antes de asentir con la cabeza.

—Ya habéis escuchado a la diosa. Fuera.

Los daimons obedecieron al instante y se llevaron al humano con ellos. Apolimia sintió una punzada de lástima por la persona a la que habían matado, pero la naturaleza dictaba que cualquier ser vivo tenía que alimentarse de otro. Aunque no era justo que el humano hubiera muerto antes de tiempo, la suerte que corrían los daimons era mucho peor. Su maldición los obligaba a ver la lenta agonía que padecían todos los miembros de su raza durante las últimas veinticuatro horas de sus vidas.

Todo porque once mil años atrás un dios se había enfurecido por los actos de unos cuantos apolitas.

No, la vida no era justa. Sobrevivía el más fuerte, el más rápido, el más listo.

Y en ese momento la más fuerte, la más rápida y la más lista… era ella.

Cuando se quedó a solas con Stryker, lo miró con los ojos entornados.

—¿Dónde la has metido?

Stryker la miró sin comprender.

—¿A quién te refieres?

—A Soteria Kafieri. Tus demonios se la llevaron del Santuario de Nueva Orleans. ¿Dónde la retienen?

Stryker frunció el ceño, como si no supiera de lo que le estaba hablando.

—¿De qué estás hablando? ¿Cómo que mis demonios?

¿Por qué estaba jugando Stryker con ella?

—Estoy hablando de los demonios sumerios a los que has acogido. ¿Es que no hueles su hedor? Han violado las leyes ctónicas que rigen los santuarios y la han secuestrado para chantajear a Apóstolos. No te atrevas a fingir que no sabes nada del tema.

—No tengo que fingir. —Se puso en pie, indignado—. ¡Kessar! —gritó, llamando al líder de los gallu, que era uno de los seres más malévolos que Apolimia había conocido en la vida.

El demonio apareció con una arrogancia sorprendente, sobre todo teniendo en cuenta que estaría muerto si Stryker no le hubiera dado cobijo. Alto, delgado, de pelo castaño y con ojos rojos, parecía más un modelo que un demonio, y se aprovechaba de su buena presencia cuando cazaba humanos para comer.

Kessar miró con asco a Stryker.

—Detesto que hagas eso, daimon. No soy uno de tus putos esclavos para que me vayas dando órdenes.

Stryker ni se inmutó por sus palabras.

—Mientras vivas aquí y disfrutes de mi protección, vendrás cuando te llame.

El demonio lo fulminó con la mirada.

—¿Qué puedo hacer por vos, señor?

Su sarcasmo dejó en ridículo el tono imperioso de Stryker.

—Quiero saber qué ha pasado con la mujer a la que habéis secuestrado. ¿Cómo te atreves a ir al plano humano sin mi consentimiento?

Kessar se encogió de hombros.

—Hemos hecho lo que nos ordenó tu hermana. Pensé que Satara contaba con tu aprobación. Si tienes algún problema, te aconsejo que tengas una charla familiar… —Y desapareció.

Stryker soltó un taco.

—Odio a ese hijo de puta.

—¿Y por qué le ofreciste cobijo? —preguntó ella.

Stryker la miró con una frialdad que la recorrió de los pies a la cabeza.

—Tú tienes a tus demonios para que te protejan. Me pareció justo tener a los míos. Los dos sabemos que ya no cuento con tu favor, Apolimia. Y eso que llegué al extremo de matar a mi propio hijo para contentarte. Aunque te he servido ciegamente durante miles de años, solo soy un medio con el que alcanzar un objetivo. Quieres hacerle daño a mi padre por lo que le hizo a tu hijo, y me elegiste como la herramienta para lograrlo. La verdad era que no me importaba que me utilizases mientras te creía mi madre. Pero me declaraste la guerra. Y en ese punto estamos ahora. Ninguno de los dos es feliz. Los dos hemos apartado a nuestros hijos de nosotros. —Soltó una carcajada amarga—. Vaya par de dos, ¿no?

Apolimia se acercó a él muy despacio mientras controlaba las emociones que la consumían. Las cosas no eran tan sencillas como él las había expuesto.

—En contra de lo que puedas pensar, Stryker, te quise mucho. Pero soy una diosa de la venganza y cometiste el error de olvidarlo. En cuanto intentaste hacerle daño a Apóstolos, me declaraste la guerra, así que no me culpes a mí. En lo que respecta a mi hijo, no hay lógica ni lealtad que valgan. Es lo que más quiero en este mundo, y tanto él como su hija y su nieto son los únicos seres por cuyas vidas estoy dispuesta a entregar la mía. Ahora tienes en tu poder algo que es sagrado para él. Suéltala ahora mismo o ni siquiera tus demonios podrán salvarte de mi cólera.

Stryker la miró echando chispas por los ojos al darse cuenta de que no iba de farol.

—¡Satara!

Su hermana apareció al instante, con cara de mala leche.

—No me hables en ese tono.

Apolimia la fulminó con la mirada.

—¿Dónde está Soteria?

La muy imbécil ni siquiera tuvo el buen tino de asustarse. Se limitó a encogerse de hombros.

—Está a salvo de momento.

—Libérala —exigió la diosa.

—Ni hablar.

Apolimia estiró el brazo y Satara voló hasta su mano, que se cerró en torno a su garganta.

—No estoy de humor para jueguecitos, niña. Libérala o te mataré.

Satara balbuceó y tosió mientras intentaba zafarse de la mano de la diosa. Era imposible. Nadie podía vencer a Apolimia.

—Si me matas, ella morirá también.

Apolimia apretó con más fuerza.

—¡Apolimia, espera! —gritó Stryker—. No está mintiendo. Mírale la muñeca. Lleva uno de los brazaletes atlantes. Y te apuesto lo que quieras a que el otro lo tiene Soteria. Si la matas, Soteria morirá con ella.

Satara esbozó una sonrisa cruel.

—Has dado en el clavo, hermano.

Apolimia la lanzó contra Stryker.

—Quiero que liberes a Soteria.

Satara se enderezó y enfrentó su mirada furiosa con tal arrogancia que le entraron ganas de lanzarle una descarga astral.

—La liberaré cuando Aquerón me entregue el diario. Al igual que tú, yo tampoco quiero hacerle daño —replicó con deje burlón.

A Apolimia no se le escapó el sarcasmo y supo que esa zorra estaba mintiendo.

—Solo quiero lo que Aquerón tiene —concluyó Satara.

Apolimia resopló.

—¿Crees que va a fiarse de ti?

—No. Por eso he hecho que mis demonios invoquen a Jaden. Él sellará el trato. De esa manera sabré que Aquerón no podrá utilizar sus poderes contra mí, del mismo modo que yo no podré utilizar mis poderes o a mis demonios contra él.

La absurda bravuconada hizo que Apolimia pusiera los ojos en blanco. La tendencia de la gente a sobrevalorar sus propias habilidades nunca dejaría de sorprenderla.

—Niña, tú no tienes poderes.

Satara soltó una carcajada malévola.

—Apolimia, por muchos poderes que tú tengas, cometes un gran error si eso es lo que piensas. —Se desvaneció.

Si volvía a poner los ojos en blanco, se le quedarían tal cual para siempre. Se giró hacia Stryker.

—Entiendo el afecto fraternal, pero en tu lugar yo me desharía de ese miembro en particular de tu familia antes de que te meta en un pozo del que no puedas salir. —Con esas palabras se desvaneció y regresó a su jardín, desde donde podría hablar con Apóstolos a solas. Como madre, detestaba tener que darle malas noticias, razón por la que odiaba todavía más a Satara —. No puedo hacer nada, *m'gios*. Han invocado a Jaden, y él se pondrá en contacto contigo para informarte de las condiciones para liberar a Soteria.

Percibió la impotencia y la furia que invadieron a Apóstolos.

—*Matera*…

—Le han puesto un brazalete atlante a Soteria. Si intervengo, la matará.

Escuchó su suspiro resignado.

—¿Qué quiere?

—El diario de Ryssa.

—¿Cuál de ellos?

—No lo han especificado, pero estoy seguro de que Jaden te dirá todo lo que necesitas saber para recuperar a Tory.

Y en cuanto Satara se quitara ese brazalete, iba a desear no haberse cruzado jamás con ella o con su hijo.

Ash se despidió de su madre. En ese preciso momento tenía cosas más importantes de las que preocuparse. Si Satara quería uno de los diarios de Ryssa, solo había una explicación posible.

Quería matar a Artemisa y a Apolo.

—¡Joder, Ryssa!

¿Por qué había sentido su hermana la necesidad de poner todos sus pensamientos por escrito? Claro que esas palabras lo habían reconfortado a lo largo de los siglos.

Sin embargo, en ese preciso momento eran su mayor amenaza.

Dio un respingo cuando sintió un dolor lacerante en la espalda. Solo por eso debería dejar que Satara se cargara a Artemisa.

Por desgracia, la muerte de la diosa significaría la destrucción del mundo.

Solo podía hacer una cosa. Ya se encargaría de Satara en otro momento, pero antes tenía que poner a Soteria a salvo.

Cerró los ojos y se teletransportó a la habitación que compartían en el Santuario. Rodeó la cama y se quedó helado.

Su mochila no estaba.

¿Qué coño estaba pasando? La buscó por la habitación, pero el miedo lo invadió al no percibir siquiera la presencia del contenido. En teoría nadie podía acceder a esa habitación ni a la mochila.

Salió en busca de Aimée, que estaba atendiendo las mesas. La osa se alejó hasta un rincón al verlo.

—Hola —la saludó en voz baja—, ¿has visto a alguien entrar en la habitación?

—No, ¿por qué?

—No encuentro mi mochila.

Sin saber lo importante que era, la osa frunció el ceño.

—Deja que le pregunte a los demás por si han visto algo.

Mientras esperaba, se golpeó el muslo con la mano, intentando localizar la mochila con sus poderes. No percibió nada. Era como si hubiera dejado de existir.

Cuando Aimée regresó y le indicó con un gesto de cabeza que nadie sabía nada, supo que la cosa iba de mal en peor.

Como no daba con la mochila en el plano humano y tampoco estaba en Katoteros ni en Kalosis, solo quedaba una posibilidad más: el Olimpo.

Cabreado como solo Artemisa conseguía cabrearlo, se trasladó al templo de la diosa, y la encontró tumbada en un diván como si no tuviera una sola preocupación en la vida. Como si no le hubiera destrozado la espalda. Al ver que lo miraba con una gélida sonrisa burlona, comprendió que había vuelto a jugársela.

—¿Qué has hecho? —exigió saber.

—No he hecho nada.

—No me mientas, Artemisa. No estoy de humor.

Al menos eso consiguió borrarle esa estúpida sonrisa.

—No estoy mintiendo. Es que no me has hecho la pregunta adecuada.

¡Cómo detestaba esos jueguecitos!

—Vale. Mi mochila ha desaparecido. ¿La has visto?

La mochila apareció al instante a sus pies.

Artemisa soltó un suspiro asqueado.

—No sé por qué le tienes tanto cariño, está toda cuadrada.

—Cuarteada.

—Da igual. Creo que deberías buscarte una nueva.

Ash guardó silencio mientras se agachaba para examinar su contenido. Nada más abrirla, su furia se acrecentó.

—¿Dónde están los diarios de Ryssa?

—A salvo.

Sí, a diferencia de ella.

—No es una respuesta aceptable.

Artemisa se levantó muy despacio, envuelta en su larga melena pelirroja y el vaporoso peplo. Lo miró furiosa, con expresión regia y distante.

—Pues es la única que vas a conseguir. Esos libros suponían una amenaza para mí y los he iluminado.

—Eliminado, Artemisa. ¡A ver si aprendes a hablar de una puta vez! —Cerró la mochila con furia y se levantó para mirarla a los ojos—. Esos

diarios son de mi propiedad. Quiero que me los devuelvas, ahora mismo, junto con los medallones de mi madre y la daga atlante.

Ella ni siquiera tuvo el buen juicio de asustarse.

—No.

—¡No me presiones! —rugió, enfurecido por la actitud de Artemisa y su afán por torturarlo.

—¿O qué pasará? —masculló ella—. Los dos sabemos que nunca me harás daño. Lo has jurado. Estaré siempre a salvo de tu ira. —Se atrevió a sonreírle, como si su cólera le hiciera gracia—. Olvídate de tu humana y te perdonaré por lo que has hecho. —Alargó la mano para acariciarle la misma mejilla que no hacía mucho le había golpeado.

La detuvo antes de que pudiera tocarlo.

—Quiero que me devuelvas lo que es mío.

La diosa resopló.

—Lo mismo digo. ¿Te parece que hagamos un intercambio? Tu vida a cambio de los diarios.

—No soy de tu propiedad, Artemisa.

—Pues entonces no sé por qué estamos hablando de los diarios ni de cualquier otra cosa.

Le apretó la muñeca con fuerza. Tenía tantas ganas de abofetearla que no sabía ni cómo se controlaba.

—¿Alguna vez me has querido? ¿Aunque sea un poco?

—Claro que sí.

Qué equivocada estaba. Artemisa era incapaz de amar. Asqueado, le soltó la mano.

—Solo porque era tuyo y de nadie más. Ni siquiera como dios me ves como tu igual. Para ti solo seré un juguete al que dejas de lado cuando te has cansado de mí o cuando ya no te sirvo. —Se alejó de ella, recogió la mochila y se la colgó al hombro, con la intención de marcharse.

Artemisa lo siguió.

—Si quieres salvar a tu humana, tendrás que darme lo que quiero. Júrame que nunca volverás a tocarla ni la verás de nuevo, y recuperarás tus estúpidos diarios y tus juguetes.

La miró, consumido por un dolor terrible. A lo largo de toda su vida solo había querido una cosa. Alguien que le hiciera sentir lo que sentía cada vez que Tory lo miraba.

Y en ese momento Artemisa le exigía que renunciara a esa sensación.

A cambio de la vida de Tory.

La espalda le ardía por el castigo de Artemisa, recordándole lo malsana que era su relación. ¿Cómo iba a regresar con ella cuando había encontrado algo muchísimo mejor?

Claro que ¿de qué le serviría mantenerse firme si Tory moría? ¿Sería capaz de seguir viviendo sabiéndose culpable de su muerte?

«Tiene que haber una forma de salir de esta. Eres un dios, no un peón inútil.»

No. Y ya estaba harto de ese jueguecito.

—No pagaré tu precio, Artemisa. Que sepas que al exigirme algo así, has matado a esa parte de mí que todavía albergaba un resquicio de amor por ti.

La diosa soltó una carcajada amarga.

—Volverás de rodillas pidiéndome que te ayude. Pidiéndome que salve la vida de tu insignificante humana. Te conozco, Aquerón.

Negó con la cabeza.

—No, no me conoces. Y eso es lo más patético de nuestra historia. A pesar de todos los siglos que llevamos juntos no te has molestado en averiguar absolutamente nada sobre mí.

Con el alma en vilo por Tory y el corazón lleno de odio por Artemisa, regresó al Santuario y mandó un mensaje al busca de Jaden. A diferencia de otros dioses, Jaden se negaba a abrazar las nuevas tecnologías. Ningún móvil funcionaba a su lado, pero había conseguido que aceptara un busca para poder ponerse en contacto con él de alguna forma y hablar de lo único que Jaden apreciaba de la tecnología moderna: los videojuegos.

No había terminado de marcar el número cuando Jaden apareció a su lado tan preocupado como él.

—¿Tory está bien?

Jaden cruzó los brazos por delante del pecho y asintió con la cabeza.

—Está furiosa e indignada, y no la culpo, la verdad; pero no le han hecho daño.

¡Menos mal! Aunque el alivio fue momentáneo.

—No tengo el diario que quieren.

Jaden silbó por lo bajo.

—Eso complica las cosas. ¿Puedes conseguirlo?

—Si accedo a ser el esclavo de Artemisa durante toda la eternidad… sí. —La respuesta habría sido de chiste si no le revolviera el estómago.

Jaden resopló.

—Prefiero ponerme en el lugar de Prometeo y que me destripen todos los días.

—Ya somos dos.

—¿Y qué vas a hacer?

Esa parecía la pregunta del millón. Ojalá tuviera una respuesta.

—¿Puedes conseguirme un poco de tiempo?

Jaden titubeó.

—Los demonios no son lo que se dice pacientes por naturaleza. Mucho menos en este caso. Parecen estar convencidos de que el diario será la clave de su liberación.

—¿De qué quieren liberarse?

—De la servidumbre. De vivir bajo tierra. De tener que soportar la presencia de los daimons y su hedor, no los culpo por esto, la verdad. De los combates a vida o muerte contra Sin y contra ti cada vez que asoman la cabeza, cosa por la que tampoco los culpo. Pero aun así… —Meneó la cabeza con sorna—. Que no se te olvide que estamos lidiando con demonios gallu. Son el último eslabón de la cadena alimentaria demoníaca. La verdad es que son muy simples. Imbéciles. Ya sabes… tontos del culo.

Resopló al escucharlo.

—Pues fueron lo bastante listos como para llevársela de un santuario sin que los pillaran.

Jaden enarcó una ceja al enterarse de ese detalle.

—Si Savitar se entera, a lo mejor tiene algo que decir.

Ojalá. Pero las leyes no funcionaban de esa manera.

—Los humanos no están protegidos por el santuario.

—¿En serio?

—Sí, Savitar es de la misma opinión que tú y cree que todos los humanos son alimañas.

Jaden esbozó una maliciosa sonrisa torcida.

—Yo no diría todos, todos. Algunos tienen su utilidad… sobre todo las humanas, durante breves períodos de tiempo. Lo que pasa es que son tan patéticamente humanos que… no sé.

—Razón por la que solo tratas con demonios.

—Que son mucho más patéticos que los humanos si te paras a pensarlo. La verdad es que prefiero los videojuegos. ¿No sería genial que pudiéramos meter las almas de la gente a la que odiamos en la consola, dispararles y luego bailar sobre sus tumbas?

La animada pregunta hizo que pusiera los ojos en blanco.

—Te has levantado con el pie izquierdo al salir del roble, ¿verdad?

—Sí. Yo también tengo algunos problemas y el más gordo de todos está haciendo que uno de mis pocos amigos las pase putas. Haré todo lo que pueda para conseguirte un poco más de tiempo, pero será mejor que obres un milagro rapidito. —Empezó a desvanecerse.

—Oye… ¿Jaden? —Esperó a que volviera a materializarse antes de decirle—: Gracias. Sé que no tienes por qué hacer lo que estás haciendo por mí, así que quería que supieras lo mucho que lo aprecio.

—Tranquilo. Seguro que algún día necesitaré tu ayuda para saltarme algunas reglas. Así que cuando te la pida, no quiero que me pongas excusas, ¿está claro?

—Cuando tú me digas, *agriato*.

Jaden hizo un gesto respetuoso con la cabeza al escuchar que Ash le hablaba en su lengua materna, llamándolo «hermano». No era una lengua que escuchara a menudo. Lo saludó antes de desvanecerse.

Ash se quedó solo en la habitación, que parecía muy vacía sin la presencia de Tory. Aunque era alta, también tenía una apariencia casi frágil, pero al mismo tiempo tenía un espíritu tan enorme que llenaba el vacío de su interior como nada lo había hecho hasta entonces.

«Ofrécete a Artemisa a cambio de su vida y acaba con esto de una vez por todas», le dijo una vocecita.

«¡No eres un puto al que se puede comprar y vender!» Esa frase resonó en su cabeza como si Tory se la estuviera diciendo en ese preciso momento. Y por primera vez en toda su vida, no se sentía como tal.

Levantó la barbilla cuando el orgullo y el poder lo invadieron, desterrando con su llegada el dolor de la paliza. Un dolor con el que llevaba tanto tiempo conviviendo que casi se había olvidado de todo lo demás.

Inspiró hondo y dejó que su verdadera voz resonara en la estancia al pronunciar unas palabras que le quemaban por dentro.

—Soy el dios Apóstolos. El Heraldo del Telikos. El destino final de todos los destinos. El amado hijo de Apolimia, la Gran Destructora. Mi voluntad es la voluntad del universo. No soy tu puto, Artemisa, y jamás seré tu esclavo.

Se acabaron los tratos y los jueguecitos. Tory había hecho algo que nadie más había logrado. Lo había ayudado a conseguir una autoestima y una determinación que nunca antes había poseído. Una mujer como Soteria Kafieri no amaría a un despojo. No amaría a un puto que obedecía sin rechistar las órdenes de una diosa a la que odiaba.

No, Tory se merecía algo mejor. Y el amor que sentía por ella hacía que se sobrepusiera a su pasado. Además de quererla por lo que era, por quien era, la quería por los sentimientos que despertaba en él cada vez que lo miraba.

Nadie iba a hacerle daño mientras él viviera.

Si la zorra de Satara quería pelear con él por Soteria, ya podía ir preparándose.

18

Tory apretó los dientes, indignada por la situación en la que se encontraba. Tenía las manos encadenadas por encima de la cabeza y los grilletes que le rodeaban los tobillos la obligaban a tener las piernas abiertas, aunque podía moverlas. Era muy degradante verse en semejante postura y no poder hacer nada para remediarlo. Ni siquiera podía rascarse la nariz, y el picor la estaba desquiciando.

Por si eso fuera poco, la postura la ayudó a entender lo que había sentido Aquerón, hasta el punto de ansiar vengarse por lo que le habían hecho. ¿Cuántas veces lo habrían atado así? ¿Cuántas veces lo habían azotado mientras la gente aplaudía y vitoreaba? O lo que era peor, mientras satisfacían sus ansias sexuales a través de su humillación.

> *Hoy se han decidido a llevar a cabo la castración de Aquerón por un crimen que mi hermano jamás cometería. Todavía escucho sus gritos de dolor. Sus gritos pidiendo clemencia y pidiendo la muerte. Nunca lo he escuchado llorar así. No creo que sepa que sus lamentos han resonado por todo el palacio. Que me han horadado el alma. Y no sé si algún día podré dejar de escucharlos.*

Recordó esas palabras de Ryssa. Por fin entendía lo que Ash había soportado como ser humano. Solo fue un peón para sus enemigos. Un peón para las maquinaciones sádicas de unas personas a las que no les importaban ni su vida ni sus sentimientos. Torturado, traicionado y maltratado. No entendía cómo había conservado la cordura. Era un milagro

que no se hubiera convertido en una criatura tan cruel e implacable como la gente que lo había maltratado. El hecho de que albergara un mínimo de compasión en su interior era sorprendente. Y no estaba dispuesta a dejar que esos gilipollas la usaran para hacerle daño.

Gruñendo por la rabia y la determinación, tiró con todas sus fuerzas de las cadenas de las manos.

Escuchó una carcajada.

—Ni te molestes. Solo conseguirás hacerte daño. Aunque te liberes, no sobrevivirás ni un minuto porque los daimons y los gallu caerán sobre ti en cuanto salgas de aquí.

Tory se detuvo y vio a Satara a escasa distancia. Llevaba un mono negro ajustado y el pelo de un intenso tono borgoña. ¿Qué problema tenían los dioses con el pelo y los constantes cambios de color?

La miró con los ojos entornados.

—Me he pasado toda la vida enorgulleciéndome de mi condición de griega. Pero admito que después de conoceros a Artemisa y a ti, estoy empezando a odiar mis orígenes. ¿Lo de ser tan zorra te viene de familia o es un rasgo personal?

Satara siseó como una gata a la que acabaran de pisarle el rabo.

—No me insultes, humana. Supuestamente no puedo hacerte daño. Supuestamente. Ahora que lo pienso, tampoco te vendría mal sufrir un poco.

Tal vez debiera asustarse, pero por increíble que pareciera ni se inmutó por la amenaza.

—Ahora en serio… ¿por qué estás tan decidida a matar a tu tía?

Satara resopló.

—Si te hubieras pasado once mil años obedeciendo sus absurdos caprichos de niña mimada, no me lo preguntarías. Hace siglos le ofrecí a Aquerón un trato para liberarnos, pero el muy cabrón lo rechazó. Se merece todo lo que ella le hace sufrir y un poco más. Pero yo no. A diferencia de él, yo no juré servirla de forma voluntaria. Me obligaron a hacerlo, y encontraré el modo de liberarme.

—Y cuando Ash venga a por mí…

La carcajada de Satara la interrumpió.

—Ash no aparecerá por aquí, guapa. No puede. Estás en el infierno atlante. Si tu amante pone un pie aquí para buscarte, su madre quedará libre y el mundo llegará a su fin. A Ash le importa demasiado la humanidad como para dejar que eso suceda. Así que de momento eres toda mía. Y me apetece jugar un poco, la verdad sea dicha.

Ash le ordenó a Simi que abandonara su cuerpo.

El demonio ladeó la cabeza y lo observó con expresión infantil.

—¿Qué pasa, akri? Estás muy triste.

Decidió no contestar su pregunta, ya que la enfurecería y eso era lo último que quería.

—Voy a dejarte aquí en el Santuario mientras yo arreglo un asunto.

—¿Qué vas a hacer?

Posiblemente iba a suicidarse, pero eso daba igual. Lo que importaba era la vida de Tory. Como estaba dispuesto a pelear, tenía que dejar a Simi en el Santuario para evitar que le hicieran daño ya que si la llevaba con él, lucharía a su lado.

—Hazme caso, Simiqui. Voy a ir a un sitio donde tú no puedes entrar.

La vio poner cara de asco.

—Vas a ver a la foca, ¿verdad? Vale. Simi se quedará aquí para no oír los jadeos y los gemidos que le revuelven el estómago. Akri, ¿sabes lo mal que se pasa cuando se es un tatuaje con ganas de vomitar? No es divertido, te lo dice Simi.

Ash meneó la cabeza, sorprendido por su capacidad de hacerlo sonreír a pesar de sentirse tan mal.

—Te creo, Simi. Obedéceme y no te muevas de aquí.

La llevó a la planta baja, donde Dev, Ángel, Kyle y el resto de los osos estaban discutiendo algo. Posiblemente algún cliente le hubiera tirado los tejos a Aimée y estuvieran planeando convertirlo en el menú especial del día.

—Voy a dejar a Simi un rato con vosotros —le dijo a Dev—. ¿Os importa echarle un ojo? —Era una pregunta retórica, por supuesto.

O eso pensó hasta que Dev negó con la cabeza.

—Vamos contigo.

Ash frunció el ceño.

—¿Qué has dicho?

—Sabemos lo que planeas —le aseguró Ángel—, y vamos contigo.

Eso lo dejó alucinado. En ese momento entraron Valerio, Talon, Kirian, Julian, Zarek, Sin, Vane, Wren, Katra, Fang, Tabitha y Fury, sorprendiéndolo todavía más.

¿Qué hacían todos allí?

—¿Qué pasa aquí? —les preguntó.

Kirian lo miró con sorna.

—Nunca has dudado a la hora de arriesgar el pellejo para salvarnos. En algún caso más de una vez. Alexion nos ha contado lo que ha pasado con Tory y hemos venido a guardarte las espaldas sea lo que sea lo que hayas planeado.

Talon hizo un gesto afirmativo.

—Wulf viene de camino. En cuanto aterrice, Otto lo traerá. Por cierto, Otto dice que cuentes con él.

Valerio apartó un poco a Tabitha.

—Ella no va a participar, porque se irá a casa dentro de un momento, pero quería hacerte saber que está contigo.

Tabitha hizo una mueca.

—Si no fuera por el niño, iría a repartir hostias, tú lo sabes.

Ash le sonrió.

—Sí, lo sé, Tabby.

—Los demás Cazadores Oscuros querían venir —añadió Talon—, pero como todavía no es de noche no han podido salir. Eso sí, dicen que en cuanto el sol se ponga, puedes contar con ellos si los necesitas.

Verlos a todos dispuestos a arriesgar sus vidas por él le resultó sorprendente. Lo conmovió hasta unos límites insospechados. Por eso quería mantener oculto su pasado. ¿Estarían todos tan dispuestos a apoyarlo si supieran la verdad? ¿O serían como todos los demás y sólo querrían pisotearlo?

Como Meros.

De todas formas, que estuvieran allí significaba mucho para él.

Miró a Kat.

—No te quiero aquí.

Ella soltó un gruñido.

—Papá…

—Nada de discusiones —la interrumpió—. Si Simi se queda al margen, tú también.

Sin soltó una malévola carcajada.

—Me alegro muchísimo de que sea tu padre. Y de que estemos de acuerdo en algo por primera vez.

Kat levantó un dedo con el que lo amenazó.

—Esta noche no pisas el dormitorio. En cuanto a ti… —se volvió hacia Ash—, me sacas de quicio, de verdad. Tory es una gran amiga mía. Si le pasa algo y me necesitáis, por favor llamadme. Como no lo hagáis, no volveré a hablaros en la vida. —Se giró hacia su marido—. A ti no pienso hablarte de todas formas.

Sin se encogió de hombros con gesto despreocupado.

Zarek puso cara de asco, como era habitual en él.

—Esto no significa que me caigas bien, Aquerón, pero te debo una por mi mujer y mi hijo. Arriesgaré mi vida por ti porque sé muy bien que de no ser por ti, no tendría una mierda.

Eso era posiblemente lo más cercano a una declaración de amor que Zarek podía hacer, y le llegó al corazón.

—No esperaba que quisierais poneros de mi lado en esto. No solo hay daimons, también hay demonios.

Sin resopló.

—Destripar demonios es lo que le da sentido a mi vida. ¿Dónde están esos cabrones?

Zarek hizo un gesto afirmativo.

—Desde luego. Que truene. Si algo he aprendido de Astrid es que la vida no consiste en buscar refugio durante la tormenta. Sino en aprender a capear el temporal. Me da exactamente igual lo que vayamos a matar siempre y cuando haya sangre.

Talon sonrió.

—Cuenta con nosotros, T-Rex. Como nosotros hemos contado siempre contigo.

Y pensar que siempre había creído que estaba solo… Sí, los había entrenado a todos y había luchado con los katagarios para ayudarlos, pero no esperaba que le devolvieran el favor.

—Gracias, chicos. No estoy acostumbrado a que la gente me ayude. —Normalmente lo entregaban al enemigo o lo jodían todo lo que podían. Sentaba bien eso de saber que no estaba solo—. Sé que todos tenéis familias que os quieren, así que si queréis iros…

Vane resopló.

—No habríamos venido si no quisiéramos luchar, ¿no? Val y tú luchasteis para salvar a mi hermana cuando ningún otro se habría molestado en hacerlo. No lo he olvidado.

—Y yo no he olvidado lo que los Cazadores Oscuros hicieron por Maggie y por mí —añadió Wren con ferocidad.

Fury asintió con la cabeza.

—Sí, somos familia. Estamos pirados, somos raros de cojones y tal vez fuera mejor no mezclar nuestros temperamentos, pero es lo que hay. Y ahora vamos a dar caña.

Satara miró a Nick con una sonrisa cruel mientras él contemplaba a Tory.

—Piénsalo, tesoro. Es la venganza perfecta, ¿a que sí?

Tory miró a la que tenía que ser la criatura más cruel de la creación echando chispas por los ojos. Esa tía necesitaba que alguien le diera una buena tunda.

Satara se apartó de Nick para acercarse a ella.

—Sé que no es nada del otro mundo, pero puedes fingir que me estás echando un polvo a mí en realidad. —Se colocó detrás de Tory y le levantó el pecho como si quisiera que Nick les echara un buen vistazo—. Piensa lo mucho que va a joder a Ash que la violes sin que él pueda hacer nada para detenerte. Piensa en la agonía y en la culpa que sentirá todos los días de su vida cuando se la imagine llorando y suplicándote clemencia sin que nadie

le haga caso. Cuando se la imagine llamándolo en vano. Es la venganza perfecta.

Tory echó la cabeza con fuerza hacia atrás para golpear a Satara en la cara.

—Zorra, porque estoy atada que si no…

Satara la agarró del pelo y le tiró de la cabeza.

—Es hora de amordazarte.

Y por arte de magia se encontró con la boca tapada por un trozo de tela.

Satara le abrió la camisa usando una daga con empuñadura de oro. Después, deslizó la punta de la hoja por su torso en dirección ascendente hasta detenerse bajo el sujetador.

—Vamos, Nick. Esta putilla te humilló en el Santuario. Ahora puedes vengarte de ella y de Aquerón.

Nick se acercó a ellas despacio, pero con gesto decidido.

Tory intentó gritar, pero la mordaza se lo impidió. Aterrada, tiró de las cadenas en vano. Era horrible sentirse tan indefensa.

Satara le cortó el sujetador, dejando sus pechos desnudos.

—Toda tuya.

Nick le quitó la daga.

Y ella sintió que la impotencia le llenaba los ojos de lágrimas. ¿Cómo era posible que un hombre que se preciara de serlo estuviera dispuesto a hacerle eso a una mujer? Ella jamás le haría tanto daño a nadie. El hecho de que Satara, siendo mujer, orquestara la violación de otra la convertía en la más repugnante de las criaturas.

Además, ya podían matarla después de haberla violado, porque en cuanto recobrara la libertad iba a liquidarlos a los dos.

Nick acarició el filo de la daga sin que su expresión delatara lo que estaba pensando.

Satara parecía a punto de estallar de satisfacción.

—Vamos, cariño. Haz que me sienta orgullosa de ti.

Nick dejó quieta la mano y la miró.

—¿Sabes una cosa, Satara? En mi vida solo ha habido una persona que quería que se sintiera orgullosa de mí. —Aferró con fuerza el mango de la daga y se quitó las gafas de sol.

Tory jadeó al ver que tenía los ojos iguales que los de Aquerón.

La miró un instante antes de desviar la vista hacia Satara, que sonreía orgullosa.

—Y esa persona nunca has sido tú. —Antes de concluir la frase ya le había clavado la daga a Satara en el abdomen.

Satara se tambaleó hacia atrás, jadeando mientras se cubría la herida con las manos. La sangre brotaba entre sus dedos y sus ojos lo miraban con una mezcla de dolor e incredulidad.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a aceptar mi destino.

Le sacó las llaves del bolsillo y dio media vuelta para librar a Tory del grueso brazalete de plata que tenía en uno de los brazos. Cayó al suelo con un fuerte golpe.

Satara llamó a gritos a su hermano al tiempo que echaba a correr hacia la puerta.

Nick le lanzó la daga, que se clavó en su espalda mientras huía, demostrando una certera puntería. El arma se clavó en la base de su espalda y la envió de bruces al suelo.

Tory estaba tan sorprendida que ni siquiera acertó a moverse cuando Nick la liberó de las cadenas que le inmovilizaban los brazos.

—¿Por qué me estás ayudando?

Después de quitarle los grilletes, se enderezó y le cerró la camisa. Acto seguido, se quitó la chaqueta y se la ofreció.

—No me malinterpretes, sigo aborreciendo a Ash con todas mis fuerzas y algún día lo mataré, no te quepa la menor duda. Pero no necesito imaginarme el dolor que sentiría si te torturo, porque ese es el dolor que me acompaña todo el puto día por su culpa. Escucho los gritos de mi madre pidiéndome ayuda. Pidiéndome que la salve mientras la torturaban y la asesinaban. Y gracias a ella soy mejor persona que Ash. Porque yo no dejaría que ningún inocente muriera con tal de vengarme. No mereces morir, del mismo modo que no lo merecía mi madre.

Tory meneó la cabeza, intentando comprenderlo.

—Pero me amenazaste en el Santuario.

—No, lo hice para molestarlo. Nunca le haría daño a una mujer. Mi madre me educó en condiciones.

Tory miró el cuerpo sin vida de Satara.

Nick resopló al ver la lástima con la que lo contemplaba.

—No era una mujer, en serio. Se merecía el final que ha tenido, porque ella ha hecho cosas mucho peores, a mí incluido. No pienso volver a dejar que me manipulen. —Se alejó de ella para quitarle la daga a Satara de la espalda.

Tory lo siguió.

—Eso es atlante, ¿verdad?

Lo vio esbozar una sonrisa malévola.

—Asegúrate de que Ash se entere de que está en mi poder.

La cogió del brazo y la instó a andar hacia la puerta. En cuanto la abrieron, Tory vio que se encontraban en una estancia cuya única puerta daba a un salón plagado de daimons y demonios.

Retrocedió asustada mientras Nick soltaba un taco.

—Por ahí no podemos salir, ¿verdad?

Él negó con la cabeza.

—No a menos que quieras convertirte en alimento para esos tíos. —Estaba a punto de regresar al interior de la habitación cuando sucedió algo inaudito.

Se abrió una madriguera en mitad del salón con un cegador destello dorado.

Cuando el resplandor se desvaneció, vio a Aquerón y a Urian desafiando sin complejos a los daimons.

19

Desde detrás de la puerta, escondida con Nick, Tory parpadeó y después sonrió al ver a Ash allí plantado en plan chulo en mitad de los daimons. Su postura lo decía todo: «He venido a pasaros por la piedra. Quien me toca los cojones, firma su sentencia de muerte».

Llevaba el pelo negro veteado de rojo oscuro. El bajo de la larga casaca negra, que le otorgaba aspecto de pirata, se agitaba alrededor de las Doc Martens rojas que llevaba cuando se conocieron. Volvía a tener el *piercing* con el rubí en la nariz y, sin que sirviera de precedente, le encantaba verlo con las gafas de sol.

¡Estaba para comérselo! Y le agradecía en el alma que hubiera ido a rescatarla.

El aspecto del rubio alto que tenía al lado era mucho más sereno y sencillo en comparación con su camisa negra remangada y los vaqueros. Sin embargo, era casi tan guapo como Ash. Sus rasgos eran perfectos y llevaba la melena rubia recogida en una coleta. Se percató del enorme parecido que guardaba con Stryker, a pesar de que tenía el pelo de otro color.

Ambos poseían un aura letal que solo se veía superada por la de Ash.

—Creía que Ash no podía venir —le susurró a Nick.

—Parece que está dispuesto a destruir el mundo por ti. Deberías estar impresionada. Yo lo estoy.

Tan impresionada estaba que puso los ojos como platos. ¿Por qué se arriesgaba Ash hasta ese punto?

Los demonios y los daimons se habían quedado petrificados al verlo. No se escuchaba ni un murmullo procedente de la multitud. Daba la

sensación de que hubieran contenido el aliento a la vez y estuvieran esperando que llegara el Apocalipsis.

Todos salvo Stryker, que miró al rubio que acompañaba a Ash con una expresión a caballo entre el odio y el dolor.

—¿Te atreves a ponerte del lado de mi enemigo?

—Con tal de luchar contra ti, padre, me pondría del lado de Mickey Mouse.

Stryker torció el gesto.

—¡Qué hijo de puta! Me arrepiento de haber dejado preñada a tu madre.

El rubio resopló.

—Lo mismo piensa Apolo de ti. El mundo y todos nosotros estaríamos mucho mejor sin ti, ¿no te parece?

Los daimons hicieron ademán de atacar, pero una fuerza invisible los apartó.

Ash miró a Stryker.

—Ya basta de disputas familiares. ¿Dónde retienes a Soteria?

Tory frunció el ceño al escuchar la voz de Ash. Aunque era su voz, tenía un acento mucho más fuerte de lo habitual. Qué raro. Además, la elección de vocabulario tampoco era normal en él.

—Está allí. —A escasos metros de Ash apareció una rubia alta que señaló con un gesto seco de la barbilla la puerta tras la que ellos dos se escondían.

La mujer cruzó la distancia que la separaba de Ash para abrazarlo. Su belleza era indescriptible.

—Por fin, *m'gios*. Por fin has venido a liberarme. —Lo besó en la mejilla y después le susurró algo al oído.

Sorprendida, Tory comprendió que era la diosa Apolimia. La madre de Ash.

La diosa de la destrucción absoluta.

Ash le devolvió el abrazo y asintió con la cabeza antes de apartarse de ella. Con una sonrisa torcida en dirección a Stryker, se dio la vuelta y echó a andar hacia la habitación donde ella se encontraba.

Antes de que Nick pudiera impedírselo, Tory abrió la puerta de par en par y corrió hacia Ash. Se arrojó a sus brazos y se aferró a él, presa del

alivio. Y cuando sus labios se encontraron…

Se quedó muerta.

Ese no era Ash. Era idéntico a él, pero ni olía como Aquerón ni su cuerpo era el de Aquerón. Y desde luego que no besaba como él.

Nick se abalanzó sobre el impostor, pero antes de llegar a su altura, Urian lo agarró y lo devolvió a la habitación de un empujón.

—Tenemos que irnos —le dijo Urian a Tory mientras el falso Ash cerraba la puerta tras ellos. Miró a Nick—. Y tú tienes que acompañarnos.

Nick lo miró con evidente odio.

—No pienso ir a ningún sitio con él. Prefiero la muerte.

Urian obligó a Nick a mirar el cadáver de Satara.

—Voy a suponer así a bote pronto que has sido tú y no Tory quien ha matado a Satara. —Lo cogió de la barbilla y lo obligó a mirarlo a los ojos —. Escúchame bien, cajún. Mi padre me rebanó el pescuezo y mató a mi esposa porque consideró que mi matrimonio era una traición. Hasta ese momento me quería más que a su vida, yo era el único hijo vivo que le quedaba. Su lugarteniente. Ahora dime qué crees que te hará a ti cuando la vea. Porque te aseguro que no te va a llevar al parque de atracciones para recompensarte. Aunque no soportara a Satara, era su hermana y ha estado a su servicio durante siglos. Si de verdad quieres quedarte de juerga con Stryker, allá tú. Pero yo no te lo recomendaría.

Sus palabras parecieron hacerlo reaccionar, porque la cordura regresó a su mirada.

—Vale. Me iré con vosotros.

—Urian —dijo el falso Ash entre dientes—. Creo que se lo están oliendo.

—¿El qué? —preguntó Nick.

Tory puso los ojos en blanco al escuchar una pregunta tan tonta.

—Que este no es Ash.

Ni siquiera había acabado de hablar cuando abandonaron la habitación.

Zolan, el daimon a cargo de los Illuminati, carraspeó para poner fin al silencio.

—Esto… Jefe… No quiero parecer irrespetuoso ni nada, pero ¿por qué seguimos aquí? Lo que quiero decir es que si Aquerón ha venido para liberar a Apolimia, ¿no deberíamos haber saltado por los aires o algo parecido?

Los daimons y los demonios miraron a su alrededor, a la espera de que se abriera una puerta al mundo exterior o de que Apolimia se pusiera a dar saltos de alegría. O de que sucediera algo sobrenatural. La diosa estaba muy serena y tranquila, y su aspecto era casi angelical mientras observaba a Stryker.

Davyn, su lugarteniente, se rascó la nuca con gesto nervioso.

—Estoy de acuerdo, *kirios* —le dijo a Stryker, dirigiéndose con el término atlante para «señor»—. No parece que se esté acabando el mundo.

Stryker miró a Apolimia con frialdad.

—No, no lo parece…

La diosa enarcó una ceja con gesto burlón.

—¿Cómo era la letra de esa canción? ¡Ah, sí! Ha llegado el fin del mundo tal como lo conocemos y yo me siento bien…

Allí olía a gato encerrado, y en ese preciso momento Stryker se dio cuenta de lo que era. Saltó de su trono y corrió hacia la habitación justo cuando Urian, Tory, Nick y quien debía de ser el hermano gemelo de Ash, Estigio, se desvanecían.

Su furia por la triquiñuela fue en aumento hasta que vio a Satara en el suelo, en mitad de un charco de sangre. El miedo desterró la ira mientras corría a su lado. Estaba muerta. Tenía los ojos vidriosos y la piel azulada.

Se le rompió el corazón mientras la abrazaba con fuerza e intentaba contener las lágrimas de dolor y de pena.

—Zorra estúpida y loca —masculló contra su fría mejilla, reprimiendo los sollozos que pugnaban por salir de su garganta—. ¿Qué has hecho ahora?

Apolimia se quedó en la puerta, con el corazón destrozado por Strykerio, mientras él acunaba el cuerpo sin vida de su hermana. La escena le recordó el día que encontró el cuerpo de su propio hijo, tirado entre las rocas. Se sintió abrumada por la compasión y por un renovado respeto hacia el daimon.

El hecho de que Stryker pudiera amar a una criatura con un alma tan retorcida como Satara decía mucho a su favor. Sí, era un asesino sanguinario, pero no era un desalmado. Cerró los ojos y recordó el día que se conocieron. Stryker era joven y estaba amargado por la maldición de su padre.

«He renunciado a todo lo que me importaba por él y ¿así me paga mi lealtad? ¿Tengo que morir sumido en la agonía dentro de seis años? Mis hijos han sido desterrados de la luz del sol y están condenados a alimentarse los unos de los otros en vez de comer alimentos, ¿y además tienen que sufrir una muerte espantosa a los veintisiete años? ¿Por qué? ¿Por la muerte de una puta griega a manos de unos soldados a los que ni siquiera conozco? ¿Qué justicia hay en su sentencia?»

De modo que ella lo acogió entre sus filas y le enseñó a eludir la maldición de su padre absorbiendo almas humanas para prolongar su vida. Los cobijó, a sus hijos y a él, en un plano donde los humanos no podían hacerles daño y donde sus hijos estarían a salvo de los letales rayos del sol. Después le permitió convertir a los demás y llevarlos a vivir con él.

Al principio sentía mucha lástima e incluso lo había querido como a un hijo.

Sin embargo, Stryker no era Apóstolos, y cuanto más tiempo pasaban juntos, más deseaba recuperar a su propio hijo sin importarle el precio. Sabía muy bien que fue ella quien erigió el muro que los separaba. Y que los dos se habían utilizado mutuamente para herir a la gente que odiaban.

Circunstancia que los había llevado a esa situación…

—Lo siento muchísimo, Strykerio.

—¿De verdad? —le preguntó él, que levantó la cabeza para mirarla con una expresión dolorida en sus turbulentos ojos plateados—. ¿No te alegras?

—Nunca me alegro de una muerte. Tal vez la disfrute de vez en cuando si está justificada. Pero nunca me alegro.

—Y yo no permito que semejante desafío quede sin respuesta.

Tory no tuvo tiempo ni para orientarse porque alguien la abrazó con tanta fuerza que temió por la integridad de sus costillas. Sin embargo, al

identificar el olor de Aquerón y sentir su apasionado beso, soltó una carcajada aliviada. Estaba a salvo.

Estaba a punto de abrazarlo, pero recordó las heridas de su espalda, así que se colgó de su cuello y lo abrazó con fuerza.

Ese era el verdadero Aquerón, y era maravilloso tenerlo entre sus brazos.

—¿Estás bien? —le preguntó él al tiempo que le tomaba la cara entre las manos. Sus ojos se ensombrecieron al ver la camisa desgarrada y la chaqueta de Nick.

—Estoy bien. De verdad.

—Pero nosotros no —señaló Urian con sorna—. Nick ha matado a Satara.

—Lo hizo para protegerme —se apresuró a decir ella.

Urian resopló.

—Lo usaremos como epitafio. Hasta entonces… Stryker querrá sangre por su muerte. Mucha sangre.

Nick resopló al escuchar la fatídica predicción.

—No te ofendas, pero tu padre no me da miedo. Y le tengo muchas ganas. Déjalo que venga a por mí.

La bravuconada no impresionó a Urian.

—Sé que crees que compartes sus poderes, pero hazme caso: solo te dio las sobras. Y para que conste, tienes que ponerte a la cola. Yo voy antes que tú a la hora de darle.

Ash silbó para reclamar su atención.

—Haya paz, niños. Tenemos cosas más importantes que tratar como para ver quién es más macho de los dos.

Tory contuvo una sonrisa al comprender por fin cuál era el trabajo de Ash y por qué se había descrito como un vaquero que tenía que guiar el ganado. Definitivamente lo era.

Ash le lanzó una mirada elocuente a Nick.

—Tenemos que prepararnos para la batalla. No voy a permitir que Stryker llegue hasta Nick.

El aludido soltó una carcajada amarga.

—No necesito tu puta ayuda. Puedo arreglármelas solito.

Ash hizo oídos sordos al odio que destilaba la voz de su antiguo amigo.

—Sé por qué me odias, Nick. Y lo entiendo. Pero tu madre no querría que te volvieras a suicidar. Sigue odiándome por la mañana, pero esta noche tolera mi presencia como un mal menor.

Nick lo apartó de un empujón.

—Esto no nos convierte en amigos.

Ash levantó las manos.

—Lo sé —dijo antes de volverse hacia Tory—. Stig, sácala de aquí. Mantenla a salvo.

Tory jadeó al darse cuenta de que ese hombre era el Estigio del que había leído en el diario, el que había torturado y castrado a Aquerón.

Una rabia tan intensa que le dejó un amargo regusto en la boca se apoderó de ella. Estaba a punto de decirle a Ash que no iba a ir a ningún sitio con un hombre que había hecho todo lo posible para hacerle daño cuando, antes de que pudiera abrir la boca siquiera, un destello la cegó.

Un instante después apareció de la nada una horda de tíos rubios muy cabreados que se pusieron en formación de combate, como si supieran de qué iba el tema.

Stryker se adelantó y clavó la mirada en Urian.

—Es la última vez que me traicionas. —Le lanzó algo a su hijo.

Tory no vio lo que era hasta que Ash lo atrapó con la mano. Era una daga muy rara que le recordó a un diseño griego antiguo, aunque en la empuñadura tenía el emblema del sol que Ash llevaba en la mochila.

Ash miró a los daimons con los ojos entornados.

—Coge a tus nenazas y corre, Stryker. Así ahorrarás tiempo. Hoy no es el mejor momento para venir en busca de mi sangre.

Stryker se acarició los colmillos con la lengua como si la idea de probar la sangre de Aquerón le hiciera la boca agua.

—No hay nada que me guste más que el sabor de la sangre. Veo que no tienes a tus Cazadores Oscuros. —Echó un vistazo a los hombres que estaban con Ash y soltó una carcajada maliciosa—. Esta noche nos daremos un festín, spati. ¡Atacad!

Alguien empujó a Tory para colocarla detrás del grupo de Aquerón. Quería decirles que era capaz de defenderse solita, pero cuando los dos

bandos se enzarzaron en una pelea con puñetazos y descargas astrales, reconoció que no tenía la habilidad necesaria para combatir.

No solo peleaban con los puños y con armas, sino que peleaban con poderes sobrenaturales a los que nunca podría enfrentarse. Acababa de llegar a esa conclusión cuando otro grupo de daimons se unió a los que ya estaban peleando.

Stryker se abalanzó sobre Nick, pero Ash lo atrapó y los dos cayeron al suelo. Urian apuñaló a un demonio entre los ojos antes de apartarse de los colmillos de un daimon.

Tory se tambaleó hacia atrás mientras buscaba cualquier cosa que le sirviera de arma.

Un demonio se lanzó a por ella. Intentó quitárselo de encima con una patada, pero el demonio ni se inmutó. Justo cuando estaba a punto de atacarla, apareció Julian de la nada con su espada y le cortó la cabeza al demonio con un certero movimiento.

Se colocó la hoja de su espada griega en un hombro y le preguntó:

—¿Sabes manejar una espada?

—Sí.

—¡Kirian! —le gritó a otro rubio muy alto que luchaba en su bando—. ¡Dame una espada!

El tal Kirian le lanzó algo que parecía ser solo una empuñadura. Julian la cogió con agilidad y apretó un botón oculto en la empuñadura. La hoja, de casi un metro, salió como si la hubiera impulsado un resorte.

—A los daimons hay que atravesarles el corazón —le dijo Julian mientras se la daba—. A los demonios, entre los ojos. Los dos caen si les cortas la cabeza.

—¿Cómo los diferencio?

—Casi todos los daimons son rubios y se desintegran en una nube de polvo cuando les atraviesas el corazón. Ve a por el corazón, y si eso no funciona, prueba con los ojos. Si hieres a alguien y cae al suelo entre gemidos, es que le has dado a uno de los buenos. Así que ya sabes…

—Gracias por el tutorial —le dijo al tiempo que inclinaba la cabeza.

Julian soltó una carcajada antes de recuperar la expresión feroz y lanzarse de lleno a la refriega.

Tory cortó el aire con la espada para comprobar su temple. De repente, la atacó una daimon que usó sus poderes para hacer aparecer un báculo con el que intentó golpearle la cabeza.

Repelió el golpe con la espada antes de lanzarse al ataque. La daimon contraatacó cada uno de sus golpes con el báculo. La ferocidad de la lucha hizo que a Tory se le estremeciera todo el cuerpo.

Aunque odiaba admitirlo, la daimon estaba ganando. Soltó un gruñido feroz e intentó quitársela de encima con un empujón.

De repente, Nick apareció a su lado. Alejó a la daimon de ella, haciendo que se estampara contra otro daimon.

—Nadie le hace daño a un humano en mi turno —rugió antes de atravesarle el corazón a la daimon.

Tal como le había explicado Julian, gritó y estalló en una nube de polvo dorado.

Nick se alejó antes de que pudiera darle las gracias.

Otro resplandor anunció la llegada de un grupo de demonios y daimons más numeroso que el anterior.

Tory retrocedió, boquiabierta. Eso era mucho más que estar en inferioridad numérica…

Los buenos eran geniales luchando, pero el gran número de enemigos les estaba haciendo perder terreno.

—Lo llevamos crudo…

Ash se quedó helado al ver que uno de los daimons le clavaba los colmillos a Vane en el brazo justo cuando un nuevo grupo de daimons se unía a la lucha.

No podía permitir que les hicieran daño a sus amigos. Cerró los ojos para recuperar su báculo, que se encontraba en Katoteros. Acababa de agarrarlo cuando sintió que alguien caía sobre él.

Abrió los ojos y vio a Stig con una daga atlante clavada en el estómago. Stryker soltó un taco, le sacó la daga y se abalanzó sobre él.

Golpeó al líder de los daimons con el extremo del báculo y lo apartó de un empujón.

—Huye o muere —le gruñó.

—¡Que te jodan!

Miró a Stryker con los ojos entornados antes de alejarlo más de él para golpear el suelo con el báculo. El movimiento provocó una poderosa onda expansiva que se extendió a su alrededor, fulminando a los daimons y a los demonios a medida que los alcanzaba.

Con excepción de Stryker. El líder de los daimons flotaba sobre el suelo en su forma de dragón, rugiendo y echando fuego por la nariz.

Ash levantó el brazo, justo a tiempo para evitar quemarse. Le lanzó una descarga astral a Stryker, que la esquivó.

—Esto no ha terminado, Aquerón. La próxima vez no podrás utilizar tus poderes. —Tras lanzar otra bocanada de fuego, Stryker se desvaneció.

Vane se sacudió el brazo herido en un evidente intento por aliviar el dolor de la mordedura.

—¿Por qué estábamos luchando si tienes esa clase de poder?

Todos los antiguos Cazadores Oscuros, junto con Nick, dijeron a la vez:

—¡Que puedas hacerlo no significa que debas hacerlo!

—Y en ocasiones todo debe torcerse para que al final se enderece —añadió Wulf. Los demás lo miraron sin comprender a qué venía eso, así que añadió—: Supongo que eso solo me lo dijo a mí.

Fury soltó una especie de gruñido muy animal.

—Yo sigo sin entender por qué estábamos luchando cuando habrías podido darles caña tú solito.

—Porque creo que todo el mundo merece la oportunidad de defenderse… a menos que me toque las narices. —Miró a Vane con expresión impasible—. Pedir refuerzos fue el error de Stryker.

—Y alégrate de que no fuera el tuyo —dijo Fury con una carcajada nerviosa en dirección a su hermano—. Yo me alegro un huevo de que no fuera el mío. —Echó un vistazo a los restos de los daimons y los demonios o, mejor dicho, a lo poco que quedaba de ellos—. Aquerón: los mata bien muertos.

Ash se arrodilló junto a Stig para examinar la herida. Aunque sabía que no debía preocuparse, ya su hermano no podía morir a menos que él lo hiciera, eso no quería decir que no le doliese mucho. La daga que había usado Stryker lo habría matado si Stig no la hubiera interceptado.

Su hermano, que había deseado morir tanto como él, le había salvado la vida.

Casi no podía creérselo.

Stig enfrentó abiertamente su mirada, aunque temblaba de pies a cabeza a causa del dolor.

—Hermano, se supone que no debes cerrar los ojos durante la batalla.

Ash soltó una carcajada al escuchar la pulla.

—A mí no me entrenaron para convertirme en general.

Stig echó un vistazo a los hombres que los rodeaban.

—Tal vez. Pero yo nunca he sabido comandar las tropas tan bien como tú. Creo que padre escogió al hijo equivocado para entrenarlo.

Eso era lo más agradable que Estigio le había dicho en la vida. Ash no dijo nada, se limitó a colocarle la mano sobre la herida.

Su hermano siguió mirándolo a los ojos. Sin embargo, cuando le cerró la herida con sus poderes, su hermano describió la «suavidad» de sus métodos con una elocuencia digna de Stryker.

—¿Ya estoy muerto? —preguntó con sorna.

—Todavía no. Te quedan un montón de años para seguir cabreándome.

Su hermano sonrió.

—Estoy impaciente.

Y por primera vez él también.

—Has hecho un buen trabajo. Gracias.

—En fin… La próxima vez que necesites que alguien vaya a un santuario daimon, búscate a otro gilipollas para que lo haga. No tengo los poderes de un dios con los que defenderme y eso me deja en seria desventaja.

Aun así, se había plantado delante de él para protegerlo… Eso era un paso de gigante para enterrar el pasado y aceptar a su hermano. Lo ayudó a ponerse en pie con una sonrisa.

Talon se rascó la cabeza mientras los miraba.

—Oye… T-Rex… La próxima vez que me ponga gallito contigo, recuérdame que estoy metiendo la pata, ¿vale?

Wulf se quedó pasmado.

—De eso nada, tío. Me dijiste que la próxima vez que vieras a Ash le ibas a preguntar si había visto *Caminando entre dinosaurios* y si había sentido morriña.

Talon le indicó a Wulf que se callara con un gesto de la mano.

—Si no te importa, preferiría que no me diera una paliza esta noche. Me apetece usar todas las partes de mi cuerpo más tarde, no sé si me entiendes, y como estás casado y tienes una caterva de críos, supongo que me entiendes perfectamente.

Ash miró a Tory y la irritación que empezaba a sentir se desvaneció por completo. Estaba a salvo, y eso era lo único que le importaba.

Echó un vistazo al grupo de hombres que había acudido en su ayuda, aunque aún no acababa de creérselo.

—Muchas gracias.

Kirian le tendió la mano.

—Cuando nos necesites, solo tienes que llamarnos.

Uno a uno le estrecharon la mano y le dijeron algo similar.

Hasta que le tocó el turno a Talon.

—Un día de estos vas a tener que contarme cómo has hecho el truco del palito. Porque puede ser muy útil, no solo con daimons, sino con caimanes desorientados y vecinos molestos.

Ash soltó una carcajada.

—Tal vez lo haga algún día.

El buen humor le duró hasta que Nick pasó junto a él y le dio un golpe con el hombro. Era un gesto tan inmaduro que lo miró con cara de mala leche mientras Nick se alejaba hacia la oscuridad.

—Para que lo sepas, yo también quería a Cherise.

Nick le hizo un corte de mangas y se fue.

Zarek fue el último en marcharse. Se acercó a él y lo miró con la cabeza ladeada. Después miró a Tory y le dijo a él en griego:

—No sé, pero siempre me han sorprendido las heridas con las que cargamos durante una eternidad. Y a lo largo de estos últimos años me ha sorprendido todavía más el hecho de que la persona adecuada puede curarlas. Recuerdo que un hombre muy sabio me dijo una vez que todo el mundo merece ser amado. Incluso tú.

Ash resopló al escuchar el consejo que le dio a Zarek después de que casi perdiera a su esposa.

—Y si no recuerdo mal, me dijiste que cerrara el pico.

Zarek se encogió de hombros, como si nada.

—Soy un gilipollas. Lo reconozco. De hecho, voy a terapia de grupo para Gilipollas Anónimos todas las semanas, pero cuesta mucho deshacerse de los malos hábitos adquiridos a lo largo de miles de años. Y creo que tú tienes que desprenderte de unos cuantos años más que yo.

—¿Cómo le va a Bob? —le preguntó Ash para cambiar de tema. Bob era el hijo pequeño de Zarek—. ¿Ya se ha llevado el gato al agua Astrid?

—¿En lo de llamarlo Menoceo? ¡Coño, no! Sigo diciendo que se parece demasiado a Menopausia para mi gusto y que no tiene ningún diminutivo decente. ¿Te imaginas tener que ir al colegio con ese nombre? Te parecerá una tontería por mi parte, pero me gustaría que el chaval creciera sin ese trauma.

Soltó una carcajada al escuchar la parrafada que Zarek ya había soltado en más de una ocasión. Sin embargo, su esposa pasaba de él por completo y seguía llamando al pobre niño Menoceo, mientras que su padre lo llamaba Bob.

Zarek meneó la cabeza.

—En fin, confieso que no hay nada mejor que mirar a un niño y ver en él una mezcla de ti con esa persona que sabes que jamás te dará una puñalada trapera. Y eso te lo debo a ti, Ash. Cada vez que los miro, recuerdo lo que te debo. —Se apartó de él y dejó de hablar en griego, sin saber que Tory lo entendía a la perfección—. Tened cuidado. Y por todos los dioses, no os metáis en líos. Al menos hasta que cambie el tiempo. Sabes que no soporto el frío. —Se desvaneció al instante.

Ash devolvió su báculo a Katoteros mientras Tory se acercaba. Cuando la tuvo al lado, le colocó bien la camisa.

Ella intentó mirarle la espalda.

—¿Cómo estás?

—Ahora mismo podría salir volando. —Le tendió la mano.

En cuanto Tory le tocó los dedos, se teletransportó de vuelta a su apartamento en Pirate’s Alley.

—¡Anda, si no era de coña! —exclamó al tiempo que arqueaba una ceja y observaba el apartamento—. Es una caja de cerillas.

Ash se quitó la mochila del hombro.

—No necesito mucho espacio.

—Ya somos dos —replicó ella—. Pero sí necesito una cosa.

—¿El qué?

Su mirada apasionada y sincera lo abrasó.

—A ti.

Saboreó esa respuesta y la oleada de amor que le inundó el corazón. Aunque en el fondo sabía que no tenían futuro.

—No puedo quedarme contigo, Tory. No puede haber un nosotros.

—¿Por qué no?

¿Estaba loca? ¿Ya se le había olvidado todo lo que acababa de pasar?

—Has visto a lo que tengo que enfrentarme todos los días. Mis enemigos no son humanos, y no solo tengo que enfrentarme a Stryker. También está Nick, que aunque te haya liberado hoy, no quiere decir que mañana haga todo lo contrario. Y por si eso fuera poco, tengo cierto problemilla pelirrojo. No puedo exponerte a tantos peligros. No puedo.

—¿Y si no estoy de acuerdo contigo?

—No dejaré que te pongas en peligro. Soy un dios, Tory. Si tengo que hacerlo, borraré mi recuerdo de tu memoria.

—Como se te ocurra tontear con mi cerebro, te juro que te arrepentirás.

Puestos a pensarlo, supuso que Tory era como Nick, demasiado cabezota como para que sus poderes funcionaran.

—Piensa con la cabeza, Tory. Mi vida es complicada y peligrosa.

La terquedad de Ash la sacaba de quicio.

—Todo el mundo merece ser amado, Aquerón —le dijo, repitiéndole las palabras de Zarek—. Mírame a los ojos y dime que quieres que me vaya. Dime que no quieres volver a verme.

Ash tragó saliva para luchar contra las emociones que lo consumían. No quería separarse de ella. Quería abrazarla y mantenerla a su lado durante el resto de su vida inmortal.

Sin embargo y mientras ella fuera humana, era una debilidad para él. Y mientras tuviera enemigos decididos a hacerle daño, no podía permitir que

Tory estuviera cerca.

—Quiero que te vayas.

—En fin, y en el infierno quieren agua helada. Ahora desnúdate y deja que te vea la espalda. Seguro que te está matando.

—¿Estás pasando de mí?

—Tanto como eso, no. He oído lo que tenías que decirme y reconozco que esta noche no estaba ni mucho menos preparada para luchar, que esos demonios me atraparon sin despeinarse. No soy idiota, Ash. Dicho lo cual, deberías saber que no tiro la toalla cuando me propongo algo. Te quiero, y tengo toda la intención de quedarme a tu lado aunque intentes alejarme de ti.

Ash cerró los ojos, encantado con cada una de sus palabras.

—No sé cómo amar, Tory. De verdad que no.

—Pues no sé, pero después de ver a toda esa peña dispuesta a dar la vida por ti, me da que te equivocas, chato.

—Artemisa no nos va a dejar tranquilos. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo que sé es que te he dicho que te desnudes y te has quedado como un pasmarote discutiendo conmigo. Te conviene obedecerme. Los dos nos ahorraremos quebraderos de cabeza.

Levantó las manos en señal de rendición y se quitó la camisa con sus poderes.

Tory jadeó al ver las heridas de su espalda, que se habían abierto de nuevo.

—¿Cómo lo soportas?

La expresión estoica de su rostro la apenó.

—Estoy acostumbrado.

—Acuéstate. Tengo que curarte las heridas y necesitas descansar.

—A sus órdenes.

Ash se encaminó al dormitorio mientras que Tory iba a la cocina. Se detuvo en la puerta para observarla mientras ella, ajena a su presencia, sacaba un cuenco y lo llenaba con agua.

Lo asaltó una oleada de deseo tan poderosa que lo dejó sin aliento. Si no estuviera tan magullado, no dormiría solo. Sin embargo, el dolor de la espalda era muchísimo peor que el de su entrepierna.

Claro que ni uno ni otro podía compararse con el dolor que le atravesaba el corazón y le decía que eso no podía durar. Pese a su terquedad, Tory tendría que irse antes de que Artemisa la matara.

Porque la diosa estaba en lo cierto. Volvería de rodillas suplicándole por comida. Entre la lucha y las heridas de la espalda, se moría de hambre. Y si no se alimentaba pronto, comenzaría a matar.

Dio un respingo y se preguntó qué pensaría Tory si alguna vez lo veía así. Lo más triste de todo era que no quería que tuviera que enfrentarse nunca a su verdadera forma. No quería que viera nunca a la bestia demoníaca que llevaba dentro.

No, Artemisa había creado al monstruo. Era justo que ella tuviera que alimentarlo.

Suspiró y se acostó en la cama para esperar a Tory, a sabiendas de que tendría que dejarla marchar al día siguiente.

20

Tory se detuvo al entrar en la habitación donde dormía Ash. Su respiración era muy extraña. Muy distinta a la de un humano, más bien como la de un perro. Preocupada por él, dejó el cuenco con agua y el paño en la mesita de noche y se sentó a su lado.

Le colocó una mano en la enfebrecida mejilla y, nada más rozarlo, su cuerpo se volvió de un color azul intenso. Asustada, contempló las vetas marmóreas que salpicaban todo su cuerpo y que parecían moverse de forma sinuosa mientras la intensidad del azul variaba. Sus uñas se volvieron negras y le salieron dos cuernecillos en la parte superior de la cabeza.

Eso hizo que saliera pitando de la cama mientras observaba con el ceño fruncido el arco doble y la flecha, el símbolo de Artemisa, que apareció sobre las heridas de su espalda.

Lo escuchó gruñir en sueños. En ese momento Ash abrió los ojos y a ella le costó la vida misma no salir corriendo de la habitación. Ya no eran plateados, sino rojos y brillantes, con vetas amarillentas. Ash abrió la boca para sisear, dejando a la vista un par de colmillos serrados.

—¿Cariño? —susurró, intentando encontrar al hombre que amaba dentro de esa espeluznante criatura.

Aquerón parpadeó como si acabara de percatarse de su presencia y se agazapó en la cama.

Se acercó a él despacio. Extendió una mano y le acarició suavemente la mejilla. Él cerró los ojos y se frotó contra su palma mientras le olisqueaba la muñeca. Eso pareció calmarlo. Lo escuchó decir algo en una lengua que ni siquiera comprendió.

—No te entiendo —replicó ella en atlante.

—*Aqui-kara, akra*.

—¿Necesitas algo, corazón? —le preguntó ella mientras le apartaba un mechón de pelo negro de la cara.

Ash estaba intentando concentrarse, pero le resultaba imposible. Todo parecía borroso. Ni siquiera sabía si estaba dormido o despierto. Ya no le dolía la espalda. Y olía sangre fresca… la olía y escuchaba el latido de un corazón.

Eso le hizo la boca agua.

Se relamió los labios, aspiró el olor de esa carne femenina que cubría las venas que tanto ansiaba perforar…

«Come.»

No debía hacerlo. Incluso en ese estado recordaba la regla que se había autoimpuesto. No podía alimentarse de los humanos. Estaba mal. Sin embargo, famélico como estaba, no alcanzó a recordar el porqué.

Lo único que tenía claro era que necesitaba saciar el hambre.

Tiró de la humana para tenerla más cerca y así poder olerle el cuello. Lamió la delicada piel y la rozó con los colmillos, ansioso por clavarlos en su carne. Sintió los escalofríos que la recorrieron mientras suspiraba de placer.

Le dijo algo, pero no comprendió sus palabras. Al menos no hasta que lo besó en los labios. La dulzura de esa boca logró conectar con su parte humana y lo ayudó a luchar contra la bestia.

Tory se estremeció cuando Ash recobró la normalidad. Su piel volvía a ser morena y sus ojos, de ese relajante tono plateado. Sin embargo, el aura violenta seguía presente y le recordó a un tigre apenas controlado.

En ese momento tiró de su mano para que lo acariciara.

—Ash, estás herido. Deberías descansar.

Lo vio sacudir la cabeza, como si quisiera despejarse. En un abrir y cerrar de ojos, se encontró desnuda y cuando Ash la besó, se le olvidaron todos los motivos por los que no debían hacerlo. Ash entrelazó los dedos de una mano con los suyos y la instó a acariciarlo donde más lo necesitaba. Se frotó un par de veces contra su palma y se estremeció mientras le soltaba la mano para que siguiera acariciándolo a su ritmo. De repente, pasó de estar de pie junto a la cama a estar tendida en el colchón con él encima.

Ash sentía el corazón desbocado mientras le separaba los muslos a Tory. Se hundió en ella hasta el fondo y jadeó por el intenso placer. Sin embargo, antes de que fuera consciente de lo que pasaba, la bestia retomó el control, ansiosa por alimentarse de la sangre que corría por sus venas. Porque eso era lo único que escuchaba. Lo único en lo que podía concentrarse.

El hambre superaba el deseo sexual y le hacía la boca agua.

Tory emitió un gemido de protesta cuando Ash se apartó de ella. Al menos hasta que se fijó en su cara. El tormento que se reflejaba en ella se le grabó a fuego en el corazón.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

Ash quería quedarse con Tory. Quería volver a estar en su interior…

No, quería alimentarse. El impulso de desgarrarle el cuello era brutal.

Estaba perdiendo el control. A pasos tan agigantados que de repente solo podía pensar en saciar el hambre que lo corroía. Cada segundo que pasaba a su lado lo arrastraba más y más a la locura.

Incapaz de seguir allí sin matarla, abandonó el plano humano.

Tory parpadeó al encontrarse sola de repente.

—¿Ash? —lo llamó, preguntándose adónde habría ido.

Completamente desnudo, Ash abrió con fuerza la puerta de la sala de baños de Artemisa. Ya no era humano. Era la bestia que tanto aborrecía. Lo único que le importaba era alimentarse. Destruir.

Matar.

Aquerón ya no existía. Era Apóstolos quien mandaba. Y Apóstolos, el Heraldo, quería la sangre de una persona en concreto:

Artemisa.

La diosa jadeó, molesta porque alguien hubiera interrumpido su baño, hasta que vio que se trataba de Aquerón. Sonrió al comprobar que su piel era azul y tenía el pelo negro.

—Te dije que volverías.

Llegó hasta la bañera volando desde la puerta. Se encaramó al borde y la postura hizo que Artemisa lo comparara con un pájaro. La agarró para

acercarla a sus colmillos, pero lo detuvo poniéndole una mano en la mejilla y empujándolo antes de que pudiera clavárselos.

—No te has ganado la comida. Estoy enfadada contigo y no vas a comer hasta que me complazcas.

Incapaz de hablar en su forma de destructor, él siseó mientras aumentaba la fuerza con la que la agarraba.

Artemisa se lo quitó de encima con una descarga astral que lo desestabilizó y lo mandó de costado al suelo. Lo escuchó sisear antes de ponerse en pie con una agilidad increíble.

Le enseñó los colmillos, gruñó y se abalanzó sobre ella.

Artemisa utilizó sus poderes para apartarse, consciente de que si le ponía las manos encima, o más bien las garras, la mataría.

Él la persiguió como si fuera un depredador tras su presa. Sabía que debería estar muy asustada, pero la furia superaba al miedo con creces. Normalmente ninguno de los dos se permitía llegar a ese extremo, pero Ash la había traicionado y, a decir verdad, en ese momento le daba exactamente igual que muriera.

Corrió hacia la habitación contigua, renuente a dejarlo ganar.

Ash intentó cortarle la huida, pero logró esquivarlo y consiguió llegar a su refugio. El muy tonto la siguió. En cuanto estuvo dentro, ella se teletransportó de vuelta a la puerta y la cerró, atrapándolo en el interior.

Ash se abalanzó sobre la puerta de cristal como si fuera un animal rabioso. La fuerza de sus porrazos era tal que no le había extrañado que la hiciera pedazos.

—Aquerón, no puedes escapar. Tus poderes están neutralizados ahí dentro. Así que estás a mi merced hasta que yo decida lo contrario.

Al escucharla, él clavó sus garras en la puerta y soltó un aullido tan fiero que le puso los pelos como escarpias. Sí, si lo dejaba salir, la mataría sin pensárselo.

—Como ya te he dicho —siguió, con los ojos entrecerrados y los brazos cruzados por delante del pecho—, me perteneces. Así que te vas a quedar ahí sentado y muerto de hambre hasta que me apetezca alimentarte.

Ash apenas era capaz de comprenderla a causa del hambre que lo corroía. En ese estado era como las Sombras de los Cazadores Oscuros que

morían sin haber recuperado sus almas. Siempre hambrientos y sedientos. Sin voluntad e incapaces de hacerse entender. Era la peor de las existencias.

La puerta de cristal desapareció al adoptar la misma apariencia que los muros que conformaban la estancia. El lugar se convirtió en un sitio oscuro y reducido. No había muebles, no había ventanas…

Ni luz.

De repente, recuperó la cordura y volvió a sentirse como un niño encerrado. Se volvió con rapidez, en busca de las ratas que solían morderlo. Intentando localizarlas por el sonido que hacían al correr por el suelo.

—¡Artemisa! —gritó—. ¡Sácame de aquí!

«Tengo miedo», añadió en su fuero interno.

«Aquerón, ¿estás ahí?», recordó la voz de Ryssa.

Y en ese momento el hambre regresó, despojándolo por completo de su humanidad. Se abalanzó contra la puerta con sus garras. El hambre era tal que le dolía el estómago. Incapaz de soportarlo, se lanzó contra la puerta una y otra vez, decidido a atravesarla.

Pasaron cuatro días mientras Artemisa intentaba decidir lo que hacía con Aquerón. Sus continuos porrazos en la pared y sus espeluznantes aullidos comenzaban a cansarla.

Sin embargo, necesitaba que le diera una lección. Necesitaba un castigo, y no pensaba liberarlo hasta que aprendiera a obedecer sin rechistar.

Además, a esas alturas estaba muy asustada. Nunca había pasado tanto tiempo sin alimentarse. Y la experiencia había demostrado que un cáliz de sangre solo serviría para aumentar su apetito.

Sopesó la idea de enviarle a una de sus *korai* para que se alimentara de ella, pero eso sería una crueldad.

Y al hilo de ese pensamiento llegó otro.

—No tiene por qué ser una *koré*…

No. Ni mucho menos. Sonrió, satisfecha por su astucia. Le había prometido a Aquerón que ni ella ni sus secuaces dañarían a Soteria.

Pero no le había prometido mantenerlo alejado de la humana.

Según Aquerón, Soteria lo calmaba. Muy bien. Pues que lo calmara esa zorra. Que lo alimentara ella.

Jactándose de su ingeniosa solución, se teletransportó a Nueva Orleans, donde la muy lagarta estaba dando clase. Furiosa por la demora, esperó en el pasillo a que la clase concluyera.

Tory se sentía fatal mientras se despedía de sus alumnos. Llevaba días sin tener noticias de Ash y el hecho de que le hubiera dejado la mochila de la que no se separaba la llevaba a preguntarse si le habría pasado algo malo.

Después de meter los libros en su propia mochila, se la colocó al hombro y echó a andar hacia la puerta. Sin embargo, antes de que pudiera llegar a ella, entró una pelirroja altísima y muy guapa. Llevaba un carísimo traje de chaqueta blanco, zapatos de Prada y tenía un tipazo.

Le dieron ganas de arrancarle los pelos a tirones.

—¿Qué haces aquí, Artemisa? —le preguntó con frialdad.

La diosa puso cara de asco como si le desagradara estar a su lado tanto como le desagradaba a ella verla. No, eso sería imposible.

—Aquerón te necesita, humana. Está herido y no puede venir.

Tory frunció el ceño.

—¿Y por qué vienes tú a por mí?

—Porque te necesita. Si no fuera por eso, te juro que no me habría molestado.

Recelosa, Tory agarró la correa de su mochila.

—¿Me estás mintiendo?

Artemisa hizo el antiguo gesto griego que simbolizaba la verdad y la lealtad.

—Te juro que está sufriendo un dolor extremo y que te necesita. ¿Tan egoísta eres que no piensas ir a ayudarlo?

¿¡Ella era la egoísta!? Si no estuviera tan preocupada por Aquerón, se habría echado a reír.

—Llévame a su lado.

Artemisa usó sus poderes para sacarla del aula y trasladarla a un lugar que parecía un antiguo templo griego. La estancia estaba rodeada por

columnas y el techo estaba decorado con una increíble escena de caza labrada en oro. Era exquisita.

—¿Dónde estoy?

—En el Olimpo.

La diosa la llevó a una sala de baños a la antigua usanza, pero no se detuvo hasta llegar a una puerta situada en uno de los extremos. En cuanto levantó una mano, la pared desapareció dejando a la vista una puerta de cristal.

Jadeó al ver a Ash desnudo y tendido en el suelo. Tenía el pelo enredado y respiraba con dificultad. Su piel volvía a ser azul y tenía cuernos. La doble tonalidad de su piel resaltaba sus músculos de forma extraña. En vez de uñas tenía garras negras, y cuando se percató de que lo estaban mirando, les enseñó un enorme par de colmillos.

En ese momento se puso en pie, aunque se llevó una mano al estómago como si estuviera a punto de vomitar. Dio un paso hacia delante y se cayó al suelo, al parecer presa de un horrible dolor. Lo escuchó soltar un agónico grito de impotencia.

—Es asqueroso verlo en su forma divina, ¿a que sí?

Tory miró a la diosa sin ocultar el desprecio que sentía por ella.

—Ash jamás podría ser asqueroso. ¿Qué le pasa?

—Necesita comer. Esto es lo que le pasa si tarda tanto en alimentarse.

—Y si lo sabías, ¿por qué no lo has alimentado?

Vio la malévola sonrisa que apareció en los labios de Artemisa.

—Cariño, ¿para qué crees que has venido? —Alargó una mano y abrió la puerta.

De repente, Tory se encontró dentro de la habitación, ya que la diosa la empujó y cerró la puerta a su espalda.

—*Bon appétit* —la escuchó decir.

Se volvió hacia la puerta e intentó abrirla, pero fue en vano. No había picaporte, ni llave, ni nada. Solo veía la ufana cara de Artemisa.

¡Ojalá pudiera estar tres minutos a solas con ella! Sería una pelea digna de emitir en un canal de pago.

Como no le quedaba otra opción, se acercó a Ash despacio. Con cautela. ¿La reconocería? A juzgar por su actitud, no parecía muy probable.

—¿Cariño?

La miró con unos ojos rojos como la sangre que no parecían reconocerla en absoluto. Su expresión era feroz y letal. Eran los ojos de un depredador.

De repente y haciendo gala de una rapidez imposible de captar por el ojo humano, Ash se abalanzó sobre ella, la agarró por el cuello y la tiró al suelo para clavarle los colmillos.

Ash sentía un zumbido en los oídos y un horrible dolor en un hombro mientras saciaba el hambre que llevaba días padeciendo. La sangre era sabrosa. Cálida y saciante. Se alimentó, devorándola con ansia, hasta que recobró la normalidad.

Sin embargo, a medida que lo hacía aumentó su furia porque Artemisa lo hubiera dejado tanto tiempo sin comer. Aunque no podía hablar en el estado en el que se encontraba, sí recordaba haberla visto a través de la puerta.

«Comerás cuando me complazcas…»

La diosa sabía muy bien lo que le dolían esas palabras y estaba harto de sus abusos.

—Artemisa, te juro… —dejó la frase en el aire cuando se apartó de su garganta y se dio cuenta de que no era Artemisa de quien se estaba alimentando.

Era Tory, y la pérdida de sangre la había dejado alarmantemente blanca.

El horror de la situación lo dejó petrificado. Le había destrozado el cuello con los colmillos, tenía los ojos entornados y respiraba de forma superficial.

«¡No!», gritó su alma. ¿Cómo era posible que le hubiera hecho daño?

¿Cómo era posible que ni siquiera la hubiera reconocido?

Porque Artemisa lo había mantenido demasiado tiempo sin comer. Y después le había arrojado a una humana, consciente de que no sobreviviría a la experiencia.

—¡No! —susurró con un nudo en la garganta—. No me dejes, nena. Voy a conseguir ayuda.

La escuchó toser y la vio levantar una mano para rozarle los labios, que seguían manchados con su sangre. Reparó en el miedo que asomaba a sus ojos y en el dolor que sufría por su culpa. Los remordimientos amenazaron con ahogarlo.

—¿Soteria? —la llamó—. ¿*Akribos*?

Tory exhaló su último aliento antes de que sus ojos perdieran el brillo y de que su mano cayera al suelo con la palma hacia arriba.

Un dolor insoportable se apoderó de él al comprender que la había matado. Echó la cabeza hacia atrás y rugió por la pena y la culpa.

¡No lo había hecho a propósito! ¡Jamás le habría hecho daño a Tory!

En ese momento vio que Artemisa lo observaba desde el otro lado de la puerta. La satisfacción que relampagueaba en sus ojos despertó en él el deseo de arrancárselos de cuajo.

Dejó con cuidado a Tory en el suelo antes de abalanzarse otra vez sobre la puerta, decidido a agarrar a esa zorra que se lo había arrebatado todo. Otra vez.

—¿¡Por qué!? —rugió.

Ella entornó los ojos, furiosa y sin el menor asomo de arrepentimiento.

—Lo sabes muy bien. —La puerta desapareció y volvió a quedarse encerrado en la oscuridad, a solas con el cuerpo de la única mujer que había amado en la vida.

Con el cuerpo de la mujer a la que había matado. Encerrado en esa habitación, sin poder usar sus poderes, no podía sanarla ni resucitarla. Estaba muerta, y el culpable era él. Echó la cabeza hacia atrás y soltó un rugido de dolor.

Tory vagaba por una niebla densa y opresiva. Estaba perdida, desorientada. Lo último que recordaba era la cara de Ash. El horror de su mirada, el miedo que ensombrecía sus preciosos ojos. Y también recordaba que le dolía mucho el cuello.

Pero el dolor había desaparecido. No había nada. Ni luz. Ni sonidos. Ni olores.

Ese vacío tan absoluto era aterrador.

—¿Ash? —dijo al tiempo que intentaba orientarse.

—No está aquí, pequeña.

Se volvió al escuchar una voz amable con un extraño acento. Apolimia estaba tras ella, en la oscuridad.

—¿Qué haces aquí?

La diosa le tendió la mano.

—Robé tu alma en cuanto moriste y te he traído a Kalosis, pero no puedo retenerte aquí sin tu permiso. En tu lugar, yo no lo permitiría. Las almas son posesiones muy valiosas como para desperdiciarlas, y la tuya en concreto es la más valiosa de todas para mí.

—No lo entiendo.

Aceptó la mano de Apolimia y en cuanto la tocó, comprendió todo lo que la diosa sabía sobre ella y sobre Ash. Además, vio el recuerdo que guardaba de la muerte de su hijo, de la forma en la que murió. Vio a Artemisa dándole la espalda y dejándolo tirado mientras él extendía un brazo suplicando su ayuda.

¿Cómo había podido hacer algo así?

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Después vio su propia muerte y fue testigo de la satisfacción con la que Artemisa contemplaba la escena. El grito de Ash despertó su sed de sangre.

—¿Artemisa me ha matado?

Apolimia asintió con la cabeza.

—Todavía sigue castigando a mi hijo y no puedo hacer nada para impedírselo. Pero tú, Soteria… tú sí puedes.

—¿Cómo?

—Puedo enviar tu alma de vuelta a tu cuerpo durante un instante. Cuando lo haga, la única manera de que permanezcas en el mundo de los vivos será beber la sangre de Apóstolos antes de que tu alma abandone otra vez tu cuerpo.

Era un poco difícil de creer.

—¿Qué?

Apolimia le dio unos golpecitos en la mano. La tenue luz se reflejó en sus cristalinas lágrimas mientras la contemplaba con una mirada afectuosa.

—Soy una diosa de la destrucción. Su padre es un dios creador. Nuestros poderes se han unido en Apóstolos y él es uno de los poquísimos dioses capaces tanto de crear vida como de destruirla. Artemisa utiliza sus poderes de creación para dar vida a sus Cazadores Oscuros. Si no se alimentara de él, jamás habría poseído esa habilidad. Y, al igual que ella, si tú te alimentas de mi hijo, sus poderes serán tuyos. Tendrás la habilidad de curarte y de revivir. Además, tendrás el poder suficiente para protegerte, y yo enviaré a mis sacerdotisas para que te protejan y nadie vuelva a hacerte daño jamás.

Parecía demasiado bueno para ser cierto. Podía volver al lado de Ash. Podía volver al mundo de los vivos con los poderes de una diosa. Era imposible que todo fuera tan sencillo.

—¿Dónde está la pega?

—Es la misma que Artemisa usó para atrapar a Apóstolos. En cuanto te alimentes de él, ya no podrás alimentarte de ninguna otra cosa.

Hizo una mueca al recordar el dolor que sintió mientras Ash se alimentaba.

—¿De sangre?

La diosa asintió despacio con la cabeza.

—Soteria, por favor. Haz lo que yo no puedo hacer. Libera a mi hijo de ese monstruo que lo hace sufrir por su propio placer. Apóstolos jamás tomaría a la fuerza la sangre de otra persona porque eso la ataría a él para siempre. Nunca sometería a nadie como Artemisa lo sometió a él. Pero si vuelves y te alimentas de él, y si él se alimenta de ti, se librará de esa zorra para siempre.

Tory apartó la mirada mientras sopesaba las consecuencias que eso conllevaría.

—¿Podré quedarme con Ash?

—Sí, y yo te cederé los poderes suficientes para que ni Artemisa ni ningún otro enemigo de Apóstolos pueda volver a hacerte daño.

Los extremos a los que Apolimia estaba dispuesta a llegar para ayudar a su hijo la conmovieron y le recordaron a su propia madre. Una madre a la que echaba de menos todos los días.

—¿Y tú? ¿Eso no te debilitaría?

—Sí, pero no me importa. Quiero que mi hijo sea libre y quiero que sea feliz, cueste lo que cueste. Estoy harta de ver el cansancio y el desaliento en sus ojos cuando hablo con él. El dolor que no puedo aliviar. ¿Lo ayudarás? Por favor.

Le dio un apretón en la mano a la diosa para imprimirle más sinceridad a sus palabras.

—Haría cualquier cosa por él.

Apolimia sonrió.

—Al principio pensé que sería tu prima Gery la que liberaría a mi niño. Pero en cuanto te vi hurgando en las ruinas sumergidas de mi templo en el Egeo cuando tenías diez años, supe que eras tú. Por eso no he permitido que te tocara ningún otro hombre. —Cubrió la mano de Tory con su otra mano y la sostuvo con fuerza—. Soteria. La guardiana de la Atlántida que se mantuvo en su puesto a pesar de mi cólera y que murió luchando para proteger lo que más quería. Eres digna de tu nombre. —Se quitó el medallón que llevaba al cuello y lo colocó en la mano de Tory—. Cuando estés preparada para luchar por él, llévate el medallón al corazón y tendrás los poderes de una diosa. Para siempre.

Tory sostuvo el medallón en la mano mientras contemplaba la neblina rojiza que giraba en el interior de la piedra transparente. Agradecida por el regalo, abrazó a la diosa.

El gesto sorprendió a Apolimia. Nadie la había tocado con tanto cariño desde la noche que concibió a Apóstolos. Cerró los ojos y le devolvió el abrazo.

—Serás mi hija mientras seas buena con él. Si alguna vez necesitas algo, llámame y te contestaré.

—No permitiré que vuelva a pasarle nada malo. Te lo prometo.

Apolimia la besó en la mejilla antes de apartarse de ella.

—Ve con él, Soteria. Te necesita.

Tory asintió con la cabeza mientras retrocedía y después se llevó el medallón al pecho. En cuanto lo hizo, notó un dolor desgarrador.

—¡Ay! ¿Por qué no has dicho que iba a doler?

Apolimia se encogió de hombros.

—El nacimiento implica dolor y la resurrección más todavía.

Vaya que sí. Tenía la sensación de que la estaban desgarrando por dentro. Mareada y al borde de las náuseas, parpadeó para distinguir algo entre la opresiva oscuridad.

De repente, se encontró en los brazos de Ash. Estaba sentado en el suelo, abrazándola con fuerza, con la mejilla pegada a la suya mientras la acunaba y le susurraba al oído:

—Tory, por favor, por favor, no te mueras. Por favor, no me dejes solo. No quiero vivir sin ti.

Esas palabras tan sentidas la conmovieron, pero todavía la conmovieron más las lágrimas que le humedecían las mejillas.

Ash estaba llorando.

Por ella.

Levantó una mano y le acarició el áspero mentón. Él se apartó con un jadeo sorprendido.

—¿Soteria?

Asintió con la cabeza justo cuando sentía el hambre que Apolimia le había dicho que sentiría. Era una sensación abrasadora y tan brutal que notó cómo se le alargaban los colmillos. Decidida, lo miró a los ojos.

—Déjame quedarme contigo, Ash.

Lo que Tory le pedía, lo que necesitaba de él, lo dejó sin aliento. Por primera vez en su vida estaba dispuesto a entregar su sangre por propia voluntad con tal de que ella viviera.

—¿Estás segura?

La vio hacer un gesto de asentimiento.

Cerró los ojos mientras se apartaba el pelo del cuello y ladeó la cabeza, preparado para soportar el dolor de su mordisco. La repugnante sensación del aliento en su cuello mientras se alimentaba.

Tory se detuvo al notar la tensión de Ash. Y no tardó en comprender el motivo. El pobre no soportaba sentir el aliento de otra persona en el cuello. Sin embargo, ahí estaba, ofreciéndose a ella sin quejarse y sin decir nada. Su amor por él se multiplicó en ese momento.

Gracias a sus recién descubiertos sentidos, supo que no solo podía alimentarse en el cuello. Había otros sitios en los que también podía hacerlo.

Ash abrió los ojos cuando notó que Tory se apartaba. Frunció el ceño y la observó mientras le clavaba los colmillos en la cara interna del muslo. Jadeó, asaltado por un deseo cegador que se la puso dura al instante. Su boca estaba a escasos centímetros de su… Pero lo más importante era que no lo había agarrado del pelo ni le había hecho daño mientras se alimentaba de su cuello. Lo estaba haciendo con cuidado, con consideración. En ese momento levantó la cabeza para mirarlo y vio que sus ojos habían cambiado. Eran idénticos a los suyos.

Esos iris turbulentos y plateados, que tanto odiaba en su persona, en Tory eran preciosos. Estaban vinculados. Sus poderes y su sangre les pertenecían a ambos. No obstante, la quería tal cual había sido siempre. La besó en los labios y usó sus poderes para devolverle los ojos que le habían robado el corazón la primera vez que la vio observando a la concurrencia en mitad de un ataque de pánico.

Esa era la mujer a la que amaba. La mujer sin la que no podía vivir.

Tory sintió una fuente de poder sobrecogedora en su interior. Podía escucharlo todo. Podía ver los infinitos matices de color de cualquier objeto.

—¿Así es como ves el mundo?

—Sí.

Todo era intenso. Abrumador. Estaba increíblemente excitada. Lo miró y lo vio ruborizarse antes de usar sus poderes para vestirse.

Ash carraspeó y señaló la puerta con un gesto de la cabeza.

—No podemos hacerlo aquí.

—Artemisa —gruñó Tory.

Él asintió con la cabeza.

—Seguimos encerrados en su templo.

—Eso está a punto de cambiar. —Se puso en pie y se acercó a la puerta.

Ash frunció el ceño cuando vio que Tory cerraba los ojos y extendía los brazos. El viento de su abuela comenzó a soplar en la habitación. Al darse cuenta de lo que sucedía, se quedó boquiabierto. Su madre le había cedido a Tory parte de sus poderes. Y al alimentarse de él, también contaba con los suyos.

La combinación de ambos…

Mejor no pensarlo.

Antes de que supiera qué estaba pasando, Tory hizo añicos la puerta.

Artemisa chilló y corrió hacia su salón del trono.

—Vámonos a casa —dijo Ash después de ponerse en pie.

Tory rechazó la idea.

—Vete tú primero. Yo iré dentro de un ratito.

La extraña nota que percibió en su voz lo intrigó.

—Tory…

Ella esbozó una sonrisa traviesa y lo interrumpió:

—Solo voy a hablar con ella. No te preocupes.

«Sí, claro», pensó. ¿Cómo no iba a preocuparse? ¿Estaba loca o qué? En ese preciso momento no supo cuál de las dos corría más peligro.

Pese a las dudas, confiaba plenamente en Tory.

—Recuérdale que me enteraré si llega a hacerte daño y que si eso sucede, no habrá poder en el Olimpo que pueda protegerla.

Ella se besó la yema de un dedo que después le colocó en la punta de la nariz.

—No te comas el tarro. Solo vamos a tener una charla de mujer a mujer.

Ash lo dudaba mucho. Conociendo a Tory más bien sería una pelea de gatas. Pero no iba a interferir. Ya era hora de que alguien le cantara las cuarenta a Artemisa.

—Vale, nena. Te espero en mi apartamento.

Tory no se movió hasta que se quedó a solas. En cuanto sintió los poderes de Ash a salvo en el plano humano, echó a andar en la misma dirección por la que había huido Artemisa.

Con sus recién adquiridos poderes borboteando en su interior, fue en busca de la diosa con la intención de ponerla en su sitio de una vez por todas.

21

Artemisa esperaba que todos los poderes abandonaran su templo.

No fue así. Sintió cómo los de Aquerón se marchaban, pero los otros se quedaron. Eran intensos. Fríos. Calculadores.

Y no pertenecían a Aquerón.

Cuando vio a Soteria atravesar la puerta de su sala de baños y entrar en el salón del trono con cara de mala leche, se quedó más blanca que su peplo. Saltaba a la vista que quería vengarse y que estaba dispuesta a luchar contra ella.

Aun así se negaba a dejar que esa niñata oliera su miedo.

—No eres nada comparada conmigo, humana.

Tory resopló antes de replicarle en un griego perfecto:

—Te equivocas, Artemisa. En todo caso soy yo la que te va a dar una paliza si alguna vez vuelves a acercarte a Aquerón.

Artemisa extendió el brazo y la lanzó por los aires, al otro extremo de la habitación.

—No me amenaces.

Tory levantó las manos y se detuvo justo antes de estamparse contra la pared. Abrió los ojos de par en par, sorprendida al verse flotando en el aire a unos centímetros de la pared contra la que Artemisa la había lanzado.

La diosa chilló, furiosa, mientras ella se reía aliviada. Esos poderes eran la caña.

Extendió los brazos y bajó al suelo con suavidad. Artemisa se abalanzó sobre ella y le rodeó el cuello con las manos, pero se zafó de la diosa con facilidad y la apartó de un empujón.

—Qué cerda eres. —Movió una mano y estampó a Artemisa contra la pared, donde la inmovilizó.

—¡Suéltame!

En vez de obedecerle, la aprisionó con más fuerza.

—Tienes suerte de que no te arranque el corazón de cuajo por todas las veces que le has hecho daño a Ash. ¿Cómo has podido hacerlo?

Las lágrimas se agolparon en los ojos verdes de la diosa mientras se debatía.

—Lo quiero.

—¿Cómo puedes decir eso? —Meneó la cabeza—. Ni siquiera conoces el significado de esa palabra. El amor no es avergonzarse de que te vean con la persona a la que quieres. No es castigarlo ni hacerle daño. —Compadeciéndose de la diosa, la soltó—. El amor es lo que te da la fuerza para enfrentarte a cualquier cosa, sin importar lo brutal o aterradora que sea. Es lo que le dio fuerzas a Ash para dejarse dar una paliza en vez de contarle a su padre la verdad sobre vuestra relación. Es lo que le dio fuerzas para dejar que lo destriparan en el suelo a tus pies antes que avergonzarte en público. Y tú le escupiste a la cara por ese amor y lo destrozaste. Para ser una diosa das pena.

Artemisa la miró con desdén.

—Eres humana. Da igual que te acuestes con un puto.

En ese momento Tory hizo algo que jamás había hecho en la vida: abofetear a otra persona.

Artemisa gritó e intentó arañarle la cara, pero la agarró por las muñecas y la apartó de ella. Miró a la diosa con expresión asesina para dejarle bien claro que iba en serio.

—Si vuelves a insultar a Aquerón, te juro que te haré lo mismo que permitiste que le hiciera tu hermano. Te cortaré la lengua. Aquerón es el hombre a quien quiero y nadie lo ofende sin ofenderme a mí.

Artemisa consiguió liberar una mano e intentó abofetearla, pero se lo impidió de nuevo.

—Tú no eres mejor que yo —rugió—. Lo sacrificarías a las primeras de cambio para salvarte, lo sé muy bien.

Negó sus palabras meneando la cabeza.

—Te equivocas. No hay nada en el mundo que valore más que a Aquerón. Y los dos hemos acabado contigo. Que pases una eternidad estupenda… y si quieres disfrutar de esa eternidad, no te cruces en mi camino y deja a Aquerón en paz.

Artemisa torció el gesto.

—No podéis deshaceros de mí del todo, humana. Soy la madre de su hija.

Ese hecho le revolvía el estómago.

—Tienes razón. Por desgracia para Katra eres su madre. Pero te equivocas en algo.

—¿En qué?

Tory dejó que los poderes de la Destructora se fundieran con los de Ash en su interior. En un abrir y cerrar de ojos su aspecto cambió. Su pelo se volvió rubio platino y empezó a agitarse a su alrededor mientras un sinfín de rayos surgían de las yemas de sus dedos para envolverla.

—Ya no soy humana —señaló con voz demoníaca—. Soy la Atlantia Kedemonia Teonia, la protectora de los dioses atlantes. Ahora mismo solo uno de ellos camina entre nosotros. Y como le hagas pasar otro mal rato, zorra, te arranco las entrañas. En cuanto a Kat… ya es mayorcita. Lo sé porque he vivido con ella. Superará la muerte de su madre. Créeme, he pasado por esa experiencia.

Artemisa la miró boquiabierta.

—¿Destruirás el mundo por él?

—Sí, lo haría. ¿Y tú?

La diosa apartó la mirada.

—Por esa razón vas a desearle lo mejor del mundo y saldrás de nuestras vidas. La próxima vez que te vea, será mejor que me traigas un regalo que me haga feliz, porque de lo contrario el panteón griego va a tener que buscarse otra diosa de la caza. ¿Queda claro?

—Clarísimo. —Sin embargo, sus ojos le decían que ya estaba tramando una manera de vengarse.

Muy bien. Tener enemigos era una de las desventajas de estar vivo. No podía hacer nada, salvo cumplir su promesa si alguna vez se armaba del suficiente valor para volver a atacarla.

Nadie le quitaba nada sin pelear, y por Ash entregaría su vida.

—Adiós, Artemisa. Por tu propio bien espero que si vuelves a encontrar a alguien que te quiera como te quiso Ash, lo trates mucho mejor. —Con esas palabras se teletransportó a Nueva Orleans, al apartamento de Ash, que la esperaba sentado en el sofá.

Nada más verla se puso en pie de un salto y la examinó de los pies a la cabeza para asegurarse de que estaba de una pieza… Un gesto enternecedor.

—¿Estás bien?

—Te dije que no me pasaría nada.

Ash no parecía muy convencido.

—¿No te ha hecho daño?

—No. —Levantó las manos para enseñarle que no tenía ni un rasguño —. Estoy como una rosa.

El alivio que vio en sus ojos antes de besarla en los labios la conmovió. Sí, quería a ese hombre con locura.

—Siento mucho lo que te he hecho —susurró él—. Nunca quise hacerte daño.

—Lo sé, cariño. —Le sonrió—. ¿Qué es lo que te dijo Wulf? ¿Que a veces las cosas tienen que torcerse para que al final se enderecen? Si no te hubieras alimentado de mí, yo no tendría los poderes necesarios para estar contigo. No lo sientas, Ash, porque yo no me arrepiento de nada.

Lo vio dar un respingo como si lo hubiera golpeado y se compadeció de él.

—No quería que me vieras así.

—¿Así cómo?

—Como un monstruo. Odio mi verdadera forma.

Meneó la cabeza mientras él la abrazaba por la cintura.

—No sé por qué. Salvo por el detallito de matarme, creo que estabas muy mono a lo Papá Pitufo.

—¿Papá Pitufo? —Resopló como si estuviera ofendidísimo y la miró con el ceño fruncido—. No me parezco a Papá Pitufo.

—Claro que no, cariño —le aseguró dándole unas palmaditas en la cara como si le estuviera siguiendo la corriente—. Tú estás para comerte enterito. ¿Se ha recuperado ya tu ego?

Ash arqueó una ceja al escucharla. Claro que la expresión cambió cuando notó que bajaba la mano hasta su entrepierna y jadeó al sentir que le bajaba la cremallera muy despacio.

—¿Qué haces?

Tory se humedeció los labios con el corazón acelerado.

—Todavía me siento bastante… eufórica por haber bebido tu sangre. Y la verdad, Papá Pitufo, es que estás para darte un buen bocado.

Ash se quedó sin aliento cuando la vio arrodillarse delante de él y bajarle del todo la cremallera. Tory lo miró a la cara y en ese momento vio reflejado en sus ojos el amor que sentía por él mientras lo acariciaba con la boca.

El placer que le proporcionaba con los labios y la lengua borró de su cabeza cualquier pensamiento coherente.

—Has vuelto a leer ese libro, ¿verdad?

Tory soltó una carcajada y la vibración fue la gota que colmó el vaso. Así que acabó corriéndose. Se apoyó en la pared que tenía detrás mientras su cuerpo se estremecía. Ese fue uno de los mejores orgasmos que había tenido nunca, y el hecho de que ella no se apartase fue un extra.

Hasta que se dio cuenta de lo que había hecho. Arrepentido por haber cometido esa estupidez, esperó a que los insultos comenzaran.

—No era mi intención, Tory. Debería haberte avisado.

Tory lo miró con el ceño fruncido mientras le subía la cremallera.

—¿Avisarme de qué?

Desvió la vista, incapaz de enfrentarse a su mirada.

—Normalmente soy capaz de controlarme. Te prometo que en el futuro te daré tiempo para que te apartes.

Tory se levantó y lo cogió de la barbilla para que la mirara a los ojos.

—Ash, no hay nada en ti que me resulte repulsivo. Nada. Ni tus ojos. Ni tu cuerpo azulado. Y mucho menos algo que yo he instigado. De hecho, me encanta tu sabor y me encanta que pierdas el control. Eso quiere decir que lo estoy haciendo bien.

Ash le colocó una mano en la mejilla y le acarició la cara con la nariz, deleitándose con la suavidad de su piel.

—Eres demasiado buena para ser real.

—Eso lo dices porque no tengo un martillo a mano.

Soltó una carcajada y agachó la cabeza para olerle el cuello.

—Me alegro de que hayas superado tu aversión hacia mí.

Tory le acarició la oreja con los dedos.

—Eso sí, avísame la próxima vez que vayas a hincarme el diente.

La miró con el ceño fruncido.

—¿A hincarte el diente?

Tory esbozó una sonrisa traviesa.

—Sí, es lo que usa L. A. Banks en su saga de vampiros. Deberías leer sus libros. Son geniales.

—Con semejante recomendación, ¿cómo no hacerlo? Pero antes creo que tenemos que repasar ese libro tuyo del pepino…

Tory soltó una carcajada, pero los pepinos le recordaron la comida.

—Oye, esto de la sangre… ¿quiere decir que ya no puedo comer?

—No exactamente —respondió él con sorna—. En realidad la comida ya no va a sustentarte. Podrás saborearla, pero no saciará tu apetito. Tendrás que alimentarte cada dos semanas más o menos.

—¿O me convertiré en Pitufina?

Soltó una carcajada al escucharla.

—No, solo yo me vuelvo azul. Tú solo te convertirás en…

—¿En qué?

—Estaba pensando en algo que diría Simi… Mmm, te convertirás en una diosa zorra.

Tory le asestó un puñetazo juguetón en el estómago.

—¡Ni se te ocurra llamarme así! Eres malo.

Ash se puso serio al darse cuenta de que estaban bromeando. Ni una sola vez en la vida se había sentido tan cómodo con otra persona. Tory lo conocía todo de él.

Todo.

Y no le importaba nada. Su pasado no era nada.

Pero ella era su futuro.

La tomó de la mano y la llevó hasta la cama, donde tenía toda la intención de hacerle el amor durante lo que quedaba del día. La besó

mientras usaba sus poderes para hacer desaparecer toda la ropa que llevaban al tiempo que la dejaba sobre el colchón.

—Te quiero, Soteria.

Tory tiró de él, lo obligó a tumbarse de espaldas y se colocó encima para abrazarlo con fuerza.

—*S'agapó*, Aquimou. *S'agapó*.

Esas palabras en griego lo conmovieron al tiempo que su vello púbico le hacía cosquillas en el estómago provocándole otra erección.

—*Agapay*, Sota.

Tory frunció el ceño.

—¿*Agapay*?

Asintió con la cabeza.

—Es como se dice «Te quiero» en atlante. Sota es el diminutivo cariñoso de tu nombre.

Le gustó mucho, sobre todo su pronunciación con ese acento tan sexy. Además, le encantaba que compartiera su lengua con ella.

—¿Cuál es el diminutivo cariñoso del tuyo?

—Aqueo.

—*Agapay*, Aqueo.

Ash le acarició un mechón de pelo y la miró con una sonrisa.

—Siempre he odiado el atlante, pero me encanta cuando tú lo hablas.

Tory no entendía el motivo, porque era una lengua preciosa. Si pudiera, se pasaría todo el día escuchándolo hablar en atlante… porque la ponía cachondísima.

Acababa de darle un mordisco en el hombro cuando se le ocurrió una cosa.

—Por curiosidad, ¿cuántos idiomas hablas?

—Soy un dios, Tory. Los hablo todos. Tú también lo harás en cuanto entres en contacto con ellos.

—Eso sí que me impresiona. —Se mordió el labio, encantada, antes de poner los ojos como platos—. Espera, otra pregunta. Eres omnisciente, ¿verdad?

—Prácticamente, sí.

—Pues vas a tener que decirme algo porque me muero por saberlo. ¿Cómo acaba todo?

Lo vio encogerse de hombros.

—Eso no tiene ningún misterio.

—Dímelo.

—En la letra «o».

Tory gruñó y le golpeó en la cabeza con una almohada.

—Eres de lo peor que hay, Aquimou. Y por eso mereces recibir una buena ración de mi lengua viperina. —Inclinó la cabeza mientras descendía por su cuerpo.

Ash se quedó sin aliento al sentir su lengua en el pezón. Si todas las lenguas viperinas eran así, los hombres harían cola para recibir sermones.

—¿Qué más puedo hacer para cabrearte?

Tory le mordisqueó el costado.

—Abandonarme.

La idea le borró la sonrisa.

—Nunca lo haría, Tory. Nadie puede vivir sin su corazón, y tú eres el mío.

Tory se acostó junto a él y lo abrazó. En ese momento se le ocurrió algo espantoso. Se tensó y se incorporó para mirarlo a los ojos.

—Ash… ¿Artemisa tiene tu alma?

—No, no soy un Cazador Oscuro. A diferencia de ellos no entregué mi alma voluntariamente. Artemisa utilizó mis poderes para engañarme y me devolvió a la vida en contra de mi voluntad. Como soy un dios, no pudo arrebatarme el alma. Siempre la he tenido.

—Pero llevas la marca del doble arco y la flecha. —Que en ese momento no veía por ninguna parte.

—Porque no quería que los otros Cazadores Oscuros supieran que no soy uno de ellos. Quería que me tratasen como a alguien normal. Por ese mismo motivo tengo colmillos cuando estoy con ellos aunque permanecen ocultos a menos que tenga que alimentarme.

Tory apoyó la cabeza en una mano mientras que con la otra empezó a trazar círculos sobre su pecho.

—Sabes que no tienes que ser normal cuando estés conmigo, ¿verdad?

—Lo sé.

—Bien.

Durante el resto de la noche Ash se tomó su tiempo haciéndole el amor. Demostrándole lo importante que era para él y lo mucho que la quería.

Tory se durmió, rendida por el cansancio bien entrada la madrugada. Con el cuerpo saciado, Ash la cubrió con la sábana antes de salir de la cama, y se vistió con unos pantalones de cuero negros y una camiseta de VG Cat. En cuanto se puso un abrigo largo, se teletransportó al Monte Olimpo.

En vez de ir al templo de Artemisa como era habitual, se encaminó al templo de las tres Moiras. Nada más poner un pie en la entrada, Átropos, Cloto y Láquesis aparecieron para evitar que se internara en sus dominios. Aunque no podían hacer nada contra él. Sabían muy bien que las controlaba porque era el Destino Final.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Cloto, nerviosa y con voz aguda.

—Quería hablar con vosotras.

—¿De qué?

Miró a Átropos, que era alta y rubia y que lo odiaba con todas sus fuerzas por algo que no alcanzaba a entender. En ese momento le permitió ver la ira que llevaba en su interior.

—Si volvéis a cortar el hilo de la vida de Soteria, no habrá poder en el universo que me impida arrancaros el corazón. No voy a permitir ni una putada más por vuestra parte. Os he dejado tranquilas todos estos siglos, así que ahora os sugiero que me devolváis el favor, porque la próxima vez que intervengáis en mi destino, acabaré con el vuestro.

El miedo que vio en sus caras le indicó que lo habían entendido a la perfección y que sabían que hablaba en serio. Bien.

Ya estaba harto de jueguecitos. En lo tocante a Soteria no pensaba tolerar ni una. Cualquiera que la amenazara acabaría muerto.

Era así de sencillo.

Soteria le había enseñado a aceptar quién era y lo que era. Y que todo el mundo se fuera preparando. Porque ya no solo era el Heraldo de su madre, sino también el de la mujer que poseía su corazón.

Por ella haría cualquier cosa.

Incluso acabar con el mundo.

22

Nueva Orleans, dos semanas después

Aunque Ash confiaba plenamente en Tory, la siguió con un nudo en el estómago de camino a la sala de conferencias de la Universidad de Tulane, donde la esperaban para escuchar una nueva charla sobre la Atlántida.

—¿Por qué no me dices de lo que vas a hablar?

La respuesta era sencilla: porque quería torturarlo, cosa que llevaba haciendo unos cuantos días.

¡Joder! A su lado, Artemisa era una aprendiz.

La vio sonreírle con ternura, cosa que lo asustó todavía más.

—Porque no es de tu incumbencia. Pero como me dejes en ridículo, a mí y a mi reputación, tal cual hiciste en Nashville, te vuelves a tu apartamento. Solo. Y recuerda que me quedo con la custodia de Simi. ¿A que sí, Simi?

—Sí. —La aludida sonrió con orgullo mientras caminaba dando saltitos a su lado—. Akri, relájate. Akra Tory no va a hacer nada para enfadarte. Eso lo hace Simi.

El comentario le arrancó una carcajada, aunque el nudo del estómago aumentó a medida que se acercaban a la sala de conferencias.

—Todavía no me has contestado —le dijo Tory, retomando el tema de conversación que habían mantenido hasta poco antes—. ¿Cómo era Julio César de verdad?

Él se encogió de hombros con gesto despreocupado.

—Era muy inteligente, pero hacía trampas cuando jugaba a los dados.

Soltó un suspiro impresionado mientras levantaba los hombros con gesto soñador.

—No acabo de creerme que lo conocieras en persona y que también conocieras a Alejandro Magno.

—Bueno, lo de Alejandro fue pura casualidad. Estaba persiguiendo a un daimon que se refugió en la ciudad donde Alejandro estaba en ese momento. Después de verme matar al daimon, intentó que me uniera a su ejército, pero le dije que ya tenía uno y que no tenía tiempo para alianzas.

Nunca se cansaba de escuchar los recuerdos de Ash. Había hecho muchísimas cosas interesantes y había presenciado acontecimientos históricos que ella solo conocía a través de los libros. Había estado presente durante el primer saqueo de Roma. Había visto la Gran Muralla china días después de que la acabaran de construir. Había discutido de filosofía con Confucio, había cenado con Kublai Khan y había asistido a una fiesta con Buda cuando este era un muchacho. Había paseado por Egipto mientras construían las pirámides de Giza. Había jugado con el Rey Sol cuando solo era el delfín y cenó con el mismísimo rey Arturo… Su vida había sido increíble.

De ahí que contemplara con emoción los futuros acontecimientos históricos que compartirían.

—¿Y Jesús? —le preguntó, muerta de curiosidad—. ¿Lo conociste?

—Lo escuché hablar en un par de ocasiones. También era inteligente y fascinante. Había algo en él que llamaba la atención.

—Pero ¿hablaste con él?

Ash negó con la cabeza.

—¿Por qué?

—Por la misma razón que me impidió acercarme a Gandhi. No me sentía digno de ellos. Me conformaba con escucharlos hablar. —Abrió la puerta de la sala de conferencias.

Tory se quedó petrificada al ver a los asistentes.

Ash le colocó una mano en la base de la espalda para darle su apoyo.

—Todo saldrá bien. Simi y yo nos comeremos al primero que se atreva a mirarte mal.

Eso no la tranquilizó en absoluto.

—No estoy segura de esto.

—Pues vámonos. Mi moto está fuera, con el depósito lleno.

Tory lo miró furiosa antes de menear la cabeza.

—Menos mal que esta vez he numerado las páginas.

Tomó una honda bocanada de aire para infundirse valor y se obligó a entrar en la sala. Los asistentes parecían tiburones más que historiadores, estudiantes o arqueólogos.

Al menos en esa ocasión Ash estaba de su lado. Y Simi.

Ash caminó a su lado hasta que llegaron a la primera fila. En ese momento se detuvo, dejó la mochila en una silla y se sentó en otra. Simi se sentó a su lado y esbozó una sonrisa para darle ánimos.

Tenía la impresión de que se le iba a salir el corazón por la boca mientras caminaba hacia el estrado. Había casi tantos asistentes como en Nashville.

¡Por Dios, cómo odiaba hablar en público!

Mientras colocaba las páginas, vio que Kim y Pam entraban y la saludaban antes de sentarse al lado de Simi. Agradecida por su apoyo, se dispuso a ajustar la altura del micrófono. Estaba a punto de empezar a hablar cuando vio entrar a Artemisa.

Se quedó helada al verla, muy consciente de lo que podía pasar. Además, Ash se tensó de repente como si temiera que se desatara el Apocalipsis.

Artemisa se sentó en la última fila, lejos de todos los demás, sin decirle nada a nadie y sin mirar siquiera a Ash.

¿Qué narices querría?

Tory carraspeó y se obligó a desterrarla de sus pensamientos. Artemisa no era lo importante.

—Mmm… Hola —dijo, hablando en voz baja frente al micro—. Quiero agradecerles a todos que hayan venido. Sé que algunos de ustedes presenciaron la horrible humillación que sufrí en Nashville… —Miró a Ash con los ojos entornados, y él tuvo el buen tino de parecer arrepentido y avergonzado—, pero tal como ya sabrán, hace unas dos semanas mi equipo localizó unas ruinas bajo el mar. Ruinas que comenzamos a excavar con el convencimiento de que pertenecían a la Atlántida.

Un historiador conocido levantó la mano, pero no recordaba su nombre. Lo señaló para indicarle que hablara.

—He oído que entre los objetos recuperados hay algunos que datan del año 9000 a. C. Si lo confirma, habrá usted echado por tierra la historia tal y como la conocemos, ¿es consciente de ello?

Antes de que pudiera responder, la puerta volvió a abrirse para dar paso a un mensajero de UPS. Ajeno al hecho de que acababa de interrumpirla, el hombre se acercó para darle el paquete.

—¿Es usted la profesora Kafieri?

—Sí, soy yo.

Le pasó un pequeño terminal para que firmara.

Confundida, echó un vistazo a su alrededor.

—Si me disculpan un momento… —dijo mientras firmaba y aceptaba el paquete.

Al abrirlo, descubrió el último diario de Ryssa, el que Artemisa había ordenado robar y que había sustraído, junto con la mochila de Ash, del Santuario.

Era la prueba final que cambiaría la interpretación de la historia y que reinstauraría no solo su buen nombre, sino también el de su padre. El objetivo de su vida había sido devolverle a su padre el respeto que se merecía.

Con el corazón desbocado, miró a Ash y vio que se había quedado blanco. Sus miradas se encontraron antes de que lo oyera decirle:

—*Adelante, nena. Esto significa mucho para ti. Hazlo por tu padre*.

Solo ella podía escuchar la voz de Ash en su cabeza. Sus palabras le llenaron los ojos de lágrimas. Sabía perfectamente lo que supondría para Ash que se hiciera público el contenido del diario. Sus amigos descubrirían lo horrible que había sido su pasado. Y aunque estaba segurísima de que muchos de ellos no le darían la menor importancia, la vida le había enseñado que no todos reaccionarían así. Algunos nunca volverían a mirarlo de la misma forma. Se reirían y se burlarían de él.

Nunca lo perdonarían por algo de lo que él no era responsable. Lograrían que se sintiera igual que se había sentido con Artemisa durante todos esos siglos.

Y eso lo destrozaría.

—Lo siento, papá —musitó antes de devolver el diario al sobre y continuar por donde lo había dejado. Carraspeó antes de contestar—: Sí, hemos encontrado un gran número de objetos antiguos. Por desgracia, ninguno de ellos se remonta a la época en la que se calcula que la Atlántida existió. En realidad, las ruinas han resultado pertenecer a un pequeño pueblo pesquero griego. Me temo que los expertos tenían razón. La Atlántida no estaba en el Egeo. Después de todos estos años, he llegado a la conclusión de que mi familia y yo estábamos equivocados. Dicho lo cual, les informo de que mi equipo va camino de las Bahamas para echarle un buen vistazo a los hallazgos descubiertos en las islas Bimini. Si es cierto que la Atlántida existió, creencia que a estas alturas pongo en tela de juicio, allí está la clave.

Tragó saliva y se percató de los ceños fruncidos de la concurrencia.

—Me habría gustado traer mejores noticias. Podrán leer mis conclusiones en el informe que publicaré en breve, y también en mi página web cuando por fin la acabe. Al final, mi búsqueda de la Atlántida me ha ayudado a aprender algo. En el pasado reside nuestro futuro. Nuestras decisiones y nuestros actos condicionan ese futuro y nos traen la alegría o la desgracia. Hagan lo que hagan, esfuércense por conseguir sus metas. Tal vez nunca logren su objetivo, incluso puede que este solo sea un espejismo, pero a lo largo del camino encontrarán gente que se convertirá en piezas importantes de sus vidas y crearán recuerdos que les ayudarán a seguir adelante en los tiempos difíciles. Gracias por su asistencia.

Cogió los folios y enfrentó la mirada incrédula de Ash con una sonrisa.

La multitud se dispersó entre murmullos y susurros. Algunos bastante ofensivos hacia ella y su padre. Pero en esa ocasión y por primera vez en la vida, le dio igual. Las palabras se las llevaba el viento. Lo importante era la gente a la que quería.

Simi le dio un puñetazo a Ash en el brazo mientras salían.

—¿Lo ves, akri? Simi no cría niñas tontas. Simi te dijo que su niña era buena. Akra Tory nunca le haría daño a su Aquimou.

Ash soltó una carcajada.

Artemisa, en cambio, no parecía tan contenta mientras se acercaba a ella.

Tory apretó con fuerza el paquete que la diosa le había enviado, dispuesta a luchar con uñas y dientes para mantener el diario lejos de las garras de Artemisa.

—Creía que ibas a usarlo para no quedar en ridículo.

Ella se encogió de hombros.

—Quise mucho a mi padre. Pero por mucho que me duela admitirlo, sé que está muerto. Ash no lo está. Prefiero que se rían de mí a que se rían de él.

Artemisa parecía no dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Es cierto que lo quieres, ¿verdad?

—Más que a mi vida.

—Y más que a tu dignidad —añadió la diosa con un deje de respeto en la voz al tiempo que giraba la cabeza para mirar a Ash. Cuando volvió a mirar a Tory, tenía los ojos llenos de lágrimas—. Cuídalo, Soteria. Dale lo que yo no pude darle. —Le dio un breve apretón en la mano y se marchó.

Ash esperó a que Artemisa se acercara. Reconoció en su mirada el anhelo por tocarlo, pero ni siquiera a esas alturas era capaz de hacerlo en público.

—Quiero que tú y tu humana tengáis una vida feliz. Pero también quiero que tengas algo muy presente.

—¿El qué?

—No liberaré a ningún otro Cazador Oscuro. Tu felicidad será la causa de su eterna servidumbre porque no tendrán nada con lo que negociar para conseguir la libertad. Y teniendo eso presente, te deseo de corazón que puedas dormir por las noches.

Ash apretó los dientes, furioso por esa muestra de frialdad. Hizo ademán de ir tras ella, pero Tory se lo impidió.

—Deja que se vaya, Ash. Tenemos el diario. La Atlanticoinonia ha sido neutralizada y mi equipo no tiene ni idea de lo que en realidad han descubierto. Simplemente piensan que hemos cambiado el emplazamiento de la excavación. La cosa no ha acabado tan mal.

—¿Y qué pasa con los Cazadores Oscuros?

Tory le sonrió en un arranque de optimismo.

—Si algo he aprendido de todo esto, es que la partida no acaba hasta que se ponen todas las cartas sobre la mesa. Artemisa acaba de soltar un as, pensando que no podemos superarlo. Pero en la baraja hay muchas cartas más y la partida sigue. Ya pensaremos en algo. Su rabieta demuestra que acaba de hacer su mejor jugada. Es su única forma de hacerte daño, lo peor que te puede hacer. No dejes que te arruine el día, cariño, y no le permitas minar nuestra relación. Hemos llegado juntos hasta aquí. ¿Qué importa una diosa amargada más? Como mi *papou* dice: siempre hay un modo de superar los obstáculos, por encima, por debajo, por los lados o atravesándolos. Ya lo encontraremos.

Su expresión puso de manifiesto que lo había impresionado.

—¿Cómo es posible que una chica tan joven demuestre esa sabiduría?

—Soy un alma antigua.

—Y yo soy un hombre afortunado por tenerte.

Tory sonrió mientras le daba el diario de Ryssa.

—Pues sí, pero yo también soy una mujer afortunada por tenerte a ti.

—Simi sigue diciendo que deberíais dejar que se comiera a la diosa foca. Seguro que está riquísima. Simi hasta la compartiría con su hermana.

Ash la cogió de la mano entre carcajadas y una vez que la sala de conferencias se quedó vacía, usó sus poderes para trasladarse a Katoteros. Simi corrió a ver la televisión.

Sin decir una palabra, Ash condujo a Tory desde el salón del trono hasta el salón de baile, una estancia que no se había usado desde que su madre destruyó el panteón atlante.

Tory frunció el ceño cuando lo vio darse la vuelta para mirarla con una sonrisa mientras caminaba hacia atrás. Tras él se abrió una puerta doble y en cuanto entraron en un enorme salón a oscuras, su ropa cambió. De repente, pareció salido de un garito punk de 1978 con sus botas militares, los vaqueros desgarrados, la camiseta con la bandera del Reino Unido y la chupa de cuero negro llena de cadenas y con el símbolo anarquista en la espalda.

—¿Qué estás haciendo? —Ni siquiera había acabado de hablar cuando su propia ropa cambió y se vio con la misma ropa que llevaba su madre el

día que conoció a su padre.

La puerta se cerró, sumiéndolos en la oscuridad. Al cabo de un segundo, apareció un haz de luz enfocando una bola de discoteca y se escucharon los primeros acordes de la canción de Donna Summer, «Last Dance». El suelo se iluminó como si fuera una pista de baile de una discoteca de los setenta y Ash la hizo girar cogiéndola de la mano mientras sonreía y empezaba a cantar:

—Te necesito. Conmigo. A mi lado… para guiarme. Para abrazarme. Para reñirme…

Tory se echó a reír, aunque se le llenaron los ojos de lágrimas de felicidad. Ash no perdió el compás en ningún momento a medida que el ritmo aumentaba y bailó con ella hasta que la tuvo muerta de la risa y llorando a lágrima viva a la vez, como si estuviera loca.

El hecho de que hubiera recreado el momento exacto en el que sus padres se conocieron a pesar de lo mucho que odiaba la música disco…

Era el mejor.

Siguió riendo a carcajada limpia mientras bailaban por toda la pista.

—John Travolta no te llega ni a la suela del zapato.

—Pues sí. Siento lo de la ropa. Lo intenté, pero no me veía con esas pintas. Joder, no era capaz de vestirme así ni cuando se llevaba. Te juro que soy alérgico al poliéster. Menos mal que surgió el estilo punk. Si no, me habría pasado una década desnudo.

Tory soltó una carcajada cuando intentó imaginárselo con un traje de poliéster verde. Ni de coña.

Definitivamente prefería imaginárselo desnudo. Aunque solo si estaban solos.

—¿Qué llevabas en tu época de humano?

—Una sábana.

Tory asintió mientras se lo imaginaba.

—¡Sí! Sabía que el origen del quitón era una sábana. Gery no dejaba de repetirme que era una tontería, pero yo siempre lo he sospechado.

Ash se quedó pasmado al darse cuenta de que no había captado la velada referencia a su condición de puto. Había interpretado que se refería al tejido. Para ella era un hombre. Nada más y decididamente nada menos.

La levantó en brazos y comenzó a girar con ella mientras la estrechaba con fuerza, encantado por el hecho de que a su lado el pasado no importara.

Cuando la dejó en el suelo, estaba vestida como una princesa atlante.

Tory jadeó al verse con un vaporoso y largo vestido de color azul intenso. La parte superior estaba formada por un pequeño corpiño bordado con perlas y zafiros, y era de un tono más oscuro que el resto, que caía plisado desde debajo del pecho. Al bajar la vista se puso como un tomate porque la delicada gasa del corpiño hacía bien poco por cubrirle el pecho. ¡Se le transparentaban los pezones!

—¡Dime que no se vestían así!

Ash asintió con la cabeza y la hizo girarse para que se mirara en un espejo que apareció de la nada. Tory se echó un buen vistazo mientras seguían bailando despacio. Desde los hombros desnudos le caían unas delgadas cadenas de oro hasta los codos y el pelo, que llevaba rizado, estaba adornado con cadenas similares y también con una fabulosa tiara de oro. Le encantaba el vestido, pero se veía demasiado alta, demasiado delgada y demasiado simple para hacerle justicia.

Cuando miró a Ash, que estaba detrás de ella vestido todavía al estilo punk, le dieron ganas de echarse a llorar. Estaba guapísimo y ella parecía el premio de consolación.

—Ash… —le dijo con un hilo de voz—, ¿puedes hacerme un favor?

—Lo que quieras, Sota. Solo tienes que decirlo.

—Haz que sea guapa.

Ash la giró para mirarla a la cara y le dio un beso que la puso a cien. Cuando se apartó, tenía una sonrisa en los labios.

—Ya está. Eres la mujer más guapa del mundo.

Se dio la vuelta al instante, muerta de la curiosidad.

Pero cuando se vio, frunció el ceño.

No había cambiado nada.

—¡Ash!

—¿Qué? —le dijo él con fingida inocencia al tiempo que la pegaba a su cuerpo para poder mirarla en el espejo de arriba abajo.

—No has hecho nada.

Sus miradas se encontraron y la sinceridad que iluminó esos ojos plateados la abrasó.

—Soteria, eres la mujer más guapa del mundo. Esta es la mujer de la que me enamoré, y nunca cambiaría ni un solo detalle de tu persona.

Ella se echó hacia atrás para apoyarse en él y levantó un brazo para acariciarle la mejilla.

—¿De verdad?

—De verdad de la buena. Espero que algún día tengamos una casa llena de niños igualitos que tú.

Epílogo

Nueva Orleans, tres meses después

Ash esperaba en un lateral de la iglesia, que estaba repleta de gente. Era la primera vez en su vida inmortal que tenía miedo. No quería estropear el momento ni, lo que sería mucho peor, avergonzar a Tory delante de su familia. Esa era la boda que ella siempre había soñado y quería que todo saliera tal como deseaba.

El lateral de la iglesia reservado para la familia de la novia estaba a rebosar. El único que faltaba era su abuelo, que la acompañaría hasta el altar.

Cuando Theo llegó a Nueva Orleans, Tory y él le contaron la verdad juntos.

Al principio se negó a creerles, pero cuando Ash le recordó con todo lujo de detalles la travesía del Atlántico y las partidas de ajedrez que habían jugado en el parque prácticamente toda la vida, no le quedó más remedio que creerle. Y se mostró encantado de que Tory se casara con el hombre que le había salvado la vida.

El resto de la familia, salvo Gery que estaba al tanto de la verdad, pensaba que era el nieto del hombre que salvó a Theo. Era una mentirijilla necesaria, porque de esa forma salvaguardaba el secreto del mundo en el que él vivía y todos contentos.

—¿Estás listo, T-Rex?

Ash asintió con la cabeza. Talon era uno de los testigos. Como Tory tenía once damas de honor, él había recurrido a los Cazadores Oscuros. Pam era la madrina y estaba emparejada con el padrino… Savitar. Kim iba con

Vane, Gery con Arik, Katra con Sin, Danger con Alexion (ambos en sendos cuerpos humanos con fecha de caducidad), Simi con Zarek, Justina con Kirian, Katherine con Stig, Aimée con Dev, Sunshine con Talon, y Tia, la prima de Tory que guardaba un escalofriante parecido con Artemisa, iba con Urian… cosa que la había puesto de muy mal humor, ya que no quería tener a un griego por acompañante.

Por algún extraño motivo, a Tory le hacía muchísima gracia ver a su prima tan irritada, así que él le había dado el gusto y la habían emparejado con el más griego de los testigos.

Talon se apartó cuando vio que Savitar se acercaba.

—¿Estás nervioso? —le preguntó el ctónico.

Tal vez debería estarlo, aunque en realidad estaba impaciente. Se sacó la alianza del bolsillo, un anillo de oro con un diamante amarillo de tres quilates y observó cómo brillaba a la tenue luz de la iglesia. El diamante estaba rodeado por otros pequeñitos de color blanco, formando un diseño clásico pero único. La novia había decidido que prefería la tradición de la época de Ash: un solo anillo para la novia y con una piedra engastada.

En su mano se vería precioso.

—Para nada —contestó—. Pero tú tienes muy mala cara.

—Es por culpa de la ropa. Le tengo alergia al esmoquin. Te dije que el tercer destino sería espantoso. ¡Una boda! —Y fingió estremecerse de asco.

Ash meneó la cabeza, sobre todo cuando miró hacia abajo y vio que Savitar llevaba sandalias.

—Estás un escalón por encima del australopiteco, ¿verdad?

Savitar enarcó una ceja con actitud paternalista.

—Oye, un poco de respeto, pipiolo. Los cavernícolas somos gente muy sensible.

Ash se echó a reír, contento de no ser el más viejo de la reunión por primera vez.

Se acercaron al altar y esperaron a que comenzara la larguísima procesión de damas de honor y testigos.

Jaden y Takeshi estaban en la primera fila con Tabitha, Xirena, Grace y Amanda. Las dos últimas eran las encargadas de controlar a la hiperactiva horda que formaban sus hijos y también estaban cuidando a la hija de Kat.

El número de Cazadores Oscuros, tanto en servicio activo como ya retirados, que había asistido lo tenía asombrado. Su lateral de la iglesia estaba casi tan lleno como el de Tory. Claro que en su caso se debía a la sorpresa de verlo casarse más que a otra cosa. Según había escuchado, había una porra abierta en la web de los Cazadores Oscuros porque estaban convencidos de que se rajaría a última hora y dejaría a la novia plantada.

De todas formas, se alegraba de verlos a todos fuera por el motivo que fuese, y su presencia era precisamente el motivo de que celebraran la boda de noche.

Simi apareció en el extremo del pasillo, se acercó el ramo a la nariz y comenzó a mordisquear las flores. Ash meneó la cabeza, en cierta forma agradecido porque no hubiera sacado la salsa barbacoa del bolso para aderezar las gardenias. Cuando pasó junto a su hermana, le dijo con los labios:

—Están buenísimas. Simi te busca luego un ramo.

Después aparecieron Marissa, la hija de Kirian, y Calíope, la hija de Gery, esparciendo pétalos de rosas rojas y rosas por el pasillo.

Ash clavó la mirada en la puerta cuando se escucharon los primeros acordes de la marcha nupcial. Estaba nerviosísimo por primera vez en su vida.

«Por favor, que no me deje plantado…», suplicó.

Y entonces la vio.

Se quedó sin aliento.

Tory no iba de blanco. Iba de negro. A su familia le había dicho que puesto que el blanco era el color con el que los griegos expresaban el luto, el día de su boda no quería nada que pareciera triste. Pero en realidad lo había hecho por Ash, porque sabía lo mucho que odiaba el color blanco por culpa de Artemisa.

Hasta llevaba un ramo de rosas negras, de mavyllos, las rosas negras sagradas que había creado la madre de Ash. Apolimia se lo había regalado. Recibir ese regalo era considerado entre los atlantes el mayor honor que se podía recibir de otro.

Ash sonrió orgulloso. Todavía le sorprendía que estuviera dispuesta a reclamarlo delante de tanta gente. Le había sugerido que se fugaran, pero

ella se había negado en redondo.

—¡Ni hablar! —había dicho, enfadada por el hecho de que se hubiera atrevido siquiera a sugerir algo así—. Eres mío y quiero que todo el mundo se entere.

Como regalo de boda, Tory se había tatuado su símbolo, el sol atravesado por los rayos, en un hombro con su nombre debajo.

Nada lo había complacido tanto en la vida.

Tory estuvo a punto de tropezarse cuando vio a Ash con el esmoquin. Se había recogido el pelo negro en una coleta. Y por primera vez llevaba los ojos al descubierto. No había ningún *piercing* a la vista. Había renunciado a ellos porque no quería avergonzarla delante de su familia.

—Nunca me avergonzaría de ti, Ash —le había asegurado ella—. Además, ahora tú eres mi familia.

No obstante, él había preferido moderar su apariencia.

Theo la dejó junto a él después de darle a Ash una palmadita en la mano y a ella, un beso en la suya. Cogidos de la mano, se volvieron para mirar al sacerdote griego e hicieron sus votos matrimoniales en griego antiguo.

Cuando la ceremonia llegó a su fin, Ash la llevó hasta la sacristía y la abrazó. Después le dio un beso en el hombro, sobre su emblema.

—Me da que ya es un poco tarde para que cambies de idea, ¿no?

Tory resopló.

—Cariño, ya era demasiado tarde la primera vez que te vi, cuando apareciste en la conferencia. Estuve perdida desde el principio aunque no lo supiera.

Ash entrelazó sus dedos con los suyos.

—No sé lo que nos va a deparar el futuro y eso me pone malo. Pero te prometo que pase lo que pase nunca te arrepentirás de estar conmigo. Te lo juro.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Sabes lo que más me sorprende? Que fui en busca de la Atlántida y encontré un dios atlante. ¿Cómo voy a arrepentirme?

Nick estaba oculto en el jardín de Kirian, observando el banquete de la boda de Ash. Todo el mundo reía y vitoreaba a los novios, que bailaban *To Love Somebody*[4] de los Bee Gees. Saboreaba el regusto del odio en la lengua mientras observaba a Ash reír con Tory. Sin embargo, el odio más intenso era hacia sí mismo, porque en parte se alegraba de ver a Ash tan relajado y feliz. Siempre había estado rodeado por un aura de desesperanza.

Que en ese momento había desaparecido. Ojalá él pudiera alegrarse tanto por ese cambio.

—No es justo, ¿verdad?

Al volverse, vio a Artemisa detrás de él. Estaba guapísima, vestida de blanco de los pies a la cabeza.

—¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que tú. Espiando. —Soltó un sentido suspiro mientras acortaba la distancia que los separaba—. Nos ha desamparado a los dos, ¿a que sí?

Nick frunció el ceño porque no le había entendido.

—¿Cómo dices?

—Que nos ha extraviado.

«¿Extraviado?», se repitió en silencio. Hasta que, de repente, comprendió lo que quería decir.

—¿Te refieres a que nos ha dejado tirados?

—Sí, eso, tiradísimos.

Que se lo dijeran a él, pensó.

—¿Y a ti qué te ha hecho?

—Me ha abandonado —respondió la diosa—. Se ha llevado a mi hija y no me ha dejado nada.

Nick resopló al escuchar esa muestra de autocompasión.

—Sí, bueno, tú por lo menos no estás en la lista de los más buscados de los daimons. Hace días que no me dejan ni respirar. Y según los rumores, Stryker está preparando algo gordo.

Artemisa puso los ojos en blanco.

—¿Crees que Stryker no me quiere matar? Por si no lo sabes, fue mi hermano quien lo traicionó. El mundo en el que vivo es muy cruel.

—Podría ser peor. Podrías estar sola, sin amigos.

La diosa enarcó una ceja y le lanzó una mirada furiosa.

—¿Crees que tengo alguno?

Nick pasó de la pregunta. Artemisa no tenía ni idea de lo asquerosa que era su vida. De lo solitaria y lo descorazonadora que era.

—¿Cómo es posible que una diosa no tenga amigos?

—Pues exactamente igual que los humanos.

Sí, le faltaba un tornillo.

—Tienes el poder para mejorar tu vida. Yo no.

—Eso es mentira. Acabo de perder a mi único amigo.

Justo así era como se sentía él. Había querido a Ash como a un hermano y echaba de menos su amistad. Aunque le había fastidiado la vida a base de bien, no podía negar que habían sido uña y carne.

Y en esos momentos, debido a que Stryker era capaz de espiar a través de sus ojos cada vez que quisiera, tenía que mantenerse completamente apartado del mundo que había conocido. Lejos de sus amigos. Sin familia.

Estaba solo y le repateaba.

Artemisa lo miró con expresión calculadora.

—Nicholas… ¿quieres ser mi amigo? Te prometo que no te arrepentirás.

Una ráfaga de aire azotó la pista de baile, levantándole a Tory el bajo del vestido de novia.

Ash miró al cielo y frunció el ceño al escuchar un trueno distante.

—¿Qué pasa? —le preguntó Tory.

—Se acerca una tormenta.

—Te refieres al clima, ¿verdad?

Negó despacio con la cabeza mientras un hormigueo recorría todos sus sentidos. No, algo iba a por ellos. Lo percibía. Algo gélido y letal. Iba a por él.

—Tranquila, Sota. A mi lado no te mojarás. —Sin embargo, sabía que no era cierto. Él no era un refugio seguro para Tory. Era al contrario. Tory

era su refugio, y mientras estuviera a su lado, sería capaz de enfrentarse a cualquier cosa—. Que truene —susurró—. Que truene.

ESCENAS ELIMINADAS

Aquí os dejo dos escenas que quería utilizar en otros libros, pero para las que no encontré hueco.

Sherrilyn Kenyon

Escena eliminada de *Disfruta de la noche*

La primera escena estaba pensada para Disfruta de la noche, *pero salió un libro tan largo que mi editora creyó necesario, en aquel momento, quitarla, sobre todo porque no tenía nada que ver con la historia en sí. Entonces pensamos introducir la escena en otro libro, pero no ha sido así. De manera que aquí la tenéis íntegra*.

Ash escuchó en silencio las palabras de consuelo que el sacerdote pronunció a los pies de la tumba del cementerio de San Luis donde descansaban los restos de Cherise Gautier. Julian, Grace, Kirian, Amanda, Tabitha y Valerio estaban a su derecha mientras que Talon, Sunshine y los Peltier estaban a su izquierda, para darle el último adiós a una de las mejores mujeres que había tenido el privilegio de conocer. Llevaba la misma ropa que el día que la conoció: unos pantalones negros holgados, una sudadera enorme del mismo color y un abrigo largo. Cherise lo había mirado de arriba abajo antes de chasquear la lengua.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? —le preguntó ella.

—Hace una hora.

No consiguió engañarla. Convencida de que le estaba mintiendo para proteger su orgullo, lo obligó a sentarse a una mesa y le preparó un plato cajún a base de patata y arroz mientras Nick contenía las carcajadas.

Cherise había sido una de las pocas personas que lo habían tratado como a un ser humano a lo largo de los once mil años de su existencia.

Porque veía en él a un muchacho necesitado del cariño de una madre y de una amiga.

La echaba muchísimo de menos.

Allí, bajo el gélido azote del viento, escuchó la rabia de su propia alma por haber sido el causante de esa desgracia. Por saberse el único culpable de su muerte. ¿Cómo era posible que unas palabras pronunciadas en un arrebato de furia hubieran causado tanto daño? Claro que sus palabras eran lo más poderoso del universo. Los cortes y las heridas sanaban, pero las palabras dichas en un momento de calentón normalmente no se olvidaban. No herían el cuerpo, pero destruían el espíritu.

—Conocí a Cherise cuando su madre la alumbró —les dijo el viejo sacerdote—. Y estaba presente la noche que trajo al mundo a su propio hijo. Nick era su orgullo y todos aquellos que la conocíais sabéis que si alguien le preguntaba cuál era su posesión más preciada, siempre respondía que era su hijo.

Al percatarse de que Kirian lo miraba, escuchó los pensamientos del antiguo general griego. Como no habían encontrado el cuerpo de Nick tras el brutal asesinato de Cherise, la conclusión tanto de los Cazadores Oscuros de Nueva Orleans como de los escuderos, actuales o fuera de servicio, era que Nick se había convertido en un Cazador Oscuro.

Ninguno se atrevía a preguntarle por lo sucedido. Los humanos que no estaban al tanto de su mundo pensaban que Nick había sido otra víctima más del asesino que acabó con la vida de su madre, mientras que las autoridades lo creían culpable de parricidio.

Por ese motivo no podía permitir que Nick volviera a Nueva Orleans. Al menos durante una larga temporada. La policía lo estaba buscando y lo arrestaría en un abrir y cerrar de ojos. Por eso y porque no quería que nadie se enterase de lo que le había pasado. Al menos hasta que estuviera preparado para lidiar con el mundo. En ese preciso momento Nick estaba demasiado dolido y furioso.

Claro que no podía culparlo.

Cuando el sacerdote terminó, Amanda y Tabitha dejaron las rosas que llevaban sobre la lápida de la tumba donde estaba enterrada Cherise mientras el sacerdote y los Peltier se marchaban.

Amanda se detuvo junto a él.

—Esta noche vamos a celebrar una reunión en memoria de Nick. Solo los Cazadores Oscuros y los escuderos. Nos gustaría que vinieras.

Asintió con la cabeza, pero no la miró a los ojos. Estaba convencido de que si lo hacía, Amanda descubriría la verdad.

No se movió hasta quedarse solo. Suspiró mientras contemplaba las lápidas de piedra que lo rodeaban. A muchos de los enterrados allí los había conocido en persona. Los había visto vivir y morir.

Escuchaba el eco de sus voces en el viento, recordaba sus caras y sus vidas.

Y, al igual que Cherise, ya solo eran recuerdos que lo atormentaban.

—Lo siento, Cherise —susurró.

Dio un paso, usó sus poderes para que apareciera una mavyllo, la rosa negra sagrada creada por su propia madre, y la dejó al lado de las rosas rojas. A diferencia de estas últimas, su rosa echaría raíces y crecería en recuerdo de Cherise.

Era el mayor honor que los suyos concedían a otra persona.

—No te preocupes, Cherise. No permitiré que le pase nada malo a tu hijo… Te lo prometo.

Escena eliminada de *Atrapando un sueño*

Esta escena la escribí para Atrapando un sueño, *pero no acababa de encajar en la versión definitiva. Los seguidores de la saga de los Cazadores Oscuros recordarán que en el libro de Talon*, El abrazo de la noche, *los carontes escaparon de Kalosis y desaparecieron. Todo el mundo los creía muertos. Sin embargo, en* Atrapando un sueño *descubrimos que sobrevivieron. De hecho, un grupo bastante numeroso se ha refugiado en Nueva Orleans. Para saciar vuestra curiosidad, volverán a aparecer en la historia de Fang y Aimée. Entretanto, aquí tenéis el encuentro entre Simi y su hermano*.

—Akri, ¿por qué vienes a un club tan feo? Simi quiere ir de compras.

Ash disimuló la sonrisa mientras conducía a Simi y a Xirena hacia el edificio situado en la esquina.

—Bueno, es que es un club especial.

—¿En qué sentido? —preguntó irritada Xirena. Al igual que Simi quería comprar y comer—. ¿Hay comida?

Asintió con la cabeza.

—Por descontado. Solo hay que ver el nombre: Club Caronte.

Simi se quedó plantada donde estaba.

—¿Akri le ha comprado un club a Simi?

—No.

—¿Y por qué se llama así?

—Ya lo verás —respondió él, tirándole de un brazo para que siguiera caminando.

Los demonios lo siguieron hasta la puerta del club, que todavía estaba cerrado para los clientes. Sobre la puerta había un cartel luminoso de color rosa fosforito.

Ash usó sus poderes para abrir la puerta y las instó a entrar. En cuanto lo hizo, Xirena soltó un chillido ensordecedor.

—¡Xedrix! —exclamó mientras atravesaba el lugar a la carrera y se abalanzaba sobre su hermano, que acabó de espaldas en el suelo.

Simi frunció el ceño.

—¿Ese es el Xedrix de Simi?

—Sí, es tu hermano.

Simi se mordió el labio, y se acercó a su hermano con recelo. Xedrix estaba intentando quitarse a Xirena de encima, pero se quedó petrificado cuando la vio a ella.

—¿Xiamara? —susurró el caronte. Era imposible que se confundiera, porque Simi era la viva imagen de su madre, cuyo nombre llevaba.

—¿Rikrik? —preguntó Simi.

Xedrix adoptó su forma demoníaca y salió disparado de debajo de Xirena para abrazar a la hermana que llevaba milenios sin ver.

—¡Estás viva!

Simi lo abrazó mientras chillaba el nombre por el que lo llamaba cuando era un bebé:

—¡Rikrik! ¡Te he echado mucho de menos!

Ash retrocedió con el corazón en la garganta al verla tan feliz. Sabía que su presencia estaba poniendo nerviosos a los carontes, Xedrix incluido. Puesto que los dioses atlantes los habían sometido, en teoría él era su dueño, aunque no acababan de fiarse del todo de su renuencia a volver a esclavizarlos.

—Ha sido todo un detalle por tu parte.

Se volvió al escuchar a la mujer de Xedrix, Kerryna. Era una mujer muy guapa, bajita y delgada. Un demonio Dimme que también se ocultaba de unos enemigos que le harían daño a la menor oportunidad. Él no tenía problemas para relacionarse con demonios.

Joder, incluso le debía la cordura a uno. Observó a Simi dando gracias por no haberla mandado a tomar viento fresco cuando su madre se la regaló.

—Simi es mi familia. Si ella es feliz, yo soy feliz.

—No paro de decirle a Xedrix que no eres como los otros dioses. Pero todavía no me cree. Aunque lo hará con el tiempo, lo sé.

Ash le sonrió.

—Gracias. Mientras tanto, voy a esperar fuera. Si Simi se da cuenta de que no estoy, dile que no se preocupe, que se tome todo el tiempo que necesite.

Kerryna se echó a reír.

—Sí, tiempo es lo que nos sobra a todos.

—Cierto —reconoció él mirándole el vientre. Estaba esperando un hijo de Xedrix—. Felicidades.

—Gracias.

Echó a andar hacia la puerta.

—¿Aquerón?

—¿Qué? —Se volvió para mirarla.

—Para responder a tu muda pregunta, sí. Somos muy felices. Lo más bonito del amor es que no le importa quiénes seamos ni lo que seamos. Espero que algún día tú también lo encuentres.

Le agradeció las palabras con un gesto de la cabeza antes de marcharse. Ojalá pudiera creerle, pero no se dejaba engañar.

Los finales felices eran para otros, no para él. Para él jamás. Pero lo tenía asumido. Se contentaba con ver la felicidad de los demás. Y en el caso de Simi, estaba contentísimo. Le bastaba con seguir viviendo a través de ella.

SHERRILYN KENYON (Columbus, Georgia, EUA, 1965). Famosa escritora estadounidense, autora de la saga **Cazadores Oscuros**. También escribe novelas históricas bajo el pseudónimo de Kinley MacGregor.

Es una de las más famosas escritoras dentro del género del Romance Paranormal. Nació en Columbus (Georgia) y vive en las afueras de Nashville (Tennessee). Conoce bien a los hombres: se crió entre ocho hermanos, está casada y tiene tres hijos varones. Su arma para sobrevivir en minoría en un mundo dominado por los cromosomas «Y» siempre ha sido el sentido del humor.

Escribió su primera novela con tan sólo siete años y su mochila era la más pesada del colegio, ya que en ella llevaba las carpetas de colores en las que clasificaba todas sus novelas que había empezado… por si acaso tenía un minuto libre para garabatear algunas líneas. Todavía mantiene algo de esa niña escritora en su interior: es incapaz de dedicarse a una sola novela en

exclusiva. Siempre trabaja en diferentes proyectos al mismo tiempo, que publica con su nombre o con el pseudónimo de Kinley MacGregor.

Con más de 23 millones de copias de sus libros y con impresión en más de 30 países, su serie corriente incluye: *Cazadores oscuros*, *La Liga*, *Señores de Avalon*, *Agencia MALA* (B.A.D) y las *Crónicas de Nick*. Desde 2004, ha colocado más de 50 novelas en la lista del New York Times.

Comenzó a esbozar las primeras líneas de la serie de los *Cazadores Oscuros* (o *Dark Hunters*) en 1986. En 2002 publicaba «Un amante de ensueño» (*Fantasy Lover*), la precuela, que fue elegida una de las diez mejores novelas románticas de aquel año por la asociación Romance Writers of America.

Kenyon no sólo ayudó a promover, sino también a definir la tendencia de la corriente paranormal romántica que ha cautivado el mundo. Además debemos recalcar que dos de sus series han sido llevadas a las viñetas. Marvel Comics ha publicado los comics basados en la serie «Señores de Avalon» (*Lords of Avalon*), la cual guioniza la misma Sherrilyn, y «Chronicles of Nick» es un aclamado manga.

Notas

[1] El último baile. *(N. de la T.)* <<

[2] Ojalá estuvieras aquí. *(N. de la T.)* <<

[3] Salvarme. *(N. de la T.)* <<

[4] Amar a alguien. *(N. de la T.)* <<